

YO SOY
DE MI
CONDICION
MUY
ACRADECIDA

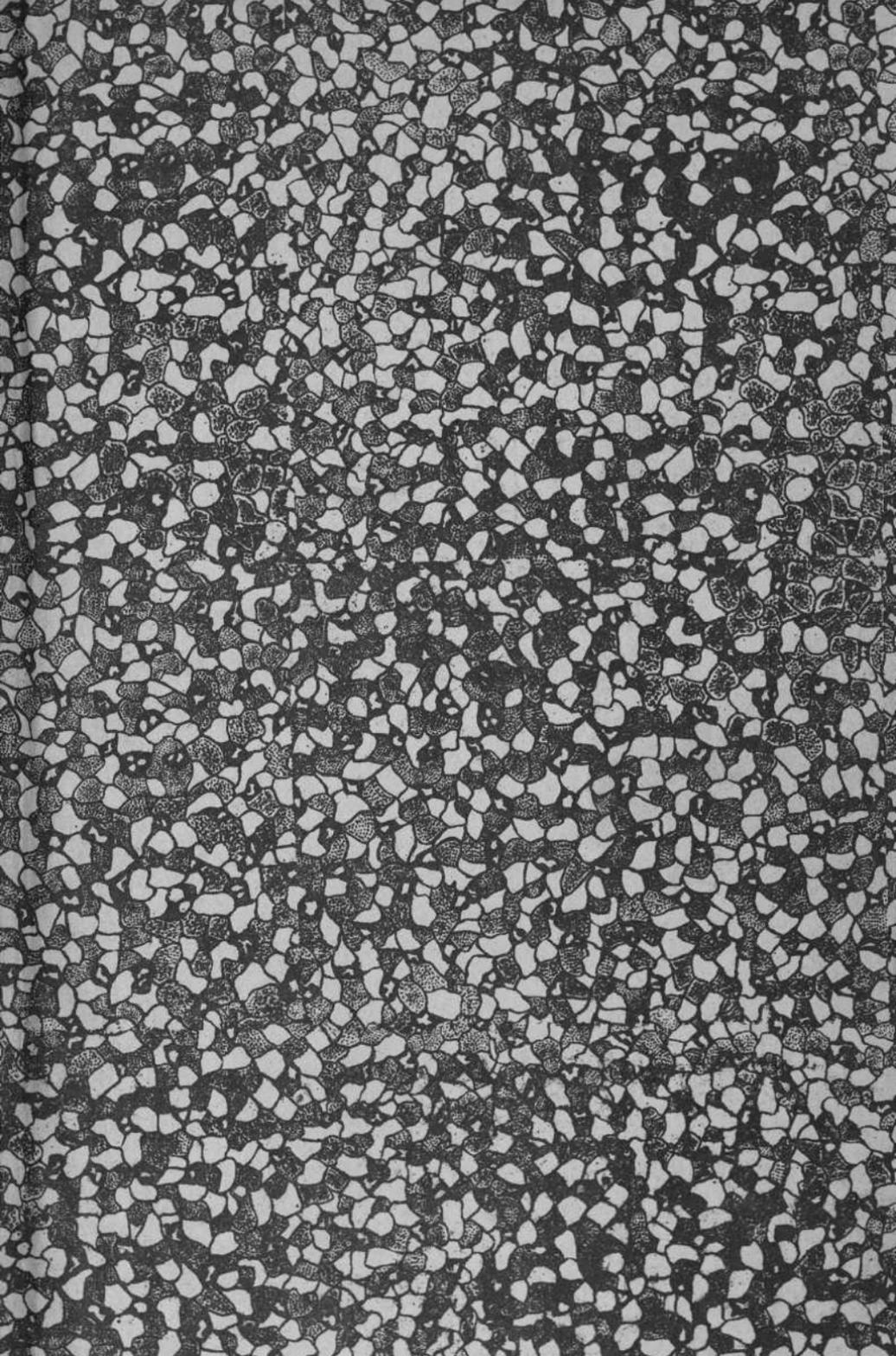
SOLO
DIOS
BASTA

VIDA DE
SANTA TERESA
DE JESUS

QUE
MUERO POR QUE
NO MUERO

AQUELLA
VIM DE
ARRIBA ES
LA VIDA
VERDADERA





VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESÚS.

· VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESUS ·



VIDA
DE
SANTA PERESA DE JESÚS

PARA USO DEL PUEBLO.

POR EL

P. F. Bonifacio Moral

del Colegio de Agustinos Filipinos

DE VALLADOLID

Dedicada al glorioso Patriarca San JOSÉ.

Obra laureada con el primer premio en el certamen celebrado en Salamanca
con motivo del tercer centenario de la Mística Doctora.

~~~~~  
2.<sup>a</sup> edición corregida y aumentada, ilustrada con láminas  
~~~~~

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



VALLADOLID

Foto-Tipo-Litografía, Encuadernación y Fábrica de Libros rayados

DE LEONARDO MIÑON,

Acera de San Francisco, 12 y Perú, 47.

1890.



ES PROPIEDAD.

DEDICATORIA.



Gloriosísimo San José, Esposo castísimo de la siempre Virgen María: nunca puedo olvidar como al tener la dicha de leer por primera vez la Vida de la Mística Doctora, mi alma se sintió movida á teneros especial afecto y devoción. Y doy gracias al Señor que tal me inspirara, porque cierto estoy de que en más de una ocasión, bien sin merecerlo, os he hallado propicio. Confiado en vuestra ayuda poderosa, comencé este mi humilde trabajo, el cual terminado, os le ofrezco en prueba de sincero y debido agradecimiento. Dignaos aceptarle mirando, no á su pequeñez y poca valía, sino al deseo que me anima de que por todos sea alabado y bendito el nombre de vuestra devotísima y siempre favorecida Teresa.





PRÓLOGO.

CUANDO en 1881 tomé la pluma para borrajear la Vida de Santa Teresa, me hallaba muy lejos de pensar que mi trabajo había de ver la luz pública. Escaso de caudales para escribir nada de provecho, apenas podía aspirar á otra cosa que á solazarme con el grato recuerdo de las hazañas de la Mística Doctora. Comencé, sin embargo, la obra con entusiasmo, continuéla sin desmayar, y quiso Dios que en el certamen celebrado con motivo del tercer centenario de nuestra Heroína, fuera juzgada digna del premio asignado. Confieso ingenuamente que los censores hubieron de proceder con harta benignidad, atendiendo sin duda á la brevedad del plazo señalado para narrar la Vida de Santa tan insigne como Teresa de Jesús.

Después de esto no faltó quien me alentara á publicarla; mas pensando con sobrado fundamento que

*In recuerdo de un amadísimo e inolvidable madre D^a Teresina Acordo (p. D. G.)
Maurice 8 de Diciembre 1908. - Evistis Acordo*

no estaría libre de mil incorrecciones y defectos, hijos unos de mi cortedad, y otros muchos del apresuramiento con que fué escrita, parecióme tomar tiempo para corregirla. Ocupaciones á que por fuerza debía atender, me impidieron revisar el manuscrito tan pronto como deseara. El 1884 vió por fin la luz pública, y con haber sido la tirada harto numerosa, encuéntrase la edición hace algún tiempo agotada. El ser muchos los que de unas y otras partes piden ejemplares, me ha estimulado á preparar una segunda edición, que con el favor de Dios sale ahora bastante mejorada. Se ha corregido el lenguaje en algunas frases, hanse añadido aquí y allá algunos párrafos que hacían al caso; y van intercalados varios grabados que representan ciertos pasos interesantes de la vida de la Santa. Así y todo no me atrevo á ofrecerla al público, sin temor de que ha de encontrar materia abundante donde mostrar su indulgencia.

Pocas cosas nuevas relacionadas con la Santa habré de añadir, á las ya antes narradas por sus mejores biógrafos, el P. Rivera, el Ilmo. Yepes y Julián de Ávila (1). Tan solo he cuidado de presentar en otra forma la historia, haciéndome cargo de los hechos más interesantes, y coordinándolos de tal manera, que con ser la presente biografía menos voluminosa que las que le han precedido, nada se omita de cuanto pueda contribuir á dar á conocer á la ínclita Refor-

(1) Además de los autores citados, he tenido á la vista la *Crónica de los Carmelitas Descalzos*, por el P. Fr. Francisco de Santa María; el *Año Teresiano*, por Fr. Antonio de S. Joaquín, hermano de nuestro Enrique Flórez, la *Vida de la V. Ana de Jesús*, por Fr. Angel Maurique; la de *S. Juan de la Cruz*, por Muñoz y Garnica; *Acta S. Teresiae a Jesu*, á Josepho Vandermoere; y por último las Obras de la Santa, edición de Madrid de 1851, y la de Rivadeneyra, ilustrada por D. Vicente de la Fuente.

madora del Carmelo, y al ensalzamiento de sus heróicas virtudes.

Como, según condiciones del programa, debía escribirse para el pueblo, y á él principalmente va dirigida, excusado será buscar en ella razonamientos de crítica literaria. Habré conseguido mi objeto, si con claridad y sencillez, en correcto y puro castellano, trazo el cuadro de la vida de la Virgen Avilesa presentándola á la consideración de mis lectores como instrumento escogido para llevar á cabo la grandiosa obra de la Reforma Carmelitana.

Divido mi obra en tres libros, y comprende el primero desde el nacimiento de la Santa hasta que, encerrada en el observantísimo monasterio de S. José, Dios la mueve á proseguir las fundaciones. Admirase en dicho primer libro su innata inclinación á la virtud, y la manera maravillosa con que el Señor la va disponiendo para abrazar vida más perfecta en la primera casa de la Reforma.

Su Majestad le promete que verá grandes cosas, derrama sobre ella á torrentes los tesoros de gracias extraordinarias, tómala por instrumento de sus grandezas, y dando Teresa principio al largo periodo de las fundaciones, consigue en menos de veinte años ver fundados diez y seis conventos de religiosas, y consolidada la Reforma Carmelitana entre frailes y monjas. Los trabajos en que se vió, y contradicciones que hubo de experimentar, ¿quién lo podrá decir? Llena por fin de méritos y rica de virtudes, vuela al cielo á ceñir la corona inmortal de la gloria. De esto tratará el libro segundo.

Á la muerte dichosa de la Santa, siguense estupendos milagros, la Iglesia le concede el honor de los altares, todo el mundo admira la sabiduría de sus escritos, y á una voz es proclamada Mística Doctora.

He aquí lo que nos prestará materia para el tercer libro.

Tales son los rasgos principales del cuadro que me he propuesto trazar. Quiera Dios acierte á distribuir las tintas, y pueda presentarle á mis lectores con algún aliño, á fin de que, puestos los ojos en la gran figura del Carmelo, admiren su santidad, imiten sus virtudes, y rindan gracias al Todopoderoso por habernos dado tan insigne protectora en el cielo.





LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

*Nacimiento de la Santa.—Cuáles fueron sus padres.—
Inclinación de Teresa á la piedad desde la niñez.—Sale
con su hermano Rodrigo en busca del martirio.—Muerta
Doña Beatriz, toma por madre á la Reina
de los Angeles.*

NUNCA España vióse tan rica de hombres grandes en virtud y letras como en el siglo xvi. Mientras Alemania é Inglaterra se precipitaban en el espantoso abismo de la herejia, provocada por el soberbio Lutero y el impúdico Enrique VIII, señalábase la pátria de los Hermenegildos y Fernandos por la integridad y pureza de la fe, por su inquebrantable adhesión al Pontificado, y por su celo ardiente en propagar las glorias de nuestra Religión sacrosanta. Quien lea y medite los hermosos anales de este afortunado siglo, se asombrará edificado al contemplar la

piedad y fondo de sentimientos religiosos de nuestros antepasados, y alabará al Todopoderoso que se dignó darnos reyes que fueran celosos defensores de las enseñanzas de la Iglesia, y esmaltó el cielo de nuestra nación con admirables pléyades de insignes santos. ¿Quién los podrá enumerar? Aquel que cuenta las estrellas del firmamento.

De este siglo de oro es la estrella esplendorosa de Alba, Santa Teresa de Jesús, ornamento de la Iglesia Católica, lustre de la Orden Carmelitana; y gloria imperecedera de la generosa España.

Nació esta admirable Santa en Ávila, ciudad de Castilla la Vieja, el día 28 de Marzo de 1515, dos años antes que el desdichado Lutero comenzara á esparcir el veneno de sus malas doctrinās.

Dos veces estuvo casado su padre D. Alonso Sánchez de Cepeda. La primera con Doña Catalina del Peso y Henao, en quien tuvo tres hijos, y la segunda con Doña Beatriz Dávila y Ahumada de la cual le nacieron otros nueve, ocupando Teresa entre éstos el cuarto lugar (1).

(1) Aunque por sus relevantes virtudes no lo merecieran, por el respeto á lo ménos debido á la Santa, que con tanto elogio habla de sus hermanos, parece muy puesto en razón traigamos aquí los nombres de cada uno. Fueron dichos hermanos, enumerándolos por órden de nacimiento, Juan Vázquez de Cepeda, que murió capitán de infantería. Ignórase el nombre del segundo, y solo se sabe fué varón. D.^a María de Cepeda cuéntase la tercera. Casó con Martín Guzmán, el cual falleció de repente. Avisada la Santa por inspiración del cielo de que su hermana había de pasar al otro mundo de la misma manera, cuidó de que D.^a María atendiese con solícitud al negocio del alma. Al cabo de cinco años murió en lugar y tiempo que ménos se pensaba, y solo estuvo penando en el purgatorio poco más de ocho días.

Los del segundo matrimonio son: Hernando de Ahumada, valeroso soldado en la conquista del Perú. Rodrigo de Cepeda, el más querido de Teresa. Murió capitaneando el ejército en el río de la Plata, y de él

• VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESÚS •



*Sale de casa en busca
del martirio.*

No nos cansaremos en demostrar la nobleza de los padres y ascendientes de la Santa, porque págase el Señor poco de linajes y altas alcurnias, holgándose más de las buenas obras, y la limpieza de conciencia. Harto más hace al caso saber que sus padres eran muy buenos cristianos, y como tales procuraban educar á los hijos, despertando en ellos desde muy tierna edad el santo temor de Dios y afición á toda virtud. Ayudaba mucho á esto ser D. Alonso muy dado á la lectura de buenos libros, los cuales hacia que leyesen también sus hijos, no descuidándose la madre por su parte en acostumbrarles á rezar piadosas oraciones, y poniendo mucho esmero en que fuesen verdaderos devotos de la Virgen Santísima y otros santos.

¡Oh si los padres de familia entendiesen bien cuanto va en esto de enderezar á sus hijos por las buenas sendas desde la niñez! De cuántos disgustos veríanse después libres, y qué contentamiento más puro experimentarían sus almas al cosechar los saludables frutos de una educación sólidamente cristiana! Qué patrimonio les pueden dejar de más valer, que la virtud y hombría de bien?

solía decir la Santa que le tenía por mártir, á causa de haber perdido la vida en defensa de la fé. Lorenzo de Cepeda, capitán también en América, y tesorero de la provincia de Quito, del cual habremos de hacer mención más de una vez. Antonio de Ahumada tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de Santo Tomás de Ávila, y Dios le llevó á mejor vida antes de cumplido el año de noviciado. Pedro de Ahumada, intrépido guerrero en las conquistas de América. Jerónimo de Cepeda, nada inferior en denuedo al anterior, sucumbió en la conquista del Perú. Agustín de Ahumada, esforzado capitán en Chile. Estando de Gobernador en cierto pueblo, avisóle por carta su Santa hermana para que se saliese de él; y aconteció que habiéndose ido, entró á los pocos días el enemigo, y dió muerte al que estaba de Gobernador. Doña Juana de Ahumada fué la última de los hermanos de Santa Teresa.

De D. Alonso sabemos que era de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y criados, honesto en gran manera, amigo de decir verdad siempre, y aborrecedor de maldicientes y murmuraciones. De Doña Beatriz cuenta la misma Santa que estaba adornada de muchas virtudes, y que Dios la probó en esta vida con penosísimas enfermedades.

Tales fueron los Padres de Teresa, á quienes el Señor quiso premiar el cuidado y esmero que ponian en que sus hijos saliesen buenos cristianos, dándoles por galardón una hija que había de ser tan santa.

Apenas en la niña Teresa se notaron los albores de la razón, cuando juntamente con ellos se la admiró tan aficionada á cosas buenas, que pone devoción oír contar á ella misma lo que por este tiempo hacía y pensaba. Amaba entrañablemente á uno de sus hermanos, llamado Rodrigo, con quien solía juntarse; y dando de mano á divertimientos pueriles, gastaban, apartados del ruido del mundo, largos ratos leyendo vidas de Santos. Con el asiduo ejercicio de lectura tan provechosa, nacieron en sus piadosos y tiernos corazones deseos de imitar á los mártires de Jesucristo en el padecer y gozar. Parecíales que compraban muy barata la posesión de la gloria, y ansiaban mucho morir como ellos. El pensamiento de la eternidad, y que así el infierno como la bienaventuranza habían de ser para siempre, teníales sobrecogidos y llenos de espanto; y repitiendo á menudo aquel significativo *para siempre, para siempre*, encendíanse más y más en deseos de padecer y morir por Jesús Crucificado.

Cierto día, cuando Teresa apenas contaba siete años, no pudiendo represar por más tiempo los ímpetus de sus fervorosos corazones, concertaron ambos hermanitos caminar, pidiendo limosna, á tierra de moros para que allí les *descabezasen*, y alcanzaran la

dicha que tanto anhelaban. Determinados á poner por obra su santo designio, tomaron alguna cosilla de comer, y saliéndose de la ciudad por la puerta que llaman de Adaja en dirección del puente, caminaban presurosos, suspirando por el apetecido martirio. Teníanse por dichosos los cándidos niños, pensando encontrar luego ocasión oportuna de confesar la fé delante de algún tirano, que, dándoles muerte, les abriese el camino de la eterna vida. Imaginaban que presto llegaría el feliz momento de imitar á sus envidiados mártires, y de gozar para siempre como ellos de los bienes de la gloria.

Sería de oír á estos tiernos pimpollos discurrir acerca del objeto de su viaje. Mientras así caminaban, embebidos en tan santos y generosos pensamientos, al llegar al punto conocido con el nombre de los *cuatro postes*, (1) acertó á pasar por donde ellos iban un tío suyo, el cual viéndolos fuera de casa, llevólos á su buena madre que muy solícita les buscaba, temerosa de que les hubiese sucedido alguna desgracia.

Al saber el tío lo que había motivado la huida de sus queridos sobrinitos, no pudo menos de enternecerse, y lo mismo hicieron sus piadosos padres, y cuantos del caso tuvieron noticia. Es de advertir que Teresa, aunque más jóven que su hermano, tuvo en esta jornada la parte más principal, por lo que, reprendidos amorosamente por Doña Beatriz, disculpábase el bueno de Ródrigo, diciendo que la hermana le había incitado á tomar aquel camino.

No siéndoles posible por entonces conseguir sus intentos de padecer martirio, y volar luego al cielo,

(1) Según tenemos noticia, parece que en breve se construirá en dicho punto de los *cuatro postes* una hermosa capilla en honor de la Santa y en memoria del hecho referido.

concertaron hacer vida de ermitaños, para lo cual en el huerto de casa fabricaban ermitillas que hoy levantan y mañana se caían. Solía Teresa tener en ellas sus devociones, y haciendo amistad con otras niñas de casi la misma edad, afanábase por construir también fingidos monasterios de monjas, y allí convidaba á las amiguitas á cantar y rezar. ¡Cuán de tiernos años alimentaba secreto impulso hácia las fundaciones que, andando el tiempo, había de realizar!

Ya en estos principios apetecía la soledad y el silencio, y en la manera que en aquellos años se sufre, despreciaba lo temporal y aspiraba á lo invisible y eterno. Gustaba mucho de rezar el rosario, á que la madre tanto le había acostumbra lo, por ser Doña Beatriz devotísima de la Reina de los Cielos. Era muy compasiva con los pobres y necesitados, y dábales la poca limosna que podía, y estaba en su mano. Tenían en casa una imágen que representaba á Jesucristo hablando con la samaritana, junto al pozo. Al pié de dicha imágen encontrábase escritas estas palabras del evangelio: *Domine da mihi aquam*: Señor dadme de esa agua. Sin saber aún lo que dichas palabras significaban, causábanle tal devoción, que las repetía muchas veces, pidiendo también ella al Señor de aquel' agua que la samaritana deseaba. Más adelante veremos como su Majestad le concedió beber á torrentes de estas aguas de la divina gracia.

Así pasó santamente la vida hasta la edad de doce años, en que el Señor fué servido llevar para si á Doña Beatriz. Pronto entendió la jóven Teresa el bien grande que había perdido en la muerte de madre tan cuidadosa. Afligida, y con el corazón traspasado de dolor, fuése á una imágen de nuestra Señora, é hincada de rodillas suplicóla con muchas lágrimas hiciese para con ella las veces de la que había sido arrebatada para

el cielo. Pidiólo tan á tiempo, y con tantas veras, que la Virgen Santísima aceptó propicia su fervorosa oración, y Teresa levantóse de allí con la firme confianza de que siempre había de hallar en ella amparo y defensa.

Dichoso trueque de madre fué éste que alcanzó la desconsolada doncella. Perdió á la que lo era por naturaleza, y tomó por tal á la que lo es del mismo Dios, y cuya poderosa protección todos debemos procurar, porque la Reina de los Cielos nunca abandona á los hijos devotos que á ella se encomiendan.





CAPÍTULO II.

Pernicioso efecto que produjo en Teresa la lectura de libros de caballerías.—Daño que le ocasionó la amistad de una parienta poco recatada.—Llévala su padre D. Alonso al monasterio de nuestra Señora de Gracia.—Recobra allí Teresa la paz del alma.

PERMITE á las veces el Señor en sus escogidos algunas caídas, para que, persuadidos por experiencia de lo poco que pueden de su cosecha, se funden más y más en humildad; y cuando regado el huerto de sus almas con las lluvias benéficas de la gracia, broten flores olorosas de virtudes, sepan á quién atribuir las, y no se alcen con la gloria, que á solo Dios es debida.

Nunca la Santa llegó á dar en vida licenciosa, y aún hay sobrado fundamento para creer que jamás cometió graves ofensas, si bien estuvo en grande peligro de deslucir la hermosura de su alma con la negra mancha del pecado mortal. Veamos como esto sucedió,

En medio de las virtudes que adornaban á Doña Beatriz, tenía el defecto de gastar algunos ratos en leer libros novelescos, que tales eran los de caballerías; y á la sombra de la madre leíanlos también sus hijos, con el aviso, no obstante, de que el padre no lo viese. Bien disculpa la Santa esta imperfección de la madre diciendo que lo hacía sin perder su labor, y que por ventura veíase obligada á ello por no pensar en los grandes trabajos que la afligían. Pegóse á la hija esta costumbre de la cándida señora, y como Teresa tenía natural tan agudo é ingenioso, entregóse con demasiada afición á la lectura de fantásticas ficciones, en las que se mezclaban muchos pensamientos profanos, muy á propósito para desvanecer la devoción, y despertar deseos poco piadosos. Ya no rezaba, ni con tanta devoción, ni con tanta frecuencia las oraciones que solía. La llama del amor divino, que tan temprano había prendido en su tierno corazón, iba por grados amortiguándose. Acometióla tal comezón por saborear las páginas de caballerías, que semejante al hidrópico que más sed tiene cuanto más bebe, así ella devoraba con avidez cuantos libros de ese linaje llegaban á sus manos; y no bien había leído unos, cuando ya deseaba otros nuevos que pudieran dar pábulo á su curiosidad, siempre creciente. Puede calcularse lo embebida que andaba en tales lecturas con saber que, ayudada de su hermano Rodrigo, escribió un libro de caballerías con harta elegancia y sutileza, siguiendo el método, enredos y desenlace propios de semejantes obras.

Mas ¿quién podrá decir ahora los estragos que causó en Teresa tan desordenada afición? Abrió los ojos al mundo, y comenzó á tomar sabor de lo que en él se estima en algo. Traía galas con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener una doncella curiosa y amiga de bien parecer.

Viénense aquí al pensamiento los grandes daños que en todo tiempo han causado los libros perniciosos, y los que causa al presente la desmoralizadora plaga de novelas que todo lo inunda. En ellas todo es ayuda para avivar el fuego de las pasiones, siendo así que nuestra flaca naturaleza necesita de pocos incentivos para inclinarse de suyo al mal. Encuéntranse impregnadas del espíritu que anima al mundo, llenas de ficción y mentira, y á vuelta de lindas frases, ocúltase el veneno que mata el alma. Quien con afición lea tanta frivolidad, no es posible encuentre gusto en la pureza y severidad de las enseñanzas del Evangelio.

Mas no fué lo peor para Teresa esto que habemos dicho de las lecturas novelescas; añadióse el que por este mismo tiempo comenzó á sustentar pláticas con unos primos hermanos casi de su misma edad, á quienes D. Alonso no impedía la entrada en casa por ser tan cercanos parientes. Tenian éstos á la prima mucho amor, y gustaban en extremo de su discreta y amena conversación, y ella por complacerles oiales también hablar de sus aficiones y niñerías, y correspondiales con el mismo cariño. Mezclábase en esto una jóven parienta, de tan livianos pensamientos, que ya Doña Beatriz había deseado desviar el trato peligroso de la tal doncella, como quien adivinaba el daño que por aquí podía venir á su hija; pero era tanta la ocasión que para frecuentar la casa tenia dicha parienta, que ni Doña Beatriz, ni más tarde D. Alonso pudieron cerrar la puerta á tan perjudicial compañía.

Tres meses no más anduvo Teresa por esta torcida senda de los desvanecimientos y gustos de mundo, y cierto que se vió en grande peligro de cometer graves ofensas contra Dios, tan apegada como estaba por una parte á la lectura de libros profanos, y en continuo trato por otra de compañera nada recatada. Gracias á la mi-

sericordia del Señor, no había perdido el santo temor de Dios, aunque tenía mayor de la honra, y esto fué parte para que no la perdiera del todo. Reprendíanla por esta amistad peligrosa, así el padre, como su hermana mayor Doña María de Cepeda, mujer de harta honestidad y bondad; pero como no se podía quitar la ocasión de la infatuada parienta, no les aprovechaban sus diligencias.

Ninguno como la Santa podrá pintarnos el desmejoramiento que por entonces experimentó su alma. «Y es así, dice, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguno: y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la misma manera de pasatiempos» (1). Y para que los padres de familia anden muy sobre aviso acerca de las compañías que traen sus hijos, y rompan con ellas si son malas, aunque para ello tengan que hollar respetos humanos, oigan lo que sobre esto dice la escarmentada Teresa. «Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mi los padres para mirar mucho en esto..... Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía; y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer» (2).

Pues como viese D. Alonso el daño grande que de estas conversaciones y tratos podía venir á Teresa, y que no había manera de evitarlo sin algún grave dis-

(1) Vid. de la Santa, c. II.

(2) Vid. de S. Ter. c. II n. 2.

gusto de familia, aprovechó la oportunidad de haber casado á su hija mayor Doña María; que como no era bien que aquella quedara solo en casa sin madre, disculpó con esto el padre la conveniencia de llevarla al observantísimo monasterio de religiosas agustinas de Nuestra Señora de Gracia, donde se criaban y educaban doncellas seglares de las más distinguidas familias de Ávila. Con esto quedó burlado el demonio que tanto se prometía de ver á Teresa colocada en la peligrosa pendiente, á que sus vanidades la condujeran.

Quince años y medio contaba Teresa cuando en 1531 ingresó en el monasterio de Gracia. Cuenta la Crónica (1) que estando las monjas juntas en oración días antes que ésto tuviese lugar, apareció una luz, á manera de estrella, la cual habiendo dado vuelta sobre las cabezas de las religiosas, en llegando á una de ellas, llamada María Briceño, pareció entrársele dentro del pecho, sin que se viera después más. Era esta María Briceño la maestra de las educandas seglares, y quizá fuera lo de la luz misteriosa, señal de la asistencia particular que dicha religiosa había de tener para con sus exhortaciones y buenos consejos trocar en mejor el corazón de la doncella Teresa. Ésta, en los primeros días que estuvo en aquel encerramiento, acordándose de las ligerezas y devaneos pasados, y más, sospechando si acaso se había llegado á entender algo de sus vanidades, experimentó alguna turbación y desasosiego; porque en esto de la honra era en extremo celosa, y antes moriría que sufrir quiebra en ella. Mas como tenía natural tan dócil y bien inclinado, y la malicia no había echado raíces en su corazón, presto se ajustó al modo de vivir que allí tenían las demás doncellas, y al cabo de ocho días, hallábase ya más contenta y

(1) L. I. c. VII. n. 3.

sin pesadumbre en el monasterio que si estuviera en casa de su padre.

Atajado pues el peligro, y rotas las cadenas que aprisionaban, y tenían como forzado y fuera de su centro el magnánimo corazón de Teresa, no es mucho que renaciera en ella la antigua paz del alma, mucho más sabrosa y dulce que cuantos deleites ofrece el mundo á sus seguidores. Allegábase á esto que era tan naturalmente simpática y amorosa, que donde quiera se encontraba había de dar contento; porque una de las singularísimas gracias con que el Señor adornó á esta mujer, fué la de hacerse querer y estimar de cuantos con ella trataban.

Admiremos aquí las trazas de la Providencia que siempre sabe sacar de los males bienes. Dando Teresa en aquellas aficiones desordenadas, que más tarde había de llorar amargamente, fué causa de que su prudente padre, por cortar de una vez el peligro en que la veía metida, determinase llevarla al monasterio de Gracia, donde separada del trato de seglares, pudiera pensar con detenimiento en la salvación de su alma.





CAPÍTULO III.

Saludable cambio que experimentó Teresa en el monasterio de Gracia.—Cuánto le aprovechó un tío suyo.—Comienza la Santa á pensar seriamente en la salvación de su alma, y favorécela el Señor con la vocación religiosa.—Lucha que se levantó en su interior.—Cómo vino á entrar en el monasterio de la Encarnación.

LA maestra puesta al cuidado de las doncellas que en el monasterio de Gracia se criaban, solía recrearlas á sus tiempos con discretas y provechosas conversaciones, procurando despertar en el corazón de las jóvenes educandas amor á la virtud y aborrecimiento al vicio. Holgaba mucho Teresa de las pláticas piadosas de María Briceño, y no fué pequeña la impresión que recibió un día al oírla referir cómo ella había venido á ser monja por solo leer lo que dice el Evangelio: *que muchos son los llamados y pocos los escogidos*, y de considerar el grande premio que el Señor tiene prometido á los que todo lo dejan

por mejor servirle. Tan buena conversación y compañía comenzó á deshacer los estragos que había causado la mala, y revivieron en el alma de Teresa los pensamientos y deseos de las cosas de arriba.

Rezaba muchas oraciones vocales, y como se conociese flaca y ruin, á todas pedía la encomendasen á Dios, el cual bondadoso derramaba sobre ella las benéficas influencias de su gracia, para que pudiera bien entender el engaño en que antes había estado. De manera que con el trato continuado de personas tan edificantes, y prestarse dócil á las inspiraciones de la gracia, iba Teresa renovando y fortaleciendo su espíritu, y se veía muy otra de la que antes era, bien que todavía estaba muy lejos de considerarse feliz con la vocación religiosa.

Estas agustinas de Gracia no dejarían de darle á leer, además de otros libros espirituales, alguna cosa de las de su Santo Patriarca, cuya lectura serviría de poderoso estímulo para avivar en su pecho la llama del amor divino, que ardería después perenne, y cada vez con más fuerza, hasta causarle algún día muerte dulce y deleitosa. Mucho tuvo que agradecerles la Santa Madre, pues ellas fueron las que con sus buenas y discretas insinuaciones torcieron el curso de las aficiones de su corazón, dirigiéndole hacia lo eterno y celestial (1).

(1) Entre otras grandes siervas de Dios que se distinguieron por sus virtudes en el convento de Gracia, cuando la Santa se encontraba allí como educanda, cuéntase la M. María de la Cerda. De ella refiere Sto. Tomás de Villanueva, aunque sin nombrarla, que estando muy afligida una vez á causa de no haber comulgado por falta de forma, se le aparecieron dos manos visibles con el Santísimo Sacramento, y habiéndole recibido de ellas, su alma quedó en paz, y cesaron las lágrimas. De esto y otras revelaciones tuvo conocimiento Sto. Tomás, porque siendo Provincial de Castilla por los años de 1534, al visitar el dicho convento

Año y medio hacía que Teresa estaba en el monasterio, y al cabo de este tiempo sentía ya menos repugnancia para abrazar el estado de perfección religiosa; pero acostumbrada á vivir sin ningún rigor, y con harta delicadeza, resistíase el natural, y parecíanle extremos algunas cosas de virtud que las de aquella casa practicaban; y así, de ser monja, prefería serlo en otro convento de menos penitencia. De esta manera iba el Señor disponiendo las cosas con suavidad, pero con eficacia para la realización de sus altos fines. Queríala su Majestad reformadora del Carmelo, y era necesario que, saliendo de aquel monasterio de Gracia, vistiese el hábito de carmelita.

Por este tiempo cayó gravemente enferma, y para atender á su salud fué forzoso que el padre se la llevara á casa. Cuando estuvo algo aliviada, determinó Don Alonso enviarla á Castellanos de la Cañada, donde vivía su hermana mayor Doña María, la cual deseaba mucho verla y tenerla consigo, porque la amaba entrañablemente. De camino para dicha aldea, había de pasar por Ortigosa, á cuatro leguas de Ávila, donde se encontraba un tío suyo, llamado Don Pedro Sánchez de Cepeda, que llevaba vida muy recogida ocupado continuamente en ejercicios de piedad; tanto que al cabo de algún tiempo, dejólo todo por amor de Dios, y fuese á morir santamente en un monasterio. Al llegar Teresa á Ortigosa, hizo su tío que se detuviese con él algunos días y como era hombre muy avisado y de grandes virtudes, gustaba mucho de conversaciones santas, y de que su sobrina le leyera de los buenos libros que él tenía. Ella, como siempre trató de dar contento á todos, y más á los que de alguna mane-

de Gracia, hizo que la fervorosa agustina le manifestase por obediencia las mercedes que Dios le hacía.

ra la tenían obligada, complacía á su buen tío leyéndole de lo que gustaba.

Con las repetidas conversaciones de cosas de Dios, y reposada lectura de provechosos libros, que el piadoso tío de continuo le ofrecía, llegó á comprender, con más fundamento que cuando niña, el caso que había de hacer de las verdades eternas. Convencióse de que todo en este mundo es vanidad y tiempo perdido, si no es el servir á Dios. Entendió también el peligro grande que había corrido de condenarse, si el Señor misericordioso no la tuviera de su mano, y resolvió por fin que el mejor y más seguro medio de conseguir la salvación de su alma, era el de abrazar el estado de religiosa. Animada de tan saludables pensamientos, despidióse del tío, aunque no del todo determinada á ser monja. Llegada á casa de su hermana Doña María, como ésta era tan piadosa, encontró en su compañía no solo amor y regalo, sino estímulo y ayuda para meditar las verdades aprendidas en Ortigosa.

No dormía el demonio por su parte, el cual conociendo por indicios manifiestos lo que la Santa revolvía en su corazón, y que era perdido si llevaba adelante los deseos que comenzaban á bullir con fuerza, apresuróse á representarle mil dificultades, y disuadirle de sus buenos propósitos. Poníale delante que no valía para los trabajos y asperezas de la religión, pues era tan regalona. Defendíase de esto Teresa con los trabajos que pasó Cristo Nuestro Señor, y que no era mucho quisiera ella padecer algunos por él, contando con su divina gracia. Hacíase fuerza con la consideración de que los rigores y penas de ser monja, no podían ser mayores que los del purgatorio; y pues había merecido el infierno, bien podía darse por contenta de pasar toda la vida como en purgatorio, habiendo después de gozar

por siempre del cielo. Tres meses estuvo en continua batalla: luchaban por una parte la debilidad de la carne, y engañosas sugerencias de Satanás, y por otra las inspiraciones y toques de la gracia, que avivaban los deseos de vida más perfecta, y que ofreciese mayor seguridad de alcanzar los bienes de la gloria.

Al fin triunfó la gracia del Señor mediante las cartas de San Jerónimo. Contribuirían sin duda á rendirla aquellas palabras de verdad y desengaño en las que el Solitario de Belén da tanto conocimiento de las cosas de arriba, al paso que engendra hastío de las pasajeras de la tierra. Leídas dichas cartas, el espíritu de Teresa se encontró más esforzado, y dando en su interior un adiós al mundo, decidióse por la vida del claustro. El monasterio donde puso los ojos fué el de las Carmelitas de la Encarnación de Ávila, fundado dos años antes que ella naciera. Encontrábase allí una grande amiga suya, llamada Juana Juárez, y sirvió esta religiosa como de imán para atraer hácia aquella casa el simpático corazón de la Santa.

El sentimiento de D. Alonso al saber la determinación de su hija fué grandísimo, y por más que mediaron ruegos de diferentes personas, no pudieron acabar con él la consintiera llevar adelante su propósito. Decía que después de muerto, podía Teresa obrar como quisiera; pero que separarse de él en sus días, era como quitarle la vida. No se ocultaba á nuestra heroína cuánto debía á su padre á quien amaba de veras, mas temía mucho á su propia flaqueza no volviese atrás; y, consideradas todas las cosas, vió que la resolución tomada era la que mejor estaba al negocio de su alma. Como el bien es comunicativo, quiso que también un hermano de menor edad participase de su dicha, y hablándole de la vanidad del mundo, persuadióle á que se hiciese religioso. Aguardaron coyuntura favorable,

y un día en que D. Alonso hallábase ausente de casa, que fué el 2 de Noviembre del 1533 (1) llegaron ambos muy de mañana, y sin dar cuenta á nadie, al monasterio de la Encarnación, donde se quedó Teresa, yéndose de allí el fervoroso Antonio á pedir el hábito de Santo Domingo al convento de Santo Tomás.

No se puede explicar sino con sus mismas palabras el grande sentimiento y repugnancia que en la parte inferior experimentó la Santa al abandonar la casa paterna: «Acuérdaseme á todo mi parecer y con verdad, dice, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo sea más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que cómo no había amor de Dios, que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir, adelante; aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra» (2).

Llegada al monasterio, donde la aguardaba su amiga Juana Juárez y las demás religiosas, abriéronla regocijadas las puertas, dando entrada á la que con sus esclarecidas virtudes había de enaltecer y dar lustre á la Orden Carmelitana. No tardó D. Alonso en saber la determinación que su hija acababa de poner por obra, y ayudado de la gracia, hizo el mayor de los sacrificios, resignándose á vivir sin su amada Teresa. Ésta, en

(1) No están acordes los diversos biógrafos de la Santa acerca de año en que entró en el monasterio de la Encarnación. La Crónica, apoyada en una escritura hecha con motivo de la dote, sostiene que éste fué el año en que entró. Otros dicen que fué el 1535, pero en las *Actas de Santa Teresa* al n.º 81, que es donde con alguna extensión se trata de este punto, tiénese por más probable que la entrada tuvo lugar en 1533.

(2) Vid. c. IV. n. 1.

tomando el hábito, experimentó tan grande alegría de haber abrazado aquel estado, que no le trocara por ninguno de los más envidiados del mundo. Así favorece su Majestad á los que por servirle se hacen fuerza.





CAPÍTULO IV.

Noviciado de Teresa.—Hace la profesión con grande alegría.—Enferma la Santa, y su padre D. Alonso llévala á curar á Bezas.—Lee en casa del tío de Ortigosa la tercera parte del Abecedario de Osuna, y comienza á tener oración sobrenatural.—Cómo por su medio vino á convertirse un clérigo que traía mala vida.—Cae en un parasismo que le dura cuatro dias.—Deplórase el descuido de las familias en acudir á tiempo con los últimos Sacramentos.—Vuelve Teresa en sí, y cuenta lo que ha visto.

Gs fiel nuestro buen Dios y muy largo en el remunerar, y si cuando invita á que le sigamos, nos hacemos alguna fuerza, luego da el ciento por uno, premiando superabundantemente nuestros cortos sacrificios. Así aconteció con nuestra magnánima Teresa. Después que, violentándose á sí misma, y siguiendo el consejo de San Jerónimo, hubo triunfado de su misma flaqueza y de las más caras

afecciones, encerrándose para siempre en el asilo del claustro, derramó el Señor sobre su alma raudales de paz y dulzura, de tal suerte que encontraba deleite en todas las cosas de religión, y ninguna ocupación hallaba tan baja y humilde que le pudiera dar pesadumbre. Ejercitábase con gusto en el oficio de barrendera y otros análogos en horas que antes solía gastar en curiosidades y galas; y acordándose que estaba libre de semejantes vanidades, experimentaba gozo inexplicable. Durante el año de noviciado recibió del Cielo el don de lágrimas, y como procurase algunos ratos de soledad para llorar en presencia de Dios lo que ella llamaba sus extravíos, dieron en decir algunas monjas que por ventura no estaba contenta en aquella casa, y otras cosas que la mortificaban mucho; mas con el contento que tenía de verse religiosa, todo lo llevaba con alegría.

Encontrábase entonces en el monasterio una religiosa con tan penosísima enfermedad, que solo el recordarla hace temblar: habiánsele abierto unas bocas en el vientre por donde arrojaba los alimentos, de lo que no tardó mucho en morir. Admiraba nuestra fervorosa novicia la heroica resignación que aquélla tenía en medio de sus terribles padecimientos, y habíala por ello grande envidia. Atrevióse á pedir al Señor que dando á ella paciencia, cual observaba en la sufrida monja, le enviase cuantas enfermedades fuese servido. Ninguna temía, porque estaba tan determinada á hacer méritos para la vida eterna, que cualquiera trabajo llevaría por amor de Dios. Échase aquí de ver el temple admirable del alma de Teresa, siempre grande, siempre heroica. Bien quiso su Majestad conformarse con la voluntad de su Sierva en esto de padecer enfermedades, pues antes de dos años envióselas muy graves y en extremo penosas.

Acabado el año de noviciado, hizo la profesión religiosa con grandísimo contento espiritual, no hartándose de dar gracias al Señor que se dignaba tomarla por esposa. Á poco de haber profesado, la mudanza de la vida y de los manjares hizole daño en la salud, y comenzaron á darle fuertes desmayos, y un mal de corazón tan recio, que á todos ponía espanto. Añadiéronse á esto otros muchos males, de manera que todo el cuerpo tenía en continuo tormento, sin que le aprovecharan de algo las medicinas que le daban. Viendo el entrañable D. Alonso que el mal de su hija era gravísimo, y que llegaba hasta privarla muchas veces del uso de los sentidos, puso mucha diligencia en buscar remedios oportunos. Como no los encontrase en Ávila, pues los médicos de la ciudad no le daban esperanzas de sanarla, previo permiso del Superior, determinó llevarla á un pueblo, llamado Bezadas, donde había una mujer que, según era fama, curaba enfermedades análogas.

Á principio del invierno del año 1535 salió Teresa del monasterio (1) hecha una lástima, acompañada de su amiga Juana Juárez; mas, como la cura no convenía hacerla hasta venida la primavera, por no andar yendo y viniendo, acordaron llevarla con su hermana á Castellanos de la Cañada, no lejos de Bezadas. Al dirigirse á dicha aldea, hubo de posar algunos días en casa del tío de Ortigosa, el cual, como notase en su sobrina paladar más bien dispuesto que la primera vez para saborear las cosas del espíritu, dióle á leer un libro intitulado: *Tercera parte del Abecedario*, obra com-

(1) Es de advertir que antes del Concilio de Trento, no se guardaba clausura rigurosa en todos los monasterios de monjas, y que en el de la Encarnación, donde estaba la Santa, no se prometía. Por eso no extrañará el lector que con licencia del Prelado pudiera salir así en esta ocasión como en otras, de que se hablará más adelante.

puesta por el P. Francisco de Osuna, de la Orden de San Francisco. Enséñase en dicho escrito una manera de oración muy provechosa para los que tratan de adelantar en el camino de la vida espiritual. Como la Santa no había leído en todo el tiempo que llevaba de religiosa, sino buenos libros, tenía gusto especial en su lectura, y así holgóse mucho de encontrarse con este de que venimos hablando. Tomóle por maestro y guía, determinada á seguir el camino por él trazado con todas sus fuerzas; y el Señor que veía el ánimo de su Sierva tan bien dispuesto para aprovechar en la virtud, abrió su liberal mano para derramar sobre ella los tesoros de gracias extraordinarias. «Comenzó el Señor, dice la Santa, á regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba á unión, aunque yo no entendía que era ni lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera grande bien entenderlo. Verdad es, que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parecía traía el mundo debajo de los piés, y así me acuerdo, que había lástima á los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas» (1). De esta manera la regalaba Dios en estos principios, para disponerla á padecer por su amor penosísimas enfermedades.

Pasados algunos días en compañía del piadoso tío con grande aprovechamiento de su alma, trasladáronla á casa de su hermana con el fin de aguardar al mes de Abril, que es cuando se había de hacer la cura. Llegado este tiempo, lleváronla al pueblo de Bezadas, y aquí estuvo tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia de lo que pedía su delicada com-

(1) Vid. c. IV,

plexión y debilidad de fuerzas. Cargáronla de medicinas de suerte, que al cabo de dos meses tenía casi acabada la vida. La gravedad del mal llegó á tal extremo, que sentía como si con dientes agudos la tirasen del corazón; y al ver los movimientos extraordinarios que con la violencia del dolor hacia, llegaron á temer no fuese rabia.

Pena da oír contar á la Santa el lamentable estado á que la redujeron, así los dolores de la enfermedad como los desatinados remedios que le aplicó la famosa curandera. «Con la falta grande de virtud, dice, porque ninguna cosa podía comer, sino era bebida, de grande hastío, calentura muy continua, y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día, estaba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los nervios con dolores tan incomportables, que día, ni noche, ningún sosiego podía tener, y una tristeza muy profunda» (1).

Antes de pasar adelante en los padecimientos de la Santa, habremos de referir un caso harto extraordinario que aconteció en el pueblo de Bezadas.

Vivía en dicho lugar cierto clérigo de harta buena calidad y entendimiento, con quien nuestra enferma Carmelita comenzó á confesarse. Como ya entonces trataba de oración, y con los regalos que en ella recibía iba cobrando grande afición á la virtud, era de poco tomo cuanto confesaba, quedando confuso el mencionado clérigo al descubrir tanta inocencia y candor. Tiene la virtud poderosos atractivos, y gustaba mucho el confesor de conversar con Teresa, á quien había tomado excesivo cariño. Mas como ésta se encontrase embebida en pensamientos de Dios, ellos eran los que prestaban materia para siempre hablar de cosas san-

(1) Vid. c. V. n. 3.

tas. Sus palabras edificantes y persuasivas, fueron haciendo mella en el corazón de aquel pobre sacerdote, el cual, con la grande voluntad que le tenía vino á declarar la perdición en que se encontraba. Tuvo de él gran lástima la compasiva Teresa, y tomó tan á pechos la salvación de aquella alma, que comenzó desde luego á encomendarle á la Virgen muy de veras. Consiguió, mediante la poderosa intercesión de nuestra Señora, que el clérigo, vuelto á mejor acuerdo, le entregase cierto idolillo de cobre, que una desventurada mujer le obligaba á que trajese colgado del cuello en señal de amor hácia ella. Hízole la Santa tirar al río, y el ministro del Señor, libre de aquella esclavitud de pasiones, comenzó, como quien despierta de profundo sueño, á acordarse arrepentido de sus extravíos; y espantado de tanta ofensa contra Dios, dolióse amargamente de sus pecados, proponiendo eficazmente mudar de vida, como de verdad lo cumplió con grande edificación de aquellos á quienes antes tenía escandalizados. Al cabo de un año murió santamente, dando fundadísimo motivo para creer que se fué al cielo, donde cantará eternamente las misericordias del Señor, y dará gracias sin cesar á la Virgen Santísima y á nuestra Madre que tanto se interesó por su salvación.

Prosigamos con las enfermedades de Teresa, las cuales, al cabo de tres meses de dolorísimas curas, lejos de disminuir, habíanse agravado de manera, que D. Alonso, viendo frustradas sus esperanzas, hubo de tornarla con esta ganancia á casa. Visitáronla de nuevo los médicos de la ciudad, y al verla, todos la deshaucieron diciendo que sobre los males ya conocidos, añadíase ahora el estar tísica. De esto último hacía la enferma poco aprecio. No así de los dolores de nervios, que la fatigaban en extremo; porque ade-

más de ser de suyo insoportables, extendíanse desde los piés hasta la cabeza. Dióle el Señor en medio de estos penosísimos padecimientos mucha paciencia para llevarlos por su amor, aprovechándola mucho el haber leído la historia del pacientísimo Job en los Morales de San Gregorio. Traía en el pensamiento, y repetía muy á menudo estas palabras: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Acordábase también de los deseos que, siendo novicia, había tenido de abrazar cualquiera enfermedad que su Majestad fuere servido enviarle, y se resignaba con su divina voluntad.

En tanto, llegóse la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, y como acostumbraba á confesarse á menudo, pidió con instancia que llamasen al confesor. D. Alonso creyendo, por la prisa que metía, que era miedo de morirse, no consintió que se confesara por entonces. En la noche de aquél mismo día dióle un parasismo que le duró estar sin sentido, y como muerta cerca de cuatro días. Administráronle el Sacramento de la Extremaunción, y temiendo por momentos que espirase, ayudábanla con jaculatorias, diciendo muchas veces el credo, como si alguna cosa entendiera ú oyera. Como el parasismo se prolongaba tanto, y señales de vida no se notaban, hubiéronla por tan muerta, que en el monasterio de la Encarnación teníanla ya abierta sepultura, y de una hora para otra aguardaban las monjas el cuerpo de Teresa para enterrarle, y hasta en un convento de frailes de fuera le habían celebrado las honras. Sin duda la hubieran enterrado, á no estorbarlo D. Alonso, el cual no se podía convencer de que su hija estuviese muerta. La pena del padre por no haberla dejado confesar cuando ella quería, era grandísima, y cierto que estaría bien arrepentido de lo hecho; porque aunque la virtud de Teresa era mucha,

y dado su modo ordinario de vida, pudiera con fundamento creerse que su alma se hallaba en gracia; mas es tal nuestra condición y miseria, mientras nos encontramos atados á esta carne mortal, que en negocio de tanta importancia como es el de nuestra salvación eterna, no hay que fiarse nunca, sinó estarse siempre á lo más seguro; que tal hacen los hombres en otros negocios que no son de tanta monta. Pero en este caso (¡y cuántos hay hoy por desgracia!!) el amor de carne cegó al padre, y tirando á evitar un mal, que no era verdadero mal, pudo poner á su hija á riesgo de irreparable daño. Por eso exclamó después la Santa: «¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre, y tan avisado, que lo era harto, que no fué ignorancia, me pudiera hacer gran daño!» (1).

Habiase de llorar con lágrimas de sangre, y aún esto fuera poco, la ceguedad y desatino de las familias en querer impedir ó dilatar la administración de los últimos sacramentos á sus deudos gravemente enfermos, hasta llegado el momento en que, perturbadas las facultades intelectuales, y acaso privados ya del conocimiento, no son de ordinario capaces de recibir con provecho tanto bien. Solemnísimo embuste es éste, que no sé cómo puede haber tenido cabida entre católicos, que no ignoran tienen un alma que salvar. Pero aun mirada la cosa desde el punto de vista de lo temporal, ¿no es verdad que la paz y tranquilidad de ánimo que resulta de una sincera confesión, contribuye en gran manera al alivio del paciente? Acaso el Señor, dueño de la vida y de la muerte, ha de consentir que el enfermo sane, y prolongue sus días porque sus deudos y amigos hayan tomado la imprudente precaución de impedir que reciba á su debido tiempo

(1) Vid. c. V. n. 4.

los auxilios oportunos, que Jesucristo nos ofrece en aquellos momentos por medio de su amada Iglesia? Maldigo de ese falso amor de parientes, y téngole por la mayor de las crueldades que se puede cometer con un mortal. El hombre ha nacido para morir, y ni un solo momento podrá con toda su industria alargar su existencia mas allá del límite que Dios le tenga señalado desde la eternidad. Y con esto no queremos decir que se hayan de despreciar, ó tener en poco los medios convenientes para la salud y conservación de la vida, sino que estos medios no consistan en poner á peligro de muerte eterna al que por fuerza ha de morir ya hoy ya mañana. ¡Quién nos diera llevar al corazón de todos los padres é hijos, y de todos los que se precian de amigos sinceros estas importantísimas verdades, mas saludables y de más provecho que la misma vida!...

Volvamos ya á D. Alonso que, viendo á Teresa en aquel estado de privación total de sentidos, y apretado por el pensamiento de no haber sido en esta ocasión más prudente, clamaba de lo íntimo del corazón al Señor, y pediale con muchas lágrimas por la vida de su hija. Fueron oidas sus fervientes oraciones, y al cabo de cuatro días, volvió la Santa en sí, y como si despertara de dulce sueño, comenzó á exclamar: ¿Para qué me han llamado? En el cielo estaba; el infierno he visto, mi padre y Juana Juárez se han de salvar; monasterios he visto que tengo de fundar; muchas almas se han de salvar por mi medio; y mi cuerpo, antes de ser enterrado, ha de estar cubierto con paño de brocado» (1). Pasado algún rato, recobró del todo los sentidos, y habiendo entendido de los circunstantes las cosas que había dicho, y las personas que la habían escuchado, quedó muy corrida y llena de confusión; y sin negar

(1) *Crón.* Lib. I. c. XII. n. 3.

la verdad de la visión, procuró deslumbrarlos, atribuyendo lo dicho á desvarío de la enfermedad. Mas los sucesos que, andando el tiempo, tuvieron lugar, confirmaron la verdad de lo que podemos llamar sueño profético.

De otro peligro vióse también libre Teresa en el tiempo que estuvo enferma en casa del padre. Acontecíó que velándola de noche su hermano Lorenzo, quedóse éste dormido sin reparar en una vela que dejaba encendida junto á la cama de la enferma. Estando así, prendióse fuego á las almohadas y mantas, y si no le despertara el humo, hubiera su hermana perecido abrasada; mas el Señor que velaba por la vida de su Sierva acudió el peligro por medio de la diligencia de D. Lorenzo.





CAPÍTULO V.

Cómo quedó Teresa del parasismo.—Recobra la salud por intercesión de San José.—Inculca la devoción á este Santo.—Deja la oración mental con pretexto de humildad.—Aparécesele Cristo atado á la columna, y muéstrale cuanto le desagradaban las conversaciones que traía con seglares.

Lo primero que hizo Teresa después de volver en sí, fué confersarse y comulgar con muchas lágrimas. Quedó de estos cuatro días de parasismo con tan insoportables tormentos, que mueve á compasión el oírse los referir. «La lengua, dice, hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía

menear de la mano derecha. Pues llegar á mí no había cómo; porque todo estaba tan lastimado que no lo podía sufrir» (1). Dió luego prisa para que así como estaba la llevasen al monasterio; y recibieron las monjas con vida á la que ya daban por muerta, mas tan flaca y enferma, que daba lástima el verla. Solo tenía los huesos, y con los miembros encogidos que no se podía valer. Así estuvo por espacio de más de ocho meses, y aunque después fué mejorando, duróla el estar tullida tres años.

Sufriólo todo con grandísima resignación y alegría; y siendo Dios en ello servido, no rehusara el padecer cualquiera enfermedad, aunque fuese por toda la vida. El tiempo que no estaba en lo recio del dolor, pasábalo en oración, y leyendo buenos libros, de que no podía menos de obtener señaladas ganancias para su alma. Algunas virtudes, que le eran como naturales, ejercítabalas ahora con más solicitud y pureza de intención. De nadie murmuraba, ni consentía que en su presencia se hablase mal de alguna; y tan cuidadosa se mostraba en esto, que vino á entender en el monasterio que donde Teresa estaba, las demás tenían bien guardadas las espaldas. Apetecía la soledad y recogimiento, confesaba y comulgaba muy á menudo, y sentía en el alma cualquier leve ofensa que á Dios hiciese. Encontraba mayor placer en hablar de cosas espirituales, que el que los mundanos pueden tener en sus más sabrosas conversaciones. Porque el alma que ha hablado secretamente con Dios, y gustado de su blandura y dulzor, si no pierde mucho por grandísima culpa suya, siempre que no conversa con él, vive como violentada, y como peregrina, y disgustada en la tierra.

Viéndose la Santa imposibilitada en la flor de su

(1) Vid. c. VI. n. 1.

edad, para hacer nada de provecho en la comunidad, y que ninguna esperanza podía tener en los médicos de la tierra, determinó acudir á los del cielo. Moviola principalmente á desear la salud lo que ahora dirá Fr. Luis de León. «Y así la Santa Madre Teresa, escribe, á quien Dios había comenzado á gustar el de sus amorosos abrazos, sentía en medio de su tullidez y dolores, no los dolores y tullidez, sino el estorbo de la enfermedad y desasogiego y publicidad que en ella de fuerza había, que le impidió el secreto y sosiego que es mucho para recoger el espíritu. Mas como en esto no buscaba á sí, sino á Dios, también al fin se resignaba su voluntad en ello y su gusto, y se contentaba con que Dios hiciese en ella el suyo por cualquier manera.» Con esta mira comenzó á tener algunas devociones de misas y otras oraciones, y tomó por especial abogado al glorioso San José, á cuya protección se encomendó muy de veras. Procuraba hacer la fiesta de este Santo con la solemnidad que podía; y con tal fé y confianza pidióle la salud, que fueron escuchadas sus oraciones, y al cabo de tres años de tullida, pudo al fin levantarse y verse sana.

Así por este beneficio, como por otros muchos debidos á la intercesión del Santo Patriarca, túvole siempre especialísima devoción, y procuró cuanto estaba en su mano que los demás se la tuviesen. Y porque mis palabras no tienen ni la autoridad, ni la fuerza persuasiva que las de la Santa, pondré aquí lo que ella misma escribió para excitarnos á tener particular amor y devoción al Esposo de María. «Querría yo, dice, persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Parece-

me ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida. Si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo á mí y á otras personas..... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devoción..... Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Ángeles en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos;..... que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, (que como tenía nombre de padre, siendo ayo le podía mandar) así en el cielo hace cuanto le pide» (1).

No es posible hablar con mayor encarecimiento de la devoción que los cristianos deben tener al Esposo de María; y cierto que pagó bien á la Santa el celo que siempre mostró por extender su culto entre los fieles. Acudamos fervorosos y llenos de confianza á este dichoso Patriarca, tan honrado por la Iglesia en estos últimos tiempos. Mientras vivamos en la tierra, ¿dejaremos de tener algún trabajo, tentación y peligro? Dulce consuelo para los mortales el saber que el Esposo de María tiene efficacísimo poder en el cielo para alcanzarnos el remedio de nuestros males. Porque, lo que este bienaventurado Santo mereció, peregrinando en este valle de lágrimas, no es fácil poderlo bien entender. Como todos los que son muy amados de Dios, pa-

(1) Vid. c. n. 3.

· VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESÚS ·



Sana por intercesion de S. José

deció trabajos penosísimos en el cuerpo y en el espíritu. Por lo que hace al ejercicio heróico de las virtudes, baste saber el espejo en que continuamente se miraba. Quien desee saber algo de sus padecimientos y virtudes ahí está la V. Agreda que en su *Mística Ciudad de Dios*, trae noticias muy edificantes sobre el particular.

Curada ya Teresa de su tullimiento y principales dolencias, y viéndola sin estorbo para acudir á la oración con el recogimiento que en la enfermería no pudiera, creeráse por ventura que ahora es cuando se ha de dar con más veras al trato con Dios, y adquisición de las virtudes. No nos engañemos en esto, que todavía nuestra Santa ha de experimentar quiebra en la virtud, aunque presto comenzará á correr por el camino de la perfección á pasos de gigante. Todavía ligeras nieblas de imperfecciones deslucirán por un momento el brillo de la santidad de su alma, para aparecer después que el sol de la gracia y fuego del amor divino las hayan disipado, con incomparable claridad y hermosura. Y no se espante de esto el piadoso lector, que es Dios sapientísimo en todas sus obras; y pudiendo conservar inocentes y limpias de toda culpa á las almas que se propone santificar, no lo hace así por sus altos fines, y déjalos caer en pecados veniales, y á veces en mortales, para que sus dones y bondad infinita se hagan de esta manera más manifiestos en ellas, viendo lo poco que valen de su cosecha, y no piensan tener la santidad colgada de sus fuerzas, sino que acaben por fin de entender su propia nada. Quería el Señor levantar á grande altura de santidad á su sierva Teresa, y para que ésta no se desvaneciese, viéndose enriquecida de virtudes y dones sobrenaturales, era menester echar primero profundas raíces en la humildad, y por eso permite en ella algunas flaquezas, que le sirven de provechosa lección, y de motivo para deshacerse en

amor de Dios, y ahondar más y más en el propio conocimiento.

En el monasterio de la Encarnación no se guardaba riguroso encerramiento, y los parientes y amigos de las monjas acudían á visitarlas con demasiada frecuencia. También Teresa comenzó á ser visitada de algunos seculares que, como la veían de tan graciosa y apacible conversación, gustaban mucho de tratarla. Parecía que en ley de mujer de bien estaba obligada á complacer á quien bien la quería, y por no desairar á los que le mostraban agrado, dábales conversación y les oía. Teníanla en el monasterio por muy observante, y cierto lo era, y como ningún mal sospechasen de ella, concedíanle para las visitas acaso más libertad que á las antiguas. Con esto, y ser ella de suyo tan amorosa, y cautivar á cuantos trataba, fué aficionándose cada vez más á las conversaciones de la red, disculpándose con pensar que otras religiosas, á quienes ella tenía por observantes, gustaban también de lo mismo. Dañóla mas que todo la ignorancia y poca discreción de los confesores, que viéndola con tan buenos aparejos para la virtud, nada hacían porque adelantase en ella, antes por el contrario afianzábanla más en sus imperfecciones, dando por ninguna falta lo que era indudable pecado venial, y teniendo por venial lo que en otra, menos favorecida con la ausencia de tentaciones carnales, pudiera ser mortal. Bien amargamente se queja la Santa de los daños que á su alma vinieron por la ignorancia de dichos confesores. «Yo comencé, dice, á confesar con él, que siempre fuí amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados; porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fían de sí, sin pre-

guntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó: estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más..... Lo que era pecado venial, decíame que no era ninguno. Lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo harto daño, que no es mucho lo diga aquí, para aviso de otras de tan gran mal..... Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones, y en los confesores que me ayudaban poco; que á decirme en el peligro que andaba, y que tenía obligación á no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque en ninguna vía sufriera andar en pecado mortal solo un día, si yo entendiera» (1).

Viéndola el demonio en este aprieto imaginó tenderla engañosas asechanzas. Cubrióse con capa de humildad el que es la misma soberbia, y trájola al pensamiento que era grandísimo desacato tener oración, quien andaba tan distraída y llena de imperfecciones. Púsola delante que no era bien que como hipócrita y fingida engañase á la gente, gustando por una parte de entretenimientos de mundo, y dando por otra muestras singulares de espiritual y devota; que dejase la oración mental que solía, y pues no era pecado mortal la conversación de que gustaba, como se lo aseguraban sus confesores, podía muy bien pasar adelante con ella, contentándose con la guarda de la ley de Dios y los votos religiosos, como lo hacían la mayor parte de las monjas.

De todas estas mañas é ingeniosos argumentos valióse el tentador, para que la Santa, á título de humildad, diese de mano á la oración, que era su vida, y el arma poderosa con que resistía su daño. ¡Pobre de Teresa si el Señor no la tuviera de su mano! Presto

(1) Vid. c. V. n. 2. y c. VI. n. 2.

hubiera sido presa del enemigo, que con artificio tan sutil preparaba su ruina. Abstenerse de la oración por no parecer atrevida con Dios, era lo mismo que sentirse llagada, y huir del médico y de la medicina; ó no querer verse torcida para no ser enderezada. ¡Gloria á Dios que dispuso las cosas de manera que no durase por mucho tiempo engaño tan pernicioso!

Cerca de un año estuvo la Santa sin tener la oración que antes acostumbraba, no sin que el Señor dejara de avisarle amorosamente del camino errado que seguía. Estando un día hablando en el locutorio con cierto seglar, dióle á entender su Majestad de manera bien maravillosa que ni agradaban á él, ni á ella estaban bien aquellas amistades que traía. Mostrósele en visión imaginaria, atado á la columna y muy llagado, particularmente en un brazo junto al codo de donde colgaba un pedazo de carne con tan vivo sentimiento, que rasgaba el corazón. Vióle con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los ojos del cuerpo, y quedó de esta visión muy espantada y turbada; pero como no consultó con nadie el caso, y por otra parte no decía bien con sus aficiones la verdad de la visión, no tardó mucho en desmentirse á sí misma, teniéndolo por antojo ó cosa del demonio; y esto fué causa de que tornara á las conversaciones de su gusto. (1) Estando

(1) Teniendo bien presente la Santa esta visión, y agradecida á las mercedes del Señor, hizola pintar á Jerónimo de Ávila en una ermita del monasterio de San José, primero de la Reforma Carmelitana. Movíase el pincel del pintor, según aquella le daba á entender, y en llegando el momento de trasladar al lienzo el rasgo del codo despedazado, dudó Jerónimo de cómo trazarle; volvióse á preguntar á la Madre Teresa, y al mirar después al cuadro, encontró ya hecho con admirable maestría el dicho rasgo del codo, con el pedazo de carne colgando. Quiso el pintor sacar algunas copias, pero ninguno de sus traslados inspiraba lo compasión, y reverencial temor que el original.

· VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESUS ·



*Vision de Cristo atado
à la columna.*

otra vez hablando con la misma persona, vieron venir hacia donde ellos estaban una cosa á manera de sapo grande, y con mucha más ligereza de la que suelen tener. Sucedió esto en la mitad del día, y como salió la sabandija de parte de donde no se podía sospechar hubiera tal cosa, dió harto en que entender á la Santa, que lo tomó como aviso del cielo, que jamás después olvidó.

Por más que la Santa, seducida por engañosas razones de humildad, había dejado la oración, y dádose á pasatiempos y conversaciones geniales, es de advertir que en todo este tiempo de su mayor disipación religiosa, no cometió pecado alguno que ella entendiera ser mortal. Y no obsta lo mucho que en distintas ocasiones agrava sus culpas; porque es manera que los santos tienen de encarecer, y ponderar sus pecados, llevados de humildad y desprecio de sí mismos. Y porque, al narrar su pasada vida tienen muy presentes los beneficios recibidos del Señor, y ven cuan deficientes se encuentran en la correspondencia. De aquí nace la ponderación de sus culpas, y el juzgarse por grandes pecadores. Y que así fuese por lo que hace á nuestra Santa, déjase entender no solo de las palabras que ella misma con toda sinceridad nos dejó escritas, sino también de las virtudes que practicaba cuando anduvo más distraida y derramada. «Fuile yo á curar, dice, estando más enferma en el alma que él (el padre) en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que á cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera» (1). Deseaba que otros aprovecharan mucho en el servicio del Señor, ya que ella no lo hacía cual debiera. Para esto

(1) Vid. c. VII. n. 8.

encomendábales que tuviesen oración, y como tenía alguna experiencia de lo que era, enseñábales el modo de meditar, y les facilitaba libros á propósito. Aborre-
cia todo género de fingimientos é hipocresía, y no pu-
diendo sufrir que, andando tan distraida, la tuviese su
padre por tan devota y espiritual como antes, vinole á
declarar el haber dejado la oración mental, poniendo
por pretexto los achaques que le habian quedado de
sus pasadas enfermedades. Creyóla D. Alonso, y hubo
lástima de ella, aunque más la tuvo Dios, dando trazas
para que de nuevo tornase á la oración de la manera
que iremos diciendo.





CAPÍTULO VI.

Asiste Teresa à D. Alonso en su última enfermedad. — Torna à la oración abandonada. — Lucha terrible que se levantò en su corazón. — Qué se ha de pensar de los pecados que ella tanto pondera. — Constancia y fortaleza de la Santa en acudir à la oración en medio de las sequedades y tristezas de espíritu que hubo de experimentar por espacio de unos veinte años.

CERCA de 25 años contaba Teresa cuando Don Alonso, después de pasar algunos trabajos con que el Señor se dignó ejercitarle, para más acrisolar su virtud, cayó gravemente enfermo. Tuvo de ello noticia la Santa, y conociendo la necesidad en que su buen padre se veía, pidió licencia para salir del monasterio, y poderle acudir en la última enfermedad. Aunque no se encontraba muy entera de salud, sacó fuerzas del amor, y quiso pagar con cuidadosa asistencia los desvelos que por ella había tenido su buen padre durante toda la vida. Con el fin de no

acongojarle más, reprimía Teresa con esforzado ánimo el sentimiento grandísimo que experimentaba al ver que se le moría; y aunque interiormente no cabía de pena, no lo mostraba en lo exterior, y vióse bien claro en este caso el magnánimo corazón que el Señor había dado á su Sierva. Fué cosa para alabar á Dios la muerte dulce y tranquila del fervoroso cristiano, y los piadosos y edificantes consejos que daba á sus hijos después de haber recibido la Extremaunción. Encargábales le encomendasen á Dios, y le pidiesen misericordia para él, y que siempre le sirviesen, y miraran se acababa todo. «Estuvo tres días, cuenta la Santa, muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta la mitad del credo; diciéndole el mismo, espiró. Quedó como un ángel; y así me parecía lo era él, á manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena..... Decía su confesor que era dominico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza y conciencia» (1).

Llamábase dicho religioso Vicente Varrón, y no parece sino que Dios le tenía allí guardado para por su medio causar grandísimo provecho en el alma de Teresa. Quiso ésta confesarse con él, abriéndole ingenuamente y con claridad toda su conciencia. Declaróle cómo llevaba ya cerca de un año sin la oración mental que antes solía, y que no osaba tornar á ella, á causa de la indignidad que en sí reconocía para tener trato íntimo con Dios. Echó luego de ver el prudente religioso ser todo traza del demonio, el cual pretendía la ruina de aquella alma privilegiada, y persuadió con eficacia á la engañada Carmelita á entrar de nuevo en el

(1) Vid. c. VII. n. 9.

camino del bien. Con las luces que del cuerdo P. Varrón recibió, disipáronse las tinieblas que ofuscaban el entendimiento de Teresa, y obedeciendo á la voz del Señor que se manifestaba en su ministro, volvió á la abandonada oración; pero con tan resuelta voluntad, que ni los desconsuelos, ni las continuas sequedades de espíritu, ni la batería de importunos pensamientos, que por espacio de más de diez y ocho años hubo de experimentar, fueron bastantes para hacerla desistir. Hubo menester de esforzado ánimo para no dejarse vencer, ni del demonio que le hacía cruda guerra, ni de la grande tristeza que á veces se apoderaba de ella con solo entrar en el oratorio. «Y muchas veces, dice la Santa, algunos años tenía mas cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé que penitencia grave se me pusiera delante que no la acometiera de mejor gana, que recogerme á tener oración. Y es cierto que era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía, y mi ruin costumbre que no fuese á la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen que no le tengo pequeño, y se ha visto me lo dió Dios har-to más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor» (1).

Vuelta ya al trato con Dios por medio de la oración, no por eso se apartó de las ocasiones de conversar con seglares que la visitaban, bien que hacía lo con más recato y menos frecuencia; y el no romper de una vez con estos ligeros lazos, que la tenían de alguna manera asida al mundo, fué causa de que trajese por muchos años continua batería de encontrados afectos,

(1) Vid. c. VIII n. 5.

«Pasaba, dice la Santa, una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigos uno de otro, como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y así no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto qué sujeto bastó á sufrir que no dejase lo uno ú lo otro. Bien sé que dejar la oración, no era ya en mi mano, porque me tenía con las tuyas el que me quería para hacerme mayores mercedes... Pasé por este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros: sé decir, que es una de las vidas más penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía á Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes lo pude sufrir, cuanto más tantos años. Con todo veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración; digo ánimo, porque no sé yo para qué cosas de cuantas hay en él, es menester mayor, que tratar traición al rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante» (1).

(1) Vid. c. VII. n. 9 y c. VIII. n. 1.

Hablando el Mtro. León del estado de agonía en que se vió la Santa, cuando aun no había alcanzado victoria completa de sus aficiones, escribe: «Traiale (el demonio) las personas que conforme su natural eran más de su gusto, y venía Dios y en medio de la conversación descubriasele como agraviado y sentido; saboreábale las pláticas y el entretenimiento el demonio, y vuelta de allí á la oración doblábale Dios en ella el regalo y favores, como diciéndole que aquello de que se cebaba en la red era falso, y que su dulzor era verdadero dulzor, y que si gustaba de trato apacible y discreto, el suyo era mucho más discreto, y dulcísimo. Y como los que en competencia de otros tienen alguna afición que se esfuerzan con mayores demostraciones de amor, y con extraordinarios servicios á apartar de los otros y inclinar hacia sí las voluntades de aquellas personas que aman, así parecía que Dios se esmeraba en descubrirsele más, cuanto el mundo y el demonio la cebaba más, y enredaba. Pues guerreaban en el pecho desta bienaventurada mujer estas dos aficiones, y los autores dellas hacían sus diligencias cada uno por encender más la suya; y borraba el oratorio lo que la red escribía, y á las veces la red vencía, y menoscababa los buenos frutos que la oración producía, de que resultaba agonía y congoja con que traía su alma inquieta y perpleja; que aunque estaba resuelta á ser toda de Dios, no sabía desasirse del mundo; y á veces se persuadía á poder darse á manos con ambos, de que le sucedía casi de ordinario, como ella dice, no gozar bien de ninguno; porque en el entretenimiento del locutorio ponía acibar la memoria del secreto y dulce trato que tenía con Dios; y ni más ni menos cuando con Dios se retiraba, y comenzaba á hablarle, asían della las aficiones y pensamientos que cobraba en la red.»

Martirio y bien doloroso fué el que experimentó

durante este periodo de lucha consigo misma. En la oración derramaba el Señor torrentes de luz sobre su entendimiento, y á la claridad de aquella luz conociase imperfecta y ruin, é indigna de las mercedes que de continuo recibía. Tornaba á caer en las mismas faltas; llorábalas amargamente en la presencia del Señor, y su Majestad, como disimulando las debilidades de Teresa, doblábale con infinito amor las mercedes y regalos.

Honda pena desgarraba su generoso pecho cada vez que cometía alguna falta, y era después admitida á tratar de amistad con el Señor, el cual la recibía con brazos de amor paternal. Aquí los esfuerzos y propósitos de la Santa para no volver á caer; aquí el enojarse de su tibieza é inconstancia, y el deshacerse en amor de quien tanto le sufría.

«¡Oh Señor de mi alma!, exclama la Santa. ¿Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicisteis? ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponiades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caido en graves culpas, que recibir castigos; que una de ellas me parece cierto me deshacía y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero vía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos: más verme de nuevo

recibir mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento ó amor de Dios; y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte, que estaba en vísperas de tornar á caer; aunque mis determinaciones y deseos entonces, por aquel rato digo, estaban firmes...» (1)

Más no se vaya á creer que tan graves eran los pecados que tanto la humildísima Madre pondera, y que la hacen aparecer á los ojos de su Majestad como la más flaca y ruin de los nacidos. Acontece que las faltas ordinarias de que los hombres, poco amantes de Dios, apenas cuidan, preséntanse á las almas bien aquilata-
das con tal enormidad que espanta. Lo que unos apenas distinguen y aprecian, venlo otros, iluminados con luz del cielo, muy por menudo y de bulto. No de otra manera que cuando penetran los rayos del sol en una habitación, se ven bullir infinidad de partículas, imperceptibles á la claridad ordinaria del día. Ó también como cuando se mira un objeto con el microscopio, que se notan en él rugosidades y tachas, donde á la simple vista todo aparece terso y sin mancha. Tan limpios y claros tenía nuestra Santa los ojos del alma, que sus faltas, aunque leves, veíalas muy de relieve, y encontraba en ellas motivo bastante para confundirse y anonadarse.

El tema sobre que en estos años solía meditar era el infierno y la gloria; y más que todo, lo mucho que debía á Cristo por el beneficio de la redención. Procuraba recogerse para representarse al Señor muy en lo interior de su alma, y perseveraba constante el tiempo que tenía determinado dar á la oración, dis-

(1) Vid. c. VII.

puesta á recibir las influencias del cielo, que unas veces las experimentaba dulces y amorosas, y otras la abandonaban, para que pudiese apurar el caliz amargo de las sequedades, tristezas y desconsuelos. Y aunque, como dejamos dicho, pasó en el largo periodo de unos diez y ocho años vida sembrada de padecimientos espirituales, tampoco le faltaron de cuando en cuando los deleites y dulzuras que traen consigo la oración de quietud, y aun de unión. Precisamente esta bondad y regalo que le mostraba el Señor en medio de sus imperfecciones, era lo que martirizaba su delicadísimo y agradecido corazón, que se deshacía de pena al ver que tan mal correspondía á las finezas del amado.

Fatigada en fin de tan prolija pelea; bien conocida la cortedad de sus fuerzas propias, y desconfiando enteramente de todas sus industrias y diligencias, púsose en las manos del Señor, que al fin quiso premiar superabundantemente la constancia de su Sierva.





CAPÍTULO VII.

Efecto prodigioso que en la Santa produjo la vista de un devoto crucifijo.—Lee Teresa las Confesiones de San Agustín.—Muévase á contrición, y recibe auxilio especial para no caer en las faltas que solía.—Cuánto aprovechó en la humildad.—Por qué causa era muy amiga de imágenes.

BIEN cimentada Teresa en la humildad y conocimiento de la propia bajeza, quiso el Señor levantar sobre tan sólidos fundamentos el edificio de la más estupenda santidad. Contaba cuarenta años, y acaeció que entrando un día en el oratorio, vió una imagen de Cristo que para celebrar una fiesta allí habían traido. Fijáronse sus ojos en las heridas y llagas de la devota imagen, que muy al vivo expresaban los dolores y tormentos padecidos por el Redentor; y al considerar aquellas heridas y llagas, fué tal la moción que experimentó su alma, que ardiendo en amor, y hecha un río de lágrimas, rasgó del todo su pecho en presencia del Hijo de Dios, dando bien ancha

puerta para que su gracia entrase. Partíasele el corazón al ver lo mal que había agradecido aquellas llagas, y postrada delante de él pedía la fortaleciese de una vez, para nunca más ofenderle. Su prolija y ferviente oración fué oída, y cual otra Magdalena alcanzó lo que demandaba, porque de allí salió muy otra, renovada y fortalecida en espíritu. Y como se llegaba ya la sazón de las obras maravillosas para que Dios la tenía escogida, comenzó á apurarla de cada día más, y volver hacia sí todos sus pensamientos y deseos.

Experimentando se hallaba la Santa los efectos saludables producidos á la vista de Cristo herido y llagado, cuando dispuso el Señor que viniesen á sus manos las Confesiones de San Agustín. La lectura de tan preciosas páginas fué como el último golpe que la hizo triunfar de sus antiguas flaquezas, quedando el alma tan aprovechada y señora de sí misma, que no se conocía. Hubo su Majestad compasión de tantos suspiros y lágrimas, y lo que muchos años de continua pelea no bastaron á alcanzar, consiguieronlo en un instante estos impulsos eficaces de la divina gracia. Oigamos de la Santa el cambio que sintió su alma con la lectura de dichas Confesiones. «Yo, dice, soy muy aficionada á San Agustín, porque el monasterio á donde estuve seglar era de su Orden, y también por haber sido pecador; que de los santos que después de serlo el Señor tornó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda..... Como comencé á leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí; comencé á encomendarme mucho á este glorioso santo. Cuando llegué á su conversión, y leí como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma con gran aflicción y fatiga..... Sea Dios alabado,

que me dió vida para salir de muerte tan mortal: paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oír mis clamores, y haber lástima de tantas lágrimas (1).

Mejoradísima la Santa con estos toques de la divina gracia, no sabía qué hacer para corresponder debidamente con el Dador de tanto bien. Acudía á la Virgen Santísima y al glorioso San José, y les suplicaba desenojasen al Señor por sus repetidas ofensas; invocaba á los santos, convertidos de grandes pecadores en insignes amadores de Dios, y á éstos pedía le alcanzasen el perdón de sus pecados, y la gracia de la perseverancia final. Revolvíase después contra sí, y viéndose cuál era, no se podía sufrir, y deseaba que todas las criaturas tomasen venganza de las injurias hechas al Criador. No hallaba manera de dar satisfacción cumplida á su Majestad, y juzgando no haber castigo que igualase con sus culpas, echábase al fin en brazos de Dios misericordioso, para que de ella hiciera lo que fuese más de su agrado.

Con esta contrición tan perfecta, y completo desasimiento de la propia voluntad iba disponiéndose Teresa, sin ella entenderlo, para el recibo de señaladísimas mercedes. Y si todavía le quedaban algunas imperfecciones de poco tomo, de las cuales con dificultad se ven libres aun los mismos santos, sirviéronle para ejercitarse de continuo en la humildad y propio conocimiento. Tan aprovechada salió en esta virtud, base y corona del edificio espiritual, que no obstante los extraordinarios favores con que el Señor la regalaba, cada vez sentía nuestra Santa más bajamente de sí. «Paréceme, dice á uno de sus confesores, comunicándole el estado de su alma, que aunque con estudio

(1) Vid. c. IX n. 6 y 7.

quisiese tener vanagloria que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna de estas virtudes es mía, porque ha poco que me ví sin ninguna muchos años, y ahora de mi parte no hago sino recibir mercedes, sin servir sino como la cosa más sin provecho del mundo» (1). Dijole en cierta ocasión una persona que se guardase de la vanagloria, á lo cual contestó la Santa con humildad no fingida: «¿Vanagloria? no sé de qué: harto haré, viendo quien soy, en no desesperar.»

De todo se ayudaba para avivar el fuego del amor divino que con tanta fuerza había prendido en su humilde y agradecido corazón. Las maravillas de los cielos y la tierra con sus campos y flores servíanle de libro abierto para leer y contemplar la grandeza del Criador, y su bondad infinita para con los hombres. Crecióle la afición de estar más tiempo con Dios en la oración, y huía con sumo cuidado de las ocasiones en que pudiera recibir daño su alma.

Tenía imaginación poco á propósito para fingir representaciones de cosas vistas ú oídas, y cuando se ponía á pensar en Cristo, no atinaba á imaginarle según lo que había leído de su hermosura. Solo podía pensar en Cristo como hombre, pero hacíalo á la manera del que está ciego ó á oscuras, que aunque habla con alguna persona, que sabe cierto la tiene delante, mas no la vé, ni distingue. Á esta causa era tan amiga de imágenes, pues suplían la poca habilidad de su imaginativa; y teniendo en cuenta el grandísimo bien que en ella había obrado la vista del Crucifijo herido y llagado, exclamó indignada contra los herejes que las despreciaban: «Desventurados de los que por su culpa pierden este bien: bien parece que no aman al Señor, porque

(1) Escrit. de S. Ter. t. I. p. 150.

si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien» (1).

Como si dijera: pues holgáis de ver los retratos de vuestros amigos, porque les tenéis amor, convencidos quedáis de que por falta de amor y respeto á vuestro Criador y Redentor perseguís sus venerandas imágenes. ¡Oh Santa bendita, si vieras á qué extremo han llegado las cosas en estos desdichados tiempos! No te hartaras de llorar al ver que en muchas casas de cristianos parece como que se avergüenzan de tener adornadas sus habitaciones con imágenes religiosas. Y hácese esto por no ir contra el *buen gusto* de la sociedad; como si el cristiano debiera atender más á dar contento al mundo, que á complacer á nuestro adorable Jesús.

¡Otras eran las costumbres, otro el modo de pensar entre españoles en el siglo del poderío y verdadera grandeza de la nación por excelencia católica!

(1) Vid. c. IX. n. 5.





CAPÍTULO VIII.

*Comunica el Señor á la Santa oración sobrenatural.—
Temores que esto le ocasiona.—Consulta su modo de
oración y regalos que recibía con Francisco de Salcedo y
el Maestro Daza.—Angustias y sentimiento de Te-
resa.—Confiesase con un P. de la Compañía de Jesús.
—Aprueba su espíritu San Francisco de Borja.—
Penitencias en que se ejercitaba.*



QCUPADA de continuo la Santa en la considera-
ción de la propia bajeza, jamás se atrevió á
pedir consolaciones y ternura en la oración.
Y una sola vez que, estando con grandísima sequedad,
tuvo la debilidad de pedir consuelo, advertida de lo
que hacía, fué tal su confusión y vergüenza, que por
la misma fatiga de verse tan poco humilde, alcanzó el
gusto que había deseado. Pues viéndola el Señor tan
cimentada en humildad, y que de veras trataba de
adquirir la virtud sólida, y que ya estaba en sazón el
que había de ser jardín de sus delicias, comenzó á

regalarla con unas lágrimas de ternura y devoción que le dilataban el alma, y encendían en fuego de divino amor. Procuraba Teresa traer presente dentro de su espíritu la Humanidad de Cristo, y con él hablaba palabras amorosas, y le pedía remedio para sus necesidades. Otras veces contentábase de solo mirarle y advertir que él la miraba, juzgando por sobrado premio de sus trabajos, el que la Majestad divina le consintiese estar en su presencia. Acaeciale á menudo en la oración, y aun leyendo, venirle cuando menos pensaba un sentimiento tan vivo de que tenia á Dios delante, que no podía dudar se hallaba toda engolfada en él. Era esta presencia de Dios una manera de oración altísima y sobrenatural en la cual quedaba la Santa con agradabilísima quietud de las potencias inferiores y en su espíritu con grande paz y gozo muy regalado, efecto de las influencias celestiales que el Señor le enviaba. En ocasiones crecía tanto el sentimiento de la divina presencia, que se le suspendían las potencias, y enagenada de los sentidos, solo se ocupaba en amar y gozar. Y á la manera que el pobre pastorcillo trasladado súbitamente de su misera cabaña á suntuoso palacio, rico en alhajas de oro y plata y piedras preciosas, queda como embobado sin saber á donde fijar la vista, así el entendimiento de esta Virgen, levantado á esfera superior, é inundado de luz celestial, veía tanto, que no sabía á donde mirar. La voluntad tiernamente abrazada con su amado, experimentaba excesivo deleite, y quisiera hacerse mil lenguas en alabanza del Señor.

Pues como se encontrase la Santa, bien sin intentararlo, por estos caminos tan nuevos, conociendo por una parte que aquí había mucho de sobrenatural y extraordinario, y no ocultándose por otra á su vista clarísima las imperfecciones que tenia, comenzó á

temer no fuese todo cosa del demonio, el cual intentase por medio de la dicha suspensión de potencias, quitarla de la consideración de los dolores de Cristo, como antes hacía. Porque en la oración de unión, á que Dios muchas veces la levantaba, el entendimiento no se ocupaba en discurrir de una en otra consideración. Sin trabajo alguno suyo dábansele á conocer altísimas cosas. Ayudaba á estos temores el saber lo que había acontecido con algunas ilusiones, como fueron principalmente las de Magdalena de la Cruz, que desde Córdoba tuvo suspensa á España, embriagada tanto de su vanidad, que no solo dió lugar á engaños en sí misma, sino que los pretendió en los demás por medio de milagros aparentes.

«Y fué orden de Dios, dice Fr. Luis de León, que temiese, para muchos bienes que deste miedo sacó. Porque lo primero le fué causa este temor de más cuidado en su vida, y en la pureza de su alma y conciencia; y lo segundo forzóla á comunicarse con hombres doctos y espirituales, que la perfeccionaron del todo, y lo tercero dió por este camino Dios noticia á los hombres del tesoro que para provecho público en aquel alma tenía.» Bien veía Teresa la necesidad de consultar con alguna persona que le diese luz acerca de lo que por ella pasaba; más no se determinaba á tratarlo con nadie por parecerle mucha presunción entender, siendo la que era, en cosas tan subidas. Con esto iba dando treguas, ayudándola traidoramente el enemigo que la aconsejaba ser mejor enmendarse primero de todos los defectos, y consultar después con personas espirituales y de letras. Crecían en tanto las mercedes y regalos, y también los temores, y no pudiendo sufrir por más tiempo la congoja de su alma, decidióse á tomar consejo de alguna persona que la guiase por buen camino. Supo de cierto clérigo que había en la ciudad

de vida muy ejemplar y gran letrado, y quiso comunicar con él las cosas de su espíritu. Valióse para ello de Francisco de Salcedo, caballero religiosísimo de Ávila, el cual, aunque casado, había mucho tiempo que traía oración, y como era muy virtuoso, ayudaba cuanto podía á la salvación de las almas. Llamábase dicho clérigo el M. Gaspar Daza, y por medio de Salcedo consiguió la Santa que viniera á visitarla. Manifestóle las cosas de su espíritu y la manera de oración que Dios le daba, y los temores que la tenían tan apretada. El Maestro Daza, pareciéndole que trato tan íntimo con Dios había de ir acompañado de grande santidad, comenzó con la mejor buena fé á llevarla como á fuerte; y queriéndola ver en breve desnuda de toda imperfección, dióle algunos avisos é instrucciones, para cuyo cumplimiento sentíase todavía Teresa flaca; porque si bien en las mercedes recibidas iba muy adelante, no caminaba del mismo modo respecto á la mortificación, y no es la santidad perfecta obra de un solo día. Conoció desde luego nuestra fervorosa Carmelita que no eran estos los medios mas á propósito para el aprovechamiento de su alma; y medrara poco en la virtud si á ellos se atuviera, porque la aflicción que le daba de ver que no podía salir con las cosillas que le decía, bastaba para perder las esperanzas, y dejarlo todo.

Tenia mucho consuelo en tratar con el virtuoso Salcedo, el cual la animaba diciendo, que no pensase había de alcanzar verse en un día libre de toda imperfección y falta, y que tuviese por entendido que lo había de hacer Dios con suavidad y por grados. Viendo Teresa el interés que este piadoso caballero se tomaba por las cosas de su alma, con el fin de que le diese luz, declaróle los secretos de su espíritu. Quedóse pasmado al oír las extraordinarias mercedes que Dios le hacía,

y como también tuviera noticia de las imperfecciones, porque era lo primero que procuraba la Santa supiesen todos, dijole, que no se compadecía bien lo uno con lo otro; que tales regalos eran de persona muy aprovechada y mortificada, y que había harto que temer no fuese artificio del demonio, aunque á creer esto no se determinaba; en fin que pensase bien todo lo que entendía de su oración, y se lo dijese.

Era el trabajo de Teresa en estos principios que no acertaba poco ni mucho cómo dar á entender lo que sentía en la oración, y al oír lo que Salcedo le comunicaba fué grande su aflicción y copiosas las lágrimas. Por una parte, viendo los deseos que tenía de servir al Señor no se podía persuadir á que fuese demonio; mas por otra traile su humildad los pecados delante, y temía no fuese castigo de Dios que la cegara para no entenderlo. De todos modos puso diligencias, y mirando libros para ver de dar á entender lo que por ella pasaba, fijóse en uno que se intitula: *Subida del Monte Sión*. Señaló los puntos que trataban de la oración que su Majestad le daba, y junto con una breve relación de su vida y pecados, se lo entregó al dicho Salcedo para que, examinando con detenimiento él y el M. Daza, así las mercedes extraordinarias, como las imperfecciones que tenía, resolviesen si era ó no buen espíritu el que la regía. Quedó aguardando la resolución de estos benditos consultores, con la ansiedad que el reo espera la sentencia del juez que le ha de absolver ó condenar á pena capital. Encomendóse mientras tanto á las oraciones de personas amigas de Dios, y ella de lo íntimo del corazón le pedía luz para que determinasen lo que fuere más conveniente al bien de su alma. Y como el fin era puro y recto aparejada estaba á dejar la oración que traía, si ellos así lo mandasen, aunque se le hacía cosa muy recia, por tener ya bien proba-

do cuán ruin se encontraba su alma sin este poderoso auxilio. Venida la respuesta, que con harto temor deseaba, dijole Salcedo con mucha pena que habían mirado bien el caso, y que á todo su parecer de entrambos era cosa del demonio, el cual con la suspensión de potencias pretendía apartarla de pensar en Cristo, nuestra vida. Añadió que para mayor seguridad, sería conveniente se confesase con algún Padre de la Compañía, y le diese cuenta muy por menudo de su vida y manera de proceder en la oración.

No causa tanta pena en una madre la inesperada muerte de su hijo amado, como causó en Teresa respuesta tan fatal. Cómo, ¿la que pensaba abrazarse con el Señor de la gloria, encontrarse con tan asqueroso y abominable huésped? La que creía recibir ósculo de paz de su amado, ¿verse hecha la burla de su mayor enemigo? El llanto comenzó á ser su pan cotidiano, y entrando un día en el oratorio, muy acongojada de pensar que el demonio la pudiera engañar de aquella manera, acertó á leer en un libro que el Señor dispuso viniera á sus manos: *Que Dios era fiel, y que nunca á los que le amaban, consentía ser del demonio engañados*. Consolóse mucho con estas palabras, conociendo de sí que verdaderamente le amaba, y en él tenía toda su esperanza. Y á la manera que la flor, agostada con el calor del estío, revive y recobra su lozanía al recibir el benéfico rocío de la mañana, así la Santa parece que mediante el influjo de aquella lectura, cobró nueva vida, y pudo respirar.

En tres razones fundaron el M. Daza y el caballero Salcedo su parecer, que el suceso manifestó no haber sido acertado. Parecía que los defectos de Teresa no venían bien con grado de oración tan subida; y debieran reparar en que, siendo don gratuito de Dios, puede darlo aún á los imperfectos; y que si bien eran

verdad algunas imperfecciones de aficioncillas, hijas de la flaqueza humana más que de la malicia, también lo era que el amor divino, y deseos de mayor perfección habían ido en aumento, y que por espacio de muchos años había permanecido constante y esforzada en el ejercicio de la oración, á pesar de las sequedades y disgustos que en ella experimentaba. También les movió á pensar del modo dicho, el ver que á María Díaz, religiosa de aquella ciudad, á quien daban vida más perfecta, no concedía el Señor mercedes tan extraordinarias. Fuera bueno considerar que en manos de Dios está el llevar las almas á un mismo fin, aunque por distintos caminos, y que no podemos los hombres juzgar con acierto de la mayor ó menor perfección de los santos, porque ignoramos el mérito y valor de los actos internos, en que consiste principalmente la santidad. Haciales por último mucha fuerza el no comprender aquella suspensión del entendimiento, que no discurría ni trabajaba, cuando siguiendo los pasos de la voluntad permanecía como absorto y espantado en el acatamiento divino. Sospechaban no fuese ardid del demonio, para privarla de la consideración de Cristo.

Pero á la Santa solo tocaba humillarse, obedecer y sufrir. Determinada á seguir el parecer y consejo de sus consultores, preparóse para hacer confesión general con un Padre de la compañía que Salcedo le indicó. Puso por escrito cuanto de bueno y malo de sí sabía, y al ver en su humildad tanto malo, y casi nada bueno quedó muy afligida y fatigada. No quisiera que las de casa viesan que ella trataba con gente tan santa, como eran los de la Compañía, y por eso había tomado sus precauciones con la sacristana y tornera, á fin de que todo quedase oculto; pero acertó á estar en la portería quien, sospechando el secreto, publicólo luego por todo el convento. Trató con dicho Padre el negocio

de su alma, el cual bien pronto echó de ver ser buen espíritu el que la regía, y le dió mucho ánimo, aunque también le dijo que no iba bien fundada, y que era menester tornar de nuevo á la oración, y entender más en mortificación. Aconsejóla que meditase cada día en un paso de la Pasión de Cristo, haciendo hincapié en su Sacratísima Humanidad, y que resistiese cuanto fuera posible los gustos y regalos hasta que la ordenara otra cosa. Quedó el alma de la Santa muy blanda y aprovechada de la confesión con tan avisado religioso, el cual, siguiendo rumbo bien diferente de los Dazas, llevábala por el suave camino del amor, sin apretarla demasiado en cosillas; porque el corazón de Teresa dilatábase y cobraba bríos con el amor, estímulo eficaz que todo lo vence. Obedeció puntualmente los consejos de tan cuerdo director, resistiendo por espacio de dos meses á las mercedes que el Señor se dignaba comunicarle, y haciendo cuanto podía por no salir en la oración de la Humanidad de Cristo, á la que cobró nuevo amor. Mas, así como no estaba en su mano el tener aquella suspensión regalada de potencias, tampoco lo estaba el resistirla cuando el Señor era servido de dársela; antes parece que cuanto mayor estudio ponía en cerrar la puerta á tales regalos, en mayor abundancia se los encontraba dentro de su espíritu.

Aconteció venir por este tiempo á la ciudad de Ávila San Francisco de Borja, varón de grande santidad, que habiendo hollado las riquezas y honores con que el mundo le brindaba, solo aspiraba á los celestiales (1). Por consejo del confesor comunicó con él Te-

(1) Tuvo lugar esta venida de S. Francisco con el cargo de Comisario de los negocios de la Compañía en España, entrado el invierno del 1557. De modo que la Santa, cuando por primera vez le trató, contaba ya cuarenta y dos años. Vid. *Act. S. Ter.* n. 163.

resa los secretos de su alma; y como hombre bien experimentado en recorrer los caminos de la teología mística, pronto conoció que los que andaba la Santa eran muy derechos y acertados; y dijole que desde entonces no resistiese ya los vuelos del espíritu; que comenzase la oración meditando en algún paso de la Pasión, y si en esto su Majestad quería levantarla á más grandes cosas, que se dejase llevar. Quedó muy consolada con el parecer de este Siervo de Dios, holgándose también mucho el caballero Salcedo de que dijese era buen espíritu. El aprovechamiento que en poco tiempo experimentó Teresa fué notabilísimo. Sentía en el alma cualquier ofensa de Dios por levísima que fuese. El retiro que guardaba, y el cuidado en la observancia, hasta de las cosas más menudas, parecían extremos. Como el confesor le indicara que hiciese más penitencia, tan á pechos tomó el consejo, que ponen espanto las mortificaciones con que afligió su delicado y enfermizo cuerpo. Traía á raíz de la carne un cilicio de hoja de lata, agujereado en forma de rallo, el cual, aplicado por las partes salientes, la atormentaba, y dejaba hecha una llaga. Tomaba disciplinas con mucho rigor y frecuencia, azotándose á veces con manojos de ortigas y un atado de llaves, que le causaban llagas dolorosas, que no se cuidaba de curar; y llegó un día al extremo de atormentar su cuerpo revolcándose sobre un montón de zarzas, reunidas por ella al intento. Con la memoria de lo que Cristo padeció en la cruz, era tal la sed que de padecer tenía, que todo el rigor le parecía nada, y éranle muy sabrosas toda suerte de penitencias. Servían éstas para avivar más y más la llama del amor divino, que á su vez despertaba en aquel corazón de fuego deseos más vivos de abrazarse con su amado en la cruz.



CAPÍTULO IX.

Toma la Santa por director espiritual á otro P. de la Compañía, el cual la pone en mayor perfección.— Parecer de varios letrados acerca del espíritu de Teresa.— Trabajos que con este motivo hubo de padecer.— Háblale el Señor, y queda asegurada.— Comienza á tener varias especies de visiones.— Razones para creer que ni eran producidas por el demonio, ni tampoco obra de la propia imaginación.

LA vida de los que siguen de cerca á Jesucristo encuéntrase casi siempre mezclada de grandes trabajos y no menores consolaciones; y es que el divino Maestro gusta de que á imitación suya, sean primero aquellos confortados, para después apurar el cáliz de la pasión. Libre Teresa de los temores que la afligían, caminaba presurosa por el camino de la virtud, guiada de experimentados directores. Aconteció por este tiempo que destinaron á otra parte al confesor que la dirigía, que por la cuenta era

el P. Prádanos. Sintiólo en extremo, por parecerle no había de encontrar otro que tan bien la entendiese, y su alma quedó como en un desierto, desconsolada, temerosa y sin saber qué hacer. Pero nunca el Señor abandona á los suyos, ni había de dejar á su Sierva en tan triste desamparo; y así dispuso que saliendo, no sabemos con que motivo, á casa de una parienta, comenzó á tomar amistad con Doña Guiomar de Ulloa, señora viuda de harta calidad y oración, la cual, entendiendo el aprieto de la Santa, dió trazas para que se confesase con otro Padre de la Compañía. Tomóla este religioso bajo su dirección, y al verla tan resuelta en el servicio de Dios, y favorecida con sus dones de manera extraordinaria, trató de ponerla en mayor perfección. Procuró desasirla de ciertas amistades buenas y honestas que tenía, en las que pudiera mezclarse algún afectillo desordenado, lo cual era herir las fibras más delicadas de su corazón, porque, según tenemos dicho, era de condición muy agradecida y amorosa, y como el traer dichas amistades no iba contra Dios, hacíasele muy duro el dejarlas. Así se lo manifestó á su nuevo confesor que, prudente y avisado, no quería llevar las cosas por fuerza, y solo le dijo que encomendase mucho el negocio á Dios, rezando por algunos días el himno *Veni Creator*..... Cumpliolo fidelísimamente la Santa, y un día que, después de largo rato de oración, comenzó el dicho himno, estándole diciéndole, le vino un arrobamiento que casi la sacó de sí. En él entendió que el Señor le decía estas palabras: *Ya no quiero que tengas conversaciones con hombres, sino con ángeles.* «Y como su decir es hacer, escribe el docto Fr. Luis de León, así le borró del alma todas las aficiones del mundo, que halló luego hecho en sí lo que deseaba ver hecho, y lo que procuraba mucho hacer, y lo hallaba casi imposible. Y así, como criada

de nuevo por la palabra del que con ella cria, y renueva las cosas, comenzó á vivir en este mundo cuanto al trato é inclinación interior, como si en él no viviera, y á tener como ajenas y extrañas de sí todas las cosas que no eran Dios, ó no caminaban á él; y verdaderamente como lo que se dijo á la esposa: levántate, y apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, que ya pasó el invierno y fuese, con que el esposo la clama y llama á tratar consigo él á la soledad de los campos, así con aquella palabra la apresuró Dios á sí mismo, y la sacó, y desasio de aquesto visible; y en medio del mundo la puso consigo sola, convirtiéndola en desierto y yermo la vida, y haciéndole él compañía bienaventurada y dulcísima; porque de ordinario desde aquel día la visitó con sus hablas, unas veces regalándola, y otras avisándola de lo que á su servicio cumplia; con un trato tan amoroso, que pudiera espantar, si el suceso dél no nos delarara agora lo que allí pretendía Dios por la salud de las almas» (1).

Eran estas hablas unas palabras muy formadas que sonaban con toda claridad, no en los oídos corporales, sino en lo interior del alma; y dejarlas de entender, aunque mucho resistiese, no estaba en su mano. Y es que cuando Dios habla, ha de ser con eficacia, y base de entender por fuerza lo que dice; y como poderoso, sus palabras producen siempre el efecto que pretende, y lo que ellas significan; porque su decir es hacer, y así, si son de consuelo, aunque el alma se encuentre inquieta y turbada, déjanla en un momento quieta y sosegada; si de reprehensión, hácenla temblar, y si de amor deshácese en ímpetus amorosos. Por maravilla pueden confundirse dichas hablas con las que puede fingir el demonio, ó fantasear la propia imaginación.

(1) V. el fragmento publicado en la *Rev. Agustiniiana* Vol. V., p. 199.

Las que vienen de Dios, siempre producen buen efecto, y parece como si se oyeran á una persona muy docta, y santa y de grande autoridad. Cuando las finge el demonio, queda el espíritu desabrido y alborotado, y sin ningún efecto bueno que sea duradero; porque aunque por mejor engañar, parezca que ponen algunos buenos deseos, mas no son fuertes; y la humildad que dejan es falsa, alborotada y sin suavidad. El que las hablas verdaderas no sean efecto de imaginación exaltada, es bien fácil de averiguar; porque hallar de presto guisadas profundas sentencias, cuando el entendimiento ve claro que nada pone de suyo, y aun en ocasiones en que se encuentra tan distraido y turbado, que no podría concertar cosa, es prueba bien manifiesta de no fabricarlas la propia fantasía. Y si á esto añadimos que encierran alguna profecía, que indefectiblemente se cumple al cabo de algunos años, como acontecía con las de la Santa, entonces no hay que preguntar por el autor de ellas, porque solo Dios es quien puede saber y revelar lo que de cierto ha de suceder.

Pues como creciesen los arrobamientos y hablas extraordinarias con que el Señor se comunicaba con su Sierva, algo tímido el confesor, que lo era entonces el P. Baltasar Álvarez, y no fiándose en cosa tan grave de su propio parecer, tuvo por conveniente aconsejarla que diese noticia de lo que por ella pasaba á otros varios letrados. Juntáronse cinco ó seis, y después de conferir el negocio con la madurez que merecía, todos convinieron en que era demonio. Así se lo dijo el confesor á la Santa, y la mandó que no comulgase tan amenudo, y que procurase distraerse de suerte, que no tuviera soledad.

Vióse Teresa en grandísimo aprieto con este parecer de letrados. Por una parte no podía creer fuese demonio quien tantas veces le hablaba, y tales efectos

causaba en su alma; por otra parecíale poca humildad no dar crédito á personas que, á su juicio, eran más doctas, y de mejor vida que ella. Lo que entonces padeció nuestra Madre no es fácil poderlo expresar con palabras. Levantóse terrible gritería en el monasterio, diciendo que se hacía la santa, y que eran extremos lo que practicaba para engañar á las gentes y tener á las demás en poco. Traslucióse también fuera del convento lo que en él pasaba, y corría Teresa en la opinión de muchos con la nota de falsaria y visionaria. Los que le habían alguna lástima, venían á ella con miedo diciendo que era tentación del demonio, y que se guardase mucho de sus asechanzas. Sospechaban algunos mal de su vida, y veniales al pensamiento si acaso era castigo de grandes pecados secretos. Otros le aseguraban que conocidamente iba su alma perdida por este camino, y traíanle á cuento varios casos de ilusiones y embustes de Satanás; y no faltó quien recelase acercársele, imaginando no estuviere endemoniada. Andaba la Santa como espantada de sí misma, y no había consuelo para ella, al considerar la posibilidad solamente de que pudiera ser engañada por el enemigo, transformado en ángel de luz. A esto se juntaba que el Señor suspendía á veces el efecto de sus maravillosas influencias, dejándola, al parecer, en tal abandono, que no se podía valer. Solo el confesor no la desamparó; y aunque por mejor probarla, se conformaba con el dicho de los letrados, consolábala mucho, y le decía que no tuviese pena, porque, no ofendiendo al Señor, ningún daño le podía venir, aunque fuese en verdad demonio.

Dos años estuvo con esta fatiga, pidiendo mucho á su Majestad la llevase por otros caminos menos peligrosos; y esto mismo suplicaban muchas personas timoratas que bien la querían. Pero ¡oh bondad infinita

de nuestro Dios, y cuán cierto es que nunca desampara á los que de veras le aman! Parecé que prueba con rigor, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de su amor. Vióse un dia en tribulación tan grande, que ni en el cielo, ni en la tierra hallaba consuelo. Su alma, afligida de tristísimos pensamientos, no sabia á dónde volverse. Al cabo de cuatro ó cinco horas de angustia mortal, oyó en su espíritu la voz del Señor que le decía: *No hayas miedo, hija, que yo soy, y no te desampararé; no temas.* Y como sus palabras son obras, huyó al punto el temor, y quedó sosegada, fortalecida, y con un ánimo y seguridad, que disputara con todo el mundo ser Dios quien tan amorosamente le hablaba. Al ver la prontitud con que se habían aquietado sus potencias, antes tan alborotadas y deshechas, acordábase de cuando Jesucristo había mandado á los vientos y á la mar, y se había serenado la tormenta. ¿Quién puede efectuar estos cambios, decía, sino Dios? y si Dios está conmigo, ¿á quién temeré? siendo sierva del Señor, ¿qué podrán contra mí los demonios todos del infierno? Yo deseo servir á este Señor; no pretendo otra cosa, sino contentarle; no quiero contento ni descanso, ni otro bien, sino hacer su voluntad. Tomaba una cruz en la mano, y Dios le infundía tal ánimo, que desafiaba con ella á los demonios y les decía: ahora venid todos, y veremos lo que me podéis hacer. Quedóle desde entonces un señorío sobre ellos, que no les habia más miedo que si fuesen moscas. Pluguiese á su Majestad, exclamaba, temiésemos á quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto.

Aunque Teresa, después que le hablaba el Señor, quedaba con paz y asegurada, mas pasado el momento dichoso, renacían de nuevo los temores, porque eran

muchos los que sospechaban era demonio, y hasta el mismo confesor, por no ir contra el juicio de personas virtuosas y sensatas, no le manifestaba claramente su parecer, que cierto la hubiera aliviado muchísimo. Mientras tanto continuaba pidiendo á Dios, aunque no estaba en su mano el desearlo de veras, la llevase por otras vías menos sospechosas. «Veía, dice, que por este camino le llevaba para el cielo, y que antes iba al infierno; que había de desear esto, ni creer que era demonio, no me podía forzar á mí, aunque hacía cuanto podía por creerlo, y desearlo, mas no era en mi mano. Ofrecía lo que hacía, si era alguna buena obra, por eso. Tomaba santos devotos, porque me librasen del demonio. Andaba novenas, encomendábame á San Hilarión, y á S. Miguel el ángel, con quien por esto tomé nuevamente devoción, y á otros muchos santos importunaba mostrase el Señor la verdad, digo que lo acabasen con su Majestad» (1). Obedecía también la Santa en lo que le había ordenado su confesor de no retirarse á solas á tener oración, «y con esto se hacía más hermosa en los ojos de Dios y le atraía más á sí, y enamoraba, vencido de obediencia y humildad tan perfecta. Por donde si ella huía, él la buscaba, y si excusaba el oratorio por no verse con él, venía él á hablar con ella en la claustra; y si no se recogía por no sentir sus palabras, en medio de la conversación de las monjas la retiraba súbitamente hacia sí, y se las decía dulcísimas» (2).

Aconteció por este tiempo que mandaron recoger varios libros que andaban escritos en romance, y cuya lectura pudiera perjudicar á personas menos entendidas; y como entre ellos hubiese algunos que solía leer

(1) Vid. c. XXVII. n. 1.

(2) Fr. Luis de León: Rev. Ag., Vol. V., p. 198.

la Santa con provecho de su alma, sintiolo mucho, porque habianlos de poner en latín, y no los podría saborear. Estando en este desconuelo díjole el Señor: *No tengas pena, que yo te daré libro vivo.* No entendió al principio porqué le decía esto su Majestad; mas bien pronto, por las visiones que tuvo poco después, cayó en la cuenta de la verdad de dichas palabras. Jesucristo, que es la misma vida, diósele en libro abierto, y en él pudo meditar y aprender más que en todos los libros del mundo. Estando un día del glorioso S. Pedro en oración, sintió junto á sí á Cristo, que le hablaba y la consolaba. Dióle gran temor esta manera de visión, porque no era tal que se mostrase el Señor bajo alguna forma corporal representada en la imaginación, ni mucho menos cosa que viese con los ojos. Estaba ignorante de esta especie de visiones que jamás había tenido, y no hacía sino llorar, recelosa de lo que pudiera ser; mas en oyendo una sola palabra de seguridad que el divino Huésped le decía; quedaba con regalo y sin ningún temor. Parecíale que siempre andaba á su lado Jesucristo, siendo testigo de cuanto hacía; y á poco que se recogiese, no podía ignorar tenerle á su mano derecha. Nada callaba á su confesor, y como sintiese esta novedad, luego vino á él harto fatigada, y dióle cuenta de lo que por ella pasaba. Preguntóle el P. Baltasar que en qué forma le veía, y por donde sabía que era Cristo. Respondióle que no le veía en ninguna forma, y que no podía dejar de entender que estaba junto á ella; y que el recogimiento del alma era muy mayor en oración de quietud, y muy continua, y los efectos muy otros de los que solía tener. Esforzabase en traer comparaciones para hacerse entender de su confesor; pero todas en vano, por ser esta visión tan subida y de tal naturaleza, que no bastan palabras para poderla aclarar. Es Dios que en un punto, sin la ayuda

de los sentidos corporales, ni de la imaginación, déjase sentir inmediatamente del alma que quiere regalar con su presencia. Visión puramente intelectual, y de las más delicadas, donde el Todopoderoso manifiéstase al alma por una noticia más clara que el sol; y sin embargo, como dice la Santa, ni se ve sol ni claridad, sino una luz que, sin ver luz, alumbra el entendimiento para que goce el alma de tan gran bien; y cuando Dios es servido, sin trabajo alguno del entendimiento aprende altísimas verdades, y queda deshecha en amor.

Pasados algunos días con esta manera de visión, en la que con grande provecho de su alma gozaba de la dulce presencia de Cristo, quiso su Majestad, estando una vez en oración, mostrarle solas las manos con tan grandísima hermosura, que no se puede bien encarecer. Poco tiempo después vió el divino rostro que la dejó del todo absorta. No podía entender porqué el Señor se le mostraba por grados; pero luego llegó á saber que así convenia á su flaqueza natural; pues no sufriera ver de una vez la Sacratísima Humanidad de Cristo glorificada. Necesitaba de mucho esfuerzo para no desfallecer á la vista de manos y rostro tan excesivamente hermosos. «Sonlo tanto, dice la Santa, los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo ver cosa tan sobrenatural y hermosa, desatina; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre y seguridad, y con tales efectos, que presto se perdía el temor» (1). Un día de S. Pablo, estando en misa, dejóse ver por fin toda esta Humanidad Sacratísima, tal como se le pinta resucitado, causándole tan gran deleite, que no se puede explicar. Sola la hermosura de los ojos no le mostró con claridad, sino de una ma-

(1) Vid. c. XXVIII. n. 2.

nera confusa, y sin percibir bien su color y tamaño: «Casi siempre, añade, se me representaba el Señor, así resucitado, y en la hostia lo mismo; sino eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz, y en el huerto; y con la corona de espinas, pocas; y llevando la cruz también algunas veces para, como digo, necesidades mías y de otras personas; mas siempre la carne glorificada» (1).

Por tres ó cuatro veces permitió el Señor que el demonio remedase esta visión imaginaria, aunque bien pronto conoció la seráfica Virgen ser falsa representación, porque no puede Satanás contrahacer la forma corporal que toma, de tal modo que aparezca con la gloria y majestad divinas; y conócese sobre todo por los efectos que causa en el alma, dejándola desabrida, y sin ninguna devoción. Para hacer ver que tampoco podía ser cosa de la imaginación, aducía la misma Santa tales pruebas, que ponen bien en claro el espíritu que la guiaba. «Pues ser imaginación esto, dice, es imposible de toda imposibilidad; ningún camino lleva, porque sola la hermosura y blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginación. Pues sin acordarnos de ello, ni haberlo jamás pensado, ver en un punto presentes, cosas que en gran tiempo no pudieran concertarse con la imaginación, porque va muy más alto, como ya he dicho; de lo que acá podemos comprender, así que esto es imposible» (2).

Y es verdad, porque nuestra fantasía solo es poderosa á representar y combinar lo que de alguna manera se ha percibido por medio de los sentidos. Y como el que nunca hubiera visto el sol, ni cosa que se le pa-

(1) Vid. c. XXIX. n. 3.

(2) Vid. c. XXVIII.

rezca, jamás podría formarse en su imaginación ni bosquejo de lo que es dicho astro, de la misma manera no estaría en las manos de Teresa el poderse representar, por solo su querer, aquella hermosura sobre toda hermosura de la humanidad del Salvador. Preciso es por tanto admitir la realidad de la visión.

Otra prueba no menos convincente, fundada en leyes psicológicas, traía al intento la Santa. «Porque si fuese, dice, representado con el entendimiento (1), dejado que no haría las grandes operaciones que esto hace, ni ninguna; porque sería como uno que quisiese hacer que dormía, y estáse despierto, porque no le ha venido el sueño, que él como si tiene necesidad ó flaqueza en la cabeza lo desea, adormécese en sí, y hace sus diligencias, y á las veces parece hace algo; mas sino es sueño de veras, no le sustentará, ni dará fuerza á la cabeza, antes á las veces queda más desvanecida. Ansí sería en parte acá; quedar el alma desvanecida, mas no sustentada, y fuerte; antes cansada, y disgustada: acá (esto es: bajo la influencia de la visión imaginaria) no se puede encarecer la riqueza que queda, aun al cuerpo da salud, y queda conortado» (2). Y porque muchos, aun de los que bien la querían, se empeñaban en decir que todas sus visiones eran efecto de imaginación deshecha, poníales esta linda comparación, que no tiene vuelta. Si yo, les decía, después de haber estado hablando con alguna persona conocida, me dijeran que era antojo el pensar que había conversado con ella, creyéralos sin duda, fiada más en su dicho que en el testimonio de los sentidos; pero si dicha persona me favoreciera con algunas joyas suyas, y me las pusiera en la mano, como prenda de su amor, no podría menos

(1) Con la imaginación quiere decir.

(2) Vid. c. XXVIII. n. 10.

de reconocerla por tal persona. Pues estas joyas celestiales bien las podía mostrar la Santa, porque todos cuantos la conocían, veíanla otra, y muy adornada de sólidas virtudes; y la que antes era ruin, honrosa, y amiga de pasatiempos, sentíase, después que el Señor comenzó á hacerle mercedes, animosa para el bien, y despreciadora de las cosas del mundo, y aun de sí misma. Mal camino parece llevaba el demonio para perderla, tomando por medio desarraigar imperfecciones, y plantar heróicas virtudes.





CAPÍTULO X.

*Contradicción que padeció la Santa de parte de los buenos.
—Ordénala un confesor que se santigué en las visiones, y
dé higas.—Toma el Señor la cruz que traía Teresa, y
se la entrega transformada en cuatro preciosos diamantes.
—Siente la llaga del amor divino.—Efectos que éste cau-
sa.—Traspasa un Serafín con dardo encendido
el corazón de Teresa.*

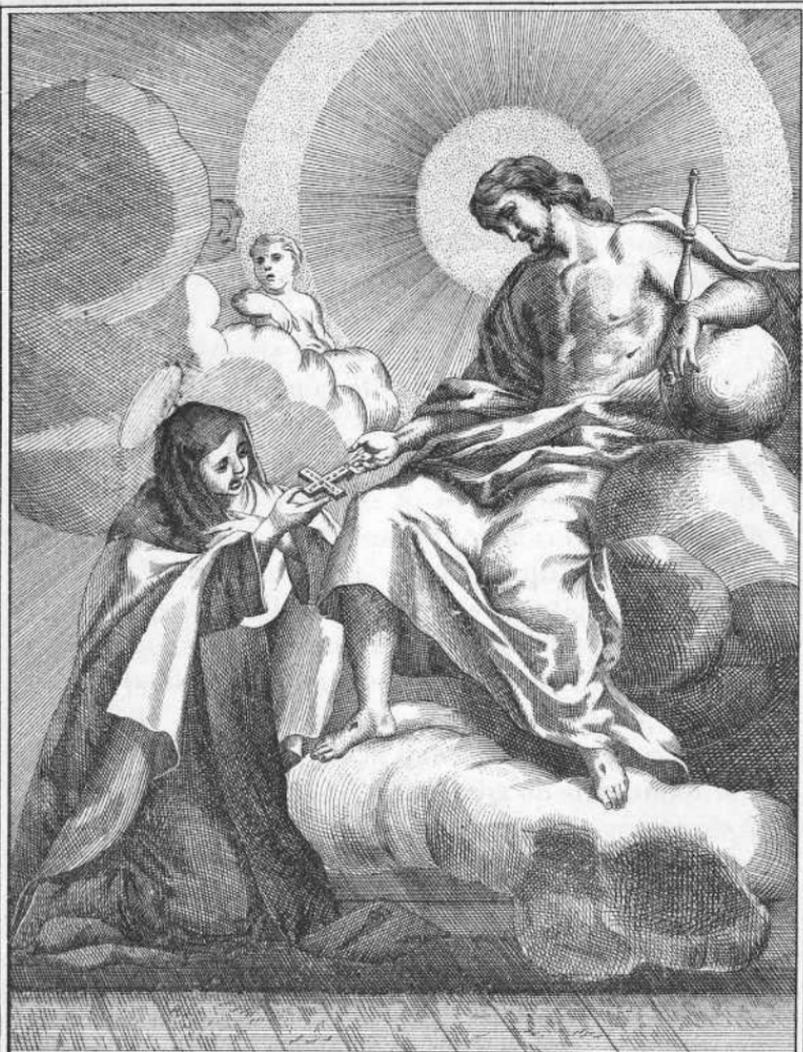
FUÉ providencia del Señor que la Santa tropezase en este tiempo de inquietud y de prueba con el P. Baltasar, que aunque algo irresoluto en su parecer, era de gran virtud, y la animaba sin cesar á seguir adelante, y respondía con mucha paciencia á los que le decían que se guardase de ella, y tuviese por cierto ser cosa del demonio. Parece permitía Dios se cegasen los entendimientos, aun de los buenos, para que no viesen la verdad, y atormentaran con sus díceres y dudas á la humildísima Teresa. Había algunos que, con el fin de probarla más y más, hacíanla repetidas preguntas en cosas de espíritu, á las que de

buena fé, y al descuido contestaba ella como el Señor le daba á entender. Los que la oían tomaban su sinceridad y franqueza por diferente intención, y pareciales poca humildad, y que se tenía por sabia, y con todo iban al confesor, que de aquí tomaba motivo para reprehenderla. «Bastantes cosas había, dice la Santa, para quitarme el juicio; y algunas veces me veía en términos, que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos á una mujercilla ruin y flaca como yo, y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores» (1).

Quando no podía confesarse con el P. Baltasar, hácialo con otro Padre de la Compañía, el cual como espantado de las mercedes recibidas, cada vez más extraordinarios, comenzó á decir que sin duda era demonio. Y como en el tiempo que la confesaba tenía la rendida á su obediencia, mandóla que, en teniendo alguna visión de las que solía, se santiguase, y diese higas, que era una manera de burla y desprecio que se hacía, poniendo la mano en cierta postura irrisoria. Causábale esto de dar higas grandísima pena, porque no podía dudar ser Dios el que se le mostraba; y aunque la hicieran pedazos, no estaba en su mano el determinarse á creer fuese demonio, quando gozaba de la visión. Acordábase de las injurias que los judíos habían hecho á Jesucristo, y era excesivo tormento para su alma, escarnecer de aquella manera al Rey de los cielos, que la recreaba y enriquecía de virtudes. Mas como en todo procedía por obediencia, consolábala su Majestad, diciendo que no recibiese pena, pues le era gratisimo su obedecer; que él daría trazas para que al fin se entendiese la verdad. Sin embargo; quando la

(1) Vid, c. XXVIII. n. 13.

· VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESÚS ·



La cruz maravillosa.

quitaron la oración, mandándola que no se retirase á la soledad, y que procurara andar ocupada en otras cosas, mostróse muy enojado, y dijo que aquello ya era tiranía, y así se lo dijese á los que tal la ordenaban.

Por no santiguarse tantas veces, solía traer una cruz en la mano; y en una de las visiones, queriéndola manifestar el Señor la estima que hacía de su heroica obediencia, tomósela con la suya, y al tornársela á dar, encontróla Teresa formada de cuatro maravillosas y hermosísimas piedras, muy más preciosas que diamantes, con las llagas de Cristo impresas de muy linda hechura. Dijole su Majestad que en aquella forma la vería en adelante, y así se cumplió en efecto, porque siempre apareció á su vista, no la madera de que estaba fabricada, sino con estas cuatro hermosísimas piedras (1).

Cuanto más se empeñaban en apartar á la Santa del camino de oración sobreñatural y extraordinario en que el Señor la ponía, mayor era el crecimiento de las mercedes; y en queriéndose divertir por obediencia, no salía de oración, y esto era en tanto extremo, que aun durmiendo parece se veía en ella. No estaba en su mano, aunque mucho lo quería y procuraba, dejar de pensar en Dios, á cuyos ojos aparecía cada vez más hermosa. Poco tiempo después de estas pruebas de obediencia, que tan crueles eran para el agradecidísimo corazón de la Seráfica Carmelita, encendióse tanto en su pecho el fuego del amor divino, y con ímpetus tan vehementes, que no cabía en sí, y parece se le arrancaba el alma, y desearía morir por unirse más íntimamente con la misma vida. En estos ímpetus de amor y

(1) Dicha cruz traíala Teresa colgada del rosario, y estaba hecha de cuatro piezas de ébano. Cuando murió, procuróla para sí con mucho disimulo su hermana Doña Juana de Ahumada, y por medio de ella ha obrado el Señor varios milagros.

dulce pena, veía algunas veces como un Serafin, puesto á su izquierda, la hería con dardo encendido hasta pasarle el corazón, pareciendo que al sacarle llevaba tras si las entrañas, dejándola toda abrasada en amor. «Era, dice la Santa, tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento. Los dias que duraba esto, andaba como embobada; no quisiera ver, ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado» (1).

Aludiendo á esta maravillosa transverberación, compuso Teresa los siguientes versos, inspirados por el amor divino, que el dardo encendido causaba en su corazón.

En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
Porque obró grandes hazañas.

Con el golpe fui herida,
Y aunque la herida es mortal,
Es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.

Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
Cómo sana cuando hiere,
Y se ve con él unida?

(1) *Vid.*, c. XXIX., n. 11 y 12.

Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance,
Sale triunfando del lance,
Obrando grandes hazañas.

¡Oh qué es ver una alma herida de amor! Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Busca modos y trazas para hacer algo que duela por amor de Dios; mas es tan grande la pena que siente por su amado, que no basta para mitigarla el tormento corporal. Cuando los santos se ven con esta llaga divina, quisieran despedazar sus cuerpos con rigores y penitencias. Todo cuanto hacen les parece nada, y buscan mil maneras de mortificaciones ingeniosas. Porque si los amantes mundanos no saben qué hacer por quien se encuentran apasionados; y no hay trabajo ni molestia que no sufran á trueque de agradar á quien aman, ¿qué han de hacer los enamorados de Dios, cuya bondad y hermosura son tan grandes, que no hay entendimiento creado que las pueda comprender? Siéntense atraídos hacia Dios, su objeto amado, con una suavidad y una fuerza, que este mundo les es insufrible cárcel, y tormento grande las cosas todas de la tierra; y ofrecen al Señor el vivir como el mayor de los trabajos, y ya que más no pueden, afligen su inocente cuerpo con ásperas penitencias. ¿Qué hiciera Teresa en estos arrebatos de amor santo, si la prudencia de los confesores no la detuviera? ¿Qué martirio se la pusiera delante que por Dios no abrazara? En medio de los hervores del espíritu, tomaba por remedio para mitigar su grandísima pena, las abstinencias y ayunos, el tormento de los rallos, y el rigor de las disciplinas.





CAPÍTULO XI.

Atormentan los demonios á la Santa.—Prodigiosa virtud del agua bendita.—Heróica caridad de Teresa con un pecador.—Ningún caso hace del poder de los demonios.—Comunica su espíritu con San Pedro de Alcántara.—Cómo quedaba el alma de la Santa cuando el Señor retiraba su gracia.



DEMÁS de los trabajos interiores y exteriores dichos, y que tan fatigada traían á la Santa, y que tan fatigada traían á la Santa, y que tan fatigada traían á la Santa, permitió también el Señor fuese atormentada por el demonio, para quedar éste de todas maneras confundido, y siempre triunfante Teresa. Estando una vez en el oratorio, vióle á su lado izquierdo de abominable figura, en especial la boca que la tenía espantable. Parecía que una llama muy encendida le salía de todo el cuerpo, y con voz espantosa oyó que le dijo: *Bien te has librado de mis manos, pero yo te tornaré á ellas.* Sobrecogida de temor, santiguóse como pudo, y desapareció, aunque tornó una y otra vez, hasta que echó agua bendita hacia donde estaba, y no volvió más por entonces. En otra ocasión la estuvo atormen-

tando con terribles dolores y con un desasosiego interior tan insufrible, que no se podía valer. Las que la acompañaban no sabían qué hacer con ella, según eran de grandes los golpes que con cabeza y brazos y todo el cuerpo haciale dar el maldito enemigo, al cual quiso el Señor viese en forma de negrilla horripilante, y regañando como un desesperado, porque de donde pretendía ganar, perdía. No se atrevía la Santa á pedirles agua bendita, por no amedrentarlas, y porque no entendiesen lo que era; mas como no cesase de atormentarla, dijo con mucho disimulo. *Si no se riesen pediría agua bendita*; trajéronse la, y habiéndola ella echado por la parte donde veía al negrilla, desapareció en un momento, y también todo el mal como si con la mano le quitaran, salvo que quedó cansada, y cual si la hubieran dado de palos. Hízole gran provecho este suceso, porque pensó que, si permitiéndolo Dios, tanto mal hace el demonio á cuerpo y alma, que aun no son suyos, cuánto más hará cuando se le entreguen para ser por él castigados. Otra vez, que estaba sola, vino á molestarla el enemigo; pidió agua bendita, y cuando entraron las religiosas, ya se había ido, aunque advirtieron un olor muy malo como de piedra azufre.

Es prodigiosa la virtud y eficacia del agua bendita, para ahuyentar los malos espíritus, y muy digna de alabanza la costumbre entre buenos cristianos de tenerla á la cabecera de la cama, para con ella santiguarse al despertar y al dormir. La Madre Teresa con la grande fe que tenía, experimentaba al tomarla particular consolación. «Es cierto, dice, que lo muy ordinario es sentir una recreación, que no sabría yo darla á entender, con un deleite interior, que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sola una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia; digamos como si uno estuviese con mucha

calor y sed, y bebiese un jarro de agua fría, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito» (1).

Hallándose en cierta ocasión en coro, dióle un gran ímpetu de recogimiento, y porque no lo entendiesen las demás, fuese de allí. Á poco sintieron las de coro dar grandes golpes hacia donde la Santa estaba, la cual oyó junto á sí hablar, y como si concertaran algo, aunque por hallarse muy puesta en oración, nada entendió, ni hubo miedo. Subía de punto la rabia y furor del enemigo, cuando sospechaba que por las oraciones de esta Virgen había de salir algún alma de mal estado. Entonces, semejante al león que le arrebatan la presa, bramaba y se deshacía, y dándole Dios licencia, descargaba su saña contra ella. Aconteció en una ocasión venir á la Santa cierto sujeto, que hacía dos años y medio se encontraba encenagado en un vicio de los mas abominables, y pidióla con mucho encarecimiento le tuviese presente en sus oraciones. Como nuestra Madre era tan compasiva, hubo lástima de aquella pobre alma. Causábanle, sobre todo, grandísima pena las multiplicadas ofensas que á Dios se hacían, porque el tal sujeto cada vez se encontraba más metido en el camino de perdición. Tomó Teresa á su cuenta la conversión del miserable pecador, y entrambos dejaron concertado el escribirse mutuamente; él para dar cuenta de sus determinaciones, y ella con el fin de excitarle á romper las cadenas del vicio que le esclavizaba. Solo fué menester que escribiese una carta para moverle á contrición y verdadero arrepentimiento;

(1) Vid. c. XXXI. n. 2.

porque las palabras de la Santa salían de un pecho abrasado en amor divino, y llevaban consigo tal eficacia, que no podían menos de ablandar los corazones más rebeldes y empedernidos. Irritado Satanás por la conversión de esta alma, procuró hacerla de nuevo caer; y en tanto aprieto se vió el pobre pecador, que escribió á Teresa diciendo ser tan grande el tormento de la tentación, que parecía se encontraba en el infierno. Deseando ardientemente nuestra Madre el remedio eficaz de dicha persona, aunque fuese muy á costa suya, con un rasgo de heroica caridad atrevióse á pedir al Señor que, si en ello era servido, consentiría en ser atormentada de los demonios, á trueque de ver á aquella libre de la terrible tentación, que á tanto peligro la ponía de pecar. Aceptó su Majestad la generosa oferta, y desde aquel momento dejaron los espíritus infernales de molestar al hombre convertido, viniendo sobre nuestra Heroína con tan gran furia, que pasó un mes de indecibles tormentos.

Estando en el oratorio una noche de ánimas, recitando el oficio de difuntos, acabado un nocturno, comenzó á decir las oraciones puestas al fin del rezo, y queriéndolo impedir el enemigo, púsose sobre el libro. Santiguóse, y huyó, mas volvió otra vez; echó agua bendita y desapareció del todo. Con esto pudo acabar las oraciones, y vió que al instante salieron algunas almas del purgatorio. En otra noche cargaron sobre ella con tanta rabia, que pensó la ahogaban; rociáronla con agua bendita, y vió huir á multitud de demonios en precipitada fuga, como quien se va despeñando. «Son tantas veces, dice con mucha gracia, las que éstos malditos me atormentan, y tampoco el miedo que yo los he, con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaría á vuesa merced, y me cansaría si las dijese..... El caso es que ya tengo

entendido su poco poder (si yo no soy contra Dios) que casi ningún temor les tengo, porque no son nada sus fuerzas, sino ven almas rendidas á ellos, y cobardes, que aquí muestran ellos su poder» (1).

Dicha inhabilidad de los demonios para poderla dañar en nada, fuéle representada en cierta ocasión. Veía en su derredor infinidad de rabiosos espíritus inmundos, deseosos de hacerla mal, mas al mismo tiempo encontrábase cercada de una gran claridad, donde aquellos no podían penetrar, y diósele á entender en esta claridad la protección que el Señor le dispensaba para que los enemigos no se acercasen á ella de manera que la hiciesen pecar.

Y es así que hanse los demonios con los hombres, según el decir de nuestro P. S. Agustín, como los perros atados con cadenas, los cuales pueden ladrar, mas no morder, sino al que voluntariamente á ellos se acerca. Cuando Dios permite que sus siervos experimenten tentaciones y sean atormentados, hácelo para bien de los mismos, como aconteció con Job y otros muchos santos. Parece en ocasiones que se ausenta, y los deja abandonados, y no es así, que bien protegidos los tiene con su diestra, de tal manera que el enemigo no los podrá dañar ni tentar más de lo que permitan sus fuerzas.

Pues volviendo ahora á las señaladísimas mercedes que el Señor hacía á su Sierva de darle aquellos ímpetus tan grandes que no podía reprimir, y aquel penar sabroso, efecto de la llaga del amor divino, que llevaba impresa en el corazón, no podía entender nuestra Madre cómo era el andar á la vez con pena y contento espirituales. Pena corporal y contento espiritual, bien sabía eran posibles, por haberlo experimentado muchas ve-

(1) Vid. c. XXXI. n. 3 y 4.

ces; mas tan excesiva pena del espíritu, y al mismo tiempo tan grandísimo gusto, traíala desatinada, y no encontraba quien la pudiera entender. Quiso la divina Providencia que en el año de 1560, cuando aun no se encontraba libre de temores, y padecía hartas contradicciones por parte de los buenos, acertase á pasar por Ávila el santo varón Fr. Pedro de Alcántara, portento de mortificación y penitencia, y muy experimentado en materias de espíritu. Tuvo noticia de la venida de este esclarecido Franciscano á la ciudad, D.^a Guiomar de Ulloa, con quien la Santa, de licencia del confesor, comunicaba algunas cosas de su alma, por ser mujer de oración, muy recatada y amiga de guardar secreto en cuanto le confiaban. Parece que Dios concedió á esta piadosa señora la luz y acierto que á otros letrados no le plugo dar; porque desde un principio siempre estuvo firme en creer que era buen espíritu el que regía á su amiga Teresa. Habíala gran lástima al ver lo mucho que padecía, y mirando por su bien, y Dios que así lo guiaba, alcanzó licencia del P. Provincial para llevársela por ocho días á su casa con el fin de que, sin estorbo alguno pudiera tratar el negocio de su alma con Fr. Pedro de Alcántara. Viéronse estos dos siervos del Señor, y como era uno el espíritu que los animaba, y ambos habían aprendido en una misma escuela la perfección que practicaban, penetráronse al momento, y no hubo menester la Santa de grande esfuerzo para hacerse entender. Dióle en suma cuenta de su vida y manera de proceder en la oración, manifestándole los secretos del alma con la mayor claridad que pudo; que en esto de tratar sin doblez ni encubierta á sus directores, puso siempre gran cuidado, y hasta los primeros movimientos quisiera les fuesen manifestos. Como el bendito Fr. Pedro sabía bien por experiencia cuanto la Santa le comunicaba, dióle luz

en todo, y le dijo que no tuviese pena, y estuviese tan cierta de que era espíritu bueno, que si no eran las cosas de fé, no podían hallarse otras más verdaderas, y que alabase mucho á Dios. Enseñóla como de las visiones que había tenido, eran más subidas y delicadas las puramente intelectuales, y que eran muy posibles. Hízola saber como había padecido uno de los mayores trabajos del mundo, cual era contradicción de buenos; que él hablaría á las personas principales que habían tomado parte en el negocio, dándoles razones que les convenciesen ser espíritu de Dios, y no del demonio el que por dicha gobernaba su alma. Nunca oyó Teresa maestro que mejor la entendiese, y diera al mismo tiempo instrucciones más provechosas para disipar sus dudas, y proceder con acierto en el discurso de su vida.

El caballero Salcedo, en oyendo la palabra autorizada del experimentado Fr. Pedro, íbase inclinando poco á poco á creer fuese cosa de Dios, y ya no hacía tanta contradicción á la Santa. Quedó ésta consolada y tranquila, aunque no de manera que, cuando el Señor apartaba un poco la mano, dejase de temer. Acaéciale algunas veces encontrarse tan destituida, al parecer, de socorros celestiales, y con tan grandísimos trabajos corporales, que no se podía valer. «Todas las mercedes, dice, que me había hecho el Señor, se me olvidaban. Solo quedaba una memoria, como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospechas, pareciéndome que no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba; y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase á los buenos» (1). La fe y demás virtudes parece se le adormecían y amortiguaban; quedando tan seca de de-

(1) Vid. c. XXX. n. 6.

voción, como si nunca hubiera hecho un acto de amor de Dios. Si se retiraba á la soledad, ó á rezar, experimentaba congoja y tormento inexplicables; si buscaba remedio en la lectura, era en vano. Acontecióle una vez ponerse á leer la vida de un santo, con el fin de despertar la devoción; y con estar escrita en romance, y tener ella tan claro entendimiento, después de leer por cuatro ó cinco veces los primeros renglones, menos entendía á la postre que al principio, y viendo que no adelantaba nada, tuvo que dejar aquella lectura. Ocasiones había en que parece se le quitaba hasta la posibilidad de pensar cosa buena. «Pues tener en estos casos, dice la Santa, conversación con nadie es peor; porque parece á todos me querría comer, sin poder hacer más, y algo parece se hace en irme á la mano, ó hace el Señor en tener de su mano á quien así está, para que no diga, ni haga contra sus prójimos cosa que les perjudique, y en que ofenda á Dios» (1). Cuando se veía en tales aprietos procuraba ejercitarse en buenas obras exteriores, para andar ocupada medio por fuerza en alguna cosa de provecho.

Por aquí podremos juzgar á qué triste estado queda reducida un alma, dejada de la mano de Dios. Ofúscase el entendimiento para no ver los fundamentos que hacen creer las verdades de la fe, al paso que presta asentimiento á mil ridiculeces y extravagancias; pierden los estribos las demás potencias, y la voluntad, que es la que más daño experimenta, siéntese tan flaca é inhábil para obrar el bien, que no se pudiera creer, si la triste experiencia no lo enseñara. Muy equivocados viven los pecadores que aguardan á convertirse á lo último de su carrera. Para ello no bastan sus propias fuerzas; han menester la gracia eficaz, que el Señor se

(1) Vid. c. XXX. n. 9.

la puede negar en castigo de su obstinación é insensata confianza. Y no nos engañemos con decir que Dios es misericordioso, y como tal no dejará de acudir con auxilios oportunos en los últimos instantes de la vida. Cierto que nuestro Señor es infinitamente bondadoso, y su misericordia con el pecador arrepentido no tiene límites; pero el caso está en si podemos asegurar que en aquel apurado trance, nos habremos de encontrar en condiciones de querer de veras el sincero arrepentimiento. Porque el hecho es que muchos mueren sin tener tiempo de pensar en nada que toque á la salvación eterna; y otros muchos, aunque no les falta posibilidad de acudir á negocio que tanto importa, es la verdad que desaparecen de la escena de este mundo sin apercibirse como debieran para el juicio de Dios y sus consecuencias.





CAPÍTULO XII.

Muestra el Señor á la Santa en una visión el infierno, y dale á probar algo de sus penas.—El voto Teresiano.—Cómo nació el pensamiento de la Reforma Carmelitana.—Principios de la fundación del primer monasterio de Descalzas.—Consulta nuestra Madre el negocio de dicha fundación con San Pedro de Alcántara y San Beltrán.



Así como el capitán de un ejército, á fin de animar á sus soldados á la pelea, no sólo les estimula con el premio y descanso de que han de gozar después de la victoria, sino que también les pone delante los trabajos de esclavitud y cadenas que les esperan, si cobardes se rinden al irritado enemigo, de la misma manera nuestro sapientísimo Señor, no solamente quiso atraer hacia sí el corazón de Teresa con la poderosísima influencia del amor, y de mercedes extraordinarias, sino que también fué su voluntad disponerla á arrostrar con heroica constancia los trabajos de la cruz, siguiendo bien de cerca los pasos de su

amabilísimo Capitán Jesús, mediante el conocimiento experimental de las terribilísimas penas, que la divina justicia tiene aparejadas á los condenados en la otra vida.

Eficacísima lección de que nos habemos de aprovechar los que aun caminamos por este destierro, para arreglar nuestra vida y costumbres de manera que podamos evitar tan indecibles tormentos como la fe nos enseña, y la Santa testifica haber visto, y en alguna manera experimentado. Que no en vano, ni para el bien de sólo un individuo dispone el Señor que algunos de sus siervos reciban tan especiales enseñanzas.

Estando un dia en oración, hallóse la Santa en un punto, sin saber cómo, que le parecía estaba metida en el infierno. Entendió que su Majestad le quería mostrar el lugar que los demonios le tenían allí aparejado, si apartándose del peligro de pecar, no hubiera enderezado sus pasos por el camino del santo temor de Dios. Poco tiempo duró la visión, pero quedósele tan grabada en la memoria, que jamás, mientras vivió, la pudo olvidar. Parecióle que entraba por un callejón en forma de horno, bajo, oscuro, estrecho y muy largo. El suelo era de sucio lodo que despedía olor pestilencial, y en él se revolcaban infinidad de sapos, y asquerosas sabandijas. Al extremo de este horroroso tránsito había una concavidad, hecha en la pared á manera de alacena, y allí vió que la metían y estrechaban, sintiendo al mismo tiempo un fuego interior, que ni se puede encarecer bastante, ni hay palabras que lo puedan explicar. Muy recios habían sido los dolores que con motivo de sus enfermedades hubo de padecer la Santa, y tanto que, según testimonio de los médicos, no se pueden sentir en vida mayores; pero todo fué nada en comparación de les que en aquella estrechura experimentó en brevísimo espacio de tiempo.

«Estó no es pues nada, dice la Santa, en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse arrancando siempre el alma es poco; porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No vía yo quien me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar, á lo que me parece, y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse ni echarse; ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared; porque estas paredes que son espantosas á la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas. Y no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que á la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno. Después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo. Cuanto á la vista muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor; que en esta visión quiso el Señor, que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de donde me había librado su misericordia; porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos, aunque pocas (que por temor no se lleva bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa.

En fin como de dibujo á la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí adonde estoy; y así no me acuerdo vez que tenga trabajo ni dolores, que no me parezca en nada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno á decir, que fué una de las mayores mercedes, que el Señor me ha hecho; porque me ha aprovechado muy mucho, así por perder el miedo á las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme á padecerlas, y dar gracias al Señor, que me libró, á lo que ahora me parece, de males tan perpétuos y terribles» (1).

El hervor que en el espíritu de la Santa produjo la terrorífica visión del infierno, manifestóse bien á las claras en el arduísimo voto que hizo poco después, obligándose á obrar lo que fuere más perfecto en todos los casos particulares de la vida. Arrojo fué este de heroísmo sin igual, rarísimo aun entre los más insignes santos, y que no nos consta lo practicara otro alguno antes que la Madre Teresa, de donde, no sin fundamento, ha venido á llamarse el voto Seráfico ó Teresiano. «Quien por imitarla pretendiere hacer otro tanto, dice el autor de la Crónica, mida bien las fuerzas del amor, tante las de la constancia, examine la firmeza en el obrar bien, consulte los padres espirituales una y muchas veces, declare á los Prelados el estado de su conciencia, y, sobre todo, espere de Dios impulso especialísimo, y muchas veces repetido; porque sin esto á gran peligro se pone» (2).

(1) Vid. c. XXXII. n. 2.

(2) Crón. L. I. c. 30., n. 11.

Cumplió la Santa fidelísimamente el dicho voto desde el 1560, en que se cree le hizo, hasta el 1565. En este tiempo, viendo su confesor, Fr. García de Toledo, que eran muchos los escrúpulos y dudas que se ofrecían, por la dificultad de atinar con lo más perfecto en tanta multitud y variedad de acciones, persuadióla á que pidiese al Provincial la anulación del voto, y le diese licencia para hacerle en otra forma, igual en cuanto á la sustancia, por menos expuesta á inquietudes. Para proceder nuestra Madre con más seguridad, acudió al General de la Orden, y prévio su consentimiento, modificó el voto de la manera que le indicó dicho P. Fr. García de Toledo, y fué así: había de tener el confesor noticia del voto hecho, y declarado lo que sería más perfecto en cualquier caso particular, debía Teresa seguirlo, conformándose con el parecer de aquél.

Con haber hecho la Santa este voto que parece raya en los límites de lo que la fragilidad humana puede practicar, ayudada de la gracia, todavía no quedaron satisfechas sus nobles y generosas aspiraciones. El espíritu no sosegaba, y sentía que el Señor le comunicaba calor para *digerir otros manjares más gruesos de los que comía*. Dábale excesiva pena de las ofensas que á Dios se hacían; y como tuviese presentes los tormentos del infierno, compadecíase de tantas almas como la herejía de Lutero arrastraba á aquella mansión de perpetuo llanto y eterna desesperación. De aquí le nacían vivísimos deseos de aprovechar en la salvación de los prójimos, y nada le parecía dificultoso á trueque de conseguir tanto bien. Consideraba que, ya que por su estado de monja y condición de mujer no podía convertir almas ni en púlpitos, ni en confesonarios, lo más acertado sería seguir fielmente el llamamiento á la religión, guardando la regla con la mayor perfección posible, ocupada constantemente en pedir al Se-

ñor por los que se empleaban en llevar á buen camino á los pecadores extraviados.

Era gran impedimento para esto el no guardarse en la Encarnación clausura rigurosa, y las religiosas con licencia del Provincial podían salir fuera, según la necesidad ó conveniencia lo pedía. Tocaba Teresa con dicho inconveniente con mayor frecuencia aún que otras, á causa de que algunas personas de influencia, cautivadas sin duda de sus buenas prendas, solicitaban tenerla en su compañía; y los Prelados por condescender, no se atrevían á negarlo. Además, era mucha la comunicación que en el convento había con seglares, y esto, unido al número crecidísimo de religiosas, que al decir de algunos, pasaba de ciento, ayudaba poco á fomentar el espíritu religioso, y era parte para que se introdujese la relajación é inobservancia. Por otro lado la regla carmelitana no estaba en su primitivo rigor, sino que se guardaba la de S. Alberto, mitigada por los Pontífices Inocencio IV, Eugenio IV y Pío II. Todo ello hacía que Teresa no pudiese vivir allí con el sosiego y recogimiento de espíritu apetecidos, y anhelaba verse en compañía de algunas pocas que, en pobreza evangélica, recogimiento y oración perpetua, se empleasen en rogar al Señor por los que en el campo de la Iglesia peleaban por su honra, predicando y escribiendo contra el error. Abrazando el rigor primitivo de la regla, no solo se obligaba á más austeridad y penitencia, sino que hallaba camino expedito para dedicarse á su amada oración con menos inconvenientes de los que allí tenía. Consideraba en esto algunas veces, y cuanto más lo meditaba, mejor le parecía; y como si ya se viese en casa pobre, vestida de tosco sayal, rodeada de pocas, pero fervorosas compañeras, sin locutorio ni conversaciones de seglares, y ocupadas únicamente en servir y agradecer á su Divino Esposo,

recreábase, y no cabía de gozo al imaginar que tal ideal pudiera realizarse.

Cuando andaba embebida en los dichos pensamientos, aconteció que, estando una noche sustentando pláticas espirituales con una sobrina seglar, llamada María de Ocampo, y otras varias religiosas, vino á decir cómo la vida en aquella casa era demasiado inquieta, por ser muchas las monjas, é inevitable el trá-fago que de aquí se originaba, contrario al sosiego y comunicación con Dios, que recrea el espíritu y da vigor al alma. En oyendo esto Doña María dijo: puesto que lo dicho es verdad, y lo que nos conviene y necesitamos es la paz interior y seguridad de nuestra salvación, tratemos las que aquí estamos de fundar un monasterio, donde podamos vivir al modo de las Franciscas Descalzas. Palabras fueron estas que tocaron en lo más vivo de los deseos de Teresa, la cual aprovechando la oportunidad, prosiguió la plática con tal discreción y eficacia, que á poco rato, estando todas conmovidas, volvió á tomar la palabra su sobrina para ofrecer espontáneamente mil ducados de su legítima, y poder con ellos dar principio á la fundación del deseado convento. La Santa no echó en olvido la propuesta, sino que viendo ya descubierto algún camino para llevar adelante sus fervorosas aspiraciones, comunicó el negocio con su amiga Doña Guiomar de Ulloa, que, como era tan piadosa, y estaba firmemente persuadida ser espíritu de Dios el que á aquella gobernaba, ofreció ayudar de su parte cuanto pudiese, y comenzaron á encomendarlo al Señor con muchas veras.

Habiendo un día acabado de comulgar la Santa, ordenóla su Majestad procurase con todas sus fuerzas la fundación que meditaba. Hízole al mismo tiempo grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, el cual se llamaría de S. José, y á una de

sus puertas tendría por guarda á este glorioso Patriarca y á la otra á su Madre la Virgen María. Añadió que sería muy servido en él, y resplandecería como una estrella. Advirtiéndola por último, que de todo hiciese sabedor al confesor, rogándole de su parte, que ni fuese contra ello, ni se lo estorbase. Aunque Teresa, por los efectos que en el alma causó esta habla, no dudaba fuera del Señor, sin embargo el natural de la carne flaqueó algún tanto. Vinieron de golpe á la imaginación por una parte los trabajos, persecuciones y desasosiegos que en la fundación del monasterio le aguardaban; y por otra el haber de abandonar casa en que tan bien estaba, con celda muy de su gusto y compañía de religiosas que tanto la querían. Para que rompiese por todas estas dificultades, que el demonio ayudaba á representar muy de bulto y exageradas, hablóle por diferentes veces el Señor, mandándola siempre lo mismo y con razones tales, que ya no osó resistir, y dió por escrito cuenta al confesor de cuanto pasaba. Éste, viendo que el negocio era de mucha gravedad, y que conforme á razón natural parece no llevaba camino, por haber casi ninguna posibilidad para salir con él, se desentendió diciendo que lo tratase con su Prelado, y se atuviera á lo que él determinase.

Para proceder con mayor seguridad, quiso la Santa, antes de hablar al Provincial, comunicar con San Pedro de Alcántara lo que tenía entendido de su Majestad acerca de la fundación, y las trazas que daban para llevar á cabo el repetido mandato del Señor. Contestóle Fr. Pedro que no dudaba ser del agrado de su Majestad lo que pretendían, y que en manera alguna dejasen de poner manos á la obra. Para ello dióle oportunos consejos, y prometió ayudarla hasta donde alcanzasen sus fuerzas. Con el respetable parecer de este siervo de Dios, cobró la Santa nuevo aliento y por

medio de Doña Guiomar trató con el Provincial del intento, el cual, como fuese amigo de mucha religión y observancia, vino gustoso en ello, prometiendo dar á su tiempo la debida licencia.

Todavía la Santa, antes de pasar adelante en el negocio, quiso consultarle con el bendito Fr. Luis Beltrán, de la Orden de Santo Domingo, tenido por todos en grande opinión de santidad y prudencia. Brillaba entonces por sus virtudes en Valencia, y aquí le escribió diciéndole con sinceridad y llaneza los avisos que había recibido de Dios para la fundación del monasterio, y le suplicaba diese luces para proceder con acierto. Tres ó cuatro meses tardó en dar contestación á la Santa, pero al fin la escribió en estos términos: «Madre Teresa: Recibí vuestra carta, y porque el negocio sobre que me pedís parecer es tan del servicio del Señor, he querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios, y esta ha sido la causa de haber tardado en responderos. Ahora digo en nombre del mismo Señor, que os animéis para tan grande empresa; que él os ayudará y favorecerá. Y de su parte os certifico que no pasarán cincuenta años que vuestra Religión no sea una de las más ilustres que haya en la Iglesia de Dios, el cual os guarde. En Valencia.—Fr. Luis Beltrán» (1).

No se puede decir que la Santa procedía en el asunto de la fundación con ligereza, sino con madurez y pulso admirables. Por lo que hace á la predicción del bienaventurado Fr. Luis, nadie ignora que por los años de 1611, cincuenta después de escrita la profecía, la Religión de los Carmelitas Descalzos, habíase extendido prodigiosamente, no solo en España donde fué su cuna, sino también por Francia, Italia, Flandes, Polonia, Asia y América.

(1) Crón. L. I. c. XXXVI. n. 3.



CAPÍTULO XIII.

*Trata la Santa de comprar casa para el monasterio.—
Dichos de los de la ciudad.—Consultan el negocio con
el Padre Ibáñez.—Manda el confesor á Teresa que
no entienda en la fundación.*

Gozosa estaba Teresa viendo como el Señor iba llevando las cosas por tan prósperos pasos. El Provincial Fr. Ángel Salazar venía en admitir la fundación; el confesor habiale dado licencia, para que de la manera posible entendiese en el negocio; y para más seguridad y alejar inquietudes, tenía de su parte el parecer gravísimo de dos insignes santos. Con la ayuda de Doña Guiomar, que ofrecía un pedazo de hacienda, y los mil ducados de su sobrina Doña María de Ocampo, determinó la Santa comprar muy en secreto una pequeña casa, hacer presto las escrituras, y meterse luego en ella con algunas de la Encarnación, deseosas de emprender vida más recogida. En este estado se encontraban las cosas cuando permitió el Señor que el secreto se divulgase por la ciudad. En breve comenzaron las risas y mofas de la

gente picaresca; otros más prudentes teníanlo por desatino y atrevimiento de mujeres de poco sexo; á las personas de oración parecíales temeridad y manifiesta tentación, y los letrados pusieron en tela de juicio si era ó no lícito hacer el monasterio que se pretendía. Á tal extremo llegó la contradicción, que un confesor no quería absolver á Doña Guiomar, si por su parte no desistía del intento. Bien quisieran ellas en este apuradísimo trance valerse del apoyo de los Padres de la Compañía, pero había poco tiempo que estaban en la ciudad, y necesitaban entonces de mucho favor y pocos enemigos, y parecíales que no era prudente comprometerles en tales circunstancias, cuando todos, grandes y chicos se levantaban aunados para desconcertar sus piadosos y bien pensados proyectos. Volvieron pues los ojos á Fr. Pedro Ibáñez, religioso Dominicó de gran virtud y letras, y sin decirle nada de las revelaciones y mandatos del Señor que la Santa había tenido, dióle cuenta Doña Guiomar del fin, manera, y forma con que pensaban hacer el monasterio, añadiendo varias razones naturales y de conveniencia, por donde pudiera entender los grandes bienes que de dicha fundación vendrían.

No pareció á este Padre menos disparatado que á los demás el negocio de la fundación; pero, queriendo proceder con prudencia, pidió ocho días de término para bien pensarlo, prometiendo la Santa y su compañera hacer lo que él resolviese. Así que los de la ciudad supieron que la cosa había quedado en manos del religioso Dominicó, apresuráronse á decir que en manera alguna apoyase los designios de aquellas ilusas mujeres. No obstante de haberse puesto el P. Ibáñez á mirar con serias prevenciones el negocio encomendado, sin embargo, con luz que recibió del cielo, vió claro sería muy del servicio de Dios la fundación del

nuevo monasterio, y quedóle muy asentado que se había de hacer, y así se lo dijo á ellas, indicándoles al mismo tiempo la traza que habían de tener para el logro de su empresa. Animólas á que se diesen prisa por acabarlo luego, porque aunque la hacienda con que contaban era en verdad poca, algo se había de fiar en Dios, cuya era la obra.

La Santa y su compañera vieron con este parecer los cielos abiertos, y más aún teniendo ya aplacados á algunos siervos de Dios que lo contradecían, tales como el caballero Salcedo y el ejemplarísimo Daza. Apresuráronse á comprar una casita con ánimo de acabar luego las escrituras; mas cuando trataban de ello, fueron tantos los dichos y murmuraciones que se levantaron en la Encarnación, que el Provincial, pareciéndole cosa recia ir contra la corriente de tantas voluntades, mudó la suya y dijo á Doña Guiomar que la renta para el monasterio que se había de fundar, era poca y mal segura, y que siendo tan grande la contradicción que por todas partes se presentaba, no podía persuadirse á que aquello fuese del servicio de Dios. Esta vuelta del Prelado causó grandísima pena en la Santa; porque recibidos los primeros golpes, dábasele ya poco de la gritería de la gente, y aun de sus mismas hermanas; pero quitado el apoyo del Superior iba todo por tierra, y batiría palmas la muchedumbre de contrarios, confirmándose en que todo era disparate y proyecto de cabezas descompuestas. Conocida la voluntad del Provincial, no hubo más remedio que echar pié atrás, y dejar por hacer las escrituras que pensaban terminar al otro día; porque ni el confesor de Teresa consentiría en que fuese contra la voluntad del que hacía las veces de Dios, aunque en este caso pudiera hacerlo lícitamente por alguna vía, ni jamás ella lo pretendió.

Viéndose la Santa en tal aprieto, fuese muy fatigada al Señor á encomendarle el negocio de la fundación, que tan mal parado, al parecer, quedaba. Animóla su Majestad diciendo, que por allí vería lo que habían pasado los fundadores de las Religiones, y que aun le quedaban por padecer muchas más persecuciones, pero que no temiese, ni por ello se le diese nada. Causaron tal efecto en el ánimo de Teresa las dichas palabras, que desde aquel momento quedó consoladísima, y sin pena, y con indecible tranquilidad de alma.

Por aquí se entenderá el gran bien que tienen los que tratan de oración. Con recogerse breves momentos con Dios, pónense á cubierto de las mayores tempestades, que el demonio y malicia de los hombres pueden levantar; y no hay mal en la vida, como no sea el pecado, capaz de turbar la paz de las almas que solo tratan de hacer la voluntad del Señor. Bien decía S. Ignacio de Loyola que con ser la destrucción de la Compañía la cosa que más pena le pudiera dar, tenía para sí, que mediante un cuarto de hora de oración, quedaría conforme, resignado, y con paz interior.

Previendo la discreta Santa lo que después de lo dicho iba á suceder, armóse de paciencia para sufrir callando las reprensiones y palabras desabridas de las monjas, las cuales como viesen al Provincial de su parte, y que había desconcertado los planes de aquélla, alegráronse sobremanera. Comenzó Teresa á estar malquista en el monasterio; decíanle que las afrentaba con salirse de allí, pues daba con esto á entender tenían vida relajada, lo cual no era cierto; que podía en él servir muy bien á Dios, como lo hacían otras mejores que ella; que después de tantos años, ningún amor mostraba á la casa donde tomó el hábito é hizo su profesión. No faltó quien se atreviera á decir que mejor sería ponerla en la cárcel, siendo muy contadas las que te-

nían valor suficiente para defenderla, y sacar por ella la cara. Nuestra Santa, aunque daba satisfacción á algunas cosas de que le hacían cargos, en otras muchas callaba, por no manifestar lo principal que era el habersele mandado el Señor. Todos creían que estaría muy corrida de lo sucedido, y hasta al mismo confesor costábale trabajo el persuadirse de lo contrario; pero ella, cierta como estaba de haber procedido en todo con buena conciencia, conformábase con la voluntad de Dios, y quedábase contenta y muy á su placer, hasta que el Señor dispusiera otra cosa.

Lo que más pena le dió fué que su confesor le escribiese diciendo, que por lo que había sucedido podía ver cómo todo lo de la fundación era sueño y quimera; que se enmendase de allí en adelante para no querer salir con nada, sin hablar más acerca del asunto, pues reciente tenía el escándalo que por esta causa había sobrevenido. Sobrecogióse de temor la Santa al pensar si ella habría sido parte para que en algo fuese Dios ofendido, y que si esto de la fundación era engaño, lo mismo se habría de entender de las demás visiones y revelaciones. Aquí es donde el enemigo común hacía hincapié con el fin de desasosegarla y apretarla con los acostumbrados miedos; y lo consiguió, aunque por breve tiempo. Consolando el Señor á su Sierva, le dijo: *Que no se fatigase, pues en aquel negocio habiale servido mucho, y en nada ofendido; que hiciese lo que le mandaba el confesor de callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar á ello.* Enseñóla su Majestad cuan grande bien es el padecer por él. Acrecentado el fuego del divino amor al soplo de la contradicción, comenzaron los ímpetus sobrenaturales con más fuerza, y los arrobamientos eran más continuos, y mientras los demás juzgaban que Teresa andaría corrida y avergonzada, saboreábase ella con estas regaladísimas merce-

des, con las cuales cobraba ánimo y fortaleza, para arrostrar mayores trabajos.

También hizo el demonio que de una en otra persona viniera á entenderse que para el negocio de la fundación, que todos daban por frustrado, había habido algo de revelaciones, cosa que la Santa tenía exquisito cuidado de ocultar, sino era á su confesor. Varios de los que lo supieron fueron á decirle que anduviese con tiento en lo que se decía de visiones y hablas con Dios, porque andaban los tiempos recios, y pudiera ser venir á manos de los Inquisidores. Cayeron muy en gracia á nuestra Madre estos miedos y advertencias, y deciales que no tuviesen por ello pesadumbre, porque dispuesta estaba, aunque le costase la vida, á confesar cualquiera de las verdades que enseña la Iglesia; y si acaso algún desventurado osaba calumniarla, el Señor miraría por ella, para salir de todos modos con ganancia.

Dejamos dicho que al ser consultado el P. Ibáñez acerca de la fundación del monasterio, nada le dijeron las heroínas de tal empresa acerca de las revelaciones que para ello habian mediado. Pues, como conociese la Santa las buenas partes de este religioso, y que con sus letras y prudencia podía ayudarla mucho, manifestóle abiertamente su espíritu con la sinceridad y llaneza acostumbradas. Quedó el P. Dominicó tan edificado al oír las misericordias del Señor para con su Sierva, que viendo no podía ésta entender en el negocio del nuevo convento, por no ir contra la obediencia, él mismo tomó á su cuenta el recabar de Roma las licencias necesarias para la fundación proyectada. Mientras el Padre Ibáñez, de acuerdo con Doña Guiomar, daba trazas, permanecía la Santa en silencio, sin hablar palabra sobre el asunto. Trascurrieron cinco ó seis meses, y en todo este tiempo ningún nuevo aviso recibió de Dios para que prosiguiese con el intento. El confesor de la

Santa íbala mucho á la mano, y contra su propio parecer, teníala demasiado coartada. Ella, como no sabía cuál era la causa de aquella manera de proceder de su director, andaba con grande aflicción, pareciéndole que el P. Baltasar no la creía. Dijole el Señor: *que no se fatigase, que presto se acabaría aquella pena.* Alegróse la Santa sobremanera, imaginando que la muerte vendría luego á poner fin á sus trabajos. Al poco tiempo mudaron al Rector de la Compañía del colegio de Ávila, el cual no debía de tener mucha seguridad del buen espíritu de nuestra Madre, y por eso no dejaba obrar á su confesor con la libertad que era menester en tales circunstancias. Con la venida del nuevo Rector, el Padre Gaspar de Salazar, comprendió Teresa las palabras del Señor, porque así que aquél tuvo conocimiento del camino por donde Dios la llevaba, dió más libertad al P. Baltasar, encargándole la consolara, y no la apretara demasiado. Fuéla después á visitar dicho P. Rector, con quien debajo de confesión trató la Santa el negocio de su alma, sintiendo gozo inexplicable de ver que entendía perfectamente su espíritu, y que la sabía dirigir con pasos acertados por el camino de la perfección.





CAPÍTULO XIV.

Da el confesor licencia á Teresa para que de nuevo entienda en la fundación.—Providencial socorro que le vino para la obra por mediación de S. José.—Favorécenla con su visita Santa Clara, y la Virgen Santísima.—Repréndela agriamente un predicador.—Vuelve el Señor la vida á un sobrineto de la Santa.

PUDIENDO ya obrar la Santa con más desembarazo, por tener de su parte al Rector de la Compañía, plugo al Señor hablar de nuevo á su Sierva acerca de la fundación, instándola á que tornase á entender en ella. Dióle muchas razones para el confesor y el P. Gaspar, á fin de que nó lo estorbasen, antes por el contrario ayudaran en cuanto les fuera posible. Y para sacar de una vez de perplejidades al Padre Baltasar, dióle la Santa de parte de Dios un billete con encargo de que meditase en las palabras que en él iban escritas, y eran las siguientes: *Quam magnificata sunt opera tua Domine; nimis profundæ sunt cogitationes tuæ*: Cuán grandiosas son, Señor, vuestras obras;

profundísimos son vuestros pensamientos. Tomando por materia de la meditación dichas palabras, que son del Salmo 91, púsose á reflexionar sobre ellas el P. Baltasar, y dióle Dios á entender que por medio de una mujer quería mostrar sus maravillas. Convencido entonces de que la empresa de Teresa era obra del Altísimo, le dijo que tratase de la fundación del monasterio, y se diese prisa á acabarla de la manera que su Majestad le ayudara.

Para proceder con cautela, y evitar alboroto y gritería así de parte de la ciudad, como de la Encarnación, tomó la Santa la prudente medida de hacer venir de Alba á su cuñado Juan Ovalle, marido de Doña Juana de Ahumada, y dióle encargo de comprar, como si fuera cosa propia, la casa puesta antes en contrato. Para alejar sospechas, también dispuso que viniera Doña Juana, aparentando que querían vivir de asiento en Ávila. Con estas precauciones el 10 de Agosto de 1561 se tomó posesión de la casa, y dióse principio á las obras del monasterio. Adelantándose los trabajos, está claro que se había de entender llevaba el edificio trazas de convento. Para obviar inconvenientes, púsose Doña Guiomar al frente de todo, bien que la Santa era quien á espaldas de esta piadosa señora activaba la fundación. Para ello salía con la debida licencia de la Encarnación con pretexto de ver á Doña Juana, é indicaba la forma que había de tener el monasterio. Muchos fueron los trabajos que padeció para ver de allegar recursos con que se continuase la obra; porque aunque Doña Guiomar ayudaba con cuanto podía, mas podía poco, y ella era la que había de soportar la pesada carga del negocio. Algunas veces vióse en tanto aprieto, que volviéndose afligida al Señor le decía: *Pero, Dios mío, ¿cómo me mandáis cosas que parecen imposibles, siendo mujer, y sin libertad, ni dineros, ni de donde los te-*

ner? ¿Qué puedo yo hacer, Señor? Mirando después á que su Majestad así lo quería, cobraba ánimo, y se resignaba.

Muy apurada en una ocasión, porque había de concertar á ciertos oficiales, y no tenía con qué, apareciósele el glorioso S. José, y le dijo que no dejase de ajustar la obra, pues no faltaría. Hizolo así la confiadísima Santa, á pesar de no tener blanca, ni quien por entonces le prestase la cantidad necesaria. Estando en este aprieto, vino de su hermano Lorenzo de Cepeda socorro bastante para acudir á la necesidad que tanto urgía. Las que estaban en el secreto tuvieronlo por milagro, y más luego que supieron que, teniendo D. Lorenzo determinado enviar cierta cantidad, había añadido cuarenta duros, precisamente los necesarios para salir del paso. De esto, y de las trazas que daba la Santa para la fundación, encuéntranse preciosas noticias en carta escrita por la misma á su hermano D. Lorenzo. «Y creo, le dice, que fué movimiento de Dios el que vuestra merced ha tenido para enviarme tantos (dineros); porque para una monjuela como yo, que ya tengo por honra, gloria á Dios, andar remendada, bastaban los que habían traído Juan Pedro y Varona (creo se llama el otro mercader) para salir de necesidad por algunos años. Mas como ya tengo escrito á vuestra merced bien largo, por muchas razones y causas, de que yo no he podido huir, por ser inspiraciones de Dios, de suerte que no son para carta, solo digo que á personas santas y letrados les parece estoy obligada á no ser cobarde, sino poner lo que pudiere en esta obra, que es hacer un monasterio, en donde ha de haber solas trece, sin poder crecer el número, con grandísimo encarecimiento ansí de nunca salir, como de no ver sino con velo delante del rostro, fundadas en oración y mortificación, como á vuestra merced tengo

largo escrito, y escribiré con Antonio Morán, cuando se vaya.

Favoréceme esta señora doña Guiomar que escribe á vuestra merced. Ha más de cuatro años que tenemos más estrecha amistad que puedo tener con una hermana; y aunque me ayuda, porque da mucha parte de la renta, por ahora está sin dinero; y cuanto á hacer y comprar la casa, hágolo yo con el favor de Dios. Hanme dado dos dotes antes que sea, y téngola comprada, aunque secretamente; y para labrar cosas, que había menester, yo no tenía remedio. Viene su Majestad, y mueve á vuesa merced para que lo provea. Y lo que más me ha espantado es, que los cuarenta pesos, que añadió vuesa merced, me hacían grandísima falta; y San José (que ha de llamarse así) creo hizo no la hubiese; y sé que lo pagará á vuesa merced. En fin aunque es pobre y chica, mas lindas vistas y campo tiene. Han ido por las bulas á Roma, porque aunque es de mi misma Orden, damos la obediencia al obispo. Espero en el Señor será para mucha gloria suya..... Yo me hallo en casa de la señora Doña Guiomar en todos estos negocios, que me ha cosolado, por estar más con los que me dicen de vuestra merced. Y digo más á mi placer, porque salió una hija de esta señora, que es monja en nuestra casa, y mandóme el Provincial venir por compañera, á donde me hallo harto con más libertad para todo lo que quiero, que en casa de mi hermana. Es á donde hay todo trato de Dios y mucho recogimiento. Estaré hasta que me mande otra casa, aunque para tratar en el negocio dicho, está mejor estar por acá» (1).

Fijándose Teresa en lo reducido de la casa, pensó si sería demasiado pequeña para monasterio, y deseara

(1) Cart. I.

comprar otra contigua; pero ni había fondos, ni manera de salir con ello. En acabando de comulgar un día, dijole el Señor: *Ya te he dicho que entres como pudieres*, y luego á manera de reprensión añadió: *¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensa que le ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener á donde me meter?* Causaron dichas palabras grande impresión en el ánimo de la Santa, y desistiendo de su empeño, fué á la casita, y trazándola como pudo, halló que, aunque reducidas, podían salir de ella las principales piezas para el monasterio. Procuró además que en toda la fábrica de la obra resplandeciese la santa pobreza, pues tenía presente que nuestro Divino Redentor solo había tenido para morir corona de espinas, duros clavos y afrentosa cruz.

En el año de 1561 tuvo nuestra Madre dos visiones celestiales. En una de ellas se le apareció Santa Clara en su día, que es el 12 de Agosto, y animóla á que siguiese adelante en lo comenzado, que ella la ayudaría. La otra visión fué aún más significativa. Estando el día de la Asunción de nuestra Señora oyendo misa en el convento de Santo Tomás, comenzó á pensar en los pecados que allí en otro tiempo había confesado. De presto vínole un arrobamiento tan grande, que estuvo á punto de quedar fuera de sí. Embebida en el gozo que aquella merced le causaba, ni pudo darse cuenta de cuándo, ni cómo se acabó la misa que oía. Parecióle que la Virgen, puesta del lado derecho, y San José del izquierdo, le vestían una ropa blanca, dándole á entender que estaba ya limpia de pecado. Quizá entonces quedaría confirmada en gracia, pues tal hace presumir la altísima perfección que alcanzó en todo lo demás de su vida. Acabada de vestir, tomóla nuestra Señora de la mano, y dijole entre otras cosas, ser muy de su agrado el servicio que hacía á San José, y que tuviese por

cierto que se haría lo del monasterio, y en él se servirían mucho el Señor y ellos dos. En señal de que esto se ha de cumplir, te doy, añadió la Virgen, esta joya, y al mismo tiempo pareció le echaba al cuello un collar de oro muy hermoso, del cual colgaba una cruz de mucho valor. «Este oro y piedras, dice la Santa, es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar. Que no alcanza el entendimiento á entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco que quiere el Señor que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, á manera de decir. Era grandísima la hermosura que ví en nuestra Señora, aunque por figuras, no determinaré ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no ví tan claro, aunque bien ví que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven (1). Parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento (más á mi parecer que nunca le había tenido, y nunca quisiérame quitarme dél) parecióme que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles. Yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada y recogida en oración, y enternecida, que estuve algún espacio, que menearme ni hablar no podía; sino casi fuera de mí» (2).

En este tiempo que la Santa andaba con Doña Juana, atendiendo á las obras del monasterio, aconteció que yendo ambas un día á oír el sermón en la parroquia de Santo Tomé, comenzó el predicador á tratar de

(1) Dice que no se ven, porque siendo puramente intelectuales, y no imaginarias, no se representa en ellas ninguna forma corporal determinada.

(2) Vid. c. XXXIII. n. 9.

revelaciones y visiones tan á deshora y sin concierto, que no parece sino que el mismo demonio le inspiraba. Habíase divulgado en la ciudad alguna cosa de las extraordinarias mercedes que el Señor hacía á su Sierva, y quiso, sin duda, el desatinado predicador darle una especie de reprensión pública, y sacarle los colores á la cara. Tan claro se expresó, que solo faltó que, apuntando con el dedo, dijese: ahí está la monja Teresa á quien va dirigido cuanto digo. Reprendiala tañ al descubierto, y con palabras tan pesadas, que la buena Doña Juana estaba corridísima, y no veía la hora de dejar la iglesia para decir á su hermana que se fuese presto á la Encarnación á fin de evitar semejantes compromisos. Muy al contrario la Santa, que con los deseos que tenía de padecer algo por amor de Dios, así escuchaba al indiscreto predicador, cual si le dirigiera las mayores gracias; y gozábase en ello mucho más sin comparación, que los hombres vanos, cuando les tributan inmerecidas lisonjas y alabanzas.

Un caso extraordinario, digno de toda admiración, y que muestra bien á las claras la grande amistad que Teresa tenía con Dios, fué el que tuvo lugar mientras se fabricaba el nuevo monasterio. Aconteció que enredando por donde se hacían las obras un niño de Doña Juana, llamado Gonzalo, de edad de cinco años, dió la desgracia que se desplomó un gran trozo de pared, cogiéndole debajo, y dejándole yerto y sin señal alguna de vida. Compréndese el sentimiento que se apoderaría de todos al tener noticia de lo ocurrido. Avisaron inmediatamente á la Santa, y viniendo con Doña Guiomar al lugar donde estaba el niño, que ya daban por muerto, tomóle ésta en sus brazos, y poniéndole en los de la tía, dijo: *Mire lo que ha sacado su hermana de esta obra, y cuán lastimados volverán á su casa de Alba sin su hijo y consuelo; alcance de Dios que le*

dé vida. Á este tiempo Doña Juana, que se encontraba en una pieza inmediata en compañía de una señora que intentaba distraerla, notó el alboroto, y vino gritando por su hijo. Teniale Teresa atravesado sobre las rodillas, y oyendo los desconsoladores lamentos de la madre, y los gemidos de los demás, pidió por Dios que callasen.

Cubrióse con el velo, y, puesta su cabeza junta con la del niño, clamaba de lo íntimo del corazón al Señor con mucho fervor y confianza. Para hacerle más fuerza, poniale delante los males que se seguirían de aquella desgracia. Dios oyó las fervientes súplicas de su humilde Sierva, y comunicando á la exánime criatura nueva vida, comenzó ésta, cual si despertara de profundo sueño, á extender sus manecitas por la cara de su tía, como queriéndose regalar con ella. Viendo la Santa que Gonzalito daba señales inequívocas de vida, entregósele gozosa á la madre diciendo: *Tome ahí su hijo vivo y sano; que ya estaba tan acongojada por él.* Y fué verdad que estaba sano, porque al poco rato comenzó á correr por la pieza, y volviéndose para la tía, haciale mil inocentes caricias.

En llegando Gonzalo á tener más edad, solía decir á la Santa, que estaba obligada á alcanzar del Señor le llevara al cielo, porque allí estuviera, si por sus oraciones no le hubiera vuelto la vida, cuando la caída de la pared. Murió al cabo joven de veinte y ocho años de edad, y tres después del dichoso tránsito de Santa Teresa, con tan ciertas señales de salvación, que bien se echaba de ver lo mucho que por él se interesaba su tía en el cielo.

Rabioso andaba el demonio viendo que por ningún cabo podía impedir el que la Santa saliese con su empresa. Dióle Dios licencia para que probará la fidelidad y constancia de su Sierva, y una noche echó el maldito

· VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESÚS ·



Resucita su sobrino Gonzalo

por tierra una de las paredes del monasterio en obra, y que los oficiales habían trabajado á conciencia. Cuando Juan de Ovalle vió la pared en tierra, enojóse con aquellos por juzgarla mal construida, y quisiera obligarles á que la levantasen á su costa. Súpolo la Santa, y llamando á su hermana, le dijo: *Diga á D. Juan, que no porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa; porque muchos demonios, permitiéndolo Dios así, se juntaron para derribar la pared; que calle, y vuelva á darles otro tanto para que de nuevo la levanten.* Para ver de allegar el dinero necesario, escribió Doña Guiomar á su madre que se hallaba en Toro, pidiéndole treinta ducados de parte de la Santa, con fundados temores de que no los daría. Pasados dos ó tres días dijo Teresa á su amiga: *Hermana, alégrese, que los treinta ducados son ciertos, y ya están contados, y en poder del hombre que enviamos por ellos; y para más señal, en la cuadra baja se los entregaron.* Venido el mensajero, averiguaron ser verdad cuanto la Santa había dicho.

Ningún miedo tenía la Santa á esta saña del demonio, bien segura de que nada podrían hacer sin permitirselo Dios, el cual, si algún mal consentía, sería sin duda para sacar de él mayor provecho y ganancia. Harto más cuidado le daba el que, tanto en la Encarnación como en la ciudad, habíase comenzado á divulgar el secreto y traças de la fundación, y era de temer que en llegando el rumor á oídos del Provincial, la mandara no entender por ninguna vía en el negocio; en el cual caso era todo deshecho, porque estaba determinada á no salir en un punto de lo que ordenase la obediencia.

Para este tiempo ya se había acudido á Roma por el breve, en el cual, por indicación del mismo Dios, que así dijo convenir entonces, vendría la obediencia dada al Obispo de Ávila. Era, pues, convenientísimo

en tales circunstancias que Teresa se ausentase de la ciudad, y quedara el negocio de la fundación como muerto, á fin de sofocar siniestros rumores. El Señor que velaba por su obra, dispuso las cosas con la oportunidad que se dirá en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XV.

Parte la Santa de Avila á Toledo con el fin de consolar á Doña Luisa de la Cerda.—Hace mucho provecho en casa de dicha señora con su edificante conversación y buen ejemplo.—Alcanza con sus oraciones el mejoramiento de una persona religiosa.—Visítala María de Jesús, y determinase á fundar sin renta.—Sale de Toledo por mandado del Señor, y llega á Avila en ocasión oportuna.

HALLÁNDOSE la fundación en las condiciones que hemos dicho, ocurrió la muerte de Don Arias Pardo, caballero principal de Castilla, y marido de Doña Luisa de la Cerda. Con la muerte de su esposo quedó tan desconsolada dicha señora, que llegó á temerse mucho por su salud, y hasta por su vida. Buscaba maneras de mitigar la pena que le causaba la buena memoria de su amado esposo, y, como tuviese noticia de las dotes especiales que adornaban á Teresa, se figuró que gozando de su compañía, habría encontrado remedio para el mal que

desgarraba su affligido corazón. Acudió al Provincial pidiéndole con todo encarecimiento enviara á la Santa á Toledo, donde ella estaba. El P. Salazar, compadecido de la triste situación de Doña Luisa, y considerando conveniente acceder á los deseos de señora tan principal, escribió á Teresa visperas de Navidad del 1561, mandándola que tomase una compañera, y fuese á Toledo, con el objeto ya indicado de consolar á la piadosa viuda. Sabida la noticia por los que andaban en el negocio de la fundación; turbáronse mucho, y la Santa no dejó de afligirse en los primeros momentos, juzgando ser aquello traza del demonio para impedir la obra del monasterio. Acudió en queja amorosa al Señor, y estando en maitines pidiendo luz y acierto para seguir lo que convenía hacer, vino de pronto un grande arrobamiento, y en él dióle su Majestad á entender, que no dejase de ir á donde el Prelado ordenaba, y que no escuchara en esto pareceres, porque pocos la aconsejarían sin temeridad; que para el negocio del monasterio convenía ausentarse hasta ser venido el Breve, pues el demonio tenía armada gran trama á la venida del Provincial; que no temiese nada, porque él la ayudaría á donde quiera que fuese.

Alentada con esta promesa, ya no titubeó en salir de la Encarnación, por más que algunos le aconsejaban escribiese al superior le levantase el mandamiento, ó al menos se detuviese en Ávila por algún tiempo. El P. Salazar, Rector de la Compañía con quien comunicó el caso, y á quien la Santa daba mucho crédito, dijo que en manera alguna dejase de ir, y á principio del 1562 partióse para Toledo acompañada de su cuñado D. Juan de Ovalle. Consolóse en extremo Doña Luisa con la llegada de la Santa, y quiso Dios que, á poco de estar en su compañía la huésped Carmelita, experimentase notabilísimo alivio. Agradecida la buena seño-

ra, cobróla tiernísimo afecto, y esmerábase cuanto podía en regalarla. Cierto que el ser tratada con tanto regalo era no pequeña cruz para quien aborrecía contento de carne, y eso mismo la hacía andar con más cuidado del alma. Aquí es donde conoció Teresa lo que es el mundo, y los trabajos que, mal que les pese, han de tener los grandes señores. «Saqué, dice, una ganancia muy grande, y decíasele (á Doña Luisa.) Ví que era mujer, y tan sujeta á pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío; y cómo, mientras es mayor, tiene más cuidados y trabajos; y un cuidado de tener la compostura conforme á su estado, que no las deja vivir. Comer sin tiempo ni concierto, porque ha de andar todo conforme al estado, y no las complexiones; han de comer muchas veces los manjares, más conforme á su estado, que no á su gusto. Es así que del todo aborrecí el ser señora. Dios me libre de mala compostura; aunque ésta con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes, y de mucha llaneza. Yo la había lástima, y se la he, de ver como va muchas veces no conforme á su inclinación, por cumplir con su estado..... Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores á las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas» (1).

Pues como la Santa tuviese ya al mundo debajo de los piés, y ninguna cosa influían en ella los respetos humanos, que son la causa de que tantas obras buenas queden ahogadas en el corazón de muchas almas cobardes, procedía con toda libertad de espíritu, aconsejando lo bueno, y afeando lo que juzgaba digno de reprobación. Sustentaba de continuo pláticas espirituales; y hablaba en ellas con tal eficacia, que pronto se

(1) Vid. c. XXXIV. n. 2 y 3.

echó de ver el fruto de sus discretas insinuaciones. En toda la casa se advirtió notable mudanza; y así dueños como criados, comenzaron á confesar y comulgar con más frecuencia. Distribuíanse con mano larga las limosnas, y no escaseaban otras obras buenas. Cierta doncella que allí se criaba, movida del buen ejemplo de Teresa, y convencida de la vanidad de las cosas de la tierra, dióse á la oración con tanto provecho de su alma, que, renunciándolo todo, vino á ser más tarde carmelita descalza. Teníanla los familiares de Doña Luisa mucho respeto y veneración, y, sabiendo que el Señor le hacía mercedes extraordinarias, sorprendíanla acechando por los resquicios de la puerta del aposento. Desde allí la observaban engolfada en altísima contemplación, gozando de las celestiales delicias. Y cuando la veían después tratar con la gente del mundo, cual si fuera una mujer ordinaria, sin que en ella se advirtiese más de extraordinario que el brillo de sus virtudes, no se hartaban de admirar su profunda humildad.

Estando la Santa en Toledo, acertó á ir allá un religioso, (1) persona muy principal, y con quien ella había tratado en otro tiempo de las cosas del alma. Háblóle en confesión de lo que solía, y aunque siempre le había tenido por sujeto de grande entendimiento, entonces parecióle más avisado que nunca. Consideró que, si ayudado de los grandes talentos que tenía se daba del todo á Dios, podría en breve hacer grandes progresos en el camino de la perfección. Notábase de especial en Teresa que no trataba persona que mucho le contentase, á la cual no deseara ver muy aprovechada en la virtud, y esto con unas ansias, que no se po-

(1) Según el P. Yepes, tal religioso fué el P. F. Vicente Barrón, Dominicó. Otros juzgan, acaso con más probabilidad, fuera Fr. García de Toledo, de los Condes de Oropesa, y también de la Orden de Santo Domingo.

día valer. A fin de conseguirlo importunaba de continuo á su Majestad, como lo hizo en la presente ocasión, retirándose á orar por el dicho religioso. Con la libertad y confianza de hija amada atrevióse á decir: *Señor, no me habéis de negar esta merced; mira que es bueno este sujeto para nuestro amigo.* «Acuérdome, refiere la Santa, que me dió en aquellas horas de oración aquella noche un afligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios, y como no podía yo saber si estaba en gracia ó no; no para que yo lo desease saber; más deseábame morir, por no me ver en vida, adonde no estaba segura si estaba muerta, porque no podía haber muerte más recia para mí, que pensar si tenía ofendido á Dios, y apretábame esta pena; suplicábale no lo primitiese, toda regalada y derretida en lágrimas. Entonces entendí, que bien me podía consolar y confiar que estaba en gracia de Dios, y hacer su Majestad aquellas mercedes, y sentimientos que daba á el alma, que no se compadecía hacerse á alma, que estuviese en pecado mortal. Quedé confiada que había de hacer el Señor lo que le suplicaba de esta persona» (1).

Mandóla después su Majestad dijese á la persona por quien se interesaba ciertas palabras, sin saber ella á que fin iban enderezadas. Tuvo reparo al principio en decírselas, ignorando cómo las tomaría, y si se burlaría de ellas. Al fin venció á la vergüenza, y habiéndoselas comunicado por escrito, vióse claro ser cosa de Dios, por los efectos maravillosos, y grandísimo provecho que en aquella alma causaron tales palabras. Dando testimonio la Santa de mudanza tan saludable, dícenos lo siguiente: «Estaba yo una vez con él en un locutorio, y era tanto el amor que mi alma y espíritu entendía que ardía en el suyo, que me tenía á mí casi

(1) Vid. c. XXXIV, n. 6.

absorta; porque consideraba las grandezas de Dios, en cuan poco tiempo había subido un alma á tan grande estado..... Estando yo en grandísimo gozo mirando aquel alma, que me parece quería el Señor viese claro los tesoros que había puesto en ella, y viendo la merced que me había hecho en que fuese por medio mio, hallándome indina de ella, en mucho más tenía yo las mercedes que el Señor le había hecho, y más á mi cuenta las tomaba, que si fuera á mí; y alababa mucho á el Señor, de ver que su Majestad iba cumpliendo mis deseos, y había oido mi oración, que era despertase el Señor personas semejantes. Estando ya mi alma, que no podía sufrir en si tanto gozo, salió de sí, y perdióse para más ganar; perdió las consideraciones, y de oír aquella lengua divina, en que parece hablaba el Espíritu Santo, dióme un gran arrobamiento, que me hizo casi perder el sentido, aunque duró poco tiempo. Ví á Cristo con grandísima majestad y gloria, mostrando gran contento de lo que allí pasaba; y así me lo dijo; y quiso que viese claro, que á semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar en Él» (1).

En el mismo año y mes que á Teresa, había el Señor movido á otra religiosa de la Orden á fundar un monasterio, donde se guardase con todo rigor la regla primitiva. Llamábase María de Jesús, mujer de mucha oración y penitencia. Entre otras mercedes recibidas en premio de su virtud y abnegación grandísimas, había merecido ser visitada de nuestra Señora, y que la mandara fundar el convento de la manera dicha. Como tuviese noticia de la Santa, fué á Toledo con el fin de hablarle, haciendo un viaje de más de setenta leguas, que para aquellos tiempos no era pequeña jornada,

(1) Vid. c. XXXIV, n. 7.

Comunicó con ella su pensamiento, y le mostró los despachos que para la fundación tenía. Le dijo que para haberlos de conseguir había vendido cuanto poseía, é idose á Roma á pié y descalza.

De esta beata supo nuestra Santa como la primitiva regla del Carmelo ordenaba que los monasterios fuesen de pobreza. Era esto sin duda lo más perfecto, y por lo mismo más del agrado de la celosa Fundadora; pero como el vivir de limosna habianlo de abrazar no solo ella, sino otras muchas, vacilaba pensando los inconvenientes que podía ocasionar la falta de renta, como lo veía en algunos conventos pobres, no muy recogidos. Los letrados y confesores con quienes consultó el negocio le decian ser desatino el querer fundar sin renta, y el P. Ibáñez llegó á enviarle dos pliegos en donde con razones bien pensadas le demostraba lo mismo. Ella le respondió que, para no seguir su llamamiento, y el voto que tenía hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfección, no quería aprovecharse en el caso presente, ni de su teología, ni de sus letras. Para más confirmarse en su parecer la Santa, acertó á hospedarse en casa de Doña Luisa el santo Fr. Pedro de Alcántara, amantísimo de la pobreza, el cual, como sabía por experiencia las riquezas que había en ella, animóla á que en manera alguna dejase de llevar adelante el propósito de fundar sin renta. Y, por si acaso se levantara alguna duda, el mismo Jesucristo quiso hacerla saber que era voluntad de su Padre hiciese el monasterio de pobreza, y que Él ayudaría. Dijole otra vez muchas cosas en loor de la pobreza, y que en la renta estaba la confusión, asegurándola que no faltaría lo necesario para vivir á quien procurara servirle. Con esto quedó determinadísima á fundar sin renta, y tan confiada en que no le había de faltar, como si en realidad poseyera todas las riquezas del mundo. Hasta el

P. Ibáñez mudó de parecer y vino á ponerse más tarde de parte de nuestra Santa.

Al cabo de medio año que Teresa llevaba en casa de Doña Luisa, el P. Provincial le alzó el mandamiento de obediencia que le había puesto, para que fuese allá, y dejó á su voluntad el retirarse inmediatamente al monasterio, ó el continuar en Toledo por algunos días. Acercábase el tiempo en que las monjas de la Encarnación habían de elegir priora, y avisaron á la Santa que muchas deseaban recayese en ella dicho cargo, cosa que aborrecia en tanto extremo, que cualquier martirio por Dios padeciera, antes que admitir el nombramiento de prelada. Escribió á sus amigas para que no le diesen el voto, y alegróse infinito de no hallarse presente al ruido y desasosiego que suelen traer consigo las elecciones. Determinada á permanecer en Toledo por el tiempo que el superior la permitía, tuvo aviso de su Majestad para que en ninguna manera dejase de ir á la Encarnación; que pues anhelaba padecer por su amor; buena cruz le aguardaba en Ávila; que no la rehusara, y que fuese luego y con ánimo, porque él la ayudaría. Fatigóse mucho la humildísima Santa, y no hacía sino llorar, creyendo que la cruz anunciada consistiría en tomar sobre sí el cargo de prelada. No podía persuadirse á que esto estuviera bien á su alma. Dió de todo noticia al confesor, el cual también la animó á que saliese de Toledo, bien que le dijo podía dilatar el viaje hasta el tiempo de la elección. El espíritu de Teresa no reposaba, ni hallaba gusto en la oración, y érale tormento grandísimo cada vez que se acordaba de las palabras del Señor, por parecerle que no seguía lo más perfecto. Viéndola así el confesor, no quiso se detuviera por más tiempo, y Teresa anunció á Doña Luisa era llegado el momento de su partida. Despidióse de la piadosa señora, quedando para siempre muy amigas, y ésta

tan edificada de sus virtudes, que más adelante fué parte para que se fundase el Monasterio de Malagón.

Venía la Santa por el camino muy contenta, llevando con paciencia las fatigas del viaje, que por hacerle en verano no podía menos de ser molesto en extremo, determinadísima á cargar con la cruz que el Señor le tuviese deparada. La misma noche de llegar á Ávila, recibióse el Breve de Roma; donde se concedía licencia para la fundación de la manera que estaba pedida. Dicha coincidencia hizo conocer porqué el Señor había instado tanto para que la Santa saliese luego de Toledo. «Importó tanto, dice la misma, el no me tardar un día más, para lo que tocaba á el negocio de esta bendita casa, que yo no sé cómo pudiera concluirse, si entonces me detuviera ¡Oh grandeza de Dios! muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuan particularmente quería su Majestad ayudarme, para que se efectuase este rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita.» Convenía que llegado el Breve se pusiese presto en ejecución, de suerte que antes fuera hecho que sentido. El Ilmo. D. Álvaro de Mendoza, que no acostumbraba á residir en Ávila, hallábase á la sazón en la ciudad, y de él pudo alcanzar el bendito Fr. Pedro de Alcántara, no sin gran dificultad, el que admitiese la obediencia del monasterio de S. José, fundado en pobreza. En tales circunstancias solo faltaba que la Madre Teresa se viese fuera de la Encarnación, y ni á esta necesidad dejó de atender la Divina Providencia. Cayó enfermo D. Juan de Ovalle, precisamente en ocasión de encontrarse ausente Doña Juana, y para asistirle hubo de salir Teresa con la debida licencia. «Fué cosa para espantar, dice la Santa, que no estuvo más malo de lo que fué menester para el negocio, y en siendo menester tuviese salud, para que yo me desocupase, y él

dejase desembarazada la casa, se la dió luego el Señor, que él estaba maravillado. Pasé harto trabajo en procurar con unos y con otros que se admitiese, y con el enfermo y con oficiales, para que se acabase la casa á mucha prisa, para que tuviese forma de monasterio; que faltaba mucho de acabarse; y mi compañera no estaba aquí, que nos pareció era mejor estar ausente, para más disimular, y yo vía que iba el todo en la brevedad por muchas causas; y la una era, porque cada hora temía me habían de mandar ir. Fueron tantas las cosas de trabajos que tuve, que me hizo pensar si era esta la cruz; aunque todavía me parecía era poco para la gran cruz, que yo había entendido de el Señor, había de pasar» (1).

(1) Vid. c. XXXVI, n. 2.





CAPÍTULO XVI.

Terrible tentación que experimentó la Santa el mismo día de la primera misa.—Alborótanse las monjas de la Encarnación, y envía la Prelada un mandamiento para que se presente Teresa.—Grandísima contradicción que se levantó contra el nuevo monasterio de parte de la ciudad.—Cómo se fué apaciguando.—Alcanza nuestra Madre licencia del Provincial para salir de la Encarnación, y entra triunfante en su caro monasterio de S. Jose.

DISPUESTA ya la casa en forma de monasterio en cuanto á lo material del edificio, era preciso fijarse en las que habían de dar comienzo al edificio espiritual de la Reforma Carmelitana. El Señor deparó á la Santa cuatro doncellas, que si eran pobres de bienes temporales, abundaban en los espirituales, y tenían además la ventaja de estar adornadas de buenos talentos. Antonia de Henao, María de la Paz, Úrsula de los Santos y María de Ávila, fueron las escogidas para lucir con sus esclarecidas virtudes en aquel nuevo firmamento de la Descalcez Carmelitana.

Llegado el 24 de Agosto, día de San Bartolomé del 1562, dijo la primera misa el M. Daza, y por comisión del Obispo, dió el hábito á las cuatro dichas doncellas, que tan ardentemente lo deseaban, quedando con esto inaugurado el monasterio de S. José de Ávila.

El regocijo y alegría que inundó el corazón de Teresa no es dado expresarlo con palabras. Veía ya cumplidas las promesas de Cristo, cuatro huérfanas remediadas, confundido al demonio, restablecida la primitiva observancia, y con esperanzas fundadísimas de que en aquella pobre casa había de ser Dios muy amado y servido. Puesta delante del Santísimo Sacramento, derretíase en lágrimas de ternura y amor, y la lengua no encontraba palabras con que mostrar su agradecimiento, por haberla tomado, aunque indigna, por instrumento de obra tan grandiosa.

Cuando más gozosa se encontraba la Santa de ver ya acabado el monasterio, objeto de sus continuos desvelos, permitió el Señor experimentase una de las mayores tormentas interiores que había tenido hasta entonces. En un instante pareció ocultarse la luz divina que alumbraba el clarísimo entendimiento de Teresa, quedando sumergido en profundas y tristes tinieblas. Viéndola así el astuto enemigo, acudió con sus enredos á fin de desconcertarla. Púsole delante como todo lo hecho iba contra obediencia, y por tanto que no podía ser del agrado de Dios. Pintóle, además, con vivos colores, la estrechura de la regla y rigor de la observancia, á que pretendía sujetar á las monjas, lo cual vendría sin duda á ser causa de descontento y acaso la ruina de sus almas. Trájole al pensamiento las quejas que se levantarían si, por vivir de limosna, les llegaba á faltar el sustento; y todo por meterse temeraria en conocidos peligros, pudiendo estar tranquila en la Encarnación. «Cosas de esta hechura juntas, dice

la Santa, me ponía delante, que no era en mi mano pensar en otra cosa; y con esto una aflicción y escuridad y tinieblas en el alma que yo no lo sé encarecer. De que me ví así, fuíme á ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme á él no podía; pareceme estaba con una congoja, como quien está en agonía de muerte.

¡Oh váleme Dios, y qué vida tan miserable! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza. Había tan poquito que no me parece trocara mi contento con ninguna cosa de la tierra, y la misma causa de él me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de mí. ¡Oh si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida! cada uno vería por experiencia en lo poco que se ha de tener contento ni descontento de ella» (1).

Postrada nuestra madre delante del Santísimo Sacramento, remedio en todas sus aflicciones, desconsoladísima y casi sin fuerzas de espíritu para encomendarse á él, pidióle acudiese misericordioso á sacarla de tanta miseria. Nunca el Señor abandona á sus fieles servidores, ni permite sean tentados más de lo que conviene para sus altos fines. La luz de la gracia oculta cual sol tras negra, pero fugitiva nube, reapareció con nuevo brillo, iluminando el entendimiento de Teresa, la cual conoció claro haber sido todo engaño y trazas del demonio, envidioso de su bien.

No era esto lo más pesado de la cruz que aguardaba á la Santa. Restábale aun harto que padecer, y había de pasar tragos bien amargos. Como el negocio de la fundación habíase llevado á cabo con todo el disimulo y secreto posibles, ignorábase en la Encarnación lo que Teresa tenía pensado realizar en este día de S. Barto-

(1) Vid. c. XXXVI,

lomé. Si algo se sabía, era solo de sospechas; mas luego que la cosa se hizo pública, y las monjas tuvieron conocimiento del hecho, armóse tal alboroto en dicha casa, que la Prelada envióle inmediatamente un mandamiento para que á la hora se presentase en su propio monasterio. Aconteció lo dicho después de comer, á tiempo que la fatigada Madre pensaba tomar algún descanso; porque ni en la noche pasada, ni en otras anteriores había reposado. Obedientísima como siempre, no bien hubo recibido el mandato de la Prelada, cuando determinó salir de donde estaba, no obstante la honda pena que había de causar su repentina ausencia en las cuatro novicias. Dirigió fervorosa súplica al Señor para que le diese ánimo en tan apurado lance, y encomendándose con todas veras á la Virgen Santísima, y al glorioso S. José, á quien ofreció los trabajos que la esperaban, despidióse de las primicias de la Descalcez, las cuales, al ver se les iba su maestra y guía, quedaban hechas un mar de lágrimas. Presentóse en la Encarnación resignada á padecer, y teniendo casi por cierto la habrían de poner en la cárcel, lo cual hubiera agradecido en extremo, por gozar de la soledad que anhelaba, y descansar al mismo tiempo del molimiento y fastidio de tanto tratar con gentes. Venida á presencia de la Priora, hubo de dar descargo de su modo de proceder, con lo que aplacadas algún tanto las monjas, aunque no satisfechas, convinieron en llamar al Provincial para que juzgase á Teresa, según la gravedad del caso pedía.

Vino en efecto el P. Salazar á la Encarnación, y haciendo comparecer á la Santa delante de todas las religiosas, acusáronla éstas de cuanto la creían culpada. Afirmaban unas que se metía á fundadora por que la tuviesen en algo, y fuese su nombre sonado; otras decían que no habiendo podido guardar cumplidamente la observancia de aquella casa, ni alcanzado la virtud que

en muchas resplandecía, era desatino manifiesto quererle obligar á más rigor. Hacíanla por fin cargos de que escandalizaba á la ciudad con sus atrevidas pretensiones, origen de disturbios y descontentos, añadiendo que tales novedades nunca podrían tener buen paradero. Á todo esto nada contestaba Teresa. Acordábase del juicio de Cristo en medio de los judíos que le calumniaban, y parecíale nada cuanto por amor de Dios padecía. Lejos de experimentar turbación y disgusto al escuchar las torcidas interpretaciones que daban á su modo de obrar, sentía tranquilidad completa, y gozo inexplicable, tanto, que hubo de hacerse fuerza para no manifestarlo en lo exterior. Acabada la acusación, echóla el Provincial terrible reprimenda, y la ordenó que diera descargo delante de sus hermanas. Hizolo con tal serenidad y acierto la inocente Madre, que ninguna halló por qué condenarla, aunque como ella no tenía intención de tomar en público su defensa, pidió á todas la perdonasen, y castigaran según merecía. Habló después al Prelado con más claridad acerca del asunto que había motivado aquella queja, y satisfecho éste del buen espíritu que la guiaba, prometió darle licencia para que se fuese á S. José, cuando estuviesen calmados los ánimos.

Aquietado ya el alboroto de la Encarnación, otro más terrible se fraguaba en la ciudad. Lo que aconteció en dicho día de San Bartolomé, compáralo Julián de Ávila, testigo de vista, á lo que tuvo lugar el Domingo de Ramos cuando la entrada triunfante del Salvador en Jerusalén. Al principio saliéronle á recibir con muestras de veneración, cantando himnos de júbilo y alegría; mas así que los fariseos dieron la voz de alerta, y con diabólicos engaños comenzaron á sembrar cizaña entre las gentes sencillas é ignorantes, bien pronto se vió abandonado de todos, sin tener adonde volver los

ojos. Cosa parecida vino á ser, salvo el intento de los que motivaron el hecho, lo que sucedió en Ávila en esta ocasión. En los primeros momentos que se tuvo noticia del nuevo monasterio fundado, todos daban gracias á Dios, porque se había dignado concederles una casa más, donde fuese su Majestad servido con toda perfección. Trascurrieron algunas horas, y la cosa varió completamente de aspecto. Levantáronse los principales de la ciudad, y comenzaron á ponderar los males sin cuento que de aquel reciente monasterio les podrían venir. El pueblo que con facilidad se deja llevar por donde las personas de autoridad pretenden, armó tal gritería y confusión contra el pobre convento de San José, que no parece sino que á cada cual le iba la vida en que luego viniese por tierra lo que poco antes bendecían y alababan. Viendo el Corregidor que casi toda la ciudad era contraria á dicha fundación, fué al monasterio, é intimó á las cuatro novicias que saliesen de allí por buenas, sino querían verse echadas por fuerza. Dióles el Señor ánimo más que de mujeres, y tuvieron valor para decirle, que no esperase habrían de abandonar aquella casa mientras no las sacase quien con buen acuerdo habialas allí puesto; que si quería quebrar las puertas y proceder por fuerza, mirase bien lo que hacía, y lo que por ello le podía venir.

Detúvose atemorizado el Corregidor, y juzgó más oportuno conseguir el intento por otras vías menos violentas y más prudentes. Acordó para el efecto convocar una junta muy solemne, compuesta de las personas más calificadas de Ávila. Acudieron á ella el Provisor y parte del cabildo, los regidores, la junta del común, y dos religiosos de los más letrados y caracterizados de cada convento. Reunidos en sesión, levantóse el Corregidor, algo picado sin duda de las discretas contestaciones de las novicias, y con toda la auto-

ridad de su cargo, después de exponer el objeto de aquella distinguida asamblea, encareció cuanto pudo los gravísimos inconvenientes que á la población ocasionaría el monasterio fundado de la noche á la mañana por una monja, harto amiga de novedades. Se propuso hacer ver que, habiendo en Ávila suficiente número de conventos, así de uno como de otro sexo, no solo era excusado el de S. José, sino que serviría de insoportable carga á la ciudad, por haber de mantener de limosna á las monjas que en él viviesen. Añadió, que si la fundación fuese con renta, aun no podría consentirse, porque los bienes que á este fin se destinasen era como quitárselos á los vecinos de la ciudad; cuanto menos queriendo fundar de pobreza.

Oido el parecer del Corregidor, fundado por cierto en razones bien terrenas, casi todos los miembros de la junta opinaron que debía deshacerse la obra de Teresa. Atestigua Julián de Ávila, que solo el Provisor y un religioso, que consta fué el P. Báñez, fueron de contrario parecer. Levantóse este célebre Dominico para contestar á las observaciones apasionadas del Corregidor, y con santa libertad habló de la manera siguiente: Temeridad parecerá que yo me oponga á la determinación de tantas y tan respetables personas; pero si en consultas libres como esta hase de seguir el dictamen de la conciencia propia antes que el de la ajena, no podré menos de decir lo que siento en favor del nuevo monasterio de S. José, no obstante lo expuesto por el dignísimo Corregidor. No veo en primer lugar, cómo de dicha fundación podrán originarse los inconvenientes que se temen, ni que el mantenimiento de cuatro pobres monjas haya de poner en tanto aprieto á la ciudad. Adviertan los presentes que en la población se mantienen muchos hombres y mujeres, que solo sirven al demonio con su mal vivir, y no es raro encontrar por

las calles holgazanes y vagamundos que dan mal ejemplo á los demás, á los cuales nadie se cuida de desterrar, y reconózcase la inconsecuencia de poner tanto empeño en destruir una casa de Dios, donde ha de vivir reducido número de mujeres en suma pobreza, dedicadas principalmente á la oración y penitencia. En segundo lugar quisiera tuvieran entendido, que este negocio más es de incumbencia del Obispo, que no de seglares, y á su prudencia toca juzgarlo. Consta que el monasterio se hizo con Breve especial de Roma; sabemos que tiene dada la obediencia al Prelado de la diócesis; no hay, pues, razón para que en el asunto háyanse de mezclar jueces seglares.

Este ingenuo y convincente razonamiento del Padre Báñez, aunque no contentó á todos, detuvo sin embargo el primer ímpetu, que era deshacer luego el monasterio. Poco satisfechos los individuos de la junta de la razones del P. Dominico, determinaron acudir en queja al Obispo, á fin de que haciéndole saber cuál era la voz común, accediera á sus pretensiones.

Veamos ahora qué pensaba y hacia nuestra Santa en medio de tan deshecha tempestad. Por medio de Julián de Ávila, que iba y venía á la Encarnación, era sabedora de todo cuanto se fraguaba en contra de su caro monasterio de S. José; y sí bien por lo que á ella hacía dábale todo poca pena, mas sentía en el alma que las cosas llegasen á tal extremo que fuera forzoso deshacerle, por el mucho crédito que perdían las personas que para fundarle habían ayudado y ayudaban. Estando con grande aflicción en estos días de la Junta, animóla el Señor diciendo: *¿No sabes que soy poderoso? ¿Qué temes?* Con estas breves palabras quedó la Santa tan consolada y cierta de que la fundación no había de fracasar, que cuando otros temían, y con razón, por la existencia del monasterio, escribía ella muy confiada á

Doña Guiomar, que se encontraba en Toro, para que le enviase unos misales y campanillas con destino á su casita de S. José. Mucho le aprovechó sin duda en estas circunstancias el recuerdo de cierta visión que tuvo estando en Toledo, y que ella cuenta así: «Vime, estando en oración, en un gran campo á solas, en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras que me tenían rodeada. Todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme; unas lanzas, otras espadas, otras dagas y otras estoques muy largos. En fin yo no podía salir por ninguna parte, sin que me pusiese á peligro de muerte, y sola, sin que hallase persona de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y ví á Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire) que tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera que yo no temía toda la otra gente, ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño. Parece sin fruto esta visión, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba; y poco después me ví casi en aquella batería, y conocí ser aquella visión un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á la triste alma» (1).

Dejamos dicho que los de la junta determinaron acudir al Obispo para el logro de sus deseos. Pensando después el Corregidor y los demás, que D. Álvaro estaba muy interesado en la fundación, y que por tanto no consentiría en que fuese deshecha, juzgaron por sí y ante sí, concluyendo que se había de suprimir el monasterio. Entonces el M. Daza protestó en nombre del Obispo, y apeló de la sentencia dada al Consejo Real, y he aquí entablado un reñido pleito. De parte

(1) Vid. c. XXXIX.

de la ciudad no faltó quién tomara la defensa en la córte, mas no así de parte del monasterio. Como el Corregidor y todos los principales de Ávila estaban en contra, no había quien se prestara á defenderle, fuera de que no contaba con los fondos necesarios para ello. No sabiendo qué hacer la Santa en este caso, fuése á su Majestad, y muy confiada le dijo: *Señor, esta casa de S. José no es mía; por vos se ha hecho; ahora que no hay nadie quien negocie, hágalo vuestra Majestad.* Dicho esto quedó tan sin pena, como si tuviera á todo el mundo de su parte, y en la mano el buen éxito del negocio. No le engañaron sus esperanzas. El M. Daza, Francisco de Salcedo y Julián de Ávila, rompiendo por todos los respetos humanos, pusieronse decididamente de parte del monasterio, y persuadieron á Gonzalo de Aranda, clérigo de mucha virtud, á que fuese á la Córte á defender los derechos del mismo. Llevada la causa al Consejo, envió éste quien hiciera informaciones de ambas partes. Barruntando el Corregidor y los que como él pensaban, que el pleito les habia de costar caro, y al fin no sacarían nada, quisieron entrar en vías de arreglo, y propusieron que vendrían gustosos en que no se deshiciera el monasterio, con tal de que admitiese renta.

Estaba ya la Santa cansada de ver cuánto otros padecían por su causa, y no le parecía desacertada la propuesta, siquiera fuese hasta que sosegados los ánimos, y olvidado el negocio, pudiera tornar á su amada pobreza. Dió el encargo de tratar el asunto al bueno de Salcedo, y la noche antes de dejarlo concertado definitivamente con los de la ciudad, dijo el Señor; *que no hiciese tal, que si comenzaban á tener renta, no consentirían después en que la dejasen.* Esta misma noche se le apareció S. Pedro de Alcántara, y mostrándole rigor, le dijo: que en ninguna manera de-

jase de fundar en pobreza como se lo tenía aconsejado. Con esto desapareció, quedando Teresa espantada de la manera de reprensión que aquél le hizo, y determinadísima á no abandonar su primer propósito (1). Inmediatamente avisó á Salcedo, y le manifestó cómo no era voluntad de Dios que se admitiese renta, de lo cual se alegró mucho este piadoso caballero, porque, según él mismo confesó, hablaba de muy mala gana al tratar el asunto con los de la ciudad.

Estando las cosas en tales términos, quiso la Divina Providencia fuese á Ávila el esclarecido Dominico Fr. Pedro Ibáñez, el cual tomando el negocio de las Carmelitas por su cuenta, dióse tan buena maña, que pudo acabar con los principales de la población dejaran en paz á la Madre Teresa con su monasterio de San José, fundado sin renta. Influyó también en el ánimo del Provincial para que permitiese salir de la Encarnación á la Santa, con el fin de enseñar á sus novicias el modo de ejercitarse en la oración, y otras cosas tocantes á la observancia de la regla. Y como pusiese reparos el P. Salazar en dar la licencia, porque aun no estaba del todo apaciguada la ciudad, habiéndole dicho nuestra Madre: *mire Padre, que resistimos al Espíritu Santo*, tal efecto produjeron estas breves palabras, que no solo le dió licencia para ir á S. José, sino que la facultó para que llevara consigo otras cuatro monjas, contándose entre ellas una parienta suya, llamada Isabel de S. Pablo. Todo el ajuar que sacó de la Encarna-

(1) Hablando de esta aparición dice la Santa: "Ya yo le había visto otras dos veces después que murió, y la gloria que tenía, y así no me hizo temor, antes me holgué mucho; porque siempre aparecía como cuerpo glorificado, lleno de mucha gloria, y dábamela muy grandísima verle. Acuérdomme que me dijo la primera vez que le ví, entre otras cosas, diciéndome lo mucho que gozaba: ¡qué dichosa penitencia había sido la que había hecho, que tanto premio había alcanzado!."

ción consistía en una esterilla, un cilicio de cadenilla y unas disciplinas. Con tales instrumentos de penitencia, rico tesoro á los ojos de Dios, dirigióse gozosa á la primera casa de la Reforma. Dicese que al pasar por la basílica de S. Vicente, bajó á la Soterraña, y después de hacer oración á la Vrgen, quitóse el calzado que llevaba, y se puso las sandalias de la descalcez.

Al llegar al monasterio de S. José, quiso antes de pasar al claustro, dar gracias á Dios por la victoria conseguida. Había junto á la portería una reja de palo que iba á dar á la reducida capilla del convento, y abriéndola, postróse delante de Jesús sacramentado. Puesta en arrobamiento, vió á Jesucristo que la recibía con grande amor, ciñéndola al mismo tiempo una corona en recompensa de lo que había hecho por su Santísima Madre. Esperábanla ya impacientes las heroicas novicias, que había más de seis meses, lloraban su ausencia, y al verla entrar triunfante y alegre en aquel *portalico de Belén*, no sabían cómo mostrar su agradecimiento á Dios, autor de tantas maravillas.





CAPÍTULO XVII.

Comienza la Santa á gobernar el monasterio de S. José, y da ejemplo de virtud heroica.—Prueba de varias maneras la obediencia de sus hijas.—Prémialas el Señor la grande confianza que en él tenían.—Fervor de las primeras Carmelitas Descalzas.



Así que nuestra Madre se vió en posesión del deseado monasterio, fruto de fervorosas y continuas oraciones, lo primero que hizo fué señalar por prelada de la casa á Ana de Jesús y subpriora á Ana de los Ángeles, quedándose ella como la última de las súbditas, dispuesta á obedecer gustosa en cuanto la mandasen. No pareciendo oportuno dicho nombramiento ni al Obispo, ni al Provincial, obligaron á la humildísima Santa á que aceptara el cargo de priora, para que con su virtud y prudencia asentase bien los fundamentos de la observancia religiosa, y dirigiese por el camino de la perfección á las primeras vírgenes de la Reforma Carmelitana.

Fué poco á poco desapareciendo la contradicción

del pueblo, y la enemistad que antes tenía al monasterio trocóse en grandísima devoción. Admitiéronse monjas hasta el número de trece, entrando entre otras Doña María de Ocampo, iniciadora en alguna manera de la Reforma. Con lo que ésta llevó en dote, redimióse un censo, é hiciéronse algunas pequeñas ermitas, propias para excitar la devoción y pasar en ellas buenos ratos de provechoso recogimiento. No mucho después fué recibida de novicia otra sobrina de la Santa, la cual, triunfando de las vanidades y halagos del mundo, despojóse de las galas que en el siglo lucía, y acogióse al venturoso asilo del claustro, para vestir en él, con grande admiración de cuantos la conocían, la pobre y humilde jerga.

En poco tiempo convirtiése el edificante monasterio de la Reforma en floridísimo vergel, donde campeaban lozanas las virtudes de la humildad, pobreza, y obediencia, semejando aquellas observantísimas Carmelitas, por su pureza y candor, ángeles en carne humana. En medio de estas fervorosas vírgenes, encontrábase la Santa Madre como en un paraíso de deleites, recreando su alma con los más puros goces de que es capaz la humana criatura en este valle de lágrimas. Eran como habemos indicado solas trece, y todas de coro, porque al principio no se admitieron hermanas legas, sino que por turno había de hacer cada una el oficio de cocinera y demás quehaceres de la casa. Aunque vivían de limosna, no la pedían; pero el Señor bondadoso miraba por ellas, despertando la caridad de personas piadosas que las acudían con el conveniente sustento. Si se veían necesitadas de alguna cosa, era para alabar á Dios la resignación y confianza con que lo llevaban. Complacida la Virgen de la solicitud con que estas escogidas almas servían á su Hijo Santísimo, aparecióse un día después de completas á la Santa vestida de

manto blanco con grandísima gloria, y á todas cubrió con él en señal de la protección que les dispensaba. También se le dió á entender por esta visión el alto grado de gloria que habian de gozar las religiosas de aquella casa.

Puesta nuestra Madre en el oficio de prelada, más parecía súbdita que no superiora. Ella era la primera en barrer, fregar, hacer de cocinera y enfermera, abrazando con sumo gusto los oficios más humildes; y para enseñar á sus hijas, que no hay ninguno despreciable en la Religión, donde todo lo ensalza la obediencia, escogió para sí el cuidado de tener bien limpio el lugar más inmundo del monasterio. Queriendo el Señor mostrar un día cuánto le agradaba tan humilde ejercicio, hizo que del indicado lugar saliera suave y deleitosa fragancia. Ignorando Teresa de dónde podía venir, preguntó por ella á una monja, en la creencia de que todas percibían el mismo aroma. La religiosa contestó que el olor era en extremo fastidioso, lo cual nada tenía de particular teniendo en cuenta de dónde procedía. Echó entonces de ver la avisada Madre la merced especial que el Señor le hacía, y callando con disimulo, dió por ello gracias al altísimo.

La semana que le tocaba de cocina, desempeñaba el oficio con tanto esmero, como si toda su vida hubiera tenido aquella ocupación. Cuando en esto servía á sus hijas, tenía para sí que la mejor oración por entonces consistía en hacer bien el oficio por amor de Dios. Hubo vez que la encontraron sarten en mano y puesta á la lumbre enajenada de los sentidos, con el rostro muy hermoso, y tan asida á dicho instrumento, que con dificultad se le podía quitar de las manos, hasta que volvía en sí del arrobamiento. Para el trabajo ordinario de manos, compañero inseparable de la pobreza, escogió la rueca. Con ella iba al locutorio, si

algo se ofrecía; y si se exceptúa el Obispo, todos los demás la habían de ver y tratar ocupada en hilar. Acostumbraba á decir que en casa pobre tanto escrúpulo debía causar el no trabajar pudiendo, como el malgastar lo adquirido. Manifestaba sus culpas en presencia de las monjas, y agradecía mucho el que la notasen sus faltas. Celosísima de la santa pobreza, tomaba para sí lo más humilde y desechado. «Nuestras armas, decía á sus hijas, son la santa pobreza; ésta han de tener nuestras banderas, procurándola guardar en la casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en el pensamiento» (1).

Procuraba penetrar bien el interior é inclinación de cada una de las religiosas, para darles los avisos convenientes. Enseñábalas con dulzura y paciencia la manera de hacer los oficios de comunidad, el método que habían de guardar en la oración y demás ejercicios espirituales, y cómo se las habían de haber con el demonio en las tentaciones. Para tenerlas contentas y alegres, solía en los ratos de descanso recrearlas con pláticas discretas, salpicadas de sabrosos donaires, que servían de solaz al espíritu y provecho para el alma. Solía hacer esto principalmente en las grandes festividades, que como habían precedido mayores vigiliass y penitencias, necesitaban también más de algún alivio. Á este fin componía tiernísimas y devotas coplas, propias de la festividad que se celebraba, y cantándolas á tales tiempos, retirábanse de la recreación más encendidas en amor de Dios, que si hubieran estado ocupadas en otros ejercicios de penitencia.

Teniendo bien sabido por experiencia propia cuan importante sea la obediencia para adelantar y caminar con seguridad por la senda de la perfección, procuraba

(1) Camino de Perf. c. II.

por todas vías ejercitar á sus hijas en esta estimadísima virtud. Estando una noche haciendo colación, tocó á la bendita Madre un pedazo de cohombro podrido, y llamando á María Bautista, que era de muy buen entendimiento, mandóla, con el fin de probarla, que fuera á sembrarle en el huerto. La candorosa monja, sin reflexionar en lo que se la ordenaba, preguntó si le había de poner recto ó tendido, y diciéndole que tendido, fué sin hablar palabra á poner en ejecución lo que se le ordenaba. Otra prueba más extraña hizo con una religiosa, llamada Úrsula de los Ángeles. Hizose la encontradiza con dicha monja, y fijando en ella la vista, como quien notaba alguna cosa desagradable, le dijo mostrando disgusto: ¿qué color tiene esta mi hija? Deme esa mano que la quiero tomar el pulso, y ver el mal que tiene. Tomado el pulso, comenzó la Santa á impacientarse y hacer ademanes como si hubiera encontrado indicios de grave enfermedad, y la mandó que se acostara al momento para acudir presto al mal. En todo esto procedía con tal discreción que, sin mentir en lo más mínimo, ocultaba la verdad. Acostada Úrsula, en la creencia de que en realidad estaba enferma, venían á visitarla otras religiosas, y preguntándola por su mal, respondía con santa simplicidad, que debía de ser muy grave, según tenía entendido de la Madre Priora. Quiso la Santa pasar más adelante en la prueba, y enviando por el cirujano mandóla sangrar. La obediente religiosa, juzgando que habría motivo para ello, cuando tal se ordenaba, dejóse hacer la sangría, y entonces conoció la Santa Prelada cuán hondas raíces había echado la obediencia en dicha religiosa. Es de advertir que no se propasara Teresa á llevar á cabo prueba tan singular, si no estuviera inspirada del cielo, y bien cierta del ningún daño que por aquí pudiera ocasionarse. Acontecía á las veces encomendar á algu-

na monja varios oficios, imposibles de desempeñar por una misma persona, y las obedientes Carmelitas, sin mirar á la imposibilidad de lo que se ordenaba, poníanse á cumplirlos, teniendo delante que así lo prescribía la obediencia.

Era tal la fe que tenían en la Divina Providencia, que con vivir de limosna, jamás se acongojaron por temor de que les hubiera de faltar el sustento necesario. Y si alguna vez se vieron en algún aprieto, sirviéles de motivo para más alabar al Señor, como sucedió un día del Corpus en que, yendo al refectorio, solo tuvieron para comer un poco de pan. Tomó de aquí ocasión la Santa para hablarles de la festividad con tan altos conceptos y hervor de espíritu, que encendidas en amor hacia el adorable Sacramento, fuéronse en procesión del refectorio al coro, y, postradas delante de su Majestad, prorrumpieron en tiernos y amorosos afectos, por haberse dignado quedar en el Sacramento para alivio y sustento de sus almas. Dábanle también gracias sinceras, por haberles proporcionado ocasión de probar algo de la escasez y pobreza con que vivió por nuestro bien en esta vida mortal.

Grande era la fe y confianza que animaba á estas siervas del Señor. Habían comprado una pequeña cerca inmediata al monasterio, que tenía un pozo con el agua tan honda y al mismo tiempo tan mala, que de ningún provecho les podía servir. Deseando la Santa encauzarla hasta introducirla dentro del patio, hizo llamar á varios oficiales, los cuales se reían de lo que la Prelada pretendía, porque las aguas del pozo estaban más bajas que el nivel del patio, y no podrían correr; y caso de aprovecharse algo, sería tan poca y mal sana, que no merecía la pena. Viendo esto la Santa, pidió parecer á las demás religiosas acerca de lo que se debía hacer, y tomando la palabra María Bau-

tista, hizo el siguiente razonamiento: puesto que el Señor nos ha de dar quien nos traiga agua, y con qué sustentarle, más barato le sale ponémosla en casa; por tanto que se comience la obra. Esta candorosa reflexión que causara risa á los sabios y avisados del siglo, persuadió á Teresa, no menos confiada que su hija, á llevar adelante el intento. El fontanero, rendido de las instancias de las monjas, y teniendo por cierto que perdía el tiempo en lo que hacía, dió principio á los trabajos, quedando asombrado de encontrarse, acabada la obra, con un caño abundante de agua, y de calidad tan excelente, que no lo podía entender. Estuviéronse aprovechando de tan rico manantial por espacio de ocho años, al cabo de los cuales, como la ciudad les proveyese de aguas suficientes, cesó de manar el abundoso caño, quedando tan solo como un hilito, que es lo que habían calculado los entendidos correría, bien aprovechado el insignificante declive del terreno.

Cuanto menos solícitas se mostraban las confiadísimas Carmelitas en procurarse las cosas necesarias de la vida, más cuidadoso andaba el Padre Celestial en proveerlas de lo que habían menester. Aconteció una vez que la Santa Madre, por haber estado enferma, y hallarse delicada, necesitaba de algún regalo. Acongojadas sus amantes hijas, porque no tenían nada especial que darle, recogieron á la noche en coro para suplicar al Señor mirase por el alivio de la enferma. Llegada la mañana, encontróse la portera, al abrir el torno, con dos escogidas perdices, sin saber quién las había puesto allí. Con ellas pudieron acudir á la Madre, la cual dijo no haber comido nunca cosa más sabrosa.

Alabando la Santa la observancia y fervor de sus primeras hijas de S. José, dice así: «¡Oh grandeza de Dios! Muchas veces me espanta cuando lo considero, y veo cuán particularmente quería su majestad ayudarme,

para que se efectuase este rincconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita, como una vez estando en oración me dijo: que era esta casa paraíso de su deleite; y así parece ha su Majestad escogido las almas que ha traído á él, en cuya compañía yo vivo con harta confusión. Porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura y pobreza y oración; llévanlo con una alegría y contento, que cada una se halla indigna de haber merecido venir á tal lugar; en especial algunas, que las llamó el Señor de mucha vanidad y gala del mundo, adonde pudieran estar contentas conforme á sus leyes, y haes dado el Señor tan doblados los contentos aquí, que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias á su Majestad: otras ha mudado de bien en mejor. Á las de poca edad da fortaleza y conocimiento, para que no puedan desear otra cosa, y que entiendan es vivir en mayor descanso, aun para lo de acá, estar apartadas de todas las ocasiones de la vida. Á las que son de más edad y con poca salud, da fuerzas y se las ha dado para poder llevar la aspereza y penitencia que todas» (1).

(1) Vid. c. XXXV.





CAPÍTULO XVIII.

Resúmiense las visiones, revelaciones y otras mercedes sobrenaturales con que el Señor favoreció á su Sierva Teresa en los cinco años que estuvo en S. José de Avila, antes de emprender otras fundaciones.

GN los cinco años que la Santa permaneció en su amadísimo monasterio de S. José, antes que por ordenación divina saliera fuera de Ávila á fundar otras casas de Carmelitas Descalzas, fueron muchas y muy singulares las mercedes que el Señor le hizo, enderezadas á labrar el instrumento de sus grandezas. Á profundísima humildad, y perfecto desasimiento de todo lo criado, había de añadir Teresa confianza ilimitada, y constancia y fuerza de voluntad bastante para llevar la pesadísima cruz de los trabajos que aun le aguardaban. Con el auxilio de las revelaciones y visiones fué tal la perfección que alcanzó en cuanto al desasimiento, no ya digo de cosas terrenas, sino hasta de los afectos que parecen más puros, y en manera alguna reñidos con la virtud, que no lo pudié-

ramos creer, si ella misma no lo testificara. Lo mismo habemos de decir del celo por la honra y gloria de Dios y salvación de las almas; porque cuanto más el Señor le daba á conocer sus secretos, más se acrecentaba el amor y reconocimiento, y mayor era la pena que sentía al ver á las almas pecadoras, privadas de tanta dicha.

«Hase de notar, dice la Santa, que en cada merced que el Señor me hacía de visión ú revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia, y con algunas visiones quedaba con muy muchas. De ver á Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día; porque para esto bastaba sola una vez, cuanti más tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo, y fué éste: tenía una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era ésta; que como comenzaba á entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria á pensar en él, aunque no era con intención de ofender á Dios; mas holgábame de verle, y de pensar en él, y en las cosas buenas que le veía. Era cosa tan dañosa, que me traía el alma perdida. Después que ví la gran hermosura del Señor; no vía á nadie, que en su comparación me pareciese bien, ni me ocupase; que con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen, que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias, que en este Señor vía; ni hay saber, ni manera de regalo, que yo estime en nada, en comparación al que es oír sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanti más tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, podérmela nadie ocupar; de suerte que con

un poquito de tornarme á acordar de este Señor, no quede libre» (1).

Con la vista de este Señor, con quien la Santa tenía trato tan amistoso, aumentóse el amor y confianza. «Via, dice, que aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta á muchas caidas, por el primer pecado que Él había venido á reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas... ¡Oh Señor mío! ¡Oh Rey mío! ¿Quién supiera ahora representar la majestad que teneis? Es imposible dejar de ver que sois grande Emperador en Vos mesmo, que espanta mirar esta majestad; más, más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad, y el amor que mostráis á una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéremos, perdido el primer espanto y temor de vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos, mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación de no perderos á Vos» (2).

Pues vengamos ahora á las visiones con que su Majestad la regalaba, y de donde tanto provecho sacaba su alma.

Estando una noche tan mala que quisiera excusarse de tener oración mental, por no cargar la cabeza, tomó el rosario para rezarle. No bien le hubo comenzado, cuando le vino un arrobamiento con ímpetu tan recio, que no le pudo resistir. Parecióle estar metida en el cielo, y las primeras personas que allí vió fueron á su

(1) Vid. c. XXXVII.

(2) Vid. c. XXXVII.

padre y madre; y tan grandes cosas en el corto espacio de un *Ave María*, que quedó fuera de sí. Otra vez en que le había estado mostrando el Señor grandes cosas, le dijo: *Mira, hija, que pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo.*

«Pues no son tan grandes las mercedes dichas, á mi parecer, dice la Santa, como esta que ahora diré, por muchas causas y grandes bienes que de ella me quedaron, y gran fortaleza en el alma, aunque mirada cada cosa por sí es tan grande, que no hay qué comparar. Estaba un día, vispera del Espíritu Santo después de misa: fuíme á una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé á leer en un Cartujano esta fiesta; y leyendo las señales que han de tener los que comienzan, y aprovechan, y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo; leídos estos tres estados, parecióme por la bondad de Dios que no dejaba de estar conmigo, á lo que yo podía entender. Estándole alabando, y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello, que lo vía yo muy bien así, como ahora entendía lo contrario de mí, y así conocí era merced grande lo que el Señor me había hecho; y así comencé á considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores á Dios, porque no me parecía conocía mi alma, según la vía trocada. Estando en esta consideración, dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión: parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y á mi parecer diferente de otras veces, ni entendía que había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda. Estando en esto, veo sobre mi cabeza una palo-

ma, bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma: pareceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un *Ave Maria*. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose á sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como comenzó á gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fué grandísima la gloria de este arrobamiento: quedé lo más de la pascua tan embobada y tonta, que no sabía que me hacer, ni cómo cabía en mí tan gran favor y merced. No oía ni veía, á manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre amen» (1).

Para que se vea como agradeció el Señor los buenos servicios del P. Fr. Pedro Ibáñez y el P. Gaspar de Salazar, prestados á la Santa en el negocio de la fundación, pondré aquí lo que la misma nos cuenta con referencia á dichos religiosos.

«Otra vez, dice, ví la misma paloma sobre la cabeza de un padre de la Orden de Santo Domingo (salvo que me parecía los rayos y resplandores de las mismas alas, que se estendían mucho más) dióseme á entender había de traer almas á Dios.

Otra vez ví estar á nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al presentado de esta misma Orden, de quien he tratado algunas veces. Dijome, que por el servicio que le había hecho en ayudar á que se hiciese

(1) Vid. c. XXXVIII.

esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal.....

Del Rector de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho de él mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes, que el Señor le hacía, que por no alargar, no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido, y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, ví á Cristo en la cruz, cuando alzaba la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo, y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

De los de la Orden de este padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta he visto grandes cosas. Vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y como digo otras cosas he visto de ellos de mucha admiración, y así tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos á entender» (1).

Estando una vez en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles, y muy cerca de Dios; comencé á suplicar á su Majestad por la Iglesia. Dióseme á entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los de ella han de sustentar la fe.

Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióme un santo cuya Orden ha estado algo caída: tenía en las manos un libro grande, abrióle

(1) Vid. c. XXXVIII.

y dijome que leyese una letras que eran grandes, y muy legibles, y decían ansí: *En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires.* Otra vez estando en maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ú siete, me parece serían de esta misma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto á entender han de defender la fe; porque otra vez estando en oración, se arrebató mi espíritu; parecióme estar en un gran campo adonde se combatian muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran hervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban; parecíame esta batalla contra los herejes» (1).

En cierta ocasión, después de revolver la Santa en la memoria las faltas de su vida pasada, á vuelta de muchas lágrimas de confusión y penitencia, fué arrebatado su espíritu de suerte, que pareció quedar fuera del cuerpo. Vió á la Humanidad Sacratísima con más excesiva gloria, que jamás la había visto. Representósele por una noticia admirable y clara, estar metido en los pechos del Padre, aunque sin poder decir cómo. Quedó tan espantada, que pasaron algunos días sin tornar en sí, pareciéndole traer siempre presente aquella majestad del Hijo de Dios.

«Esta misma visión, dice la Santa, he visto otras tres veces: es á mi parecer la más subida visión que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi del todo á esta nuestra sensualidad. Es una llama grande que parece que abrasa, y aniquila todos los deseos de la vida» (2).

En otra visión dióle el Señor noticia de cómo Él es

(1) Vid. c. XL.

(2) Vid. c. XXXIX.

la suma verdad; y quedó con conocimiento más profundo de ella, que tras sutilísimas investigaciones lo han podido alcanzar los filósofos más consumados.

«Estando, dice nuestra Santa, una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que como indigna de tal bien, comencé á pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar, que yo había visto estar para mí en el infierno, que, como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me ví. Comenzóse con esta consideración á inflamar más mi alma, y vino me un arrobamiento de espíritu, de suerte que yo no lo se decir. Parecióme estar metido, y lleno de aquella majestad, que he entendido otras veces. En esta Majestad se me dió á entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades: no sé yo decir cómo, porque no ví nada. Dijéronme, sin ver quien, mas bien entendí ser la misma verdad: *No es poco esto que hago por tí, que una de las cosas es en que mucho me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad: no faltará una tilde de ella.* Á mí me pareció, que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían. Dijome: *¡Ay hija, que pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á mí: con claridad verás esto, que ahora no entiendes, en lo que aprovecha á tu alma.....* Dijome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fué, porque no ví nada, mas quedé de una suerte, que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Paréceme que ninguna cosa se me pondría delante, que no pasase por esto.

Quedóme una verdad de esta divina verdad, que se

me representó sin saber cómo, ni qué esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento á Dios, porque da noticia de su Majestad y poder, de una manera, que no se puede decir: sé entender que es una gran cosa... Todo lo que he dicho entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con más claridad algunas cosas, que las que por palabras se me decían. Entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera á entender la vanidad de este mundo. Esta verdad que digo se me dió á entender, es en sí mesma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que á mí el Señor quiso se me diese á entender» (1).

Recitando en cierta ocasión el oficio divino, de presto se recogió su espíritu y parecióle ser el alma como un espejo claro en cuyo centro se le representó Cristo nuestro Señor. Dicho espejo se esculpía en el mismo Señor por una comunicación amorosa, que no es posible decir. Diósele á entender, que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse el dicho espejo de gran niebla, y quedar muy negro, de suerte que no se puede ver ni representar su Majestad, aunque allí está dando el ser; y que en los herejes es como si el espejo estuviese quebrado, peor aun que oscurecido.

Hace notar la Santa que es muy provechosa esta visión para personas de recogimiento, pues por medio de ella se aprende á considerar al Señor en lo muy interior del alma, y que no es menester busque el espíri-

(1) Vid. c. XL.

tu á Dios fuera de sí, porque más presto, y con noticia más clara le hallará en el centro del alma. Verdad que ya había enseñado mi P. S. Agustín cuando dijo, que Dios está más interiormente en los corazones, que nuestros mismos corazones.

Estando otra vez en oración se le representó con toda claridad cómo se ven en Dios todas las cosas, y como las encierra todas en Sí. Entendió asimismo con cuanta razón se merece el infierno por un solo pecado mortal, pues no se puede encarecer bastante la gravísima injuria que con él se hace á la Majestad infinita.

«Llegando una vez á comulgar, escribe nuestra Madre, ví dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y ví á mi Señor, con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos en la forma que me iba á dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos; que de buena gana parece que huyeran, si vos los dejáredes ir. Dióme tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera visión de Dios, que no permitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mismo Señor, que rogase por él, y que lo había permitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su grande bondad, como se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos. Entendí bien, cuán más obligados están los sacerdotes á ser buenos que otros, y cuán

recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio de el alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debía á Dios: sea bendito por siempre jamás.

Otra vez me acaeció así otra cosa que me espantó muy mucho. Estaba en una parte, adonde se murió cierta persona, que había vivido harto mal, según supe, y muchos años; mas había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece que estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo eso no me parecía á mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, ví muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que á mí me puso gran pavor; que con garfios grandes le traían de uno en otro. Como le ví llevar á enterrar con la honra y ceremonias que á todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, como no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que había visto; en todo el oficio no ví más demonio; después cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquél alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo ví (cosa tan espantosa) vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien» (1).

En verdad que serviría de provechosa lección á los pecadores el que viesen estos al ojo la desdicha que se fabrican con su mal vivir; mas por justísimas y

(1) Vid. c. XXXVIII.

sapientísimas causas no lo permite el Señor. Ya tenemos la fe y Sagradas Escrituras que nos enseñan, si bien se las considera, cosas no menos terribles. Tal es la razón que dió Dios al rico avariento del Evangelio cuando éste suplicaba le dejara volver al mundo para decir á sus hermanos enmendaran su vida, sino querían verse condenados como él á tormentos sempiternos.

De muchas almas supo la madre Teresa se hallaban en camino de salvación, y es de notar que de todas ellas, solas tres habian dejado de pasar por el purgatorio, no obstante haber llevado algunas vida muy ejemplar. Por donde se ve que allá en la otra vida se hila muy delgado, y solo los muy purificados con el amor de Dios y los trabajos, conseguirán librarse de las penas del purgatorio.

Concluiremos cerrando libro y capítulo con estas palabras de la Santa: «En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídas á más perfección, es muchas veces; y de sacar almas del purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme, y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de alma que de cuerpo» (1).

(1) Vid. c. XXXIX.





LIBRO SEGUNDO.



Ces el Señor celoso de su honra, y nunca consiente que otro alguno se levante con la gloria de sus obras. Por esto escoge muchas veces los instrumentos de suyo más débiles para llevar á cabo las obras más grandiosas; y se vea claro ser Dios el autor de ellas, y la ignorancia y malicia de los hombres no encuentre motivo para hacerlas propias. Si la conversión de las gentes á la religión cristiana se hubiera conseguido poniendo en juego la influencia de reyes poderosos, y de famosos sabios de la tierra, podríase dudar de su origen divino; mas al verla realizada mediante la predicación y ejemplo de doce pobres hombres, sin prestigio ni caudales, sin armas y sin letras, ¿quién, que no sea un mentecato, podrá poner en duda que el cambio radical de costumbres y creencias efectuado en el gentilismo, fué debido á la divina omnipotencia? ¿Pues quién se podrá persuadir á que una olvidada

monja, tímida, enfermiza y rodeada de insuperables dificultades fuera capaz de fundar diez y seis monasterios, y lo que es más aún dejar asentada nada menos que la reforma de una esclarecida Orden, cosa que otros de más valer habían intentado, sin poderlo conseguir? Fuerza es reconocamos aquí el dedo de Dios, y admiremos las trazas de su sapientísima providencia.

Vamos á dar comienzo al período más importante de los hechos de la Santa. Guiada por Dios, pronto la veremos salir de su amado retiro, el monasterio de San José, para llevar á feliz término hazañas gloriosas, solo posibles á inspiradas almas. Hasta ahora, del todo dada al ejercicio de la virtud, y en íntima comunicación con Dios, no ha hecho sino recibir las abundantes y saludables aguas de la gracia. Llena ya, y rebosando en tan dichosas aguas, no las puede contener, y es necesario que se derramen, y extiendan por el dilatado campo de la Iglesia, para que fertilicen muchos corazones, y den fruto de la vida eterna. Ya es tiempo de que las gracias y dones, que á manos llenas depositó el Señor en el alma de Teresa, salgan á luz, y resplandezcan; y con los tesoros de virtudes adquiridos en tantos años, se enriquezcan otros, que lo han menester.





CAPÍTULO PRIMERO.

Grandísima pena de la Santa por la condenación de las almas.—Cuánto envidiaba á los que se dedicaban á la conversión de las mismas.—Dicele el Señor que verá grandes cosas.—Habla el General de la Orden con la Madre Teresa, y complacido de su virtud, concédele facultad para fundar otros monasterios de monjas.—Alcanza también la Santa el consentimiento para dos casas de la Primitiva Observancia.

ENTRAMOS en el año de 1566. Cinco habían transcurrido desde la fundación del primer monasterio de Carmelitas Descalzas, y las religiosas que en él vivían adquirieron en este breve tiempo tal grado de perfección, que la Santa Madre no se hartaba de dar gracias á Dios, pródigo en enriquecer de virtudes á aquellas sus hijas, despreciadoras del mundo y de sí mismas, y ávidas únicamente del cielo donde tenían fijos su corazón y esperanza. Imaginaba la celosa Fundadora que algún fin especial se proponía

el Señor al criar allí almas de tan buen temple, aspirando de continuo á mayor perfección, y creciendo siempre en deseos de aprovechar con sus oraciones á las almas redimidas con la sangre del Cordero. Á esta sazón acertó á visitarlas Fr. Alonso Maldonado, religioso Franciscano, quien, como venía de América, hablóles de las innumerables almas que en aquellas regiones se perdían por falta de operarios evangélicos. La Santa que ya tenía noticia de los extragos causados por la herejía protestante en gran parte de Europa, quedó tan lastimada al oír la triste nueva, que no cabía en sí de pena. Con el corazón traspasado de dolor recogióse en una ermita, y allí, hecha un mar de lágrimas, comenzó á suplicar á su Majestad diese trazas como ella pudiera ser parte para ganar algún alma, ya que tantas arrastraba el demonio á los infiernos.

Cuál fuera el celo que consumía las entrañas de Teresa por la salvación de las almas, danlo bien á entender las siguientes palabras. «Había, dice, gran envidia á los que podían por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes. Y así me acaece que cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hacen, y más ternura, y más envidia, que todos los martirios que padecen; por esta inclinación que Dios me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y devoción le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer» (1).

Pues andando con esta pena que habemos dicho, apareciósele el Señor una noche en oración de la manera que solía, y mostrándole amor y agradecimiento por los buenos deseos que la animaban dijo: *Espera*

(1) Fund. c. I. n. 4.

un poco, hija, y verás grandes cosas. Quedaron tan grabadas en el corazón de Teresa dichas palabras, que no las podía quitar de sí; mas por mucho que pensaba, no podía atinar con su significación. Consolada sin embargo, y con gran certidumbre de que habían de tener cabal cumplimiento, esperaba humilde y resignada que Dios se dignase hacer manifiesta su voluntad. Al cabo de medio año aconteció venir á España el General de los Carmelitas, Juan Bautista Rubeo, con el fin de visitar los conventos de su Orden. Celebrado Capítulo Provincial en Sevilla, vino á Castilla, y en Ávila celebró también Capítulo, quedando electo Provincial el M. Fr. Alonso González. Nunca hasta entonces los Generales Carmelitas, viniendo de Italia, habían pasado de Barcelona, y no al acaso dispuso el Señor que el piadoso Rubeo se llegase en esta ocasión á la ciudad de Ávila. Al tener la Santa noticia de la llegada del Rmo. P. General, asaltáronle en los primeros momentos varios temores. Pensó si no sería de su agrado el que tuviese el monasterio de S. José dada la obediencia al Obispo, y no á la Orden, y disgustado de lo hecho, la mandaría volver á la Encarnación, donde no podría vivir según el rigor de la primitiva regla, que tan de veras se había propuesto guardar. Encomendó el negocio al Señor, encargando hicieran lo mismo sus fidelísimas hijas, y confiada en la Divina Providencia, que siempre vela por el justo, ella misma dió trazas para que el Reverendísimo Rubeo fuese á visitarlas. Quedó éste tan edificado del rigor y observancia que guardaban, que lejos de mostrarse enojado con la Santa, cobróla especial amor, y quedó aún más prendado de ella, después que nuestra Madre, con el candor y llaneza que solía, le hubo manifestado los secretos de su espíritu, y la maravillosa manera como se había llegado á fundar aquel pequeño monasterio. Entendió el General la buena fe

de la Fundadora en haber dado la obediencia al Ordinario, y se lamentaba de que el Provincial de Castilla no la hubiese admitido, cuando bien á tiempo se la ofrecían. Alegróse al ver renovado entre aquellas humildísimas carmelitas el fervor primitivo de la Orden, y deseoso de que la obra fuese adelante, dió cumplidas patentes á la Santa para que fundase cuantos monasterios de monjas pudiera, y con graves censuras al Prelado inferior que se lo impidiese. Vió con esto nuestra Madre los cielos abiertos, y aunque se encontraba bien escasa de medios, parecióle, según la grande voluntad que tenía, que presto contaría con ellos, y comenzó á descifrar en alguna manera aquello de *espera un poco*, y *verás grandes cosas*.

No paró en esto el triunfo de la Santa. Prendado el Rmo. Rubeo de la acendrada virtud y bellas cualidades de Teresa, gustaba de visitarla y tratar de cosas espirituales. Ella, que ya había concebido el pensamiento de hacer extensiva la reforma entre los frailes de su Orden, aprovechó ocasión favorable, y en el fervor de las pláticas halló médio de insinuar al piadoso Prelado la conveniencia grandísima de introducir en los religiosos carmelitas la reforma. No desagradó al General la idea, pero como tenía bien conocido el estado de los ánimos, poco favorables al intento, creyó poco menos que imposible la realización de tan grandioso pensamiento. Lejos de desanimarse nuestra Madre por las dificultades que ofrecía el negocio, insistió de nuevo en la idea, poniendo de por medio al Ilmo. D. Álvaro y otras personas calificadas. Si bien el Reverendísimo por razones de prudencia no accedió por entonces á los buenos deseos del Obispo, dióle esperanzas para más adelante, de lo que no se alegró poco la Santa. De vuelta para Madrid, fué el General á visitar al Rey, á quien dió noticia del observantísimo monasterio de

San José de Ávila, y del inapreciable tesoro que en él se encerraba. El prudentísimo D. Felipe, que sabía muy bien cuanto valen las oraciones del justo, le rogó con mucho encarecimiento encargase á la M. Teresa que á él y á sus reinos tuviese presente en sus oraciones, lo cual cumplió fidelísimamente, pues jamás se olvidó de encomendarle muy de veras á nuestro Señor.

Por el buen tacto, discreción y sagacidad en los negocios de política, conquistóse D. Felipe II el título de prudente, y tengo para mí que no desmerece el de sabio, porque supo conocerse á sí mismo, apreciar debidamente lo espinoso y difícil del alto cargo que la Providencia le encomendara, y no juzgándose con fuerzas bastantes, buscó apoyo y ayuda poderosa en las oraciones de los Santos. Tal era el Soberano de dos mundos que no se creía rebajado por pedir hincado de rodillas la bendición de un pobre religioso llamado Alonso de Orozco, al cual ni por ruegos ni por súplicas permitió el retiro que apetecía, acostumbrando á decir que no quería echar á los santos de su córte. Yo no sé que en reyes se puedan encontrar rasgos de más profunda sabiduría. «¡Oh gran Felipe, exclama á este propósito el Ilmo. P. Cámara. Extranjeros enemigos de nuestras glorias han pretendido con inmunda baba mancillar tu fe religiosa; españoles que á mala dicha reniegan de nuestros lauros, osan amenguar tu grandeza incomparable. Descansa en paz y enhorabuena, que mientras las historias de los Santos bendigan tu memoria, en vano la calumnia te despide sus envenenados dardos» (1).

Dejamos indicado cómo el General de los Carmelitas dió á la Santa patentes para fundar otros monaste-

(1) Vid. del Beato Alonso de Orozco, p. 254.

rios de monjas. Decíale en ellas que podía hacerlo en cualquiera lugar del Reino de Castilla, y era preciso aclarar cuál Castilla era esta. Para evitar dudas expidió antes de salir de Madrid una nueva patente que dice así: «Nos Fr. Juan Bautista Rubeo, General y Siervo de toda nuestra Orden de N. Señora del Carmen decimos: Que habiendo hecho y dado unas Patentes á la R. M. Teresa de Jesús, Priora en S. José para que pueda tomar, fundar, y hacer monasterios de nuestra Orden en el Reino de Castilla, alguno podría dudar de las partes de este Reino, si ha de ser de Castilla la Vieja ó Nueva, declarando nuestra intención decimos, que nuestra licencia se entienda de toda Castilla: Nueva y Vieja. Y además por autoridad del nuestro oficio de General damos facultad y libertad á la dicha R. M. hija nuestra Teresa de Jesús, para que en cada lugar de los Reinos de Castilla (si bien fuera la Andalucía) pueda recibir, aceptar, tomar, erigir y fundar monasterios de monjas, que sean debajo de nuestra obediencia regular, y no de otra manera Y que sea obligada á vivir ella y las monjas que fueren según la primera regla y nuestras constituciones. Fecha en Madrid á 16 de Mayo de 1567» (1).

Pasados algunos días, como la Santa viese el amor y confianza que el Rmo. le mostraba, movida de interior impulso, atreviése á escribirle una carta, en donde con todo encarecimiento le suplicaba accediese á la fundación de religiosos Carmelitas de la primitiva Observancia. Hizole ver que los inconvenientes que le detenían en dar el consentimiento, no eran bastantes para dejar de hacer obra tan buena. Púsole delante el gran servicio que en ello haría á Dios, y cuánto se lo agradecería la Virgen Santísima, de quien era devoti-

(1) Crón. lib. II. c. III. n. 5.

simo. Alcanzóle la carta en Valencia, camino de Italia; y tal fuerza puso el Señor en las palabras de su Sierva, que desvanecidos los temores, desde el mismo Valencia, antes de salir de España, despachó la licencia apetecida en la forma siguiente: «Por tanto, movidos de santo celo, con autoridad de nuestro oficio de General, por el tenor de las presentes damos facultad y poder á los Reverendos PP. Maestros Fr. Alonso González, Provincial de Castilla, y Fr. Ángel Salazar, Prior de nuestro convento de Ávila, para que puedan recibir dos casas con iglesias en nombre de nuestra Orden, de nuestra profesión, de nuestra obediencia, y de nuestro hábito en la forma contenida y declarada por extenso en nuestras actas. Y en dichas casas pongan Prior y frailes que querrán vivir en toda reformación, y aventajarse en la perfección de la vida regular carmelitana... Valencia á 14 de Agosto de 1567 (1).

He aquí ya el principio de la Descalcez Carmelitana que tantas lágrimas y oraciones había de costar á la Santa, según tendremos lugar de ver más adelante. El día que las dichas letras se despacharon, caminaba presurosa en alas del amor y confianza á la segunda fundación de Medina; y allí sin duda, debió de recibirlas con grandísimo contento de su alma.

(1) Crón. lib. II. c. IV. n. 2.





CAPÍTULO II.

*Determina la Santa fundar en Medina del Campo.—
Llega á dicha Villa vispera de la Asunci6n, y dicese
á otro día la primera misa.—Tentaci6n que sobrevino á
nuestra Madre.—Cuánto sentia el ver en lugar tan
miserable al Santísimo Sacramento.—Dales habitaci6n
en su casa un comerciante.—Visita á las Carmelitas
Doña Elena de Quiroga, y promete costear una capilla.
—Trasládanse al nuevo monasterio, y comienza la celosa
Fundadora á sentar los fundamentos de la
observancia religiosa.*

BIEN provista de patentes, pero muy escasa de dineros, pensó la Santa hacer la segunda de sus fundaciones en Medina del Campo, poblaci6n entonces de las más importantes de Castilla, por su piedad y nobleza, y las famosas ferias que en ella se celebraban. Reunía tan renombrada Villa las circunstancias favorables de ser rica y de mucha devoci6n, el encontrarse cerca de Ávila, y el hallarse en ella establecidos los PP. de la Compañía de Jesús, que

no era poco de estimar. Por dicha de la Madre encontrábase de Rector el P. Álvarez, su antiguo confesor, y á éste escribió, dándole cuenta de las licencias que tenía del General, y de cómo se había determinado á fundar en Medina, para lo cual esperaba le ayudase con toda su influencia. También escribió al P. Presentado Fr. Antonio de Heredia, Prior del convento de Santa Ana, y le suplicaba estuviese á la mira de una casa donde poder meter sus monjas. Con el fin de activar el negocio, y hacer las debidas diligencias, envió allá al P. Julián de Ávila, que devoto y rendido se prestaba á cuanto las Carmelitas descalzas quisieran mandarles.

Llegado á Medina el P. Julián, bien pronto tuvo de su parte al P. Baltasar Álvarez y demás PP. de la Compañía. Pidieron la licencia al Abad, el cual, previa información favorable, hecha por las personas más graves y principales de la Villa acerca de la conveniencia ó no conveniencia que podía haber en la fundación del monasterio, ninguna dificultad tuvo en concederla. El P. Heredia por su parte, fiel al encargo de la Madre Teresa, había concertado con una señora, llamada Doña María de Herrera, la compra de una casa, que tenía la desgracia de estar casi del todo arruinada, pues si se exceptúa una especie de portal á teja vana, todo lo demás había venido á tierra. Viendo el P. Julián lo mal parada que estaba dicha casa, tuvo por conveniente alquilar otra de las mejores de la Villa, obligándose á pagar cada año cincuenta mil maravedís, precisamente cuando la Santa no contaba ni siquiera con una blanca. Dados estos pasos, y terminadas las correspondientes diligencias, volvióse muy contento á dar cuenta del buen despacho que habían tenido los negocios, de lo cual no se alegró poco la Santa. Hé aquí una pobre Carmelita Descalza, sin más ayuda que la del cielo, cargada de patentes y buenos deseos, y

sin ninguna posibilidad para ponerlos por obra. El ánimo, sin embargo, no desfallecía, ni tampoco la esperanza; porque quien daba lo uno, daría lo otro, como así en efecto sucedió. Había una doncella de muy buenos talentos que deseaba entrar en S. José de Ávila, mas por estar completo el número de religiosas, no lo había podido conseguir aún. Sabiendo de la fundación que en Medina se proyectaba, presentóse á la Santa, y se ofreció para monja del nuevo monasterio, advirtiéndole que solo podía contar de dote con diez mil maravedís. Como la necesidad de recursos era mucha, admitió nuestra madre el ofrecimiento, y con esta pequeña ayuda determinó emprender el viaje para Medina. Antes de abandonar su amado retiro de San José, en donde por espacio de cinco años había gozado de los más dulces deleites espirituales, fuese al devotísimo Cristo de la Columna, y postrada en su presencia, le suplicó encarecidamente que ya que por su mandato se había levantado aquella casa de S. José, se sirviese sustentarla en la perfección que por su bondad se guardaba. El consuelo que á continuación experimentó en el alma, era prueba inequívoca de que el Señor había oído propicio la ferviente súplica. Señaló por priora de S. José á la M. María de S. Jerónimo, y tomando consigo á María Bautista, y Ana de los Ángeles con cuatro más religiosas que de la Encarnación quisieron pasarse, partióse de Ávila el día 13 de Agosto de 1567, no sin conmovier antes con tierna despedida los delicadísimos corazones de aquellas sus amadas hijas, deseosas todas de seguirla, pero resignadas á sufrir su ausencia, porque así pensaban convenía para la mayor honra y gloria de Dios.

Como según las negociaciones del P. Julián parece que iban á cosa hecha, no cuidaron mucho de tener oculto el negocio, ni de que la salida de Ávila se hicie-

se sin ser vistas. Por eso cuando la Santa quiso partir, sabíalo ya toda la ciudad, y bien pronto comenzaron las murmuraciones de gente ociosa y poco devota, teniendo por disparatada la empresa. Algunos amigos de las Carmelitas, sabiendo los pocos recursos con que la Madre Teresa contaba, procuraban disuadirla del intento; ni faltó contradicción de parte de las monjas de la Encarnación, las cuales disputaron tenazmente la salida de la Subpriora. Hasta el mismo Obispo tenía para sí ser gran desatino el negocio de esta fundación, si bien por el mucho amor que profesaba á la M. Teresa, y constarle de su buen espíritu, en nada la quiso contradecir. Mientras tanto la Santa hacía poco caudal de todo cuanto los hombres podían decir y pensar, y puesta en las manos de Dios que la regía, salió de Ávila, resuelta á llevar á cabo la fundación del monasterio, el día de nuestra Señora de Agosto. Iba con ella, además de las religiosas mencionadas, el P. Julián, quien poco antes de llegar á Arévalo, recibió carta de Alonso Álvarez, el dueño de la casa alquilada en Medina, y en ella le decía que en ninguna manera emprendiese el viaje la M. Teresa, porque se presentaba el inconveniente de que los PP. Agustinos tenían el convento junto á dicha casa, y era necesario, antes de pasar adelante, aguardar su consentimiento. Imagine el lector qué golpe tan sensible sería este para el capellán de S. José, que contento y animado caminaba, en la creencia de que todas las dificultades estaban allanadas. Al saber la noticia quedó triste y desconcertado, y sin valor suficiente para manifestársela á la Santa. Pensaba que en tornando á Ávila serían la befa y risa de los que tenían la fundación por desatinada, y mucho más habiendo hecho la salida con tanto ruido y determinación. Atormentado de tristes pensamientos, llegó por fin á Arévalo, y aquí no pudiendo ocul-

tar por más tiempo su honda pena, haciendo un esfuerzo, descubrió á la Santa la causa de ella. Sintió mucho nuestra Madre la inesperada noticia, aunque no de manera que perdiese la paz del alma, y sin que le faltara la discreción y acierto necesario, para determinar en aquel lance lo que convenía.

Con el fin de no turbar á las monjas, nada les dijo de lo que pasaba, y habiendo hecho llamar al Padre Fr. Domingo Báñez, que por acaso se encontraba en aquella población, manifestóle el aprieto en que se veían, y suplicó que no les faltase con su ayuda y consejo. Tenía este P. Dominico grande voluntad á la Santa, y deseando servirle con todas sus fuerzas, prometióle alcanzar de los PP. Agustinos, sus amigos, el consentimiento requerido, para que pudiesen fundar en la casa de Alonso Álvarez. Así las cosas, llega de Medina el P. Prior, Fr. Antonio de Heredia, y dijo á la Santa que no era menester aguardar el consentimiento de los PP. Agustinos, ni mucho menos ponerles pleito; porque la casa por él comprada, aunque mediana, era bastante para la toma de posesión, y decir la primera misa, y no faltaban en ella habitaciones donde poder cobijarse algunas monjas, y por tanto que no dejara de continuar el viaje. Como á la Santa no detenían dificultades, ni se arredraba por poca cosa, parecióle acertado el consejo, y, habiendo enviado á cuatro de las religiosas que llevaba á cierto pueblo inmediato, donde estaba de párroco un sacerdote, hermano de una de ellas, llegada la mañana, tomó intrépida el camino de la famosa Villa. Hubieron de pasar por Olmedo, donde se encontraba á la sazón el Ilmo. D. Álvaro, Obispo de Ávila, el cual con mucha caridad ofreció el carruaje á la comitiva carmelitana, para que pudiese hacer el viaje con menos incomodidad y más decencia. También tuvieron ocasión de hablar, antes de llegar á Medina, con Doña

María Herrera, dueña de la casa donde pensaban posar, la cual deseando complacer á nuestra Madre, dió orden para que luego en llegando la desembarazase su mayordomo, y prestara á las religiosas algunos tapices que á ella pertenecían.

Salieron de Olmedo puesto ya el sol, y después de caminar buen trecho, adelantóse el P. Julián de Ávila para avisar á los PP. Carmelitas de la próxima llegada de la Santa y sus dos monjas. Á eso de media noche comenzó á dar sendos golpes en las puertas del convento de Santa Ana, y habiendo los religiosos despertado, y tenido noticia de la embajada, diéronse prisa á preparar las cosas necesarias para á otro día poder decir la primera misa. En esto llegó nuestra Madre, y lo que entonces hicieron, refiérelo con admirable naturalidad y candor el mismo Julián de Ávila. «Como llegó nuestra Madre, dice, y en estas cosas era tan determinada, tomamos aderezos de altar, y ornamentos para decir Misa, y sin más pararnos, vamos á pié las monjas y los clérigos y el Prior y otros dos ó tres frailes; y fuímonos por de fuera del lugar, porque era aquella hora el encerrar de los toros, que á la mañana se habían de correr; y todos íbamos cargados que parecíamos gitanos, que habíamos robado alguna iglesia; que cierto á toparnos la justicia, estaba obligada á llevarnos á todos á la cárcel, hasta averiguar á dónde iban á tal hora clérigos y frailes, y monjas. Y aun no estaban obligados á creernos, pues las apariencias, y la hora que era, y tanta gente como andaba por las calles, que por la mayor parte con tal ocasión suelen ser los que entonces andan los muy perdularios y vagamundos del lugar. Quiso Dios que aunque topamos gente, como no fué la justicia, nos dejaban pasar con decir algunas palabras, cuales se suelen decir de tal gente y á tal hora. Nosotros, como no osábamos chistar, alargábamos el paso, y dejába-

moslos decir lo que querían. Llegamos, Dios y en hora buena, á la casa donde estaba el dicho mayordomo, y dímosle tan mala noche en la prisa de llamar, y en las ganas que teníamos de entrar antes que nos viniese algún infortunio, que al fin despertó, y nos abrió, y obedeció á su señora que le mandaba nos dejase luego la casa desembarazada. ¡Ah Señor! como ya nos vimos dentro, y que faltaba poco para venir el día, viérades á la Madre y á las hermanas, y todos los que allí estábamos, unos á barrer, otros á colgar paños, otros á aderezar el altar, otros á poner la campana..... De manera que, ya que quería amanecer, nos faltaba de dar otra alborada en casa del Provisor, para que mandase á un notario nos diese por testimonio como aquel monasterio se hacía con autoridad y bendición del Prelado, y así á aquella hora mandó llevásemos el notario, y le fuimos á levantar de la cama; y fué, y lo puso auto de justicia todo lo que se había hecho, para que nadie fuese osado de contradecirlo, ni estorbarlo» (1).

Transformado ya el ruinoso y miserable portal de la casa en improvisado oratorio, gracias á la actividad y diligencia de la Madre y sus compañeras, al amanecer del día tañóse la campana, colgada en un corredor, para que los vecinos de Medina pudieran asistir á la primera misa que había de celebrar el P. Heredia. Grande fué la admiración de todos al oír tocar tan de madrugada la nueva campana, y al ver que lo que por la noche era destartalado portal, venida la mañana, veíanle convertido nada menos que en monasterio de monjas. Mirábanse sorprendidos unos á otros, y llamando cada cual á su vecino aglomeróse tanta gente, que no cabía en la improvisada iglesia. Las pobres monjas hubiéronse de retirar á un lienzo de un corre-

(1) Vid. de Santa Teresa, p. 254.

dor, que aun quedaba en pié, y desde allí por los agujeros de la puerta, que frente al altar estaba, pudieron oír misa.

El contento de la Santa al ver inaugurado, bien que entre ruinas, un segundo monasterio de Carmelitas Descalzas, no se puede bien explicar. Dedicóle también á S. José, porque no se hartaba de honrar á este gloriosísimo Patriarca. Trocóse el alegría de la Madre en honda pena cuando, terminada ya la misa, y á la luz del claro día, pudo ver por un resquicio de la ventana lo deshechas que se encontraban las paredes del patio, donde se había colocado el Santísimo Sacramento. No pudo presenciar, sin que el corazón se le partiera de dolor, que el Rey de los cielos y de la tierra estuviese poco menos que en la calle. Quiso el Señor premiar los buenos servicios de su Sierva, con darle á probar del amargo cáliz de su pasión; que no de otra manera premia su Majestad á quien mucho ama. Retiró por un momento las luces que ilustraban el clarísimo entendimiento de Teresa, y en un momento vióse ésta sumergida en un mar de confusión y de dudas. «Parecíame imposible, dice la Santa, ir adelante con lo que había comenzado; porque así como antes todo me parecía fácil, mirando á que se hacía por Dios, así ahora la tentación estrechaba de manera su poder, que no parecía haber recibido ninguna merced suya; solo mi baja-za y poco poder tenía presente. Pues arrimada á cosa tan miserable ¿qué buen suceso podía esperar? Y á ser sola, paréceme lo pasara mejor; mas pensar habían de tornar las compañeras á su casa con la contradicción que habían salido, hacíase me recio. También me parecía que, errado este principio, no había lugar todo lo que yo tenía entendido había de hacer el Señor adelante. Luego se añadía el temor si era ilusión lo que en la oración había entendido, que no era la menor pena,

sino la mayor; porque me daba grandísimo temor, si me había de engañar el demonio, ¡Oh Dios mío, qué cosa es ver un alma, que Vos quereis dejar que pene! Por cierto cuando se me acuerda esta aflicción, y otras algunas que he tenido en estas fundaciones, no me parece que hay que hacer caso de los trabajos corporales, aunque han sido hartos, en esta comparación» (1).

Con esta aflicción de espíritu pasó nuestra Madre hasta la tarde en que vino á visitarla un P. de la Compañía, el cual la animó y consoló mucho; pero como solo Dios podía serenar la tempestad levantada, de él únicamente esperaba el eficaz remedio. En tanto ni le faltó discreción ni esfuerzo, para llevar bien á solas el trabajo con que el Señor la regalaba, sin dar á entender á las compañeras nada de su pena, por no fatigarlas más de lo que estaban. Dió luego trazas para que, costase lo que costase, se alquilara una casa, mientras se arreglaba la que tenían comprada. En vano la buscaron y rebuscaron por toda la Villa, pues á causa de estar todas muy ocupadas con la mucha gente que entonces acudía á Medina, no la encontraban ni por los ojos de la cara. Pasaba nuestra Santa los días y las noches con harta pena, bien que mitigada con el consuelo de ver la devoción con que el pueblo acudía á rendir tributo de alabanza al Señor, cobijado en aquel pobrísimo portal. De noche procuraba que dos hombres velasen el Sacramento, y no bastándole esta diligencia, levantábase muchas veces de la cama, y á la claridad de la luna observaba, si, por descuido de los que velaban, había sido robado el tesoro de su corazón. En él tenía fijas las miradas y todas sus potencias; y si por el día andaba en extremo cuidadosa, durante la noche, mientras otros reposaban, hacía de continuo compañía

(1) Lib. de las Fund. c. III n. 8 y 9.

al Esposo de su alma. ¡Oh qué pensamientos revolvería entonces por su mente! Los hombres, diría, duermen tranquilos dentro de sus palacios y casas, y mi Señor y todo mi bien encuéntrase expuesto á las injurias de gente desventurada! ¿Cómo, Dios mío, podéis sufrir tanta humillación? ¿Cuyos son los cielos y la tierra? ¿Cuyos los bienes todos de los mortales? ¿Cómo se complace vuestro infinito poder con tanta pobreza? Á todo, á todo os obliga el amor. Yo me entrego sin reserva á vuestro servicio; si más pudiera, más aun por amor de Vos hiciera. En tales fervorosas pláticas, animadas por el fuego de la caridad que ardía en su pecho, gastaría, no hay duda, la mayor parte de la noche, y cuando daba descanso al cuerpo, el corazón entregaba á su dueño y amado.

Al cabo de ocho días, movido á piedad un rico mercader, llamado Blas de Medina, cedió á las pobres carmelitas una de las buenas habitaciones de su casa, para que en ella estuviesen, mientras se arreglaba la que había de ser monasterio. Cuando la Santa se vió en casa tan bien acomodada, hizo venir á las cuatro religiosas que había dejado en el camino; y juntas todas, ordenaron los actos de comunidad, cual si ya viviesen en algún convento.

Remediada una de las principales necesidades, y libres las religiosas de grande aprieto, por tener al Señor colocado en lugar más decente y seguro, faltaba quien diera los dineros para el arreglo del monasterio. Negociábalo la Santa con Dios mediante fervientes oraciones, y así sucedió que teniendo noticia Doña Elena de Quiroga de la necesidad que padecían las Carmelitas Descalzas, fué á visitarlas con intento de hacerles alguna limosna. Aprovechó la discreta Madre la ocasión para hablar á dicha señora de las cosas del servicio de Dios, é hizolo con tal eficacia, que conmovida

Doña Elena, prometió antes de despedirse hacer á su costa capilla donde colocar cual convenía al Santísimo Sacramento, sin perjuicio de ayudar para lo demás de la casa. Con esto, y algunas limosnas más venidas de manos piadosas, dióse principio á la obra, que gracias á la actividad del P. Heredia, pudo estar al cabo de dos meses, sino del todo concluida, al menos en disposición de poderse trasladar á ella las pobres monjas.

Nunca deja el Señor sin galardón las buenas obras, ni fué pequeño el beneficio que recibió Doña Elena por haber contribuido con mano larga á obra tan meritoria. Con luz que recibió del cielo, comenzó á conocer lo engañoso y despreciable de las cosas de este mundo. También comprendió cómo aquellas Carmelitas Descalzas, apartadas del comercio de los mortales, iban por el camino más seguro y acertado que conduce á la eterna felicidad, y habíalas envidia no obstante su encerramiento y penitencia. Tenía una hija la piadosa señora, y conversando con ella le decía: No es esta gente de la tierra, aunque en ella mora, sino del cielo donde tienen fijas sus esperanzas. Engañadas vamos las que seguimos las pisadas del mundo, mientras ellas van por camino verdadero. Desprecian, y con razón, lo que el mundo ciego ama é idolatra, y viven más contentas con su pobreza y privaciones por Cristo, que nosotras en medio de pasatiempos y regalos. Ellas huyen de la honra vana que nos atormenta, dan de mano á los deleites de la carne, á todo lo visible son superiores, no temen el morir, y gozan de la paz del alma. Con semejantes pláticas de tal modo Doña Elena movió el corazón de su hija, que renunciando ésta á halagüeñas esperanzas, y hollando cuanto el mundo aprecia, aspiró á bienes verdaderos y macizos, vistiendo el humilde hábito de Carmelita Descalza. Siguióla más tarde la madre con grande edificación de cuantos la conocían.

Así paga el Señor el desprendimiento de las almas generosas, dándoles conocimiento claro de la vanidad y engaño de los bienes que ofrece el mundo, y ánimo bastante para saberlos despreciar.

Trasladadas ya las Carmelitas al monasterio recién fabricado, dirigiéronse los pensamientos de la Santa á dejar bien sentada la observancia y perfección religiosas, para lo cual ninguna cosa más eficaz que el ejemplo. Acudía á coro con puntualidad, era la primera en la guarda del silencio y demás observancias de la regla, y gustaba tanto de los oficios humildes, que cuando sus hijas, llevadas del respeto y amor que la tenían, quitábanle el estropajo de las manos, solía decirles: *Miren, hijas, no me hagan floja, y déjenme trabajar en la casa del Señor.* En secreto, y á tiempo que nadie la viese, hacía las camas de las religiosas, principalmente las de las que se habían pasado de la Encarnación, consiguiendo de esta manera cautivar sus corazones, y enseñarlas el mérito de la humildad y el desprecio de sí mismas. No consentía en sus hijas nada que pudiera dar indicios de amor propio; y si alguna tenía en esto algún descuido, reprendíala con entereza. Estando un día haciendo la labor todas las religiosas juntas, sentadas en el suelo, cayóse el huso de la mano á la Subpriora, que por la ocupación que tenía, y estar algo enferma, encontrábase sentada en el lugar más alto que las demás. Atrevióse á mandar á una de las hermanas que se le levantase, y la Santa que lo oyó, dijo: *Bájese ella por él. No le basta por su necesidad y ocupación estar sentado en alto, sino que también quiere que la sirvan?* Aunque ponía mucho cuidado en el ejercicio de todas las virtudes, hacía lo principalmente respecto de la humildad, en la cual deseaba que sus monjas estuviesen tan aventajadas, que reprendía con aspereza, y castigaba con rigor cualquiera quiebra que tuviesen

en ella. Mandó en cierta ocasión á una religiosa que recrease á las demás hermanas con algunas coplas espirituales, y como la tal religiosa dijese que mejor fuera contemplar entonces, y no cantar, pareció tan mal á la Santa, que, después de darle asperísima y pública reprehensión, envióla castigada á la celda, para que, escarmentada, aprendiese la estima que había de hacer de la obediencia.

Con tan buena dirección y Dios que ayudaba, «las monjas, escribe la Santa, iban ganando crédito en el pueblo y tomando con ellas mucha devoción, y, á mi parecer con razón; porque no entendían sino en como pudiese cada una servir más á nuestro Señor. En todo iban con la manera de proceder que en S. José de Ávila por ser una mesma la regla y constituciones. Comenzó el Señor á llamar algunas para tomar el hábito, y eran tantas las mercedes que les hacía, que yo estaba espantada. Sea por siempre bendito, amen; que no parece aguarda más de ser querido, para querer.»





CAPÍTULO III.

Habla la Santa con el Prior de Santa Ana, y con Fr. Juan de la Cruz, y persuádeles á que abracen la Reforma.—Ofrece D. Bernardino casa y huerta para monasterio de monjas en Valladolid.—Parte nuestra Madre para Alcalá de Henares, y pone en concierto á las Carmelitas de dicha población.—Visita en Madrid el monasterio de Descalzas de S. Francisco.—Fundación de Malagón.—El P. Juan de Avila lee el libro de la vida de la Santa.

AL mismo tiempo que la Santa procuraba con el ejemplo y palabra cimentar bien en la perfección á aquellas sus hijas de S. José de Medina que, gloria á Dios, iban por los mismos caminos que las de S. José de Ávila, no tenía olvidado el negocio de la reforma de Descalzos, el cual ocupaba lugar preferente en su corazón. Andaba de continuo pensando cómo y de quién se había de valer para dar comienzo á tan árdua empresa. Fijóse en el cielo y buena voluntad que el Prior de Santa Ana, Fr. Antonio Heredia,

mostraba en las cosas del servicio de Dios. Estábale por otra parte muy agradecida por la solicitud con que había acudido á las necesidades de las monjas, y aprovechando oportuna ocasión, manifestóle los vivísimos deseos que tenía de que en la Religión Carmelitana hubiese frailes de la primitiva observancia, y cómo contaba ya con licencia del Rmo. P. General para la fundación de dos conventos. Alegróse de ello el Padre Heredia, y prometió ser de los primeros que, llegado el caso, abrazarían la reforma. Tomólo nuestra Madre al principio como á burla, porque aunque tenía noticias de que era recogido, estudioso, y muy buen predicador, también sabía era algo curioso en el vestir, y cuidaba demasiado del adorno de la celda. Pareciale que no valdría para principio semejante, por carecer del espíritu de mortificación y desasimiento que era menester. Así se lo dijo al P. Prior como lo sentía, pero quedó agradablemente sorprendida cuando éste le aseguró y certificó hacía ya tiempo se sentía movido por interior impulso á abrazar vida más estrecha; y tanto era así, que ya tenía determinado dejar la mitigación de la regla que profesaba, para abrazar la aspereza de los Cartujos, á los cuales había hablado, y le tenían dada palabra de que le admitirían. Díjole entonces la Santa con mucha prudencia que se estuviese quieto en su Religión, y procurara ejercitarse por algún tiempo en el rigor de la primitiva regla, aguardando á que el Señor abriese camino para el establecimiento de la Reforma.

Cuando la Madre Teresa trataba de labrar una de las primeras piedras que habían de servir de fundamento á la Descalcez Carmelitana, ofrecióse venir á Medina cierto P. Maestro de la Orden, el cual traía de compañero á un religioso mancebo que acababa de ordenarse de misa, y terminar la carrera de los estudios

en Salamanca. Llamábase el joven carmelita Fr. Juan de Santo Matía, (más tarde apellidóse *de la Cruz*) tan fervoroso y dado á cosas de virtud, que era la admiración de cuantos le conocían. Visitando dicho P. Maestro á la Santa, tuvo ésta ocasión de oír hablar del espíritu de penitencia que animaba al observantísimo Fr. Juan. Como nuestra Madre era tan lince en esta materia, pronto echó de ver que el tal Padrecito sería muy á propósito para la empresa que meditaba. Estando encomendando el negocio en la oración, entendió que Fr. Juan había de ser el primero que se descalzase y diera comienzo á la Reforma. Después de esto quiso hablarle, pero el recogido Carmelita no gustaba de conversar con mujeres, aunque fuesen santas; y solo instado por el P. Pedro de Orozco, que así se llamaba el mencionado Maestro de la Orden, accedió á ir á visitarla. Ambos estaban animados de un mismo espíritu, y luego en la edificante plática se descubrieron mutuamente aquellos corazones abrasados en amor de Dios. Manifestó Fr. Juan como tenía pensadó retirarse á la Cartuja, á donde parece le llevaba la inspiración de la gracia, y que no descansaría hasta verlo conseguido. Salióle al encuentro la discreta Fundadora, y le hizo presente cuánto mayor servicio haría á Dios y á nuestra Señora, si aquel rigor de vida que pensaba abrazar, pasándose á los Cartujos, lo ejercitaba sin salir de la Orden, descalzándose y profesando la primitiva observancia. Dijole también que, si su intento era hacer en el retiro vida más penitente, podíalo conseguir sin dejar el hábito de la Virgen que traía, con solo seguir la Reforma. Aconsejóle por fin que diese treguas á su fervor, hasta que el Señor proveyese de casa donde poder dar comienzo á vida más perfecta; y que no desperdiciaría el tiempo, enterándose entre tanto bien por menudo de las observancias y costumbres de la Orden en sus

principios, con el fin de formar las Constituciones que se habían de guardar. Rindióse el humilde Fr. Juan á las persuasivas razones de la Santa, dándole palabra de abrazar su consejo, á condición de no alargarse por mucho tiempo el establecimiento de la Reforma.

Cuando nuestra Madre pudo contar con dos religiosos de tan buenas condiciones para el intento, dilatóse su corazón de alegría, y pareciale ver ya la cosa hecha. Mientras el Prior de Santa Ana, firme en su resolución, medraba en espíritu, y adelantaba en virtud, mostrándose cada vez más decidido á emprender vida de más rigor, esperaba nuestra Madre que, llegada la hora, había el Señor de proporcionar casa que fuese la cuna de la suspirada Descalcez Carmelitana. En tanto, fué preciso atender á otras fundaciones de conventos de monjas en que nos ocuparemos ahora.

Habiendo tenido noticia D. Bernardino de Mendoza, hermano del Ilmo. D. Álvaro y de Doña María, del mismo apellido, de las fundaciones que la Madre Teresa hacía, ofrecióle para monasterio una casa con muy buena huerta que poseía en las afueras de Valladolid. Aunque el lugar no era el más á propósito, por encontrarse bastante desviado de la ciudad, fué aceptada la generosa oferta, teniendo para sí la Santa que una vez tomada la posesión, que era lo principal, fácilmente podrían después trasladarse á otro punto de mejores condiciones. Bien quisiera el desprendido D. Bernardino que sus deseos tuviesen luego cumplimiento, pero la Santa hubo de rendirse á las instancias de Doña Leonor Mascareñas, aya que había sido de Felipe II, la cual con urgencia le pedía fuese al monasterio de Alcalá, fundado por María de Jesús, de la que ya tiene el lector noticia, para que con su buen ejemplo y prudentes medidas estableciese en él el buen gobierno de que carecía. Añadiase á esto que Doña Luisa de la Cer-

da, aquella señora viuda que para bien propio y de sus familiares había tenido la dicha de gozar por largo tiempo de la dulce compañía de Teresa, deseaba costear en Malagón otro convento de Carmelitas Descalzas, y queriendo nuestra Madre acabar de una vez así con esta fundación que se ofrecía, como con el arreglo del monasterio de Alcalá, fué preciso dar treguas por algún tiempo á los piadosos deseos de D. Bernardino, bien que harto contra su voluntad.

Tenia que hacer en este tiempo Doña María de Mendoza viaje á Úbeda, y sabiendo la determinación de la Santa de ir á Malagón, pasando por Madrid y Alcalá, rogóla fuese en su compañía hasta la córte. Quiso complacerla nuestra Madre, y dejando por priora del monasterio de Medina á la Inés de Jesús, emprendió el viaje, llevando consigo á dos monjas de S. José de Ávila. En llegando á Madrid, apeáronse en el palacio de Doña Leonor Mascareñas, que las recibió con grandes demostraciones de alegría. Las amigas de esta señora, unas por curiosidad, y otras por devoción, todas deseaban ver y tratar á la M. Teresa, que bien escudada de su humildad y discreción, usó de trato ordinario y llano entre aquellas encopetadas señoras, las cuales esperaban presenciar algún milagro ó cosa parecida. Después de los saludos y cortesías de costumbre, comenzó la conversación diciendo: *Qué buenas calles tiene Madrid*, y la prosiguió, tratando cosas indiferentes, de modo que nada pudieran advertir en ella de extraordinario. Las que pensaban ver algún portento, tuviéronla por monja ordinaria, mientras que otras más perspicaces, debajo de aquellas maneras ordinarias y familiares no dejaron de descubrir un fondo de prudencia y santidad poco común. Visitó á instancias de la Princesa D.^a Juana, hermana del Rey, el convento de las Descalzas de S. Francisco por ella fundado; y en

los quince días que con las religiosas estuvo, por más que procuró encubrir con el velo de la humildad los efectos extraordinarios de las divinas influencias, no podía tener oculto el resplandor de sus virtudes heróicas. Admirada la Abadesa, hermana de San Francisco de Borja, de la encantadora santidad de la Madre Teresa, decía: Bendito sea Dios que nos ha dejado ver una santa á quien todos podemos imitar; ella habla, duerme y come como nosotras, y conversa sin ceremonias y melindres de espíritu. De Dios es sin duda el que ella tiene, pues es sincero y sin ficción, y vive entre nosotras como él vivió.

El tiempo urgía, y no queriendo la Santa dilatar por más tiempo el objeto de su viaje, partióse para Alcalá en compañía de Doña María y sus dos religiosas el 21 de Noviembre de 1567. Gobernaba el monasterio que iba á visitar, la ya conocida María de Jesús, la cual, aunque en deseos y buena voluntad andaba muy medrada, no lo era así en discreción y prudencia. Llevada de su fervor, había puesto en grandísimo aprieto á las religiosas, que, no pudiendo soportar tanta aspejeza como la Fundadora deseaba se guardase, iban enfermando unas tras otras. Por eso cuando la Santa llegó al convento, recibiéronla como venida del cielo, y pusieronse todas á sus órdenes, sin exceptuar María de Jesús, que, como procedía de buena fé, ninguna dificultad tuvo en entregar las llaves del monasterio. Comenzó desde luego Teresa á hacer los oficios de madre y de maestra, llevando á aquellas dóciles Carmelitas con discreción y dulzura por el camino de la observancia de la regla. Resolvióles las dudas que tenían, dióles luz y aliento para proseguir con acierto por el camino de la perfección, y á todas dejó contentas. Los admirables ejemplos de virtud que en ella observaron, y los saludables consejos que de su boca

oyeron, quedaron grabados para siempre en su memoria.

Puesto ya en concierto el monasterio de Alcalá, era preciso cumplir con Doña Luisa, muy empeñada en la fundación de Malagón. Había de ser la casa con renta y esto es lo que detenía á la Santa, amantísima de la pobreza. Consultó el caso con el P. Báñez, confesor suyo muy estimado, el cual le dijo que puesto caso que el lugar era pequeño y pobre, y el concilio de Trento autorizaba á las Religiones para que pudieran gozar de renta, no era bien dejar la dicha fundación tan del servicio de Dios. Alentada nuestra Madre con el parecer del docto Dominico, resolvióse á llevar adelante la fundación, cuyas condiciones concertó con Doña Luisa en Toledo de vuelta de Alcalá antes de la cuaresma del 1568. «Dió, dice la Santa á este propósito, bastante renta, porque siempre soy amiga de que sean los monasterios, ú del todo pobres, ú que tengan de manera que no hayan menester las monjas importunar á nadie para todo lo que fuere menester» (1).

Medida prudente y de acertado gobierno, porque acontece con las comunidades religiosas que si desde un principio se han fundado de limosna, en habiendo caridad, nunca les falta el necesario sustento; mas si la fundación se ha hecho con renta, y ésta no llega á bastar, como los seglares no lo tienen en cuenta, pásanlo aquellas muy mal, según al presente sucede en algunos conventos de monjas.

Hechas las escrituras en las que se aseguraba la renta, mandó la Santa venir cuatro religiosas más de San José de Ávila, las cuales en compañía de Doña Luisa llegaron á Malagón, y pararon en un castillo de dicha señora, mientras se arreglaba la casa donde ha-

(1) Fund. c. IX.

bían de morar. El día Domingo de Ramos fué todo el pueblo en procesión á la fortaleza donde se encontraban las Carmelitas, y llevadas á la iglesia del lugar, tomóse de aquí el Santísimo Sacramento, y con grandísima devoción fueron conducidas al monasterio. Encontrábase situado en la plaza, donde el ruido de las gentes servía de estorbo para la oración y recogimiento de las religiosas, y esto fué causa de que se tratase de hacer el monasterio de nueva planta en otro punto más retirado, para lo cual se prestaba generosa Doña Luisa. Cuéntase que saliendo la Santa á fijar el sitio donde se había de edificar, en llegando á uno que parecía muy á propósito dijo á los que la acompañaban: *Dejémosle para frailes descalzos de San Francisco, que aquí han de fundar*. Así sucedió al cabo de algunos años; por donde echaron de ver los que tal oyeron el espíritu profético con que la Madre Teresa hablaba. Pasaron más adelante hasta llegar cerca de un olivar, y haciendo alto la Santa, dijo: *He aquí el lugar que Dios tiene escogido para mi convento*.

Á este nuevo monasterio no se trasladaron las monjas hasta Diciembre del 1579; y entonces ocurrió lo que se dirá más adelante.

Ya dejamos dicho que la tercera de las fundaciones fué hecha con renta. Esto de no estar fundado el monasterio en pobreza era una espina que punzaba el corazón de la Santa. Puesta un día en oración, y acaso pensando si en ello habría agradado á Dios, entendió que en aquella casa se había de servir mucho al Señor. Apretada otra vez del mismo pensamiento, tuvo la siguiente visión, que ella refiere así: «Acabando de comulgar, segundo día de Cuaresma en S. José de Malagón, se me representó Nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria como suele, y estando yo mirándole, ví que en la cabeza, en lugar de corona de espinas,

en toda ella (que debía ser adonde hicieron llaga) tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota de este paso, consolóme mucho, y comencé á pensar, qué gran tormento debía ser, pues había hecho tantas heridas, y á darme pena. Dijome el Señor que no le tuviese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije que qué podía hacer para remedio de esto, que determinada estaba á todo. Dijome: Que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese priesa á hacer estas casas, que con las almas de ellas tenía él descanso. Que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener adonde, no le servían, *y que las que hiciese en lugares pequeños, fuesen como ésta; que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras.....*» (1)

Aun no restablecida de su enfermedad la Santa, dióse prisa á salir de Malagón el 19 de Mayo de 1568. Los trabajos del camino, y cuanto hubo de padecer después, y las impresiones que traía respecto á la nueva casa fundada, escríbelo á Doña Luisa desde Toledo. «Mire, le dice, lo que nos va en su salud. La mía ha sido harto ruín en estos días. Á no hallar el regalo que V. S. tenía mandado en esta casa, fuera peor; y ha sido menester porque con el sol del camino, el dolor que tenía, cuando V. S. estaba en Malagón, me creció de suerte, que cuando llegué á Toledo, me hubieron luego de sangrar dos veces; que no me podía menear en la cama, según tenía el dolor de espaldas hasta el cerebro, y otro día purgar, y así me he detenido ocho días aquí, que mañana los hará, que vine viernes, y me parto bien desflaquecida, porque me sacaron mucha sangre, mas buena... En forma vengo contentísima, y V. S. lo esté, y crea que no hará falta mi ausencia á la religión

(1) *Escrit. de S. Ter.* t. I. p. 151.

de la casa, que con la mucha que ellas tienen, y tal confesor, y el cura que no las olvidará, yo espero en Dios irán cada día más adelante y no dudo de ello... Voime por Escalona, que está allí la Marquesa (de Villena y Escalona), y envió aquí por mí... Estaré medio día no más, si puedo, y esto porque me lo ha enviado á mandar mucho Fr. García, que dice se lo prometió, y no se rodea nada. Los de casa de V. S. están harto recogidos y solos... Ya estoy harto cansada, y así no digo más... Olvidádoseme había que me ha dicho de una monja nuestro padre, muy letora, y de partes que á él le contenta... Más la quiero que traer monjas tontas...» (2).

Por esta carta á Doña Luisa sabemos también cómo la Madre Teresa, siempre solicita en procurar de todas maneras el bien de las almas, había dado trazas para que una piadosa mujer, mantenida á costa del monasterio, enseñase á las muchachas del lugar, á la vez que las labores de manos, la doctrina cristiana. Manifiesta en ella además la Santa el empeño grande que tenía de que el libro de su vida fuese examinado por el Maestro Juan de Ávila á fin de que, como hombre de mucho espíritu y experiencia, diese su parecer en cosa de tanta monta. «Ya escribí á V. S. en la carta que dejé en Malagón, dice refiriéndose á este punto, que pienso que el demonio estorba que ese mi negocio no vea el M. Ávila; no querría que se muriese primero, que sería harto desmán. Suplico á V. S. pues está tan cerca, se le envíe con mensajero propio, sellado, y le escriba V. S. encargándole mucho, que él ha gana de verle, y le leerá en pudiendo».

Es de advertir que para estas fechas tenían ya examinado y aprobado el dicho libro de la *Vida* los

(1) Carta III.

PP. Dominicos Ibáñez, Báñez y García de Toledo; pero deseaba la Santa mayor seguridad aún, disponiéndolo así la Divina Providencia á fin de que fuesen bien examinados y depurados los hechos sobrenaturales de la misma, y en los siglos venideros no se tuvieran por ilusiones y desatinos las maravillosas mercedes hechas por Dios á su Sierva. El P. Ávila vino en efecto á poner el sello de la seguridad, cuanto cabe en lo humano. Recibió y leyó con detenimiento la *Vida* de la Santa; y en carta escrita desde Montilla el 12 de Setiembre del 1568, después de emitir su autorizado parecer, dicele así: «Vuesa merced siga su camino; mas siempre con recelo de los ladrones, y preguntando por el camino derecho; y dé gracias á nuestro Señor que le ha dado su amor y el propio conocimiento, y amor de penitencia y de cruz; y de estotras cosas no haga mucho caso, aunque tampoco las desprecie, pues hay señales que muy muchas son de parte de nuestro Señor; y las que no son, con pedir consejo, no le dañarán.....» (1).

(1) Escrit. de S. Ter. t. I. p. 134.





CAPÍTULO IV.

Tiene la Santa noticia de la muerte de D. Bernardino y sabe por revelación que su alma se hallaba en el Purgatorio.—Ofrecenle casa en Duruelo para dar comienzo á la reforma entre los religiosos.—Descripción que hace de la casa ofrecida.—Da cuenta al Prior de Santa Ana y á Fr. Juan de la Cruz de la proporción que tenían para fundar.—Sale á toda prisa de Medina para Valladolid, y aquí ve fuera de pena el alma de don Bernardino.—Dónde vino á quedar la fundación de dicha ciudad.

LA Santa, conforme al itinerario que se había propuesto seguir, salió de Toledo el 28 de Mayo, llegó á Escalona el 30 del mismo mes, donde fué muy bien recibida y obsequiada de la Marquesa de Villena, y el 2 de Junio, rendida del camino, y grandemente fatigada del sol, encontrábase de regreso en Ávila.

Dejamos dicho en el capítulo pasado que la Santa, sintiéndose aún enferma, partió de Malagón. Réstanos

ahora saber qué es lo que motivó tan apresurada salida. No ignora el lector cómo estando nuestra Madre en Medina, antes de ir á la fundación que queda referida, había aceptado el ofrecimiento que el hermano del Ilmo. D. Álvaro le hiciera de casa y huerta en las afueras de Valladolid para monasterio de monjas. Encontrábase en Alcalá la celosa fundadora cuando recibió la inesperada noticia de que D. Bernardino había fallecido en Úbeda con muerte casi repentina, y sin confesión, aunque gracias al Señor, con señales inequívocas de verdadera contrición. Pesarosa la Santa, y con temor de si se habría salvado, encomendábale con muchas veras á Dios para que, si estaba en el purgatorio, fuese luego á la gloria. Estando una vez pensando en esto, díjole el Señor, que la salvación de aquel caballero había estado en harta ventura, pero que gracias al servicio hecho á su Madre en dar la casa para monasterio, había tenido misericordia de su alma, la cual no saldría de pena hasta dicha en él la primera misa.

Con tal noticia dióse prisa nuestra Madre á ir luego á Valladolid, pero el negocio de que ahora hablaremos, retardó el viaje á dicha ciudad más de lo que ella quisiera.

Vivía en Ávila cierto caballero, llamado D. Rafael Mejía Velázquez, el cual, teniendo noticia de que la Madre Teresa trataba de restablecer la primitiva observancia entre los religiosos Carmelitas, ofrecióle, sin haberla antes conocido ni hablado, una casa que poseía en Duruelo. Alegróse sobremanera la Santa con la generosa oferta, teniéndolo por especial providencia del Señor, y dejó concertado que, pues había de pasar por Medina, para ir á la fundación de Valladolid, y la dicha casa de Duruelo se hallaba cerca del camino, de paso que hacía este viaje, iría á verla. Salió en efecto de Ávila á últimos de Julio, acompañada de una religiosa

y del P. Julián. «Y aunque partimos, dice nuestra Madre, de mañana, como no sabíamos el camino, errámosle; y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relación de él. Así anduvimos aquel día con harto trabajo, porque hacía muy recio sol; cuando pensábamos estábamos cerca, había otro tanto que andar. Siempre se me acuerda del cansancio y desvarío, que traíamos en aquel camino. Así llegamos poco antes del anochecer. Como entramos en la casa, estaba de tal suerte, que no nos atrevimos á quedar allí aquella noche, por causa de la demasiada poca limpieza que tenía, y mucha gente del agosto. Tenía un portal razonable, y una cámara doblada con su desván, y una cocinilla: este edificio todo tenía nuestro monasterio. Yo consideré que el portal se podría hacer iglesia, y el desván coro, que venía bien, y dormir en la cámara. Mi compañera, aunque era harto mejor que yo, y muy amiga de penitencia, no podía sufrir que yo pensase hacer allí monasterio, y así me dijo: Cierito madre, que no hay espíritu, por bueno que sea, que lo pueda sufrir: vos no trateis de esto. El Padre que iba conmigo, aunque le pareció lo que á mi compañera, como le dije mis intentos, no me contradijo. Fuímonos á tener la noche en la iglesia, que para el cansancio grande que llevábamos, no quisiéramos tenerla en vela» (1)

Venida la mañana, envió nuestra Madre al P. Julián á Olmedo donde se encontraba D. Álvaro, con el fin de pedir á éste cartas de recomendación para que el Abad de Valladolid diese facilmente la necesaria licencia. También le suplicaba negociase con el Provincial pasado y con el actual el beneplácito requerido, según disposiciones del Rmo. Rubeo, para la fundación del primer monasterio de Carmelitas Descalzos. No bien

(1) Fund. c. XIII.

hubó la Santa llegado á Medina, cuando volvió el Padre Julián con la contestación del Ilmo. D. Álvaro; el cual sé tomó tanto interés en el asunto, que despachó á su mismo secretario, D. Juan Carrillo, para que negociase con más eficacia lo que deseaba la Madre Teresa.

Era de tanta importancia el establecimiento de la Reforma, y considerábala nuestra Madre tan del servicio de Dios, que aunque urgía el viaje á Valladolid, hubo de detenerse en Medina por algunos días, con el fin de negociar lo que convenia para el caso. Dió cuenta al P. Heredia de la casa que se les proporcionaba en Duruelo, y cómo, aunque estrechísima y pobre, convenia aprovecharse de ella por entonces, para que el Provincial y Ex-Provincial no tuviesen dificultad en asentir á la fundación, viéndoles en morada tan poco envidiable. Había puesto el Señor tanta determinación en el ánimo del Prior de Santa Ana, que lejos de arredrarse al oír de las estrecheces y pocas comodidades de la casa, dijo á la Santa, que aparejado estaba á vivir por amor de Dios aunque fuese en una pocilga. Del mortificado Fr. Juan no hay que hablar, porque en padecer por Cristo tenia todas sus delicias. De suerte que solo faltaba ganar las voluntades de los dichos Superiores, lo cual esperaba la Santa alcanzar con el favor de Dios, y en esta inteligencia encargó al P. Antonio fuera allegando algunas cosas precisas.

Tomadas estas disposiciones, estando un día en oración entendió del Señor que se diese prisa á salir de allí, porque el alma del caballero padecía mucho. La compasiva Madre que no se había detenido á fundar en Toledo, por atender presto al bien del alma en pena, y que únicamente, obligada por la necesidad de urgentísimos negocios, había retardado su viaje á Valladolid, partió luego de Medina, acompañada de Fr. Juan de la

Cruz y algunas monjas. Harto fatigada del camino, llegó á las afueras de la capital de Castilla en la mañana del 10 de Agosto de 1568, día de S. Lorenzo. De buena gana se detuviera á descansar en la hacienda destinada á la fundación, distante como un cuarto de legua de la ciudad; mas hubo de recargar el cansancio que traía, por haber de oír misa en un convento de Carmelitas Calzados, situado á la entrada de la población. Cuando vió la casa donde se había de hacer el monasterio, dióle harta congoja, por parecerle gran desatino tener monjas tan apartadas de la ciudad y casi tocando con el río. (1) La huerta era cierto deliciosa y no faltaba rico y grande viñedo, pero inmediata al caudaloso Pisuerga, no podía menos de ser mal sana. Aumentaba la congoja de la Santa el ver que el P. Julián, á quien había enviado adelante á negociar la licencia, aun no la tenía alcanzada, aunque sí le habían dado grandes esperanzas de despacharla en breve. Disimuló la pena cuanto pudo, por no desanimar á sus compañeras, y esperando en Dios que todo se remediaría, hizo muy secretamente venir oficiales, y comenzó á poner tapiales en lo que era menester para el recogimiento y clausura.

Llegóse en tanto un Domingo, y para que las religiosas pudieran oír misa, sin necesidad de salir de allí, vino el Provisor al lugar donde tenían aderezado altar, y con licencia del dicho Provisor dijola el P. Ávila, el cual afirma que cuando dió de comulgar á la Santa Madre, vióla con grande arrobamiento, siendo la causa lo que ella misma cuenta. «Yo estaba, dice, bien descuidada de que entonces se había de cumplir lo que se

(1) Más de una vez hemos tenido ocasión de ver la cruz donde es tradición estuvo la primera casa de Carmelitas en Valladolid. Encuéntrase en la posesión que llaman, y es ribera de los Ingleses, distante como un cuarto de legua de la ciudad, bañada en toda su longitud por la margen izquierda del río Pisuerga.

me había dicho de aquel alma; porque, aunque se me dijo que saldría de pena á la primera misa, pensé que había de ser á la que se pusiese el Santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote á donde habíamos de comulgar con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo á recibirle, junto al sacerdote se me representó el caballero, que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre, puestas las manos, y me agradeció lo que había puesto por él, para que saliese de purgatorio, y fuese aquel alma al cielo. Y cierto, que la primera vez que entendí estaba en carrera de salvación, que yo estaba bien fuera de ello y con harta pena, pareciéndome que era menester otra muerte para su manera de vida; que aunque tenía buenas cosas, estaba metido en las del mundo. Verdad es que había dicho á mis compañeras que traía muy delante la muerte. Gran cosa es lo que agrada á nuestro Señor cualquier servicio que se haga á su majestad, y grande es su misericordia. Sea por todo alabado y bendito, que así paga con eterna vida y gloria la bajeza de nuestras obras, y las hace grandes, siendo de pequeño valor» (1).

Aquí es donde quisiera esforzarme para hacer ver cuánto sea el poderío y eficacia de la limosna, hecha para cosas del servicio de Dios, y de su Madre la Virgen María. Nunca diremos que el pecador, siendo limosnero, haya de estar descuidado de las consecuencias fatales de su mal vivir; porque sabido es que el hombre muerto en pecado mortal condenarse ha irremisiblemente, aunque en vida haya hecho cuantiosas limosnas. Pero, si esto es verdad, también lo es que el Señor, compadecido algunas veces del alma que se encuentra en mal estado, y próxima á dejar para siempre este mundo, y por ventura sin poder hacer uso de

(1) Fund. c. X.

la palabra, atiende misericordiosamente á las limosnas que ha hecho en vida, y dale luces y gracias eficaces para que allá en su interior se arrepienta de sus pecados, y se haga digno de su amistad y gracia. Cosa parecida entendemos haber acontecido á D. Bernardino, muerto casi de repente en Úbeda.

Si no temiera salir de propósito, extendiérame aquí en hacer patente cuán acertados andan los que á imitación de este piadoso caballero, sin perjuicio de sus obligaciones, hacen donación de sus casas y haciendas, con el fin de que se levanten y sostengan monasterios así de frailes como de monjas. Ríanse enhorabuena los impíos é incrédulos, y miren lo dicho con desdén los tibios cristianos, más ocupados en atesorar con ahinco riquezas, que no en remediar la necesidad del pobre con limosnas. Quien tenga sano criterio, y por maestra á la historia, convencido quedará de que las comunidades religiosas son sin comparación de más provecho para la sociedad, y contribuyen con más eficacia á su bienestar que los adelantos todos de las artes y las ciencias. ¿Qué fuera del mundo sin las oraciones de los justos? ¿Y dónde principalmente se encuentran esas almas que, haciendo particular amistad con Dios, desarman unas veces su terrible brazo vengador, y otras alcanzan el remedio para las grandes necesidades que afligen á los mortales? En los asilos del venturoso claustro, apartados del mundo y de sus vanidades es donde moran esos seres privilegiados, los cuales al mismo tiempo que abrazados con Cristo labran su corona y eterna dicha, hacen descender raudales de gracias para sus semejantes, en especial para los que á ellos se encomiendan. Date prisa, decía el Señor á su Sierva Teresa, á fundar éstos monasterios, y admite cuantas casas te ofrezcan, porque en ellas tengo mis delicias. Pues si Dios toma en cuenta

cualquier servicio que se le hace por insignificante que parezca, ¿con cuánta mayor razón sabrá galardonar á los que de algún modo contribuyen á levantar esas casas de Religión, que son las florestas donde se recrea el Rey de la Gloria? Abran el ojo los acaudalados que aun tienen fe, y mirando por el eterno porvenir, piensen en la mejor manera de emplear con acierto alguna parte de sus atesoradas riquezas. En la otra vida de nada les ha de servir cuanto en esta gasten por fomentar el orgullo y vanidad; pero de mucho les podrán valer las limosnas que pongán en manos del necesitado, y nada habrán perdido con cuanto contribuyan al sostenimiento y propagación de las casas del servicio de Dios. Los tesoros que vienen á manos de los pobres, no serán consumidos por la polilla; y ¡quién sabe si de alguna de estas piadosas obras dependa la eterna felicidad!

Gozosa la Santa de ver ya fuera de pena el alma de D. Bernardino, solo aguardaba la licencia para la fundación del monasterio. Habiendo sido concedida, quedó inaugurado el 15 de Agosto, día de la Asunción de nuestra Señora año de 1568.

Los males que se temían no se hicieron esperar. Á los pocos días enfermaron todas las religiosas de calenturas, y ni el mismo Julián de Ávila se libró de unas cuartanas. Vierais aquí á nuestra Madre, mientras estuvo en pié, acudir solícita á las necesidades de sus hijas enfermas. Dábales de comer, haciales las camas, les limpiaba las celdas, y proporcionábales lo que era necesario para su alivio y consuelo. Tampoco se olvidaba de recrear á las que estaban sanas, y por darles gusto y descanso, perdía ella el suyo. Fatigada una vez de los trabajos del día, retirábase á la celda con el fin de descansar con Dios un rato á solas. Encontrándola una lega novicia dijo: Madre, ¿no piensa V. Reverencia es-

tar con nosotras? En verdad que no se ha de ir. Á lo cual con rostro alegre, y sonriéndose, respondió la Santa. Sea norabuena, hija, pues ella así lo quiere; y diciendo esto, fué á donde estaban las hermanas, y las recreó.

El monasterio no podía continuar por mucho tiempo en lugar tan poco sano, y comprendiéndolo así Doña María de Mendoza, que ya había vuelto de su viaje á Úbeda, y se encontraba en Valladolid, propuso á la Santa el cambio de la casa y huerta que su hermano D. Bernardino les había cedido, por otra que ella les proporcionaría de mejores condiciones, más cerca de la ciudad. Aceptó, como era de esperar, la proposición, y en tanto que el nuevo monasterio se hacía, compadecida dicha señora de lo mal que lo pasaban las religiosas, llevólas á su propia casa, (1) y dióles habitación aparte, donde pudieran estar con el conveniente recogimiento; y sustentólas con mucha caridad. Arreglado ya el nuevo monasterio, trasladáronse á él día de San Blas de 1569. Lleváronlas en solemne procesión, á la que asistieron el Obispo de Ávila, la clerecía y comunidades de religiosos, y lo más granado de la ciudad.

(1) Por unos apuntes que las Carmelitas de esta ciudad conservan, se sabe que la dicha casa estaba situada en la calle del Rosarito, lindante con la iglesia por el lado donde ahora se encuentra el teatro de Calderón.





CAPÍTULO V.

Negocia nuestra Madre la licencia para la fundación de Duruelo.—Ofiécese otra fundación de monjas en Toledo.—De camino para Avila visita en Duruelo á los primeros Padres de la Reforma.—Parte para Toledo, y hace noche en el Tiemblo.—Dificultades que se presentan en la fundación de dicha ciudad.—Cómo el Señor se valió de un pobre estudiante para que la Santa encontrara casa.—Extremo de pobreza á que se vieron reducidas las Carmelitas.—Compran con la ayuda de Alonso Ramirez buena casa.—Habla la Santa con elogio de la observancia de sus hijas.



UNA de las cosas que, al despedirse la Santa en Medina del P. Antonio de Heredia, llamaban con preferencia su atención, era la fundación de Duruelo, cuna de la Descalcez Carmelitana. Así que llegó á Valladolid, procuró ganar la voluntad del Provincial, que á la sazón se encontraba en dicha ciudad, y como le encontrase poco dispuesto á dar el requerido consentimiento, hablóle con tal éfi-

cacia, y tan al vivo le pintó la cuenta que había de dar á Dios, si por su parte ño se llevaba á cabo obra tan santa, que al fin le rindió, y obtuvo lo que pretendia. El Provincial pasado, Fr. Ángel Salazar, resistia con pertinacia, mas hubo de necesitar del favor de Doña María de Mendoza, siempre pronta á secundar los intentos de nuestra Madre, y gracias á esto pudieron conseguir la licencia que faltaba. Sin perder tiempo dispuso la Santa que Fr. Juan, bien instruido ya en las observancias y manera de proceder que habían de tener como Descalzos, fuese luego á Duruelo, y arreglase la casa de modo que pudieran entrar en ella, antes que sobreviniese algún contratiempo. Había éste de pasar por Ávila, y tan satisfecha estaba la Santa de la singular virtud y espíritu del primer Carmelita Descalzo, que en carta escrita á últimos de Septiembre de 1568 á Francisco de Salcedo le dice así: «Hable vuestra merced á este padre, suplicoselo, y favorézcale en este negocio, que aunque es chico, (1) entiendo es grande en los ojos de Dios. Cierto él nos ha de hacer acá harta falta, porque es cuerdo, y propio para nuestro modo, y así creo le ha llamado nuestro Señor para esto. No hay fraile que no diga bien de él, porque ha sido su vida de gran penitencia, aunque ha poco tiempo. Mas parece le tiene el Señor de su mano, que aunque hemos tenido aquí algunas ocasiones en negocios, y yo que soy la misma ocasión, que me he enojado con él á ratos, jamás le hemos visto una imperfección. Ánimo lleva; mas como es solo, ha menester lo que nuestro Señor le da, para que lo tome tan á pechos. Él dirá á vuestra merced cómo acá nos va» (2).

(1) Alude á su corta talla. Mirando á la pequeña estatura de San Juan de la Cruz, solía decir Sta. Teresa con mucha gracia que contaba para la reforma con fraile y medio.

(2) Carta X.

Bien hubiera querido el Prior de Santa Ana haber acompañado al bendito Fr. Juan, pero había de hacer la renuncia en manos del Provincial, y era preciso aguardar. Vino una vez dicho Padre á verse con la Santa en Valladolid, la cual refiriéndose á esta entrevista dice: «El P. Fr. Antonio ya tenía algo allegado de lo que era menester: ayudábamosle lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí á Valladolid á hablarme con gran contento, y díjome lo que tenía allegado, que era harto poco: solo de relojes (de arena) iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome que para tener las oras concertadas, que no quería ir desapercibido: creo aun no tenía en qué dormir. Tardóse poco en aderezar la casa, porque no había dinero, aunque quisieran hacer mucho» (1).

Hizo por fin renuncia del priorato, y de vivir conforme á la regla mitigada, que hasta entonces había profesado, y prometió guardar la primitiva de San Alberto, declarada por Inocencio IV. Sin aguardar á más, partió á juntarse con su compañero Fr. Juan, que ya llevaba dos meses en Duruelo. El gozo que experimentó su alma al acercarse á dicho pueblecito, refiérelo la Santa por habérselo oído al mismo P. Heredia. «Dicho me ha el P. Fr. Antonio, que cuando llegó á vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que había ya acabado con el mundo, en dejarlo todo, y meterse en aquella soledad, á donde al uno y al otro no se le hizo la casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites» (2).

El 27 de Noviembre llegó el P. Antonio á Duruelo, y después de pasar la noche en fervorosa oración, díjose á otro día la primera misa de la inauguración, reno-

(1) Fund. c. XIV.

(2) Fund. c. XIV.

vando ambos delante del Santísimo Sacramento la renuncia de la regla mitigada, y prometiendo solemnemente guardar hasta la muerte el rigor de la primitiva observancia. Á ejemplo de la Madre Teresa, trocaron los apellidos que antes llevaban, tomando el P. Antonio el de Jesús, y Fr. Juan, el de la Cruz. Dieron el hábito al hermano corista Fr. José de Cristo, quedando el P. Antonio de prior, y Fr. Juan de maestro de novicios. Así dió principio la grandiosa obra de Santa Teresa por lo que toca á la Reforma de Carmelitas Descalzos.

Excusado parece encarecer la alegría que inundó el corazón de la celosa Madre al ver cumplidos sus deseos y realizadas sus esperanzas. En la cuaresma del 1569, yendo de Valladolid á la fundación de Toledo, tuvo el consuelo de visitar en Duruelo á los primeros Padres de la Reforma. Tan grabada quedó en su corazón la memoria de aquella casa, llamada por ella portálico de Belén, que nos dejó descripción minuciosa, y sobre manera edificante de lo que pudo ver y observar: «Llegué dice la Santa, una mañana: estaba el P. Fr. Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia, con un rostro de alegría que él tiene siempre. Yo le dije: *Qué es esto, mi padre? Qué se ha hecho la honra?* Dijome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenía: *Yo maldigo el tiempo que la tuve.* Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí; y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenían tantas cruces! ¡tantas calaveras!

Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía, para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción, que si fuera de cosa muy bien labrada.

· VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESUS ·



Visita la casa de Duruelo.

El coro era el desván que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas; mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa: tenían á los dos rincones hacia la iglesia dos ermitillas, á donde no podían estar sino echados ú sentados, llenos de heno, porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba sobre las cabezas, con dos ventanillas hacia el altar, y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe que después que acababan Maitines, hasta Prima, no se tornaban á ir, sino allí se quedaban en oración, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos, cuando iban á Prima, y no lo haber sentido... Pues como yo ví aquella casita, que poco antes no se podía estar en ella, con un espíritu, que á cada parte que miraba, hallaba con que me edificar, y entendí de la manera que vivían, y con la mortificación y oración, y el buen ejemplo que daban, porque allí me vino á ver un caballero, y su mujer que yo conocía, que estaba en un lugar cerca, y no acababan de decir de su santidad, y el gran bien que hacían en aquellos pueblos, no me hartaba de dar gracias á nuestro Señor, con un gozo interior grandísimo, por parecerme que vía comenzado un principio, para gran aprovechamiento de nuestra Orden, y servicio de nuestro Señor. Plega á su Majestad que lo lleve adelante, como ahora van, que mi pensamiento será bien verdadero. Los mercaderes que habían ido conmigo me decían que por todo el mundo no quisieran haber dejado de venir allí. ¡Qué cosa es la virtud, que más les agradó aquella pobreza, que todas las riquezas que ellos tenían, y les hartó y consoló su alma!

Después que tratamos aquellos padres y yo algunas cosas en especial, como soy flaca y ruin, les rogué mucho no fuesen en las cosas de penitencia con tanto rigor, que le llevaban muy grande; y como me había cos-

tado tanto deseo y oración que me diese el Señor quien lo comenzase y vía tan buen principio, temía no buscarse el demonio cómo los acabar, antes que se efectuase lo que yo esperaba. Como imperfecta y de poca fe, no miraba que era obra de Dios, y su Majestad la había de llevar adelante. Ellos como tenían estas cosas que á mí me faltaban, hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras; y así me fuí con harto grandísimo consuelo, aunque no daba á Dios las alabanzas que merecía tan gran merced. Plega á su Majestad, por su bondad, sea yo dina de servir en algo, lo muy mucho que le debo, amen; que bien entendía era esta muy mayor merced, que la que me hacía en fundar casas de monjas» (1).

Dejemos ahora prender este grano de mostaza de la Descalcez Carmelitana, que tantas lágrimas y suspiros ha de costar todavía á la Santa hasta verle desarrollado y con vida propia, y volvamos á ocuparnos en otras fundaciones que por diversas partes se ofrecían.

Aun no había acabado de acomodar á sus hijas en Valladolid, y ya Dios le abría campo á su celo en Toledo. Vivía en dicha ciudad un rico y piadoso mercader llamado Martín Ramírez, el cual pensaba antes de morir hacer una iglesia y fundar varias capellanías. Como el P. Pablo Hernández, de la Compañía de Jesús, tuviera noticia de ello, fué á visitar al bueno de Ramírez, que había caído gravemente enfermo, y le indicó, cómo haría gran servicio á Dios nuestro Señor, si la hacienda que intentaba gastar en tan buena obra, la empleaba en fundar un monasterio de Carmelitas Descalzas, donde también podría dejar las dichas Capellanías. Agradó al generoso mercader el pensamiento, pero tan enfermo se encontraba, que no pudiendo en-

(1) Fund. c. XIV.

tender por sí en el negocio, púsole todo en manos de un hermano que tenía, dándole amplios poderes para concertar lo que juzgase más conveniente en el asunto.

Muerto Martín Ramírez, su hermano Alonso y el P. Hernández acordaron escribir á la Santa, dándole cuenta de la ocasión que se presentaba para la fundación de un monasterio en Toledo. Como supiese la Madre Teresa cuánto gustaba el Señor de estas casas de religiosas, contestó admitiendo la fundación, y dando sus poderes al P. Hernández, para que negociase, mientras ella llegaba, lo que creyera oportuno. Conviniéron en poner el patronato del monasterio en cabeza de un hijo de Diego Ortiz, nieto de Alonso Ramírez, los cuales daban prisa á la Santa para que luego se presentase á fundar. Precisamente eran estas prisas cuando se encontraba en Valladolid, molestanda de importunas calenturas, y muy ocupada en el arreglo de la nueva casa, donde pensaba trasladar á sus monjas. Á principios de año del 1569 quiso Dios encontrara alguna mejoría, y con fecha 9 de Enero escribió á Diego de Ortiz diciendo: «Es nuestro Señor servido que me han faltado las calenturas. Yo me doy toda la prisa que puedo á dejar esto á mi contento, y pienso con el favor de nuestro Señor, se acabará con brevedad, y yo prometo á vuestra merced no perder tiempo, ni hacer caso de mi mal, aunque tornasen las calenturas, para dejar de ir luego; que razón es, pues vuestra merced lo hace todo, haga yo de mi parte lo que es nada, que es tomar trabajo alguno; pues no habíamos de procurar otra cosa los que pretendemos seguir á quien, tan sin merecerlo, siempre vivió en ellos» (1).

Por mucho que la Santa procuraba desembarazarse de los negocios para cumplir lo prometido, era preci-

(1) Carta XII.

so dejar primero á sus hijas bien acomodadas. Añadíase á esto que los fríos del invierno eran tan recios, que con dificultad pudiera ponerse en camino. Con el fin de excusar su tardanza, escribió á Alonso Ramírez con fecha 19 de Febrero, animándole al mismo tiempo á hacer rostro á las dificultades y trabajos que se ofrecieran en la fundación. «Estoy, le dice, desde el miércoles con la señora Doña María de Mendoza, que por haber estado mala no había podido verme, y tenía necesidad de comunicarle algunas cosas (1). Pensé estar solo un día, y ha hecho tal tiempo de frío, nieve y hielo, que parece no se sufría caminar, y así he estado hasta hoy sábado. Partiréme el lunes, con el favor de nuestro señor sin falta para Medina; y allí y en S. José de Ávila, aunque más prisa me quiera dar, me detendré más de quince días, por haber necesidad de entender en algunos negocios, y así creo los tardaré más de lo que había dicho. Vuestra merced me perdonará, que por esta cuenta que le he dado, verá que no puedo más: no es mucha la dilación. Suplico á vuestra merced, que en comprar casa no se entienda hasta que yo vaya, porque querría fuese á nuestro propósito, pues vuestra merced, y el que esté en gloria, nos hacen la limosna.

En lo de las licencias, la del Rey tengo por fácil con el favor del cielo, aunque se pase algún trabajo, que yo tengo experiencia que el demonio puede sufrir mal estas casas, y así siempre nos persigue; mas el Señor lo puede todo, y él se va con las manos en la cabeza.

Aquí habemos tenido una contradicción muy grande y de personas de las principales que aquí hay: ya se ha todo allanado. No piense vuesa merced que ha de dar á nuestro Señor solo lo que piensa ahora, sino mu-

(1) No sería la menos importante el haber visto á su hermano D. Bernardino fuera de pena.

cho más; y así gratifica su Majestad las buenas obras, con ordenar como se hagan mayores; y no es nada dar los reales, que nos duele poco. Cuando nos apedreen á vuestra merced y al señor su yerno, y á todos los que tratamos en ello, como hicieron en Ávila casi, cuando se hizo S. José, entonces irá bueno el negocio, y creeré yo, que no perderá nada el monasterio, ni los que pasáremos el trabajo, sino que se ganará mucho. El Señor lo guíe todo como ve que conviene. Vuestra merced no tenga ninguna pena. Plega á nuestro Señor halle yo á vuestra merced muy bueno, y á ese caballero yerno de vuestra merced (D. Diego Ortiz), en cuyas oraciones me encomiendo mucho, y en las de vuestra merced. Mire que lo he menester para ir por esos caminos, con harto ruin salud...» (1)

De este temple era el ánimo de la Santa, la cual lejos de acobardarse y retroceder delante de las contradicciones, cobraba con ellas mayor aliento y confianza, y teníalas por buen principio de la obra, y tanto mejor cuanto más ponía el demonio en estorbarla, que al fin y al cabo íbase *con las manos en la cabeza*.

El 21 de Febrero cuando aun apretaban bien los fríos, salió la intrépida Madre de Valladolid, visitó á sus hijas de Medina, y después de haber estado algunos días en S. José de Ávila, partió para Toledo con dos religiosas. En el camino hubieron de hacer noche en el Tiemblo, y se alojaron en la única posada que pudieron encontrar. Dióles el atento mesonero aposento cual convenía á su estado, sin reparar en que dicho aposento tenía ya tomado cierto desconocido caminante. Cuando éste volvió á la posada, y encontró su ropa fuera de donde la había dejado, púsose tan furioso, que espada en mano, fuese al mesonero, y

(1) Carta XIII.

quiso matar á él y á dos mozos que le defendían. No perdonó su desenfrenada lengua á las inocentes monjas, que por no presenciar la escena, se hubieran metido en el rincón más despreciable de la casa. Dió en decir que le habían robado el dinero, y no paró en ésto, sino que se presentó en queja al Corregidor. Enterado éste de lo ocurrido, puso á raya al misterioso viajero, el cual, viendo frustradas sus tentativas, cogió su ropa y fuese como un desesperado, sin saber más de él. No faltó quien sospechara, si acaso el demonio con aquellas apariencias había intentado poner á prueba la paciencia de las sufridas Carmelitas.

En su paso por Madrid, fué muy bien recibida de la Infanta Doña Juana, y por medio de ella dió á Felipe II, su hermano, ciertos avisos escritos, por donde echó de ver el cuerdo Rey que la Santa había penetrado sus más íntimos pensamientos. Deseó conocerla de vista, y también hablarle, mas cuando lo quiso ejecutar, ya nuestra Madre había salido para Toledo, á donde llegó el 24 de Marzo del 1569.

Fueron á parar á casa de D.^a Luisa, que los recibió con mucho amor, dándoles habitación donde poder estar con el recogimiento de un monasterio. Comenzó á tratar con los fundadores, y vió con disgusto que estos ponían ciertas condiciones en el negocio, con las cuales ella no se podía conformar. De modo que después de tanto andar, encontrábase la cosa peor aún que al principio; y como D. Diego, sobre todo, estuviese tan entero en sus exigencias, hubiéronse de quedar ellos con sus haciendas, y la Santa destituida de auxilio humano, pero con más ánimo que nunca. Determinó buscar casa alquilada, mientras que D.^a Luisa y el canónigo D. Pedro Manrique negociaban la licencia del Gobernador Eclesiástico. Dos meses habían trascurrido desde que llegó á Toledo, y las dificultades

parece se multiplicaban. Ni encontraban la casa que habían menester, ni el Superior Eclesiástico, instigado por los del Consejo, se mostraba propicio á otorgar la licencia. El celo por la honra y gloria de Dios consumía las entrañas de Teresa, y no pudiendo sufrir por más tiempo la injustificada irresolución de dicho señor, fué á una iglesia, y habiendo encomendado el negocio á Dios, dueño de los corazones, hizole llamar con aviso de que tenía que hablarle. Cuando le tuvo delante dijole con entereza y libertad cristiana: Es recia cosa, Sr. Gobernador, que habiendo mujeres deseosas de vivir apartadas del mundo con toda perfección, vengan los que nada de esto quieren, á poner trabas en cosa tan del servicio de Dios. Púsole delante la estrecha cuenta que había de dar en la otra vida si, por su causa, y movido de respetos humanos, no se llevaba adelante la fundación pretendida, la cual solo los enemigos de la Iglesia, y los mal avenidos con la virtud podían mirar con malos ojos. Dijole en fin que ninguna razón, digna de tomarse en cuenta, se alegaba para proceder como se hacía, habiendo por el contrario muchas para que se hiciese luego la fundación. Nunca el Gobernador Eclesiástico había escuchado, y menos de mujer, palabras de tanta autoridad, y que le hicieran tanta fuerza. Moviéronle de manera el corazón, que allí mismo sin salir de la Iglesia, concedió á la Santa cuanto deseaba.

Vencida la dificultad de la licencia, faltaba encontrar casa y dineros para dar comienzo á la fundación. Consistían las riquezas de las Carmelitas en un par de jergones, una manta y dos lienzos que, con tres ó cuatro ducados que la sobrarian del camino, habia comprado la Madre Teresa al llegar á Toledo.

Cuando andaban bien apuradas para hallar casa, aconteció venir á la ciudad un P. Franciscano llama-

do Fr. Martín, devotísimo de las fundaciones que la Santa hacía. Deseando ayudar á ésta de alguna manera, encargó al tiempo de marcharse á un estudiante á quien él confesaba, llamado Andrada, se presentase á la Madre Teresa, y le ofreciese servirla en lo que alcanzaran sus fuerzas. «Él, cuenta la Santa, estando un día en una iglesia en misa, me fué á hablar, y á decir lo que le había dicho aquel bendito; que estuviese cierta que en todo lo que él podía, que lo haría por mí, aunque solo con su persona podía ayudarnos. Yo se lo agradecí, y me cayó hartó en gracia, y á mis compañeras más, ver el ayuda que el santo nos enviaba, porque su traje no era para tratar con Descalzas. Pues como yo me ví con la licencia, y sin ninguna persona que me ayudase, no sabía qué hacer, ni á quien encomendar que me buscasse una casa alquilada. Acordóseme del mancebo que me había enviado Fr. Martín de la Cruz, y dijelo á mis compañeras; ellas se rieron mucho de mí, y dijeron, que no hiciese tal, que no serviría de más de descubrirlo. Yo no las quise oír, que por ser enviado de aquel siervo de Dios, confiaba había de hacer algo, y que no había sido sino misterio; y así le envié á llamar, y le conté, con todo el secreto que yo le pude encargar, lo que pasaba, y para este fin le rogaba me buscasse una casa, que yo daría fiador por el alquiler..... Á él se le hizo muy fácil, y me dijo que la buscaría. Luego otro día de mañana, estando en misa en la Compañía de Jesús, me vino á hablar, y dijo, que ya tenía la casa, que allí traía las llaves, que cerca estaba, y que la fuésemos á ver» (1).

Maravillada nuestra Madre y sus compañeras del buen éxito que habían tenido las negociaciones del piadoso Andrada, apenas acertaban á dar crédito á lo que

(1) Fund. c. XV.

oían. Fueron luego á ver la casa, y encontraron que era buena, y no se hartaban de dar gracias á Dios, y admirar su sapientísima providencia. «Muchas veces cuando considero, dice la Santa, en esta fundación, me espantan las trazas de Dios; que había cuasi tres meses (al menos más de dos que no me acuerdo bien) que habían andado dando vuelta á Toledo para buscarla personas tan ricas, y como si no hubiera casa en él, nunca la pudieron hallar: y vino luego este mancebo, que no lo era, sino harto pobre, y quiere el Señor que luego la halla» (1).

Habiendo contentado la casa á la Santa, quisiera verla luego desembarazada para tomar inmediatamente la posesión. También el dicho Andrada tomó á su cargo el ejecutar esta diligencia, é hizolo tan bien, que en el mismo día avisó á las Carmelitas que podían llevar al nuevo domicilio cuantos enseres tuvieran. Dijole nuestra Madre, que poco habrían de tardar en ello, por consistir todo su ajuar en los dos lienzos sabidos, los jergones y la manta. No pareció á las compañeras muy acertada la franca confesión de su pobreza, pues pensaban que, descubierta la grande necesidad en que se veían, no les ayudaría más el jóven estudiante. Pero no fué así, sino que quien le dió voluntad para comenzar la buena obra, dióselo hasta el fin; y muy solícito buscó sus oficiales, y no paró hasta dejar acomodada la casa á gusto de la Santa. Procuróse presto aderezo para decir á otro día la primera misa, y á boca de noche fuéronse á la casa con un oficial que habían menester, para tirar un tabique que salía á un pequeño patio por donde pensaban dar entrada desde la calle á la habitación destinada á iglesia. Anduvieron toda la noche limpiando, y poniendo en forma el aposento que había de

(1) Fund. c. XV.

servir de capilla, y al amanecer, cuando todo estaba dispuesto, comenzóse á derribar el mencionado tabique. Á los fuertes é inesperados golpes, despertaron despavoridas unas mujeres que dormían en la casa contigua, y pusieron el grito en el cielo, aunque con algunos dinerillos, y con la promesa de buscarlas casa donde poder vivir, consiguieron luego acallarlas.

Sosegado el alboroto de las mujeres vecinas, y llegada la hora oportuna, tañóse con una campanilla á misa, la cual dijo el P. Fr. Juan de la Magdalena, asistiendo á ella Doña Luisa y sus familiares. Puesto el Santísimo Sacramento, quedó tomada la posesión el 14 de Mayo de 1569.

Cuando la dueña de la casa alquilada supo lo que se había hecho de ella, y cómo de la noche á la mañana habíala convertido en monasterio de monjas, enojóse mucho con las Carmelitas que, ocupadas en conseguir lo principal de la fundación, ni siquiera habían reparado en los inconvenientes que por esta parte pudieran sobrevenir. Pero es el oro lenitivo poderoso para calmar irritaciones y enojos en la gente del mundo, y con la promesa de que comprarían la casa á buen precio, quedó la dueña apaciguada y contenta. Algo más difíciles de contentar estuvieron los Sres. del Consejo, aquellos que tanto habían puesto en que el Gobernador Eclesiástico no diese la licencia. Derramada por la ciudad la noticia de que las Carmelitas Descalzas se encontraban ya en posesión de su convento, pusieronse muy bravos los que no querían se hiciera; y, como no supiesen de la licencia dada por el Gobernador Eclesiástico, que á la sazón se hallaba ausente, prorrumpieron en amenazas de excomuniones, asegurando que presto se desharría el monasterio fundado por una mujercilla sin el debido consentimiento. Gracias al canónigo D. Pedro Manrique y al P. Fr. Vicente Barrón que, bien entera-

dos del negocio, pudieron aplacar á los que tal decían, la cosa no pasó adelante.

Quiso el Señor para remate de tantos trabajos y contradicciones dar á gustar á sus siervas de las dulzuras de la santa pobreza. Aconteció que ni la generosa Doña Luisa, ni otras personas conocidas de la Madre Teresa, advirtieran en la necesidad grande que de todo tenían las religiosas; de modo que se estuvieron por algunos días sin más ropa que los dos jergones y la manta, pasando por las noches harto frío. Nada diré de lo apretadas que se vieron por lo que toca al necesario sustento, pues olvidadas de todo el mundo hubieron de vivir casi de milagro. «Estuvimos algunos días, dice la Santa, con los jergones y la manta, sin más ropa; y aun aquel día ni una seroja de leña no teníamos para asar una sardina, y no sé á quien movió el Señor, que nos pusieron en la iglesia un hacecito de leña con que nos remediamos. Á las noches se pasaba algún frío, que le hacía; aunque con la manta, y las capas de sayal que traemos encima, nos abrigábamos, que muchas veces no aprovechan. Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora que me quería tanto, entrar con tanta pobreza: no sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien de esta virtud. Yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y ella no advirtió por ventura; que más que lo que nos podía dar soy á cargo» (1). En medio de tanta escasez y estrechura, nunca las fervorosas monjas tuvieron mayor contento y gozo espiritual. Y cuando las personas piadosas de la ciudad, echando de ver la necesidad de las Carmelitas, comenzaron á acudirles con abundantes limosnas, lejos de alegrarse, se entristecían cual si en ello perdiesen grandes ganancias. «Que es cierto, dice de sí la

(1) Fund. c. XV.

Santa, que era tanta mi tristeza, que no me parecía sino como si tuviera muchas joyas de oro, y me las llevaran y dejaran pobre, así sentía pena de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lo mismo, que como las ví mustias, les pregunté qué habían, y me dijeron: *Qué hemos de haber, madre, que ya no parece somos pobres*» (1).

Envió por más monjas á Malagón y Ávila, y viendo Alonso Ramírez que apesar de no haber ayudado con nada á la Santa, el monasterio quedaba fundado, y que cada vez era mayor la estima y devoción que el pueblo le tenía, quiso negociar de nuevo, poniéndose en términos más razonables que antes. No faltaron émulo que, mirando las cosas al estilo del mundo, quisieran persuadir á la Madre Teresa á que en manera alguna admitiese por patronos de la fundación á los de esta familia, alegando que, aunque ricos, no eran caballeros ni de noble linaje. Hacía la Santa poco caudal de estos miramientos humanos, porque siempre apreció más la virtud y las letras, que los títulos honoríficos y las riquezas. Pero eran tantos los que desde un principio habían ido al Gobernador Eclesiástico á hablarle de este asunto, que al conceder por escrito la licencia, habíala dado á condición de que el monasterio se hiciese con patronos de noble linaje. Teníala esto perpleja y muy fatigada, y un día, estando en oración, dijole el Señor: *Mucho te desatinarás, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él: ¿por ventura serán los grandes del mundo grandes delante de mí? ó habeis vosotras de ser estimadas por linajes, ó por virtudes?* Tras esto le hizo una reprehensión grande, porque daba oídos á los que le hablaban del negocio, con lo que se determinó nuestra Madre á

(1) Fund. id.

poner bajo el patronato de la familia de Alonso Ramírez la capilla mayor de la iglesia.

Con la ayuda de estos patronos, quienes de la testamentaria de Martín Ramírez aprontaron doce mil ducados, compróse una de las buenas casas de Toledo en el barrio de S. Nicolás, frente á la casa de la moneda, á donde se trasladaron al año siguiente de 1570. Llevaba la fundación anejas ciertas cargas de capellanías, para cuyo cumplimiento se ofrecieron algunas dificultades, que motivaron varias demandas y respuestas amigables entre D. Diego Ortiz y la Santa, la cual, abogando por sus monjas, le escribía en una ocasión de la siguiente manera, en extremo insinuante y graciosa: «Dice vuestra merced, que me envió la que trajo el P. Mariano, para que entendiese las razones que hay en lo que pide; y estoy desengañada de que vuestra merced las dice tan buenas, y sabe tan bien encarecer lo que quiere, que las mías tendrán poca fuerza, y así no pienso defenderme con razones, sino, como los que tienen mal pleito, ponerlo á voces, y darlas á vuestra merced, con acordarle á que está más obligado siempre á favorecer á las hijas que son huérfanas y menores, que no á los capellanes...» (1). Muerta nuestra Madre, los inconvenientes debieron de ir en aumento, y esto fué causa de que se pasaran en 1594 á la casa de Alonso Franco, la cual, por ser estrechísima, y de poco recogimiento, hubieron también de abandonar para acomodarse definitivamente en las de D. Fernando de la Cerda, junto á la puerta que llaman del Cambrón donde es tradición residió la Santa cuando fué á consolar á Doña Luisa.

Es edificante lo que cuenta nuestra Madre de la obediencia y mortificación de las religiosas de este

(1) Cart. XXIV,

monasterio de Toledo. «Estaban una vez, dice, mirando una balsa de agua que había en el huerto, y dijo la Prelada (dirigiéndose á una monja): *¿Mas, qué sería si dijese que se echase aquí?* No se lo hubo dicho, cuando ya la monja estaba dentro, que según se paró, fué menester vestirse de nuevo.....

Acaeció, estando yo aquí, darle el mal de muerte á una hermana..... Poco antes que espirase entré yo á estar allí, que me había ido delante del Santísimo Sacramento á suplicar al Señor le diese buena muerte; y así como entré, ví á su Majestad á su cabecera, en mitad de la cabeza de la cama. Tenía algo abiertos los brazos, como que la estaba amparando, y dijome: *Que tuviese por cierto, que á todas las monjas que muriesen en estos monasterios que él las ampararía así, y que no hubiesen miedo de tentaciones á la hora de la muerte.* Yo quedé harto consolada y recogida. Dende á un poquito lleguéla á hablar, y dijome: *¡Oh madre, y qué grandes cosas tengo de ver!* Así murió como un ángel; y algunas que mueren después acá he advertido que es con una quietud y sosiego, como si las diese un arrobamiento ó quietud de oración, sin haber habido muestra de tentación ninguna» (1).

(1) Fund. c. XVI.





CAPÍTULO VI.

Cómo la Santa salió de Toledo por aviso del Señor para la fundación de Pastrana.—Encuéntrese providencialmente en Madrid con dos ermitaños, los cuales determinan abrazar la Descalcez Carmelitana.—Cuánto tuvo que padecer nuestra Madre en Pastrana á causa de las exigencias y poca cordura de la princesa de Évoli.

Por no interrumpir los pasos de la fundación de Toledo, nada habemos dicho de otras dos, una de religiosos y otra de monjas que tuvieron lugar en el mismo año de 1569.

Tras muchos trabajos, venciendo dificultades y superando obstáculos, había por fin conseguido la Santa fundar su monasterio de Toledo el día 14 de Mayo. Al cabo de quince días de tomada la posesión, en los que anduvo muy solícita poniendo tornos y rejas, y cuanto es necesario para la guarda de la clausura, dióle su Majestad tan gran consuelo de ver, que ya tenía allanado lo de la fundación, y de pensar que en

la próxima pascua del Espíritu Santo podría gozarse con nuestro Señor más holgadamente, que estando en refectorio apenas podía comer del regalo que experimentaba su alma. Cuando más engolfada se encontraba en este gozo espiritual, recibió aviso de que le quería hablar un criado de la princesa de Évoli. Fué á estar con él, y supo que venía de parte de sus señores á llevarla á Pastrana para que allí fundara un monasterio. Ya antes de esto Ruiz Gómez y su señora, habían tratado con la Santa acerca de dicha fundación, aunque sin dejar nada determinado. Hacíasele ahora muy recio abandonar el convento de Toledo tan á los principios y cuando apenas se había tomado la posesión. Pensando que sería más conveniente continuar allí, que ir á Pastrana, dijo al enviado de la Princesa que por entonces no le era posible hacer el viaje. Advirtiéndole el criado que por fuerza había de ir, pues no se sufría que habiendo ido la Princesa á Pastrana á este negocio, quedaran frustrados sus deseos. Bien conocía nuestra Madre cuánto convenía en aquella ocasión hacer placer á Doña Ana de Mendoza, de cuyo favor esperaba había de necesitar más de una vez; pero tampoco se le ocultaba lo convenientísimo que sería permanecer en Toledo por algún tiempo, hasta dejar las cosas bien concertadas.

Imaginó que podría disculparse escribiendo á la Princesa una carta en donde le manifestara las razones poderosas que la impedían acceder á sus deseos en aquellas circunstancias. Con esta idea fué delante del Santísimo Sacramento á pedir acierto en lo que había de decir. Recogida en oración, dijole su Majestad: *que no dejase de ir, que á más iba que aquella fundación, y que llevase la regla y constituciones.* Para no errar, consultó la Santa con el confesor, manifestándole las razones que mediaban así para ir como para quedarse,

sin decirle una palabra de lo que había entendido en la oración, y con ánimo de hacer lo que á él pareciera más conveniente. Vistas las razones de una y otra parte, ordenó el confesor que fuese á Pastrana. Entonces nuestra Madre, cerrando los ojos á su juicio y propio parecer, salió de Toledo con dos compañeras el 30 de Mayo, segundo día de Páscoa. Al pasar por Madrid, aposentóse en el convento de las Descalzas Reales de San Francisco, que tan gratos recuerdos conservaban de la visita que en otra ocasión les hiciera la Madre Teresa. Doña Leonor Mascareñas, fundadora de dicho convento, y grande admiradora de las virtudes de la Santa, alegróse de tenerla en la córte, y le dijo estar allí un ermitaño que la deseaba conocer, cuyo modo de vida y la de sus compañeros conformaba mucho con la regla de los Carmelitas Descalzos.

Llamábase dicho ermitaño Mariano de S. Benito, natural de Bitonio en Nápoles, muy docto y de singular ingenio y habilidad. Bien inclinado á la virtud, había hecho voto de castidad, y tomado el hábito de los Caballeros de S. Juan. Hallóse en la toma de S. Quintín, y fué uno de los que más se señalaron en esta guerra contra los franceses, por lo cual el Rey D. Felipe II túvole siempre en mucho aprecio. Atribuyéronle un homicidio del que estaba bien inocente, y hubo de estar dos años en la cárcel, pasando no pequeños trabajos, sin querer que nadie volviese por él, sino Dios y su justicia. Descubierta al fin la verdad, y comenzando el juez á proceder con rigor contra los falsos acusadores, él mismo se hizo defensor de ellos; y no solo llegó su generosidad á perdonarlos, sino que gastó no pocos dineros para librarlos del castigo que bien merecido tenían. Cansado del mundo, y lleno de desengaños, resolvió huir de él para darse del todo á Dios. Hizo en Córdoba los ejercicios de S. Ignacio, y habiendo tenido ocasión

de comunicar allí con el célebre ermitaño Mateo, y de saber la manera de vida que él y sus compañeros tenían en el yermo, llamado el Tardón, determinó seguirles, vistiendo como ellos el hábito de penitente. Era costumbre entre los tales ermitaños sustentarse cada cual del trabajo de sus manos, y con este fin escogió para sí el oficio más humilde á los ojos de los hombres, cual es el de hilar á la rueca. En este modo de vivir permaneció por algunos años; mas habiendo, por disposición del Concilio de Trento, de abrazar todos los ermitaños alguna de las reglas aprobadas, el bueno de Mariano tenía intención de acudir á Roma, y pedir les dejasen continuar en el Tardón su vida eremítica.

En estas condiciones se encontraba Mariano y otro compañero que traía, llamado Juan de la Miseria, cuando nuestra Madre llegó á Madrid y supo de Doña Leonor que ambos querían hablarle. No rehusó la entrevista, y como hasta la fecha solo contaba con dos frailes descalzos, vinole al pensamiento si acaso Dios tendría dispuesto el que estos dos ermitaños abrazasen la Reforma. No le salieron fallidas sus esperanzas. Así que el humilde Mariano hubo manifestado á la Santa, cual era el género de vida á que se sentía inclinado, y lo que tenía determinado hacer, comprendió la discreta Fundadora ser este ermitaño sujeto de excelentes prendas, y muy á propósito para dilatar la naciente Reforma. Procuró conquistarle con buenas razones, mostrándole la regla y constituciones que por ordenación de Dios llevaba consigo á Pastrana. Hizole ver que sin acudir á Roma, podía guardar en lo principal aquella manera de vivir á que le inclinaba su espíritu, con solo abrazar la Religión del Carmelo, recientemente restaurada. Antes de dar un paso en el camino que se le abría, y para no obrar de ligero, quiso Mariano enterarse bien de lo que en dicha regla se mandaba. En

comenzándola á leer, sintióse movido á abrazarla, y aun no la hubo terminado, cuando dirigiéndose á su compañero dijo: Hermano Juan, hallado hemos lo que buscábamos; esta es la regla que nos conviene guardar, muy conforme con nuestro espíritu, y aprobada por nuestra Madre la Iglesia. Dieron gracias á Dios por haber dispuesto encontraran manera de dar norte fijo á su vida religiosa; y determinados á seguir hasta la muerte la regla de los Carmelitas Descalzos, avisaron de ello á la Santa, la cual acabó de entender porqué el Señor le había dicho que llevase consigo la regla y constituciones, y que á más iba que á fundar monasterio de monjas.

Si grande fué la alegría de nuestra Madre al saber la providencial resolución de los fervorosos ermitaños, duplicóse su contento con la noticia de que Ruiz Gómez tenía cedida á Mariano en Pastrana una ermita, la cual éste queria convertir en monasterio de Descalzos. Inmediatamente despachó mensajero al Provincial y ex-Provincial, suplicándoles se dignaran admitir esta nueva casa de la Reforma. Encargó á Mariano que esperase el resultado de la licencia, y obtenida que fuera, partiesen luego para Pastrana. Hechas estas diligencias, salió la Santa para dicha Villa, llevando consigo las dos compañeras. Fueron bien recibidas de Ruiz Gómez y la Princesa que impacientes las aguardaban. En tanto que se arreglaba la casa, destinada á monasterio, aposentáronlas en palacio, en una pieza retirada de las demás, donde pudieran estar con el conveniente recogimiento.

Tres meses hubo de permanecer en Pastrana, en el cual tiempo no le faltaron pesadumbres, ocasionadas por las indiscretas exigencias de la Princesa. Era la Princesa de Évoli de genio tan impetuoso como voluble, y amiga en demasia de novedades. Tuvo noticia como

la Santa tenía escrito el libro de su Vida; y más por curiosidad que por virtud, deseó con ansia leerle. Tratóse de negocio algo más delicado de lo que imaginaba la impertinente señora, y considerando la cuerda Madre los inconvenientes que de aquí podrían originarse, negóse á la pretensión. Viendo la Princesa frustrado su intento, puso por mediador á Ruiz Gómez, y tanto importunaron á la Santa, que hubo de ceder, bien contra todo su parecer, no sin antes exigirles palabra formal de que, ni divulgarían el contenido del libro, ni á ninguno otro le darían á leer. Por desgracia ni una ni otra cosa cumplió fielmente la frívola Princesa. Al poco tiempo supo con dolor nuestra Madre como el dicho libro de su Vida andaba en manos de las sirvientas de palacio, y que era objeto de risa cuanto en él leían de visiones y otras cosas extraordinarias. Á tanto llegó la ligereza é informalidad de la Princesa, que hasta en la córte celebró con gracejos y burlas las secretísimas mercedes que el Señor hacía á su Sierva Teresa. Sentíalo ésta en el alma, no tanto por el desprecio que á ella se hacía, cuanto por ver las cosas de Dios indignamente tratadas.

Como Pastrana era pueblo de escasa importancia, antes de dar por terminada la fundación, quiso la Santa tratar de la renta que se había de asignar al monasterio, y quedó sorprendida al ver que los Príncipes pensaban se hiciese sin ninguna. Hízoles observar que siendo el lugar pobre, y hecha la fundación bajo el amparo de tan poderosos y ricos señores, no era fácil que las religiosas fuesen acudidas con suficientes limosnas, por lo que era necesaria renta segura. Púsoles por ejemplo á Malagón donde, por hallarse en idénticas circunstancias, habíase visto obligada á admitir renta, cosa que no practicaba cuando de la piedad de los fieles podía esperar razonablemente el sustento de las

monjas. Tan disgustada estaba nuestra Madre de la manera de proceder de estos señores, que mil veces se hubiera vuelto de Pastrana sin fundar, sino la detuviera la nueva casa de Descalzos que allí se había de hacer con el favor de los Príncipes. Al fin Ruiz Gómez, algo más cuerdo que su mujer, hizo que ésta se allanara á lo que era razón, y asignada la renta, quedó fundado el monasterio con el título de nuestra Señora de la Concepción el día 9 de Julio de 1569.

Á este tiempo Mariano y su compañero llegaron á Pastrana con las requeridas licencias. También vinieron algunas monjas de Medina, acompañadas del Padre Fr. Baltasar Nieto, sujeto de mucho espíritu y excelentes prendas, el cual tenía grandísimos deseos de abrazar la Reforma. Aguardaba la Santa al P. Antonio de Jesús, pero como tardase en llegar y no sufrieran dilación los grandes deseos que los dos ermitaños tenían de comenzar el noviciado, concertaron que el P. Baltasar les diese el hábito. Proveyó de sayal Ruiz Gómez, y dispuestos los hábitos y capas, que la misma Santa tuvo el placer de aderezar, vistiéronselos con grandísima alegría en el oratorio de los Príncipes. El 13 de Julio dispúsose solemnísimá procesión, á la que asistió todo el pueblo, con muchos nobles y caballeros, y conducidos los fervorosos Carmelitas á la ermita de San Pedro, quedaron en posesión de su convento.

Acabadas con el favor de Dios estas dos fundaciones, regresó la Santa á Toledo, de donde envió por Priora de Pastrana á Isabel de Santo Domingo, con encargo especial de que llevase cuenta por escrito de cuantas alhajas recibiesen de la Princesa, como quien adivinaba lo que más adelante había de suceder.





CAPÍTULO VII.

Contento de la Santa al saber que su hermano D. Lorenzo tenía determinado venir de América.—Fundación de Salamanca.—Cómo solía caminar en los viajes.—La noche de Animas.—Trabajos de las Carmelitas en la primera casa.

DE vuelta en Toledo la Madre Teresa, trató de dejar á sus hijas bien acomodadas, según queda referido en el capítulo anterior. Estando aquí supo que su hermano Lorenzo de Cepeda, había determinado volver de Indias, noticia que la consoló sobremanera; porque deseaba más que sus deudos estuviesen en lugar donde con menos peligros pudiesen atender al bien de sus almas, que no la adquisición de muchas riquezas. «Ahora ¿no ven, escribía á su hermana Doña Juana de Ahumada, qué es lo que Dios obra en Lorencio de Cepeda? más me parece que mire la comodidad con que se salven sus hijos, que con que tenga mucha hacienda. No hay contento para mí tan grande, como es que á quien tanto quiero, como á mis

hermanos, tienen luz para querer lo mejor» (1). Y dirigiéndose al mismo D. Lorenzo con fecha 17 de Enero de 1570 manifiéstale su contento diciendo: «Ahora no diré más sobre la buena determinación, que nuestro Señor ha puesto en su alma, de que he alabado á su Majestad, y me parece muy bien acertado; que al fin, por las ocasiones que vuestra merced me dice, entiendo poco más ó menos otras que puede haber; y espero en nuestro Señor será muy para su servicio..... En forma, me parece he de tener alivio con tener á vuestra merced acá, que es tan poco el que me dan las cosas de la tierra, que por ventura quiere nuestro Señor tenga ese, y que nos juntemos entrambos, para procurar más su honra y gloria, y algún provecho de las almas; que esto es lo que mucho me lastima, ver tantas perdidas y esos indios no me cuestan poco. El Señor los dé luz, que acá y allá hay harta desventura; que como ando en tantas partes, y me hablan muchas personas, no sé muchas veces que decir, sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y como la apocamos con cosas tan apocadas como son las de la tierra. Dénos el Señor luz» (2).

.. Aprendan de aquí los padres de familias, y mirando por el bien verdadero de sus hijos, no se dejen fascinar por las esperanzas, quizá ilusorias, de grandes bienes de fortuna. ¡Ojalá no fuera cierto que muchos jóvenes, hijos de familias honradas, después de haber estado algún tiempo en América, han llegado á perder la fe y el alma!

Por esta carta escrita á D. Lorenzo sabemos que por Enero del 1570 andaba en dudas la Santa de si iría ó no

(1) Carta XVI.

(2) Carta XVIII.

á fundar á Salamanca. «De mí, le dice, no sé qué hará el Señor, si iré á Salamanca, que me dan una casa; que aunque me canso, es tanto el provecho que hacen estas casas en el pueblo que están, que me encarga la conciencia haga las que pudiere. Favorécelo el Señor de suerte, que me anima á mí.»

Hízose esta fundación de Salamanca en Octubre del mismo año como diremos luego, y en tanto tuvo nuestra Madre ocasión de visitar sus hijas de Medina y Valladolid. Caminó á Alba de Tormes con motivo de otra fundación que no quedó por entonces concertada, y en el mes de Julio vémosla asistir en Pastrana á las profesiones de Mariano y su compañero. Vuelve de nuevo á Toledo, y acabado de arreglar lo de la casa, sale en Agosto para Ávila, de donde todavía era Priora, con intención de emprender luego la fundación de Salamanca.

Detenía en un principio el temor de si las monjas podrían sustentarse de limosna, por haber ya en dicha ciudad muchos otros conventos y hospitales, y mantenerse gran parte de la población del pupilaje de los innumerables estudiantes que en mejores tiempos para nuestra España, acudían á la renombrada universidad y demás colegios de Salamanca. Pero consideró que siendo pocas, y muy escaso el gasto que habían de hacer, podrían, parte de limosna, parte de lo que ganasen con sus manos, reunir lo bastante para su mantenimiento. Desde Ávila procuró la licencia del Obispo Don Pedro González de Mendoza, el cual, oídos los buenos informes del Rector de la Compañía, ninguna dificultad tuvo en concederla.

Habida la licencia, parecióle facilísimo el llevar á cabo la fundación del monasterio. Procuró por medio de una señora alquilar una casa, que ciertos estudiantes tenían habitada, y, con la confianza en Dios, salió de Ávila, llevando una sola compañera. Escarmentada

de lo que había acontecido en Medina, quería más, si hubiera de venir algún trabajo, pasarlo ella sola, que no dar ocasión á que padeciesen sus hijas. Llegaron á Salamanca víspera de los Santos, habiendo andado la noche antes muy buena jornada y con harto frío, sin encontrar otro alivio para la Santa que iba enferma, sino una pobre y desacomodada posada.

Y ya que se ofrece ocasión oportuna, no omitiré aquí, aunque haciendo una digresión, lo que nuestra Madre cuenta de los malos ratos que así en esta como en otras veces hubo de pasar con motivo de los viajes que hacía para las fundaciones. «No pongo en estas fundaciones dice, los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía una vez no dejarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas; porque, gloria á Dios, de ordinario es tener yo poca salud, sino que vía claro, que nuestro Señor me daba esfuerzo. Porque me acaecía algunas veces, que se trataba de fundación, hallarme con tantos males y dolores, que yo me acongojaba mucho; porque me parecía, que aun para estar en la celda, sin acostarme, no estaba; y tornarme á nuestro Señor, quejándome á su Majestad, y diciéndole, que cómo quería hiciese lo que no podía; y después, aunque con trabajo, su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponía y el cuidado, parece que me olvidaba de mí. Á lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos á andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar el Señor, y haber Santísimo Sacramento» (1).

(1) Fund. c. XVIII.

La manera de caminar en los viajes cuéntala el Padre Rivera diciendo: «Cuando esto no había (coches ó literas) iban en carros muy bien cubiertos, y de tal manera iban por el camino en ellos, como si estuvieran en el monasterio. Siempre se llevaba campanilla, y se tañía á oración y á silencio á sus tiempos como en casa, y un reloj de arena para medir las horas; y entonces todos los que iban con ellas, ahora fuesen frailes, ahora clérigos ó seculares, y los mozos habían de callar todo aquel tiempo y edificábanse dello; y cuando se hacía señal para poder hablar, no había mas que ver que la alegría de aquellos mozos. Después hacía que les diesen algo más de comer, porque habían callado. En el coche ó carro en que ella iba, señalaba una á quien las demás obedeciesen como á ella misma, lo cual hacía no solamente por el ejercicio de la obediencia, sino también por tomar experiencia del talento que tenía para gobernar. En llegando á la posada, luego tomaba un aposento, donde se encerraban ellas solas. Los que las acompañaban quedábanse allá fuera, y ponía una portera que tomase los recaudos de comer, y lo que fuese menester. Ella era la primera que despertaba á todos, y la postrera que se acostaba. Siempre había de llevar quien confesase y dijese misa, y esa era la primera hacienda cada día, y luego comulgaba ella. Llevaba consigo agua bendita, y algunas veces un niño Jesús en los brazos. Con esto no la causaba el camino distracción, ni la hacía más el andar, que el estar; ni los negocios, que la quietud; ni los trabajos que el descanso..... Iba por el camino tan en oración y en la presencia de Dios, que casi nunca la perdía; y esto no como otras personas devotas, sino de un modo muy alto; que allá en lo más íntimo de su alma traía las tres personas divinas, y las sentía de una manera maravillosa en sí, y siempre le parecía la iban acompañando; y por eso jamás sentía

soledad, ni quisiera hablar con nadie, sino gozar de aquella tan dulce compañía. Pero con todo eso, cuando era menester hablar, lo hacía con una alegría, como si tuviera mucha gana de hacerlo, por consolar á las personas que iban con ellas. Y iban tan de buena gana, que ni se cansaban de los trabajos, ni se hartaban de la suavidad y gracia de sus palabras, porque eran muy apacibles y alegres. Sacaba de lo que se ofrecía por el camino pláticas de Dios, con que entretenía mucho á los que la acompañaban; y los que solían ir jurando y jugando, gustaban más de oirla, que de todos los placeres que entonces podían tener...» (1).

Volviendo á nuestra Madre, que ya la tenemos en Salamanca, así que llegó á la posada, habló con un buen señor, llamado Nicolás Gutiérrez, encargado de tener la casa de alquiler desembarazada, y de él supo la resistencia grande que ponían los estudiantes en salir de ella. Instado el servicial Gutiérrez por la Santa, que andaba con miedo no se presentase á lo mejor algún estorbo, acudió al dueño de la casa, y tanto porfió, que al fin pudo conseguir de él la dejaran los estudiantes desalojada. Al anochecer de aquel día pasáronse á ella la Santa y su compañera, llevando dos mantas prestadas, que era todo su ajuar y riqueza. Encontraron de suerte la nueva vivienda, cual se puede suponer tratada por estudiantes; y no fué poco lo que tuvieron que trabajar durante toda la noche para ver de dejar aseada una habitación, donde á otro día poder decir la primera misa. Venida la mañana, el P. Martín Gutiérrez, Rector de la Compañía, fué allá con el aderezo de celebrar, y dijo la primera misa, con lo que quedó fundado el monasterio bajo la advocación de S. José, el primero de Noviembre del 1570.

(1) Pág. 206 y sig.

Graciosísima está la Santa Madre al referir los miedos de su compañera en la noche de Ánimas. «Quedámos, dice, la noche de Todos Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reír. La casa era muy grande y desbaratada, y con muchos desvanes, y mi compañera no había de quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella, ellos lo pudieran muy bien hacer, según había adonde. Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo proveía para fundar la casa; porque teniéndolo no nos faltaba cama. En ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron..... Como mi compañera se vió cerrada en aquella pieza, parece se sosegó algo cuanto á los estudiantes, aunque no hacía sino mirar á una parte y á otra, todavía con temores, y el demonio que la debía ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme á mí, que con la flaqueza de corazón que tengo, poco me solía bastar. Yo la dije: ¿qué miraba; pues allí no podía entrar nadie? Díjome: Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué hariades vos sola? Aquello, si fuera, me parecía recia cosa: hizome pensar un poco en ello, y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo hé, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho era noche de Ánimas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías: cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos. Yo la dije: Hermana, de qué eso sea, pensaré lo que he de hacer;

ahora déjeme dormir. Como habíamos tenido dos noches malas, presto quitó el sueño los miedos» (1).

Al día siguiente llegaron más monjas de los monasterios de Ávila y Medina, y con la compañía quedó tranquila la medrosa carmelita. Tan pobres y necesitadas se encontraron al principio, que hubiéranlo pasado muy mal, si las religiosas de Santa Isabel, movidas á piedad, no las socorrieran con ropas y otras limosnas. Tres años hubieron de estar en esta primera casa, que por ser fría, húmeda y en extremo desacomodada, era causa de muchas enfermedades en las mortificadas Carmelitas. Llevábanlo con una igualdad de ánimo que espantaba, y tan solo sentían que por encontrarse la casa tan mal acondicionada, no podían tener el Santísimo Sacramento, único consuelo de sus almas. Cuanto más incómodo era el vivir en ella, tanto mayor contento experimentaba la Santa en acompañar á sus hijas, animándolas con su ejemplo, á no hacer caso del descanso de esta vida, y á buscar por el camino de la cruz la felicidad que nunca se acaba.

No habían pasado dos meses desde la toma de posesión, cuando de parte del contador del duque de Alba y su mujer fué importunada la Santa Madre para que en dicha villa hiciese otra fundación, cuya historia referiremos en el capítulo siguiente.

(1) Fund. c. XIX.





CAPÍTULO VIII.

De los principios que tuvo el monasterio de Alba de Tormes, y cómo se llegó á fundar con la ayuda de Teresa de Laiz, y Francisco Velázquez. — Vorna la Santa á Salamanca. — Sana el Señor por las oraciones de la Madre Teresa á Doña María de Arriaga, y á una hija de los Condes de Monte Rey.

VIVIAN en Tordillos, lugar dos leguas de Alba, unos padres de familia con varias hijas, y deseaban mucho que el Señor les concediese algún varón. Nacióles otra hija más, y disgustados de tener tantas, no quisieron hacer la fiesta de costumbre en el bautizo. Como les importaba poco de la vida ó muerte de la recién nacida, al tercero día de venida al mundo, dejáronla sola desde la mañana hasta la noche. Vino una mujer que tenía cuenta de ella, y sabiendo lo que pasaba, fué corriendo á ver si era muerta. Tomóla llorando en sus brazos, y dijo con mucha lástima: *¿Cómo, mi hija, vois no sois cristiana?* Alzando entonces la niña la cabeza, dijo con voz bien

inteligible: *Si soy*: y desde aquel momento, no volvió á hablar más hasta la edad en que lo suelen hacer todos los niños. Quedaron espantados los que la oyeron, y avisada la madre de lo ocurrido, cobróla entrañable amor, y deseaba con ansia ver lo que sería de aquella misteriosa niña, á quien había puesto por nombre Teresa de Laiz. Cuando llegó á la edad de poder tomar estado, con ninguno quiso casarse sino con Francisco Velázquez, hombre de reconocida virtud, y á quien no le faltaban bienes de fortuna. Desempeñaba este caballero el cargo de contador del Duque de Alba, y tan contento y en armonía vivía con su consorte, que bien se conocía haber sido providencia de Dios aquel envidiable matrimonio.

En medio de tanta ventura no faltaba á Doña Teresa una espina, y era que el Señor no le daba hijos. Pedíaseles con mucha instancia, y á fin de conseguirlo, además de otras devociones, había tomado por abogado al Apóstol S. Andrés. Estando una noche acostada, y acaso revolviendo en su imaginación el pensamiento que tanto la afligía, oyó una voz que le dijo: *No quieras tener hijos, que te condenarás*. Turbóse al oír estas palabras, mas como el intento era bueno, no veía porqué teniendo hijos habiase de condenar, y continuó fervorosas sus oraciones, dirigidas al fin indicado. Estando otra vez con los mismos deseos, no se sabe si despierta ó dormida, parecióle que se hallaba en una casa, en cuyo patio había un pozo, y á su derredor un prado con mucha verdura, sembrado de flores blancas de tanta hermosura, que no sabía á qué compararlas. Arrimado al pozo vió á S. Andrés con rostro venerable y hermoso, el cual dirigiéndose á Teresa dijo: *Otros hijos son estos que los que tú quieres*. Sin saber cómo, tuvo noticia cierta de que S. Andrés era el aparecido, y que sería del agrado de Dios hiciese mo-

nasterio. La visión no pudo ser antojo, ni menos cosa del demonio, considerados los efectos que de ella quedaron. Nunca la buena señora deseó en lo sucesivo tener hijos, permaneciendo en su corazón tan asentado ser esta la voluntad de Dios, que jamás después los pidió. Manifestó á su esposo la significativa visión que había tenido, diciéndole al propio tiempo que, ya que el Señor no era servido de darles hijos, bueno fuera empleasen parte de su hacienda en hacer un monasterio de monjas. Como D. Francisco era tan piadoso, y amaba tanto á Doña Teresa, holgó mucho del pensamiento, y comenzaron ambos á dar trazas de como le harían. En este tiempo dispuso la Divina Providencia que la Duquesa de Alba relevase del cargo de contador al fidelísimo D. Francisco, dándole otro que había de desempeñar en Alba. Adelantóse éste, saliendo de Salamanca donde tan bien se encontraba, con el fin de comprar casa en la mencionada villa. Cuando la vió Doña Teresa, quedó tan disgustada, que fué causa de pasar la noche de haber llegado con mucha pena. Levantóse al día siguiente bien de mañana, y al querer enterarse mejor de las condiciones de la dicha casa, entrando en el patio, notó con grande admiración y sorpresa, que el pozo representado en la visión era ni más ni menos el que delante tenía. Y aunque no vió á S. Andrés, ni tampoco las misteriosas flores del prado, tuvo por cierto ser aquel el lugar destinado por Dios para el monasterio.

Gozosa en gran manera con el hallazgo, dió gracias al Altísimo, y comunicando con su esposo la providencial coincidencia, compraron de común acuerdo algunas casas contiguas á la propia, con el fin de dar espacio bastante para el futuro convento. Ignoraban de qué orden hacerle, y habiendo consultado el caso con dos religiosos, sin duda no pareció á estos llevaba concier-

to lo que pretendían, y les aconsejaron destinaran su hacienda á otra obra piadosa. Confiados en este parecer, y juzgando que seguirle sería lo más acertado, determinaron casar á un sobrino dándole en dote gran parte de los bienes que poseían, y dejando lo demás para sufragios de sus almas. No era esta la voluntad de Dios, y antes de quince días se les murió el sobrino, con lo que tornaron con más veras que nunca á pensar en la fundación del monasterio de monjas. Tuvieron noticia, por medio de un religioso franciscano, de los monasterios que entonces andaba fundando la Madre Teresa. Hiciéronla venir de Medina para tratar del asunto, pero como la casa había de ser con renta, y ellos no ofrecían lo bastante, no pudieron por esta vez concertarse, según dejamos dicho en otro lugar. La Santa para fundar, deseaba que hubiese suficiente renta, ó ninguna, «Porque yo, dice, siempre he pretendido que los monasterios que fundaba con renta la tuviesen tan bastante, que no hayan menester las monjas á sus deudos, ni á ninguno; sino que de comer y de vestir les den todo lo necesario en la casa, y las enfermas muy bien curadas; porque de faltarles lo necesario vienen muchos inconvenientes (1). Y para hacer muchos monasterios de pobreza sin renta, nunca me falta corazón y confianza, con certidumbre que no les ha Dios de faltar; y para hacerlos de renta, y con poca, todo me falta; por mejor tengo que no se funden» (2).

Deseando pues Doña Teresa de Laiz y su marido llevar adelante la fundación, hicieron un esfuerzo, y se allanaron á dar la renta que era razón. Causó mucha devoción á la Santa el que dichos señores, dejando la casa en que vivían, fuéronse á otra más ruín, bien que

(1) En el monasterio de la Encarnación tuvo la Santa ocasión de palpar esta verdad.

(2) Fund. c. XX.

con el gozo de ver cumplidos sus propósitos, y realizada la visión que Teresa había tenido seis años antes. El 25 de Enero del 1570 quedó puesto el Santísimo Sacramento, y fundado el monasterio con el título de nuestra Señora de la Anunciación. Hízose luego hermosa capilla, y excusado parece decir, que ha sido y será el más célebre y afortunado de los que fundó la Santa por hallarse en él su cuerpo virginal, y en relicario aparte, su corazón amantísimo, milagrosamente transverberado.

Acabada tan felizmente la fundación de Alba, hizo la Santa venir varias monjas de otros monasterios, y dejando allí por priora á Juana del Espíritu Santo, determinó volver á Salamanca, para animar á sus hijas á llevar con paciencia, y hasta con gozo los trabajos que en la casa de dicha ciudad padecían.

Antes de encerrarse en el monasterio, recibió orden del Provincial para que pasara unos días en compañía de los Condes de Monte Rey, los cuales recibieronla con mucha caridad. Bien les pagó nuestra Madre tan favorable acogida, pues debido á sus oraciones tuvieron lugar los dos prodigios que ahora diremos.

Encontrábase María de Artiaga, mujer del ayo de los hijos de los Condes, atormentada de un terrible tabardillo, y en términos que todos pensaban moriría. Á ruego de los Condes entró la Santa á visitarla, y llegándose á la cama de la enferma, púsola las manos sobre la cabeza, mientras que con el corazón dirigía al Señor fervientes súplicas. Al poco tiempo, sintió la paciente gratisima novedad, dijo: *¿Quién me toca, que estoy buena?* En oyendo estas palabras la humildísima sierva de Dios, rogó á Doña María que callase; mas ella favorecida con tanto bien, semejante á los leprosos sanados por Jesucristo, de que nos habla el Evangelio, no pudo contener el ímpetu de alegría y

agradecimiento, y todos supieron de su boca la manera prodigiosa como había alcanzado la salud. Viendo nuestra Madre que la enferma sanada no callaba, para disimular, dió en decir á los de casa que no hiciesen caso del delirio de la enferma; pero no le valió toda su industria, porque levantándose de la cama sana y buena la que poco antes apenas tenía esperanzas de vida, demostró no ser frenesí, sino milagrosa realidad lo que por ella pasaba.

Tenían los Condes una hija de poca edad muy enferma, y no ignorando cuánto podían las oraciones de nuestra Madre, rogáronla con mucha instancia pidiese al Señor por la salud de la niña. Compadecida de la aflicción de los padres, retiróse la Santa á un aposento, y comenzó á suplicar por la vida de la enferma. Estando en oración, se le aparecieron Santo Domingo y Santa Catalina de Sena, y la certificaron como Dios había escuchado propicio sus oraciones, y que luego verían los Condes su hija sana. Así sucedió en efecto con gran contentamiento de sus almas.

Habiendo cumplido la Santa con los Condes, con grande edificación de toda la familia, fué al monasterio á participar de las incomodidades que experimentaban sus amadas hijas.





CAPÍTULO IX.

De las señaladísimas mercedes que recibió la Santa en la casa de Salamanca año de 1571.—Acude nuestra Madre á Medina y defiende á sus hijas contra las pretensiones de los deudos de una novicia.—Disgustado el Provincial envíala á Avila.—Visítala el P. Fernández y queda complacido de su virtud y prudencia.—Vuelve á Medina con el cargo de Prelada.—Es nombrada Priora del monasterio de la Encarnación.

TIEMPO ha que venimos ocupándonos en la vida activa y trabajosa que con motivo de las fundaciones traía la Santa. Solicita cual otra Marta en promover por todas vías las obras del servicio del Señor, no ha dejado un punto la dulce contemplación de María, uniéndose al Esposo de su alma con lazos cada vez más estrechos de amor. Tampoco su Majestad ha dejado de enriquecerla con dones extraordinarios, y esta es la ocasión de referir los que comunicó á su Sierva, estando en el monasterio de Salamanca á fines de cuaresma y días siguientes del 1571.

Con el conocimiento que el Señor le había dado de su grandeza, y de cuán obligada estaba á amarle, andaba nuestra Madre por este tiempo muy cansada de las cosas de acá, y con grandísima pena de verse ausente de Dios, y no poder gozarle. Fatigada un día con la pena de no verse unida para siempre con su amado, llegóse la noche, y obligada por la flaqueza natural, quiso comer un poco de pan; pero tan desfallecida y falta de apetito se encontraba, que nada podía tomar. Viéndose así la afligida Santa, cogió el pan con ánimo de hacerse fuerza para comerlo. Al mismo tiempo vió á Cristo que partiendo el pan, y poniéndoselo en la boca, le decía: *Come, hija, y pasa como pudieres; pésame de lo que padeces, mas esto te conviene ahora.* Llegóse el domingo de Ramos, y después de comulgar este día, cuando aun no había pasado la forma, quedó con gran suspensión de potencias, y al tornar en sí parecióle tener toda la boca henchida de sangre, y lo mismo el rostro, cual si entonces acabara de derramarla el Señor. En medio de la suavidad que con este regalo sentía, oyó que le dijo su Majestad: *Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con gran deleite como ves; bien te pago el deleite que me hacías este día.* «Esto dijo, afirma la Santa, porque ha más de treinta años que yo comulgaba este día, si podía; y procuraba aparejar mi alma para hospedar á el Señor; porque me parecía mucha la crueldad que hicieron los judíos, después de tan gran recibimiento, dejarle ir á comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, según ahora veo» (1).

El domingo de Resurrección, sino es cuando comul

(1) Relación IV.

gó, pasóle con gran soledad. Reunidas á la noche las monjas con el fin de tomar un rato de recreación, cierta novicia, llamada Isabel de Jesús, cantó unas coplillas, cuyo estribillo decía así:

Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno:
Véante mis ojos,
Muérame yo luego (1).

Al escuchar la enamorada Santa los tiernos acentos del piadoso cantar, como ya estaba con pena por la ausencia de su amado, fué tal la impresión que experimentó, que de presto comenzaron á entumecérsele las manos, y quedó el alma enajenada y suspensa, sin que bastara resistencia.

De dónde nacía á la Santa esta dichosa pena, y en qué peligro de morir la ponía, acláralo bien la misma en el último capítulo de las Sextas Moradas. «Es la causa, dice, que como va conociendo más y más la grandeza de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo; porque también crece el amar, mientras más se le descubre lo que me-

(1) Las coplillas que acompañaban á dicho estribillo consiguió encontrarlas el Sr. La Fuente tras muchas indagaciones en uno de los Códices Carmelitanos que se conservan en la Biblioteca Nacional, los cuales al pié de la letra dicen así:

Vean quien quisiere
Rosas y jazmines,
Que si yo te viere,
Veré mil jardines.
Flor de serafines
Jesús Nazareno
Véante mis ojos
Muérame yo luego.

No quiero contento,
Mi Jesús ausente,
Que todo es tormento
A quien esto siente,
Solo me sustente
Tu amor y deseo;
Véante mis ojos
Dulce Jesús bueno.

Refiere Isabel de Jesús en sus declaraciones, para la causa de beatificación de la Santa, que cuando ésta iba al monasterio de Salamanca solía decirle: Venga acá, hija mía, cánteme aquellas coplillas.

rece ser amado este gran Dios y Señor; y viene en estos años creciendo poco á poco este deseo, de manera que la llega á tan gran pena, como ahora diré..... Acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero, ú por una palabra que oye, de que se tarda el morir, venir de otra parte (no se entiende de dónde ni cómo) un golpe, ú como si viniese una saeta de fuego. No digo que es saeta, mas cualquiera cosa que sea, se ve claro, que no podía proceder de nuestro natural. Tampoco es golpe, aunque digo golpe, mas agudamente hiere; y no es á donde se sienten acá las penas á mi parecer, sino en lo muy hondo é íntimo del alma, á donde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos; que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser; porque en un punto ata las potencias, que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor..... Porque el entendimiento está muy vivo, para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda su Majestad con una tan viva noticia de Sí en aquel tiempo, de manera que hace crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar gritos. Con ser persona sufrida, y mostrada á padecer grandes dolores, no puede hacer entonces más; porque este sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en lo interior del alma. Por eso sacó esta persona (alude á ella misma así en esto como en lo que dice después) cuán más recios van los sentimientos de ella que los del cuerpo, y se le representó ser de esta manera los que padecen en purgatorio, que no les impide no tener cuerpo, para dejar de padecer mucho más, que todos los de acá teniéndole padecen. Yo vi una persona así, que verdaderamente pensé que se moría; y no era mucha maravilla, porque cierto es gran peligro de

muerte; y así aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón los pulsos tienen tan abiertos, como si el alma quisiese ya dar á Dios, que no es menos, porque el calor natural falta, y le abrasa de manera, que con otro poquito más hubiera cumplí-dole Dios sus deseos; no porque siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, aunque se descoyunta, como he dicho de manera que queda dos ú tres días después sin poder aun tener fuerza para escribir, y con grandes dolores; y aun siempre me parece le queda el cuerpo más sin fuerza que antes. El no sentirlo debe ser la causa ser tan mayor el sentimiento interior del alma, que ninguna cosa hace caso del cuerpo; como si acá tenemos un dolor muy agudo en una parte, aunque haya otros muchos se sienten poco..... Acaecido ha no durar más de un cuarto de hora, y quedar hecha pedazos: verdad es que esta vez del todo perdió el sentido, según vino con rigor, y estando en conversación, Pascua de Resurrección, el postrer día, y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad, que casi no entendía lo era, de solo oír una palabra de no acabarse la vida» (1).

Estuvo la Santa con la dicha pena, ocasionada por el cantarcito de la novicia, toda la noche hasta la mañana del día siguiente en que puesta en oración quedó arrobada, pareciéndole que el Señor la había llevado en espíritu junto á su Padre y díchole: *Ésta que me diste te doy*. Bien deseara nuestra Madre comunicar con su director espiritual los efectos de estas mercedes extraordinarias, pero encontrábase ausente, y ya que no podía de palabra, dióle por escrito lo que por ella pasaba. «Como vuesa merced, le dice, se fué ayer tan presto, y yo veo las muchas ocupaciones que tiene para

(1) De las Moradas c. XI.

poderme yo consolar con él aun lo necesario, porque veo son más necesarias las ocupaciones de vuesa merced, quedé un rato con pena y tristeza. Como yo tenía la soledad que he dicho, ayudábame, y como criatura de la tierra no me parece me tiene asida, dióme algún escrúpulo, temiendo no comenzase á perder esta libertad. Esto era anoche, y respondióme hoy nuestro Señor á ello, y dijome: Que no me maravillase, que así como los mortales desean compañía para comunicar sus contentos sensuales, así el alma le desea, cuando hay quien la entienda, comunicar sus gozos y penas, y se entristece en no tener con quien. Dijome Él: Agora vas bien, y me agradan tus obras. Como estuvo algún espacio conmigo, acordóseme que había yo dicho á vuesa merced que pasaban de presto estas visiones, y dijome: Que había diferencia de esto á las imaginarias, y que no podía en las mercedes que nos hacía haber regla cierta; porque unas veces convenia de una manera y otras de otra.

Después de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí Nuestro Señor, y comenzóme á consolar con grandes regalos, y dijome entre otras cosas: Vesme aquí, hija, que yo soy; muestra tus manos; y parecíame que me las tomaba, y llegaba á su costado, y dijo: Mira mis llagas, no estás sin Mí; pasa la brevedad de la vida.

En algunas cosas que me dijo entendí, que después que subió á los cielos, nunca bajó á la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, á comunicarse con naide. Dijome que en resucitando había visto á nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad; que la pena la tenía tan traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquél gozo. Por aquí entendí estotro mi traspasamiento bien diferente. ¿Mas cuál debía ser el de la Virgen? Que había estado

mucho con ella, porque había sido menester hasta consolarla» (1).

Con estos regalos disponía el Señor á la Santa, así para llevar otros mayores trabajos, como para recibir más delicadas mercedes. Contentísima hubiera continuado entre sus hijas de Salamanca, disfrutando de la pobreza y desacomodamiento de la casa, si la necesidad y bien de sus monjas no la hicieran salir de ella.

Pretendian los deudos de una novicia del monasterio de Medina, llamada Isabel de los Ángeles, que á titulo de la hacienda que ésta llevaba, les diese el convento el patronato de la capilla mayor. Opusiéronse á ello las religiosas, pero, viendo que la pretensión de dichos deudos era favorecida por el Provincial de los Carmelitas, avisaron de ello á la Madre Teresa, la cual, conociendo estar la razón y la justicia de parte de sus monjas, acudió luego á Medina con el fin de defenderlas. Como el dicho P. Provincial insistiese en secundar las exigencias de los tales deudos contra el parecer y consentimiento de la novicia, para evitar disturbios y allanar dificultades, dispuso la discreta Fundadora que Isabel de los Ángeles fuera al monasterio de Salamanca, quedando así remediada la pobreza de esta casa, y en paz y sin compromisos las monjas de Medina.

Hallándose la Santa en el convento de Medina, aconteció tener que hacer el nombramiento de prelada. Quería el Provincial que desempeñase dicho cargo cierta religiosa, pasada de la Encarnación; mas conociendo las Carmelitas Descalzas que la tal monja no les estaba bien de superiora, eligieron de unánime consentimiento á Inés de Jesús. Resentido el Provincial de que la elección no se hubiera hecho á su gusto, poco contento de la medida tomada con motivo del ne-

(1) Relación IV.

gocio de los deudos de la novicia, y azuzado además por algunos que calificaban de atrevimiento y descaro la entereza y rectitud de la Santa, puso á ésta un mandamiento con pena de excomunión para que inmediatamente así ella como la priora electa fuesen á Ávila, quedando de superiora en Medina Teresa de Quesada. Obedeció inmediatamente nuestra Madre, saliendo acompañada de Inés de Jesús para su monasterio de Ávila en dos jumentillos de un aguador, dejando á Dios el cuidado de poner remedio al mal.

Nombrado por este tiempo Visitador Apostólico de los Carmelitas de la Provincia de Castilla el P. Dominico Fr. Pedro Fernández, varón de grande prudencia y letras, acertó á venir á la ciudad de Ávila en cumplimiento de su oficio. Aquí deseó conocer á la Madre Teresa, y ver si lo que se decía de su virtud y otras cosas extraordinarias, era tanto como le habían ponderado. Con este intento fué á visitarla á S. José, y ofreciéndose ocasión, dióle la Santa cuenta de su vida y espíritu, y del modo de proceder en las fundaciones hechas. Admirado el Visitador Apostólico de su virtud y dotes singulares, no se hartaba de ensalzarla, y decía que la Madre Teresa había mostrado al mundo cómo era posible en mujeres guardar la perfección evangélica. De Ávila pasó el celoso Dominico á Medina, y aquí tuvo noticia de las inquietudes de las Carmelitas, ocasionadas por el desacertado gobierno de Teresa de Quesada, la cual, mal avenida con la observancia y rigor de las Descalzas, habíase vuelto á la Encarnación. Como se encontrase el monasterio sin prelada, las monjas, de acuerdo con el Visitador Apostólico, eligieron por tal á su Santa Fundadora. En el viaje que esta vez hizo nuestra Madre de Ávila á Medina aconteció una cosa digna de notarse. Acompañábanla varias personas, y sucedió que llegada la noche,

se encontraron con un río que no se atrevían á pasar por serles desconocido el vado. Viéndoles la Santa indecisos, y sin saber qué partido tomar, dijo: No será bien que estemos aquí al sereno: encomiéndense á Dios, y comiencen á pasar. Dicho esto, dió ella los primeros pasos, entrándose animosa por el río, y al resplandor de una luz maravillosa que á lo lejos apareció, pudieron todos pasarle sin peligro, teniendo por cierto haber recibido tan inesperado auxilio gracias á las oraciones de Teresa. Recibiéronla sus amadas hijas de Medina con la alegría que se deja suponer, aunque duróles poco tiempo el gozo de tenerla consigo.

Habiendo el Visitador Apostólico cumplido con su oficio en Medina, volvióse á Ávila para hacer lo mismo en el monasterio de la Encarnación. Hallábase esta casa á la sazón muy desconcertada, así en lo espiritual como en lo temporal, y era preciso poner pronto remedio al mal que de día en día aumentaba. Imaginó el prudente Dominico que ninguno más eficaz al intento que el poner allí de superiora á la Madre Teresa, para que con su celo y discreción diese nueva vida á su primitivo convento, donde el espíritu religioso languidecía y casi se apagaba. Consultado el negocio con los padres Carmelitas, opinaron como él, y el P. Fernández en virtud de las facultades que tenía, nombró á la Santa Fundadora prelada de la Encarnación. Cuchillo de dolor fué para la Madre Teresa este nombramiento, porque consideraba por una parte el desconuelo en que habian de quedar sus hijas, las de Salamanca y Medina sobre todo, que más la habían menester, y por otra los peligros y desasosiegos en que se metía, habiendo de gobernar súbditas que por lo general estaban mal acostumbradas. Tan pesada le parecía esta cruz, que la parte inferior se resistía á cargar con ella, y por eso exclamó: Señor Dios de mis entrañas y de mi

alma: veisme aquí, vuestra soy, la carne como flaca siente, mas mi alma está pronta; hágase tu voluntad. Después de esto, estando encomendando á un hermano suyo que estaba en lugar donde podía peligrar su salvación, con la amistad grande que tenía con Dios, atreviése á decir: *Si yo viera, Señor, un hermano vuestro en este peligro, ¿qué hiciera por remediarle? Páreceme que no me quedara cosa que pudiera por hacer.* Aprovechándose entonces su Majestad de las palabras con que Teresa hiciera su petición, arguyóla así: *Oh hija, ¿hermanas mías son estas de la Encarnación y te detienes? Pues ten ánimo, y mira lo que quiero yo, y no es tan dificultoso como te parece, y por donde piensas perderán estotras casas, ganarán lo uno y lo otro: no resistas, que es grande mi poder.*

Causaron dichas palabras tal efecto en el ánimo de la Santa, que sin andar en vacilaciones, determinó abrazar la pesadísima cruz con que su Majestad la convidaba, resuelta á morir mil muertes antes que faltar en un punto á lo que entendía ser del servicio del Señor. Animó á sus hijas de Medina á que se resignaran á la voluntad de Dios, manifestada en el mandato del Superior, y encomendándose á las oraciones de todas, despidióse con mucha ternura dejándolas anegadas en lágrimas.

Salió de Medina por el mes de Octubre de 1571, y habiendo de hacer noche en Arévalo, envió delante á cierto sujeto con encargo de decir á un clérigo, que encontraría paseando á la entrada del lugar, tuviera prevenido aposento para ella y su compañera. El mensajero encontró al clérigo, llamado Alonso Esteban, cual la Santa tenía dicho, y dado el recado, dispuso dicho sacerdote el conveniente alojamiento en casa de Doña Ana de Velasco, donde las caminantes Carmelitas pasaron tranquilas la noche. Á otro día despi-

diéronse agradecidas de dicha señora, y en llegando á Ávila, fuése nuestra Madre al monasterio de S. José y allí, según el P. Visitador lo tenía ordenado, hizo la siguiente aclaración y renuncia:—Digo yo Teresa de Jesús, Monja de nuestra Señora del Carmen, profesa en la Encarnación de Ávila, y ahora de presente en S. José de Ávila, donde se guarda la primera regla, que hasta ahora yo la he guardado aquí con licencia de nuestro Rmo. Padre Fr. Juan Bautista Rubeo, que también me la dió, para que, aunque me mandasen los Prelados tornar á la Encarnación allí la guardase, que es mi voluntad guardarla toda mi vida, y así lo prometo: y renunció todos los Breves que hayan dado los Pontífices para la mitigación de la dicha primera regla. Y con el favor de N. Señor la pienso y prometo guardar hasta la muerte; y porque es verdad lo firmo de mi nombre.—Teresa de Jesús, Carmelita.

Hecha la dicha renuncia, puesta en los brazos de Dios, y cual víctima que se prepara al sacrificio, encaminóse hacia la Encarnación. En el capítulo siguiente veremos lo mucho que hubo de padecer, y el señaladísimo triunfo que con la ayuda de Dios alcanzó.





CAPÍTULO X.

Estado en que se encontraba el monasterio de la Encarnación cuando la Santa fué nombrada Prelada de él.— Alborótanse las monjas con motivo de dicho nombramiento.—Comienza nuestra Madre à ejercer su oficio, y con su virtud y acertado gobierno experimenta en breve el monasterio notable aprovechamiento.—Enfermedades que padeció en el primer año de priora en la Encarnación.

El número de monjas en la Encarnación, cuando la Santa fué nombrada priora, pasaba de ochenta. Hacía tiempo que por falta de buen gobierno en la casa, no se encontraban atendidas en lo temporal cual convenía, é ibase por esta razón abriéndose ancha brecha á la relajación y ruina de la observancia. Con las faltas que experimentaban unas veces de vestido, otras del conveniente sustento, andaban muy quejosas, y era causa de continuo trato con parientes, con lo que se iban aseglarando, y disipando más y más cada día. Las cosas del alma caminaban de mal en peor, y si no viniera luego remedio, por fuerza

el monasterio habría de desaparecer. Aquí es donde tenía que venir la Santa, queriéndolo así el Señor, para renovar el espíritu, poner concierto en las des-arregladas costumbres, y restablecer en todas sus partes la observancia de la regla. Con grandes dificultades había de luchar para conseguir tan extraordinaria mudanza; pero animada del espíritu de Dios, poderoso á ablandar corazones duros como el pedernal, esperaba segura triunfar.

No bien las monjas de la Encarnación hubieron tenido noticia de la elección del P. Visitador, hecha sin consentimiento de las mismas, cuando comenzaron á inquietarse y levantar grande alboroto, porque, conociendo el espíritu de la Santa, temían las había de estrechar demasiado, y cortar de raíz todas sus libertades. Nada de esto se ocultaba á la celosa Reformadora, y confiada en la Divina Providencia, dirigióse á su primitivo monasterio, acompañada del P. Provincial, quien hizo saber á las monjas, reunidas en Capítulo, la disposición del P. Visitador Apostólico. Con esto, levantáronse coléricas algunas, y con demasiada osadía protestaron diciendo, que no obedecerían tal determinación, y no faltó quien se desmandara en palabras contra la inocente y sufrida Santa.

Ocurría lo dicho en el coro bajo donde se hallaban todas reunidas; y como en comunidad numerosa hay siempre de todo, dividiéronse los pareceres. Juzgando las más cuerdas que debían obedecer, tomaron la cruz con el fin de hacer el recibimiento de prelada que se acostumbra en tales ocasiones. Tan enérgicamente se opusieron á este acto las más díscolas, que el Provincial y otro Padre que acompañaba á la Santa hubieron de meterla por fuerza en la iglesia en medio de espantosa confusión y gritería; porque mientras unas entonaban el *Te Deum*, manifestaban otras tumultuosa-

mente su disgusto al ver que se les entraba por Prelada á la que ni para lega quisieran. En tanto permanecía la resignada Madre humildemente postrada delante del Santísimo Sacramento, callando y sufriendo como manso cordero los desmanes de aquellas ciegas y apasionadas monjas, que no sabían el inapreciable bien que el Señor les enviaba.

En tan desfavorables circunstancias es donde la Santa hubo de mostrar tacto exquisito y prudencia admirable en el gobernar; y vióse aquí claramente estar alumbrada y regida del espíritu de Dios, pues fuera imposible de otra manera poner paz en aquellos exasperados ánimos.

Antes de congregar á las religiosas en capítulo, hizo colocar en la silla prioral una hermosa imagen de talla de nuestra Señora, en cuyas manos puso las llaves del convento, de suerte que la Virgen aparecía la prelada y dueña de la casa. Sentada á los piés de la devota imagen, mandó tocar á capítulo, y entrando en coro las monjas, sobrecogíanse de ver á la Madre de Dios ocupando el lugar de la Presidenta, y aun las más bravas no dejaban de temblar. Dirigía en tanto la Santa fervientes súplicas al Señor para que diese luz á aquellas sus súbditas, y las dispusiera á abrazar gustosas lo más conveniente para el bien de sus almas. Cuando ya las tuvo á todas reunidas, y ellas imaginaban que se despacharía á su gusto, les habló así: «Señoras Madres y Hermanas mías, nuestro Señor por medio de la obediencia me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuan lejos de merecerlo. Hame dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como porque á vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad y gusto, y priora tal, que ha-

ría harto si acertase á aprender de la menor que aquí está, lo mucho que tiene. Solo vengo para servir las y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demás cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida, lo haré de muy buena voluntad. Hija soy de esta casa, y hermana de todas vuestas mercedes. De todas ó de la mayor parte conozco la condición y las necesidades; no hay para que vuestas mercedes se extrañen de quien es tan propia suya.

No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra Regla y Constituciones, lo hagamos por amor de aquel Señor, á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande, pero ya que aquí no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos, que piadoso es el Señor, y hará que poco á poco las obras se igualen con la intención y deseo» (1).

Oída esta tiernísima plática, que no respira sino amor, prudencia y profundísima humildad, tan aplacadas quedaron las monjas, que hasta las más díscolas se sometieron gustosas á cuanto la Santa Madre quisiera mandarlas. Rendidas á la gracia divina ofrecían su cuello al yugo suave de la obediencia.

Comenzando después la Santa á ejercer su oficio de prelada, vióse ser verdad lo que el Señor le había dicho para animarla; de que *no era la cosa tan difícil como le parecía*. Procuró primero asegurar el conve-

(1) Escrit. de S. Ter. t. 1.º p. 522.

niente sustento, á fin de que las monjas, dejando á un lado tan enojoso cuidado, pudieran atender con más solicitud y menos peligros al negocio de sus almas. Parece que Dios favorecía visiblemente los intentos de la Prelada. Con ser tantas las monjas del monasterio, y haber en él tan mal gobierno, que muchas pensaban pedir licencia para salir á casa de sus padres, porque no se veían atendidas con lo necesario, en todo el tiempo que la Santa estubo de superiora, nunca padecieron semejantes necesidades.

Ganados así los corazones de las religiosas, que no veían en la Presidenta sino una madre cariñosa y solícita en procurar su bien, y cerrada la puerta á infinidad de abusos que la falta de comida y vestido ocasionaba, aplicóse con particular cuidado á restablecer el espíritu religioso, que era lo que más importaba. En la portería y sacristía puso monjas amigas de toda observancia, y quedaron con esto atajadas muchas visitas y conversaciones inútiles y perniciosas. Lo más curioso estaba en que las mismas que en un principio le habían sido contrarias, venían luego y le decían: bueno será, Madre, que guarde V. Rva. las llaves de los tornos y locutorio, y ponga de portera á fulana que se distingue por su virtud, y ha de hacer bien el oficio. Ella, que andaba con mucho aviso, aprovechábase de estas oportunas ocasiones, y como quien deseaba darles por el gusto, contestaba: pues ya que á V. Reverencias así les parece, hágase en hora buena. De esta manera conseguía el fin importantísimo de evitar el trato y conversación con seglares, el cual nunca podía traer buenas consecuencias.

Acostumbrado cierto caballero á gastar en el locutorio buenos ratos de conversación con una monja, viendo que ésta ya no salía como antes, y sabiendo cuál era la causa, tuvo el atrevimiento de llamar á la

Santa, y descomedirse con ella en palabras. Aguardó la discreta Prelada á que el importuno caballero dejara de hablar, y cuando hubo terminado, reprendióle con tanta energía sus descaminadas pretensiones, que quien antes se mostraba muy osado, quedó después confundido y sin saber qué replicar. Pasó más adelante nuestra Madre, y le amenazó con la justicia del Rey, si en lo sucesivo se atrevía á poner allí los piés con el fin que antes solía. Salió con la cabeza baja el tal caballero diciendo, que con la Madre Teresa no había burlas, y que ya eran acabadas las conversaciones con las monjas de la Encarnación. Corrióse por la ciudad el celo de la Santa en desterrar abusos y atajar parlerías, y bien pronto las religiosas viéronse libres de visitas inútiles y ociosas.

Mas para que una tierra dé buen fruto no basta arrancar las malas yerbas, es preciso además poner en ella buena semilla, y con esmero cultivarla. Así lo hizo nuestra Madre en la Encarnación. No se contentó con desterrar abusos, sino que se propuso avivar el espíritu decaído, despertando en el corazón de sus súbditas el amor á la virtud, y á la observancia de la regla. Con este fin alcanzó del P. Visitador viniesen de confesores de las monjas los PP. Fr. Juan de la Cruz, y Fr. Germán de Santo Matías, ambos amantes de la virtud, y deseosos del bien de las almas. Dirigidas por tan celosos directores, viéronse en breve trocadas de tal manera, que sólo en el hábito parecía se diferenciaban de las Descalzas. Hiciéronse amantes del retiro y de la oración, ejercitábanse en ásperas penitencias, obedecían con prontitud los mandamientos de la Prelada, y la armonía y caridad comenzaron á reinar en aquella casa. «Como yo las veo tan sosegadas y buenas, dice la Santa escribiendo á Doña María de Mendoza, pesarme ha de verlas padecer, que cierto lo están:

es para alabar á nuestro Señor la mudanza que en ellas ha hecho. Las más recias están ahora más contentas, y mejor conmigo. Esta cuaresma no se visita mujer ni hombre, aunque sean padres, que es harto nuevo para esta casa. Por todo pasan con gran paz. Verdaderamente hay aquí grandes siervas de Dios, y casi todas se van mejorando. Mi Priora (1) hace estas maravillas. Para que se entienda que esto es así, ha ordenado nuestro Señor que yo esté de suerte, que no parece vine á aborrecer la penitencia, y no entender sino en mi regalo.»

Dice la humildísima Sierva de Dios que no entiende sino en regalarse, cuando apenas había tenido día bueno, como se ve claro por lo siguiente que también escribe á dicha señora. «Á mí, le dice, me ha probado la tierra de manera, que no parece nació en ella. No creo he tenido mes y medio de salud al principio que vió el Señor, que sin ella no se podía asentar entonces nada. Ahora su Majestad lo hace todo. Yo no entiendo sino en regalarme, en especial tres semanas ha, que sobre las cuartanas me dió dolor en un lado y esquiniencia (angina). El uno de estos males bastaba para matar, si Dios fuera servido, mas no parece le ha de haber que llegue á hacerme este bien. Con tres sangrias estoy mejor. Quitáronseme las cuartanas; mas la calentura nunca se quita, y así me purgó mañana. Estoy ya enfadada de verme tan perdida, que si no es á misa, no salgo de un rincón, ni puedo. Un dolor de quijadas, que ha cerca de mes y medio que tengo me da pena.» Pues imagine el lector qué tal atendería la Santa á su regalo, molestada de tantas enfermedades, y abrumada con la barahunda de negocios que traía

(1) Alude á la Reina de los Ángeles, colocada en la silla prioral, y con las llaves del convento en la mano, en la cual silla ninguna Priora se sentó después.

entre manos. Diremos que su regalo consistía en estar abrazada con Cristo en la cruz, y entonces cierto, que era grande, como lo era la cruz que llevaba.

Antes de dar por terminado el capítulo, no dejaremos de referir la consoladora visión que al principio del priorato tuvo la Santa, mereciendo que la Reina de los Ángeles aprobase entre muestras de agradecimiento la piadosa idea de haber colocado en la silla prioral su imagen de talla. «La víspera de S. Sebastián, cuenta la favorecida Madre, del primer año que vine á ser priora, comenzando la Salve, ví en la silla prioral, adonde está puesta nuestra Señora, abajar con gran multitud de Ángeles á la Madre de Dios, y ponerse allí; á mi parecer no ví la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo á la imagen que me dió la Condesa, (1) aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecióme encima de las cormas de las sillas, y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve así toda la Salve, y díjome: *Bien acertaste en ponerme aquí, yo estaré presente á las alabanzas que hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.*»

(1) Dicha imagen de la Condesa, que es un lienzo donde está pintada la cara de la Virgen, guárdase al presente en las religiosas de la Encarnación.





CAPÍTULO XI.

Desposorio místico.—Conocimiento especial que el Señor comunicó á su Sierva acerca del misterio de la Santísima Trinidad.—Matrimonio espiritual.—Efectos admirables que las dichas mercedes causaron en el alma de Teresa.

SABIDAS las extraordinarias mercedes que el Señor comunicó á su Sierva hasta el 1571, en que la vemos priora de la Encarnación, acaso piense el lector que de nada más grande es capaz la humana criatura, mientras camina por este valle de lágrimas. Pero ¿cómo poner tasa á la bondad y magnificencia del que es infinito en sus perfecciones? Quien tuvo amor, para humillarse á tomar nuestra humana naturaleza, y cargó con la responsabilidad de nuestros pecados, para expiarlos en afrentosa cruz; quien tal hizo en beneficio del hombre, objeto de odio por la culpa original, ¿qué no hará con las almas puras, que sin reserva se entregan á su servicio, y celan su honra y gloria, y á mil muertes se pusieran antes que faltar en un punto á lo que entienden ser de su voluntad?

¿Quién podrá decir hasta qué extremo el Hijo de Dios se comunica con las almas que de veras le aman? En verdad, que toda unión de Dios con el hombre, por asombrosa que parezca, nunca llegará á ser tan íntima como la que tuvo lugar en el misterio de la Encarnación; ni nuestro amabilísimo Redentor pudo darnos mayores muestras de amor que las que nos dió, quedándose oculto en el Sacramento bajo las humildes especies de pan y vino, para servir de consuelo y alimento á las almas hasta la consumación de los siglos. Por eso cuando oigamos haber hecho el Señor excesos de amor con sus siervos, nada nos espante, que mayores sin comparación nos los enseña la fé.

Y viniendo ahora á las singularísimas mercedes que el Señor se dignó comunicar á nuestra Santa, siendo priora de la Encarnación, diremos que en la delicadeza y sublimidad de sus efectos exceden en gran manera á las recibidas anteriormente.

Cuando un alma se encuentra purificada, después de haber pasado por mil crisoles de trabajos y amarguras, y herida de amor busca sin descanso al objeto de su corazón, como el ciervo sediento las fuentes de aguas cristalinas; cuando abrasada en llamas de caridad encendida, reduce á cenizas todos los deseos que no se encaminan á Dios, y renace cual otro fénix á nueva vida; cuando ataviada en fin con las ricas vestiduras de heróicas virtudes, y respirando en sus obras el suavísimo aroma de los dones del Espíritu Santo, hállase dispuesta á comunicación más perfecta con su amado, suele entonces el Señor celebrar con ella lo que los místicos llaman desposorio espiritual. Las historias de Santa Inés, Santa Cecilia y otros santos nos cuentan las ceremonias y señales que acompañaron al recibo del divino favor. También nuestra Madre nos refiere las particulares circunstancias que

tuvieron lugar cuando se hizo participante de tanta dicha.

«Entonces, dice, representóseme (su Majestad) por visión imaginaria, como otras veces muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y dijome: *Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta agora no lo habías merecido; de aquí adelante, no solo como de criador y como de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es ya tuya, y la tuya mía.* Hizome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor: que, ó ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced; porque cierto no me parece lo podía sufrir el natural. Estuve así todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho, y mayor confusión y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes» (1).

Tiene lugar este desposorio místico del alma con el Verbo Encarnado, estando en éxtasis con enajenamiento completo de los sentidos; porque si en el uso de ellos se viera tan cerca de su Divina Majestad, desfallecería el natural, y no fuera posible quedar con vida. Grandísimas son las ganancias que el alma saca de esta maravillosa unión, según nos las refiere el extático S. Juan de la Cruz, que también lo sabía por experiencia. «Ve el alma, dice, y gusta en esta divina unión abundancia y riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación que ella desea; y entiende secretos é inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben, y siente en Dios un terrible poder y fuerza, que todo otro poder y fuerza priva, y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, y halla verdadero sosiego y luz divina, y gusta

(1) *Escrit. de S. Ter. t. I. p. 154.*

altamente de la sabiduría de Dios, que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios reluce; y siéntese llena de bienes, y ajena y vacía de males; y sobre todo entiende, y goza de inestimable refección de amor, que la confirma en amor» (1).

Acabáronse ya para la Santa aquellas ansias vehementes é ímpetus grandes de amor que la ponían á las puertas de la muerte, y gozando de inexplicable paz y deleite, pudo exclamar:

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.

Y también decir con el extasiado Fr. Juan:

La noche sosegada
En par de los levantes del aurora,
La música callada,
La cena que recrea y enamora.

Con la posesión de tanto bien, ¿qué más puede desear la esposa? Parécenle nada los trabajos pasados en comparación de aquellos deleites en que se encuentra anegada; y el Divino Huésped, solicitado por la hermosura del alma, que Él mismo ha hecho amable, enriqueciéndola de singulares gracias, quiérela juntar á Sí con lazo más estrecho de amor. Tal lo viene á realizar por medio del matrimonio espiritual, merced de más subidos quilates que el desposorio, porque, según S. Juan de la Cruz, es una transformación en el amado en que se entregan ambas partes por total posesión de la una á la otra, con cierta consumación de amor en que está el alma hecha divina por participación, cuanto se sufre en esta vida. Y es de parecer dicho Santo, que á tanta grandeza de goces nunca llega el alma, sin estar

(1) Declaración del Cant. Esp.

antes confirmada en gracia; de donde se sigue ser este el más alto estado sobrenatural que en esta vida se puede alcanzar. Porque así como el matrimonio carnal son dos en una carne, también aquí, consumado el matrimonio espiritual, queda el alma endiosada, transformada en Dios por la perfecta conformidad de espíritu y amor. De manera que, sino es en el cielo, ni puede el alma unirse más íntimamente con Dios, ni le es posible gozar de mayor hartura de bienes sobrenaturales.

Á tan sublime estado, propio solamente de los que han llegado á la cumbre de la perfección, plugo al Señor levantar á su fidelísima Sierva, poco tiempo después que tuviera lugar el desposorio espiritual. Como la fué su Majestad disponiendo para el recibo de tan singular merced, refiérela la misma Santa en las *Séptimas Moradas*, aunque hácelo, por disimular, cual si hablara de otra persona.

«Pues cuando su Majestad, dice, es servido de hacerle la merced dicha de este divino matrimonio, primero la mete en su Morada, y quiere su Majestad que no sea como otras veces que la ha metido en estos arrobamientos..... Aquí es de otra manera, quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña, y metida en aquella Morada por visión intelectual. Por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad todas tres Personas, con una inflamación que primero viene á su espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad; y estas personas distintas, y por una noticia admirable que se da á el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera, que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma,

podemos decir, por vista; aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y le hablan, y le dan á entender aquellas palabras que dice el Evangelio, que dijo el Señor, que venía Él y el Padre y el Espíritu Santo á morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos» (1).

Y particularizando esta merced que le hizo el Señor de comunicarle noticia especial de la Santísima Trinidad, dice: «El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración, después de comulgar con pena, porque me divertía de manera, que no podía estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó á inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente á toda la Santísima Trinidad en visión intelectual, adonde entendió mi alma por cierta manera de representación, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, cómo es Dios trino y uno; y así me parecía hablarme todas tres Personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome: *que desde este día vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una de estas Personas me hacía merced: en la caridad, en padecer con contento, en sentir esta caridad con entendimiento en el alma.* Entendí aquellas palabras que dice el Señor, *que estarán con el alma que esté en gracia las tres Divinas Personas*» (2).

Discurriendo en otra parte acerca de este profundo misterio añade: «Un día después de S. Mateo, estando como suelo, después que ví la visión de la Santísima Trinidad, y cómo está con el alma que está en gracia, se me dió á entender muy claramente de manera, que

(1) Mor. Sep. c. I.

(2) Relación III.

por ciertas maneras y comparaciones por visión imaginaria lo ví. Y aunque otras veces se me ha dado á entender por visión la Santísima Trinidad intelectualmente, no me quedaba después de algunos días la verdad, como ahora digo, para poderlo pensar..... Lo que á mí se me representó, son tres Personas distintas, que cada una se puede mirar y hablar por sí. Y después he pensado, que solo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas Personas se aman y comunican y se conocen. Pues si cada una es por sí ¿cómo decimos que todas tres es una esencia, y lo creemos y es muy gran verdad, y por ella moriría mil muertes? En todas tres Personas no hay más que un querer y un poder y un señorío. De manera que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de todas cuantas criaturas hay, es solo un Criador. ¿Podría el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mismo el Espíritu Santo, así que es un solo Dios todo Poderoso, y todas tres Personas una Majestad. ¿Podría uno amar al Padre sin querer al Hijo, y al Espíritu Santo? No, sino quien contentare á la una de estas tres Personas, contenta á todas tres; y quien la ofendiere lo mismo. ¿Podrá el Padre estar sin el Hijo, y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y donde está el uno están todos tres, que no se pueden dividir» (1).

Ilustrada la Santa Madre con el conocimiento del misterio de la Santísima Trinidad de la manera que se sufre entre los mortales, como preparación próxima para el matrimonio espiritual, apareciósele Jesucristo en la forma que ella cuenta cuando dice: «La primera vez que Dios hace esta merced, quiere su Majestad mostrarse á el alma por visión imaginaria de su Sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien, y no esté

(1) Relación V,

ignorante de que recibe tan soberano don. Á otras personas será por otra forma; á esta de quien hablamos se la presentó el Señor acabando de comulgar con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo, que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir, que para decir. Parecerá que no era esta novedad, pues otras veces se había representado el Señor á esta alma en esta manera; fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada; lo uno porque fué con gran fuerza esta visión, lo otro porque las palabras que le dijo, y también, porque en lo interior de su alma, adonde se le representó, sino es en la visión pasada, no había visto otras» (1).

Consumado ya el místico matrimonio, ¿quién podrá decir el tesoro de bienes espirituales que el Señor comunicó á su Sierva?

«Entrádose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado» (2).

Es un secreto tan grande, dice la Santa, y una merced tan subida la que comunica Dios allí á el alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé á que lo comparar, sino á que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera, que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que, á cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios, que,

(1) Moradas Sep. c. II.

(2) S. Juan de la Cruz. Canc. XXII.

como es también espíritu, ha querido su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar á entender á algunas personas hasta donde llega para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar Él de ella» (1).

Los efectos prodigiosos que tan dichosa unión causa en el alma del que la goza, solo nuestra Madre que pasó por ello nos lo podrá dar á entender: «El primero, dice, un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera, que no se conoce, ni se acuerda que para ella ha de haber cielo, ni vida, ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios, que parece que las palabras que le dijo su Majestad hicieron efecto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que Él miraría por las suyas. Y así de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece que no es, ni querría ser en nada, nada, sino es para cuando entiende, que puede haber por su parte algo, en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pondría muy de buena gana su vida.....

Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que le inquiete, como solía; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que su Majestad hace, tienen por bueno; si quisiere que padezca, en horabuena, si no, no se mata como solía.

Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal ú desean hacer, antes les cobran amor

(1) Id. id.

particular, de manera que si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él; y encomiéndalos á Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace su Majestad holgarían perder, porque se las hiciese á ellos, porque no ofendiesen á nuestro Señor.

Lo que más me espanta de todo es, que ya habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de nuestro Señor: ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma, si pudiesen, que no solo no desean morirse, mas padecer muy muchos años, padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen, que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto, que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los santos: no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar algo al Crucificado, en especial, cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay, que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás. Verdad es que algunas veces que se olvidan de esto, tornan con ternura los deseos de gozar de Dios y desear salir deste destierro, en especial viendo lo poco que le sirven; mas luego torna, y mira en sí mesma con la continuanza que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece á su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la más costosa para ella, que le puede dar. Temor, ninguno tiene de la muerte, más que ternía de un suave arrobamiento. El caso es que el que daba aquellos deseos con tormento tan excesivo, da ahora estotros.

Un desasimiento grande de todo, y deseo de estar siempre, ú solas, ú ocupadas en cosa que sea provecho de algún alma: no sequedades ni trabajos interiores,

sino con una memoria y ternura con nuestro Señor, que nunca querría estar sino dándole alabanzas; y cuando se descuida el mismo Señor la despierta de la manera que queda dicho, que se ve clarísimamente que procede aquel impulso (ú no sé cómo le llame) de lo interior del alma, como se dijo de los ímpetus. Acá es con gran suavidad, mas ni procede del pensamiento, ni de la memoria, ni cosa que se pueda entender, que el alma hizo nada de su parte..... Por cierto cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oración, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros, y andarnos rogando (que no parece esto otra cosa) que nos estemos en Él, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan, por gozar de estos toques de su amor tan suaves y penetrativos..... La diferencia que hay aquí en esta Morada, es lo dicho, que casi nunca hay sequedad, ni alborotos interiores de los que había en todas las otras á tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre. El no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio, sino estar en un ser con seguridad que es Dios; porque como está dicho, no tienen que ver aquí los sentidos, ni potencias; que se descubrió su Majestad al alma, y la metió consigo, adonde á mi parecer, no osará entrar el demonio ni le dejará el Señor; y todas las mercedes que hace aquí al alma, como he dicho, son sin ninguna ayuda de la misma alma, sino el que ya ella ha hecho de entregarse toda á Dios. Pasa con tanta quietud, y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí á el alma, y la enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomón, adonde no se había de oír ningún ruido: así es en este templo de Dios, en esta Morada suya, solo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio. No hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento, que el Se-

ñor que le crió, le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa; porque, aunque á tiempos se pierde esta vista, y no le dejan mirar, es poquísimos intervalos, porque, á mi parecer aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas.

Estos efectos con todos los demás que hemos dicho, que sean buenos en los grados de oración que quedan dichos, da Dios cuando llega el alma á Sí, con este ósculo que pedía la Esposa, que yo entiendo aquí se la cumple esta petición. Aquí se dan las aguas á esta cierva que va herida, en abundancia. Aquí se deleita en el tabernáculo de Dios. Aquí halla la paloma que envió Noé, á ver si era acabada la tempestad, la oliva por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades de este mundo. ¡Oh Jesús! ¡Y quien supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar á entender esta paz del alma! Dios mío, pues veis lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscarla, y á los que la habéis dado, no se la quitéis por vuestra misericordia; que en fin hasta que les deis la verdadera, y las llevéis á donde no se puede acabar, siempre se ha de vivir con temor» (1).

He aquí el interior de la Seráfica Doctora descrito por ella misma unos nueve ó diez años antes de su muerte. Metida en la interior bodega, que es la unión más íntima que el hombre puede tener con Dios acá en la tierra, no tiene otro querer que el de su Amado. Allí su entendimiento debe altísima sabiduría, ejercitase en amor suavísimo su voluntad, y la memoria se recrea con la recordación del infinito Bien que espera. Ya puede decir con verdad:

(1) Mor. Sep. c. III.

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.
Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
Á mí, sin dejar cosa,
Allí le prometí de ser su Esposa.
Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio,
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio (1).

Con tanto gozar no se vaya á creer que la Santa vióse libre de trabajos en los años que le restaban de vida. Túvolos y muy grandes, porque como ella decía, el hacer Dios estas mercedes, no piense alguno que es para solo regalar estas almas, que sería grande yerro, que no nos puede su Majestad hacerla mayor que es darnos vida que sea imitando á la que vivió su Hijo tan amado; y así se ha de tener por cierto, que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, y poderle imitar en el mucho padecer. Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron á Cristo nuestro Señor, fueron los de mayores trabajos.

(1) S. Juan de la Cruz: *Decl. del Cant. Esp.*, Canc. XXVI, XXVII y XXVIII.





CAPÍTULO XII.

Carta de la Santa á Felipe II.—Cuenta Julián de Avila lo que aconteció en el viaje que nuestra Madre hizo á Salamanca.—Trasládanse las monjas á la nueva casa.—Desavenencias con Pedro de la Vanda.

CERCA de dos años habían transcurrido desde que nuestra Madre venía gobernando con feliz éxito el monasterio de la Encarnación, sin que por eso desatendiera los negocios de su amada Reforma. Alguna grave necesidad debió de ocurrir por entonces que la obligó á escribir al Rey en los siguientes términos: «La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra Majestad. Bien creo tiene vuestra Majestad entendido el ordinario cuidado, que tengo de encomendar á vuestra Majestad á nuestro Señor en mis pobres oraciones. Y aunque esto, por ser yo tan miserable, sea pequeño servicio, en despertar para que lo hagan estas hermanas de monasterios de Descalzas de nuestra Orden, es alguno; porque sé que sirven á nuestro Señor; y en esta casa que ahora estoy, se hace lo mismo, junto con pedir para la Reina nuestra señora,

y el Príncipe, á quien Dios dé muy larga vida. Y el día que su Alteza fué jurado, se hizo particular oración. Esto se hará siempre; y así, mientras más adelante fuere esta Orden, será para vuestras Majestades más ganancia.

Y por esto me he atrevido á suplicar á vuestra Majestad nos favorezca en ciertas cosas, que dirá el licenciado Juan de Padilla, á quien me remito. Vuestra Majestad le dé crédito. Ver su buen celo, me ha convidado á fiar de él este negocio; porque el saberse sería dañar en lo mismo que se pretende, que es todo para gloria y honra de nuestro Señor. Su divina Majestad le guarde tantos años como la cristiandad ha menester. Harto gran alivio es que para los trabajos y persecuciones que hay en ella, que tenga Dios nuestro Señor un tan gran defensor y ayuda para su Iglesia, como vuestra Majestad es. De esta casa de la Encarnación de Ávila XI de Junio de MDLXXIII.—Indigna sierva y súbdita de vuestra Majestad, Teresa de Jesús, *Carmelita*» (1).

No especifica la Santa, ni descubren los autores qué negocio fuera éste, el cual tanto convenia mantener en secreto. Tratábase por entonces de que algunos Padres de la Descalcez pasasen de Castilla á fundar en Andalucía, y acaso nuestra Madre suplicara al Rey allanase las dificultades que para realizarlo pudieran ofrecerse. Échase de ver en la transcrita carta, la libertad y confianza que tenía con Felipe II, y lo mucho que se interesaba por el bien del prudente Rey.

Dos días antes que la Santa saliera de Ávila para Salamanca, escribió el P. Ordóñez, de la Compañía de Jesús, con motivo de una fundación de doncellas recogidas que se trataba de hacer en Medina al cuidado de

(1) Carta XXXII.

las Carmelitas Descalzas. Costeábanla Doña Elena y su hija Doña Jerónima; mas, exigiendo el Abad de Valladolid que las dichas Carmelitas, puestas al cuidado del colegio, habían de estar sujetas á su obediencia, no consintió en ello la Santa Madre, y la fundación no llegó á efectuarse.

De la carta al P. Ordóñez se colige que la salud de la Santa estaba por este tiempo harto quebrantada. «Quisiera tener, le dice, mucho lugar y salud para decir algunas cosas que importan á mi parecer. Y he estado tal, aun después que se fué el mozo, sin comparación peor que antes..... En pasando mañana me voy, si no me da otro mal de nuevo, y ha de ser grande cuando me lo estorbe» (1).

Habían negociado las Carmelitas de Salamanca que Pedro de la Vanda, caballero de condición algo indigesta, les vendiera una casa de mayorazgo; y para que todo se hiciese cual convenía, alcanzó la M. Ana de Jesús del Comisario Apostólico, el P. Fr. Pedro Hernández, que fuese la Santa á dicha ciudad, con el fin de acabar el negocio de la compra, que no dejaba de ofrecer sus dificultades. Á últimos de Julio salió nuestra Fundadora de la Encarnación, acompañada de una monja, llamada Quiteria, el P. Fr. Antonio de Jesús y Julián de Ávila, que, como compañero en la jornada, nos sabrá decir lo que en ella acaeció.

«Como hacía calor, cuenta este último, y á nuestra Santa Madre la hacía mal el sol, salimos casi al anochecer de Ávila, y para el principio de la jornada, antes de llegar á Martín, dió una gran caída de la cabalgadura el P. Fr. Antonio de Jesús, que al presente iba con nosotros. Quiso Dios que no se hizo mal en estas ni en otras muchas que en caminos que tocaban á la Orden,

(1) Carta XXXIII.

andando á dado. Iba con nosotros una doncella de una señora. Yo la ví caer un poco más adelante de una mula, y dió de cabeza en el suelo, que pensé se había muerto; y guardóla Dios, que cosa no se hizo. Y andando ya muy oscuro, porque se había entrado mucho la noche, se perdió el jumento en que iba el dinero que se llevaba á Salamanca y otros recaudos de camino, y no pareció en toda aquella noche; de suerte que con las caídas, y el buscar el jumento y con la grande oscuridad, me parece á mí que cuando llegamos á la posada, pasaría de media noche. Yo no quise cenar, aunque creo lo había menester, pero por no dejar de decir misa á la mañana, tuve por bien quedarme en ayunas. Á la mañana fué un mozo á buscar el jumento perdido, y hallóle echado un poco apartado del camino, que nadie había tocado á él, ni faltaba cosa de lo que llevaba. Con esto tuvimos gana á la mañana de ir á decir la misa á una ermita que se llama Nuestra Señora del Parral. Llegamos allá á buena hora, y para decir la misa no había recaudo en la ermita. Hube yo de ir á el lugar, que está algo apartado de la ermita por recaudo, y no hallé al cura en el lugar; no hubo quien nos diese recaudo.

Al fin en idas y venidas se nos pasó toda la mañana, y yo me quedé, harto contra mi voluntad, sin decir misa, y sin cenar, y sin almorzar, y harto de caminar. Y, aunque la Santa Madre se quedó sin comulgar, que para esto no estorbaba el camino, no sentí yo tanto eso como á mi me tocaba; porque aun no bastó mi trabajo en esto, sino que se iban riendo de mí, y con razón.

Á otra noche fué mayor nuestra pérdida, que no la del jumento, aunque decían llevaba quinientos ducados. Fué como íbamos también de noche, y con harta oscuridad, habíase dividido la gente en dos partes: el que se iba con la Santa Madre, que por su honra no

quiero decir quién es, dejóla y á la Señora Doña Quiteria, que ahora es priora de la Encarnación, en una calle de un lugarito, á que allí aguardasen la demás gente, para que todos se juntasen, y no fuesen divididos; de manera que por ir á buscar á los demás, ya que parecieron, volvió el que las dejó á buscarlas, y nunca pudo atinar á donde las había dejado, y, como hacía tan oscuro, desatinó de manera, que por más vueltas que dió no las halló; y con decir: adelante deben de ir con los que van más adelante, anduvimos buen rato hasta que estuvimos todos juntos. Decíamos los unos á los otros:

—¿Viene ahí la Madre?

Decían:

—¡No!

—¿No viene con vosotros?

—Sí que con vosotros venía. ¿Qué se ha hecho?

De manera que nos hallamos todos con oscuridades; la de la noche que era harta, y la de hallarnos sin nuestra Madre, que era muy mayor. No sabíamos si volver atrás ó ir adelante. Empezamos á dar voces; no había memoria. Hubímonos de tornar á dividir, los unos á buscar lo que habíamos perdido, los otros á gritar á ver si de algún cabo nos respondía. Después de buen rato que tuvimos de pena, y más el que las había dejado, y tornando á desandar lo andado, hé aquí á nuestra Santa Madre que viene con su compañera y un labrador, que le sacaron de su casa, é le dieron cuatro reales porque las guiase á el camino, el cual fué el mejor librado, porque se volvió muy contento á su casa con ellos, y nosotros mucho más con todo nuestro caudal vuelto hallar, y con harto regocijo de ir contando nuestras aventuras. Fuimos á parar á un mesón donde había tantos arrieros echados por aquellos suelos, que no había donde poner los piés, sino sobre albardas ú

hombres dormidos. Hallámos á donde meter á nuestra Santa Madre y á las monjas que llevábamos, que no creo había seis piés de suelo: de manera que, para caer, habían de estar en pié. Lo que tenían bueno estas posadas, que no víamos la hora de vernos fuera de ellas» (1).

En llegando la Santa á Salamanca, fué á ver la casa que vendía Pedro de la Vanda, y habiéndola contentado, hicieron las escrituras, poniendo por condición el pagarla á plazos. Diéronse luego prisa á ponerla en forma de monasterio, porque se llegaba S. Miguel, que era cuando se concluían los arriendos, y era preciso trasladarse para dicha fecha, sopena de pagar un año más de alquiler por la que habitaban. Gracias á la actividad y diligencia de la Santa que por medio del P. Julián todo lo bullía, adelantóse la obra de suerte, que vispera de S. Miguel se pasaron á la nueva casa. En grandísimo aprieto se vieron las religiosas, porque comenzó á llover con mucha furia, y anduvieron mal para llevar del antiguo domicilio las cosas más necesarias.

Era lo peor, que como la capilla del reciente monasterio estaba mal tejada, toda se llovía, y en tanta abundancia cayó el agua sobre el pavimento, que no les era posible aderezar la iglesia para la fiesta de la inauguración que se había de celebrar á otro día. Viendo la Santa á sus hijas acongojadas, y que el llover no cesaba, acudió en queja al Señor, y le dijo: que, ó no la mandase entender en tales obras, ó remediase aquella necesidad. Eficacísima fué la súplica, porque en un momento, así como en otro tiempo, oyendo su Majestad la petición de Santa Escolástica, el cielo poco antes sereno habíase convertido en tempestuoso,

(1) Vida de S. Ter. pag. 268-270.

de la misma manera ahora, mediante la fervorosa oración de Nuestra Madre, el horizonte que no ofrecía por todas partes sino negros nubarrones cargados de agua, despejóse por completo, y á la mañana del día de S. Miguel lució el sol claro y resplandeciente; y enjuto el suelo, pudieron atender á los preparativos de la función, que se celebró con grande acompañamiento de gente y música, y dejóse puesto con mucha solemnidad el Santísimo Sacramento.

Cuando la Santa llegó á Salamanca, encontrábase ausente Pedro de la Vanda, al cual tenía escrito con anticipación para que tuviese por bien de acudir á la ciudad, ó al menos diese licencia para hacer en la casa los arreglos convenientes. Con su consentimiento hicieronse los reparos que la necesidad pedía, sin que á nadie se le ocurriera habría de tomar de aquí ocasión de queja. Mas no fué así, sino que «luego otro día, dice la Santa, porque se nos templase el contento de tener el Santísimo Sacramento, viene el caballero cuya era la casa, tan bravo, que yo no sabía qué hacer con él, y el demonio hacía que no se llegase á razón, porque todo lo que estaba concertado con él cumplimos; hacía poco al caso querérselo decir. Hablándole algunas personas, se aplacó un poco, más después tornaba á mudar parecer. Yo ya me determinaba á dejarle la casa; tampoco quería esto, porque él quería que se le diese luego el dinero. Su mujer, que era suya la casa; había querido vender para remediar dos hijas, y con este título se pedía la licencia, y estaba depositado el dinero en quien él quiso. El caso es, que con haber estó más de tres años, no está acabada la compra, ni sé si quedará allí el monasterio» (1).

No se quedó por fin, porque era Pedro de la Vanda

(1) Fund. c. XIX.

tan molesto, y pretendia tales exigencias, que hubieron de abandonarle, para trasladarse junto á S. Estéban, y de allí en 1614 se pasaron á donde ahora están, fuera de la puerta de Villamayor.

La primera casa donde fundó la Santa á otro día de la célebre noche de ánimas, y que, como queda dicho, dedicó á S. José, encuéntrase al presente habitada por las siervas de este Sto. Patriarca, y es para alabar á Dios la observancia religiosa que en ella reina.





CAPÍTULO XIII.

Fundación de Segovia.—Trasládanse las monjas de Pastrana á dicha ciudad.—Estando en Segovia nuestra Madre, consuela á Isabel de los Angeles que moria en Salamanca.—Favorece el Señor á su Sierva con la visita de S. Alberto y Santo Domingo.

GSTANDO la Santa Madre en el monasterio de la Encarnación de Ávila, habia tenido aviso de algunas personas piadosas, para que fuese á fundar á Segovia monasterio de monjas. Encontrándose en Salamanca por el motivo que queda referido en el capítulo pasado, un día en oración fuéle dicho de parte de Dios que hiciese monasterio en Segovia. Parecióle esto cosa imposible de realizar por entonces, porque, además de no estar acabados los tres años de priorato en la Encarnación, tenía entendido que el Comisario Apostólico, el P. Fr. Pedro Fernández no gustaba, por razones de gobierno, se aumentase en demasia el número de los conventos. Pensando sobre las indica-

das dificultades, dijole el Señor, que hablase al Padre Visitador, pues él lo haría. Escribióle inmediatamente la Santa, haciéndole saber, cómo tenía precepto del Rmo. P. General de la Orden para fundar doquiera hubiese comodidad, y que en Segovia se ofrecía al presente buena ocasión, lo cual se lo significaba por cumplir con su conciencia; que con lo que él determinase, quedaría segura y contenta.

Como en la mano de Dios está el trocar los corazones de los hombres, según conviene para sus altos fines, de tal modo dispuso el ánimo del P. Fernández, que luego contestó, ordenando se hiciese la dicha fundación. Sin perder tiempo procuró la Santa desde Salamanca el alquiler de una casa, valiéndose para ello de Doña Ana de Jimena, la cual cumplió con tanta caridad el encargo, que proveyó de todo lo necesario, y lo mismo hizo después con la iglesia.

Bien apretada nuestra Madre de sus ordinarios achaques, molestada de las calenturas, y con hastío y sequedad en el alma, que á las veces permitía el Señor, salió de Salamanca á primeros de Febrero del 1574. Iban en su compañía Doña Quiteria y otras dos monjas. En su paso por Alba escribió á la Priora de Salamanca, y la encargaba llevasen al M. Fr. Bartolomé de Medina el regalo de una trucha. «Esa trucha, le dice, me envió hoy la Duquesa; paréceme tan buena, que he hecho este mensajero para enviarla á mi P. el M. Fr. Bartolomé de Medina. (1) Si llegare á hora de comer, vuestra reverencia se la envíe luego con Miguel, y esa carta,

(1) Hacía el P. Medina poco caso de revelaciones y visiones de mujeres, y no creía con facilidad las cosas extraordinarias que se contaban de la Santa. Esto mismo movió á nuestra Madre á tomarle por juez de su conciencia; y cuéntase del dicho Padre que, después que la hubo conocido de cerca, solía decir, hablando de ella, no haber otra tan gran santa sobre la tierra.

y si más tarde, no se la deje tampoco de llevar, para ver si quiere escribir algún renglón» (1).

De Alba caminó á Medina del Campo, y de aquí, después de algunos días, á Ávila. El 18 de Marzo entró en Segovia acompañada de varias monjas, de S. Juan de la Cruz y de Julián de Ávila, el cual con la naturalidad que le es propia cuenta lo que ocurrió en esta ocasión.

«Yendo pues, dice, á Segovia, como la nuestra Madre tenía entendido tenía licencia del Ordinario (y si tenía, sino que era de solo la palabra, y no la había dado escrita) yo pedí la licencia á la Nuestra Madre en el camino, y como me dijo que no tenía, sino de palabra, harto me pesó; porque ví que habíamos de tener contradicción del Provisor, por no estar el Obispo al presente en Segovia. Á el fin á la Madre la pareció que sin decir nada al Provisor se tomase la posesión día de San José; y yo dije la primera misa, y puse el Santísimo Sacramento. ¡Oh, Señor! Como á la mañana fueron á decir al Provisor lo que pasaba, vino él más furioso que nunca se vió y dijo: ¿Cómo no le habíamos dado parte? Cuando entró en la Iglesia, acertó á estar diciendo misa un canónigo de Segovia, que pasando por allí á su iglesia, como vió aquello tan bien puesto, y tan aseado, dióle devoción de decir allí misa; y estándola diciendo, entra el Sr. Provisor, y como le vió en el altar le dijo con mucho disgusto: Eso estuviera mejor por decir. Bien creo que por mucha devoción que tuviera el canónigo, con esta palabra se le quitaría. Anduvo luego á buscar por allí quién había compuesto aquello, y puesto el Santísimo Sacramento. Como las monjas ya estaban encerradas, yo, como sentí la furia con que venía, amparéme de una escalera que había

(1) Carta XXXIX.

quedado en el portal, y topóse con Fr. Juan de la Cruz, que había ido con nosotros, y dijole: ¿Quién ha puesto esto aquí, Padre? No me acuerdo bien lo que le respondió; pero el Provisor dijo: Quitarlo luego todo: cierto que estoy por enviaros á la cárcel. Y yo creo que como era fraile no lo hizo, que si yo fuera, cosa llana era que de aquella vez yo iba allá. Y no fuera mucho que, de cuantas veces yo encerré á las monjas, me encerraran á mí una vez, aunque como ellas lo hacían de su voluntad, no sienten tanto como yo sintiera.

Á el fin yo no huí de la cárcel, pero escondime por no entrar en ella. Dióse tanta prisa el Provisor á descomponer todo lo que aquella noche de S. José se había compuesto, que no paró esta tan gran furia. Envió un alguacil para que no dejase á nadie decir misa, y envió de su mano á quien la dijese para consumir el Santísimo Sacramento. La Madre y las hermanas estarían mirando cuán sin duelo deshacían lo que ellas habían trabajado. Yo, después que me escapé, voy á la Compañía á contar lo que pasaba, y aunque el Rector lo hizo muy bien de hablar luego al Provisor, no le hizo mella. Andábase buscando las personas que habían estado presentes á el dar la licencia, y con dares y tomares que hubo en el negocio, vino en que se hiciese una información jurídica del cómo se había dado la licencia.

Ya con esto parecía iba el negocio seguro. Hicimos la información ante el notario con muy abonados testigos, y ansí no pudo el Provisor dejar de dar la licencia para que se dijese misa; pero no la dió para que se tornase á poner el Santísimo Sacramento: y en esto tuvo razón, porque era en una casa alquilada, y en el portal, y en esto también venía nuestra Madre, porque ya sabía que para tomar la posesión bastaba decir misa.

En esta gran furia que hubo se mostró grandemen-

te el valor que nuestra Santa Madre tenía, que ni la turbaba, ni aniquilaba, ni desconfiaba, antes hablaba á el Provisor con mucha osadía, juntamente con mucho comedimiento, de suerte que se echaba de ver ayudarla el Señor» (1).

Acomodadas las religiosas en Segovia, bien que en casa alquilada, hubo la Santa Fundadora de atender á sus hijas de Pastrana que por este tiempo padecían gran trabajo, siendo la causa lo que ahora diremos.

Á fines de Julio del 1573 moría en Madrid como buen cristiano, asistido de dos PP. Carmelitas el Principe Ruiz Gómez, marido de Doña Maria de Mendoza, fundadores de los conventos de Pastrana. Penetrada de dolor la Princesa por la muerte de su esposo, dió rienda suelta al dolor, y sin atender más que á las impresiones del momento, pensó que para ella no habría consuelo en la tierra, y pidió á los PP. Carmelitas le diesen el hábito de descalza. Bien comprendían los cuerdos religiosos, que no siendo esta determinación hija del convencimiento y de la reflexión, ni podía ser duradera, ni tampoco dar buenos resultados; pero el carácter dominante de la Princesa no sufría treguas, y por evitar mayores males, y no exasperarla más de lo que estaba, tuvieron por conveniente acceder á sus deseos. Como el hábito no hace al monje, aunque se desnudó de las preciosas vestiduras que la adornaban, para cubrirse de pobre y tosco sayal, no por eso se despojó de los hábitos seculares que tenía; y comprimidos al principio por la fuerza del dolor, no tardaron después en manifestarse. Los primeros días quiso se la considerase como á cualquiera de las religiosas, y ni aun en refectorio admitió lugar de preferencia; pero pasadas algunas semanas, llegó á exigir de las monjas

(1) Julián de Ávila: Vid. de S. Ter. p. 273 y 74.

le hablasen de rodillas, junto con otras ceremonias muy ajenas de la humildad religiosa, cuanto más de una carmelita descalza. La pobre Priora, que lo era Isabel de Santo Domingo, ya había adivinado lo que sería del monasterio, así que supo la determinación de la Princesa; y tanto que la primera vez que se lo comunicaron exclamó: *¿La princesa monja? Yo doy la casa por deshecha.* Y no se engañó la discreta Prelada.

De todo era sabedora la Santa Madre, y por eso á principios del 1574, cuando aun estaba en Salamanca, y la Princesa había abandonado el monasterio, no pudiendo sufrir, como era de esperar, el encerramiento del claustro, escribió al P. Báñez en estos términos: «Hé gran lástima á las de Pastrana: aunque se ha ido á su casa la Princesa, están como cautivas; cosa que fué ahora el Prior de Atocha allá, y no las osó ver. Ya está también mal con los frailes; y no hallo por qué se ha de sufrir aquella servidumbre» (1).

Los males pasaron tan adelante, que la petulante viuda no solo mortificó con extravagantes exigencias á las pobres carmelitas, mientras vivió dentro del monasterio, sino que salida de él, mirólas con descuido é indiferencia, y, faltando á la voluntad de Ruiz Gómez y condiciones de la fundación, ni aun con lo necesario para el sustento las atendía. De todo dió cuenta la Santa al Visitador Apostólico y al P. Provincial; y no aprovechando las prudentes medidas que estos tomaron para que la Princesa fuera más cuerda, resolvióse deshacer la fundación de Pastrana. Tuvo esto lugar estando nuestra Madre en Salamanca, desde donde escribió á la Priora Isabel de Santo Domingo, para que estuviesen dispuestas á dejar el convento así que recibiese aviso. Fundado el monasterio de Segovia, parecióle

(1) Carta XXXVI.

ocasión oportuna para trasladar allí á las de Pastrana, y con este intento envió allá á sus dos finos y devotísimos servidores el P. Julián de Ávila y Antonio Gaitán (1).

Entraron en Pastrana con mucha reserva, y avisada la Priora del objeto que traían, tomó la precaución de llamar al Corregidor y Notario, y les entregó con el recibo correspondiente las joyas y demás alhajas que de la Princesa tenían recibidas, para que por ningún título pudiera molestarlas.

Cómo se hizo el viaje, y el grandísimo peligro en que se vieron las pobres monjas al pasar un río, refiérelolo con sus circunstancias el capellán de la Santa. «Ansi, dice, llegamos á Pastrana lo más secreto que pudimos, y hablamos á la Priora, que era Isabel de Santo Domingo, y ella, que no estaba descuidada, ni poco deseosa de verse salida de allí, concertóse con quien nos diese cinco carros en que viniesen las monjas, y algunas alhajas que ellas debían haber llevado. Y, puesto todo recaudo, se consumió el día antes el

(1) En alabanza del último dice así la Santa: "Éste era un caballero de Alba, y hábiale llamado nuestro Señor, andando muy metido en el mundo, algunos años habia. Teniale tan debajo de los piés, que solo entendía en cómo le hacer más servicio; porque en las fundaciones de adelante se ha de hacer mención de él, que me ha ayudado mucho, y trabajó mucho, he dicho quién es; y si hubiese de decir sus virtudes no acabara tan presto." Y recordando agradecida á sus hijas la solicitud y desinterés con que era servida así de Antonio Gaitán como de Julián de Ávila, díceles así: "Bien es, hijas mías, las que leyéredes estas fundaciones, sepáis lo que se les debe, para que, pues sin ningún interés trabajaban tanto en este bien que vosotras gozáis, de estar en estos monasterios, los encomendéis á nuestro Señor, y tengan algún provecho de vuestras oraciones; que si entendiédes las malas noches y días que pasaron, y los trabajos en los caminos, lo hariades de muy buena gana."

Santísimo Sacramento, y concertados de salir á media noche, sin que la Princesa lo sintiese; aunque no se pudo hacer tan secreto que no se viniese á saber aquella noche, y enviase un su criado, ó mayordomo á decir muchas cosas, las cuales yo no oí, porque las hubo con un P. Descalzo, que se llamaba Fr. Gabriel, porque la casa de los frailes estaba allí fundada, y muy bien. Y como teníamos concertado, así se hizo, saliendo en procesión; y subieron una cuesta arriba, hasta llegar donde los carros nos estaban esperando... Llegando, pues, á donde estaban los carros, que era buen rato del lugar, pusímonos todos en orden de camino; y porque no nos faltase peligro de la mar y de la tierra, al segundo ó tercero día de camino, habíamos de pasar un río, que entiendo es el que pasa por Alcalá de Henares. Pásase con un barco, y los carreteros que sabían bien aquella tierra, dijeron que no querían ir al barco, que estaba un rato de allí; que bien podían pasar por el vado, y fuése toda la gente á pasar por el barco. Yo, con miedo de que había de haber alguna dificultad, quedé solo con los carreteros, y entré en el río con mi cabalgadura; y al parecer no iba muy hondo. Empiezan á entrar los cinco carros á la hila, cuando el que iba delante llegó á la mitad del río, que iba por allí muy ancho. Había una randa honda y angosta, y empezaron las mulas á rehusar la entrada, y el carretero á apretar las mulas, y ellas á retirarse. Cuanto más las apretaban, ellas más se detenían; y si andaban algo más adelante, se hundían y arrodillaban, y parecía iban al fondo. Yo, dando voces que se volvieran á salir; pero, aunque quisieran no se podían ya revolver atrás. Yo me ví harto afligido, y á solas, que si no eran los carreteros y las monjas, no había quedado nadie. Las pobres monjas, alguna de ellas parecía empezar á desmayar; los carreteros gritar á las mulas, y las mon-

jas debían de gritar también á Dios. Quiso el Señor que, á pura grita y fuerza, pasó un solo carro. Ya como éste estaba en salvo, que era el más esforzado, pasó á la ribera, y desuñó las mulas, y púsolas á cada carro por sí, de manera que cada carro pudo pasar con cuatro mulas; y así salimos de este peligro, y yo con propósito de nunca, en cosa que tanto va, creer á carreteros, que, por no andar uniendo y desuñiendo, no quisieron ir al barco, y se pusieron en harto peligro» (1).

Martes ó miércoles de Semana Santa llegaron á Segovia las religiosas que tanto habían tenido que padecer á causa del capricho y altanería de la Princesa. Recibiólas la celosa Madre con muestras de indecible gozo, no obstante de hallarse molestada á la sazón de la cuartana; y nombró por prelada de la nueva casa á Isabel de Santo Domingo, que tantas pruebas de discreción y acertado gobierno había dado en Pastrana.

Es de advertir que al mismo tiempo que las monjas se encontraban en el mayor peligro dentro del río, la Santa decía á sus hijas: *Hermanas, encomienden á Dios á las que vienen de Pastrana*; y en aquel momento el carro atollado pudo arrancar, y viéronse las caminantes libres de quedar ahogadas en lo profundo del río.

Estando nuestra Madre en un arrobamiento en el monasterio de Segovia, concedióle el Señor la gracia particular de poder consolar á una de sus hijas que moría en Salamanca. Enferma Isabel de los Angeles de una calentura maligna que la iba dejando en los huesos, había seis meses que venía dando pruebas de virtud heróica. Llegado el día de S. Bartolomé, el mal le apretó de suerte, que las religiosas creyeron moriría,

(1) Vid. de S. Ter. p. 275 y 76.

y con este pensamiento fuéronse á coro. Cuando volvieron á la celda de la enferma, halláronla con rostro muy alegre, y que dirigiéndose á la Priora decía: *Hoy se acabarán, Madre, estos trabajos, y gozaré del bien que deseo.* Conocieron las hermanas por las muestras de satisfacción que en la enferma notaban, que alguna noticia de gran consuelo había ésta recibido. Importunada Isabel para que lo manifestase, solo á la V. Ana de Jesús quiso revelar lo siguiente: *Mientras cantaban la misa, le dijo, ha estado aquí nuestra Madre Teresa de Jesús, bendiciéndome y regalándome, y pasándome la mano por el rostro me ha dicho, consolándome de las penas interiores: Hija mía, no sea boba, ni esté con esos temores, sino muy confiada en lo que hizo su Esposo por ella, que es grande la gloria que la tiene aparejada, y crea que hoy la gozará.*

Murió en efecto la observante carmelita la noche misma del día de S. Bartolomé, quedando su cuerpo extraordinariamente hermoso, que parecía despedir resplandores, indicio sin duda de la gloria que el alma gozaba en el cielo. Las monjas de Salamanca, habiendo sabido de la V. Ana lo ocurrido con la dichosa Isabel, escribieron á las de Segovia para que aclarasen la verdad del hecho. Preguntada la Santa acerca del particular, contestó de suerte, que ni afirmó, ni negó; mas al cabo de un año vino á decir á la M. Ana, cómo la cosa había sucedido tal cual la enferma la había contado.

Antes de dejar nuestra Madre la fundación de Segovia, quiso Dios favorecerla con la consoladora visita de sus dos grandes siervos, S. Alberto y Santo Domingo. Acercándose á comulgar el 7 de Agosto, día en que los Carmelitas celebran la festividad de S. Alberto Sículo, apareciósele Cristo á su mano derecha, mientras que dicho Santo estaba á su izquierda. En acabando de comulgar, ausentóse su Majestad diciendo: *Huél-*

gate con él. Quedó nuestra Madre en compañía del glorioso S. Alberto, quien la instruyó sobre varios puntos importantes que tocaban á la prosperidad y lustre de la Orden. Uno de los principales, según indica la Crónica, fué que para el buen gobierno de la Descalcéz convenía que ésta tuviera prelados independientes de los Calzados, para que los Reformados se rigiesen con acierto por su propia regla y costumbres. Aviso que no descuidó la celosa Fundadora, pues desde entonces dirigieron sus miras y esfuerzos á conseguir la separación de Provincia. Alcanzóla por fin, como se verá más adelante, bien que á costa de muchas lágrimas y trabajos sin cuento.

El trienio de Piora en la Encarnación estaba para espirar, y había por fuerza nuestra Madre de ir allá cuando aun no tenía á sus hijas acomodadas en casa propia. Las dificultades con que tropezaron para ver de adquirirla, déjanse entrever en lo que la Santa escribe: «Estuvimos, dice, algunos meses (en la alquilada) hasta que se compró una casa, y con ella hartos pleitos. Harto habíamos tenido con los frailes franciscos por otra que se compraba cerca: con estotra le hubo con los de la Merced, y con el Cabildo, porque tenía un censo la casa suyo..... En fin con dar hartos dineros se vino á acabar aquello. Quedamos con el pleito de los Mercenarios, que para pasarnos á la casa nueva fué menester harto secreto» (1).

Pasáronse al fin el 29 de Septiembre, y estando la Santa de partida para Ávila el día 30, entró en el convento de PP. Dominicos con el fin de visitar al insigne Fundador en la capilla donde es tradición hizo asombrosa penitencia. Permaneció recogida por espacio de media hora. El P. Yangues, que la aguardaba, viéndola

(1) Fund. c. XXI.

con el rostro encendido y bañado en lágrimas, preguntóla que cómo les había hecho esperar tanto. Respondió, que así que se hubo puesto de rodillas, habíasele aparecido Santo Domingo, rodeado de indecible gloria y resplandor, y le había dado palabra de ayudarla en lo que tocaba al buen suceso de la Reforma.

Y no paró aquí la merced. Estándose después confesando con el dicho P. Fr. Diego, vió al esclarecido Patriarca que le hacía compañía á su mano izquierda, y al tiempo de comulgar vió también á Cristo á su derecha, el cual desapareciendo, dijo: *Huélgate con mi amigo*. Terminada la misa, continuó gozando de tan dichosa compañía en la capillita donde se veneraba una devota imagen del Santo. Gran gozo, le dijo éste, ha sido para mí que hayas venido á esta capilla; y tú no has perdido nada.

Despidióse consoladísima nuestra Madre de aquel venturoso templo, y también de Segovia. Al cabo de trece meses de ausencia llegó por fin al monasterio de la Encarnación de Ávila, donde la esperaban las monjas, no temerosas como en otro tiempo de que se les entrara por las puertas, sino con los brazos abiertos, y determinadas á reelegirla por priora.





CAPÍTULO XIV.

Vocación de Casilda de Padilla.—Escribe la Santa á D. Teutonio de Braganza, dándole cuenta de algunas fundaciones que se le ofrecían.—Catalina Godínez y la fundación de Veas.—Profecía de la Madre Teresa en Almodóvar.—Favoréccla S. José en el paso de Sierra Morena.



AUNQUE la mayor parte de las religiosas de la Encarnación pusieron empeño en que la Santa saliera de nuevo priora, no pudieron conseguir su intento, así porque el Provincial se opuso á ello, como porque nuestra Madre pensó no estaría bien á las Descalzas, ni convendría á los intereses de su amada Reforma el continuar allí de prelada. Recibiónla sus fervorosas hijas de S. José con la alegría que se deja imaginar, y aunque ella deseara ser contada entre las últimas de las religiosas, no le valió su humildad, y de unánime consentimiento quedó electa superiora.

Poco tiempo hubo de gozar del reposo que apetecía, porque algunas semanas después vióse precisada á ha-

cer viaje á Valladolid, con el fin de arreglar cierta cuestión suscitada por los parientes de Casilda de Padilla, cuya historia, me ha parecido referir con las mismas palabras de la Santa.

«En este tiempo, dice, ofrecióse dar un hábito á una freila... Y, yendo Doña Casilda (que así se llamaba esta amada del Señor) con una abuela suya á este hábito, que era madre de su esposo, aficionóse en extremo á este monasterio...—y viniendo una mañana su hermana y ella con su madre acá, ofrecióse que entraron en el monasterio dentro, bien sin cuidado que ella haría lo que hizo: Como se vió dentro, no bastaba nadie á echarla de casa. Sus lágrimas eran tantas porque la dejasen, y las palabras que decía, que á todas tenía espantadas...— Con hartas persuasiones, porque no echasen la culpa á su madre, se fué esta vez: ella iba siempre más adelante en sus deseos. Comenzó secretamente su madre á dar parte á sus deudos; porque no lo supiese el esposo se traía este secreto. Decían que era niñería, y que esperase hasta tener edad, que no tenía cumplidos doce años. Ella decía que como la hallaron con edad para casarla, y dejarla al mundo ¿cómo no se la hallaban para darse á Dios? Decía cosas que se parecía bien no era ella la que hablaba en esto. No pudo ser tan secreto, que no se avisase á su esposo; como ella lo supo, parecióle no se sufría aguardarle, y un día de la Concepción, estando en casa de su abuela que también era su suegra, que no sabía nada de esto, rogóla mucho la dejase ir al campo con su aya á holgar un poco: ella lo hizo para hacerla placer en un carro con sus criados. Ella dió á uno dinero, y rogóle la esperase á la puerta de este monasterio con unos manojos ú sarmientos, y ella hizo rodear de manera, que la trajeron por esta casa. Como llegó á la puerta, dijo, que pidiesen al torno un jarro de agua, que no

dijesen para quien, y apeóse muy apriesa: dijeron que allí se la darían, ella no quiso. Ya los manojos estaban allí: dijo que dijesen viniesen á la puerta á tomar aquellos manojos, y ella juntóse allí, y en abriendo entróse dentro, y fuese abrazar con nuestra Señora, llorando y rogando á la priora no la echase. Las voces de los criados eran grandes, y los golpes que daban á la puerta: ella los fué á hablar á la red, y les dijo que por ninguna manera saldría, que lo fuesen á decir á su madre...—Como su esposo y deudos vieron lo poco que aprovechaba quererla sacar de grado, procuraron fuese por fuerza; y así trajeron una provisión real para sacarla fuera del monasterio, y que la pusiesen en libertad... Lleváronla con hartas lágrimas, diciendo que para qué la atormentaban, pues no les había de aprovechar nada. Aquí fué harto persuadida, así de religiosos, como de otras personas; porque á unos les parecía que era niñería, otros deseaban gozase de su estado. Sería alargarme mucho si dijese las disputas que tuvo, y de la manera que se libraba de todas. Dejábalos espantados de las cosas que decía...— Así pasó con harto trabajo y fatiga hasta cumplir los doce años que entendió que se trataba de llevarla á ser monja al monasterio que estaba su hermana, ya que no la podían quitar de que lo fuese, por no haber en él tanta aspereza. Ella, como entendió esto, determinó de procurar por cualquier medio que pudiese llevar adelante su propósito; y así un día, yendo á misa con su madre, estando en la iglesia, entróse su madre á confesar en un confesionario, y ella rogó á su aya, que fuese á uno de los padres á pedir que le dijese una misa, y en viéndola ida, metió sus chapines en la manga, y alzó la saya, y vase con la mayor priesa que pudo á este monasterio, que era hartó lejos. Su aya, como no la halló, fuése tras ella, y ya que llegaba cerca,

rogó á un hombre que se la tuviese; él dijo después, que no había podido menearse, y así la dejó. Ella como entró á la puerta del monasterio primera, y cerró la puerta, y comenzó á llamar, cuando llegó la aya, ya estaba dentro del monasterio, y diéronle luego el hábito, y así dió fin á tan buenos principios como el Señor había puesto en ella. Su Majestad la comenzó luego bien en breve á pagar con mercedes espirituales, y ella á servirle con grandísimo contento y grandísima humildad y desasimiento de todo (1).

Estando en Valladolid nuestra Madre por el motivo que dejamos dicho, y acaso también por tener ocasión de tratar de palabra con el P. Visitador algunos negocios que tocaban á la Descalcéz, escribió á D. Teotonio de Braganza, (2) y por la carta escrita al mismo

(1) Fund. c. XI.

(2) Este dignísimo sucesor de los Apóstoles, elevado á la silla arzobispal de Évora en 1578, debió de conocer á la Santa cuando la fundación de Salamanca. Era tanta su humildad, y tan levantado el juicio que se había formado del espíritu de la M. Teresa, que no se desdeñaba de consultarla en las cosas de su alma. Escribíale ésta con santa libertad acertadísimos documentos para gobierno de su interior, que lo mismo pueden servir para nuestro provecho, y por eso no dejaré de apuntar algunos. “De lo que V. S. tiene, le dice, del querer salir de la oración, no haga caso, sino alabe al Señor del deseo que trae de tenerla, y crea que la voluntad eso quiere, y ama estar con Dios. La melancolía congójase de parecer se le ha de hacer premio. Procure V. S. algunas veces, cuando se vea apretado, irse á donde vea cielo, y andarse paseando, que no se quitará la oración por eso; y es menester llevar esta nuestra flaqueza de arte, que no se apriete el natural. Todo es buscar á Dios, pues por él andamos á buscar medios, y es menester llevar el alma con suavidad... De que estará descontento de sí no es cosa nueva, ni V. S. se espante de que con el trabajo del camino, y el no poder tener el tiempo tan ordenado, tenga alguna tibieza... No es maravilla, que ahora no pueda V. S. tener el recogimiento que desea con novedades semejantes. Dará nuestro Señor doblado, como lo suele hacer, cuando se ha dejado por su servicio; aunque siempre deseo que procure V. S. tiempo para sí porque en esto está todo nuestro bien.”

con fecha 4 de Enero de 1575 sabemos, que además de la fundación de Veas, traía entre manos otras cuatro que no llegaron á realizarse en vida de la misma. «El monasterio de Zamora, le dice, se queda por ahora; lo uno por no haber tiempo, que será ahora bueno para las tierras de mucho calor; lo otro, porque el que nos daba la casa, no parece ha acudido muy bien, y está ausente, aunque no despedido..... En lo de Torrijos no se le dé á V. S. nada, que cierto el lugar no es nada á mi gusto..... En lo del monasterio de la Condesa no sé que diga... En lo de Madrid no sé qué es, que, con ver que conviene á estas casas tener ahí una, me hace una resistencia extraordinaria: debe ser tentación» (1).

De Valladolid salió á primeros de Enero del 1575 para Medina del Campo, donde se detuvo á dar el hábito á Doña Jerónima de Quiroga, sobrina del Cardenal que lleva el mismo apellido. Pasados unos días, volvió á Ávila, y poco tiempo después, emprendió el viaje de Veas, de cuya fundación diremos ahora.

Vivía en la villa de Veas de la provincia de Jaén, Sancho Rodríguez de Sandóval, caballero de noble linaje, casado con Doña Catalina Godínez. Concedióles el Señor una hija á quien pusieron por nombre Catalina. Llegada á los catorce años, pensaron sus padres en casarla con un caballero que tenía un mayorazgo. Pareció á Catalina poca cosa esto del mayorazgo, y resolviendo en su corazón pensamientos de vanidad y soberbia, entró en una pieza donde había un devoto erucifijo. Parándose á mirar cuál estaba llagado, y con la cabeza coronada de espinas, sintió interiormente un toque extraordinario, y como si el mismo Jesucristo le dijese: *Tu me tienes así*. Dióle á entender el Señor

(1). Carta. LIV.

con estas palabras su excesiva soberbia; y para más humillarla, y que entendiéndose bien su miseria, quiso mostrarle su mismo corazón todo lleno de gusanos y podredumbre. Al verse la presuntuosa Catalina en aquel espejo tan asquerosa y abominable, llenóse de confusión y vergüenza, y vuelta á su divina Majestad, dijo: *Ya veis, Señor, el cobro que yo he dado de mi corazón; no me lo volvais á dar, que ya desde hoy no le quiero: os le entrego, poniendo por testigos á vuestra Madre y á todos los Santos.* Y allí mismo hizo voto de castidad, y de abrazar la pobreza; y pareció que Jesucristo le echaba los brazos al cuello, y para que no desmayara le decía: *Mira mi brazo que te doy, que es mi poder para que pongas por obra mi voluntad, y lo que me has prometido.*

Estuvo Catalina tan firme en cumplir su promesa, que jamás volvió á pensar en casamientos; y para que nadie, prendado de su hermosura, la pretendiese, bañábase el rostro con agua, y poníase luego al sol, con el fin de quedar afeada. Al cabo de cuatro años, siempre ocupada en ejercicios de oración y penitencia, los deseos de ser religiosa habían crecido de manera, que, como sus padres no la permitiesen realizarlos, pidió al Señor se los quitase, ó diese trazas de poderlos cumplir. Acabada de hacer esta súplica, oyó una voz que le dijo: *No te aflijas, que tu padre morirá luego; dile que se prepare.* Hizolo así la buena hija, aprovechando ocasión oportuna, y D. Sancho murió como buen cristiano al cabo de dos ó tres semanas, quedando así desembarazada para retirarse del mundo.

No plugo al Señor que las piadosas aspiraciones de la arrepentida doncella tuvieran luego cumplimiento, y permitió que gravísimas enfermedades de calentura continua, hidropesía, mal de corazón, y un cáncer que la consumía, vinieran antes á atormentarla y purificar.

la. En medio de tan extraordinarios trabajos, que llevaba con indecible paciencia, no se olvidaba de la promesa hecha; y los deseos de ser monja avivábanse de día en día. Andando en estos deseos tuvo un sueño harto maravilloso. Parecióle que caminaba por un sendero muy angosto, rodeado de espantosos barrancos y pendientes peligrosas, sin tener á qué asirse, y viniendo á ella una religiosa, cuyo hábito le era desconocido, le dijo: *Ven conmigo, hermana*, y diciendo esto, condujola á un llano donde había un convento de monjas, las cuales llevaban en la mano vela encendida. Preguntólas de qué Orden eran, y, sin dar contestación, levantaron el velo que las cubría, dejando ver sus rostros alegres y risueños. Lleváronla luego á coro, y tomándola una de la mano, abrazóla cariñosa, y lo mismo hicieron las demás. Al llegar á cierta religiosa le dijeron: *Mira, ésta es tu Madre, y su regla has de guardar; las que ves, son tus hermanas, porque esta es mi Orden*. Después, leyéronla la regla, con algunas instrucciones; y una de las religiosas dijo: *Hija, para aquí os quiero yo*. Despertó entonces Catalina entre alegre y confusa, no sabiendo qué religión, ni qué monjas eran aquellas, cuya regla había oído leer, y aun conservaba en la memoria. Escribió para su gobierno las cosas más principales de ella, pero como la Orden á que pertenecía dicha regla, todavía no era fundada, aunque preguntaba por ella, nadie le daba razón. Pasados algunos años, acertó á pasar por Veas un padre de la Compañía, y comunicando con él el significativo sueño, supo que la regla á que se refería, era ni más ni menos la que guardaban las Carmelitas Descalzas, fundadas por la Madre Teresa. No deseaba saber otra cosa la piadosa doncella. Regocijada y loca de contento, envió al instante mensajero á la Santa, para que cuanto antes viniese á fundar en Veas, pudiendo

contar con la hacienda suya y la de otra hermana que tenía.

Como el lugar estaba lejos y el Comisario Apostólico no gustaba de que se hiciesen más fundaciones, quiso responder la Santa, no admitiendo el ofrecimiento. Acordóse, sin embargo, del precepto que tenía del Rmo. para multiplicar las casas de monjas cuanto le fuese posible, é ignorando que Veas se encontraba fuera de Castilla la Nueva, parecióle prudente presentar al P. Fernández las cartas recibidas. Enternecido éste con su lectura, y teniendo para sí que no sería fácil alcanzar del Consejo de las Órdenes la licencia requerida, dijo á la Santa que contestase dando buenas esperanzas. Cuando el enviado volvió con la respuesta, encontró á Catalina más enferma que nunca, y con poquísimas esperanzas de vida. Viéndola el confesor en estado tan lamentable, para que no anduviese fatigada con los deseos de ser monja, le dijo que no pensara en ello, pues no era posible que en monasterio alguno la admitiesen, estando tan imposibilitada. Levantó entonces la enferma el corazón á Dios, y dijo llena de confianza: *Señor mío y Dios mío, yo sé por la fe que vos sois el que todo lo podéis, pues vida de mi alma, ó haced que se me quiten estos deseos, ó dad medios para cumplirlos.* Pidió á nuestra Señora que por el dolor que tuvo, viendo á su Hijo muerto en los brazos, fuese su intercesora. Oyó en lo interior una voz que decía: *Cree y espera, que Yo soy el que todo lo puedo; tú tendrás salud, porque el que tuvo poder para hacer que de tantas enfermedades, todas mortales, no murieses, ese te las podrá sanar.* Fueron dichas estas palabras con tanta eficacia, y tal certidumbre produjeron en el ánimo de Catalina, que propuso á sus deudos y á cuantos pretendían quitarle de la cabeza el pensamiento de ser monja, que, si al cabo de un mes no se encontraba sana, confesaría

ser desatino el querer ser religiosa; pero que si para el tiempo indicado sanaba, comprometiesen su palabra de ayudarla á conseguir sus deseos.

Aceptaron gustosos el compromiso los que ni aun remotísima esperanza tenían de que había de sanar la enferma. Vispera de S. Sebastián, cuando el mes de plazo iba á concluir, sin haber experimentado alivio alguno, sobrevinole un temblor en todo el cuerpo tan vehemente, que la hermana creyó moriría en el acto. Pidió Catalina un crucifijo que allí estaba, y cuando le hubo abrazado, comenzó á salir de él una especie de sudor que dejó á la enferma buena y sana, con grandísima admiración de los médicos, que predicaban bien alto las maravillas del Señor. Partióse luego á Madrid para negociar por sí misma la licencia de la fundación. Habiendo encontrado grandes dificultades en alcanzarla del Consejo de las Órdenes, acudió al mismo Rey, el cual, como supiese que era para monasterio de Carmelitas Descalzas, concedióla al punto, por el mucho aprecio que hacía de la Madre Teresa.

Alcanzada la licencia, tornó Catalina muy contenta á Veas, y cuando ya tuvo casa bien acomodada donde hacer monasterio, escribió á la Santa para que, acordándose de las esperanzas dadas, fuese á dicha villa á realizarlas. Hallábase entonces nuestra Madre en su primer convento de S. José, y de allí avisó al P. Visitador de las negociaciones de Catalina, á fin de que determinara lo que tuviese por conveniente. Conociendo el P. Dominico por lo acaecido que la fundación que se pretendía era obra de Dios, no quiso contradecirla, antes manifestó ser de su agrado que se llevase adelante.

Obviadas todas las dificultades, partió la intrépida Santa de Ávila en medio de la crudeza del invierno, llevando consigo algunas monjas y sus fieles compañe-

ros de viaje el P. Ávila y Antonio Gaitán. De camino para Veas, visitó las casas de Toledo y Malagón. Era para alabar á Dios ver la observancia que en ellos encontraba, y en muchas religiosas tanta santidad y prudencia, que muy bien pudieran desempeñar el cargo de preladas.

Camino de Veas encontrábase Almodóvar, y habiendo de pasar por él nuestra Madre, es muy creible que entonces hiciera la profecía que ahora diremos. Marcos García é Isabel López su mujer, vecinos de dicho pueblo, aposentaron con mucha caridad á la Reformadora del Carmelo. Agradecida la Santa al favor que tan bondadosos señores le dispensaban, hizo llamar á sus hijos, y teniéndolos delante, comenzó á mirarles uno por uno, y dijo, dirigiéndose á la madre: *Vuestra merced, tiene aquí dos, de los cuales el uno ha de ser gran santo, patrón de muchas almas, y reformador de una grandiosa cosa que se verá.* Alzó luego la mano derecha, y dejándola caer sobre el hombro del otro que se llamaba Antonio López, dijo: *Santico, mire, que ha de tener mucha paciencia, porque ha de tener muy grandes golpes en este valle de lágrimas.* Y prosiguiendo añadió: *El tiempo dirá que después de muerto uno de los ocho que están aquí, en cabo de cinco años, quien ha sido.*

Todo se cumplió como la Santa tenía predicho. Uno de ellos era Juan Bautista de la Concepción, insigne reformador de la Orden de la Santísima Trinidad, y beatificado por Pío VII en 1818. El otro, que era Antonio López, certificó haber padecido grandes trabajos de enfermedades, y muchas contradicciones; de manera que no faltaron *los golpes de este valle de lágrimas.* Y para que también la última parte de la profecía tuviese cumplimiento, el mismo Antonio López afirma, en la información jurídica hecha para la beatificación

del hermano Juan Bautista, haber visto á Francisca, hermana suya, entera é incorrupta después de cinco años de enterrada; con la particularidad de hallarse consumidos otros cuerpos sepultados en el mismo lugar.

Despidióse nuestra Madre de aquella buena familia, para proseguir el penoso viaje. Al cruzar por Sierra Morena, los carreteros perdieron el camino, y cuando quisieron recordar, viéronse envueltos entre la fragosidad de los montes, sin poder apenas dar un paso, expuestos á mil peligros de hondonadas y precipicios. No ocultándose á la Santa Madre el aprieto en que se encontraban, porque tan difícil les era seguir adelante, como volver atrás, púsose en oración, y lo mismo hicieron sus monjas. Á poco oyeron una voz que decía: *Deteneos, deteneos, que os despeñaréis, si pasáis adelante.* Aunque sintieron la voz, á nadie vieron; y, deseando los carreteros salir del mal paso en que estaban, preguntaron, que por dónde irían seguros. La misma voz de antes les indicó la dirección que habían de tomar. Agradecidos á tan señalado favor, quisieron los carreteros buscar al bienhechor, con el fin de darle las gracias; mas la Santa, que sabía bien de donde les venía el socorro, dijo á sus hijas: *No sé para que les dejamos ir; que era mi Padre S. José, y no le han de poder hallar.*

Prosiguieron felizmente su camino, y antes de llegar á Veas, tuvo lugar otro prodigio. Al encontrarse con el río Guadalimar, habían por fuerza de apearse las monjas para pasarle en cabalgaduras; mas no bien hubieron los carros tocado el agua de la orilla, cuando sin saber cómo, viéronse á la otra parte, quedando todos pasmados de la providencia especial que el Señor tenía con ellos.

Aguardaban ya impacientes los de Veas á la Santa

Fundadora, y así que supieron se acercaba con sus monjas, no quedó persona chica ni grande que no saliera á recibirlas. Los de á caballo iban haciendo gentilezas delante de los carros hasta llegar cerca de la iglesia. De aquí lleváronlas en procesión á la casa donde se había de hacer el monasterio, y allí fueron recibidas con indecibles muestras de júbilo y contento por la heroica Catalina que veía ya cumplirse sus dilitadas esperanzas. Considere el piadoso lector, cuál sería el gozo que inundaría el alma de esta virtuosa doncella, viendo que las monjas del misterioso sueño, eran precisamente las Carmelitas Descalzas que ahora tenía presentes. Reconoció perfectamente á la Santa Fundadora, y también á la M. Ana de Jesús, que fué la que le dijo: *hija, para aquí os quiero yo.*

Admiremos en la vocación de esta doncella las trazas de la Divina Providencia, y reconozcamos cuánto puede la fe de las almas justas.





CAPÍTULO XV.

Principios de la fundación de Caravaca.—Vocación del P. Gracián á la Descalcez Carmelitana.—Ordena dicho Padre á la Santa que vaya á fundar en Sevilla.—Promesa especial que ésta hizo de obedecerle.—Trabajos de nuestra Madre en el viaje á Sevilla.—Aprietos en que se vió estando ya en dicha ciudad.—Vocación de Beatriz.—Compran las Carmelitas casa con la ayuda de Don Lorenzo.—Acábase la fundación de Caravaca.—Vense las religiosas acusadas á la Inquisición.

Poco tiempo antes que la Santa saliese de Ávila para la fundación de Veas, llevada á cabo con tanta felicidad, habia tenido aviso de la buena proporción que encontraría en Caravaca para fundar monasterio de monjas. Bien informada del largo y mal camino que para allí había, parecióle conveniente enviar á Julián de Ávila y Antonio Gaitán con encargo de tantear el terreno. Llegaron estos á Caravaca después de algunos trabajos y peripecias, y comenzando á tratar del negocio encontraron que las condicio-

nes no podían ser más favorables al intento. En muchas leguas al contorno no había monasterio alguno de monjas, y cuatro doncellas, hijas de gente principal, convencidas de la vanidad del mundo, y deseando asegurar su salvación, tenían concertado vivir retiradas, hasta que se fundara convento en Caravaca, donde poder vestir el hábito de religiosas. Con este objeto habían conseguido de una señora viuda muy piadosa, les cediese una habitación de su casa, y allí, apartadas del trato de parientes y amigos, hacían á su modo vida de monjas. En tales disposiciones encontraron nuestros diligentes enviados á las dichas doncellas. Averiguaron la renta con que se podía contar, y vieron que en junto llegaba á cerca de seis mil ducados, cantidad que les pareció suficiente para determinarse á fundar. Arregladas las escrituras con juramento de no salir fuera del concierto las partes, volviéronse á la Santa, que dió por bien hecho lo negociado.

De Caravaca fueron á la córte á procurar la licencia que no tardó el Rey en otorgar. Reparando nuestra Madre en la forma con que estaba dada, echó de ver que venía con condición de que las monjas estuviesen sujetas á los Comendadores de las Órdenes, cosa que ella en manera alguna consintiera. Era, pues, preciso acudir de nuevo á la córte con el fin de alcanzar la licencia sin el mencionado requisito. Mientras esto se negociaba, habíase de pasar algún tiempo, y pareciendo á la Santa demasiado larga su estancia en Veas, determinó dar la vuelta para Castilla, llevando en su pensamiento la fundación de Madrid, que hacía tiempo meditaba. No eran estos los designios del Altísimo, y así hubo nuestra Madre de dirigir sus pasos por otro camino, donde no le faltaron trabajos y amarguras.

Por el mes de Abril del 1575 acertó á estar en Veas el P. Fr. Jerónimo Gracián, nombrado ya por el Nun-

cio Hormaneto, Comisario Apostólico. Antes de proseguir la historia juzgamos oportuno, para la mejor inteligencia de lo que se irá diciendo, dar á conocer la persona de este insigne carmelita.

Nació en la ciudad de Valladolid año de 1545, y fué hijo de Doña Juana Dantisco y de D. Diego Gracián Alderete, secretario de Carlos V, y también de Felipe II. Desde la infancia dió muestras de rara habilidad, y de ingenio poco común. Estudiando en Alcalá hizo grandes progresos en las letras, y señalábase por su virtud y amor tiernísimo á la Madre de Dios. Cuando aun era muchacho, y cursaba latín en Madrid, solía visitar una imagen de la Virgen que llamaba su enamorada, y postrado á sus plantas, derretíase en lágrimas de devoción, sintiendo en el alma las ofensas que á Dios se hacían. Nacióronle de aquí vivísimos deseos de ganar el cielo, y de ayudar en lo que fuese posible á la salvación de las almas. Ordenado de misa, pretendió entrar en la Compañía de Jesús, con cuyo modo de vivir parece se conformaban sus inclinaciones. Mientras se acababa de resolver, ofrecióse ir á Pastrana con encargo de negociar la entrada de una doncella en las Carmelitas Descalzas. Habló con la Prelada, que por cierto no era lerda, y acaso le manifestó el pensamiento que abrigaba de retirarse al claustro. Complacida aquélla del espíritu fervoroso de Gracián, y de las buenas prendas que en él se descubrían, concibió el designio de ganarle para la Reforma. Al intento encargó á las religiosas pidiesen al Señor le diese vocación decidida. Añadieron á la oración, el ayuno y disciplina, y el Señor oyó benigno la súplica.

El jóven Jerónimo quedóse en Pastrana, y el 25 de Marzo de 1572 tomó el hábito de Carmelita de la Reforma. Durante el año de prueba tuvo fuertísimas tentaciones para abandonar el claustro, ocasionadas por la

indiscreción de un maestro de novicios, poco experimentado. Venciólas al fin, acudiendo al amparo de la Virgen, é hizo su profesión con grande alegría. Era, sin duda, el P. Gracián la persona de más relevantes talentos de la Corporación, y quien mejor que otro alguno podía organizar y dar vida á la Reforma que comenzaba á dilatarse. Así lo comprendió el P. Francisco de Vargas, el cual prendado de su celo y prudencia, renunció en él las facultades de Visitador Apostólico.

Confirmado en dicho cargo por el Nuncio Hormaneto, y conociendo arreciaba la tempestad levantada contra los Descalzos, vino de Sevilla á Veas, con el fin de acudir presto á donde la necesidad pidiere. Aquí encontró á la Santa determinada, como hemos dicho, á volver á Castilla.

Uno de los grandes gozos que nuestra Madre tuvo en vida fué el haber tratado en esta ocasión al P. Gracián. Como era tan lince en cosas de espíritu, al momento descubrió en él un alma grande y generosa, y muy á propósito para el gobierno de su amada Descalcez, por lo que no se hartaba de dar gracias á Dios (1) Estando comiendo un día, y sin ninguna especial devoción, su alma comenzó de súbito á recogerse y quedar suspensa. Parecióle ver junto á sí á nuestro Señor Jesu-

(1) Los elogios tributados en varias ocasiones por la Santa al P. Gracián, son en verdad magníficos. En carta escrita desde Veas á la Priora de Medina dícele así: "Ha estado aquí más de veinte días el Padre maestro Gracián. Yo le digo que con cuanto le trato no he entendido el valor de este hombre. Él es cabal en mis ojos y para nosotras mejor que lo supiéramos pedir á Dios. Lo que ahora ha de hacer vuestra reverencia y todas, es pedir á su Majestad nos le dé por prelado. Con esto puedo descansar del gobierno de estas casas; que perfección con tanta suavidad yo no la he visto. Dios le tenga de su mano, y le guarde; que por ninguna cosa quisiera dejar de haberle visto y tratado tanto. Ha estado esperando á Mariano, que nos holgábamos harto tardase. Julián de Ávila está perdido por él.

cristo, en la forma que otras veces solía representársele, y con el P. Gracián á su lado. Tomó el Señor las manos derechas de ambos, y juntándolas le dijo: *Que éste quería tomara en su lugar toda la vida, y que en trambos se conformasen en todo, porque así convenía.* Quedó nuestra Madre con gran seguridad de que esta visión no era engaño, sino cosa de Dios, y determinóse á seguir mientras viviese, el parecer de dicho Padre.

«Debía ser como un mes después de esta mi determinación, dice la Santa, segundo día de Pascua de Espíritu Santo, viniendo yo á la fundación de Sevilla, oímos misa en una ermita en Écija, y allí nos quedamos la siesta. Comencé á pensar una gran merced que me había hecho el Espíritu Santo una vispera de fiesta, y vínome gran deseo de hacerle un muy señalado servicio..... y representóseme que le sería agradable prometer lo que ya tenía propuesto de obedecer al padre maestro Fr. Jerónimo. Por una parte me parecía no hacía en ello nada, porque ya estaba determinada de hacerlo; por otra se hacía una cosa recísima considerando que con los prelados que se hace voto no se descubre lo interior, y se mudan; y si con uno no se halla bien viene otro, y que creí quedar sin ninguna libértad exterior y interiormente toda la vida; y apretóme esto harto para no lo hacer. Esta misma resistencia, que hizo mi voluntad, me causó afrenta, y paréceme que ya se ofrecía algo que hacer por Dios; que no lo hacía, que era cosa recia para la determinación que tengo de servirle. El caso es que apretó de manera la dificultad, que no me parece que he hecho cosa en mi vida (ni el hacer profesión) que me la hiciese tan grave, salvo cuando salí de casa de mi padre para ser monja..... Al cabo de gran rato de batalla, dióme el Señor una gran confianza, pareciéndome era mejor mientras más sentía, y que pues yo hacía aquella pro-

mesa por el Espíritu Santo, y obligado quedaba á darle luz para que me la diese, junto con acordarme que me la había dado nuestro Señor. Y con esto me hincé de rodillas y prometí hacer cuanto me dijese toda mi vida, por hacer este servicio á el Espíritu Santo, como no fuese contra Dios, y contra los Prelados que tengo más obligación..... Alabo á Dios que crió persona en quien quepa, que de esto quedé confiadísima, que le ha de hacer su Majestad grandes mercedes, y yo tan alegre y contenta, que de todo punto me parece había quedado libre de mí, y pensando quedar apretada con la sujeción, he quedado con muy mayor libertad. Sea el Señor por todo alabado» (1).

Viniendo ya á nuestro propósito, como dicho Padre Gracián echase de ver en Veas que la Madre Teresa estaba sujeta á su obediencia, por encontrarse dentro de los términos de la Provincia de Carmelitas de Andalucía, aunque fuera de los confines de dicho Reino en lo que toca á lo civil, deseando vivamente fundar en Sevilla monasterio de monjas, y sospechando con fundamento que si la Santa tornaba entonces á Castilla, tarde ó nunca volvería por Andalucía, manifestóle su intento de que fundase en dicha ciudad. Con el fin de probar hasta dónde llegaba su aquilatada obediencia, ó también para proceder con más seguridad, encargóse consultase el negocio con Dios en la oración. En ella entendió nuestra Madre que era conveniente ir á Madrid, pero el Comisario Apostólico dijo que no se había de dejar por hacer la fundación de Sevilla, y la humildísima Santa, en sabiendo la voluntad del Prelado, dispúsose sin más decir para el viaje. Diciéndole después el P. Gracián que por qué, teniendo entendida la voluntad de Dios, se determinaba á obedecer en lo con-

(1) Escrit. de S. Ter. t. 1, p. 160.

trario, dió la siguiente respuesta, que prueba hasta la evidencia ser buen espíritu el que le guiaba: *Padre mio, le dijo, ni esta revelación, ni cuantas hay, me aseguran tanto de la voluntad de Dios, como lo que el prelado me manda; porque en obedecer no puede haber yerro ni engaño, y en las revelaciones sí.*

Llena de sabiduría y celestial prudencia esta dicha respuesta; porque efectivamente en obedecer á los superiores en las cosas que mandan, aunque no vayan atinados, como no sea evidentemente contra lo que Dios ordena, siempre hay seguridad de acertar, pues estamos ciertos de que obedeciendo, se cumple con su voluntad. Cuán agradable fuese al Señor este acto de obediencia, dióselo á entender diciendo: *Bien hiciste en obedecer, que mejor guiaré yo por ahí los negocios de vuestra Orden, y la fundación de Madrid; aunque en la de Sevilla pasarás grandes trabajos.* Muy recios debían de ser los trabajos que á la Madre aguardaban en la fundación de Sevilla, cuando el Señor la previene diciendo que se disponga á pasarlos, no como quiera, sino grandes. Y en verdad que si se exceptúa el monasterio de S. José de Ávila, ningún otro le costó tantos sinsabores como éste que se había de fundar en Sevilla.

Salió de Veas la obedientísima Madre á mediados de Mayo, cuando el calor comenzaba á sentirse con fuerza, acompañada de las monjas que llevaba para Caravaca, y de los dos inseparables socios Julián de Ávila y Antonio Gaitán. Al llegar al Guadalquivir, hubieron de poner en una barca el carro que conducía á la familia carmelitana. Aconteció que arrastrada dicha barca por la fuerza de la corriente, llevó tras sí á los que con una maroma la sujetaban, los cuales no pudiendo contenerla, dejáronla á merced de las aguas. El barquero y un hijo de poca edad que con él iba, vién-

dose sin maroma y sin remos, no sabían que hacer, y andaban muy fatigados. La noche se venía encima, y las pobres monjas conociendo el peligro, comenzaron á rezar. Quiso Dios que no lejos de allí se detuviese la barca en un arenal donde había poco agua, y alumbrados por un hombre que acudió en su socorro, pudieron salir al camino.

Vispera de Pentecostés, que aquel año fué el 21 de Mayo, yendo de camino, apoderóse de la Santa fuer-tísima calentura, de tal suerte, que quedó como sin sentido, según estaba de amodorrada. Las afligidas religiosas viendo así á la anciana Madre, no hacían sino echarle agua en el rostro, pero tan caliente estaba del sol, que daba poco refrigerio. «No os dejaré de decir, escribe la misma con gracia sin igual, la mala posada que hubo para esta necesidad, que fué darnos una camarilla á teja vana. Ella no tenía ventana, y si se abría la puerta, toda se henchía de sol. Habéis de mirar que no es como el de Castilla por allá, sino muy más importuno. Hiciéronme echar en una cama, que yo tuviera por mejor echarme en el suelo; porque era de unas partes tan alta, y de otras tan baja, que no sabía cómo poder estar; porque parecía de piedras agudas. ¡Qué cosa es la enfermedad! que con salud todo es fácil sufrir. En fin tuve por mejor levantarme, y que nos fuésemos, que mejor me parecía sufrir el sol del campo, que no de aquella camarilla. ¡Qué será de los pobres que están en el infierno, exclama al llegar aquí la Santa, que no se han de mudar para siempre, que aunque sea de trabajo á trabajo parece es algún alivio!» (1).

Libre de las incomodidades, de aquella miserable posada, aunque no de los ardores del sol, caminaba

(1) Fund. c. XXIV.

nuestra Madre algo más aliviada de la calentura, con ánimo de entrar en Córdoba muy de mañana el primer día de Pascua, y poder oír misa sin ser vistos de la gente. Llegados al puente antes del amanecer, encontraron que no dejaban pasar el carro, sin traer antes licencia del corregidor. Mientras fueron á procurarla, pasáronse más de dos horas, y venido de lleno el día, no pudieron menos las pobres monjas de ser objeto de curiosidad para los cordobeses, que se llegaban al vehículo, y deseaban con impertinencia saber lo que dentro iba. Bien á pesar suyo, guiáronlas á una iglesia donde se hacía la fiesta con procesión y mucho ruido de danzantes. Entraron por medio de la gente que se agolpaba á ver la novedad de las Carmelitas, con su velo negro caído delante del rostro, capa blanca de sayal y las correspondientes sandalias. El sobresalto de la Santa al verse metida en aquel impensado estrépito fué tal, que bastó á quitarle la calentura. Gracias á un buen hombre que las condujo á una capilla, pudieron oír misa y comulgar separadas de la multitud.

Acabada la misa, retiráronse, huyendo de los abrasadores rayos del sol, á pasar la siesta debajo de un puente, donde yacían tranquilos ciertos animalejos que no es necesario mencionar. «Todo esto, y muchos trabajos que se ofrecían, cuenta el P. Julián, los llevábamos con grandísimo contento, porque la Santa Madre nos tenía buena y graciosísima conversación, que nos alentaba á todos; unas veces hablando cosas de mucho peso, otras veces cosas para entretenernos, otras componía coplas y muy buenas, porque lo sabía bien hacer, sino que no lo usaba, sino cuando en los caminos se ofrecía materia de donde sacarlas; de manera que con cuanta oración tenía, no la estorbaba á tener un trato santo, amigable y de gran provecho para almas y cuer-

pos» (1). De esta manera cautivaba los corazones de todos, y las personas que la acompañaban en los viajes, daban por bien empleados los trabajos y privaciones que por fuerza habían de padecer.

Salieron por fin de Córdoba á la hora en que el sol, cansado de calentar, templaba sus ardorosos rayos, y pasando antes por Écija, donde tuvo lugar la promesa de la Santa, que ya queda referida, llegaron hartos de caminar á Sevilla. Tenía entendido nuestra Madre, y así era en verdad, que D. Cristóbal de Rojas y Sandóval, Arzobispo de de dicha ciudad, era gran favorecedor de los Carmelitas Descalzos, y en esta persuasión esperaba obtener luego la licencia para la nueva casa. Pero no fué así, sino que al P. Mariano que se presentó á pedirla dijo terminantemente el Sr. Arzobispo, que no contase con ella ni tarde ni nunca, si el intento era fundar sin renta. Terrible golpe fué éste para la Santa, á quien no parecía bien que en ciudad tan rica y populosa como Sevilla, se hubiera de hacer monasterio con renta. Dejaba esto para aquellos lugares que, como Malagón y Pastrana, no podían acudir por ser pobres al sustento de las religiosas. Mas D. Cristóbal mantúvose inflexible á las repetidas súplicas que se le hicieron, y tan solo se pudo recabar de él permiso para que las carmelitas oyesen misa, pero sin poner el Santísimo Sacramento, en la casa de alquiler donde provisionalmente moraban.

Dicha casa era pequeñísima, húmeda, y por extremo desacomodada. Si alguna cosa encontraron en ella prevenida, como era de prestado, hubiéronla de devolver luego, quedando pobrísimas, y sin más amparo que la Divina Providencia. En una blanca, que les sobrara del viaje, consistía todo su caudal. De suerte que nues-

(1) Vid. de S. Ter. p. 285.

tra Madre vióse en esta ocasión apuradísima de recursos como nunca. Aparte de la necesidad de las monjas, que era preciso remediar, había de buscar dineros para que Julián de Ávila y Antonio Gaitán volviesen á sus hogares, y no encontraba quien se los prestara. «Nadie pudiera juzgar, dice con sentido acento la atribulada Madre, que en una ciudad tan caudalosa como Sevilla, y de gente tan rica, había de haber menos aparejo de fundar, que en todas las partes que había estado: húbole tan menos, que pensé algunas veces no nos estaba bien tener monasterio en aquel lugar. No sé si la misma clima de la tierra, que he oído siempre decir los demonios tienen más mano allí para tentar, que se la debe dar Dios, y en esto me apretaron á mí, que nunca me ví más pusilánime y cobarde en mi vida, que allí me hallé: y cierto á mí mesma no me conocía. Bien que la confianza que suelo tener en nuestro Señor, no se me quitaba; mas el natural estaba tan diferente del que yo suelo tener, después que ando en estas cosas, que entendía apartaba en parte el Señor su mano; para que él se quedase en su sér, y viese yo que, si había tenido ánimo, no era mío» (1).

Pasábanlo muy mal las pobres carmelitas, y movido sin duda por Dios, llegóse un día á visitarlas el Arzobispo D. Cristóbal. Hablóle la Madre con tal libertad, persuasión y eficacia, que cautivado de su virtud, no solo vino en que se fundase el monasterio sin renta, sino que les proveyó de trigo y dineros, y mostróles desde entonces mucha gracia. También comenzó á hacerles limosna Doña Leonor de Valera; pero quien más las socorrió, dándoles lo necesario para la iglesia y despensa, fué el P. Pantoja, Prior de las Cuevas, cuyo nombre, para encomendarle á Dios, quisiera la agrade-

(1) Fund. c. XXV.

cida Fundadora conservaran sus hijas eternamente en la memoria.

Favorecidas del Arzobispo y de otras personas, esperaba la Santa Madre que no faltarían vocaciones para monjas, pero las que más empeño habían tenido con el P. Gracián á fin de que se fundara allí convento, entibiáronse en sus deseos, y ahora que se les ofrecía ocasión, no querían entrar. Solo una doncella tomó luego el hábito, cuya vocación, por tener algo de extraordinaria, no dejaremos de referir. Llamábase Beatriz, y desde la edad de siete años vivía en casa de una tía que la estimaba como á hija propia. Envidiosas tres mujeres del amor que mostraba á dicha Beatriz, maquinaron perderla. Presentáronse á la incauta tía, y le aseguraron cómo aquella su querida sobrina tenía comprado solimán con el pérfido fin de envenenarla. Dióles crédito la buena señora, y despidió en hora mala á tan infame muchacha, enviándola á casa de sus padres, que indignados de tan inicuo proceder, castigáronla sin compasión, queriéndola obligar á que confesara el crimen que no había cometido. Quiso el Señor salir por la inocencia calumniada, y permitió que dos de aquellas mujeres fueran acometidas de cierta enfermedad que parecía rabia. Reconocieron en esto el justo castigo de Dios, y arrepentidas de su maldad, se desdijeron y devolvieron la fama á Beatriz por medio de su tía. Más adelante, leyendo dicha joven la vida de Santa Ana, enfervorizóse de tal manera, que hizo voto de castidad, y de ser monja carmelita. Los padres quisieran á todo trance verla casada, y para conseguirlo hicieron con ella mil judiadas. Cuando aun no había memoria de Carmelitas de la Reforma, estando acompañada de sus padres y de otros dos vecinos, vieron entrar en la pieza un religioso anciano y descalzo, vestido de sayal, con rostro fresco y venerable, y con las

barbas largas y blancas que semejaban finísimos hilos de plata. El misterioso religioso, poniéndose del lado de la piadosa doncella, santiguóla diciendo: *Beatriz, Dios te haga fuerte*; y desapareció, si que se tuviera de él más noticia. Al cabo de catorce años, un día que Beatriz estaba oyendo misa, vió salir á predicar á un fraile descalzo, vestido como el anciano de las misteriosas palabras. Era el P. Gracián que se hallaba entonces en Sevilla con grandes deseos de que allí se fundase casa de religiosas. Procuró Beatriz, confesarse con él, manifestándole el voto que tenía hecho, y las demás circunstancias de su vida. El discreto carmelita la consoló con la esperanza de que pronto llegaría á poner por obra lo que tanto deseaba. Así fué que yendo la Santa á dicha ciudad, á instancias del P. Visitador dióse el hábito á Beatriz. Los padres de la joven, conociendo ser aquella la voluntad de Dios, comenzaron á favorecer con limosnas la nueva fundación.

Los meses iban pasando, y todavía las sufridas carmelitas se estaban en aquella primera casa alquilada. Deseaba mucho la Santa Madre dejarlas en casa propia antes que se viese precisada á separarse de ellas, y pedíasele muy de veras á nuestro Señor, poniendo por medianeros á la Virgen Santísima y á S. José. Estando un día importunando á su Majestad para que diese casa á las que eran sus esposas, y tanto se esmeraban en servirle, sintió que le decía: *Ya os he oido dejadme á mí*. En este tiempo acertó á venir de América D. Lorenzo de Cepada, que había más de treinta y cuatro años se encontraba fuera de España; y como viese á la Santa hermana en gran aprieto, ofrecióse generoso á ayudar en lo que pudiese á la adquisición de la casa. Diórense los pasos, y ya casi se tenía acabada la compra de una que les hubiera estado muy mal, cuando el dueño puso algunos inconvenientes al hacer

las escrituras, y dejóse el concierto. Poco tiempo después ofreciósele otra de tan buenas condiciones, que habiéndola visto D. Lorenzo, quedó determinado á comprarla. Hallábase situada cerca del convento de los frailes Franciscos, en los cuales encontraron las Carmelitas alguna resistencia, y estuvieron más de un mes con la pena de no poderse pasar á ella, y en gran peligro de perder los seis mil ducados que costara. Al fin una noche con miedo y sobresalto de encontrar á cada paso algún franciscano que les requiriera, trasladáronse á la nueva casa cuatro religiosas, y tomada la posesión á otro día, quedaron sin temor. «¡Oh Jesús, exclama la Santa, qué de ellos he pasado al tomar de las posesiones! Considero yo, si yendo á no hacer mal, sino en servicio de Dios se siente tanto miedo, ¿qué será de las personas que le van á hacer contra Dios, y contra el prójimo?»

Habíase cometido cierto yerro al hacer las escrituras, y como D. Lorenzo era fiador en la compra, hubo de huir y acogerse á sagrado, porque le querían prender; y así lo hicieran si no presentara bastante hacienda de fianza. «Y fué gran ventura, escribe la Santa, no le llevar á la cárcel, que es aquí como un infierno, y todo sin ninguna justicia, que nos piden lo que no debemos, y á él por fiador.»

Ya que D. Lorenzo vióse libre de este trabajo, tomó á su cargo el arreglo de la casa y sustento de las monjas, en lo que le dejaremos santamente ocupado, mientras pasamos á referir cómo se acabó de fundar el monasterio de Caravaca.

Queda dicho cómo la Santa, concluida la fundación de Veas, pensaba en llevar adelante la de Caravaca, pero que no viniendo la licencia cual convenía, hubo de suspender el viaje hasta de nuevo negociarla. Concedióla el Rey, según se deseaba, pero las contradiccio-

nes en que andaba envuelta la Reforma, y el haber de acomodar en casa propia á sus hijas de Sevilla, absorbían la atención de la celosa Madre, y por más que había lástima á las de Caravaca, que no cesaban de importunarla, no lo podía remediar. Entrado ya el invierno, parecióle muy duro el hacer venir de tan lejos á Julián de Ávila y á Antonio Gaitán, á quienes con mucha gracia llamaba los fundadores. Como por otra parte no conviniese el perder de vista la casa de Sevilla, acordó el P. Gracián fuesen allá dos PP. Carmelitas con las monjas que para fundar en dicho lugar aguardaban en el monasterio de Malagón. Llegados á Caravaca á últimos de Diciembre, fueron recibidos con gran contento del pueblo, y en especial de las que había tañto tiempo esperaban el momento deseado. Púsose el Santísimo Sacramento el día primero del 1576.

Tomaron luego el hábito las dos que habían perseverado, porque cansada la otra de tanto encerramiento, ó temiendo también la estrechura y penitencia, faltóle á lo mejor ánimo para continuar, y dejando á las compañeras, volvióse al mundo con una hermana suya. Lastimada la Santa Madre de la desventura de esta pobre doncella, no pudo menos de exclamar: «Mirá, mis hijas, los juicios de Dios, y la obligación que tenemos de servirle las que nos ha dejado perseverar hasta hacer profesión, y quedar para siempre en la casa de Dios, y por hijas de la Virgen» (1).

¡Oh de cuán diferente manera ven las cosas los que viven encenagados en el lodo de la tierra! Parece tienen por género de desgracia el que algún jóven ó doncella, renunciando en la flor de su edad á los placeres y atractivos mundanales, quiera sepultarse para siempre

(1) Fund. c. XXVII.

en el retiro del claustro. Mas, andan muy engañados los que tal piensan, porque, aunque la vida del religioso, es vida de privaciones y sacrificios, no trocará por nada del mundo la paz y contento que en su alma experimenta. Y cuanto es más excelente el espíritu que la materia, así llevan ventaja los deleites espirituales á los toscos y groseros de la tierra. Con razón pues, encargaba la Santa á sus hijas, diesen gracias á Dios por el inestimable beneficio de la vocación religiosa.

Materia abundante donde ejercitar la paciencia ofreciase en este tiempo á la invicta Reformadora del Carmelo. Unos siete meses después de fundado el monasterio de Sevilla, acertó á entrar de novicia cierta joven de tan santas costumbres, á juicio de algunas personas que solo la conocían por el exterior, que con mucha gracia solía decirles nuestra Madre, no quedaban con honra, si no hacía milagros la dicha novicia. Entendía ésta la virtud á su modo, y quería la practicar según su capricho; pero como esto no podía ser, comenzó á disgustarse de la vida religiosa con tan terrible melancolia, que la hubieron de echar. Púsola el demonio en la cabeza que las Carmelitas hacían cosas que estaba obligada á denunciar á la Inquisición. El caso es que siguiendo el parecer de un clérigo poco avisado, á quien hacía participante de sus marañas, presentóse al Santo Oficio, y las acusó de que se confesaban unas con otras, y atadas de piés y manos azotaban á las monjas, con otras ridiculeces é invenciones diabólicas. Á tal extremo llegaron las cosas, que fueron ministros de la Inquisición al convento á fin de averiguar lo que había de verdad en lo que se decía, con ánimo de sacar de allí á las monjas si fuere menester. Quiso Dios que, hechas las convenientes informaciones, se averiguase ser falso cuanto de malo se les atribuía, y quedaron con mucho crédito en la ciudad. En medio de

tanta amargura no dejaba el Señor de endulzar con algún consuelo las aflicciones de su Sierva; y no fué pequeño el que recibió el día en que se puso en la casa nueva el Santísimo Sacramento. Dispuesta ya en forma de monasterio, gracias al celo de D. Lorenzo, que en todo el tiempo no se había apartado de las obras, quisiera nuestra Madre hacer la fiesta sin ruido ni aparato exterior, por no dar pesadumbre á los PP. Franciscos. ¡Á tal llegaban los generosos y delicados sentimientos de la Santa! No fueron de este parecer Garci-Álvarez y el Prior de las Cuevas, los cuales á fin de que los sevillanos tuviesen noticia del convento que se acababa de fundar medio á escondidas, juzgaron debiera verificarse la instalación lo más público y solemne posible. Acudieron con este intento al Arzobispo, quien, opinando como ellos, dispuso se aderezasen las calles de la ciudad como en día de gran fiesta, y se llevase en procesión al monasterio el Santísimo Sacramento con acompañamiento del clero y cofradías. Así se hizo tomándole de una parroquia, y poniéndole el Excmo. D. Cristóbal en medio de alegres músicas y repetidas salvas de cañón. Cuenta la Crónica que al entrar la Santa en el convento, hincada de rodillas, pidió la bendición al Arzobispo, el cual á su vez hizo lo mismo, quedando aquella confundida delante de la gente, que tal acto de humildad y devoción presenciaba.

Prolongóse la fiesta hasta el anochecer, y aconteció una cosa digna de notarse. Después de mucho estruendo de cañón y cohetes, y cuando la gente iba ya de retirada, dió á uno la gana de hacer otro disparo. Dispuesta al efecto la pólvora, inflamóse en manos de quien la tenía, y fué gran maravilla no quedar abrasado. Subió de punto el asombro al observar que los tafetanes colocados en los arcos del claustro, nada habían padecido con el fogonazo, mientras que la parte de pared por

ellos cubierta, veíase ennegrecida por el humo de la pólvora. Las monjas alabaron al Señor *por no tener que pagar otros tafetanes.*

Cuán grande fuese el contento que en esta ocasión experimentó la Santa, dalo bien á entender con las siguientes palabras: «Veis aquí, hijas, las pobres Descalzas honradas de todos, que no parecía aquel tiempo antes que había de haber agua para ellas, aunque hay harto en aquel río. Bien podéis considerar, hijas mías, el consuelo que teníamos aquel día. De mí os sé decir que fué muy grande: en especial me le dió ver que dejaba á las hermanas en casa tan buena y en buen puesto, y conocido el monasterio..... Y sobre todo me dió alegría haber gozado de los trabajos. Y cuando había de tener algún descanso, me iba, porque esta fiesta fué el domingo antes de pascua del Espíritu Santo año de 1576; y luego el lunes siguiente me partí yo, porque la calor entraba grande, y por si pudiese ser no caminar la pascua, y tenerla en Malagón; que bien quisiera detenerme algún día, y por esto me había dado prisa. No fué el Señor servido que ni siquiera oyese un día misa en la iglesia» (1).

Partió pues, en 6 de Junio, acompañada del Padre Gregorio Nacienceno, Alfonso Ruiz y su hermano Lorenzo con una hija de ocho años de edad que había traído de América. Sin consideración á las circunstancias y personas que la acompañaban, bastó esto para que malas lenguas publicaran que gustaba llevar en los caminos galanes y damas, y que atendía con exceso á su regalo, mientras por otra parte ostentaba mortificación y penitencia. El 11 del mismo mes llegó á Malagón, de donde escribió al P. Gracián, y entre otras cosas que le dice, hace gracia el lance que cuenta ha-

(1) Fund. c. XXVI.

berle sucedido en el viaje. «¡Oh mi padre, escribe, qué desastre me acaeció! que estando en una parva (que no pensamos teníamos poco) cabe una venta que no se podía estar en ella, éntrase me una gran salamanquesa ú lagartija entre la túnica y la carne en el brazo, aunque presto la asió mi hermano y la arrojó, y dió con ella á Antonio Ruiz en la boca» (1).

Pasados algunos días fué á Toledo, por haberlo ordenado así el P. Gracián, nombrado á la sazón Vicario Apostólico de los Carmelitas, según después se dirá. Dejemos aquí por ahora á nuestra Madre entenderse con Doña Luisa de la Cerda, con el fin de procurar casa para sus monjas de Malagón, sirviendo al mismo tiempo de atalaya desde el retiro de la celda para observar el giro próspero ó adverso que tomaban los negocios de su amada Descalcez, orando sin cesar por la vida de la misma, y atendiendo con su prudencia y consejo á donde la necesidad pedía. Mientras tanto veremos de buscar el origen y causa de las contradicciones y trabajos que desde el 1575 al 79 experimentó la Reforma del Carmelo, de los cuales la mejor parte alcanzaron á nuestra Santa Fundadora.

(1) Car. LXXIV.





CAPÍTULO XVI.

Origen de las desavenencias que mediaron entre Calzados y Descalzos.—Pasa el P. Gracián de Castilla á Andalucía, y es nombrado Visitador Apostólico.—Carta del Padre Vargas al Rey en favor de los Reformados.—Carta de nuestra Madre al Rmo. Rubeo.—Otra de la misma á Felipe II.—Capítulo General de Placencia.—Comisiona el Nuncio al P. Gracián para la visita de Calzados y Descalzos.—Aslicción de la Santa por los disturbios que ocasiona la visita del convento de Sevilla.—Viene de Italia el P. Fr. Jerónimo Costado.—Contradicciones que para la Reforma prevé la celosa Fundadora.



fin de no interrumpir la historia de las fundaciones, nada hemos dicho de las trascendentales y ruidosas cuestiones que mediaron entre Calzados y Descalzos, y que mortificaron no poco á la inocente Madre, alma y vida de la Reforma Carmelitana, así en sus principios como en su desarrollo.

Recordará el lector como estando la Santa en San

José de Ávila, fué á visitarla el Rmo. Rubeo, General de los Carmelitas, el cual, complacido de su virtud, dióle licencia para que fundase en ambas Castillas cuantos monasterios de monjas pudiera. Accediendo á sus ruegos, le dió también licencia el Rmo. para dos conventos de frailes reformados, que poco después se llegaron á fundar en Duruelo y Pastrana. Algo más tarde, con autorizaci6n del Visitador Apost6lico y ayuda de Ruiz G6mez, qued6 fundado a6o de 1570 el Colegio de Alcalá. Por este tiempo el P. Fr. Baltasar de Jes6s Nieto, carmelita calzado, hijo de la provincia de Andalu6ia, y de grandes talentos para la c6tedra y el p6lpito, pas6se á los Descalzos. De tal suerte comenz6 á lucir en Alcalá sus letras, que muchos religiosos de la Observancia que allí estudiaban, movi6ronse á seguir su ejemplo, animados del vivo deseo de introducir en Andalu6ia la Reforma Carmelitana. Los del Pa6o (así llamaban á los Carmelitas Calzados) viendo que los Descalzos, saliendo del rinc6n de Duruelo, crecían, y se alzaban con la flor de la religi6n, y también por lo repulsiva que es á toda familia religiosa la palabra *reforma*, comenzaron á temer y recelar, y hé aquí el principio de las discordias.

Ya que antes hemos hecho menci6n del Visitador Apost6lico, juzgamos convenientísimo para la mejor inteligencia de los sucesos, de que se hablará más adelante, dar breve noticia del importantísimo cargo que entre los Carmelitas desempe6aron los dichos Visitadores ó Comisarios Apost6licos. Anhelando el Rey Don Felipe II que las Órdenes Religiosas en Espa6a reparasen las quiebras padecidas por las vicisitudes de los tiempos, y prosperasen más y más en sus dilatados dominios, alcanz6 del Santo Pontífice Pio V el que las diversas religiones fuesen visitadas por sus respectivos Prelados. Con este fin vino de Italia á Es-

paña el General de los Carmelitas, y celebró Capitulos Provinciales en Andalucía y Castilla; pero sus esfuerzos al intento no produjeron el fruto apetecido. Viendo el celosísimo Rey que el resultado no había correspondido á las esperanzas, instó de nuevo al Papa, el cual no menos deseoso de purificar las Órdenes Religiosas, determinó que la del Carmen fuese reformada por la de Santo Domingo. Al efecto señaló por Visitador de la Provincia de Castilla al P. M. Fr. Pedro Fernández, y de la de Andalucía al P. M. Fr. Francisco de Vargas. Expidió un Breve en 1570, donde les daba sus *veces pontificales* por el término de cuatro años; y amplia facultad para entender en la reforma de los Carmelitas como lo juzgaran conveniente, y poder delegar su comisión en el religioso que les pareciese á propósito. El Nuncio Hormaneto permanecía en la corte con atribuciones de Reformador General, y ayudaba cuanto podía al fin laudable del Rey. La naciente Descalcez Carmelitana, teniendo entendido que así éste, como aquél gustaban de que se dejase gobernar por los Visitadores Apostólicos, dióles obediencia en cuanto podía extenderse su misión de Refomadores. En 1572 murió S. Pio V, sucediéndole en el Pontificado Gregorio XIII, sin que esto embarazase el curso de las visitas comenzadas. Acabado el término de los cuatro años, el Nuncio Hormaneto, en virtud de facultades especiales que tenia, comisionó á los Padres Dominicos para que continuasen ejerciendo el oficio que se les había encomendado. Así lo hicieron dichos PP., concediendo alguna que otra vez licencia para fundar casas de Descalzos, en la creencia de que éste sería el medio más á propósito para conseguir la reforma pretendida.

Por lo dicho se explica como la Santa Madre escribía en 1571, á Diego Ortíz lo siguiente: «Después de ida la carta de nuestro Padre General he advertido

que no había para qué, porque es muy más fuerte cualquiera cosa que el Padre Visitador hiciere, que es como hacerlo el Pontífice; que ningún General, ni Capítulo General lo puede deshacer» (1). Y estas otras palabras en carta escrita á D. Teutonio año de 1574: «De lo que V. S. me dice de hacerse ahí en Portugal casa de estos Descalzos, sería harto bien, si el demonio, por serlo tanto, no lo estorba; y es harta comodidad la merced que V. S. nos hace, y ahora viene bien, que los Visitadores se han tornado á confirmar, y no por tiempo limitado; y creo que con más autoridad para cosas que antes, y pueden admitir monasterios» (2). Ya hemos visto también como para las fundaciones de Segovia y Veas acudió nuestra Madre al P. Visitador.

Sentados los anteriores precedentes prosigamos la historia de las desavenencias entre Calzados y Descalzos. En 1571 adquieren éstos la casa de nuestra Señora del Socorro de Altomira. El P. Vargas, deseando á toda costa extender por Andalucía la Reforma, manda que los Calzados entreguen á los Descalzos el convento de la Limpia Concepción de S. Juan del Puerto. Los Observantes tomaron de aquí ocasión para quejarse al Rmo., el cual no solamente desaprobó el que los Reformados hubiesen recibido dicho convento de S. Juan del Puerto, sino que miró con malos ojos el que hubieran dado la obediencia á los Comisarios Apostólicos. En 1573 el P. Baltasar, alegando que tenía ciertos negocios que arreglar, obtuvo licencia del Provincial para ir á Andalucía. Una vez allá, con facultad de Visitador Apostólico delegada por el P. Vargas, funda en la Peñuela y Granada. Después

(1) Car. XXIV.

(2) Car. XLIX.

de esto corre á Madrid, donde asiste á Ruiz Gómez en su última enfermedad, y bien á pesar suyo vese obligado á llevar á Pastrana la Princesa de Évoli. Aquí subdelegó en el P. Gracián la comisión recibida del P. Vargas por medio de una patente que dice así »Fr. Baltasar de Jesús... Por la presente y por la autoridad que del muy Rv. P. Maestro Fr. Francisco de Vargas... tengo Mando á vos Fr. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios... que visitéis y reforméis los conventos que hay en la dicha Provincia de Andalucía, y hagáis que en ellos se tenga toda la observancia á que son obligados por razón de su regla, así y de la manera que yo lo hiciera» (1).

Á fin de que la dicha subdelegación fuera de algún efecto, era preciso que el P. Gracián residiese en Andalucía. Para ello necesitaba de la competente licencia, la cual no daría el P. Provincial, Fr. Ángel Salazar, si llegaba á entender á dónde se encaminaba el negocio. En tan apurado caso valiéronse los Descalzos del hermano Fr. Mariano, que todavía continuaba en Pastrana en el humilde estado de lego. Presentóse éste al Provincial, y, pretextando que antes de tomar el hábito había dejado en Andalucía pendientes algunos negocios, que convenía arreglar, pidióle permiso para ir allá, llevando un compañero, que se guardó muy bien de nombrar, por no infundir sospechas. Sorprendido tan hábilmente el P. Salazar, ninguna dificultad tuvo en concederle. Fr. Mariano, sin perder tiempo, tomó por socio al P. Gracián, y ambos emprendieron el viaje.

En Toledo alcanzó á Fr. Mariano un mandato del Rmo. Rubeo, para que del estado de lego, que había abrazado por su humildad, ascendiese al de Sacerdo-

(1) Crón. L. III. c. XXI. n. 8.

te. Llegados ambos caminantes á Granada, alegróse el P. Vargas de tenerlos presentes, y después de tomarse algunos días para conocer de cerca al P. Gracián, complacido de su celo y prudencia, cometi6 en él las veces de Visitador Apost6lico de los Carmelitas de Andalucía. Al P. Salazar que tuvo noticias del paso dado por los dos Descalzos, y del giro que llevaban las cosas, pes6le de la licencia concedida, y les orden6 que sin demora alguna volviesen á Pastrana, so pena de inobedientes y contumaces. Apremiados con tal mandamiento, quisieran obedecer; pero el P. Vargas, principal autor en el negocio, les dijo que se estuviesen quietos, y que descargasen en él toda responsabilidad, pues él escribiría á su hermano de hábito el P. Fernández, Visitador de los Carmelitas en Castilla. En este supuesto contest6 el P. Gracián al Provincial estar prontos y rendidos á su voluntad, aunque en cuanto á la ejecución se entendiese con el P. Comisario, el cual les tenia echados otras cadenas de obediencia, que no podían quebrantar.

Usando el P. Gracián de los poderes de Visitador, lo primero que hizo fué restituir á los Calzados el convento de S. Juan del Puerto, el cual habia dado ocasi6n á muchas quejas y desavenencias. Mientras se proporcionaba casa donde meterse los Descalzos que allí vivían, hospedáronse en la de los Observantes de Sevilla. Ofrecióles el Arzobispo la ermita de nuestra Señora de los Remedios, y aceptada, y vencidas ciertas dificultades que se presentaron en la entrega, verific6se la traslaci6n á ella con todo el secreto posible, sin ser notados ni aun de los mismos PP. de la Observancia. Cuando estos supieron el suceso, tomáronlo muy á mal, y decían que los Reformados atropellaban la autoridad del Rmo., fundando conventos contra sus patentes. Fuéronse al P. Gracián á pedirle explicacio-

nes de lo hecho, y dióselas éste muy cumplidas, aunque no quedaron de ellas muy satisféchos.

Sospechando el P. Vargas que los del paño habrían de acudir en queja al Rey, prevínole con la siguiente carta, que es la mejor apología de los Descalzos: «Nuestro muy Santo Padre, á instancias de V. Majestad, me encargó la visita de los frailes Carmelitas de esta Provincia de Andalucía, en la cual yo he entendido cuatro años con toda la diligencia á mi posible, por ser cosa tan del servicio de Dios y de V. Majestad, y hallé que el total remedio para reformación eran frailes Descalzos de los de Pastrana; los cuales envié á llamar y están en esta ciudad (de Sevilla) el P. Mariano y el P. M. F. Jerónimo Gracián, y otros Padres; los cuales con su vida y doctrina edifican mucho esta ciudad, aunque por parte de los Padres Calzados no les faltan persecuciones. He querido avisar á V. Majestad para que en todo lo que se ofreciere les favorezca..... 15 de Marzo de 1574» (1).

Mientras el P. Vargas informaba tan favorablemente al Rey, los PP. de la Observancia escribían al Rmo. Rubeo pintándole con vivos colores los atropellos que contra su autoridad, y á la sombra de los Visitadores Apostólicos cometían impunes los Reformados. Pedíanle con instancia alcanzase del Romano Pontífice revocación de los poderes dados á los Padres Dominicos para entender en la visita de los Carmelitas, pues no estaba bien que el gobierno de una Religión anduviese en manos extrañas, ni que á su amparo se burlasen las patentes del supremo Prelado. Como es de suponer, también el P. Salazar había escrito al Rmo. dándole noticia del viaje del P. Gracián y Fr. Mariano al mediodía de España, y cómo habían evadido

(1) Crón. L. III. c. XXI[II. n. 12.

la orden que les tenía dada, quedándose en Andalucía para fundar conventos sin la debida autorización.

Es de advertir que los Carmelitas de la Observancia estaban en la persuasión de que en las atituciones de los Visitadores Apostólicos no podía entrar el conceder licencia á los Descalzos para fundar conventos contra la expresa voluntad del General, al paso que los dichos Visitadores, teniendo para sí que el aumento de los Descalzos sería el medio más eficaz y acaso el único para conseguir el fin deseado de la reforma, creíanse autorizados para proporcionar á éstos casas donde pudieran vivir y educarse. Así todos de buena fé luchaban apoyados en razones, al parecer convincentes, pero que conducían á consecuencias diametralmente opuestas.

El General de la Orden, celoso de su autoridad, y teniendo por fundadas las quejas que le enviaban los Calzados, cobró grande enojo á la Santa y á sus hijos. Tuvo de ello noticia nuestra Madre, y con el fin de aplacar al Rmo., escribióle, dando cuenta de cómo y por qué había ella fundado en Veas y Sevilla, disculpando al mismo tiempo la conducta observada por el Padre Gracián y P. Mariano. «Plega á nuestro Señor, le dice, que el fin que es allanar estas cosas de estos Descalzos, y á que no den enojo á V. S. me haga Dios merced que yo lo vea..... Ya parece van entendiendo, que fuera mejor haber ido por otro camino, por no enojar á V. S. Harto reñimos, en especial Mariano y yo, que tiene una presteza grande, que Gracián es como un ángel; y á estar solo se hubiera hecho de otra suerte; y su venida acá (á Andalucía) fué por mandárselo Fr. Baltasar, que era entonces prior de Pastrana. Yo digo á V. S. que si le conociese, que se holgase de tenerle por hijo, y verdaderamente entiendo lo es, y an el Mariano lo mismo. Este Mariano es

hombre virtuoso y penitente, y que se hace conocer con todos por su ingenio; y crea V. S. cierto, que solo le ha movido celo de Dios y bien de la Orden, sino que, como yo le digo, ha sido demasiado indiscreto..... Este día me dijo que hasta que se ponga á los piés de V. S. no ha de parar..... Encomiéndelo V. S. á su Majestad, y como verdadero padre olvide lo pasado: y mire V. S. que es siervo de la Virgen, y que ella se enojará de que V. S. desampare á los que, con su sudor, quieren aumentar la Orden» (1).

Pasado algún tiempo, viendo la Santa Madre que las cosas iban de mal en peor, y que no habría remedio para la Descalcez, sino se establecía en provincia aparte independiente de los Calzados; con la confianza que le inspiraba el Rey, atrevióse á escribirle en estos términos: «La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra majestad. Estando con harta pena encomendando á nuestro Señor las cosas de esta sagrada Orden de nuestra Señora, y mirando la gran necesidad que tiene de que estos principios que Dios ha comenzado en ella, no se cayan, se me ofreció, que el medio mejor para nuestro remedio es que vuestra majestad entienda en lo que consiste estar ya del todo asentado este edificio, y aun remediados los Calzados con ir en aumento. Ha cuarenta años que yo vivo en esta Orden, y miradas todas las cosas, conozco claramente que si no se hace provincia aparte de Descalzos, y con brevedad, que se hace mucho daño, y tengo por imposible que puedan ir adelante. Como esto está en manos de vuestra majestad, y yo veo que la Virgen nuestra Señora le ha querido tomar por amparo, para el remedio de su Orden, heme atrevido á hacer esto, para suplicar á vuestra majestad, por amor de nuestro Señor y de su

(1) Carta LX.

gloriosa Madre, vuestra majestad mande se haga; porque al demonio le va tanto en estorbarlo, que no pondrá pocos inconvenientes, sin haber ninguno, sino bien de todas maneras.

Harto nos haría al caso, si en estos principios se encargase á un padre Descalzo que llaman Gracián, que yo he conocido ahora; y aunque mozo, me ha hecho alabar á nuestro Señor lo que ha dado á aquel alma, y las grandes obras que ha hecho por medio suyo, remediando á muchos; y así creo que le ha escogido para gran bien en esta Orden. Encamine nuestro Señor las cosas de suerte, que vuestra majestad quiera hacerle este servicio, y mandarlo.

Por la merced que vuestra majestad me hizo en la licencia para fundar el monasterio de Caravaca, beso á vuestra majestad muchas veces las manos. Por amor de Dios suplico á vuestra majestad me perdone, que ya veo soy muy atrevida; mas considerando que oye á los pobres el Señor, y que vuestra majestad está en su lugar, no pienso ha de cansarse. Dé Dios á vuestra Majestad tanto descanso y años de vida, como yo continuo le suplico, y la cristiandad ha menester. Son XIX de Julio. Indigna sierva y súbdita de vuestra Majestad, Teresa de Jesús, Carmelita» (1).

En verdad que la transcrita carta, las últimas líneas sobre todo ponen bien de manifiesto que la Santa, sin haber cursado lógica, ni estudiado retórica, tenía la elocuencia que persuade y arrebató, y cautiva el corazón.

En 22 de Mayo de 1575 reuniéronse los PP. Calzados en Placencia de Italia con el fin de celebrar Capítulo General. Presentáronse en dicha asamblea terribles cargos contra los Descalzos, sin perdonar á la inocen-

(1) Carta LXI.

tísima Madre. Publicóse también un *Breve* alcanzado de Gregorio XIII á principios del mencionado año, donde el Sumo Pontífice revocaba expresamente las facultades dadas por su antecesor á los Visitadores Dominicos; y, deseando por último poner á raya á los Reformados, tenidos por inobedientes y contumaces, diéronse dos decretos en los que bajo gravísimas penas se ordenaba que los dichos Descalzos fuesen echados de los conventos, fundados sin la patente del General. Asimismo formularon un *acta* contra la Santa Madre en la que daban por nulas las patentes y comisiones que tenía para fundar, y la ordenaban que, abandonando luego el Andalucía, se recogiese á uno de los monasterios de Castilla para no salir de él jamás.

Aunque el *Breve* de revocación, dado á principios del 1575, no se publicó hasta Mayo del mismo año, en que se celebró el Capítulo de Placencia, Felipe II tuvo luego noticia de dicha revocación, y consultó el caso con varias personas calificadas en virtud y letras. Fué de parecer el Licenciado Juan de Padilla, que si el Nuncio Hormaneto se anticipaba á la publicación del mencionado *Breve*, nombrando con autoridad que tenía del Papa, Comisario Apostólico al P. Gracián, no solo para el gobierno y amparo de los Descalzos, sino también para la reforma de Calzados con plena potestad al efecto, quedarían frustrados los intentos de los del Paño. Porque lo que se revocaba en el *Breve* eran las facultades dadas á los Visitadores; pero no las que el Nuncio tenía como Reformador General.

Acéptóse el consejo del Licenciado Padilla, y avisado el P. Gracián de lo que se trataba, vino de Sevilla á Veas. Estando aquí fué llamado á la córte por el Sr. Nuncio, el cual altamente satisfecho de las buenas prendas del celoso Carmelita, despachó un

Breve con fecha 3 de Agosto de 1575, confiriéndole plenísima potestad para visitar y reformar á los Observantes así de Andalucía como de Castilla. Y no solo ésto, sino que se alargó á darle el título de Provincial ó Prelado superior de Descalzos y Descalzas.

Noticiosa la Santa de la comisión dada al Padre Gracián, escribe á su hermana Doña Juana en 15 de Agosto: «Sepa también, que al P. Gracián han dado poder sobre todos los Descalzos y Descalzas de acá y de allá, que no nos podía venir cosa mejor» (1). Y como el reciente Prelado había de visitar sus conventos de monjas, apresuróse á comunicarle algunos avisos, á fin de que procediese con acierto en tan delicado negocio. «Vuestra paternidad, le dice, advierta en esto y crea que entiendo mejor los reverses de las mujeres que vuestra paternidad, que en ninguna manera conviene para prioras ni súbditas que vuestra paternidad dé á entender es posible sacar á ninguna de su casa, sino es para fundación. Y es verdad que aun para esto veo hace tanto daño esta esperanza, que muchas veces he deseado se acaben las fundaciones, porque acaben de asentar todas; y créame esta verdad (y si yo me muero, no se le olvide) que á gente encerrada no quiere el demonio más, de que sea posible en su opinión una cosa» (2).

Rebosando prudencia están las palabras trascritas, así como las siguientes dirigidas al mismo Padre en vísperas de emprender la visita de Andalucía: «Y digo á vuestra paternidad, que comenzando sin ruido y con suavidad, que creo se ha de hacer mucha labor, que no se ha de querer en un día» (3).

(1) Car. LXII.

(2) Car. LXVI.

(3) Car. LXIII.

Terminada la visita de Castilla hacia mediados de Noviembre de 1575, púsose el P. Gracián en camino para Andalucía. Al llegar á Toledo, tuvo noticia de la efervescencia que reinaba entre los del Paño, los cuales á una voz publicaban que el Nuncio, después del *Breve* de revocación, ninguna facultad tenía para comisionar á otros el acto de la visita, y menos á los Descalzos. Consultó el P. Gracián al Ilmo. Hormaneto, si en la visita debería mostrar las *Letras* que acreditaban su comisión, y fuéle respondido que podía muy bien hacerlo, á fin de asegurar la conciencia de los descontentos. Confiado en la ayuda de Dios, y oraciones de la Santa Madre, dirigióse á Sevilla. Casi al mismo tiempo que él, llegaron las disposiciones del Capitulo General. Imagine ahora el discreto lector que irritación causaría en el ánimo de los Observantes el ver que un Descalzo á quien, segun determinaciones del Capitulo, debían considerar como inobediente y contumaz, se les entraba por las puertas, nada menos que á ponerles la ley, y hacer que sus costumbres y observancias se ajustasen á la regla y constituciones de la Orden.

El P. Gracián señaló el día de la Presentación para comunicarles las disposiciones del *Breve*, como lo hizo con asistencia de los Padres más graves. Al principio ninguno se creyó obligado á obedecer. Leído segunda vez el dicho *Breve*, solo rindió obediencia el Superior, Fr. Juan Evangelista. Levantóse dentro del convento tan grande alboroto, que trascendió á lo exterior, y avisada nuestra Madre de lo que pasaba, turbóse de suerte, que ni aun rezar podía. Entonces fué cuando entendió del Señor: *¡Oh mujer de poca fe, sosiégate, que muy bien se va haciendo!* Vuelta la Santa á su ordinaria paz y calma, hizo propósito de celebrar todos los años con gran solemnidad la fiesta de la

Presentación en sus conventos de monjas, si el P. Gracián llegaba á salir con bien de aquel apurado lance.

Sabedor el Nuncio de lo ocurrido, con amenaza de gravísimas penas hizo admitir á los Carmelitas de Sevilla la visita que rehusaban.

En tanto que el P. Gracián efectuaba su visita en los Carmelitas de Andalucía, el P. Fr. Jerónimo Tostado venía de Italia con intención de llevar á cabo las disposiciones del Capítulo de Placencia. Para ello habíante nombrado Visitador de Descalzos, con plena potestad cual requería el caso, con encargo de decir al Rey que el intento de dicho Capítulo no era otro, sino el de promover con santo celo la reforma de la Orden, para lo cual convenía repartir los Descalzos, que más descollasen en virtud y letras, por los conventos de los Observantes, y así podrían éstos aprender del ejemplo de aquéllos. En tales medidas, al parecer tan plausibles, estaba fraguada la ruina de la Descalcez; pues bien claro se deja entender que no dándoles licencia para fundar, y desparramando los principales miembros de la naciente Reforma, ni hubieran podido recibir novicios, ni aumentar casas, ni tampoco favorecerse en las opresiones que eran de temer.

Por Mayo del 1576 celebraron los Calzados Capítulo en San Pablo de la Moraleja, y en él se trató ya claramente de verificar la fusión de Calzados y Reformados, y otras cosas con las cuales éstos no se podían conformar. Á este Capítulo contestaron los Reformados con otro, celebrado en Almodóvar, donde se acordó resistir con prudencia las determinaciones de aquél, y se nombraron Difinidores cual si estuviesen separados del cuerpo común. Consultado el Nuncio acerca de lo que debían hacer en vista de la comisión que traía el Tostado, determinó que el P. Gracián siguiese adelante con su visita.

Nos hallamos ya á mediados del 1576, cuando la Santa Madre había vuelto de Andalucía, y se encontraba de conventual en el monasterio de Toledo. Por obedecer al P. Gracián, se puso á continuar la historia de las fundaciones realizadas. Y por Junio del año siguiente, en ocasión en que estaba harto quebrantada de salud, rindiéndose á la obediencia del mismo Padre, dió principio á su obra las *Moradas*, de la cual se hablará á su debido tiempo. Estando en Toledo tuvo revelación de las persecuciones que aguardaban á la Descalcez; y asegura la M. María de S. José, que en un papel dirigido al P. Gracián, le decía haber visto una gran tempestad de trabajos; y que como los egipcios perseguían á los hijos de Israel, habían los Descalzos de ser perseguidos; pero que Dios los pasaría á pié enjuto, y los enemigos serían envueltos en las olas.

En el capítulo inmediato veremos cuáles fueron estos trabajos y persecuciones de los Descalzos, y cómo Dios, en medio del oleaje de la contradicción, fuéles sacando á puerto seguro, pudiendo al fin cantar como otro Moisés al otro lado del Mar Bermejo las grandezas y poderíos del Señor.





CAPÍTULO XVII.

Muere el Nuncio Hormaneto. — Sucédele el Ilmo. Segá desfavorable á los Descalzos. — El monasterio de S. José de Avila dá la obediencia á la Orden. — Tratan las de la Encarnación de elegir por Priora á la Santa. — Encarcelamiento de S. Juan de la Cruz. — Arroja el demonio á nuestra Madre por la escalera. — Habla con el nuevo Nuncio el P. Roca. — La Provisión Real. — Peligra la Reforma. — Trabajos de las monjas de Sevilla. — Admirable carta que les escribió la Santa. — Consuela el Señor á la atribulada Fundadora.

POR el mes de Mayo de 1577, llevóse Dios al gran protector de los Descalzos, el Nuncio Hormaneto, á quien la Santa en sus cartas, por ser muy anciano solía llamar Matusalén. Murió tan pobre, que el Rey le hubo de costear el entierro y funerales. Nombrado Felipe Segá por sucesor, los Calzados, ayudados del Protector de la Orden, el Cardenal Boncompagni, de quien aquél era hechura, apresuráronse á ganarle por la mano. Previendo el P. Gracián la

tempestad que se venía encima, determinó decir al Inquisidor General, D. Gaspar de Quiroga y al Presidente del Consejo Real, D. Diego Covarrubias, encargados ambos por el Rey de favorecer la causa de los Descalzos, que su comisión había cesado, por haber muerto el Nuncio de quien dimanaba. Enterado el Monarca de lo que ocurría, ordenó que fuesen consultadas las Universidades de Alcalá y Salamanca y los curiales más prácticos de la corte, acerca de lo que podía hacerse en el presente caso. Todos ellos resolvieron que *re non integra*, no había cesado la comisión; porque el derecho suple la falta de la vida del que la dió, para que no se impidan los efectos buenos de la causa comenzada. Con esto tuvo el P. Gracián que volver á Sevilla donde no se le esperaba. Al día siguiente de llegar predicó en la casa grande de los Calzados con admiración de los seglares y espanto de los religiosos.

Con referencia á estos acontecimientos escribía la Santa en 2 de Julio á la M. Ana de San Alberto: «Nuestro Padre está bueno, gloria á Dios, y con hartos trabajos; porque sepa que murió el Nuncio, y el Tostado está en Madrid, que es el Vicario General que envió nuestro Reverendísimo. Aunque hasta ahora no ha querido el Rey que visite, no sabemos en que parará. La comisión de nuestro Padre no acabó, aunque murió el Nuncio; y así se es Visitador como antes. En Pastana creo está ahora. Es menester mucha oración para que se haga lo que sea más servicio de Dios; que así se hace por acá, y procesiones hemos hecho. No se descuiden, que es ahora grande la necesidad» (1).

El P. Tostado comenzó en tanto á usar de sus poderes. Mandó que los Descalzos no pasasen adelante en sus fundaciones, que no recibiesen novicios, y que se

(1) Car. CLXVI.

atuviesen á las órdenes de los Prelados de la Observancia. En Septiembre de 1577 murió el Presidente Covarrubias, y el Rey cometi6 la defensa de los Descalzos á todo el Consejo, el cual orden6 al Tostado que no ejerciese acto alguno de su comisi6n hasta exhibir los recaudos de ella, y las 6rdenes secretas que tuviese, para ver si se excedía. Éste se defendió, y dur6 el pleito cerca de un a6o, teni6ndoselas que haber con el Licenciado Chumacero, Fiscal del Consejo, que al fin le dej6 vencido.

Durante el litigio, lleg6 á Espa6a el Ilmo. Segá, el cual, con la prevenci6n que traía en contra de los Descalzos, renov6 algunas determinaciones del P. Tostado, y mand6 que el P. Gracián le entregase los papeles que tenía del difunto Hormaneto. Se excus6 dicho Padre alegando que sin aviso del Rey no le parecía bien entregar los referidos papeles, en atenci6n á que el pleito se hallaba todavía pendiente en el Consejo Real. Este prudente modo de proceder del P. Gracián irrit6 sobremanera al nuevo Nuncio, aunque cuid6 de reprimir cuanto pudo su enojo, por no disgustar al Monarca, á quien veía decididamente de parte de los Descalzos.

Por el mes de Agosto del 1577, recibió nuestra Madre aviso del Se6or para que las monjas de S. José de Ávila, sujetas desde su fundaci6n al Ordinario, diesen la obediencia á la Orden. Dijole que lo procurase, pues de no hacerlo, presto vendría en relajamiento aquella casa. Tuvo la Santa alg6n reparo en llevar á cabo la ordenaci6n divina, porque el mismo Se6or le había dicho en un principio ser conveniente dar la dicha obediencia al Ordinario. Consult6 el caso con su confesor, el Dr. Velázquez, quien le dijo que ninguna dificultad veía en lo que se trataba, pues pudo muy bien entonces, por raz6n de las circunstancias, convenir una cosa,

y ahora otra. Asegurada nuestra Madre con el parecer de tan grave y virtuoso letrado, fué á Ávila; y como coincidiera su ida con la traslación del Ilmo. D. Álvaro á la silla de Palencia, pudo acabar con él lo que deseaba. Dándole después las gracias por haber accedido á cosa de tanta conveniencia, le decía: «Si V. S. hubiera visto cuán necesaria era la visita, de quien declare las constituciones, y las sepa de haberlas obrado, creo le diera mucho contento. y entendiera V. S. cuán grande servicio ha hecho á nuestro Señor, y bien á esta casa en no la dejar en poder que supiera mal entender, por donde podía y comenzaba á entrar el demonio» (1).

La tempestad levantada contra la Descalcez iba tomando cada vez mayores proporciones. Á mediados de Septiembre vióse precisada la afligida Madre á escribir á Felipe II, con motivo de un memorial que habían presentado á éste, en el cual quedaban torpemente difamados el P. Gracián y sus monjas de Sevilla. Aludiendo á los trabajos que por aquí le vinieron escribía al P. Salazar: «Páguele nuestro Señor el consuelo que me dió. Bien es menester; porque sepa, que há más de tres meses, que parecen se han juntado muchas huestes de demonios contra Descalzos y Descalzas. Son tantas las persecuciones y cosas que han levantado, así de nosotras, como del P. Gracián, y de tan mala digestión, que solo nos quedaba acudir á Dios, y así creo ha oído las oraciones, que en fin son buenas almas, y se han desdicho los que dieron los memoriales al Rey de esas lindas hazañas, que decían de nosotras» (2).

Estando esta vez la Santa en Ávila feneció el oficio de la que había dejado por sucesora en la Encarnaeión

(1) Carta CLXIII.

(2) Carta CLXI.

al terminar su trienio. Tan gratos recuerdos conservaban de ella las monjas, que en la nueva elección salió priora por mayoría de votos. Las descontentas acudieron al Provincial de la Observancia, F. Juan de la Magdalena, quien por orden del Tostado presentóse en la Encarnación, é hizo lo que con mucha gracia refiere nuestra Madre en carta escrita á María de S. José: «Por orden del Tostado, le dice, vino aquí el Provincial de los Calzados á hacer la elección, ha hoy quince días, y traía grandes censuras y descomuniones, para las que me diesen á mí voto, y con todo esto á ellas no se las dió nada, sino, como si no las dijeran cosa, votaron por mí cincuenta y cinco monjas; y cada voto que daban al Provincial las descomulgaba y maldecía, y con el puño machucaba los votos y les daba golpes, y los quemaba, y lo que más cae en gracia, es que otro día, después de esta elección machucada, volvió el Provincial á llamarlas, que viniesen á hacer elección, y ellas respondieron que no tenían para qué hacer más elección, que ya la habían hecho; y de que esto vió, tornólas á descomulgar, y llamó á las que habían quedado, que eran cuarenta y cuatro, y sacó otra priora... No sé en qué parará» (1).

Paró la cosa en que el grupo de la mayoría puso demanda en el Consejo Real, y á 15 de Mayo del 78, consta de los autos que aun no se había acabado.

Y era que la prudentísima Madre, conociendo por una parte que no la estaba bien tomar á su cargo el gobierno de aquella casa, y viendo por otra que, si las monjas salían con su demanda, no se sufría dejar de hacerlas placer, habíase dado tal maña, que consiguió mantener el pleito indeciso. Vese claro este intento por lo que escribía al P. Gracián en Marzo del 1578.

(1) Carta CLXVI.

«Jesús, dice, sea con mi Padre, y le libre de esta gente de Egipto, que yo le digo me tienen espantada las cosas que han hecho con estas pobres... Después que faltaron de allí los Descalzos, hase dado poca prisa á su causa. Y á la verdad lo escribí á Roque y á Padilla, que si, lo que tocaba á los Descalzos, no se hacía bien, y quedaban Visitadores (de los Calzados) que no se diesen prisa en el negocio en el Consejo. Porque me pareció cosa desatinada, aunque saliera por ellas, ir allí; y pareciera muy mal no ir, y dejarlas, habiendo pasado tanto... Harta lástima las tengo, que están afligidas, como verá por esos billetes...» (1).

Había unos cinco años que con facultad del Nuncio Hormaneto, y á petición de la celosa Fundadora, asistían de confesores en el monasterio de la Encarnación el Santo Fr. Juan de la Cruz y Fr. Germán de Santa María. Viniendo el P. Maldonado á Ávila, procuró ganar para la Observancia á Fr. Juan de la Cruz. Halló en él la resistencia que era de esperar; y viendo aquél frustradas sus tentativas, determinó prenderle con su compañero. Vivía Fr. Juan en una casita que los parientes de las monjas, temiendo algún atentado, acudieron á guardar muchas noches seguidas. El P. Maldonado disimuló sus intenciones, y cuando los amigos de los Descalzos se encontraban más descuidados, dió un golpe de mano en la noche del 4 de Diciembre, prendiendo con gente armada á los invictos Descalzos, á los cuales puso á buen recaudo en el convento de la Observancia. Al día siguiente tuvo el bendito Fr. Juan ocasión de fugarse, y corriendo á su pobre casilla, cogió los papeles que contenían cosas reservadas, y después de haberlos inutilizado, dejóse de nuevo prender.

(1) Cap. CLXXXIV.

Deseando nuestra Madre poner pronto remedio al mal, escribió inmediatamente al Rey, suplicándole encarecidamente atajase tales desmanes. «Por amor de nuestro Señor suplico á vuestra majestad, le dice, mande que con brevedad le rescaten, y que se dé orden como no padezcan tanto con los del Paño estos pobres Descalzos todos; que ellos no hacen sino callar y padecer, y ganan mucho, mas dase escándalo en los pueblos» (1).

El bendito Fr. Juan fué llevado al convento de Toledo, donde le tuvieron prisionero cerca de nueve meses, hasta que por mandato de la Virgen huyó milagrosamente del penoso encerramiento. En sabiéndolo la Santa, escribió al P. Gracián desde Ávila para que cuidase de regalar al pacientísimo Carmelita, porque le parecía que los trabajos experimentados en la cárcel de Toledo, tendríanle acabada la vida. Da cierta compasión lo que le hicieron padecer sus hermanos del Paño. «Todos nueve meses, escribe la Santa al P. Gracián, estuvo en una celdilla que no cabía con cuan chico es, y en todos ellos no se mudó la túnica, con haber estado á la muerte. Tres días antes que saliese le dió el Superior una camisa suya y unas disciplinas muy recias, y sin verle nadie» (2).

No se acabó el año 1577 sin que viniera sobre la atribulada Madre otro mal que, aunque grave, no era de los que más pena le daban. Al salir de coro la noche de Navidad, permitió el Señor que el demonio hiciese una de las suyas, arrojándola por la escalera abajo con tan gran furia, que la descoyuntó el brazo izquierdo. Viéndose la Santa tan mal parada del golpe, y sabiendo quién había sido el causante, dijo: *Válgame Dios,*

(1) Car. CLXX.

(2) Car. CCVII.

éste matarme quiso; y allá en su interior oyó que su Majestad le decía: *Si quiso, pero yo estaba contigo*. Mucho tuvo que padecer la anciana fundadora con motivo de tan terrible caída, pues por haber sanado en falso, fué preciso hacer cuatro meses más tarde una cura muy dolorosa. Ofreciaselo todo al Señor á fin de que se apiadase de su amada Descalcez, é hiciera nacer para ella días de paz y consuelo.

En 5 de Noviembre de 1577 fallóse en favor del Fiscal Chamucero el pleito que sostenía contra el P. Tostado, y viéndose éste vencido, partióse á negociar con mejor éxito en Roma. Á principios del año 1578, viendo el Nuncio Segá que no quedaba en España quien hiciese las veces del General en el gobierno de los Descalzos, juzgó debía ejercer él este acto, y avocó á sí la visita que al Tostado impidieron realizar. Expidió un Breve anulando la que el P. Gracián proseguía en virtud de los poderes de Hormaneto, y encargándosela á los Provinciales de la Observancia.

Así las cosas, tuvo precisión de venir á la córte el carmelita Descalzo Fr. Juan de Jesús Roca para consultar al Nuncio acerca de cierto asunto. No bien se hubo presentado al Ilmo. Segá, cuando éste, sin oírle siquiera, le mandó prender, y dióle por cárcel el convento del Carmen. Prolongábase la prisión, y el P. Roca comenzó á importunar con billetes al representante del Pontífice, suplicándole le diese audiencia. Al cabo de largo silencio, presentóse un día el señor Nuncio en el Carmen, y llamando al dicho P. Descalzo le dijo:—¿Sois vos Fr. Juan de Jesús, el que tantos billetes me habéis escrito?—Sí Señor—¿Pues qué queréis?—Por mis hermanos de la Reforma tengo que hablaros en secreto. Retirados los circunstantes, tomó el P. Roca la defensa de los Descalzos concretándola á tres puntos. En el primero se propuso vindicar la

virtud de la Santa, en el segundo la conducta de los tres principales Padres de la Reforma Fr. Antonio, Fr. Gracián y Fr. Mariano, y en el tercero hacer la apología de los conventos de frailes y de monjas.

Grandemente enojado el Ilmo. Segá al oír pronunciar el nombre de la Madre Teresa, por los desfavorables informes que de ella había recibido, no se pudo contener, y prorrumpió en las siguientes destempladas frases: «Femina inquieta, andariega, desobediente y contumaz, que á título de devoción inventaba malas doctrinas, andando fuera de la clausura contra lo prescripto por el Concilio de Trento y Prelados; enseñando como maestra contra lo que San Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñasen.» Después de prodigar tales flores á la inocente Fundadora, discutió con igual indignación por los demás puntos.

No se desanimó por eso el que era dos veces *Roca*, sinó que tomando nuevo aliento, comenzó á rebatir con prudencia, pero con energía, los dichos del señor Nuncio, fijándose principalmente en la defensa de la preclara Fundadora. Hizole ver cómo cuanto ésta enseñaba, era doctrina bien probada y en todo conforme á las Sagradas Escrituras; que siempre se había distinguido por su obediencia ejemplar á los Prelados y confesores, pudiendo asegurar no haber dado paso alguno, sin que antes procediera el mandato ó consejo de sus espirituales directores.

Al escuchar el Ilmo. Segá las razones del cuerdo Descalzo, desenojábbase su semblante, componíase sus acciones, y la voz bajaba de tono. Reanimado *Roca* con el triunfo que descubría en el exterior de aquél, atrevióse á proponerle resueltamente el pensamiento de la separación de provincias entre Observantes y Reformados, como medio seguro para conseguir la paz y evitar escándalos. ¿No tenéis, le dijo el Nuncio, regla

y constituciones propias? ¿Pues, qué inconveniente puede haber en que el Prelado de los Calzados os visite y gobierne conforme á ellas? Del mismo hecho de tener unos y otros regla y constituciones propias, valióse el P. Roca para hacerle ver cuán dificultoso sería el que los Descalzos fuesen regidos con acierto por los de la Observancia. Convencido de ello Segá, dijo: Yo os doy mi palabra de no sujetaros á los Calzados. Escribid á todos los conventos que vengan á mí con cuanto se les ofreciere; que yo quiero tener por mi persona cuidado de vuestro gobierno y acrecentamiento.

Todo parece caminaba en vías de arreglo, y hacía concebir halagüeñas esperanzas, cuando el Rey, que ignoraba los vientos que corrían en el Carmen, y solo tenía noticia de lo predispuesto que se encontraba el Nuncio en contra de los Reformados, como lo daba á entender el Breve donde revocaba la comisión del P. Gracián, despachó á 9 de Agosto de 1578 por medio de su Consejo una Provisión, en la que mandaba á todas las Villas y Ciudades y Gobernadores de ellas recogiesen cualquier Breve ó mandato que dimanase del Ilmo. Segá, y estuviera relacionado con el gobierno de las Religiones, por no haber exhibido éste los papeles que para el caso debía traer. Dicha determinación del Rey hizo renacer con más furia el enojo del Nuncio, por atribuirle á manejos de los Descalzos, que creía le engañaban, y no confiaban en él. Quedaban pues frustrados los esfuerzos del P. Roca, y la causa que defendía, lejos de mejorar, había empeorado.

Apesar de la Provisión Real, dos Padres de la Observancia, en cumplimiento de las órdenes del Nuncio, presentáronse en el convento de Pastrana. Aquí se encontraba el P. Gracián como espantado de los sucesos, y sin atreverse á hacer uso de sus facultades. En tan apurado trance pidió consejo, y teniendo por mejor

seguir el camino de las humillaciones, que no ampararse del poder secular, determinó entregar á los dichos Padres los papeles que deseaban. Con esto calmóse algún tanto la irritación del Ilmo. Segá.

En Octubre de este mismo año cometieron los Reformados el desacierto de celebrar Capítulo en Almodóvar, en el que, sin tener facultad para ello, atreviéronse á nombrar Provincial y tomar otras providencias.

Medida que puso el negocio de la Descalcez á peligro de perderse. Algunos Padres, conociendo la gravedad del paso dado, fuéronse á echar á los piés del Nuncio, quien al oír las palabras de Capítulo y de elección, de tal modo se enfureció, que las primeras determinaciones fueron anular lo hecho, decretar prisiones, y declarar por excomulgados á los que habían asistido á dicha asamblea. Al P. Antonio encerró en S. Bernardino de Madrid, al P. Mariano dió por cárcel el convento de Atocha, y el P. Gracián quedó recluso en el Carmen. No satisfecho con esto, despachó otro Breve para que los Descalzos de ambos sexos, así de Castilla como de Andalucía, estuviesen sujetos en todo á las órdenes de los Prelados de la Observancia, y fuesen por ellos visitados y gobernados.

Este fué el momento más crítico para la Descalcez. Los del Paño tenían el triunfo en la mano. Nada les faltaba que desear. Por medio de la visita podían hacer y deshacer entre los Reformados, quienes, dejado el amparo del Rey, y teniendo al Nuncio irritado, quedaban á merced de sus adversarios. De todo tenía aviso la Santa Madre, y cual á otro Job, veníanle continuamente ya de una, ya de otra parte noticias cada vez más desconsoladoras. Era mar de amargura á donde las penas de sus Descalzos y Descalzas venían á desaguar. ¿Qué hacer entonces la afligida Fundadora? Te-

nía de continuo el corazón levantado á Dios, y los días y las noches pasábalos en fervorosa oración. De aquí sacaba consuelo para sí, y aliento para sus hijos, y servía de columna y sostén para el edificio de la Descalcez, que el infierno amenazaba sepultar entre ruinas. Desde el retiro de la celda de S. José de Ávila, enferma y achacosa como estaba, dirigía cual piloto bien experimentado la navecilla de la Reforma, rodeada de escollos sin cuento, y luchando contra viento y marea en medio de furiosa tempestad.

Las que más padecieron con tales trastornos fueron las monjas del monasterio de Sevilla. Era Priora de dicho monasterio la M. María de S. José, una de las carmelitas más queridas y ensalzadas de la Santa. Como viese dicha Prelada que un clérigo, á quien tenían por confesor, se mezclaba en cosas que á él no tocaban, y con dos religiosas usaba de singularidades, que no caían bien en una comunidad, hubo de irle á la mano en tan extraño modo de proceder. Resentido el encaprichado clérigo, ignorante y sin letras, en sentir de la Prelada, convínose con las dichas religiosas, y cuando el Provincial del Carmen, en virtud del Breve dado por el Nuncio, se presentó en el monasterio con el fin de hacer la visita, aprovechóse de la ocasión para humillar á la discreta y prudente Priora. «Era, refiere la misma María de S. José, la primera visita que veíamos en nuestras casas con descomuniones y juramentos en un Cristo, y amenazas, y así con simplicidad todas ayudaban, sin saber qué mal hacían, y como aplicaban á su propósito lo que iba muy fuera dél. De aquí salió quitarme el oficio de prelada, acumulando mentiras, con las que ya tenían inventadas del P. Gracián, y de las demás Descalzas, especial de nuestra Santa Madre, que vimos un proceso, que tenían hecho, con las más abominables y sucias palabras, que se pueden

imaginar, y tales, que ni en oídos castos es decente suenen, ni ensuciaré mi pluma escribiéndolas; y lo que más honestamente se puede decir, es lo que muchos de ellos afirmaban, de que traía aquella vieja ruin en achaque de fundar conventos, de una á otra parte mujeres mozas, para que fuesen malas. Y lo que nuestra Santa Madre respondió cuando leyó esto, fué: «*Ya que han de mentir, más vale qte mientan de suerte que nadie les crea, y reirse*» (1).

El P. que hacía la visita quitó de Priora á María de S. José, y puso en su lugar á la religiosa que era del agrado del clérigo, y no menos ignorante y simple que él; de manera que la tribulación de las demás religiosas en aquellos días fué muy grande. Considerando la Santa que estas sus hijas necesitaban de ayuda particular, y sabiendo que tenían precepto de no recibir papeles de nadie, escribió al Prior de la Cartuja de las Cuevas una carta admirable, con intento de que se la leyese á las monjas cuando tuviere proporción. Es imposible imaginar cosa más tierna y consoladora, ni más eficaz para dar aliento á sus atribuladas hijas. «La gracia del Espíritu Santo, les dice, sea con vuestras caridades, hijas y hermanas mías. Sepan que nunca tanto las amé como ahora, ni ellas jamás tanto han tenido que servir á nuestro Señor, como ahora que las hace tan gran merced, que puedan gustar algo de su cruz, con algún desamparo del mundo que su Majestad tuvo en ella. Dichoso el día que entraron en ese lugar, pues les estaba aparejado tan venturoso tiempo, Harta envidia las tengo; y es verdad que cuando supe todas esas mudanzas, que bien encarecidamente se me significó todo; y que las querían echar de esa casa, con otras algunas particularidades, que en lugar de darme

(1) Escrit. de S. Ter. t. 1. p. 559.

pena, me dió un gozo interior grandísimo, de ver que sin haber pasado la mar, ha querido nuestro Señor descubrirles unas minas de tesoros eternos, con que, espero en su Majestad, han de quedar muy ricas y repartir con las que por acá estamos; porque estoy muy confiada en su misericordia, que las ha de favorecer á que todo lo lleven sin ofenderle en nada; que de sentirlo mucho, no se aflijan que querrá el Señor darles á entender, que no son para tanto como pensaban, cuando estaban tan deseosas de padecer. Ánimo, ánimo, hijas mías. Acuérdense que no da Dios á ninguno más trabajos de los que puede sufrir; y que está su Majestad con los atribulados. Pues esto es cierto, no hay que temer, sino esperar en su misericordia, que ha de descubrir la verdad de todo; y se han de entender algunas marañas, que el demonio ha tenido encubiertas para revolver, de que yo he tenido más pena, que tengo ahora de lo que pasa. Oración, oración, hermanas mías; y resplandezca ahora la humildad y obediencia, en que no haya ninguna que más la tenga á la vicaria que han puesto, que vuestras caridades, en especial la priora pasada. ¡Oh que buen tiempo para que se coja fruto de las determinaciones que han tenido de servir á nuestro Señor! Miren que muchas veces quiere probar si conforman las obras con ellos y con las palabras. Saquen con honra á las hijas de la Virgen y hermanas suyas en esta gran persecución, que si se ayudan, el buen Jesús las ayudará; que aunque duerme en la mar, cuando crece la tormenta, hace parar los vientos. Quiere que le pidamos; y quiérenos tanto, que siempre busca en qué nos aprovechar. Bendito sea su nombre para siempre amen, amen, amen...» (1).

(1) Carta CCXXIX.

Los PP. Calzados comenzaron en ejecución del Breve del Nuncio á visitar los conventos de Descalzos. Dejaban en ellos actas á su antojo, ponían preceptos y censuras sobre cosas levisimas, apretando en demasia las conciencias. Si hallaban algún pequeño descuido, formaban sobre ello proceso, cual si fuera cosa gravísima; y exagerado y comentado á su manera, enviábanlo al Nuncio. En los conventos de monjas alteraron lo dispuesto por la Santa Fundadora, y no faltó quien las solicitase para dejar la Descalcez, y reducirse á los Calzados. Á más de esto, mandaron que los Reformados no admitiesen novicios, lo cual equivalía á dejar sin vida el naciente árbol de la Reforma.

Golpe fué este que traspasó el corazón de la Santa, y causóle tanta pena, que todo un día lo pasó llorando. Llegada la noche, bajó á cenar á refectorio á ruegos de Ana de S. Bartolomé, la cual vió como el Señor se acercó á su sierva, y tomando el pan en las manos decía: *«Come hija, que ya veo que pasas mucho; toma ánimo, que no puede ser menos.»*

Sin duda que otras cosas de consuelo le diría su Majestad, pues á fines del 1578, cuando la causa de los Descalzos se encontraba en peor estado que nunca, escribió la Santa al P. Fr. Ambrosio Mariano: *«Sea Dios alabado por siempre, pues así lo quiere. Mas tengo tanta certeza, mi padre, ahora que veo mundo y infierno levantado contra mis hijos, que su Majestad, y mi padre S. José han de tomar á su cargo esta causa, que desde hoy, padre mío, téngase por vencedor y no por vencido, que no querría otra cosa Lucifer, sino que este rebañito de la Virgen fuese deshecho. Pues no será así como piensan; antes bien, hijo mío, esos que nos persiguen serán en nuestro favor.»*



CAPÍTULO XVIII.

Esperanzas de los Descalzos..—El petto misterioso.—Acuerdo de la Junta, resolviendo la separación de Provincia.—Parte el P. Roca á negociar en Roma la dicha separación.—Recibe la Santa del Señor cuatro avisos, enderezados á consolidar la obra de la Reforma.—Viaje que nuestra Madre emprende por mandato del P. Salazar.—Sana milagrosamente Ana de S. Bartolomé.—Còmo dicha religiosa aprendió á escribir y sirvió de amanuense á la Santa.—No consigue la celosa Fundadora acomodar en casa propia á sus hijas de Salamanca.—Parte á Malagón.

CUANDO más furiosa se dejaba sentir la tempestad, y las embravecidas olas de la contradicción amenazaban sepultar en el fondo del olvido á la vacilante Descalcez, entonces fué cuando allá en lontananza se divisó una luz consoladora. Dios que de los males sabe sacar siempre bienes, hizo que del mismo exceso de persecuciones que la Descalcez padecía, viniera su remedio y salvación.

Muchos seglares que tenían bien conocidos á los

Descalzos, al ver la opresión que experimentaban, pusiéronse de su parte, y hasta algunos PP. de la Observancia, no reñidos con la virtud, y amigos de toda verdad, dieron sus informaciones al Rey y al Nuncio, deshaciendo las calumnias y exageraciones que contra los Reformados se publicaban. Uno de los seglares que con más calor tomaron la defensa de éstos, fué el Conde de Tendilla, D. Luis Hurtado de Mendoza. Presentóse al Nuncio pidiéndole oyese á los Descalzos; y como no consiguiese nada con buenas razones, impacientóse con él hasta el punto de dirigirle algunas palabras que le sentaron muy mal. Resentido el Ilustrísimo Segá, acudió en queja al mismo Rey, y ¡cosa rara! este desagradable incidente, que al parecer debiera poner la causa de los Descalzos en peor estado, fué precisamente el que ocasionó el cambio más favorable.

Mostróse Felipe II muy sentido de que hubiese en su reino quien se atreviera á descomedirse en palabras con el representante del Pontífice, y le prometió reprender la imprudencia de D. Luis. Más constándole al mismo tiempo de lo mucho que sin razón padecían los Reformados, dijo al Nuncio estas pocas, pero significativas palabras: «Noticia tengo de la contradicción que los Carmelitas Calzados hacen á los Descalzos, la cual se puede tener por sospechosa, siendo contra gente que profesa rigor y perfección. Favoreced la virtud; que me dicen que no ayudáis á los Descalzos». Palabras fueron estas que dieron en que pensar al Nuncio Segá, y á la manera que el viajero, cansado de caminar por tortuosos y desconocidos senderos, detiénese en la cumbre del monte para observar las vueltas y revueltas infructuosas que ha dado, así él hizo alto en su manera de proceder con los Descalzos, y propuso obrar en adelante con más reflexión y cordura.

Añadióse que el Conde de Tendilla se presentó de nuevo al Nuncio, y después de pedirle con mucha cortesía indulgencia por las picantes frases que le había dirigido, aprovechó la ocasión de abogar por los Reformados. Hizole presente su vida ejemplar, la alta opinión de que gozaban entre los hombres sensatos, el apoyo inquebrantable del Rey, y la estimación del mismo Papa.

Fuerza era á Segá justificar su modo de proceder. «Señor, dijo al Conde, para que V. S. vea como mis actos no obedecen á pasión ni encono, y cuán enderezados van al servicio del Rey, holgaré que S. M. señale algunos sujetos que conmigo asistan á la revisión de las intrincadas causas que sé tratan, para que con su autoridad y consejo me compongan con el Reino, y sea premiada la virtud y castigado el vicio».

Tal era precisamente el camino por donde había de venir el triunfo á la Reforma, y conociéndolo D. Luis, no desperdició tan oportuna ocasión. Manifestó al Nuncio como ningún medio podía haber escogitado más á propósito para que entendieran no se dejaba llevar de miras torcidas, y que solo le movía el amor á la verdad. Excitóleá que pusiera por escrito sus rectísimos deseos, ofreciéndose él mismo á llevar el billete al Rey, bien seguro de que en ello recibiría placer. Hizolo así el Nuncio, y al margen del escrito contestó Felipe II conformándose con lo que se proponía. En su consecuencia quedaron nombrados por Asistentes de aquél Don Luis Manrique, Capellán y limosnero Mayor de Su Majestad, el Mtro. Fr. Lorenzo de Villavicencio de la Orden de S. Agustín, Fr. Hernando del Castillo Dominicano, y Fr. Pedro Fernández, de quien tantas veces se ha hecho mención.

Á últimos de Marzo del 1579 los encontramos ya revisando los papeles, cartas, informaciones y memo-

riales de que dependía la suerte de la Reforma. Después de maduro exámen, hallóse que nada de cuanto se culpaba á los Descalzos estaba probado, al paso que lo descomunal de los cargos hacíalos increíbles. Por consejo de los Asistentes expidió el Nuncio un Breve en que, anulando las patentes dadas á los Prelados de la Observancia, nombraba Visitador General al P. Salazar, el cual, aunque Calzado, era hombre de rectitud conocida, y bastante afecto á la Reforma. Comunicáronsele al propio tiempo instrucciones muy favorables á los Descalzos para que se cuidase de recibir novicios, y restablecer lo que hubiesen alterado los del Paño en sus visitas.

Remediada esta perentoria necesidad, tratóse luego acerca de la manera de gobierno que convenia tuviesen los Reformados. Pasáronse algunos meses en la deliberación de punto tan importante, y entonces fué cuando aconteció lo que trae el Ilmo. Yepes.

«Diré aquí, escribe, una cosa notable que supe del Padre Fr. Nicolás de Jesús, Provincial que agora es de esta Orden de los Descalzos, hombre muy grave, letrado y santo; y contarla he, porque le tengo por tan modesto y recatado en estas cosas, que no las dirá por ser tan en su favor, y no es justo que se callen. Cuando se trataba en Madrid con tantas fuerzas, como está dicho, de deshacer esta sagrada Religión, estaban algunos Frailes Descalzos en su defensa, entre los cuales era uno el sobredicho P. Fr. Nicolás, de nación genovés. Mandó el Nuncio de su Santidad que todos los Descalzos se fuesen de la Côte, y no quedase más que el dicho Fr. Nicolás, pareciéndole que así se acabarían más presto los negocios..... Andando pues en estos pleitos, y con poca esperanza de victoria, el P. Fr. Nicolás que posaba en el Carmen, por tenerle más seguro, iba y venía á nuestra Señora de Atocha con el Padre

Fr. Pedro Hernández su visitador Apostólico, que era uno de los que más favores daba, porque conocía á los Frailes y á las Monjas. Saliendo una vez de la Villa para ir á hablarle, topó al salir de la calle de S. Hierónimo un perro grande blanco, y con unas manchas negras, como lo suelen pintar á los piés de Santo Domingo, y fuése delante de él como seis ó siete pasos; y de rato en rato volvía la cabeza atrás, como mirando si le seguía, como que le prometía favor, hasta que le puso á la puerta del P. Visitador, y aunque entonces lo echó de ver, no dijo nada. Salió otra vez para ir á lo mismo, y echó por otra calle, porque no le espiasen, y entendiesen donde iba, y al salir de la calle topó al mismo perro, que le llevó de la manera que primero; el P. Fr. Nicolás preguntó al P. Pedro Hernández si tenía algún perro como aquél, y contóle lo que le pasaba; él se rió y dijo que no sabía de tal perro. Duró esto de esta manera hasta que los negocios se acabaron en favor de la Orden; queriendo el Padre Santo Domingo dar á entender en esto, que él era guarda de aquel Padre, y defendía su Orden, y que por medio suyo se guiaban los negocios, cumpliendo la palabra que había dado en Segovia á la Santa Madre» (1).

Bien examinados por los asistentes los puntos que tocaban al gobierno de los Descalzos, pudieron convencer al Nuncio de que era preciso darles Provincial propio de su mismo hábito y regla. En 15 de Julio de 1579 fué presentado al Rey el autorizado acuerdo de la junta, donde estaba resuelta la deseada separación. Con tal triunfo, principio de otros mayores, premiaba el Señor los esfuerzos y constancia de su fidelísima Sierva Teresa. No es decible la alegría que en los Descalzos causó la consoladora noticia del dictámen dado

(1) Yid. de S. Ter. t. 2.º p. 18 y 19.

por los celosos Asistentes, aprobado por el Ilmo. Segá. Con el secreto que la gravedad del asunto pedía, trataron de enviar á Roma quien negociase la separación de Provincia aparte. Consultada la discreta Madre, escogió al P. Roca, y desde este momento vémosla ocupada en allegar solícita recursos para el viaje y otros cumplimientos necesarios.

«La gracia del Espíritu Santo, escribe á la priora de Valladolid, sea con vuestra reverencia, madre mía, y con todas esas mis queridas hermanas..... Ahora les quiero pedir una cosa, que están obligadas á hacer por el bien de la Orden, y otras algunas causas, y con ser para su provecho lo quiero yo tomar á mi cuenta, y ellas lo hagan de que me lo dan á mí; porque estoy con mucho cuidado de que no se pierda por falta de dineros lo que para el servicio de Dios tanto importa, y para nuestro descanso. Por esas cartas de Roma, que son de un padre Descalzo que ha llegado allá, prior del Calvario, verán la prisa que dá por doscientos ducados.....

De Madrid me escribe el P. Nicolás que ha hallado persona, que por hacerle gran honra, tomará estos doscientos ducados de los del dote de la hermana María de S. José..... Si les pareciere que es mucho, y que por qué no dan todas las casas, les digo que cada una hace como la posibilidad tiene; y la que no puede dar nada como ésta no da nada. Por eso traemos todos un hábito, porque nos ayudemos unos á otros; pues lo que es de unos es de todos; y harto dá el que dá cuanto puede. Cuanti más, que son tantos los gastos que se quedarían espantadas. La hermana Catalina lo puede decir; y si no lo proveen las casas, yo no lo puedo ganar, que estoy manca; y harto más siento andarlo á allegar y á pedir: cierto

que me es un tormento que solo por Dios se puede sufrir» (1).

Don Luis Hurtado de Mendoza, dió cuatrocientos escudos, y cartas para su padre Virey de Nápoles, y para D. Enrique su hermano. La V. Ana de Jesús, priora de Veas, fué tan espléndida, que del dote de una novicia ofreció cuatrocientos ducados. Los demás conventos ayudaron, como dice la Santa, según su posibilidad. Á fin de proceder con mayor cautela y disimulo, D. Francisco de Bracamonte dió al P. Roca pretexto público para permanecer por algún tiempo en Roma, encargándole de una dispensa para casarse con Doña Ana Bracamonte, su prima hermana. También le proporcionó aderezo de espada y mula, y en su nuevo traje de capitán, con rostro grave y belicoso, presentóse el religioso Carmelita á la Santa Madre. Dicen que cuando ésta le vió con barba crecida y traje marcial, se alegró grandemente, porque no estimaba menos los valerosos para negocios arduos, que los devotos para el coro. Antes de acabarse el 1579 embarcóse en Alicante el intrépido P. Roca en compañía de Fr. Diego de la Trinidad. Dejémosles ahora navegar gozosos en busca de lo que tanto anhelaban, para seguir de cerca los pasos de la esclarecida Reformadora.

En Junio del 1579, mientras los individuos de la junta ponían en buen estado los negocios de la Descalcez, el Señor daba ciertos avisos á la Santa, enderezados á consolidar su obra. «Estando en San José de Ávila, refiere ella misma, vispera de Pascua del Espíritu Santo, en la ermita de Nazaret, considerando en una gran merced que el Señor me había hecho en tal día como éste, veinte años había poco más ó menos,

(1) Carta CCXXXVII.

comenzó un impetu y fervor grande de espíritu que me hizo suspender. En este gran recogimiento entendí de nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijese á estos Padres Descalzos de su parte que procurasen guardar cuatro cosas, y que mientras las guardasen, siempre iría con más crecimiento esta Religión; y cuando en ellas faltasen, entendiesen iba menoscabada de sus principios. La primera: Que las cabezas estuviesen conformes. Segunda: Que aunque tuviesen muchas casas, en cada una hubiese pocos frailes. Tercera: Que tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas; Cuarta: Que enseñasen más con obras que con palabras» (1).

Nombrado Visitador General el P. Salazar con grande satisfacción de los Descalzos, significó á la Santa su voluntad de que fuese á Valladolid, donde la esperaba el Ilmo. D. Álvaro y su hermana, Doña María, deseosos de verla; pasase después por Salamanca con el fin de comprar á sus monjas casa; y se detuviese luego en Malagón, donde su presencia era por más de un concepto necesaria. Había de examinar aquí el espíritu de una religiosa, llamada Ana de S. Agustín, la cual á la vez que era favorecida de Dios con regalos extraordinarios, perseguíala cruelmente el enemigo con tentaciones tales, que á todos tenía espantados y perplejos. Además, terminado ya el convento que á expensas de Doña Luisa habíase levantado de nueva planta, convenía que la Santa asistiese á la traslación de sus monjas. Pero el principal motivo de su ida á Malagón era que entre la Priora y demás religiosas habian mediado algunos disturbios, ocasionados por falta de discreción en los confesores, y era preciso atajar el mal.

(1) Escrit. de S. Ter. t. I. p. 171.

Aunque era muy penoso para nuestra Madre el andar en viajes por su edad y achaques, sin embargo, en mediando algo del servicio de Dios y bien de las almas, no había achaques ni dificultades que la pudiesen acobardar. Por eso, avisando al P. Gracián de lo que se trataba, escribe: «Por esa carta verá vuestra paternidad lo que se ordena de la pobre vejezuela.... Yo he escrito al P. Vicario los inconvenientes que hay para ser yo (priora de Malagón) de no poder andar con la comunidad; y en lo demás, que ninguna pena me dará. Iré al cabo del mundo, como sea por obediencia. Antes creo, mientras mayor trabajo fuese, me holgaria más de hacer siquiera alguna cosita por este gran Dios, que tanto debo. En especial creo es más servirle, cuando solo por obediencia se hace...» (1).

Á mediados de Junio envióle el P. Salazar el mandato en forma para que hiciera el viaje indicado. Previendo la humildísima Madre con sobrado fundamento, que sus hijas de Valladolid y Medina querrian celebrar con extraordinario regocijo su fausta llegada al cabo de tan larga ausencia, anticipóse á la manifestación más pura y espontánea de los tiernos sentimientos de las fervorosas Carmelitas con una carta dirigida á la Madre María Bautista, en que le decía así: «Por caridad me tenga enviada á Medina una carta, que la enviará nuestro Padre Vicario, que es menester verla allí, y dígales que no me hagan ruido de estos sus recibimientos, y á vuestra reverencia pido lo mesmo, que cierto lo digo que me mortifican en lugar de darme contento. Esto es verdad, porque me estoy deshaciendo entre mí de ver cuán sin merecerlo se hace; y mientras más va, más. Miren que no hagan otra cosa, si no me quieren mortificar mucho» (2).

(1) Car. CXXXIX.

(2) Car. CCXL.

Á últimos del dicho mes salió la Santa de Ávila acompañada de Ana de S. Bartolomé; y es de creer que al llegar á Medina y Valladolid, sus amantes hijas, no creyéndose obligadas á reprimir los purísimos sentimientos de sus delicados corazones, la recibirían alborozadas con indecibles muestras de gozo y satisfacción. Detúvose en Valladolid hasta el 30 de Julio. Aconteció que la víspera misma de partir, cayó enferma su compañera de viaje con calentura muy rëcia. Sintiólo mucho nuestra Madre, y suplicó al Señor no consintiera se fuese sin ella. Á eso de media noche entró á visitarla, y le dijo: ¿Duerme, hija?—Dormía, madre, respondió la enferma. Pues levántese y vea cómo se encuentra, añadió la Santa. Hizolo así la obediente carmelita, y echó de ver con asombro que la calentura había desaparecido, y pudo á otro día emprender el viaje. Tocaron en el monasterio de Alba, y en el mes de Agosto ya las encontramos en Salamanca. Aquí tuvo lugar otro prodigio, no menos sorprendente que el referido. Hallábase la Santa abrumada con la multitud de cartas que tenía que escribir, y hablando con Ana de S. Bartolomé, dijo: «*Si supiera escribir la hermana, pudiérame ayudar á contestar tantas cartas.*» La buena lega que no sabía escribir, y con dificultad podía leer lo impreso, respondió con tanta sinceridad como confianza: Si vuestra reverencia me diera muestra, acaso podría aprender. Entrególe la Santa una carta de cierta monja mas la dócil religiosa pidió le diese de su misma letra para conformarse á ella. Accedió nuestra Madre, y á la tarde pudo aquélla escribir una carta á las monjas de S. José, sirviendo de allí en adelante de amanuense para escribir otras muchas.

Ya se hizo mención, al tratar de la fundación de Salamanca, de lo mucho que á las pobres Carmelitas hizo padecer el descontentadizo Pedro de la Vanda.

Por eso quisiera la Santa Madre proporcionarles otra casa, pero el interés maldito, y malos consejeros fueron causa de que un caballero cometiera la bajeza de volverse atrás en la compra de una que les estaba muy bien, y tenían ya concertada. Lamentando este contratiempo escribe al P. Gracián, diciendo. «¡Oh mi padre, qué de ellos (trabajos) me cuesta esta casa! y aunque estaba todo acabado, ha hecho el demonio de manera que nos quedemos sin ella, y era la casa que más nos convenía en Salamanca, y al que nos la daba le estaba harto bien. No hay que fiar de estos hijos de Adán; que convidarnos con ella, y ser un caballero de los que aquí dicen que trata más verdad, que su palabra decían á una voz, bastaba por escritura; no solo había dicho palabras, sino dado firma delante de testigos, trajo él mismo el letrado, y se acabó el concierto. Todos están espantados, sino son otros caballeros que le pusieron en ello, por provechos propios ú de sus parientes; y han podido más que cuantos le ponen en razón; y un hermano que tiene que con harta caridad lo trató con nosotras, y está harto penado. Ello se ha encomendado á nuestro Señor; esto debe de ser lo que más conviene» (1). Al cabo de dos meses y medio salió de Salamanca sin el consuelo de ver á sus pacientísimas hijas en casa acomodada. Llegó á Malagón rendida del camino, y enferma que apenas podía tenerse en pié, el 25 de Noviembre. Preguntando por el tiempo que tardaría en estar habilitada la casa, fuéle respondido que aun había labor para cerca de seis meses. Entonces nuestra Madre, con la fe que traslada montes, aseguró á los oficiales que para la Concepción de nuestra Señora estaría todo terminado. Quedaron estos

(1) Carta CCLIII.

haciéndose cruces al oirla, porque no veían cómo, obra de muchos meses, habíase de terminar en menos de quince días. La Santa, sin embargo, no la tuvo por imposible. Desde el día de la predicción sintióse sana y con fuerzas. Levantábase de madrugada, y después de barrer y limpiar la casa, ayudaba en la obra, llevando espuertas de materiales, como lo pudiera hacer un robusto operario. La verdad es que, lo que no se creía factible, vióse por fin realizado, y el día de la Concepción pudieron las Carmelitas pasarse á la casa nueva. Lo extraño es que trasladadas las religiosas al reciente monasterio, tornaron á la Madre Teresa la enfermedad y achaques que tenía, al llegar á Malagón, y hubo por fuerza de hacer cama. «Fué la pasada, escribe al P. Gracián, con mucho regocijo, porque vinieron en procesión, y con el Santísimo Sacramento, que se trajo de la otra (casa). Hanse holgado mucho, que no parecían sino lagartijas que salen en verano» (1).

Grande fué la alegría de la celosa Madre al ver que el espíritu de Ana de S. Agustín, tenido por sospechoso, era de alma santa, y muy querida de Dios, y complacíase al considerar los tesoros de gracias extraordinarias que su Majestad tenía depositadas en aquella humilde y bien probada religiosa.

Esta vez fué cuando la dichosa Ana de S. Agustín vió mientras la procesión una hermosa paloma que revoloteaba alrededor de la cabeza de la Seráfica Madre, como en señal de la asistencia especial que tenía del Espíritu Santo, y de cuán gratas le eran sus obras.

Bien necesitó nuestra Santa de que Dios le diera luces para poner en concierto á las monjas de aquel convento, que andaban revueltas y llenas de inquietudes. Consiguiólo al fin, y en Enero del 1580 pudo ya

(1) Car. CCLXII.

decir con verdad al P. Doria. «Hállome bien de salud, y en lo que toca á esta casa va todo tan bien, que no me harto de dar gracias á Dios de haber venido, porque en lo espiritual va muy bien, y con mucha paz y contento, y lo temporal se va reparando, que estaba perdido. Sea por todo bendito.

Desde Malagón partió la Santa á Villanueva de la Jara, donde tuvo lugar la fundación de que hablaremos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XIX.

Fundación de Villanueva de la Jara.—Cómo en un año de suma escasez proveyó el Señor del conveniente sustento á las monjas de dicho monasterio.—Cumplimiento de una profecía de la Santa.—Habla con nuestra Madre el Cardenal Quiroga, y elogia el libro de su Vida.—Muerte dichosa de D. Lorenzo.—Siéntese la Santa quebrantada de fuerzas, y con pocos ánimos para las fundaciones de Palencia y Burgos.—Aliéntala su Majestad.—Fundación de Palencia.

GUARDADAS cuatro doncellas de Villanueva de la Jara de la vida penitente que en su retiro hacia Catalina de Cardona, cuya historia sería larga de contar, desearon imitarla y ser sus discípulas. Flaqueó la carne, aunque no el espíritu, y no pudiendo dichas dñcellas soportar el rigor que veían en la mortificada Catalina, tornáronse á su lugar con ánimo decidido de hacer allí monasterio, para vivir y morir monjas. Noticiosa de esta resolución cierta señora viuda que tenía cuatro hijas con los mismos de-

seos, y otra mujer muy sierva de Dios, concertaron con las primeras las admitiesen en su compañía. Todas juntas pudieron acabar con el cura y el ayuntamiento del lugar les hicieran donación de una ermita con su casa, donde poder vivir apartadas del mundo. Tres años estuvieron en tal encerramiento, viviendo á manera de monjas, frecuentando mucho la oración y otros ejercicios de piedad. En medio del consuelo que experimentaban en su amable retiro, notaron cierto vacío en el alma, y era que no habían hecho el sacrificio de sí mismas por medio de los votos religiosos. Supieron de los monasterios que en este tiempo andaba la Santa fundando, y sintiéndose llamadas para Carmelitas Descalzas, escribiéronle viniése á hacer convento de monjas en Villanueva de la Jara. Recibió nuestra Madre las cartas en Toledo de vuelta de Sevilla, cuando las persecuciones contra los Descalzos comenzaban de recio. Así por esto como por otras causas, parecióle no convendría admitir dicha fundación, y determinó desentenderse de ella. Antes de dar tal paso juzgó prudente consultar con el Doctor Velázquez su confesor, el cual como viese las cartas, y en qué condiciones se encontraba el negocio, le dijo que no le despidiera; porque cuando tantos corazones juntaba el Señor para que le sirviesen tan en armonía, era indicio de que se complacía en que las piadosas doncellas consiguieran su intento. Así lo hizo la prudente Madre, y contestó dando esperanzas para más adelante, pero sin quedar por ello comprometida.

Las de Villanueva de la Jara, que sin duda ignoraban las contradicciones que por entonces padecía la Descalcez, no cesaban de importunar á la Santa para que luego se cumpliesen sus deseos. Estuviéronse firmes sin quebrar en su determinación por espacio de tres años. Al cabo de este tiempo los negocios de la

Reforma habían cambiado por completo, y caminaban viento en popa. Aconteció que fueron á predicar á dicho lugar dos PP. Descalzos, á los cuales las fervorosas doncellas interesaron en su favor de tal modo, que uno de ellos, el P. Fr. Gabriel, Prior de nuestra Señora del Socorro, se alargó á Malagón, donde se encontraba la Santa Fundadora, con el fin de persuadirla á que llevase adelante el monasterio de Villanueva. Para mejor conseguirlo le aseguró que podía contar desde luego con trescientos ducados que el Dr. Agustín Ervía daba de renta. No obstante el calor que los PP. Carmelitas ponían en el asunto, costaba trabajo á nuestra Madre el convencerse de la conveniencia de tal fundación. Temía por un lado que tantas mujeres reunidas y hechas á su modo de vivir, habrían de formar bando contra las que allí fuesen de otras partes, y parecíale por otro que la renta ofrecida era insuficiente y poco segura. Acabando una vez de comulgar, y estándolo encomendando al Señor, como acostumbraba en semejantes ocasiones, oyó que su Majestad le decía á manera de reprehensión: *Que ¿con qué tesoros se había hecho lo que hasta entonces estaba hecho?: que no dudase de admitir esta casa, que sería para mucho servicio suyo, y aprovechamiento de las almas.*

Produjeron tal efecto en el ánimo de la Santa las dichas palabras, que inmediatamente resolvióse á hacer la fundación aunque le costara la vida. Para proceder con acierto púsose en manos del Superior, el cual la ordenó que, tomando las monjas que tuviera por conveniente, fué con ellas allá. Los dos PP. Carmelitas que aguardaban el momento favorable, presentaron luego en Malagón con los necesarios vehiculos, y en 13 de Febrero emprendió nuestra Madre el viaje, llevando cuatro religiosas del monasterio que dejaba, y del de S. José de Toledo.

Hicieron alto en el convento de nuestra Señora del Socorro, tres leguas de Villanueva de la Jara. Estando aquí la Santa, acordóse de la mucha penitencia que Catalina de Cardona tenía hecha en aquellas soledades, y pesábale de no haber usado de más rigor consigo misma. Un día después de comulgar, apareciósele Catalina, rodeada de ángeles, y para consolarla de la pena que sentía, le dijo: *Que no se cansase, sino que procurase ir adelante en aquellas fundaciones*. Entendió también nuestra Madre que la dichosa penitente la ayudaba delante de Dios, y quedó consoladísima. Refiriendo este caso, aprovecha la ocasión para animar á padecer trabajos á sus hijas. «Veis aquí, les dice, hermanas mías, cómo ya acabaron estos trabajos; y la gloria que tiene (Catalina) será sin fin. Esforcémonos ahora por amor de nuestro Señor, á seguir á esta hermana nuestra. Aborreciéndonos á nosotras mismas, como ella se aborreció, acabaremos nuestra jornada, pues se anda con tanta brevedad y se acaba todo» (1).

Avisados los de Villanueva de la Jara de que se acercaba la Santa con sus monjas, salieronlas á recibir el ayuntamiento y otros varios, con grande alegría del pueblo y repique de campanas. Conducidas á la iglesia, cantóse el *Te Deum* con acompañamiento de órgano, y, acabado, ordenóse solemnísima procesión para llevar al monasterio el Santísimo Sacramento. Como estaba algo lejos, tenían aderezados en el camino varios altares donde hacían alto con el Señor de los señores, y le obsequiaban cantando devotas letrillas de la Orden. Cuando llegaron á la casa, aguardaban á la puerta aquellas piadosas mujeres, quienes recibieron á las religiosas con lágrimas de contento, y no cesaban de dar gracias á Dios por tan inapre-

(1) Fund. c. XXVIII.

cial beneficio. «Todo su miedo, dice la Santa hablando de ellas, era si se habían de tornar á ir, viendo su pobreza y poca casa. Ninguna había mandado, sino con gran hermandad, cada una trabajaba lo más que podía. Dos, que eran de más edad, negociaban cuando era menester; las otras jamás hablaban con ninguna persona, ni querían. Nunca tuvieron llave á la puerta, sino una aldaba; y ninguna osaba llegar á ella, sino la más vieja respondía. Dormían muy poco por ganar de comer, y por no perder la oración, que tenían hartas horas; los días de fiesta todo el día. Por libros de Fr. Luis de Granada y de Fr. Pedro de Alcántara se gobernaban; el más tiempo rezaban el oficio con un poco que sabían leer; que solo una lee bien, y no con breviarios conformes; unos les habían dado de lo viejo algunos clérigos, como no se aprovechaban de ellos, otros como podían, y como no sabían leer estábanse muchas horas. Esto no lo rezaban de donde fuera las oyesen. Dios tomaría intención y su trabajo, que pocas verdades habían de decir» (1).

El 25 de Febrero vistieron el hábito de Carmelitas con grandísimo contento de sus almas estas benditas mujeres. Distribuyó la Santa los oficios del monasterio, y llegado el día de partir, despidióse de ellas con esta breve pero tiernísima plática: «Tengan buen ánimo, hijas mías, que bien lo habrán menester, según el gran desamparo y pobreza con que quedan. Harto me lastima por esta parte, mas consuélame mucho por otra la promesa que nuestro Señor me ha hecho, pues me ha dado palabra que si son buenas, y guardan con perfección lo que están obligadas, no les faltará su misericordia, y todo lo que hayan menester, y yo en su nombre se lo ofrezco» (2).

(1) Fund. c. XXVIII.

(2) Crón. L. V. c. IV. n. 1.

Y no fué en vano dicha promesa de la Santa, porque vino un año tan escaso y miserable, que se vieron muy necesitadas. En tan grande aprieto socorriólas la Divina Providencia, haciendo que un peral que raras veces daba fruto, se encontrase este año tan cargado de peras, que después de vender más de veinte y cinco arrobas de ellas, tuvieron para comer cuantas quisieron. Lo mismo aconteció con unos manzanillos á quienes la Santa Madre había echado su bendición, con lo que pudieron remediar la necesidad que amenazaba consumirlas.

Otro caso aconteció en que se manifestó no haber sido infructuosa la promesa de la Santa. Tenían las monjas para provisión del año como unas seis fanegas de harina, pero sin dinero para comprar lo que les faltaba. La Prelada, después de mucho negociar, solo había podido reunir hasta dos reales. Viendo cuán poco aprovechaban sus diligencias, acordóse del ofrecimiento de la Santa al tiempo de despedirse; y puesta la confianza en Dios, comenzó á gastar del harina. ¡Cosa admirable! con comer de ella unas diez y siete religiosas, tuvieron lo suficiente hasta que se cogió trigo nuevo, y cesó la necesidad. Todos vieron aquí la mano de Dios, pues según el gasto ordinario de otras veces, apenas hubieran bastado sesenta fanegas.

No quisiera dejar de referir la profecía que hizo la Santa Fundadora al entrar en Villanueva de la Jara. Antes de ir á la iglesia, de donde, como habemos dicho, salió la procesión, interin se hacían los preparativos necesarios, aposentóse en casa de Miguel de Monjar. Tenía este señor tres hijas, y de todas predijo la Santa que habían de ser monjas en el monasterio que intentaba fundar. Josefa de la Encarnación que era una de ellas, cuéntanos el caso de la siguiente manera: «Y estando delante de nuestra Santa Madre

yo y otras dos hermanas, nos dijo que habíamos de entrar monjas, y profesar en aquel convento. Y diciendo mi padre que la mayor podía ser que lo fuese, respondió la Santa: ¿La mayor no más? todas tres lo han de ser como he dicho; esto no hay que dudar. De allí á cuatro ó cinco años, entró la hermana mayor, que se llamó Isabel de Jesús, y luego en profesando ésta, entró Francisca de S. Eliseo. Y aunque me acuerdo que mis hermanas tuvieron alguna resistencia, yo la tuve muy mayor, por aborrecer muchísimo el ser monja; porque mi padre era muy rico y tuve muchos casamientos, y yo deseaba casarme. Pero al cabo de siete años, yendo con mi madre al convento á ver á mis hermanas, estaba la puerta reglar abierta, porque metían cal dentro. La dicha mi madre llegó allá, y estando allí comenzó á llorar, y yo dije: mi madre llora, y es porque me meta monja; pues no lo verán tus ojos. Y llegándome yo á la dicha puerta tan fuera de ser monja como he dicho, me sentí en un punto tan trocada para serlo, que estuve grande rato como fuera de mí, cosa que se me hechó bien de ver. Vuelta á mí, sin decir palabra á mi madre, ni volver la cabeza, me entré dentro de la clausura, sin que me pudieran jamás sacar las monjas. Avisaron al Prelado de ello, y de lo que nuestra Santa Madre había dicho, y luego mandó darme el hábito» (1).

Á últimos de Marzo partió nuestra Madre de Villanueva, y á poco de llegar á Toledo escribió á la priora de Sevilla diciendo: «Parece que pago lo que he estado buena en Malagón y Villanueva y por los caminos, que ha muchos días, y aun creo años, que no me hallé con tanta salud. Harta merced fué de nuestro Señor, que ahora poco va que no la tenga. Desde el jueves

(1) Crón. L. V. c. III. n. II.

de la Cena me dió un accidente, de los grandes que he tenido en mi vida, de perlesía y corazón. Dejóme (hasta ahora no se me ha quitado) calentura, y con tal disposición y flaqueza, que he hecho harto en poder estar con el P. Nicolás á la red..... Si Dios me da un poco de salud, poco más de este mes (de Abril) estaré aquí; que me mandan ir á Segovia, y de ahí irá á Valladolid á fundar una casa que está cuatro leguas de allí, en Palencia. La fundación de Villanueva dije que la *enviasen*, y así no digo aquí más de que quedan muy bien, y creo se ha de servir allí mucho nuestro Señor. Llevé de aquí por priora á una hija de Beatriz de la Fuente. Harto buena parece. Tan pintada para aquella gente como vuestra reverencia para el Andalucía.» (1).

Cuando estuvo algo aliviada, de las consecuencias del accidente, bien que todavía con unas calenturillas que la molestaban, salió de Toledo, acompañada del P. Gracián con dirección á Segovia.

Á su paso por Madrid, quiso hablar al Cardenal Quiroga sobre la fundación que deseaba hacer en la corte, y también para ver lo que le decía del libro de su *Vida*, el cual se hallaba en poder de la Inquisición.

Nada pudo conseguir respecto á lo primero; pero tocante á lo segundo, el P. Gracián y ella tuvieron el contento de oír de boca del mismo Arzobispo las siguientes consoladoras frases: «Mucho me huelgo de conocerla. Dé vuestra merced gracias á Dios de quien viene todo bien, y sepa que presentaron en la Inquisición un libro suyo, quizá con no buen intento; mas yo le he leído todo y hombres muy doctos; y no solamente no le ha hecho daño, mas por él desde hoy en adelante me tengo por capellán, y mire todo lo que yo

(1) Car. CCLXXVIII.

pudiere hacer por la Religión, que de muy buena gana me ofrezco á ayudarla en todo cuanto se ofreciere.» (1)

No ignoraba la Santa que el libro de su *Vida*, por envidia y despecho de una mujer poco sensata, había sido delatado á la Inquisición; y aunque algunos la venían con miedos, ella ninguno tenía, antes conociendo el recto fin de dicho Tribunal, y que antes de fallar miraba con mucho detenimiento é imparcialidad las cosas, alegrábase de que su espíritu y doctrina pasaran por riguroso exámen, de lo cual ningún daño le podía venir. Estos temores estaban muy bien en los desdichados protestantes que á escondidas procuraban esparcir el pestífero veneno de sus malas doctrinas, valiéndose de mil diabólicos medios á fin de conseguir el malvado intento. Y gracias al celo del Rey D. Felipe II, y vigilancia continua del Santo Oficio, pudo nuestra querida Patria verse libre entonces de los estragos que en otras naciones causaba la herejía funesta. Aunque no fuera mas que por este beneficio, debiéramos vivir eternamente agradecidos al prudente Monarca, mirando con malos ojos el que degenerados españoles se empeñen en denigrar la memoria del piadoso Rey.

El 13 de Junio llegaron á Segovia, y aquí fué donde nuestra Madre tuvo noticia de la muerte de D. Lorenzo, de aquel hermano que con tanto amor la asistió estando enferma en casa de su padre, y sacó de grandísimo aprieto enviándole limosna para la fundación de S. José de Ávila. Bien se lo pagó la agradecida hermana, porque, conociendo que enredado D. Lorenzo en los negocios del mundo, ponía á riesgo la salvación de su alma, alcanzó á poder de oraciones que el Señor le trajera á su patria, donde, libre de los cuidados que le distraían, y dedicado á ejercicios de virtud confor-

(1) Crón. L. V. c. VII. u. 2.

me su estado lo sufría, pudiera sin tantos poligros atender seriamente á su eterno porvenir. Venido á España, púsose desde luego bajo la dirección de Teresa; y con las lecciones de tan discreta maestra, y prestarse dócil á las insinuaciones de la gracia, adelantó tanto en el camino de la perfección, que bien pudiera presentarse como modelo, aun de los más observantes religiosos. La Santa que tenía bien conocido el interior de D. Lorenzo, y que más de una vez le hubo de ir á la mano en las mortificaciones y penitencias, hace de él la más acabada apología. «Paréceme, dice escribiendo á María de S. José, no quiere nuestro Señor pase mucho tiempo sin que yo tenga en que padecer. Sepa que ha sido servido en llevar consigo á su buen amigo y servidor Lorencio de Cepeda. Dióle un flujo de sangre tan apresuradamente, que le ahogó, que no duró seis horas. Había comulgado dos días había, y murió con sentido encomendándose á nuestro Señor. Yo espero en su misericordia se fué á gozar de Él; porque estaba ya de suerte, que si no era tratar en cosas de su servicio, todo le cansaba, y por esto holgaba de estarse en aquella su heredad, que era una legua de Ávila. Decía que andaba corrido de andar en cumplimientos. Su oración era ordinaria, porque siempre andaba en la presencia de Dios, y su Magestad le hacía tantas mercedes, que algunas veces me espantaba. Á penitencia tenía mucha inclinación, y así hacía más de lo que yo quisiera, porque todo lo comunicaba conmigo, que era cosa extraña el crédito que de lo que yo le decía, tenía; y procedía del mucho amor que me había cobrado. Yo se lo pago en holgar me que haya salido de vida tan miserable, y que esté ya en seguridad.» (1)

(1) Carta CCXCI.

No ignoraba la Santa cuando tal escribía que el difunto hermano se encontraba por la misericordia divina bien lejos de necesitar de las oraciones de los mortales. Estando un día con las monjas de Segovia, quiso el Señor viera al finado D. Lorenzo. Puesta en oración, fuéle revelado como el alma de su bendito hermano no había hecho sinó pasar por el purgatorio, y que ya se hallaba en el cielo, gozando del premio debido á sus heróicas virtudes.

Dichosos hermanos que así los unió la caridad en la tierra para nunca separarse en el cielo. Aprendan de aquí los parientes y amigos cuál haya de ser el amor que conviene tengan entre sí. De los bienes que podemos desear á las personas que de veras amamos, ninguno hay que iguale al de la eterna felicidad. Todos los demás han de estar subordinados á éste, que es el principal. Bueno es el ayudarse mutuamente en las necesidades temporales, pero aun es mejor y mucho más meritorio el prestarse auxilios en los espirituales. Si en esta verdad se reflexionara cual se debe, y avivando la fé se tuviera en cuenta que la dicha perfecta, y que nunca se acaba, se ha de anteponer á la imperfecta y transitoria, no habría tanto abandono en las cosas que tocan á la otra vida; y los padres andarían más cuidadosos de la cristiana educación de sus hijos, y éstos á su vez de la eterna salud de sus padres al acercarse el terrible trance de la muerte.

Poco tiempo hubo de permanecer la Santa en Segovia, porque, además del negocio de la fundación de Palencia, que había de tratar con D. Álvaro, el cual se encontraba en Valladolid, necesitaba hacer aquí unas escrituras con motivo del testamento de D. Lorenzo, del cual había quedado por ejecutora. Al pasar por Medina del Campo, encontró á una religiosa, llamada Ana de la Trinidad, postrada en cama, y con el

rostro lleno de hinchazones tan malignas, que los médicos temían se cancerase. *Jesús, hija mía*, dijo la Santa, *¿qué es esto?* Pasóla luego la mano por el rostro, y añadió: *Fie de Dios que Él la curará*. No bien hubo acabado de pronunciar las últimas palabras, cuando la paciente sintióse á vista de todos sana, sin que jamás volviera á padecer de aquella enfermedad.

Llegada nuestra Madre á Valladolid, á los achaques que ya tenía, añadióse el mal del catarro general que en el año de 1580 invadió todo el mundo, causando grandes estragos. La Santa enfermó tan gravemente, que todos pensaron moriría; y aunque sanó, quedó muy quebrantada de salud y fuerzas. Esta falta de vigor en el cuerpo quiso Dios experimentase en el espíritu, y la que poco antes por nada del mundo se arredraba, sentíase al presente sin ánimo para emprender la fundación de Palencia. En el mismo caso se encontraba respecto á la de Burgos. Poníasele delante que, habiendo de ser el monasterio sin renta, no podrían las religiosas sustentarse. En todo parece hallaba inconvenientes, y diríamos, al verla tan pusilánime, que no era la Fundadora de S. José de Ávila y de Medina. Quería el Señor darle una prueba más de lo poco que sin Él podía, y como, retirando su omnipotente mano, quedábase ella en su propia inhabilidad y miseria.

Acertó á pasar por Valladolid el P. Ripalda, gran siervo de Dios, con quien la Santa se había confesado algunas veces. Dióle cuenta de la perplejidad en que se encontraba respecto á dichas fundaciones, y animóla el cuerdo Padre dicièndo, que todo era cobardía de vieja, y que en manera alguna las dejase. Estando un día suplicando á nuestro Señor le diese luz para en todo hacer su voluntad, oyó que á manera de reprehensión le decía: *¿Qué temes? ¿Cuándo te he yo faltado? El mesmo que he sido, soy ahora; no dejes de hacer*

estas dos fundaciones. «¡Oh gran Dios, exclama aquí la Santa, y cómo son diferentes vuestras palabras de las de los hombres! Así quedé determinada y animada, que todo el mundo no bastara á ponerme contradicción, y comencé luego á tratar de ello, y comenzó nuestro Señor á darme medios» (1).

Con efecto, tuvo la Santa noticia de un canónigo de Palencia llamado Reinoso, amigo de hacer bien, y sin haberle tratado ni conocido, escribióle muy confiada suplicándole le hiciera merced de alquilar una casa. El día de los Santos Inocentes, cuando aun nuestra anciana Madre no se encontraba restablecida de su última enfermedad, y el rigor de los hielos convidaba poco á viajar, salió intrépida de Valladolid, llevando consigo cinco monjas y la inseparable compañera Ana de S. Bartolomé. Muchas gracias tuvo que dar la Santa al canónigo Reinoso, que no solo había cuidado de alquilar la casa, y tenerla desembarazada, sino también de proveerla de camas y otras cosas que por el pronto necesitaban las religiosas. La misma noche de llegar á Palencia diéronse prisa á tener una pieza aderezada, donde á otro día poder decir la primera misa, y tomar la posesión, como se hizo al amanecer del 29 de Diciembre. Avisado el Ilmo. D. Álvaro de que la Madre Teresa se encontraba ya en la ciudad, acudió presuroso á visitarla, gozándose sobremanera de poderla tratar. Tal era el amor y devoción que el piadoso Prelado tenía á las Carmelitas, que prometió socorrerlas con todo el pan que hubieren menester. Quedó la Santa Madre tan agradecida á los favores de este virtuosísimo Prelado, que á fin de que sus hijas nunca se olvidasen de él, dejó escritas estas memorables palabras: «Es tanto lo que esta Orden le debe, que quien leyere

(1) Fund. c. XXIX.

estas Fundaciones, está obligada á encomendarle á nuestro Señor vivo ó muerto, y así se lo pido por caridad.» (1)

Como la casa en que vivían las Carmelitas era solo de alquiler, luego trató la solícita Fundadora de adquirirla propia. Ofrecióles el magnífico D. Álvaro la ermita de nuestra Señora de la Calle, santuario muy concurrido, y de grandísima devoción así en Palencia como en toda la comarca. Contiguas á dicha ermita encontrábase dos casas que era preciso comprar para el arreglo del monasterio. Los dueños de ellas, conociendo que las habían gana, alzaron el precio. Fuéronlas á ver la Santa y otros varios, y no habiéndoles contentado, dieron el encargo á los canónigos Salinas y Reinoso para que procuraran otra casa. Este último entró en tratos con una cuyo dueño estaba ausente, y, pareciéndole ventajosa la compra, envió recado admitiendo las condiciones de la venta. En el ínterin aconteció que estando la Santa oyendo misa, vinole de súbito un pensamiento acerca de las casas de junto á la ermita, que no la dejaba sosegar. En acabando de comulgar, entendió de nuestro Señor que era conveniente fundar allí. Parecióle cosa recia, supuestos los pasos dados, el haber de dejar el concierto del canónigo Reinoso, mucho más que, después de mirado todo, no encontraban cosa que mejor les estuviera. Estando pensando en esto, oyó que su Magestad le decía: *No entienden ellos lo mucho que soy ofendido allí, y esto será gran remedio.* Y, porque pasóla por la imaginación si lo del habla sería ilusión ó engaño, añadió el Señor: *Yo soy,* y quedó nuestra Madre tranquila y asegurada. Era el caso que con motivo de las velas que por la noche se tenían en nuestra Señora de la Calle, come-

(1) Fund. c. id.

tíanse muchos pecados, y lo que había de servir para aplacar al Señor no hacía sino irritarle.

Para que el bueno de Reinoso se convenciera de la conveniencia en fundar inmediato á la ermita de nuestra Señora, manifestóle la Santa en confesión el aviso recibido de Dios. Produjo en él tan buen efecto, que no obstante conocer la dificultad que había para dejar de llevar adelante lo concertado, confió en que el Señor lo allanaría todo, como en efecto sucedió. Poco contento el dueño de la casa con que le ofreciesen cuanto por ella pidiera, dijo al enviado que no la cedería sino daban trescientos ducados más. Ocasión oportunísima que aprovechó el piadoso canónigo para salirse del concierto, sin que á nadie pareciese mal.

Libres ya del compromiso, compraron las casas mencionadas, y el bondadoso D. Álvaro costeó una capilla donde se había de colocar á nuestra Señora, que estaba en lugar no muy decente. Dispuesto todo en forma de monasterio, hizose la traslación con gran solemnidad en la octava del Corpus del año 1581, llevando de la parroquia de S. Lázaro el Santísimo Sacramento, con acompañamiento del Obispo y de toda la ciudad.

«Yo no quería, escribe la Santa, dejar de decir muchos loores de la caridad que hallé en Palencia, en particular y en general. Es verdad que me parecía cosa de la primitiva iglesia (al menos no muy usada ahora en el mundo) ver que no llevábamos renta, y que nos habían de dar de comer, y no solo no defenderlo, sino decir que les hacía Dios merced grandísima: y si se mirase con luz, decían verdad, porque aunque no sea sino haber otra iglesia, á donde está el Santísimo Sacramento más, es mucho. Sea por siempre bendito amen» (1).

(1) Fund. c. XXIX.

Se me ocurre que este modo de ver^r las cosas por la Santa no está conforme con el parecer de ciertas personas las cuales piensan que los conventos donde se encierran monjas de rigurosa clausura, dedicadas principalmente á ejercicios de oración y penitencia, deberían desaparecer por el ningún beneficio que acarrearán á la sociedad. Me abstengo de hacer comparaciones entre los antiguos institutos de religiosas y los modernos. Confieso que estos son de grande utilidad, y satisfacen algunas necesidades á que los primeros no pueden atender. Pero lejos de mí el creer que los conventos de monjas de la índole de los fundados por Santa Teresa y otros análogos, sean de menor utilidad. Tengo por cierto que éstos, siendo observantes, son de suyo más á propósito para formar almas de oración y de trato íntimo con Dios; almas privilegiadas embriagadas de amor celestial cuyas peticiones tienen poder irresistible; porque el Señor se complace en hacer la voluntad de sus fidelísimas siervas, que no encuentran gusto sino en cumplir con la de su amado.





CAPÍTULO XX.

Cómo los Descalzos consiguieron del Papa el formar Provincia aparte. -- Alegría que este acontecimiento causó en la Madre Teresa. -- Cuán aprovechada se encontraba el alma de la Santa después de tantos trabajos. -- Fundación de Soia. -- Acude nuestra Madre al monasterio de S. Jose de Avila y ataja los abusos que comenzaban á introducirse. -- Fundación de Granada.

GRANDES acontecimientos se han realizado en favor de los Descalzos desde que en 1579 dejamos al P. Roca con su compañero camino de la ciudad eterna. Llegaron con bien á Roma, y tras ellos fueron los despachos del Rey con el parecer favorable del Nuncio y Asistentes. Para entonces había muerto el Rmo. Rubeo, y su Vicario General, Juan Bautista Cafardo y el P. Tostado aguardaban en la Capital del Orbe Católico la celebración del Capitulo que tuvo lugar en 22 de Mayo, en el que Cafardo fué electo General. Los dos PP. Descalzos guardáronse de darse á conocer, porque, descubiertos, hubieran po-

dido los Observantes prenderles, y quedar malograda la empresa. Cuando el Papa hubo recibido las cartas del Rey, y todos los documentos relativos al negocio de la Reforma, quedó bien impresionado en favor de ella, y entregó la propuesta á la Congregación de Regulares, para que la examinaran, y pasara por los trámites ordinarios. En dicha Congregación fué muy bien recibida la pretensión de los Descalzos, adelantándola con gravísimas y singulares razones el Cardenal Montalto, después Sixto V. Sentaron mal estas predisposiciones al Rmo. Cafardo, el cual, valiéndose del Cardenal Boncompagni, trató de evitar la separación de Descalzos que se meditaba. Hablóle de la mengua que resultaría á la Orden si éstos, declarados rebeldes por el Capítulo anterior, conseguían su intento; y que creciendo en casas y opinión, sería cierto el cisma. Añadió que lo más que se les podía conceder era que un trienio fuesen gobernados por provincial Calzado y otro por Descalzo. Pareció á Boncompagni acertada la idea, y como igualmente contentase al Sumo Pontífice, indicó éste que así se hiciera.

Esto vino á trastornar de golpe cuanto en favor de la Descalcez habían negociado los Procuradores, quienes conociendo que, si la última voluntad del Papa llegaba á confirmarse, eran perdidos, dieron otros pasos, é hicieron nuevas diligencias. Consiguieron interesar en su favor al Cardenal Esforza, el cual después de ponderar á Gregorio XIII los bienes que de la separación pretendida resultarían, y los males que de no hacerla se podían con fundamento temer, le rogó avocase á sí la causa, y la juzgara en Consistorio. Hizolo así S. Santidad, y llegado el día señalado, ventilóse por las partes, hablando en favor de los Descalzos los Cardenales Mafeo y Montalto, á quienes siguieron los demás. Quedó el Papa tan enterado de la

verdad, y tan consolado de que en su tiempo se diese principio á aquella Reforma, que concedió todo lo que por parte de los procuradores Descalzos se pedía, expidiendo en 22 de Junio un Breve, para que formasen Provincia aparte con Provincial Reformado que los gobernase. Quedaba por fin asegurada la independencia de los Descalzos; podían gobernarse, hacer sus Constituciones y fundar en todas partes, sin pedir licencia á nadie.

Conseguido tan á satisfacción lo que se deseaba, el P. Roca y su compañero dieron la vuelta para España. El 15 de Agosto de 1580 llegó á manos del Rey el mencionado Breve, á tiempo que se disponía á entrar en Portugal, y dícese que al leerle, dió visibles muestras del placer que aquel triunfo le causaba. En 26 de Septiembre hallábanse en Toledo los PP. Descalzos, y de aquí avisaron á la Santa, que se encontraba en Valladolid, del buen éxito que habían tenido las negociaciones. Día felicísimo para monjas y frailes de la Reforma, que festejaron la buena nueva con todas las demostraciones de regocijo que el caso pedía, cantando himnos de acción de gracias al señor de las victorias.

El Rey tomó tan á pechos el favorecer á los Descalzos, que dió orden á su limosnero mayor, D. Luis Manrique, para que á expensas del real erario se atendiese á los gastos que de cualquiera manera se originasen con motivo del Capítulo Provincial que aquellos habían de celebrar en Alcalá. La Santa desde Palencia no cesaba de escribir cartas á los PP. más graves de la Descalcez, al P. Gracián sobre todo, haciéndole advertencias oportunas para el mejor arreglo de las Constituciones, por las que se habían de gobernar las monjas. En 17 de Marzo de 1581 dióse por terminado el Capítulo, en el que salió electo Provincial el P. Gracián, muy á gusto de nuestra Madre que lo deseaba

con muchas veras. Una de las determinaciones que en él se tomaron, en agradecimiento de lo que Felipe II había hecho por la Reforma, fué el tener por él oración continua de día y de noche delante del Santísimo Sacramento. Concertóse además, por espontánea voluntad de los Capitulares, ofrecer por el Rey una de las tres disciplinas semanales que se tomaban en comunidad.

Antes de salir de Palencia, recibió la Santa los acuerdos y determinaciones del Capítulo. El triunfo había sido completo, y podía exclamar á imitación del viejo Simeón: ahora Señor moriré en paz, porque vieron mis ojos lo que mi corazón deseaba. La alegría que inundó su alma truslúcese en las siguientes palabras: «Estando en esta fundación (de Palencia) acabó nuestro Señor cosa tan importante á la honra y gloria de su gloriosa Madre, pues es de su Orden, como Señora y Patrona que es nuestra; y me dió á mí uno de los grandes gozos y contentos, que podía recibir en esta vida; que más había de veinte y cinco años que los trabajos y persecuciones y aflicciones que había pasado, sería largo de contar, y solo nuestro Señor lo puede entender. Y verlo ya acabado, sino es quien sabe los trabajos que se ha padecido, no puede entender el gozo que vino á mi corazón, y el deseo que yo tenía de que todo el mundo alabase á nuestro Señor, y le ofreciésemos á este nuestro santo rey D. Felipe, por cuyo medio lo había Dios traído á tan buen fin; que el demonio se había dado tal maña, que ya iba todo por el suelo sino fuera por él. Ahora estamos todos en paz: Calzados y Descalzos; no nos estorba á nadie servir á nuestro Señor. Por eso, hermanos y hermanas mías, pues tan bien ha oído sus oraciones, priesa á servir á su Majestad» (1).

(1) Fund. c. XXXIX.

Ocho años eran pasados desde que la Santa, estando de priora en la Encarnación, había merecido ser unida á la Majestad Divina con el vínculo más perfecto de amor que se puede dar en la tierra, simbolizado en el matrimonio espiritual. Cuán aprovechada se viese su alma al cabo de dicho tiempo, en que no salió, como hemos visto, de trabajos y contradicciones, que son el crisol donde se purifican los justos, y se aquilata la virtud, imposible que lo podamos decir. Para dicha nuestra consérvase una carta ó relación escrita por Mayo del 1581, donde la esclarecida Madre, dando cuenta de su interior al Ilmo. Velázquez, entonces Obispo de Osma, retrata el estado de perfección altísima á que había llegado su alma, toda transformada en Dios. Por ella échase de ver cuán rendidos tenía los afectos y pasiones á la razón, y á la voluntad divina; de donde provenía aquella paz inalterable, trasunto de la eterna que poco tiempo después había de gozar en el cielo.

«¡Oh quién pudiera, le dice, dar á entender á V. S. la quietud y sosiego con que se halla mi alma! porque de que ha de gozar de Dios tiene ya tanta certidumbre, que le parece que ya le ha dado la posesión; aunque no el gozo..... porque á la verdad ya en parte no está sujeta á las miserias del mundo, como solía; porque aunque pasa más, no parece que es sino como en la ropa; que el alma está como en un castillo con señorío, y así no pierde la paz. Aunque esta seguridad no quita un gran temor de ofender á Dios, y quitar todo lo que le puede impedir á no le servir, antes anda con más cuidado. Mas anda tan olvidada de su propio provecho, que le parece ha perdido en parte el ser, según anda olvidada de sí en esto. Todo va á la honra de Dios, y como haga más su voluntad y sea glorificado.

Con que esto es así, de lo que toca á su salud y cuerpo, me parece se tray más cuidado y menos mortí-

ficación en comer, y en hacer penitencia; no los deseos, que tenía más, al parecer. Todo va á fin de poder más servir á Dios en otras cosas; que muchas veces le ofrece como un gran sacrificio el cuidado del cuerpo, y cansa harto, y algunas se prueba en algo; mas á todo su parecer no lo puede hacer sin daño de su salud, y pónesele delante lo que los preladados la mandan..... Lo de las visiones imaginarias ha cesado, mas parece que siempre se anda esta visión intelectual de estas tres Personas y de la Humanidad, que es, á mi parecer, cosa muy más subida..... Las hablas interiores, no se han quitado, que cuando es menester, me da nuestro Señor algunos avisos; y ahora en Palencia se hubiera hecho un buen borrón, aunque no de pecado, sino fuera por esto (1).

Los actos y deseos no parece llevan la fuerza que solían, que aunque son grandes, es tan mayor la que tiene en que se haga la voluntad de Dios, y lo que sea más su gloria, que como el alma tiene bien entendido que su Majestad sabe lo que para esto conviene, y está tan apartada de interese propio, acábanse presto estos deseos y actos, y á mi parecer, no llevan fuerza, y lo más ordinario no puedo. Parece vivo solo para comer y dormir y no tener pena de nada; y aun esto no me la da, sino que algunas veces, como digo, temo no sea engaño; mas no lo puedo creer, porque á todo mi parecer, no reina en mí con fuerza asimiento de ninguna criatura, ni de toda la gloria del cielo, sino amar á este Dios, que esto no se menoscaba, antes, á mi parecer, crece y el desear que todos le sirvan. Mas con esto me espanta una cosa, que aquellos sentimientos tan excesivos y interiores que me solían atormentar de ver per-

(1) Alude á las palabras que le dijo su Majestad, para que, dejando la casa que pensaba comprar, tomase las de junto á la ermita de nuestra Señora del Socorro.

der las almas, y de pensar si hacia alguna ofensa á Dios, tampoco le puedo sentir ahora así; aunque á mi parecer no es menor el deseo de que no sea ofendido.

Ha de advertir V. S. que en todo esto, ni en lo que ahora tengo, ni en lo pasado, puedo poder más, ni es en mi mano servir más, (si podría si no fuese ruin) mas digo, que si ahora con gran cuidado procurase desear morirme, no podría, ni hacer los actos como solia, ni tener las penas por las ofensas de Dios, ni tampoco los temores tan grandes que traje tantos años, que me parecía si andaba engañada..... Tampoco se me ha quitado entender están en el cielo algunas almas que se mueren, de las que me tocan (1).

La paz interior y la poca fuerza que tienen contentos ni descontentos para quitarla (de manera que dure) esta presencia, tan sin poderse dudar de las tres personas, que parece claro se experimenta lo que dice San Juan, que hará morada en el alma, esto no solo por gracia, sino porque quiere dar á entender esta presencia, y tray tantos bienes que no se puede decir, en especial, que no es menester andar á buscar consideraciones, para conocer que está allí Dios. Esto es casi ordinario si no es cuando la mucha enfermedad aprieta. Algunas veces parece quiere Dios se padezca sin consuelo interior, mas nunca ni por primer movimiento, tuerce la voluntad de que se haga en ella la de Dios. Tiene tanta fuerza este rendimiento á ella, que ni la muerte ni la vida se quiere, si no es por poco tiempo, cuando desea ver á Dios; mas luego se le representa con tanta fuerza estar presentes estas tres Personas, que en esto se ha remediado la pena de esta ausencia, y queda el deseo de vivir, si él quiere, para

(1) No hacia mucho que, estando en Segovia la Santa, tuvo noticia de la salvación de su hermano D. Lorenzo.

servirle más; y si pudiese ser parte, que siquiera un alma le amase más, y alabase por mi intercesión, que aunque fuese por poco tiempo, le parece importaba más que estar en la gloria» (1).

No deja de extrañar que la seráfica Madre, ni sentía con la vehemencia de otras veces la pérdida de las almas, ni experimentaba aquellas angustias y mortales penas ocasionadas por la ausencia del Amado. Y era que la caridad había subido á tal punto de perfección, que al celo santo y demás virtudes daba un temple admirable; y la entera conformidad con la voluntad divina suavizaba las penas y sentimientos que de algún modo traen inquietud, á la manera que los bienaventurados ningún dolor ni aflicción pueden tener por las almas que se condenan, ni por otros males que afligen á los hombres. Tan aquilatado se mostraba el amor de Dios en la Santa, que no obstante tener noticia especial de las grandezas de la gloria, dispuesta se encontraba á no gustar de ellas, si esto había de ser parte para que alguien sirviera más de veras al Señor.

Pocos años restan de vida á la bendita Madre, pero mucho es lo que ha de merecer todavía. Siempre pronta á la voz de la obediencia, ni la detendrá la avanzada edad, ni los multiplicados achaques que la rodean. La caridad que arde en su pecho le dará aliento para correr presurosa tras lo que es del servicio de Dios y bien de las almas.

Noticioso el Ilmo. D. Alonso Velázquez de que Doña Beatriz de Beamonte deseaba fundar monasterio de monjas, fácilmente pudo inclinarla á que le hiciese de Carmelitas Descalzas. Escribió á la Santa, que se encontraba en Palencia, dándole cuenta de la buena ocasión que se ofrecía para fundar en Soria, y de lo

(1) Carta CCCXXXIII.

mucho que holgaba tener convento en la diócesis. Avisó la discreta Madre al P. Gracián de lo que Doña Beatriz por medio del virtuoso Prelado proponía, y no viendo el Provincial de los Descalzos inconveniente alguno en que se llevase adelante la fundación de Soria, dió su consentimiento para que se tuviese por admitida. Inmediatamente dispuso el Obispo quien fuera por la Santa y sus monjas, y á últimos de Mayo salieron de Palencia acompañadas del P. Doria. Poco trabajo tuvieron las Carmelitas en este viaje, porque además de esmerarse el que las llevaba en procurarlas todo regalo, hacía hermoso tiempo de primavera, y las jornadas no eran penosas. La Octava del Corpus cumularon en el Burgo de Osma, y la noche de aquel día pasáronla retiradas en una iglesia, gozándose de hacer compañía al Sacramento de Amor. Cuando entraron en Soria, aguardábalas ya el Ilmo. Velázquez, y recibida la bendición, fueron conducidas á la casa destinada á monasterio. Hospedólas con mucha caridad la piadosa Doña Beatriz, que ya les tenía prevenida sala bien aderezada, donde poder rezar y oír misa en tanto que desde dicha casa se habría paso á la iglesia que estaba contigua, y había sido cedida por el bondadoso Prelado. El 14 de Junio díjose la primera misa, y quedó tomada la posesión.

No habremos de omitir aquí un caso harto singular, relacionado con esta fundación. Tenía Doña Beatriz un sobrino, el cual abrigaba esperanzas de heredar toda la hacienda de su tía. Como viese que á causa del monasterio fundado se le había ido buena parte de lo que él aguardaba, comenzó á decir mal de la Santa y demás monjas. Pasados algunos años, y cuando nuestra Madre ya era muerta, estando dicho sobrino apretado de gravísima enfermedad, apareciósele rodeada de gloria, y le dijo: *Mucho has dudado de mi santidad;*

pues mira lo que dice el Evangelio: que por el fruto se conoce el árbol, mira el que yo he dado. Advirtió además el descontento sobrino cómo se venían cumpliendo en él ciertas cosas que la Santa le había dicho con espíritu profético, cuando andaba muy metido en las vanidades de su juventud. Volvió con esto á mejor acuerdo, y llorando sus pasados extravíos, retiróse, libre de la enfermedad, á la villa de Arévalo, donde hizo vida muy ejemplar, mereciendo especiales favores de nuestro Señor y de su Sierva Teresa.

Mientras la Santa permaneció en Soria, escribió al Cardenal Quiroga, suplicándole la licencia para la fundación de Madrid, que no pudo conseguir. En la de Burgos parece que se presentaban algunas dificultades por entonces, y creyó prudente no admitir dos más con que vinieron á brindarla, una en Orduña, y otra en Ciudad Rodrigo. La presencia de la Madre era, sin duda, más necesaria en otra parte. Gobernaba á la sazón el monasterio de S. José de Ávila una monja que, si era buena para obedecer, no era lo mismo para mandar. Añadiase á esto que el confesor de las religiosas interpretaba á su modo la regla y constituciones; y aunque virtuoso y con buen fin, no iba en todo acertado; de manera que se iban introduciendo hábitos y costumbres con menoscabo del bien espiritual, y hasta del temporal. Tuvo de ello noticia la celosa Fundadora por aviso que recibió del cielo, y púsose luego en camino para dicha ciudad.

Acompañada de Ana de S. Bartolomé y del Racionero de Palencia, apellidado Ribera, salió de Soria en 16 de Agosto. En el Burgo de Osma encontróse con Fr. Diego de Yepes, Obispo después de Tarazona, y sin que éste le dijese nada, supo como pasaba por allí penitenciado de la Orden, y hasta manifestó el tiempo que había de durar la penitencia.

Cuanto feliz y placentera había sido la ida á Soria, tanto tuvo de trabajosa la vuelta. El mozo que las conducía ignoraba el camino de los carros, y ya los llevaba por partes donde era preciso apearse, ya por grandes despeñaderos con peligro inminente de trastornarse el vehículo. Al fin en un mal paso volcó, y dijo la Santa: *Gracias á Dios que ya que todo se ha hecho bien, siquiera me he caído y me duele harto*. Con esto quedó consolada, porque temía más á los sucesos prósperos que á los adversos. Fatigados del sol, y cansados de andar y desandar caminos, llegaron á Segovia vispera de S. Bartolomé, y después de descansar algunos días, tomaron la dirección de Ávila, donde entraron el 5 de Septiembre.

Encargada la Santa del gobierno del monasterio de S. José, puso en breve remedio al mal que aumentaba de día en día. Y fué providencia de Dios el que pusiera la mano en el gobierno de aquella casa, porque de otra suerte peligro corría que hubieran muerto de hambre las monjas, según se encontraban de necesitadas. Escribiendo nuestra Madre á la Priora de Sevilla acerca del estado lamentable en que se encontraba dicho monasterio, le dice: «Por acá hay hartas (necesidades) en especial en esta casa de S. José de Ávila, á donde me han hecho ahora Priora por pura hambre: ¡mire para mis años y ocupaciones, cómo se ha de poder llevar! Sepa que les mandó aquí un caballero (Francisco de Salcedo) no sé qué hacienda, que para la cuarta parte de lo que han menester no tienen, y no lo gozan hasta otro año, y quitaron luego las limosnas que les daban en la ciudad, casi todas, (1) y cargados

(1) Razón, pues, tenía la Santa cuando quería á sus monasterios ó pobres del todo ó con renta bastante. Al oír los avileses que las monjas de S. José habían heredado, sin reflexionar si con esto tendrían ó no bastante para su sustento, véase que pronto dejaron de acudirles con limosnas.

de deudas, que no sé en qué han de parar; encomiéndolo á Dios. y á mí, que el natural se cansa, en especial esto de ser priora con tantas barahundas juntas. Si con ello se sirve á Dios, todo es poco» (1).

Trató luego nuestra Madre de poner en ejecución el testamento de su hermano Lorenzo, por lo que tocaba á una capilla que se había de hacer en dicho convento. Tropezábase con la dificultad de que los dineros para costearla habían de venir del monasterio de Sevilla que los tenía recibidos y no podían enviarlos tan pronto como deseaba. Ponderando cuán enojoso le era ocuparse en tales negocios, escribía á María de S. José: «Aunque quiero apartarme de todo, dícenme estoy obligada en conciencia; y así no fué nada perder tan buen hermano, en comparación de los trabajos que me han dado los que quedan, que no sé en qué ha de parar» (2).

Antes de acabarse el año 1581 dejóse concertada la fundación de Granada, la cual á principios del año siguiente llevó á cabo la V. Ana de Jesús una de las hijas más estimadas de la Santa.

Por ausencia del P. Gracián había quedado de Vicario Provincial en Andalucía el P. Fr. Diego de la Trinidad, y yendo á visitar el monasterio de Veas, habló con Ana de Jesús de cuán bien estaría en Granada un convento de Carmelitas Descalzas. Ésta, no pareciéndole cosa fácil de realizar por entonces, encomendábalo al Señor, y aconteció que en acabando de comulgar un día, dijole su Majestad sería de su agrado se hiciese monasterio en dicha ciudad. Comunicólo con Fr. Juan de la Cruz, su confesor; y en aquel mismo día partióse éste á Castilla á tratar de la fun

(1) Carta CCCLV.

(2) Car. CCCV.

dación con el P. Gracián, que estaba en Salamanca. El Provincial dió la licencia para ello, y confió á la prudencia y buen criterio de la Santa las demás disposiciones. Presentóse el extático Fr. Juan en Ávila á tiempo que nuestra Madre se encontraba comprometida para la fundación de Burgos, por lo que no pudo atender personalmente á la de Granada, como el fervoroso carmelita quisiera, aunque sí señaló las monjas que habían de ir á ella.

El P. Fr. Diego, que desde Veas había ido á negociar la licencia del Arzobispo, encontróle tan negado á darla, que ni bastaron ruegos ni súplicas para poderla alcanzar. Presumiendo, sin embargo, que una vez las monjas en Granada, fácilmente consentiría el Prelado en la fundación, cuidó de buscar casa. Encontrada, bien que con dificultad, escribiólas diciendo se pusieran en camino. Así lo hicieron las confiadas Carmelitas, y en llegando á la ciudad, hubieron de hospedarse en casa del Licenciado Laguna, porque el dueño de la que alquiló el P. Diego no las admitía en la suya. Contra el parecer del Vicario Provincial, y de los que conocían las disposiciones del Arzobispo, envió Ana de Jesús á suplicarle fuera á darles la bendición, y á ponerles el Santísimo Sacramento. Cuando todos creían que con esta embajada se había de irritar más el ánimo de su Exca., vieron con sorpresa que, recibido el aviso, contestó con blandura, dando á las religiosas la bienvenida. Ordenó también que ya que él, por estar enfermo, no podía hacer lo que le suplicaban, fuese su Provisor á decirles la primera misa.

Y fué la causa de mudanza tan favorable en el Arzobispo lo que ahora diremos. Cerca de Daifuentes se encontraban las Carmelitas, viniendo de Veas, cuando el viento comenzó á desencadenarse, cubrióse de siniestros nubarrones el horizonte, y en medio del

rugido de la tempestad, oyóse el zumbido de un espantoso trueno que dejó aturridos á los habitantes de la comarca. Un rayo había caído en el mismo palacio Arzobispal, cerca del lecho donde su Exca. descansaba, y dejado huella destructora en la librería y caballeriza. Este suceso teniale atemorizado, y con la voluntad tan propicia.

Acabóse de fundar la casa de Granada en Enero del 1582, y no tuvieron que padecer poco las pobres Carmelitas, porque curado del susto el Sr. Arzobispo, arrepintióse de haber dado la licencia, y quedaron aquellas en gran desamparo y pobreza, aunque contentas por tener consigo al Esposo de sus almas, que las consolaba en las aflicciones, y daba aliento para llevar la cruz con alegría. Ejemplo vivo tenían en la Santa Madre, que bien pesada habíala tenido que abrazar en Burgos con motivo de la fundación de que ahora hablaremos.





CAPÍTULO XXI.

Principios de la fundación de Burgos.—Trabajos de la Santa en el viaje á esta ciudad.—Niega el Arzobispo la licencia para la fundación.—Cuánto hubieron de padecer por este motivo las pobres Carmelitas.—Fructuosa visita que nuestra Madre hizo á los monasterios de religiosas.—Inundación del 24 de Mayo.—Trata la Santa de su partida.

TOCAMOS ya con la fundación de Burgos, la última que la Santa llevó á cabo, y una de las que más trabajos le costaron; que tales eran las piedras preciosas que el Señor quería engastar en la corona inmortal preparada para su amada Sierva en la gloria.

Moraba en la ciudad de Burgos una señora viuda muy piadosa, natural de Vizcaya, la cual como tuviese noticia de los monasterios que la Santa fundaba, escribió diciendo la determinación que tenía de costear con parte de su hacienda un convento de monjas Car-

melitas. Tuvo esto lugar en 1577, cuando nuestra Madre se encontraba en Toledo, y los negocios de los Descalzos andaban tan revueltos como queda dicho, por lo que nada se pudo concertar por entonces. Venida la paz deseada, Doña Catalina, que así se llamaba la tal señora, firme en sus buenos propósitos, volvió á instar á la Santa, la cual estando en Valladolid puso por intercesor al Ilmo. D. Álvaro para que hablase con D. Cristóbal Vela, Arzobispo de Burgos, acerca de la licencia. Éste, lejos de negarla, dijo que la daría de muy buena gana, por tener entendido cuán del servicio de Dios eran los monasterios de la Madre Teresa.

Entonces fué cuando la Santa, por efecto de la enfermedad general del catarro, y el Señor que deseaba hacerla ver lo poco que de suyo podía, sintióse con aquella desgana y decaimiento de ánimo para las fundaciones de Burgos y de Palencia. Reanimada por la palabra del Señor, quedó determinada á hacerlas. Acabada la de Palencia, pareció oportuno aprovechar la buena proporción que se ofrecía para la de Soria. De aquí hubo de ir á Ávila por las razones antes dichas, y como el invierno comenzaba, pensó la Santa que la de Burgos se quedaría por entonces. El Arzobispo, aunque estaba en conceder la licencia, dió á entender que gustaría se obtuviese primero el consentimiento de la ciudad. Encargóse de ello Doña Catalina, y negoció con tan buen éxito, que al poco tiempo presentó por escrito al Excmo. Don Cristóbal el consentimiento que deseaba.

Era el día de S. Martín, y estando nuestra Madre encomendando al Señor dicha fundación de Burgos, pensó que si todo se allanaba, pudiera muy bien hacerse, yendo allá la Priora de Palencia, ya que ella, por las nieves y recios fríos, no podía ponerse en camino. Determinada á quedarse, dijole su Majestad las siguien-

tes palabras; *No hagas caso de esos fríos, que Yo soy el verdadero calor. El demonio pone todas sus fuerzas por impedir aquella fundación: ponlas tú de mi parte, porque se haga, y no dejes de ir en persona, que se hará gran provecho.* Con esto mudó de parecer, y aunque el natural repugnaba, resolvióse á llevarla adelante hasta morir, si necesario fuese, en la demanda. Pocos días después, trajéronle la licencia de la ciudad con cartas de Doña Catalina, la cual metía mucha prisa para que se hiciese luego la fundación, por miedo de que ocurriera algún cambio desfavorable. Nuestra Madre, que no quería malograr por su parte tan buena obra, escribió el P. Gracián lo que el Señor le había dado á entender, de que fuese en persona á Burgos. El P. Provincial, acatando los designios de Dios, no se lo estorbó, pero quiso saber antes si el Arzobispo tenía dada la licencia por escrito. Contestó la Santa que con él se había tratado, y que alcanzando el consentimiento de la ciudad, en todo quedaba conforme. No se aquietó con esto el discreto Prelado, y como le viese la Santa con temores le dijo: *Ahora, mi padre, las cosas de Dios no han menester tanta prudencia, ni se hacen cosas graves de su servicio, buscando todas las comodidades; aquella fundación ha de ser de gran servicio de Dios, y si más se dilata no se hará. Aventuremos y calle, que mientras más padeciéremos, mejor será. Y sepa que el demonio pone gran fuerza para que no se trate de ella. Esto no obstante, mire V. R. lo que manda, que eso será lo mas acertado.*

El P. Gracián, aunque no las tenía todas consigo respecto á la licencia del Arzobispo, cerró los ojos á las razones humanas, y lejos de contradecir, él mismo quiso acompañar á la Santa en el viaje. Á principios del 1582 en medio de la crudeza del invierno, y cuando las lluvias y las nieves tenían los caminos en tan mal esta-

do, que con dificultad se podía por ellos transitar, salieron intrépidos de Ávila. Llegados á Medina, como encontrase nuestra Madre á la Priora postrada en cama, con fuerte calentura, y con síntomas de pulmonía, pasándole la mano por el rostro dijo: *Jesús, hija, ¿gestando yo aquí está ella mala? ande, levántese, y venga conmigo á cenar.* La enferma obedeció, y levantándose confiada, quedó al punto sana, y pudo desde aquel momento acompañar á la Santa hasta que se despidió para Valladolid. Aquí hubo de hacer cama por cuatro dias, porque sobre un catarro fuerte, tuvo un ataque de perlesía. Algún tanto aliviada, partióse para Palencia, desde donde escribió á Catalina de Toluosa, dándole cuenta de su expedición, y suplicando no la culpase por su tardanza en llegar, debida á la falta de salud y malos caminos. Temiendo la Santa no poder seguir adelante, volvióse afligida al Señor, y su Majestad la animó diciendo: *que bien podían ir, y que no temiese, pues Él sería con ellos.*

Confiada en la palabra de Dios, dió orden para que se dispusieran los carros que habían de conducir á las monjas, y sin reparar en peligros, púsose luego en camino. Como tras de la mucha nieve, vinieron las aguas, á cada paso tropezaban con grandes atolladeros de donde á duras penas podían salir los carros; y más de una vez viéronse las religiosas obligadas á apearse, á fin de que aquellos pudieran arrancar. Al subir por una cuesta estuvo á punto de volcar uno de los vehículos, y sin duda que se hubiera precipitado en el río, si el que le guiaba no se hubiera asido de una ruéda, consiguiendo detenerle en la pendiente, cosa que todos tuvieron por milagro; pues no veían cómo un hombre solo pudiera haberle sostenido, dada la inclinación que ya tenía. La Santa que advirtió el peligro en que se habían visto sus monjas de morir ahogadas, sin-

tiólo en el alma, y para lo sucesivo determinó romper ella la primera por los pasos que ofrecieran alguna dificultad. Al cabo de larga y penosa jornada, llegaron á un mesón tan pobre y desacomodado, que ni siquiera encontraron cama donde la anciana Madre, que venía con calentura y mal de garganta, pudiera tomar algún alivio. Dudaban cuál les estaría mejor, si aguardar en aquella miserable posada, ó continuar el viaje, en la inteligencia de que si hasta entonces habían traído malos caminos, siguiendo adelante, los encontrarían peores. Decidieronse por esto último, y al llegar á los pontones, cerca de Burgos, corrieron riesgo de perecer. Eran estos pontones un paraje estrecho y mal acondicionado por donde pasaba el río, el cual con las nieves derretidas había crecido de suerte, que cubiertos aquellos de agua turbia con más de media vara, ni aun se dejaban ver. Tan malo lo vieron las monjas, que antes de determinarse á entrar por ellos confesáronse todas; y animándolas la Santa les decía: *Ea, mis hijas, ¿qué más quieren ellas que si fuese menester ser aquí mártires por amor de nuestro Señor? déjenme, que yo quiero pasar primero, y si me ahogare, ruégoles mucho que no pasen.* Y diciendo y haciendo, rompió intrépida por aquel mundo de agua, y allá en su interior oyó que su Majestad le hablaba: *No temas, hijamía, que aquí voy.* Tras ella siguieron las demás, y, favorecidas visiblemente por la mano poderosa del Señor, llegaron por fin á Burgos al anochecer del 26 de Enero.

En tanto que cerraba la noche, pues no quería la Santa que su llegada fuese advertida de los de la ciudad, fuéronse á visitar el milagroso Santo Cristo, que entonces se veneraba en el convento de Agustinos, y hoy se le dá culto en la célebre catedral, y después de darle gracias por haberles librado de tantos peligros, encomendáronle el negocio de la fundación. De allí se

dirigieron á casa de Doña Catalina, que las esperaba por momentos. Como viniesen mojadas del camino, y se pusieran á secar los hábitos á la lumbre, hizo esto tanto daño á nuestra Madre, que le produjo vahídos de cabeza, fuertes vómitos, y el mal de garganta, aun no curado, se agravó de manera, que se le hicieron llagas.

Á otro día de mañana fué el P. Gracián á pedir la bendición al Arzobispo, confiadísimo en que no habría más que hacer. Jamás hubiera podido sospechar la terrible contradicción que les aguardaba de parte del Excmo. D. Cristóbal. Hallóle tan alterado y enojado de que la Santa hubiera ido á la fundación sin su licencia *in scriptis*, que ni aprovechaba hablarle del consentimiento que tenía dado de palabra, ni le movía la amistad del Obispo de Palencia, por cuyo consejo se había puesto aquella en camino, pensando no serían menester más formalidades. Despidió por fin al P. Provincial diciendo, que mientras no tuviesen renta y casa propia, no daría la licencia, y que bien se podían tornar las religiosas á los conventos de donde habían salido.

Poníalas aun en mayor aprieto el Arzobispo, exigiéndola que, la renta para el monasterio, había de ser aparte de los dotes que llevasen las monjas. Y tan extremado estuvo con las pobres Carmelitas, que ni siquiera las permitió oyeran misa en la casa donde estaban, no obstante haber en ella una pieza muy decente para el caso, como que había servido de iglesia á los PP. Jesuitas por espacio de más de diez años. Pero no hubo remedio; la Santa y sus hijas viéronse precisadas á salir á las calles, según estaban de enlodadas, para ver de oír misa, lo cual procuraban hacer bien de madrugada con el fin de no llamar la atención de las gentes. Las cosas no se podían poner en peor estado, y el negocio de la fundación parecía imposible de realizar. La Santa, sin embargo, lejos de des-

animarse al verse rodeada de obstáculos, al parecer insuperables, estaba llena de confianza, y cierta de que al fin el demonio quedaría vencido, y deshechos los enredos que ponía.

En esta inteligencia escribió á la priora de Sevilla diciendo: «Doce días ha que llegué, y no se ha hecho cosa de la fundación, porque hay algunas contradicciones. Un poco va al modo de lo que por ahí pasó. Yo voy viendo lo mucho que ha de servirse Dios en este monasterio, y todo lo que ahora se ofrece será por mejor» (1).

Restablecida la Santa de sus dolencias, quiso ir á hablar al Arzobispo por ver si conseguía ablandarle. Lo único que á fuerza de ruegos y razones pudo alcanzar fué que, habida la renta para el monasterio, pudiesen fundar donde al presente estaban, hasta que se comprase casa, debiendo antes presentar fiadores. Estos luego se encontraron entre los amigos del canónigo Salinas, y Doña Catalina por su parte ofreció la renta requerida. Concertados los fiadores, dióse aviso al Arzobispo, quien remitió el negocio al Provisor con encargo de que le despachase pronto. Cuando la cosa se iba poniendo en tan buenos términos, he aquí que el demonio vino de nuevo á trastornarlo todo. Recibió la Santa una memoria del Provisor en que le decía que no esperasen la licencia hasta tener casa propia; y que ya no era voluntad del Excmo. D. Cristóbal fundasen en donde estaban, porque era húmeda la casa, y había mucho ruido en aquella calle, con otras cortapisas acerca de la seguridad de la hacienda, que desbarataban lo concertado.

Hasta entonces el P. Gracián había tenido la suficiente virtud para llevar en paciencia las contradicciones y repulsas del Excmo. Vela; mas en oyendo la

(1) Car. CCCLXXVI.

inesperada salida del Provisor, no lo pudo sufrir, é incomodóse de suerte, que deseara volverse con las monjas á sus monasterios, por quitarlas de tantos trabajos. Grande fué la aflicción de la Santa al ver trastornados sus proyectos y desairado el Provincial, el cual á la vista de tan inesperados sucesos se inclinaba á tomar seria determinación. Esto último es lo que sentía, y pesábale harto de que hubiese ido con ellas; porque cierta estaba de que la fundación se había de hacer á despecho del infierno, que tanto ponía en estorbarla. Para más asegurarla, dijola el Señor: *Ahora, Teresa, ten fuerte*. Desde entonces deseaba á todo trance nuestra Madre alejar de allí al Provincial, y persuadióle á que fuese á predicar la Cuaresma á Valladolid. El prudente prelado no tenía corazón para dejarlas como estaban, y por mediación de algunos amigos pudo alcanzar, no sin gran dificultad, que les dieran en el hospital de la Concepción unas reducidas piezas en lo más alto del edificio y á teja vana, pero con la circunstancia consoladora de tener cerca el Santísimo Sacramento, y no necesitar salir á la calle para oír misa todos los días.

Cerca de un mes estuvo la Santa con sus hijas en el dicho hospital de la Concepción, en el cual tiempo no permaneció ociosa, porque el grande amor de Dios que ardía en su pecho, la hacía salir de sí, y buscar obras en que poderle servir. Cuánto, y con que buen éxito ejercitó su celo en procurar el bien de las almas, colígese de la siguiente declaración que para las informaciones de Calahorra hizo el Dr. Manso, Obispo de dicha ciudad. «Sé, dice, que en los dos meses que estuvo la Madre Teresa en Burgos, antes de tener convento, en el hospital y en casa de Catalina de Tolosa, aguardando la dicha licencia, hizo la dicha Madre Teresa de Jesús gran provecho espiritual en todos los

demás monasterios de monjas de la dicha ciudad de Burgos, así con la grande fama de su santidad, religión y aspereza de vida, como con su trato y conversación celestial. Porque de una visita que en todos los monasterios hizo, visitando, hablando y consolando á las religiosas dellos, las dejó tan edificadas, que se vieron y experimentaron muchas y muy particulares mudanzas de vida y costumbres, y aprovechamiento de las dichas almas religiosas; y esto fué público y notorio en la dicha ciudad de Burgos. Y particularmente sucedió esto en el monasterio Real de las Huelgas de S. Bernardo de la dicha ciudad; porque de una sola vez que entró en él la dicha Madre Teresa de Jesús, de ver su hábito, su pobreza, su humildad y religión y trato llano y vero; y tan apegadas sus razones al amor de Dios, las pláticas tan espirituales, y el celo tan ferviente de la salvación de las almas, y los consejos tan saludables que daba del rigor que deben tener las religiosas consigo mismas, para ser más apreciables á Dios, con solo la dicha visita, sé yo que se reformó casi todo el monasterio de las monjas Bernardas de las Huelgas» (1).

También en el mismo hospital tuvo ocasión de ejercitar su ardiente caridad con los prójimos. Encontrábase una vez mala, y con mucho hastío, y dijo que acaso comería alguna naranja. Envióle cierta señora algunas muy buenas, y ella en viéndolas, echóselas á la manga, y, bajando á donde se encontraban los enfermos, repartiólas todas. Dijéronle sus compañeras que cómo había hecho aquello, y ella respondió con un rostro que rebosaba alegría: «Más las quiero para ellos, que para mí; vengo muy contenta, porque quedan muy consolados.» Otra vez que la regalaron unas

(1) Escrit de S. Ter. t. II. p. 379.

limas, exclamó: bendito sea Dios, que me ha dado que lleve á mis pobrecitos. Curaban á uno de unas postemas, y daba tan grandes voces, que atormentaba á los otros enfermos. Compadecida de él nuestra Madre, bajó allá, y dijo al enfermo: Hijo, cómo dáis tales voces, y no lo lleváis por amor de Dios? Á poco desaparecieron los dolores, y nunca después al curarle se le oyó quejar. Hallábanse tan bien los pobres con ella, que rogaban á la hospitalera les llevase muchas veces á tan santa mujer, por el gran consuelo que experimentaban al verla. Y tan grande fué la pena de éstos cuando la Santa se fué del hospital, que lloraron su ausencia cual hijos que pierden á su madre querida.

Al despedirse el P. Gracián para Valladolid con ninguna esperanza de ver al Arzobispo movido á dar la licencia, había dejado encargado á sus amigos procurasen por todas vías comprar casa para las monjas, cosa bien difícil de conseguir por entonces; pues eran varias las Órdenes religiosas que andaban buscando donde poder fundar. Tuvo la Santa noticia de una, cuyo dueño estaba ausente, y hablando acerca del negocio con el licenciado Aguiar, suplicóle fuese á verla. Hízolo así, y aunque el que moraba en ella, poco gustoso de que se vendiese, no la quiso enseñar; mas por la planta y por lo que de fuera pudo descubrir, agradóle de suerte, que le pareció debía comprarse. Para mayor acierto fué también nuestra Madre á verla, y contentóle en tanto extremo, que si dos tantos más pidieran por ella, aun se la hiciera barata. Aunque esto parecía á la Santa, algunos amigos vinieron á decirle que si soltaban lo que por ella querían, podía contar que daba quinientos ducados de más. Antes de acabar el concierto con un clérigo, encargado de la venta de la casa, dijo la Santa que se aguardase á después de misa, y entonces se determi-

naría. Fué á encomendarlo al Señor, temerosa de hacer mala compra con dineros de la Orden, que es lo que ella sentía, y dijóle Su Majestad: *¿En dineros te detienes?*, por donde entendió que les estaba bien la casa. Resuelta á comprarla, salió el licenciado Aguiar en busca de un escribano que encontró á la puerta, y en presencia de testigos, y todo con el mayor secreto, se concluyó la venta, vispera de S. José. Hacía tiempo que las fervorosas carmelitas venían importunando á este glorioso Patriarca, para que el día de su festividad tuviese alcanzado el tener casa propia.

Avisaron de la compra de la casa al Arzobispo, el cual se alegró del buen acierto que habían tenido, pero no pasó de aquí, y ni esperanzas dió de conceder la licencia. La discreta fundadora, aprovechando todas las circunstancias favorables al intento, escribió al Arzobispo diciendo que se alegraba mucho de que la casa le hubiese contentado, y que se daría prisa á acomodarla, para que del todo les hiciese merced. Tuvo la atención el Ilmo. Prelado de ir las á visitar, y hasta les mostró mucha gracia, aunque no para darles la licencia que es lo que hacía al caso, bien que dejó concebir algunas más esperanzas. Tratóse de hacer las escrituras de la venta con Doña Catalina, y tan pronto les decían bastaban fiadores, como exigían dinero, y siempre con importunidades que hacían interminable el negocio. Más que nadie tuvo la culpa el Sr. Provisor, que todo lo revolvía, y con nada se contentaba. Al ver tan tenáz contradicción un P. Descalzo, que el P. Gracián había dejado al cuidado de lo que ocurriese, comenzó á desconfiar, y manifestó deseos de irse. Viéndole nuestra Madre desmayar, animóle diciendo: *Mire, Padre, no tenga pena, que el Santísimo Sacramento estará puesto antes de ocho días.* Y burlándose de los enredos que el enemigo procura-

ba suscitar, solía decir con mucha gracia, que el diablo que les hacía guerra en la fundación, era el más bobo y necio de todos.

Apurados, bien que en vano, cuantos medios dictaba la prudencia para ver de arrancar el consentimiento al Arzobispo, pensó la Santa poner en juego otros resortes, esperando conseguir el resultado apetecido. Hasta entonces había obrado con gran reserva á fin de que el Ilmo. D. Álvaro no tuviese noticia de lo mucho que el Excmo. Vela les hacía padecer por causa de la licencia, tantas veces prometida y nunca dada. Mas viendo que no había otro remedio, descubrióle el estado en que se encontraban las cosas, para que él con su influencia las llevara á buen término. Grandísimo fué el enojo que concibió el Obispo de Palencia al saber el comportamiento incalificable de su buen amigo con las pobres Carmelitas; y llevado del sentimiento, envió á la Santa una carta abierta para que después de leída, la entregase cerrada al Arzobispo. Deciale en ella algunas verdades que le podían amargar, y conociendo la discreta Fundadora que, irritado el Excelentísimo Vela, el negocio lejos de mejorar, se pondría en peor estado, determinó no dársela. De este mismo parecer fué el Dr. Manso que la confesaba. Era tanta la amistad y confianza que la Madre Teresa tenía con Don Álvaro, que se atrevió á escribirle de nuevo, advirtiéndole que para el logro de sus deseos, convenía dar otro giro á la carta dirigida al Arzobispo, haciendo que en ella cediesen los justos sentimientos de indignación al disimulo, dulzura y cortesía, aunque para esto fuera menester hacerse violencia.

El amor que el piadoso Prelado tenía á la Santa y á sus fundaciones, hizo que no se pudiese negar á lo que se le rogaba, y de nuevo envió otra carta, la cual produjo el efecto deseado. Agradecida nuestra Madre, le

escribía después diciendo: «La gracia del Espíritu Santo sea con V. I. S. Holgóse tanto el Arzobispo con la carta de V. S., que luego dió mucha prisa á que se acabase este negocio antes de Pascua, sin pedírselo nadie, y quiere él decir la primera misa, y bendecir la iglesia..... Todas besan á V. I. S. las manos muchas veces, porque las ha sacado de tan gran trabajo. Han sido sus alegrías y alabanzas, á nuestro Señor, que gustara las viera V. S. Sea siempre alabado, que dió á V. S. tanta caridad, que bastase para forzarse á escribir aquesta carta al Arzobispo» (1).

El día antes de que el Arzobispo diera la licencia, habían estado las pobres Carmelitas más fatigadas que nunca; y la buena Catalina de Tolosa tan afligida, que no la podían consolar. Llevóles la noticia Hernando de Matanza, y cuando llegó á la casa, sin más aviso, comenzó á tocar la campana, por donde entendieron las buenas monjas era dada la licencia. Cuanta había sido la pena que antes tenían, tanta era después su alegría, y alborozada la tierna Madre, derretíase en afectos de amor y agradecimiento. «*Señor, decía: qué pretenden estas vuestras siervas, mas que serviros, y verse encerradas por Vos, adonde nunca han de salir?*» El 19 de Abril de 1582 dijose la primera misa, y quedó puesto el Santísimo Sacramento con mucha solemnidad y grandísimo contento de la población, en especial de Catalina de Tolosa, la cual con desprendimiento sin igual atendió á las pobres Carmelitas, proveyéndolas de todo lo necesario, mientras estuvieron en su casa y en el hospital, exponiéndose muchas veces á la maledicencia de las gentes, que la aseguraban llevaba camino de perdición, porque disponia de la hacienda con perjuicio de su familia.

(1) Carta CCCLXXXI.

Ya que las monjas se vieron en casa propia, muy queridas de la ciudad y del mismo Arzobispo, que tuvo á bien dar el hábito á una hija de Doña Catalina y á otra doncella, quiso el Señor dar á probar á la Santa y á sus hijas del amargo cáliz de su pasión. El 24 de Mayo, día de la Ascensión, llovió tanto, que el río salió de madre, y entrándose desbordado por las calles, amenazaba dejar anegadas muchas casas y no pocos conventos. Lo que con esta ocasión tuvieron que padecer nuestras Descalzas, dirálo la V. Ana de S. Bartolomé, testigo presencial de lo ocurrido. «Entrósenos, dice, el río en la casa hasta los primeros suelos, y como estábamos en este peligro, subimos el Santísimo Sacramento en lo alto de la casa y á cada hora pensábamos ser anegadas; y estábamos diciendo letanias, y desde las seis de la mañana hasta la media noche estuvimos en este peligro, sin comer ni sosegar, que todo lo que teníamos se había anegado. Nuestra Santa estaba la más afligida del mundo, que se acababa de fundar la casa y dejóla el Señor á solas, que no sabía si era bien nos estuviésemos quedas, ó salir como hacían otras religiones en este tiempo. Estábamos todas tan turbadas, que no nos acordamos de dar nada á nuestra Santa. Ya muy tarde me dijo: *Hija, mire si no ha quedado un poco de pan; deme un bocado, que me siento muy flaca.* Esto me partió el corazón, é hicimos entrar una novicia, que era fuerte, á sacar un poco de pan debajo del agua, que la daba á la cintura; y de aquello le dimos que no había otra cosa. Y si no entraran unos nadadores, pereciéramos; más parece que fueron ángeles de Dios, que no sabíamos cómo habían venido, y entraron debajo del agua, y quebraron las puertas de la casa, y empezó á salir el agua de las piezas, mas quedaron tan anegadas y llenas de piedra, que se sa-

caron más de ocho carros de lo que el agua había traído» (1).

En tanto la pacientísima Madre animaba como podía á las religiosas, excitándolas á padecer por amor de Dios, que tal prueba les enviaba, y ofrecería gustosa la vida porque quedaran á salvo las de sus amadas hijas.

Acabada la fundación de Burgos á pesar de todos los artificios del infierno, quisiera la Santa, antes de salir de esta ciudad, tener negociada la licencia para la de Madrid. Para ello escribió al Cardenal Quiroga, el cual tuvo por conveniente dilatarla hasta la vuelta del Rey, que había ido á tomar posesión del Reino de Portugal. Pero como se prolongase demasiado su estancia en Burgos, y S. Ema. no se decidiese, pensó en atender á otras necesidades. Ocurriósele que con motivo de las escrituras hechas para asegurar la renta del monasterio, podía con el tiempo originarse algún pleito, y venir desasosiegos. Para evitar este inconveniente, pareció á ella y al P. Provincial renunciarlas en la generosa Catalina, teniendo por mejor confiar en la Providencia Divina, que no dar ocasión á disgustos de familia. Hizose con mucho secreto á fin de que el Arzobispo no lo entendiera, porque tuviéralo por agravio. En verdad que no era pequeño para el monasterio, porque con la fama que tenía de poseer renta, pudiera verse en grandísimo aprieto. Esperaba la Santa que no les había de faltar, y que el Señor despertaría quien las atendiese con limosnas. Pensando en esto una vez después de comulgar, díjole su Majestad: *En qué dudas, que ya está todo acabado; bien te puedes ir.* Quedó tranquila con las dichas palabras, y segura de que no les había de faltar. Viendo no ser ya necesaria su presencia en Burgos, trató de la partida.

(1) Escrit. de S. Ter. t. II. p. 423.





CAPÍTULO XXII.

Presúmese que la esclarecida fundadora tenía noticia del año en que había de morir.—Es insultada en Valladolid por un abogado.—Fervorosa plática con que se despidió de sus hijas.—Recibe en Medina del Campo orden para que vaya á Alba.—Trabajos del viaje.—Llega á dicha Villa exhausta de fuerzas.—Ultimos dias de la Santa.—Muere á impulsos del amor.—Bellísima descripción de la Madre Teresa.



Y A tenemos á la anciana Madre tocando con el fin de su existencia, pero en los pocos días que le restan de vida, no han de escasear, disponiéndolo así su Majestad, los trabajos que acabarán de labrar la corona, que ceñirá triunfante en la gloria. Por lo visto no estaba ignorante del año en que había de morir, pues, preguntada en Medina el 1574 acerca de la edad que tenía, respondió haber cumplido cincuenta y nueve años. Y á continuación, con disimulo y en voz baja, aunque de manera que lo pudo entender Isabel de Jesús, añadió: *para sesenta y ocho ¿cuántos faltan?* Este y otros indicios nos mueven á creer que el Señor, en medio de aquella amistad tan

grande que tenía con su Sierva, especialmente después de celebrado el matrimonio espiritual, habíale revelado con bastante anticipación el año en que, desligada de las ataduras de la carne, celebraría con el Cordero las bodas eternas. Por eso, sintiendo nuestra Madre próximo el fin de su vida, y que había de dejar para siempre los monasterios de su amada Descalcez, vésele atender más solícita que nunca á las necesidades así espirituales como temporales que con frecuencia ocurrían. La observancia que ella con su doctrina y ejemplo había establecido, queríala dejar bien sentada, y sobre todo la virtud de la obediencia. Con ser tantos los monasterios fundados, y tantas las monjas que los habitaban, á todas acudía de igual manera, y cuando era preciso reprender, reprendía, y cuando convenía consolar, consolaba.

Á últimos de Julio del 1582, despidióse tiernamente de sus hijas, como quien presentía que ya no se volverían á ver en la tierra. Según el itinerario propuesto, debía primero pasar por Palencia, Valladolid y Medina; detenerse luego en Ávila con el fin de dar la profesión á su sobrina Teresa, la hija de D. Lorenzo, y arreglar otros negocios del monasterio; y partir por último á Salamanca y Alba. En Palencia detúvose algunos días, desde donde escribió varias cartas. Llegada á Valladolid, tuvo harto que padecer con la suegra de su sobrino Francisco de Cepeda, la cual quería poner pleito á fin de anular el testamento de D. Lorenzo con perjuicio del monasterio de S. José de Ávila. Un abogado, que sin duda favorecía las pretensiones de dicha suegra, tuvo la osadía de insultar á la Santa, diciendo que no era la que aparentaba ser, y que muchos de entre los seglares daban pruebas más reales de virtud que ella, y otras sandeces por el estilo. Tenía esto sin cuidado á la mortificada y humildísima

Madre, y así oía tales despropósitos, cual si fuera la música mejor concertada. Sin enojarse ni dar muestras de alteración alguna, respondió al indiscreto abogado con mucha gracia: *Dios pague á vuestra merced el favor que me hace.*

Venido el momento de ausentarse, juntó á todas las monjas, y después de darles tiernísimo abrazo de despedida, hizoles la siguiente plática: «Hijas mías, harto consolada voy de esta casa por la perfección que en ella veo de pobreza y caridad que unas tienen con otras. Procure cada una que no falte por ella un punto de la perfección de la Religión, y, ¡ay de aquella por quien esto cayere! No hagan los ejercicios por costumbre, sino haciendo actos heróicos cada día de mayor perfección. Dense á tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos, aunque no los puedan poner por obra» (1). Provechosísimos consejos que quedaron bien grabados en los corazones de aquellas fervorosas religiosas, para no aflojar en la perfección que profesaban.

Á mediados de Septiembre llegó la Santa á Medina, y desde aquí dirigió á Catalina de Cristo, Priora del monasterio de Soria, la última carta que de aquella se conserva escrita. Por ella sabemos que aun no había perdido las esperanzas de hacer la fundación de Madrid, y que pensaba detenerse poco en Ávila; porque las de Salamanca no acertaban á dar un paso en la compra de la casa sin la discreta Fundadora. Pero el Señor tenía determinada otra cosa, y la obediencia vino á torcer el curso del viaje, para que al fin muriera en el monasterio de Alba.

Encontrábase en cinta la Duquesa Doña María Colona Enríquez, y dándose por feliz si pudiera gozar de

(1) Crón. L. II. c. XVIII. n. 7.

la compañía de la Santa, alcanzó del Vicario Provincial de Descalzos, el P. Antonio de Jesús, la promesa de encaminarla para Alba, antes de que fuese á Ávila. En llegando nuestra Madre á Medina, donde la esperaba dicho P. Antonio, recibió orden de ir á cumplir con la Duquesa. La Santa, siempre dócil á la voz de la obediencia, sin reparar en que este inesperado viaje, además de ser enojoso por su objeto, desconcertaba todos sus planes, no pensó sino en obedecer, y al día siguiente de llegar, partióse para Alba.

La V. Ana de S. Bartolomé, que la acompañaba, refiérenos cuán penosa fuese esta jornada. Á la mañana, dice, nos partimos sin llevar ninguna cosa para el camino, y la Santa iba mala del mal de la muerte; y todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darle de comer. Y una noche, estando en un pobre lugarcillo, no se halló cosa que comer, y ella se halló con gran flaqueza y dijome: *Hija, deme ella si tiene algo, que me desmayo.* Y no tenía cosa, sino unos higos secos, y ella estaba con calentura. Yo di cuatro reales que me buscasen dos huevos, costasen lo que costasen. Cuando ví que por dinero no se hallaba cosa, que me lo volvían no podía mirar á la Santa sin llorar de verme en tal aprieto; que la veía morir, y no hallaba cosa para acudirle. Y ella me dijo con una paciencia de un ángel: *No llores, hija, esto quiere Dios ahora.* Como se acercaba la hora de su dichoso tránsito, de todas maneras la ejercitaba el Señor, mas ella lo llevaba como siempre, como santa. Yo padecía más como menos mortificada, que era menester que la Santa me consolase, y me decía que no había de qué tener pena, que ella estaba contenta con un higo que había comido» (1).

(1) Escrit. de S. Ter. tom. II. p. 423.

Fatigada, calenturienta y exhausta de fuerzas, llegó por fin á Alba el 26 de Septiembre á las seis de la tarde. Cuando supo que la Duquesa había ya parido, exclamó con cierto donaire: ¡Gracias á Dios! Con eso verán que ya no hace falta la Santa. Recibiéronla sus hijas con mucha reverencia y amor filial, y viéndola tan enferma, hiciéronla acostar. La Santa, viéndose obligada á hacer cama, dijo: *Oh váleme Dios, hijas, y que cansada me siento: más ha de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora; bendito sea Dios que he caído mala entre ellas.* Á otro día se levantó, y anduvo mirando por la casa, y comulgó con mucho espíritu y devoción. Lo mismo hizo, aunque con grandísimo trabajo, los ocho días siguientes, sin dejar de rezar el oficio divino. Llegóse la fiesta de S. Miguel, y después de haber comulgado, faltáronle notablemente las fuerzas, acrecentáronse los dolores, y ya ningún caso hacía de las esperanzas que los médicos le daban de sanar. Por mostrarse en todo obediente, sometióse á las penosas prescripciones de los facultativos, que la recetaron unas ventosas sajudas; operación dolorosísima que sufrió con admirable paciencia y alegría.

En este tiempo que estuvo enferma, cuenta la M. Maria de S. Francisco «que mandaron los médicos se le echase una medicina de aceites de la botica, todos de malísimo olor; y al tiempo de recibirla, se derramó toda por la cama de la Santa, y en este punto acertó á llamar la señora Duquesa de Alba la vieja..... Congojóse mucho la Santa por ver que venía á tan mal tiempo, por causa del mal olor, y yo le dije:—No tenga pena, Madre, que antes huele como si la hubieran rociado con agua de ángeles..... En entrando la Duquesa se sentó luego y comenzó á abrazar á nuestra Santa Madre, y juntarla la ropa, y ella la dijo:—No haga V. Exca. eso, que huele muy mal, con unos remedios

que aquí me han hecho; la cual respondió:—No huele sino muy bien; y antes me pesa que le hayan echado aquí olor, que no parece sino que se ha derramado aquí agua de ángeles, y le puede hacer mal...» (1).

Tres días antes de morir, envió á llamar al Padre Antonio de Jesús para que la confesara. Conociendo este Padre que la Santa se iba sin remedio para la eternidad, fué tal su pena, que arrodillado á los piés de la cama dijo: Madre, pida al Señor no nos la lleve ahora, ni nos deje tan presto. Á lo cual ella respondió: *Calle Padre, ¿y vos habéis de decir eso? ya no soy menester en este mundo.* Vispera de S. Francisco á las cinco de la tarde, pidió le administrasen el Santo Viático, y mientras llegaba, estando las religiosas rodeando el lecho, con la aflicción y desconsuelo que se deja entender, les dirigió las siguientes palabras: *Hijas mías, y señoras mías, por amor de Dios les pido tengan gran cuenta con la guarda de la regla y constituciones, que si la guardan con la puntualidad que deben, no es menester otro milagro para canonizarlas, ni miren el mal ejemplo que esta mala monja les ha dado, y perdónenme.*

Á este punto llegó á la celda el Divino Huésped, objeto único de su amor y centro de sus esperanzas. De presto sintióse extraordinariamente inflamada en ardentísimo amor con tales impetus, que con estar desfallecida, que no se podía mover, arrodillóse con ligereza, y se habría arrojado al suelo, si las que la asistían no lo impidieran. Su rostro se puso encendido con grandísima hermosura y resplandor, y dirigiéndose á Jesús Sacramentado, prorumpió en tiernísimos y amorosos coloquios, que á todos ponía devoción. *Señor mío y Esposo mío,* decia, *ya es llegada la hora desea-*

(1) Escrit. de S. Ter. t. 2. p. 394.

da; tiempo es ya que nos veamos, amado mío y Señor mío; ya es tiempo de caminar; vamos muy enhorabuena; cúmplase vuestra voluntad; ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro, y mi alma goce unida con Vos de lo que tanto he deseado.

Juzgando el Prelado que no le estaría bien continuar hablando de aquella manera, ordenóla que callase, y la Santa obedeciendo recibió en su pecho al amado de su alma. Lo que entonces diría al Divino Esposo no es para lenguas humanas el poderlo expresar. Dáblele rendidas gracias por haberla hecho el inapreciable beneficio de ser hija de la Iglesia Católica, y de morir sumisa en ella; y muchas veces se le oía repetir: *En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.* Pedía humilde perdón de sus pecados, y con grandísima confianza decía: *Que por la sangre de Jesucristo había de ser salva.* Á imitación del grande Agustín, desahogaba su pecho con aquellos versos del *Miserere* que son la expresión más sincera de un alma contrita y humillada: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias. Ne projicias me á facie tua... Cor mundum crea in me Deus...* Los cuales versos vueltos al romance, como la Santa hacía, quieren decir: *Sacrificio agradable es para Dios el espíritu atribulado. Señor, no desprecies el corazón contrito y humillado. No me echés de tu presencia, y no apartes de mí tu santo espíritu. Cria en mí, Señor, un corazón limpio y puro.*

Pidió después le administrasen el Sacramento de la Extrémaunción, con el que el alma cristiana se acaba de fortalecer, y á las nueve de la noche recibió los últimos auxilios que la iglesia ofrece á sus hijos, respondiendo ella misma á las preces y oraciones que en tan imponente acto se recitan. De nuevo dió fervorosas gracias á Dios, y quedó gozosísima, esperando el mo-

mento deseado. Como el P. Antonio la preguntase si gustaría que su cuerpo fuese trasladado al monasterio de S. José de Ávila, respondió: *Jesús, ¿eso ha de preguntar, Padre mío? ¿tengo de tener yo cosa propia? ¿aquí no harán la caridad de darme un poco de tierra?* Parece natural que deseara fuesen allá trasladados sus restos, ya que en Ávila había nacido, y en la misma ciudad tenía su primera fundación; pero tan libre de propia voluntad estaba, y tan desapegado á cosas de la tierra se hallaba su corazón, que ni aun esto quiso se hiciese por propia elección; y dejándolo todo en manos de la Providencia, tan solo cuidó de aprovechar las horas que le restaban de vida, empleándolas en hacer actos de humildad, amor y agradecimiento.

Pasó toda la noche en amorosos coloquios con su Amado, y venida la mañana, echóse de un lado, mirando á las religiosas con un crucifijo en la mano, cual pintan á la Magdalena. De esta suerte estuvo unas catorce horas con grande quietud y paz, arrobada en altísima contemplación, notándose en el rostro maravillosas mudanzas de color, con señales de encogimiento y admiración, como si alguien le hablara, y ella respondiera. Antes de espirar, acercóse á ella Isabel de Jesús, que padecía mal de ojos, y recio dolor de cabeza, y tomando las manos de la moribunda Madre, púsose las en la parte enferma, quedando al instante libre de todo mal.

Al cabo de las catorce horas dichas, durante las cuales permaneció en íntimo trato con Dios, que sin duda la convidaba como á la Esposa de los Cantares diciendo: Ven amada mía, paloma mía, date prisa, amiga mía, que ya ha pasado el invierno, y comienzan á aparecer las hermosas flores de la primavera de mi eternidad, alborozada y alegre, dando tres suaves y devotos gemidos, como de un alma herida de amor, entregó el

espíritu al Criador, quedando su rostro con aventajada hermosura, y resplandeciente como un sol. Tuvo lugar tan dichoso tránsito á las nueve de la noche del 4 de Octubre año de 1582, día de S. Francisco, de quien había sido muy devota (1).

No hay duda que asistirían á su muerte la Virgen Santísima y el glorioso S. José, como lo hicieron los diez mil Mártires, según se lo tenían prometido muchos años había; de lo cual dió testimonio Catalina de la Concepción, monja de singular espíritu y virtud. Estando dicha religiosa sentada en la celda de la Santa, junto á una ventana que daba al claustro, oyó un gran ruido, como de gente que venía muy alegre y regocijada. Vió que pasaban muchas personas resplandecientes, vestidas todas de blanco, las cuales entrando en dicha celda, se llegaron con grandes demostraciones de contento á la cama de la Seráfica Madre, y á esta hora, que eran las nueve de la noche, salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo, y en medio de angélicos concertos fué á gozar del descanso eterno.

También la V. Ana de S. Bartolomé, en cuyos brazos espiró la Santa, testifica, que era tal su pena al ver que se moría la cariñosa Madre, que parece se le arrancaba el alma. Estando con esta pena, vió al Señor á los piés de la cama, acompañado de multitud de santos que aguardaban el momento de llevar el alma de la bienaventurada Teresa á la gloria. «Estuvo, dice, un credo esta vista, que tuvo tiempo de mudar mi pena y sentimiento en una grande resignación, y pedir perdón al Señor y decirle: Señor, si vuestra Majestad me la quisiera dejar para mi consuelo, no lo desearé agora

(1) Aunque la Santa murió en 4 de Octubre, contóse á otro día el 15 por disposición del Papa Gregorio XIII, el cual en dicho año introdujo la corrección del Calendario, suprimiendo diez días que andaban sobrautes para la fijación de la Pascua.

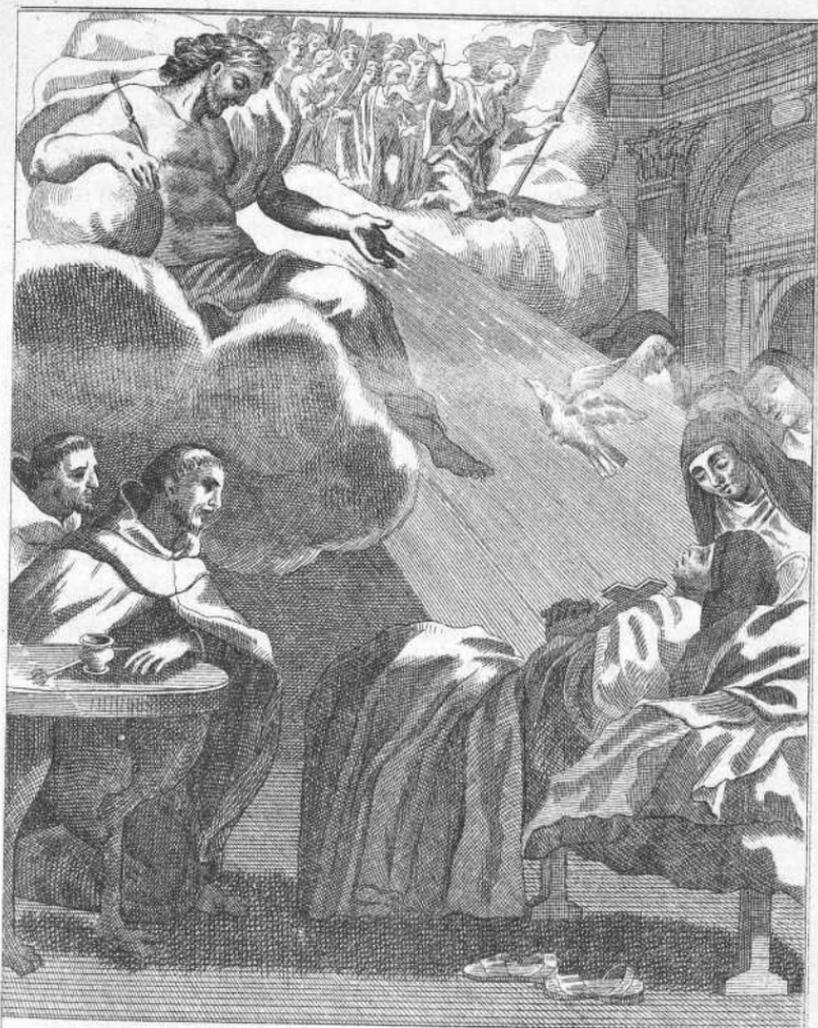
que he visto su gloria: y así os pido que no me la dejéis un momento acá. Y con esto espiró esta dichosa alma y fué á gozar de Dios como una paloma» (1).

Créese con fundamento que un grande ímpetu de amor de Dios fué el último golpe que causó la dichosa muerte de la Santa. Así lo dejó ésta, podemos decir, profetizado en el libro de su *Vida*, donde hablando de los efectos que en ella causaban los arrobamientos, escribe: «Yo bien pienso, alguna vez ha de ser el Señor servido, si va adelante como ahora, que se acabe con acabar la vida, que á mi parecer bastante es tan gran pena pará ello, sino que no la merezco yo.» Sabemos que al morir acometióla un flujo de sangre, y nada tiene de espanto fuera efecto de haberse abierto la maravillosa llaga del corazón, causada por el dardo encendido del Serafín, había cerca de veinte años. Dicha herida, restañada milagrosamente en todo este tiempo, pudo renovarse al fin de la vida en uno de aquellos extraordinarios ímpetus de amor que tenía, en donde la naturaleza vióse obligada á sucumbir. Así cuenta la Crónica habérselo revelado la Santa el mismo día que murió á la Priora del monasterio de Veas, Catalina de Jesús, la cual se lo refirió al P. Gracián. Vióse ser cierta la revelación, porque antes que en ninguna parte se recibiera aviso, túvose noticia en dicho monasterio de la muerte de la Madre Teresa.

Antes del felicísimo tránsito de la Santa habían notado las religiosas de la casa de Alba ciertas señales extraordinarias que después conocieron haber sido presagios de lo que en ella aconteció. Algunas hermanas vieron repetidas veces una estrella muy grande y resplandeciente encima de la iglesia. Otra vió pasar junto á la ventana de la celda, donde espiró la di-

(1) Escrt. de S. Ter. t. II. p. 423.

· VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESUS ·



Dichosa muerte de la Santa.

chosa Madre, un rayo de color de cristal muy hermoso. Más de una vez, estando las carmelitas en oración, antes que la Santa viniese á Alba, dejóse oír cierto misterioso gemido, pequeño y agradable, el mismo que ésta repitió momentos antes de morir. Un arbolito plantado en el patio delante de la celda de la Santa, amaneció en la mañana del día siguiente, al en que nuestra Madre subió á los cielos, cubierto de hermosas flores blancas; siendo de admirar que el tal arbolito nunca había dado fruto ni flor, y hallábase á la sazón sofocado por buen montón de escombros.

Cerraremos el capítulo, y también este segundo libro con la bellísima é interesante descripción que de la fisonomía y porte exterior de la Santa hace el Ilmo. Yepes. «Era la Santa Madre, dice, de muy buena estatura, en su mocedad hermosa, y después de vieja, de muy buen parecer. El cuerpo abultado, el rostro redondo, lleno y de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en la oración se encendía y ponía hermosa; los ojos negros, vivos y graciosos, y por otra parte muy graves; las cejas algo gruesas y llenas; la nariz pequeña, la punta algo redonda y un poco inclinada para abajo; la boca de buen tamaño, y bien proporcionada con el rostro. Tenía en él tres lunares que caían al lado izquierdo, que le daban mucha gracia: uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y otro debajo de la boca. En todo su semblante era tan amable y apacible, que á todas las personas que la miraban, era comunmente muy agradable. De los ojos y frente parecía algunas veces que la salían como rayos de resplandor y luz, que la hacían respetar á los que la miraban» (1).

(1) Vid. de S. Ter. t. I. p. 477.

El P. Gracián añade por su parte: «Nuestra Beata Teresa no fué en su tiempo fea de rostro; que, aunque algunos retratos suyos, que andan por ahí, no muestran mucha hermosura, es porque se retrató siendo ya de sesenta años. Y yo, por mortificarla (siendo su Prelado) mandé que la retratase un fraile lego, llamado Fr. Juan de la Miseria, que en el claustro del convento de monjas de Sevilla estaba haciendo pinturas, y no era muy buen pintor; que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consintiéramos la retratar a nadie (1). Tenía hermosísima condición, tan apacible y agradable, que á todos los que la comunicaban y trataban con ella, llevaba tras sí, y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables, que suelen tener algunos *santos crudos*, con que se hacen á sí mismos y á la perfección aborrecibles» (2).

(1) Cuéntase que la Santa al ver su retrato dijo con mucha gracia: *Dios te lo perdone, Fr. Juan; que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legoñosa*. Dicho retrato original consérvase en las Carmelitas Descalzas de Valladolid. El Sr. Herro apunta en el Prólogo á su obra ya citada del Camino de Perfección, las razones que le mueven á creer sea el de Valladolid el lienzo pintado por el bendito Fr. Juan de la Miseria.

(2) Escrit. de S. Ter. t. I. p. 374.





LIBRO TERCERO.

LEGÓSE por fin el tiempo de recoger el fruto de la virtud por tantos años practicada, y la Santa engolfada en el inmenso piélago de la hermosura y de la gloria, goza del sumo bien apetecido, sin peligro de nunca perderle. Hasta ahora la hemos visto ocupada en aquilatar las virtudes adquiridas, y en mirar solícita y sin descanso por las cosas del servicio de Dios y bien de las almas. Con la ayuda poderosa de lo alto consiguió ver fundados diez y seis conventos de monjas y catorce de religiosos. Ella fué el alma y vida de la Descalcez Carmelitana; y con fe viva, y celo ardiente y constancia á toda prueba, dió cima á la grandiosa obra de la Reforma. De esta Reforma, plantel de almas esforzadas y generosas, diametralmente opuesta á la que el apóstata Lutero y sus secuaces se empeñaban en estender por Europa, brotarán infinidad de vírgenes para con su oración y penitencia, servir de sostén y aliento á los que en la Iglesia Militante se emplean en ganar almas por medio de la predicación y enseñanzas de las buenas doctrinas.

Mientras la Madre Teresa permaneció en este mundo, sirviendo de instrumento á los designios del Altísi-

mo, aunque muchos la reverenciaron como á santa, tuviéronla otras por hipócrita y monja ilusa. Entra ahora en los fines de la Divina Providencia el hacer que sus heroicas virtudes se hagan á todos manifiestas. Para esto obrará el Señor por mediación de su Sierva estupendos milagros. Tras ellos tendrá lugar su beatificación y canonización, y colocada ya en los Altares, será para siempre objeto de amor y veneración para los fieles cristianos, y en especial para nuestra patria España.

La Mística Doctora no solo dejó ejemplos de rara virtud é insigne santidad, sino que también legó á la posteridad libros llenos de doctrina celestial, que mueven al que los lee á abrazar el camino del bien, y en los cuales vemos retratado aquel corazón abrasado en amor de Dios.

De los milagros de la Santa, de su beatificación, canonización y admirables escritos, diremos en este tercer libro.





CAPÍTULO PRIMERO.

*Cómo quedó el cuerpo de la Santa después de muerto.—
Maravillosa fragancia que despedía.—Prodigiosas cu-
raciones que tuvieron lugar antes de ser enterrado.—Cómo
colocaron los sagrados restos al pie del arco del coro bajo.
—Refiérense dos apariciones de la Santa.—Perciben
las religiosas el buen olor al través de la sepultura.—
Descúbrese el sepulcro en 1583, y encuéntrase el bendito
cuerpo intacto é incorrupto.—Corta el P. Gracián la
mano izquierda para llevarla á Avila.*

Es propio de la muerte dejar feos y espantables los cuerpos que, vivos, eran el encanto y embeleso de los hombres; pero con el de nuestra Santa no sucedió así, sino que su rostro quedó hermoso en gran manera, blanco como el alabastro, terso y sin las rugas propias de la vejez; las manos transparentes que se podía mirar en ellas como en un espejo, y tan tratables y suaves al tacto, como si todavía estuviera viva. «Todos sus miembros, dice el Obispo de Tarazona, quedaron hermoseados con manifiestas señales de la inocencia y santidad que en

ellos había conservado. Fué tan grande la fragancia del olor que salía de su santo cuerpo al tiempo que le vestían y aderezaban para enterrarle, que trascendía por toda la casa, y era de suerte que las religiosas no podían discernir á qué olor de los de acá de la tierra se pareciese, porque verdaderamente era olor del cielo. Y de rato en rato parece que venían nuevas olas con nueva suavidad y fragancia de olor, (1). Y era tanta la fuerza y demasia de él, que fué necesario abrir las ventanas para poderlo sufrir. Quedó este olor no solo en toda la enfermería, cama, ropa y vestiduras de la Santa madre, sino en todas las demás

(1) Nos recuerdan con placer estas líneas el maravilloso olor que en 13 de Noviembre de 1881 percibióse en el oratorio del Colegio donde escribo, con motivo de la exhumación y reconocimiento de los venerables restos del Beato Alonso de Orozco. Como me encontré presente á dicho acto puedo asegurar con verdad que sucedió exactamente lo que, mejor que yo, sabrá decir el Ilmo. P. Cámara, en la por todos conceptos excelente *Vida*, que de nuestro Beato tiene publicada. Y entonces ocurrió, escribe, que apenas se dieron dos ó tres golpes en el tabique que cubría el sepulcro, se esparció por el Oratorio exquisito é inexplicable olor que crecía á medida que se derrivaban los ladrillos. Era la fragancia muy suave, percibiase á manera de ráfagas, y no continuamente; durando todo el tiempo, que fué largo, del reconocimiento y examen de los venerables restos. Desempeñé en este acto el oficio de Vice-Postulador, y primero junto al sepulcro, todo conmovido al experimentar tan grata sensación, exclamé—¡Señores, huele! y varias otras veces observé lo propio, yendo y viniendo de una parte á otra á las ordenes del Señor Vicario Capitular, para extraer unas ú otras reliquias; sobre todo al acercarme á la caja y estar encima de los venerables restos, me parecían vasos de esencias según el aroma fragante que despedían. En general, lo percibieron todos los circunstantes que, además de cien religiosos, serían otras tantas personas eclesiásticas, seglares y de todas categorías. El Sr. Provisor examinó á los facultativos y otros testigos sobre esta circunstancia, y, averiguada su existencia, hizo la notar en los documentos oficiales.» (*)

(*) *Vida y Escritos del Beato Alonso de Orozco*, p. 564 y 565.

cosas que ella, estando enferma, tocó, como los platos, y aun el agua con que se lavaba. (1).

Permaneció el cuerpo de la Santa desde las nueve de la noche, en que murió, hasta la hora de misa mayor del día siguiente, acompañada de las religiosas que entre lágrimas y suspiros le besaban y abrazaban, doliéndose por una parte de verse privadas de tan buena Madre en la tierra, mientras que por otra se alegraban, teniendo por cierto gozaba de Dios en la gloria, desde donde no dejaría de atender á las necesidades de sus amadas hijas. Hallábase entre ellas Catalina Bautista, la cual, como tuviese perdido el sentido del olfato, andaba desconsolada, por no poder percibir como las demás la fragancia que el santo cuerpo despedía. Acercóse con gran devoción á los piés, y en habiéndolos besado, no sólo tuvo la dicha de experimentar el mismo deleitoso olor que sus hermanas, sino que adquirió desde entonces el sentido del olfato que le faltaba, conservándole después por toda la vida. Otra religiosa, que había mucho tiempo padecía crueles dolores en un ojo, no bien hubo besado los piés de la Santa, cuando al punto quedó sana, y á voces comenzó á publicar el beneficio recibido del Señor por mediación de su Sierva.

Los vestidos y cuanto en vida había usado la Madre Teresa, buscábanse con diligencia, deseando cada cual poseer alguna reliquia. Al tiempo de verificarse el entierro, Doña Bernardina de Toledo, hermana de la Duquesa de Alba, estaba muy enferma con calentura que no le faltaba hacía dos meses. Pidió con instancia la proporcionaran alguna cosa de la Santa, y como la llevase un jubón, que ésta había gastado, besóle con mucha reverencia, y se le vistió confiando alcanzar la

(1) Vida de S. Ter. t. I p. 478.

salud. No salieron fallidas sus esperanzas, pues así que se le hubo puesto, vinole un sudor tan saludable, que vióse al instante sin calentura y libre de la enfermedad.

Asistieron al entierro el Obispo de la Diócesis, el Duque de Huescar y muchos religiosos y caballeros que, avisados de la muerte de la Santa Fundadora, acudieron de la cercana ciudad de Salamanca. Depositaron el santo cuerpo, durante la celebración de los exequias, en unas andas cubiertas con paño de brocado, teniendo así cumplimiento lo que la misma había predicho en aquella maravillosa visión que tuvo cuando, recién profesada, dábanla ya por muerta.

Los sencillos vecinos de Alba, teníanse por dichosos de poder besar los hábitos de la Santa; y á fin de que así las de dentro, como las de fuera pudieran gozár de la vista del sepulcro, fabricáronle en el hueco de un arco del coro bajo que con sus rejas daba á la iglesia. Puesto el bendito cuerpo en ordinario ataúd, y colocado en dicho sepulcro, cargaron sobre él tal mole de materiales, que llegó á quebrarse, entrándose mucha tierra, que más tarde sirvió para mejor confirmar el milagro de la incorrupción. La causa de poner encima tantos ladrillos y piedras fué Teresa de Laiz, fundadora de aquel convento, que, incitada por las religiosas, quería asegurar de esta manera el inapreciable tesoro, temerosa de que se le arrebatasen.

Muchas son las apariciones que la Santa ha hecho después de muerta, ya con el fin de aconsejar y consolar á algunos que lo habían menester, ya también para reprender á otros. Y porque nos alargáramos demasiado refiriéndolas todas, tan solo traeremos la que hizo á la V. Ana de Jesús, Priora de Granada, en la misma noche de su dichoso tránsito, y otra á la M. María de S. Francisco del convento de Medina. En la deposición que aquella religiosa hizo para la cano-

nización de la Madre Teresa, léese lo que sigue: «Yo estaba en Granada, dice, muy mala, con tan recia enfermedad, que me tenían desahuciada los médicos; y el confesor que era el Prior de los Mártires me había estado toda aquella noche esperando á que me diesen lugar los grandes parasismos que tenía, para poder recibir al Santísimo Sacramento. En dándomele pedí me dejasen sola, y al punto ví junto á la cama una monja de nuestro hábito de la misma manera que andamos, tan gloriosa y cubierta de resplandor, que no me dejaba percibir bien el rostro; más mirándola decía: yo conozco esta monja; y ella sonreíase y acercábase más: y mientras más cerca menos la podía ver, porque me lo estorbaba el grande resplandor que traía en todo el cuerpo; y más el de la frente, que de sién á sién era excesivo. Y así mirándola tenía gran estimación de nuestro estado, haciendo gran aprecio en mí misma de todas las particularidades de él. Dábame gran gana de decir á todas cuán poco era dar la vida por conservarla, y la gran gloria que nos granjeaba. Y pensando era señal esta de morirme entonces, en cesando su vista, llamé á dos monjas, las más antiguas del convento, que eran de las primeras de Ávila, la M. María de Cristo, que era Supriora y la M. Antonia del Espíritu Santo, y contéles lo que se me había ofrecido, diciendo sin duda me quería nuestro Señor llevar consigo, y por eso les digo esto para que queden muy encargadas de estimar y hacer guardar lo que tanta gloria da á Dios y á nosotras. Llámenme luego al confesor, que he menester decirle algunas cosas; y así en entrando el P. Prior, se lo conté, y hice escribiese á cierto monasterio de los nuestros, no prosiguiesen algunas devociones que habían inventado, diferentes de las que profesamos; y hizolo, diciendo los inconvenientes que yo le había dicho había en ello. Luego se

remedió, y no lo usaron más en aquel convento, ni en otro. Yo comencé á estar mejor, y tanto, que causó admiración á los médicos, ver cuan en breve estuve buena. En comenzándome á levantar, llegó la nueva de que Dios se había llevado á nuestra Santa Madre. Al punto que lo oí, cai en que era ella. Y dándome tan gran pena, que no pude acabar de leer el renglón en que lo decía, se me ofreció: *no dejó de ser la Iglesia por haber muerto S. Pedro; tampoco cesará nuestra Orden, antes crecerá más; que desde el cielo nos podrá ayudar mejor, como ya lo hace.* Con esto me estuve un largo rato recogida; y quedé tan consolada, y animada, que consolaba á todas con lo que les decía» (1).

Por lo que hace á la aparición de la M. S. Francisco, declaró ésta lo siguiente:

«Digo que estando yo mala en la cama, y muy triste y afligida, porque nuestro Señor se había llevado al licenciado Salazar, confesor que fué de nuestra Santa Madre, y del convento de Alba, hombre de grande opinión de santidad y letras; y estando yo en esta tristeza, por parecerme no tenía quien guiase á mi alma, y ayudase á mi aprovechamiento, se me apareció la dicha nuestra Santa Madre, á la cual ví. Si fué con los ojos corporales ó del alma, no lo sé; mas sí que la ví distintamente, y que venía con ella el licenciado dicho á los cuales conocí muy bien; porque nuestra Santa venía con su mismo hábito, como le acostumbraba traer, mas traía alrededor del, y en todas las orillas del escapulario una orla de piedras preciosas y perlas finísimas muy resplandecientes, que deslumbraban, y la misma orla traía en la capa alrededor de ella; y desde las dos puntas de ella hasta el cuello, y en lugar de botón con que la solemos cerrar,

(1) Crónic. L. V. c. XIII. n. 2.

traía un broche tan grande como la palma de la mano, de una piedra preciosa, blanca á manera de diamante, cuya claridad deslumbraba. El color blanco de la capa era de color de plata, con unos fondos nacarados, y el velo negro era nubado, á manera de cuando á una nube negra en el cielo la hiere el sol, que el negro de la nube queda muy vistoso y resplandeciente, y así traía el dicho velo, y también orlado de perlas y piedras preciosas, y su rostro bellissimo despidiendo de sí grandes resplandores de gloria, con semblante muy apacible y risueño. En la cabeza traía una corona de tanta diferencia de perlas preciosas y resplandecientes labrada, que despedía de sí tantos resplandores y luz á todo el cuerpo y vestido, y á la celda donde esto acaeció. En la mano traía una cruz de maravillosas labores hechas como al torno, cristalina y de piedras preciosísimas, y junto á ella, al lado derecho, venía el licenciado Salazar, vestido con ornamentos sacerdotales de tan grande riqueza y hermosura, guarnecidos de perlas y piedras preciosas, y otras cosas que exceden nuestra habla y no se pueden explicar; con rostro resplandeciente agradable y risueño; tan bien abierta la corona con su coma, que parecía de hilos de oro. Todo esto ví clara y distintamente, que era como á media noche, habrá cosa de veinte y siete años, poco más ó menos, estando muy despierta y atenta á lo que pasaba. Y nuestra Santa Madre hizo cortesía al dicho sacerdote para que me bendijese, y él se empachó y no lo quiso hacer, rogando á la dicha Madre que lo hiciese; y habiendo porfiado dos ó tres veces vencida como de la obediencia del sacerdote, que siempre la dicha Santa lo reverenció, me bendijo con la dicha cruz, diciéndome con palabras vivas, claras y eficaces, distintas y de tierno amor: ¿Qué te parece cómo te he venido á consolar, mi hija, y te he traído á tu confesor,

que te consuela con ver la gloria de que goza. Y el dicho mi confesor me echó la bendición y dijo: Demasiada ha sido tu tristeza y sentimiento que has tenido; acábase con esta visita. Y luego se volvió nuestra Santa Madre á hablarme, y me dijo con grandísima suavidad y dulzura algunas imperfecciones y faltas, reprendiéndome blandamente, y dándome saludables avisos para enmendarme, que quedaron estampados en mi alma. Tornóme á echar la bendición, y con esto desaparecieron, quedando yo con muy buenos efectos de la visión, la cual no he dicho á nadie hasta ahora que lo hago con juramento, por servicio de Dios y de nuestra Santa Madre, á quien me parece que he sentido me lo ha traído á la memoria para que lo dijese, comunicándolo antes con el confesor» (1).

Aquella suave fragancia que, muerta la Santa, comenzaron á sentir las religiosas y otras personas, percibíase todavía al través del bien cubierto sepulcro, aunque no con la misma intensidad, y sólo de tiempo en tiempo. Si haciendo las monjas oración junto á los venerables restos, se dejaban vencer del sueño, oían algunas veces ciertos golpecillos que las despertaba, y ponía en vela para continuarla con más fervor. Notando las Carmelitas de Alba estas señales extraordinarias, y recordando lo que había tenido lugar cuando la muerte de la Santa, arrepentíanse de no haberle dado más honorífica y distinguida sepultura, y todas tenían por cierto que el dichoso cuerpo debía de encontrarse incorrupto, pues tan agradable olor despedía, no obstante de hallarse cubierto con tanta cal, ladrillo y piedra.

Acertó á visitar el monasterio de Alba el P. Gracián, cuando aun era Provincial, y le pidieron con mucha

(1) Escrit. de S. Ter. t. II. p. 395.

instancia las monjas tuviese á bien abrir el sepulcro de la Santa para poderla enterrar con más decencia. Accedió gustoso dicho Padre, y con mucho secreto, él y el compañero que traía, el 4 de Julio de 1583, ayudados de las religiosas comenzaron á quitar del sepulcro ladrillo y piedra; mas eran tantos los materiales que allí habían amontonado, que emplearon cuatro días en dejar desembarazado el hueco de la sepultura. Encontraron el ataúd quebrado por encima, y enmohecido de la mucha humedad, sirviendo esta circunstancia para aumentar más el asombro, cuando al descubrirle del todo vieron que el cuerpo de la Madre Teresa, al cabo de nueve meses, estaba íntegro é incorrupto, sin faltarle un cabello siquiera; y despedía de sí un olor agradabilísimo que confortaba. Únicamente la parte de ropa, que no tocaba al bendito cuerpo, encontrábase podrida; mas la que estaba á él unida, conservábase en buen estado, y sin ninguna alteración.

E nbriagados de alegría los religiosos y religiosas con el prodigio de la incorrupción del Santo cuerpo, no habían reparado en otro digno de no menor asombro. La tierra introducida por las quebraduras del ataúd, y que, tocando la carne virginal de la Madre, permanecía á ella fuertemente adherida, destilaba cierto licor maravilloso, á manera de aceite con la propiedad de exhalar preciosísima fragancia. Y en un manto de estameña blanca, teñido con la sangre que la Santa había arrojado en su última enfermedad, vieron que la mancha se ostentaba con color vivo, y tan fresca, como si entonces la sacaran de las venas. Estupefactos y sobrecogidos de espanto, hincáronse de rodillas, y con grandísima devoción y lágrimas reverenciaron aquel depósito sagrado, dando gracias al Señor por la merced que á su fidelísima Sierva hacía, preservándola de la corrupción.

Después de esto, envuelto el venerable cuerpo en una sábana nueva depositáronle en un arca fabricada al intento. Antes de cerrarla, el P. Gracián, con harto sentimiento de las monjas de Alba, cortó la mano izquierda, que puso en un arquilla para llevarla á Ávila; y con ella sucedió lo que más adelante se dirá. Hechas estas diligencias, colocaron el arca en el mismo sepulcro de antes, aunque con la precaución de no dejarla tan profunda, para evitar el efecto destructor de las humedades.





CAPÍTULO II.

Es trasladado el cuerpo de la Santa al monasterio de San José de Avila.—Visitale el Ilmo. Yepes, y refiere el estado maravilloso en que le encontró.—Cómo se ingenió una lega para dar noticia á la Duquesa de la traslación verificada.—Manda S. Santidad sean devueltas al monasterio de Alba las sagradas reliquias.—Es colocado en 1588 en más pública y honorífica sepultura.—Cómo en 1594 se tiñeron varios lienzos en sangre que bixò del incorrupto cuerpo.—Ordena en 1604 el Rmo. P. General sea fuertemente cerrada el arca que contenia los venerables restos de la Santa.

En 1585, dos años después de la primera exhumación, los Padres Carmelitas Descalzos celebraron Capítulo en Pastrana. El P. Gracián, que para entonces había sido sustituido en el provincialato por el P. Fr. Nicolás de Jesús María, expuso en dicho Capítulo que, teniendo en cuenta los señalados favores dispensados por el Ilmo. D. Álvaro á toda la Descalcez, habiale dado palabra con cédula fir-

mada de su mano de llevar el cuerpo de la Madre Teresa al monasterio de S. José de Ávila, cuya capilla mayor estaba costeadá por el grande amigo de la Santa, con el objeto de que al lado del Evangelio fuesen colocados los venerables restos de la misma. Ponderó cómo siendo Ávila patria de la insigne Fundadora, y encontrándose al morir nada más que de paso en Alba para dicha ciudad, aquí y no en otra parte debía descansar su sagrado cuerpo. Añadióse á esto que el Obispo de Pa'encia, aprovechando la coyuntura del Capitulo, envió una embajada para que los PP. de la Asamblea cumpliesen lo que se le tenía prometido. Pensadas las razones alegadas, determinaron los PP. del Capitulo se hiciese la traslación pedida, y al efecto comisionaron al P. Gregorio Nacienceno y al P. Gracián, (nombrado Vicario Provincial de Portugal) entregándoles las correspondientes patentes, acompañadas de censuras, á fin de que el monasterio de Alba no se opusiese á la realización de lo que se pretendía. ¡Cosa admirable! al mismo tiempo que se firmaban dichas patentes, las monjas de Alba oyeron repetidos golpes junto al sepulcro de la Santa, cuyo significado no pudieron adivinar hasta que supieron lo ocurrido en el Capitulo.

Llegados dichos PP. á la mencionada Villa, presentaron las patentes á la Priora del convento, haciéndole saber la comisión que llevaban de trasladar el cuerpo de la Santa al monasterio de Ávila. Con el secreto y reserva que el caso pedía, á las nueve de la noche del 20 de Noviembre de 1585, acompañados de tres religiosas de las más graves, abrieron la sepultura y sacaron el arca de donde estaba. Habíase dispuesto en el Capitulo que á fin de no dejar á las religiosas de Alba del todo desconsoladas, quedase allí el brazo izquierdo de la Santa Madre. El P. Gregorio, en cumplimiento de lo ordenado, con el cuchillo que prevenido llevaba, sepa-

ró el dicho miembro del cuerpo con la misma facilidad que si partiera queso fresco. Vieron como el hueso estaba blanco, y la carne encarnada, y sin indicio alguno de putrefacción. El tiempo urgía, y dándose prisa los Padres Carmelitas, sacaron con mucha reverencia el sagrado depósito fuera del convento, y amparados del silencio y oscuridad de la noche, tomaron el camino de Ávila. Mientras esto tenía lugar, las monjas, que se encontraban rezando maitines en coro, comenzaron á sentir cada vez con más intensidad el prodigioso olor de las reliquias. Sospechando entonces lo que precisamente estaba sucediendo, salieron precipitadas, corriendo tras el rastro de la celestial fragancia, y al llegar á la portería, hubieron de volver desconsoladas, por no encontrar ya la prenda querida de su corazón.

El día de Santa Catalina recibieron con grandísimo contento las Carmelitas de San José de Ávila el cuerpo de su Santa Madre; mas se abstuvieron de hacer públicas manifestaciones de alegría, con el fin de mantener en secreto la traslación verificada, temerosas de que si llegaba la noticia á oídos del Duque de Alba, tomaríalo muy á mal, y pondríalas pleito. Fabricóse nueva arca, forrada por defuera con terçiopele negro, y de tafetán morado por dentro, á la cual pusieron llaves y cerraduras doradas, y en ella colocaron el incorrupto cuerpo.

Por muy en secreto que los Padres Carmelitas quisieron tener el hecho de la traslación, no pudieron ocultarlo de suerte que algunas personas dejaran de saberlo. Entre otros tuvo de ello conocimiento el Ilmo. Yepes, confesor entonces de Felipe II. Tal era el amor y devoción que este ilustre Prelado tenía á la Santa Fundadora, que no paró hasta conseguir del Provincial de los Carmelitas le mostrasen las monjas de San

José el dichoso cuerpo que allí se guardaba Acompañado de los Licenciados Laguna y Contreras, llegó á Ávila el último día del año 1585. Descubrió el intento de su viaje al Obispo D. Pedro Triviño, el cual dispuso con mucho acierto se hallasen presentes al reconocimiento de la sagrada reliquia, los más competentes médicos de la ciudad, y notarios que dieran fe de lo que presenciases. El día primero del año 1586 fuéronse al monasterio de S. José hasta el número de veinte personas, todas muy graves y calificadas. Las religiosas sacaron el santo cuerpo á la portería, y al descubrirle, el Obispo y todos los demás se hincaron de rodillas. Miráronle después con detenimiento, y encontraron, según refiere el P. Yepes, que «Estaba entero sin corrupción alguna, y con muy buen olor, y tan asidos los huesos y nervios unos con otros, que cuando la sacaron del arca, se tenía en pié con muy poca ayuda. Los pechos estaban levantados y llenos de carne, el vientre tan lleno como cuando espiró; la carne tan tratable, que llegando con el dedo, se hundía y levantaba como si estuviera viva; y con ser una mujer tan corpulenta, no pesaba el cuerpo más que si fuera un niño de dos años; que parecía que estaba ya vestido no solo de la incorrupción y fragancia, sino también de la agilidad de los cuerpos bienaventurados. Los médicos que miraron estas y otras circunstancias con más curiosidad, como que entienden también la raíz y principios naturales de la corrupción de un cuerpo muerto, hallaron más ocasión de admirarse, y dieron muchas razones, confirmando ser aquella incorrupción divina y milagrosa» (1).

Imposible sería permaneciese oculta cosa tan notoria, y he aquí cómo cuenta la tradición llegó á conoci-

(1) Yepes t. I. p. 503.

miento de los Duques de Alba. Dicese que una hermana lega, juzgando que con ella no iban las censuras puestas por los PP. Carmelitas, á fin de que no revelasen el secreto, pidió licencia á la Prelada para obsequiar á la Duquesa con una empanada, hecha por ella. La Superiora, no sospechando ni aun por asomos el intento de la buena lega, ninguna dificultad tuvo en conceder lo que pedía. Ésta arregló su empanada con tal maña, que dentro metió un escrito dando cuenta á la Duquesa de lo ocurrido con el cuerpo de la Madre Teresa. Al descubrir el papel y leer su contenido, fué tal el sentimiento que se apoderó de dicha señora, que con el pelo descompuesto salió por las calles gritando como una loca: *¡Que me han llevado á Santa Teresa! ¡Que me han llevado á la Santa!*

Por ausencia de D. Antonio Álvarez de Toledo gobernaba los estados del Duque, su tío D. Fernando, Gran Prior de S. Juan, el cual, como tuviese noticia del caso, y deseara que á todo trance el cuerpo de la Santa fuese restituido á Alba, con gran secreto y diligencia envió á Roma quien informara al Pontífice de lo ocurrido, y le inclinara en su favor. Negoció el enviado con tan buen éxito, que alcanzó de Sixto V. un Breve para que los Padres de la Reforma devolviesen las sagradas reliquias al monasterio de Alba, y si algo tuvieran que alegar, compareciesen por sí ó por medio de procurador ante Su Santidad. Vino dirigido dicho Breve al Nuncio, el cual cometi6 su ejecución á los Priors de Pastrana y Mancera. Cuanta había sido la alegría de las monjas de S. José de Ávila al recibir el bendito cuerpo de la Madre Fundadora, tanto fué su desconsuelo al verse privadas de él cuando menos lo pensaban; mas era preciso obedecer y resignarse, como lo hicieron, abrigando, sin embargo, esperanzas de volverle á poseer.

Salieron de noche los Padres Carmelitas, llevando los venerables restos con la mayor cautela y disimulo posibles, aunque en vano, porque el maravilloso olor que despedían, no era posible poderlo ocultar; y tanto, que al pasar por un pueblo cerca de Peñaranda, llamado Bóveda, excitados los labradores que estaban en las eras por la suave y desconocida fragancia que percibían, corrieron al camino buscando por el rastro el objeto que la causaba. En Mancera detuviéronse los Padres Descalzos á descansar, y aconteció que un religioso, molestado mucho tiempo había de malignas cuartanas, recobró completamente la salud con solo encomendarse á la Santa. El 23 de Agosto de 1586 llegaron con las sagradas reliquias al monasterio de San José de Alba, y en presencia del Duque y de la Condesa de Lerín, y de todo el pueblo que había acudido en tropel á la iglesia, preguntaron á las monjas si reconocían ser aquel el cuerpo de la Madre Teresa, y se daban por entregadas de él. Habiendo respondido que sí, los vecinos de Alba, deseosos de asegurar tan precioso tesoro, pusieron guardas en el convento, para que las monjas no le volviesen á entregar. Juzgando los Padres Carmelitas que allí quedaba como en depósito, no permitieron se hicieran públicas demostraciones de alegría.

El monasterio de S. José de Ávila, ayudado de la ciudad, comenzó á poner en juego sus razones é influencia, para ver de conseguir la devolución del sagrado cuerpo, aunque todo fué en vano. En Abril del 1586 había muerto el Ilmo. D. Álvaro, quien más que nadie pudiera favorecer sus piadosos intentos; por otra parte D. Antonio de Toledo, Duque de Alba, y su tío el Prior de S. Juan hicieron hincapié con tal fuerza en la determinación de Sixto V, que S. Santidad vino á confirmar la sentencia de que los venerables restos de la ínclita

Fundadora permanecieran para siempre en el monasterio de Alba. Tal debía de ser la voluntad de Dios.

En 1588 considerando los Prelados de la Orden que los relevantes méritos de la Santa, y creciente devoción de los fieles pedían se colocase el sagrado cuerpo en lugar más ostentoso, fabricaron al lado del Evangelio del altar mayor una especie de capilla, adornada con ricas colgaduras que dió la Duquesa de Alba Doña Mencía de Mendoza. En medio de dicha capilla colocaron el arca donde se encerraban las reliquias, aforrada de terciopelo carmesí, tachonada de clavos y chapas doradas, y cubierta con un dosel de precioso brocado, que de orden del Rey envió la infanta Doña Isabel Clara Eugenia. Dentro del arca se abrieron en unas planchas doradas los siguientes versos, compuestos por el doctísimo Fr. Diego de Yangués:

En esta arca de la ley
Se encierra por cosa rara
Las tablas, maná y la vara
Con que Cristo nuestro Rey
Hace á su virgen más clara:

Las tablas de su obediencia,
El maná de su oración,
La vara de perfección,
Con vara de penitencia.
Y carne sin corrupción.

Aquí yace recogida
La mujer dichosa y fuerte,
Que en la noche de la muerte
Quedó con más luz y vida,
Y con más feliz suerte.

El alma pura y sincera,
Llena de lumbre de gloria;

Y para eterna memoria
La carne sana y entera,
¿Do está muerte tu victoria?

Año de 1594 la V. Ana de Jesús, pasando de Ávila á Salamanca obtuvo licencia de sus Superiores para visitar el bendito cuerpo de la Madre Teresa. Á la vez que esto hacia la fervorosa Carmelita, diéronle encargo los Prelados de colocar las sagradas reliquias en una preciosa arca, obsequio de la Duquesa. Acompañada de Ana de S. Bartolomé y de dos Padres Descalzos, presentóse en el monasterio de Alba, y en presencia de toda la comunidad descubrióse el sepulcro donde se encerraba el prodigioso cuerpo, quedando maravilladas las religiosas al ver que al cabo de doce años todavía se conservaba incorrupto, tratable, y tan entero, que se atrevieron á ponerle en pié. Estándole mirando con atención Ana de Jesús, aconteció lo que la misma refirió después en las informaciones que se hicieron para la canonización de la Santa, y en carta escrita á María de la Encarnación. «Ahora un año, dice, viniendo yo á esta casa de Salamanca, pasando por la de Alba, donde está el cuerpo de nuestra Santa Madre, teniéndole los Prelados tan guardado, que había mucho que no le dejaban ver, y á mi diéronme licencia para que hiciese descerrajar un arca de hierro donde estaba. Al mismo tiempo que se abrió, estaba conmigo todo el convento, y los mismos PP. que me traían. Miramos el cuerpo con gran reverencia, porque pone mucha la entereza y olor que tiene, y la frescura y blandura de sus carnes, que así se pueden tratar como de cuerpo vivo. Yo comencé á menearle, y mirábale con mucha atención, y vi hacia las espaldas una parte tan colorada, que parecía tenía allí la sangre viva. Toquéla con un lienzo, y luego se tiñó de sangre. Dí-

selé á los Padres, pidiendo otro, que también se tiñó en llegándole. Yo me quedé sobre la parte del cuerpo donde esta sangre salía, pensando en tan gran maravilla..... Lo que yo interiormente sentí, fueron unas palabras y razones tan tiernas y amorosas que nuestra Santa Madre me dijo, que no lo sabré significar. Entre otras fué que me daba allí su sangre, agradecida á lo que me costaba, y al celo que había tenido en lo que había hecho» (1).

Teniendo noticia el General de la Orden, Fr. Francisco de la Madre de Dios, de que muchas personas, mirando solo á su particular devoción, alcanzaban de las religiosas pedacitos del incorrupto cuerpo, quiso cortar de una vez este abuso, ordenando que de tal manera se clavase el arca, que no se pudiese abrir sin primero quebrarla. Al efecto comisionó al P. Fr. Tomás de Jesús, Procurador en la causa de canonización de la Santa, el cual prevenido con fuertes abrazaderas de hierro, y clavos convenientes para el indicado objeto, presentóse en Alba el año de 1604. Avisados los Duques de la comisión que el referido Padre traía, fuéronse al monasterio, y en presencia de las religiosas desenvolvióse el sagrado cuerpo con toda decencia y veneración de una sábana de holanda que le cubría. El P. Francisco de Santa María, testigo de este acto, refiérenos en la Crónica cómo el P. Tomás, lejos de mirar por la integridad del cuerpo de la Santa, fué tan pródigo en dar reliquias, que le dejó muy mutilado. «Lo primero, dice, con que nos regaló fué un rocío de olor celestial que de la carne y de la sábana, traspasada del olio, salía. Detuvimos un rato en la visión de aquella maravilla, y en la ponderación de las misericordias de Dios. Pidieron aquellos señores reliquias

(1) Vida de la V. Ana de Jesús por Fr. Angel Manrique, p. 350.

de la virginal carne, y no se les pudo negar. Á las religiosas repartió el P. Fr. Tomás; y para sí tomó buenos pedazos. Yo, aun que no me atrevi á tanto, quedé con uno, poco menos que la bola de la mano, y el Padre le arrancó una costilla con más devoción que piedad, de que todos quedamos sentidos. Clavóse el arca fortísimamente, y envióse testimonio de lo hecho, con fe de los que allí estábamos, al P. General» (1).

(1) Crónic. L. V. c. XXXI. n. 6.





CAPÍTULO III.

De algunos milagros obrados por intercesión de la Madre Teresa antes de ser beatificada.

GRANDE y perenne era el milagro de la incorrupción con que el Señor quería honrar el cuerpo virginal de su sierva Teresa; pero la fama de santidad, cada vez más extendida y arraigada en el ánimo de los fieles, debía ser confirmada con otros milagros, no menos estupendos, que sirvieran á la vez de escala por donde la insigne Reformadora del Carmelo ascendiese á los altares, del cual honor se había hecho digna por el continuo ejercicio de virtudes heróicas. Sería cosa de nunca acabar, si hubiéramos de referir todos los milagros obrados por intercesión de la Santa, aun antes de ser beatificada. Por no alargarnos demasiado, nos habremos de contentar con traer los que se encuentran consignados en las Actas de su Canonización, y algunos más que cuenta el Obispo de Tarazona.

Junto al monasterio de la Encarnación de Ávila habitaba una pobre mujer que tenía un hijo de cuatro

años de edad con la desgracia de estar tan encogido y contrahecho desde su nacimiento, que parecía propiamente una S. Era incapaz de tenerse en pié, y echado en el suelo, ni aun podía por sí moverse. Mencía Roberto, religiosa de dicho monasterio, compadecida del trabajo del niño, pidió á la Madre del mismo le llevase por algunos días al convento, porque deseaba hacer con él una obra de caridad. Pensó la compasiva monja que, habiendo nacido de aquella suerte la criatura, en vano se buscaría remedio en la tierra, y determinó acudir al cielo. Por espacio de nueve días consecutivos, fuése á la celda donde en otro tiempo había habitado la Santa Madre, y pedíala con mucha instancia por la salud del baldado niño. Sus oraciones fueron oídas, y al cabo de dicho tiempo, encontróse Francisco, que así se llamaba el niño, perfectamente sano, pudiendo andar por su pié, y con la circunstancia especial de que apenas podía balbucir palabra, sino era para decir á todo el mundo con entera claridad, que la Madre Teresa le había alcanzado la gracia de verse libre del padecimiento. Tantos eran los que conocían al agraciado Francisco, que no pudo ser el milagro más patente.

Dos años había que Ana de S. Miguel, religiosa en el monasterio de Malagón, era atormentada de gravísimos dolores, causados por tres cánceres que le consumían el pecho, con tal contracción en los brazos y cuello, que con dificultad los podía mover. Afligida en gran manera dicha monja, procuró adquirir una reliquia de la Santa. Cuando la tuvo, púsose de rodillas en oración, y con mucho fervor comenzó á pedir á la Madre Teresa le alcanzase de Dios la salud, pues de otra manera solo serviría de carga y molestia en la comunidad donde estaba. Hecha esta súplica, aplicóse al pecho la reliquia, y fuése á dormir muy confiada. ¡Cuál

sería su sorpresa cuando, al amanecer del día siguiente encontróse del todo sana y sin dolencia alguna! Corrió apresurada á dar cuenta de lo ocurrido á la Prelada. Alegrísimas todas las monjas, dieron gracias al Señor por el milagro que acababa de hacer mediante la intercesión de su sierva Teresa.

Ana González, de la villa de Alba de Tormes, tenía la mano izquierda tan fuertemente contraída, que para nada se podía servir de ella. No encontrando ningún alivio en los remedios aplicados, por consejo de María Rodríguez su vecina, acudió á la poderosa mediación de la Santa Fundadora. Fuéronse juntos á la iglesia donde descansaba el dichoso cuerpo, y después de hacer fervorosa oración, rogaron al capellán se dignase aplicar alguna reliquia de la Madre Teresa á la dicha Ana. Tomó aquél el brazo de la Santa, y así que con él hubo tocado la mano enferma, quedó ésta del todo sana.

Un niño de cinco años, llamado Antonio, hijo de María Álvarez de Luna y Diego de Villarroe!, vecinos de Medina del Campo, vióse acometido de cierta enfermedad con fiebre tan maligna, que le privaba de los sentidos, quedando como aletargado, sin que bastaran estimulantes que le hicieran volver en sí. Estuvo de esta suerte hartos días, y los médicos, agotados los recursos de la facultad, desesperaron de sanarle, y le dejaron como desahuciado. La madre del muchacho, devotísima de la Santa, pidió á las Carmelitas de aquella villa le diesen alguna reliquia de la misma, y ellas le enviaron un pedacito de lienzo, impregnado del líquido milagroso que destilaba el incorrupto cuerpo. Cuando el niño se encontraba sumergido en mortal letargo, del cual todos pensaban no saldría, púsole la madre dicha reliquia sobre la cabeza, pidiendo al mismo tiempo con muchas veras á la Santa por la salud de su hijo. Á poco rato, Antonio recobró el uso de los

sentidos, y vióse alegre y sano, como si nunca hubiera padecido tal enfermedad. Viniendo á verle los médicos, confesaron que nada tenían que hacer con el paciente, por hallarse ya bueno, asegurando que la cura había sido sin duda alguna milagrosa. Agradecida Doña María, solía llamar á Antonio el hijo de Santa Teresa.

Francisco Pérez, párroco de la Torre de S. Pedro de Lobatán, tenía una apostema en el pecho y además uno de los brazos tan imposibilitado, que no le podía mover, por lo cual había cinco meses que, bien á pesar suyo, se estaba sin celebrar. Consultó á médicos y cirujanos, y con cuantos remedios le aplicaron, lejos de encontrar alivio, hallábase cada día peor, llegando á tal extremo el mal, que ni aun en la cama podía moverse sin la ayuda de otro. Excitóle un P. Carmelita á que tuviera mucha fe en la Madre Teresa, porque pensaba aplicarle una carta escrita, y firmada por la Santa. Puesta dicha carta sobre la terrible apostema, quedóse á la media hora dormido el enfermo, sin despertar hasta el amanecer del día siguiente, en que notó no haber dolor en la parte que caía debajo de la carta, y que iba desapareciendo de los demás puntos, según que hacia ellos movía la reliquia. Pasados cuatro ó seis días, la apostema, rebelde á todos los medicamentos, apareció en estado de supuración, y en breve vióse Francisco Pérez libre de los agudísimos dolores que le causaba tal padecimiento.

Encontrábase aún con el brazo imposibilitado, y juzgando que de quien había alcanzado el remedio para un mal, podía esperar la salud completa, determinó visitar en Alba el sepulcro de la Santa. Acompañado de otro sacerdote amigo, llamado Cristóbal, partióse á dicha villa, y la misma tarde de llegar fuéronse á las Carmelitas, y suplicaron á la Prelada les mostrase el brazo de la Madre Fundadora. Hicieron oración delante

de él, y volviéronse tranquilos á dormir á la posada. Antes que amaneciese despertó Francisco, y á grandes voces comenzó á decir: Cristóbal, ya estoy bueno del brazo. Éste no se lo quería creer, y le decía que por ventura era sueño ó cosa de la imaginación; mas en amaneciendo, hubo de convencerse de que no era ficción ni engaño lo del brazo sano, pues á su presencia movióle Francisco sin dificultad y con ligereza, pudiendo desde aquel mismo día celebrar misa con grande alegría de su corazón. No se hartaban ambos de dar gracias á Dios, que había escuchado propicio sus oraciones, mediante la intercesión de la Madre Teresa.

D. Gabriel Pacheco, vecino de Ávila, después de hacerle la operación para quitarle una nube del ojo, quedó con tan excesivos dolores, que le ponían fuera de sí, y era menester sujetarle, porque se daba de puñadas como un loco. Los medicamentos que le aplicaron más parece que sirvieron para agravar el dolor, que para calmarle. Volvió entonces los ojos á Santa Teresa, y encomendándose á ella con muchas veras, pidió le trajesen alguna reliquia. Su padre D. Luis acudió al monasterio de S. José, donde le dieron un pedacito de túnica que el P. Herrera, de la Compañía de Jesús, puso sobre la cabeza y ojo del paciente, después de haber oído misa y comulgado. Desde aquel momento vióse D. Gabriel libre de los agudísimos dolores que hasta entonces tanto le habían atormentado.

En esta ciudad de Valladolid año de 1609 D. Juan de Leiva y Hermosilla cayó enfermo de la garganta, pero de tanta gravedad, que estaba en inminente peligro de morir sofocado. Ningún alimento podía pasar, y hasta para tomar el agua experimentaba grandísima dificultad. Visitábanle tres buenos médicos, y de nada le aprovecharon las sangrías, ventosas y unturas que le dieron. Viéndose tan apretado de la enfermedad, hizo

como pudo confesión de sus pecados, mientras que su buena madre enviaba á decir á las Carmelitas, donde tenía una hija monja, rogasen á Dios y á la Madre Teresa por D. Juan, que estaba con pocas esperanzas de vida. Ellas prometieron hacerlo así, y al mismo tiempo diéronle un pedacito de la sábana donde había estado envuelto el cuerpo de la Santa, con el fin de que le aplicase á la garganta del enfermo. Tomó aquélla la reliquia con mucha devoción, y poniéndola en la parte donde apretaba el mal, dijo estas palabras: Hijo, ten mucha fe, y encomiéndate de veras á la Santa. Quedóse dormido el enfermo, y despertando á eso de media noche, dijo: madre, ya estoy sano; se me ha aparecido Santa Teresa con otra religiosa, y habiéndome tocado en la garganta, me ha dejado libre de todo mal. Ella túvolo por desvarío, y, temiendo por la vida de su hijo, le encargó no se descubriese, por haber peligro de que se agravara el mal. Mas como no era sueño, sino agradable realidad lo que D. Juan decía, dió pruebas de que estaba de verdad sano, comenzando á comer y beber sin dificultad alguna. Al día siguiente se levantó de la cama, y los médicos quedaron admirados de cura tan prodigiosa.

No menos admirable fué el milagro que en 1586 obró la Santa en el monasterio de las Carmelitas de Medina. Había cerca de año y medio que Juana del Espíritu Santo era molestada de calenturas continuas. El último medio año que llevaba enferma, tuvo además otros padecimientos, y terrible contracción de nervios, de tal suerte, que ni aun comer podía con sus propias manos. Sobre todas estas calamidades se añadía mal de corazón muy recio, con fuertes dolores de cabeza. Los médicos, después de agotados sin resultado alguno los recursos de la facultad, mandáronla tomar los aires de su tierra. Llegó mientras tanto el día de la Circunci-

sión, y la paciente suplicó la llevasen á coro con el fin de oír desde allí misa, y poder comulgar. Accedieron á sus deseos, y después que hubo comulgado, quedó sin sentido y como muerta, sin que pudiera oír la misa. Las religiosas, viéndola en tan mal estado, ni se atrevieron á desnudarla, y así como estaba, pusieronla en cama. Cuando la enferma pudo darse cuenta de sí, pidió con instancia alguna reliquia de la Santa, y la enfermera le proporcionó una faja hecha de cierto mantel que en vida había aquélla usado. No bien hubieron aplicado dicha faja al cuello de Juana, cuando comenzó á temblar de manera extraordinaria con dolores más recios que nunca. Quiso ella entonces quitar, mas la religiosa que la asistía dijo: Tenga fe, y aguarde, porque no sabe las trazas de las obras del Señor. Á poco rato, cesó de temblar, desaparecieron por completo los dolores, y vióse sana y buena, como si nunca hubiera tenido enfermedad alguna. El milagro no podía ser más manifiesto. Al sentirse libre de todo mal, saltó de la cama, y abrazándose con la enfermera, ambas comenzaron á llorar de alegría. Cuando las demás religiosas oyeron los sollozos, temieron por la vida de la enferma, y acudiendo solícitas en su ayuda, vieronla asombradas bajar presurosa una pendiente escalera en busca de la Prelada. Ésta así que la vió, apenas si podía creer que la tenía delante, y dijo: ¿Qué es esto? Son las misericordias del Señor, respondió Juana, obradas por intercesión de nuestra Madre Teresa; y no cabiendo de gozo fuéronse todas las monjas á cantar en acción de gracias un solemne Te-Deum. El capellán que oyó las voces, pensó si la enferma sería muerta, y acudiendo al monasterio, supo la buena nueva que motivaba el canto; y así él como otros que conocían á la agraciada, no se hartaban de verla

mover y andar por sí sola, reconociendo todos la milagrosa protección de la Santa.

Magdalena de la Madre de Dios, recién profesada en el monasterio de S. José de Ávila, fué acometida de enfermedades tan crueles, que sólo el recordarlas pone espanto. Además de padecer en el ojo terrible dolor, semejante al que causan los carbunclos, tenía en el estómago un apostema extraordinariamente grande, y para mayor tormento no le faltaban agudísimos dolores de corazón y de cabeza. Temiendo los médicos que el tumor del estómago llegara á interesar la región del corazón, abriéronla una fuente con lo que ningún alivio pudo encontrar. Vinieron á hacer más digna de lástima su situación, los ataques epilépticos, con recias palpitaciones de corazón. Le duraba el estar sin sentido por cuatro ó cinco horas, y habían de tener mucho cuidado de sujetarla, á fin de que nose lastimara. Como temiesen que quedara en uno de los ataques, administráronle el Viático y Extremaunción, y después de recibidos dichos Sacramentos, acrecentóse la furia del delirio, quedando reducida á tan triste estado, que ni podía tomar nada de comida ni bebida. Los médicos ya no sabían que hacerse, y solo esperaban la muerte de la enferma. El día de S. Juan del 1606 rogó Magdalena con mucha instancia la llevasen á la ermita del Santo Cristo de la Columna, y á ella fué conducida en brazos de las religiosas. Presentáronla un pedacito de lienzo, teñido en sangre de la Santa, y fijándose en ella atentamente, hizo fervorosa oración, esperando que había de sanar. Pasados algunos momentos, pidió á las hermanas que la dejasen, y con grandísima confianza en la intercesión de la Santa Fundadora, levantóse sin ayuda de nadie, y fué á los piés del dicho Cristo de la Columna. En aquel momento quedó sana, y con fuerzas

bastantes para poder rezar las letanías de rodillas en compañía de las demás religiosas. Después de esto comió y bebió, y con haber bajado á la ermita á la una de la tarde, pudo á las dos asistir á vísperas; y al cabo de pocos días desapareció la apostema del estómago, y sintióse con fuerzas para llevar las asperezas de la regla, como cualquiera otra religiosa robusta.

Doña Luisa de Alagón, hija del Conde de Santiago, Virey que fué de Aragón, había prometido entrar en las Carmelitas Descalzas. Sobreviniéronle unas tercianas tan recias, que la pusieron en grande aprieto. Pidió y obtuvo una reliquia de la Santa, y poniendo en ella más confianza que en los médicos que la visitaban, aplicóse la con mucha devoción al rostro y á la cabeza, y luego recobró la salud. Agradecida á tan gran merced, no quiso dilatar por más tiempo el cumplimiento de su promesa, y tomó el hábito en las Carmelitas de Madrid.

Navegando la Condesa de Triburcia en compañía de su marido con dirección á Flandes, levantóse tan recia tempestad, que no sin fundamento temieron quedar ahogados en el mar. Viéndose en tal aprieto, sacó la Condesa una reliquia de la Santa que por devoción llevaba, y echándola en las aguas, cesó al momento la tempestad. Reconocidos á tan gran beneficio, hicieron ambos voto de llevar el hábito de Nuestra Señora del Carmen.

En un pueblo del obispado de Ávila, llamado Cardenosa, había una mujer posesa. Aplicáronla un poco de carne de la Santa, y luego salió el demonio dando grandes voces, cual si le atormentaran con nuevo infierno.

Isabel de Monroy, religiosa profesa en Santa María de las Dueñas de Salamanca, habíase quedado enteramente sin vista, y para todo necesitaba ayuda y guía. Conservaba otra religiosa del mismo convento un poco

de carne de la Madre Teresa, y movida sin duda de Dios, encargó á la hermana ciega se aplicase la reliquia á los ojos, encomendándose muy de veras á la Santa. Hízolo con mucha devoción Isabel, y estando con todas las religiosas en oración, comenzó á notar un poco de resplandor. Al sábado inmediato después de comulgar, pudo distinguir la sagrada Forma, y al siguiente sábado, que fué el 21 de Febrero de 1603, recobró del todo la vista, y ya no necesitó ni de báculo, ni de guía. Admiradas del milagro las monjas, cantaron un *Te Deum* en hacimiento de gracias.

El Licenciado Vallejo, Oidor del Consejo del Duque de Alba, tenía un hijo de dos años de edad tan enfermo y sin esperanzas de vida, que el afligido padre, desconfiando encontrar remedio en la tierra, envió á llamar al capellán de las Carmelitas para que leyese los Evangelios al desahuciado niño, por si Dios se dignaba sanarle. Él en tanto fué á oír misa. Antonio de Zamora, que así se llamaba dicho capellán, aplicóle sobre la cabeza un pañito teñido de la sangre de la Santa, y al punto el moribundo niño parece que revivió, y echando mano de la reliquia, decía holgándose con ella: *esto es mío, esto es mío*. El ama de cría, viéndole con todas las señales de salud, y que daba prisa porque le sacasen de la cama, tomóle gozosisima en brazos y corrió á la Iglesia donde oía el padre misa. Antes de que entrara aquella, oyó éste la voz de su hijo, mas, juzgando y con razón, que sería la de otro, ni aun quiso volver la cabeza. El contento que experimentó, cuando le vió enteramente sano, no se puede explicar, y apenas podía creer que le tenía delante. Era de ver al dichoso niño, según tenía fuertemente asido el pañito milagroso, y como lloraba al querérsele quitar, indicando con tan inocentes demostraciones ser deudor de su salud á la Madre Teresa.

Á este mismo niño aconteció, siendo de cinco años de edad, amanecer un día con tan fuerte calentura, que no se podía tener en pié. El padre envió á llamar al médico, al cual no pudieron encontrar. Recordando entonces cuanto debía á nuestra Santa, aplicó á la frente del enfermo un pañito empapado en el oleo que destilaba el cuerpo de la misma, y al punto encontróle sano. El niño levantóse de la cama, y comenzó á correr por la calle, sin que le quedara rastro de calentura.

En 1585 Isabel de Santo Domingo, Priora de las Carmelitas de Segovia, hallábase tísica, perdido completamente el apetito, y sin esperanza alguna de vida. Sus hermanas las de S. José de Ávila enviáronla un poco de tierra de la que, al exhumar por primera vez á la Santa, había salido adherida fuertemente á los dedos de la misma. Recibióla la enferma con grande fe y devoción, y encomendándose muy de veras á la Santa Fundadora, experimentó al poco tiempo tan notable mejoría, que pasados seis días pudo acudir á los maitines de Navidad, sin que se resintiera después de tan grande padecimiento.

Tan pródigo se mostró el Señor en hacer manifiesta la Santidad de su Sierva, que de solos milagros obrados por medio de pañitos teñidos en sangre de la misma, dice el Ilmo. Yepes, se contaban más de doscientos. Y adviértase que cuando tal afirmaba el Obispo de Tarazona, aun no habían transcurrido veinte años desde la muerte de la esclarecida Reformadora. Los que después de dicho tiempo han tenido lugar, debidos á la intercesión de la Santa, ¿quién los podrá reducir á número? Mas, bien creo bastan los referidos para dar á conocer el grande valimiento que tiene con Dios, y cuán merecidamente fué elevada á los honores de los altares.





CAPÍTULO IV.

Primeros pasos que da el Obispo de Salamanca para la beatificación de Santa Teresa.—Manda el Nuncio, á petición del Rey, hacer informaciones en toda España acerca de sus virtudes y milagros.—Acuden de diversas partes á Roma, suplicando la pronta canonización de la Madre Teresa.—Cómo se recibió en España la noticia de la beatificación.—La resurrección de dos muertos por intercesión de la Santa.—Es llevado á Roma el pie derecho de nuestra Madre.—Canonízala Gregorio IV.



PENAS habían transcurrido diez años desde la muerte de la Madre Teresa, cuando la fama de su santidad y milagros, cada vez más extendida, el buen fruto de sus inspirados escritos, y la prodigiosa dilatación de la Descalcez Carmelitana, movieron al Obispo de Salamanca, D. Jerónimo Manrique, á visitar en persona el sepulcro de Alba, con el fin de levantar acta testificada en forma de la milagrosa incorrupción del bendito cuerpo, y hacer al mismo tiempo información de la vida y costumbres de la Santa,

autorizada con testigos de las personas más graves y letradas de España, cuales eran los célebres Maestros de la renombrada Universidad.

En 1595, como fuesen en aumento las obras maravillosas que el Señor hacía con su Sierva, movió el piadoso D. Felipe del prodigio de los pañitos teñidos en sangre, manada del incorrupto cuerpo, pidió al Nuncio D. Camilo Gaetano mandara hacer informaciones en toda España acerca de la vida y milagros de la Madre Teresa. Accedió gustoso el representante del Papa, comisionando al efecto á personas dignas y calificadas, que pudieran haber conocido á la Santa.

Reunidas las indicadas informaciones en número de diez y seis, todas con muy abonados testigos, fueron enviadas á Roma el año de 1597, acompañadas de cartas del Rey D. Felipe y de la Emperatriz María, en las que encarecidamente suplicaban á la Santidad de Clemente VIII tomase en cuenta la pronta canonización de la insigne Teresa. Agradecido el prudente Rey á las fervientes oraciones que por él y sus Reinos había dirigido al Señor la celosa Fundadora, viviendo en la tierra, encargó al Duque de Sesa, su delegado en Roma, que por los medios posibles promoviera con calor la causa de canonización. Por desgracia, ó mejor para dicha de su alma, murió en 1598, sin haber tenido el placer de verla siquiera beatificada.

Nos haríamos interminables si hubiéramos de traer aquí las alabanzas que de la Santa hicieron con el fin de activar su causa el Concilio Provincial de Tarragona, la Congregación de las Catedrales é Iglesias Metropolitanas de las Reinos de León y Castilla, y las Universidades de Alcalá y Salamanca, pidiendo todos á una voz se dignase el Pontífice colocar en el número de los santos á la inclita Reformadora del Carmelo.

Muerto en 1605 Clemente VIII, y no mucho des-

pués León XI, vino á ocupar la Silla Apostólica Paulo V. á tiempo que en España reinaba Felipe III, devotísimo de la Madre Teresa. No cedía en piedad y devoción la Reina Doña Margarita; y buena prueba de ello tenemos en la siguiente expresiva carta que á S. Santidad escribió en 1607, abogando por la deseada canonización de la Santa. «Muy Santo Padre: Aunque el Rey mi Señor ha representado diversas veces las causas y razones que le mueven á desear y procurar la canonización de la bienaventurada Madre Teresa de Jesús, y suplicádole instantemente le haga este favor y gracia por el servicio que de ello se seguirá á nuestro Señor, y consuelo á todos estos Reynos, donde esta gloriosa Virgen es tan reverenciada y estimada por su santa vida y heróicas virtudes, yo he querido también por mi parte hacer el mismo oficio, suplicando á V. B. no falte al consuelo del Rey mi Señor, y mío; al bien de estos nuestros Reynos y al universal contento que recibirán todos los fieles y devotos de la Madre Teresa, en cuya vida y milagros, que Dios ha obrado, y cada día obra por medio suyo, se descubre claramente la grandeza de su santidad, y el raro ejemplo con que vivió, siendo evidente testimonio de esto, y de cuán familiarmente la trató y enriqueció nuestro Señor de sus dones, lo que escribió; la reformation que hizo de una Religión tan santa y observante, como es la de los Carmelitas Descalzos, en tan poco tiempo tan crecida y extendida, no solo en la cristiandad, sino en las remotas partes del Asia, con tanta gloria y honra de Dios, que manifiesta bien lo que su Divina Majestad la estimó y quiso. Y cuando bien faltaran estas y otras muchas pruebas, que testifican su gloria, la persuasión universal arraigada en los corazones de los fieles, y heredada de padres á hijos con tanta devoción, nos dá una fuertísima y eficacísima

crédulidad humana de su santidad; pues no es verosímil que permitiese Dios esto en los hijos de su Iglesia con falso fundamento. Y porque el Marqués de Aytón hablará más largamente en esta materia á V. S., de mi parte, le suplico le dé entera fé y crédito; y á mí me haga en ella la gracia que espero de V. B., mandando se beatifique su cuerpo, y se rece de ella en su Religión, mientras se trata y verifica lo que toca á su canonización; que toda la que V. S. me hiciera en esto, será para mi de particular estimación. N. Señor guarde la muy santa persona de V. B. al bueno y próspero regimiento de su universal Iglesia. De San Lorenzo á 11 de Noviembre de 1607. De V. S. muy humilde y devota hija, Margarita, por la gracia de Dios Reina de las Españas, de las dos Sicilias, de Jerusalem etc., que sus santos piés y manos besa. LA REINA» (1).

En 1609 el P. Juan de Jesús María, Procurador de la Congregación Italiana de los Carmelitas Descalzos, presentó á Paulo V. un compendio de la vida de la Santa, elegantemente impreso. Leído por S. S. quedó tan prendado de las virtudes y vida admirable de la Madre Teresa, que desde luego resolvió dar cima á la causa de beatificación que se trataba. Mientras se efectuaban las diligencias, que para el caso tiene prescritas la Iglesia con mucha sabiduría y prudencia, vinieron á poner más calor, si cabe, en el asunto D. Felipe III, Sigismundo Rey de Polonia, el Archiduque Alberto y la Infanta Isabel, Condes de Flandes, los Reinos de la Corona de Castilla, el Reino y Corona de Aragón, y también el Señorío de Vizcaya; los cuales todos, poniendo delante las virtudes, milagros y buen fruto de la doctrina de la ínclita Reformadora, pedían con ins-

(1) Crón. L. XIV. c. L. n. 4.

tancia al Padre de los Fieles se dignase aclamarla por santa.

Vistos por fin, y examinados con madurez los procesos remisoriales por los Cardenales deputados al efecto, tratada y discutida la causa, primero en la Rota, y después en la Sagrada Congregación de Ritos; bien informado Su Santidad de que constaba de las virtudes y milagros de la Madre Teresa, y de que podía procederse á su canonización, expidió en 24 de Abril de 1614 un Breve permitiendo que en todos los monasterios de Carmelitas, así de uno como de otro sexo, pudiera celebrarse misa y rezar el oficio de la Beata Teresa el día 14 de Octubre.

«Recibió, dice la Crónica, esta nueva la Religión, recibióla España (dejando por ahora otras Provincias) con tan general aplauso, y tan particular de cada uno, como si de cada ciudad ó villa fuese fundadora, ó como si hubiera sido amorosa madre de cada cual de sus hijos. No vió España (sea dicho sin emulación) ni nueva más bien admitida, ni más celebrada festividad. Festejaronla las ciudades y principales villas en lo secular con máscaras, torneos, cañas, toros y públicas luminarias. Las Iglesias, las Universidades, las Religiones sagradas con al'ares, músicas, procesiones, ingeniosísimos certámenes y sermones. Esmeráronse la coronada villa de Madrid, Salamanca, Córdoba, Barcelona y otras muchas ciudades de que he visto unos libros impresos de las fiestas y certámenes que hicieron sus ingenios en veneración de nuestra Beatificada.....

Poco le pareció á la noble villa de Alba, tesorera que es de su cuerpo virginal, y á la insigne ciudad de Salamanca, en cuyo obispado descansa esta preciosísima reliquia, si no excedían también en las demostraciones. Juntó Alba el clero con su Abad, el Regimiento secular con su Gobernador á siete días del mes de Oc-

tubre, en que se celebra la fiesta de la Octava, y en nombre suyo y de toda su Provincia ferió su día y la votó por patrona, haciendo el juramento en manos del Sr. D. Luis Fernandez de Córdoba, Obispo de Salamanca, que se hallaba en Alba, visitando el sepulcro, y autorizando la solemnidad de su devota Santa Teresa. Vuelto después de dos días á Salamanca, hizo lo mismo en aquella ciudad nobilísima; y juntado su cabildo en nuestro Colegio de S. Elías, en las manos de su Ilma. votó el guardar el día de la Santa, y la eligió por su especial patrona y tutelar; lo cual el Sr. Obispo aprobó y confirmó, cuyo ejemplo siguieron después otras ciudades» (1).

Aunque el contento de los fieles al ver puesta en los altares á la Madre Teresa fue grandísimo, sus deseos no quedaban del todo satisfechos mientras no la viesan canonizada. Aviváronse más y más tales deseos con la noticia de dos estupendos milagros, obrados por intercesión de la Santa, poco tiempo después de su beatificación.

Aconteció el uno en Burgos á 8 del mes de Septiembre año de 1614, siendo Arzobispo de dicha ciudad D. Fernando de Acevedo. Agustín José de Alba, hijo de Nicolás de Alba y de Mariana González, el mismo día de recibir el bautismo enfermó de suerte, que en todo él no quiso mamar. El ama que le criaba, por no desconsolar á la madre, y esperando mejoría en el recién nacido, decíale que sí mamaba. Entré siete y ocho de la noche deseó Mariana ver á su hijo, y cuál sería su dolor al encontrarle con el color demudado, ojos hundidos, la boca descompuesta, falto de pulso y todas las señales de un cadáver. Traspasada de pena, tomóle de los brazos del ama de cría, y púsole desfa-

(1) Crón. L, XIV, c. III, n. 6 y 7.

jado sobre una almohada, para observar si en alguna parte del cuerpo descubría indicio alguno de vida. Por mucho que estuvo observando, ninguno encontró, y tuvo por cierto que su hijo era muerto. En tales momentos de angustia una ráfaga de esperanza cruzó por su imaginación. Acordóse de los muchos favores recibidos por otros de Santa Teresa, y animada de la confianza que esta Sierva de Dios le inspiraba, comenzó á dar grandes voces, implorando su ayuda y protección. Santa Madre, decía, interceded con la Virgen Santísima, y con nuestro Señor Jesucristo para que vea vivo á mi hijo, si conviene. Cerca de hora y media estuvo repitiendo la dicha súplica, cada vez con más fervor; y cuando todos daban por muerto al niño, y sin fruto las lágrimas de la madre, movida ésta, sin duda, de interior impulso, dijo: Mírenle todos, y certifiquense de que está muerto, por si nuestro Señor obrare en él alguna maravilla. Examináronle los circunstantes con nuevo cuidado y diligencia, confirmándose en que allí no había más que frío cadáver, De seguida puso la confiada madre sobre la cabeza del niño un retrato de la Beata Teresa, y, ¡oh prodigio de la divina largueza! al punto recobró la vida, tomó el pecho y estuvo bueno. Al día siguiente algunas personas piadosas aconsejaron á los padres llevasen al niño en la procesión, que en honor de la Santa habíase de celebrar en el mes de Octubre. Ellos respondieron que, hasta que tuviese edad para irse por su pié, no les parecía conveniente llevarle. Tomada tal resolución, el resucitado Agustín cayó de nuevo enfermo, y por muchos pechos que le dieron, ninguno quiso tomar. Reparando entonces los dichos padres que la recaída del niño podía ser advertencia ó castigo por no mostrarse solícitos en dar público testimonio de gratitud á la Madre Teresa, á cuya intercesión debían la vida del hijo, ofrecieron

levarle en todas las procesiones de la Santa, y al momento comenzó á mamar y vióse sano y bueno. De todo lo ocurrido hizose información jurídica por el Arzobispo, interviniendo personas graves y dignas de todo crédito. Probado haber sido milagro el hecho, publicóse con solemnidad, quedando la ciudad de Burgos muy edificada y más firme en la devoción de tan fervorosa Protectora.

El segundo de los milagros no fué menos estupendo que el referido. Aconteció en la villa Egüenaja de la diócesis de Guadix. Isabel de Belver, niña de cuatro años de edad, después de largas y malignas calenturas, que la debilitaron hasta el extremo de no poder comer nada, murió á 8 de Agosto de 1616. La falta de respiración, los miembros fríos y yertos, el color cadavérico y los ojos hundidos, daban claro testimonio de que la niña Isabel había dejado de existir. Su madre María Fernández, viendo muerta á su hija, soltó las riendas al llanto, y bien pronto se encontró rodeada de numerosos vecinos, que acudieron caritativos á consolarla. El padre, que se llamaba Andrés de Belver, movido interiormente de cierto poderoso impulso, sintióse excitado á pedir á la Madre Teresa por la vida de su hija, lo cual hacía con mucha instancia, dirigiendo fervientes súplicas, animado de gran confianza. Sin dejar de orar, puso sobre el corazón de la difunta niña cierta estampa de la Santa, y á poco rato, así él como su consorte sintieron que la dicha estampa dió un recio crugido, semejante al producido por el papel que se sacude fuertemente. Espantados de la novedad, acudieron al lugar del ruido, y, cual sería la agradable sorpresa de ambos al ver que el corazón de Isabel bullía y palpitaba; y aquellos miembros poco ha cadavéricos gozaban de calor y vida. Estando los padres que no cabían de contento al

notar la resurrección de su hija, vino á aumentar su gozo el ver que la niña, no solo daba señales de vida, sino que en breves momentos todos sus miembros recobraron las fuerzas y vigor naturales, y comió y salió alegre á la calle á jugar con otras niñas con lozanía y hermosura nunca en ella vistas. Todo el pueblo fué testigo de tan grande maravilla, y en unión de los padres daban gracias á Dios, ensalzando su poder, y el eficacísimo valimiento de Santa Teresa.

Con la fama de tan estupendos prodigios, extendióse también el amor y devoción de los cristianos hacia la insigne Reformadora del Carmelo, anhelando llegar el día venturoso en que la vieran canonizada. Y, si tales eran los deseos de los simples fieles, imagine el lector cuáles serían los de los PP. Descalzos, interesados más que nadie en promover la honra y gloria de su Santa Fundadora. Atendiendo siempre á su mayor veneración y custodia, el 1516 dispusieron el sepulcro en otra forma, y trasladaron el sagrado cuerpo á otra caja nueva, que encerraron en una urna de alabastro. Al efectuarse dicha traslación el 12 de Julio del indicado año, el P. General Fr. José de Jesús María, deseando hacer señalado obsequio á la Congregación Italiana, con el fin de que activase la causa de la canonización, cortó el pié derecho del incorrupto cuerpo, y puesto en preciosa cápsula, envióle á Roma. El efecto que en la capital del orbe católico produjo la llegada de tan inestimable reliquia, manifiéstalo bien la siguiente carta escrita por F. Domingo de Jesús al Rmo. P. General.

«Pax Christi: Padre nuestro; pague Dios á V. R. el consuelo que nos ha dado con el gran tesoro que nos ha enviado. Al fin lo ha hecho V. R. como quien es, y ha cumplido muy bien con lo que esperábamos, y nos prometíamos del amor que nos ha siempre mostrado.

No se podría imaginar cuanto haya sido la alegría y devoción que ha causado con estos sus hijos, y en particular en los Capitulares que han venido de partes tan remotas..... Estos señores Cardenales, luego que supieron su llegada, vinieron todos á ver la santa reliquia, y quedaron maravillados, alabando al Señor de verla tan entera, y con tan admirable olor. Su Santidad no quiso que se la llevásemos á palacio, diciendo que él mismo quería venir á verla en nuestro convento. Y así, habiendo primero enviado algunos días antes al Cardenal Burgesio su sobrino, ayer, después de vísperas día del Corpus Cristi, vino él mismo con mucho acompañamiento de Cardenales y Prelados y otros cortesanos, no obstante que se hallase muy cansado por la procesión de la mañana; y dijo que se había quedado en San Pedro á comer á posta, por poder hacer esta visita. Fué muy grande el consuelo que tuvo con el santo pié, y de ver con sus ojos lo que había entendido de las maravillas que obra Dios en el venerable cuerpo de nuestra Santa. Dijo, que aquel olor era olor de santa; y apretándole yo mucho por la canonización, dijo, que lo merecía muy bien, y otras palabras llenas de buenas esperanzas; con mucha mayor demostración de las que ha dado en otras ocasiones; con que pienso se ha de verificar lo que V. R. escribió á N. P. Fernández y á mí, que nuestra Santa Madre vendría aquí con su pié á tratar personalmente la causa de su canonización.....»

Con efecto Paulo V puso grande empeño en que dicha causa pasase presto por los trámites requeridos, más la muerte atajó sus pasos, y no pudo acabar lo que tanto deseaba. Quiso Dios que le sucediera en el Pontificado Gregorio XV, devotísimo de la Santa, el cual puso luego manos á la obra, haciendo él mismo de solicitador de los honores que aquella merecía. Á esto se añadieron las cartas apretadísimas del Emperador

Fernando II, de los Reyes y Príncipes cristianos de España, Francia, Polonia, Flandes y Baviera, solicitando todos la pronta canonización de la insigne Carmelita.

Despachadas las prolijas y delicadas diligencias que anteceden á tan solemne acto, y dispuesto S. Santidad á canonizar á la Madre Teresa antes que á otros Beatos, cuyas causas estaban ya terminadas, púsose delante D. Diego de Barrientos, Procurador en Roma de la causa de canonización de S. Isidro, pretendiendo fuese éste el que primero había de ser contado en el catálogo de los santos. Teniendo de ello noticia el P. Carmelita, Fr. Domingo de Jesús María, con celo y libertad cristianos le dijo: no se han de tratar, Don Diego, las cosas celestiales al modo de las de la tierra, ni las razones políticas que á vuestra merced mueven en su pretensión, pueden tener lugar ni fuerza con los santos; deje, pues, en paz á Santa Teresa, y no quiera oponerse ni retardar la gloria que la Iglesia justamente le previene. Pudieron tanto para con dicho Procurador estas palabras, que desistió de su intento, y no habiendo obstáculos por ninguna parte, el 12 de Marzo de 1622 Su Santidad Gregorio XV expidió el Decreto de canonización para los cinco santos Isidoro, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesús y Felipe Neri, el cual dice así, «Á honra de la Santa é individual Trinidad, y exaltación de la fe Católica y aumento de la Religión Cristiana, con la autoridad del mismo Dios Todo poderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de los Santos Apóstoles Pedro y Paulo y nuestra; habiendo tomado consejo de nuestros hermanos, determinamos y definimos que los sujetos de buena memoria: Isidoro Labrador, Patrón de Madrid; Ignacio de Loyola del lugar vizcaino de Azpeitia, fundador de la Compañía; Francisco Javier, de la misma Compañía de

Jesús; Teresa de Jesús y Ahumada, natural de Ávila, fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzos; y Felipe Neri, florentino, fundador de la Congregación del Oratorio, son santos dignos de ser escritos en el Catálogo de los Santos, y como á tales escribimos en dicho Catálogo, determinando que todos los años el día del tránsito de Isidoro, Ignacio, Francisco y Felipe, como á Confesores no Pontífices, y en el de Teresa, como á solamente Virgen, celebre la universal Iglesia sus oficios devota y solemnemente. Y sobre esto, valiéndonos de la misma autoridad, á todos los que verdaderamente penitentes y confesados visitaren devotamente los sepulcros de los dichos en los días de sus festividades, concedemos un año y cuarenta días de indulgencias; y á los que hicieron esta diligencia en las octavas de sus fiestas, concedemos cuarenta días».

Leído que fué dicho Decreto en el Vaticano, suntuosamente adornado al efecto, regocijóse el numerosísimo concurso, y todo era dar voces de alegría, y hacer reverencia á los nuevos Santos. Las chirimías y trompetas dieron la señal sabida, retumbó el cañon de San Angelo, hiciéronse repetidas salvas por la guardia suiza, y por toda la ciudad no se oía sino el sonido alegre de las campanas, que convidaba á los fieles á bendecir á Dios en sus Santos.

Quiso el Pontífice mostrar la devoción y amor particular que tenía á la inclita Madre Teresa, expidiendo en el mismo día del 12 de Marzo la Bula de canonización de la Santa, sembrada de extraordinarias y bien merecidas alabanzas, como se puede ver por las siguientes líneas que tomamos de la misma: «En nuestros días hizo el Señor grandes maravillas por medio de una mujer; suscitó en su Iglesia, como á otra Débora, á la Virgen Teresa, la cual, después de triunfar de su carne con virginidad perpetua, vencer al mundo

con admirable humildad, y al demonio y sus asechanzas con el continuado ejercicio de excelsas virtudes, aspiró á cosas mayores; y sobrepujando con grande fortaleza de ánimo la naturaleza del sexo femenino, armóse de brazo fuerte, y levantó ejércitos de valientes que, pertrechados de armas espirituales, peleasen con denuedo por la casa del Señor, y por su ley, y por sus mandamientos. Á este fin llenóla del espíritu de sabiduría y consejo, y la enriqueció sobremanera con los tesoros de su gracia, para que en el cielo de su Iglesia brillase como estrella en el firmamento por perpetuas eternidades.»





CAPÍTULO V.

De cómo una hermana lega extrajo del cuerpo de la Santa su admirable corazón.—De la milagrosa herida causada en él por el dardo encendido del Serafin.—Concede el Papa á los Carmelitas que puedan rezar de la transverberación de la Madre Teresa.—De algunas cosas maravillosas que se han notado en el dicho corazón.—Curación milagrosa por medio de una imagen de esta reliquia.—Relación de las Carmelitas de Alba acerca de las maravillosas espinas del corazón de la Santa.—Observaciones que se han hecho sobre las mismas.

TODO en Santa Teresa fué grande y admirable. Su vida y milagros, los escritos, y hasta sus mismos restos mortales tienen tanto de extraordinario, que bien se echa de ver quiso el Señor enriquecerla con mano larga de bienes naturales y sobrenaturales. Muerta la mística Doctora á impulso de encendido amor, plugo á la Majestad Divina dar á conocer al mundo las maravillas que tenía obradas en el purísimo corazón de su Sierva, permitiendo sucediera lo que ahora diremos.

Ya recordará el lector cómo, por disposición del Romano Pontífice, el cuerpo de la Santa fué devuelto á Alba, bien á pesar de los PP. Carmelitas, que deseaban conservarle en Ávila, por las razones en otro lugar apuntadas. Conociendo tales intentos las monjas del monasterio de Alba, temían, y no sin fundamento, que tarde ó temprano les habrían de arrebatarse el sagrado tesoro; pues aun se ignoraba la decisión definitiva de la Silla Apostólica. Esto fué causa de que una hermana lega, ciega de amor por su Santa Madre, se atreviese á ejecutar una acción, muy sobre las fuerzas de débil mujer. Dicha hermana lega que, á lo que se cree, fué la misma que por medio del billete metido en la empanada, avisó á la Duquesa de cómo se había llevado á Ávila el cuerpo de la Santa, armada de cuchillo, y en connivencia de otras dos religiosas, fuese al sepulcro, y abierto, extrajo de aquel pecho virginal, el prodigioso corazón, que colocó con mucha reserva entre dos platos de madera. Llevósele á la celda, dejando caer en el suelo algunas gotas de sangre, que por el color y frescura que ostentaba, parece salía de parte viva. Al mismo tiempo esparcióse por el convento olor regaladísimo, y siguiendo las religiosas el rastro, vinieron á dar donde la buena hermana tenía escondido el tesoro hurtado.

No se sabe de cierto el año en que esto sucedió, aunque según todas las probabilidades fué entre el 1582 y 1586. Lo que hace al caso es la herida milagrosa que desde luego se advirtió en este admirable corazón. No ignora el lector cómo en uno de aquellos arrobamientos que tuvo la Santa muchos años antes de morir, cuenta la misma que vió á un Querubín que con dardo encendido hería y traspasaba sus entrañas, causándole pena muy sabrosa, que siempre quisiera tener. Pues del arrojo de la hermana lega sirvióse la

Providencia para dar á conocer la realidad de la herida, causada por el angel, la cual herida vista y observada detenidamente por muchas y graves personas, ha sido tenida por milagrosa.

Deseando los PP. Descalzos celebrar esta prodigiosa transverberación del corazón de Santa Teresa con rezo particular, pidiéronselo á la Santidad de Benedicto XIII, el cual mandó hacer reconocimiento en toda forma, por donde constase del hecho milagroso. El 25 de Enero del 1726, Francisco Antonio Espinosa, Vicario general de la diócesis de Salamanca, acompañado de dos competentes médicos, un cirujano, y otras personas de mucho seso, presentóse en Alba á efectuar el reconocimiento jurídico. Después de examinada con cuidado y diligencia la sagrada reliquia, todos convinieron en tener por milagrosa su incorrupción y la herida sensible que en ella se notaba. Echaron de ver, además, que dicha herida no era somera, sino que penetraba dentro del corazón hasta del todo pasarle, notando en los bordes de la misma señales de haber habido allí fuego, pues aparecían como chamuscados.

Aseguró también el cirujano D. Manuel Sánchez que, según la naturaleza de la cisura, ésta debió de abrirse con mucho artificio, y con instrumento grande, pero muy delicado. De manera que, considerada la gravedad de la herida, y en la parte más interesante del cuerpo humano, fué evidentemente milagro que no muriese la Madre Teresa en el acto, y que continuara después viviendo por más de veinte años.

Presentadas y aprobadas las requeridas informaciones, Su Santidad concedió en 25 de Mayo del mismo año que los PP. Descalzos pudieran rezar el oficio propio de la Transverberación del corazón de la egregia Fundadora. Poco tiempo después alargóse la con-

cesión á los Carmelitas Calzados, y en 1733 hizose extensiva á todos los Reinos de España.

Hanse notado cosas maravillosas en esta prodigiosa reliquia. Colocada al principio en unos tubos ó fanales de cristal, fueron varios los que se quebraron, sin poder atinar en la causa. Y si todo el sagrado cuerpo despedía suavísima fragancia, la de este portentoso corazón era más intensa y agradable, sobre todo en ciertas solemnidades del año, en que parece exhalaba todavía el perfume del amor divino. Cuando algún objeto oloroso se le acercaba, perdía su propio olor, y adquiría el de la misma reliquia. Afirman muchos haberle visto crecer algunas veces en volumen, y en 1650, teniéndole con mucha reverencia en la mano el Preposito General, notaron que aparecía dos veces más grande de lo ordinario.

El autor de la Crónica Fr. Manuel de San Jerónimo, después de referir cómo el General de los Descalzos envió á las Carmelitas de la Puebla de los Ángeles una partecica del portentoso corazón, dice así: Desde el 25 de Agosto (del 1618) se dejó ver en esta reliquia Santa Teresa á la Madre Elvira de S. José. Publicábalo á voces impelida de su pasmo, y concurriendo las monjas, como no viesen nada, empezaron á dudar; pero al punto mismo se dejó ver el rostro de Jesucristo muy hermoso..... Vieron á este Señor en la reliquia la Priora y Supriora. Otras vieron al Padre Eterno, otras una imagen de la Trinidad Santísima, otras á la Virgen nuestra Señora; y una de las más prodigiosas visiones fué la de Cristo apasionado en forma de Ecce-Homo, y vertiendo sangre de su sagrada cabeza. Y una cisura que tenía la carne de la reliquia, se unió con la misma sangre, que parecía hervir en aquella carne virginal.... La verdad de estos prodigios la depone la más de aquellas religiosas con juramento, y

para mí es evidencia de ilación física, por haber logrado, aunque bien fuera de todo mérito, el haber visto en el corazón de Santa Teresa cuando lo fui á adorar á Alba, siendo Difinidor General el año de 1705, una perfecta imagen de María Santísima, formada como de relieve, y con su precioso Hijo en el brazo siniestro, y en la mano derecha un cetro de oro. Mi compañero, que era otro Difinidor, vió al tiempo mismo en el mismo corazón de la Santa una imagen de nuestro Padre San José» (1).

Otro caso parecido aconteció en Alba el año de 1650 al Rmo. Fr. Jerónimo de la Concepción, y cuéntale así el P. Antonio de S. José: «Puesto el dicho N. P. Fr. Jerónimo con estola y de rodillas, encendidas dos hachas, tomó en sus manos el santo brazo, y le adoró, y dió á los demás para que le adorasen. Después tomó el santo corazón, y de repente (cosa que jamás en toda mi vida me había venido al pensamiento, dice él mismo) ví en el mismo corazón de la Santa que le ocupaba todo un Ecce-Homo, que mostraba el medio cuerpo, el rostro muy hermoso, con manto colorado, y coronado de espinas, y tan claro como si fuera persona viva, y estuviera detrás de una vidriera de cristal; cuya vista aunque al principio me alteró con la novedad, luego me sosegué, y tenía la vista fija mirándole, sin decir nada. Y habiendo estado así un breve rato, comenzó el P. Fr. Gregorio, y luego todos los demás en alta voz, mudados el color á decir: Padre nuestro, ¿no ve V. R. á N. Santa Madre, que está aquí, y ha venido á visitarle? Todos la vemos claramente. Pero yo como tenía los ojos fijos en el Ecce-Homo, respondí: No veo yo á N. Santa Madre, y me estuve quieto; y los demás prosiguieron en la demostración de aquella ma-

(1) Crón. L. XXVI. c. XXIII. n. 10.

ravilla que veían..... Después, alzando los ojos, y perdiendo la vista del Ecce-Homo, vi á N. Santa Madre con el hábito de la Orden, y con capa blanca y su velo negro, el rostro muy hermoso, y como de poca edad, y algo encendido. Y volviendo después á mirar el corazón, volví á ver en él la primera imagen del Ecce-Homo» (1).

De esta admirable reliquia se han hecho en Alba muchas imágenes de seda encarnada que, tocadas al original, llevan el título de *Corazones de Santa Teresa*. Con uno de ellos aconteció en 1699 el siguiente milagro. Una religiosa de veinte y siete años de edad estaba enferma de hidropesía, y había adelantado tanto el mal, que con dificultad podía respirar, y ni aun tomar caldo le era posible. Estando el médico que la visitaba deliberando con sus compañeros acerca de la gravedad de la enferma y su remedio, vinieron á sorprenderle con la noticia de que la hidrópica había sanado instantáneamente con sólo aplicarle al pecho un *Corazón de la Santa*. Los médicos, reunidos en consulta, apenas podían creer lo que se les decía, más yendo á visitar á la enferma, vieron admirados como efectivamente estaba sana. Todo lo cual, habiendo sucedido sin tomar medicamento alguno, y sin que precediera la crisis ordinaria, movió á los facultativos á creer que tal hecho no tenía explicación, sino haciendo intervenir la virtud del cielo.

Réstanos hablar ahora de esas misteriosas espinas que desde el 1836 comenzaron á brotar del incorrupto corazón de la Santa, y que han ido desde entonces creciendo hasta el día de hoy, sin que nos atrevamos á decir por nuestra parte, ni siquiera por conjetura, lo que ellas podrán significar.

En relación enviada al Rmo. P. General en 5 de

(1) Año Ter. t. VII. p. 310.

Junio de 1870, aseguran unánimes las monjas del monasterio de Alba que: «Las espinas eran entonces tres, y parecía se iba divisando otra al lado derecho del santo corazón; pero esto no se puede afirmar todavía; y parecen nacer de la parte inferior del santo corazón, y suben hacia arriba. Dos de ellas las divisó primeramente una religiosa ya difunta, llamada Paula de Jesús, la víspera de nuestro Padre S. José después de maitines de media noche del año 1836; y al día siguiente, festividad del Santo Patriarca, las vieron todas las religiosas, que entonces vivían, y dos que todavía viven.

Estas dos espinas están al lado del santo corazón, y el año de 1836, que se principiaron á ver, eran muy pequeñas, cuanto que se percibían; y han ido creciendo de modo que tienen ya más de dos pulgadas de alto que han crecido, de lo que somos testigos de vista las que vivimos.

La tercera espina principiamos á divisarla el día 27 de Agosto del año 1864, día en que celebramos la festividad de la Transverberación del corazón de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús. Cuando principiamos á ver esta tercer espina, era muy pequeñita como la punta de un alfiler, y ahora tiene cerca de una pulgada de alto. De haber visto nacer y crecer esta tercer espina somos testigos todas las que firmamos....» (1)

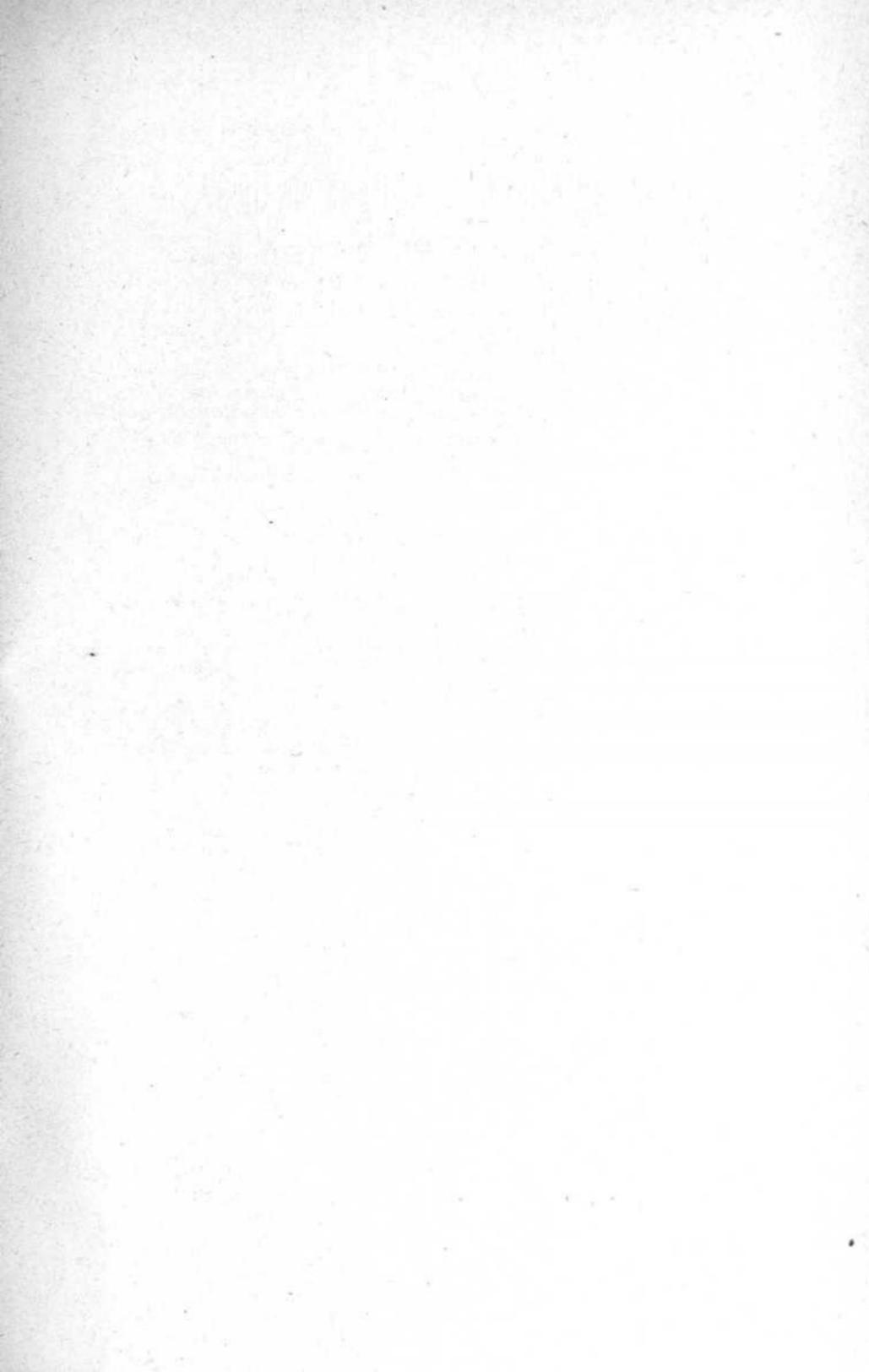
En 1872 fueron nombradas comisiones de facultativos por el Obispo de Salamanca, Fr. Joaquín Lluch y Garriga, á fin de que reconociesen y examinaran así el corazón como las espinas. Dichos facultativos no se hallaron conformes en sus pareceres y apreciaciones, aunque todos confesaron ignorar la naturaleza y causa de tan extraordinario fenómeno. El dignísimo presbi-

(1) Sant. Ter. de Jesús y las Espinas de su Corazón, p. 77.

tero D. Nemesio Cardellach ha hecho posteriormente detenido estudio acerca de esta prodigiosa reliquia, publicando en 1876 el fruto de sus investigaciones en un folleto que se intitula: *Santa Teresa de Jesús y las Espinas de su corazón*. En él se encuentran minuciosamente descriptos el número, forma, situación y tamaño de tales espinas, las cuales según observaciones del autor, llegan hasta el número de quince. Tres de ellas habían sido descubiertas por las monjas, como queda dicho, otra fué fijada por los facultativos, de que habemos hecho mención, y determinó las restantes el Sr. Cardellach, quien es de parecer brotan todas en su origen de la punta ó vértice del corazón, hacia su parte lateral izquierda.

La primera de las principales que se encuentra á la derecha, tiene cincuenta y nueve milímetros de larga; lo segunda, que está á la izquierda y despuntada, cincuenta y tres; diez y ocho la tercera, y la cuarta cinco solamente. El grueso de la mayor en su base es de unos dos ó tres milímetros, y va adelgazando gradualmente hasta terminar en punta. No es desde su nacimiento ó tronco redonda, sino que parece ser cuadrada; y así ésta como las dos que la siguen en magnitud, tienen color de canela subido y hermoso. De la más grande nace y crece en dirección casi horizontal otra más pequeña á manera de gancho, cuya punta ocúltase, á lo que parece, en el sedimento que hay en el fondo de la bombilla, donde se encuentra encerrado el prodigioso corazón, herido en otro tiempo con el dardo de oro del Serafín, y espinado ahora por causas sólo á Dios manifiestas.

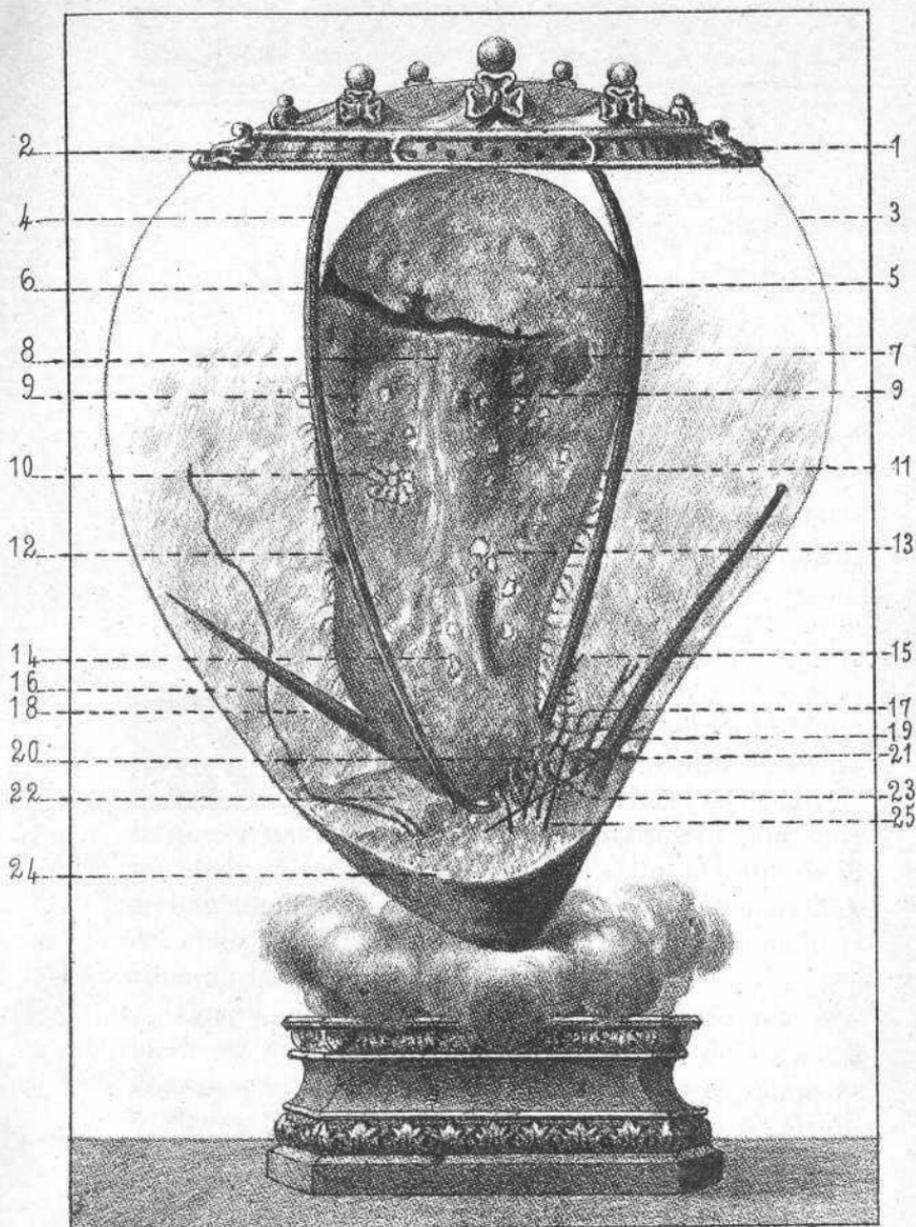




CORAZÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS.

2. Agujeros respiratorios de cubierta, que vienen á dar encima del corazón.
4. Alambres que sostienen el corazón sujeto á la tapa.
6. Herida ó transverberación hecha por el dardo del Serafín.
8. Ramificación sanguínea.
10. Grupo de granos á manera de piedras blancas como perlitas ó arenillas.
12. Herida pequeña hecha por el Serafín.
14. Membrana ó piel que cubre cuasi todo el corazón formando rugosidades muy escabrosas.
16. Apariencia de alambre ó hijuela y otra punta de lo mismo que va saliendo.
18. Espina grande con punta.
20. Filamentos parecidos á lana ó estambre.
22. Depósito de polvo, detritus, ó sedimento.
24. Fondo interior del vaso cristalino.
1. Tapa que en forma de corona de oro cubre el corazón hasta la herida.
3. Globo de cristal con polvo esparcido en la cara interior.
5. Corazón de Santa Teresa de Jesús suspendido al aire por los alambres.
7. Semejanza de piedra chispa azul amoratado.
9. Manchones negros semejantes á los de la hoja del tabaco en rama, y preparado para labrar.
11. Piel ó membrana superficial y rota con apariencia de raíces de yedra.
13. Rugosidades con aspecto de piedras, como embutidas en diversos puntos.
15. Ramita salida inmediatamente del corazón.
17. Palo ó tronco que saliendo del corazón crece horizontalmente.
19. Espina grande obtusa ó sin punta.
21. Espina 3.^a con el remate abierto
23. Punto de donde salen las espinas.
25. Grupo de cinco espinas muy finas.

· VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESÚS ·



Corazon de la Santa



CAPÍTULO VI.

De cómo fué llevada la mano izquierda de la Santa á Lisboa, y del milagro que allí tuvo lugar.—Dáse noticia de otras varias reliquias de la Madre Teresa.—De los varios descubrimientos que se han hecho del incorrupto cuerpo.



UNQUE nadie ignora que el cuerpo de Santa Teresa se encuentra en el monasterio de las Carmelitas de Alba de Tormes, es de advertir que dichas religiosas no le poseen íntegro, sino muy mutilado, á causa de las muchas reliquias que de él se han tomado. Y porque no todos saben el paradero de ellas, parécenos oportuno indicar aquí donde se veneran las más principales.

Cuando en 1583 el P. Gracián descubrió por primera vez el sepulcro de la Santa, antes de volver á depositar el incorrupto cuerpo, cortó de él, como se ha dicho, la mano izquierda que, metida en un arquilla, entregó á las monjas de S. José de Ávila, sin decirles cuál era el precioso tesoro que les dejaba. Colocaron dicha arquilla en un rincón del coro, y entrando

una vez la Priora en él, vió á la Santa Madre rodeada de gran resplandor y hermosura, la cual apuntando hacia la arquilla, dijo: *Tengan cuenta con aquel cofrecito, que en él está una mano de mi cuerpo.* El P. Gracián sin embargo, nada quiso manifestar de lo que allí se encerraba, y pasando en 1585 por Ávila, camino de Portugal, dióse maña para extraer del cofrecito con mucho disimulo la mano de nuestra Santa, que llevó al convento de Carmelitas Descalzas de Lisboa. Así que llegó al monasterio con la reliquia, comenzaron las religiosas á percibir el agradable olor que de ella salía. Hallábase allí una novicia privada del sentido del olfato, y dijo con grande fé, puesta de rodillas delante de la sagrada mano: *Ciertamente, que no me tengo quitar de aquí hasta oler lo que mis hermanas uelen, para que yo alabe con ellas al Señor.* Púsosela luego muy encendido el rostro, y comenzó á sentir la misma fragancia que las demás. Á esta misma religiosa, estando ya profesada, dióle un accidente tan recio, que se hacía pedazos, sin que bastaran á sujetarla tres ó cuatro hermanas. Eran los dolores tan terribles, que parecía le quebrantaban los huesos, y arracaban el corazón. Acongojadas las monjas, trajeron la mano de la Santa Madre, y al punto que se la aplicaron, quedó libre del accidente y sus efectos, como si nunca hubiera tenido mal alguno.

Los cinco dedos de la mano derecha encuéntrase repartidos en Bruselas, París, Roma, Ávila y Sevilla. Del pié derecho ya se dijo que fué llevado al convento de Carmelitas Descalzos de Santa María de la Escala. Las Carmelitas de Bruselas conservan una clavícula, y tiénenla como en depósito hasta que los religiosos se restablezcan en dicha ciudad. No es posible determinar el paradero de infinidad de pedacitos de carne, extraídos del santo cuerpo en diversas ocasiones, especial-

mente al principio, cuando no estaba bien cerrada la arca que contenia las sagradas reliquias, ni había las prohibiciones que con mucho acierto pusieron después los Prelados. En el monasterio Romano de San Pancracio, seminario de las misiones de Carmelitas, guardábase un fragmento de la quijada con algunos dientes. Las Carmelitas de Madrid veneran un pedacito de carne en forma de corazón, otro pedacito de carne y parte del escapulario las de Valladolid, y otro las de Malagón.

Las de S. José de Ávila, además de un dedo, (1) tienen otras reliquias, como son el báculo que la Santa usaba en la vejez, un rosario y una sandalia. Poseen las de Zaragoza la correa con que el Santo cuerpo estuvo ceñido antes que le desenterraran, de la cual correa escribía el Ilmo. Yepes, que destilaba continuamente unas gotitas de aceite con color de sangre, y que con ella se habían hecho muchos milagros en la ciudad. Encuéntrase en Calahorra el velo de la Santa, y en Granada la sábana donde el dichoso cuerpo estuvo envuelto mientras permaneció en Ávila. También en el extranjero se veneran otras varias reliquias de

(1) Con la reliquia del dedo que se guarda en Ávila aconteció lo que cuenta D. Antonio Palomino en su *Museo Pictórico*, y es en sustancia como sigue. El 1670 habían acudido á S. José de Ávila el pintor D. Francisco Ricci y su aventajado discípulo D. Alonso, con el fin de retocar la imagen del Santo Cristo de la Columna. Con este motivo enseñáronles las religiosas varias reliquias de la Santa Fundadora, y entre ellas la del dedo que allí se venera dentro de un viril. Estando todos los circunstantes mirando atentos esta reliquia, dijo el dicho D. Francisco que él no veía dedo alguno, sino una imagen de la Santa, y encima otra de N. Señora. Lo mismo testificó su discípulo Alonso, y admirados del prodigio los que tal oían, propusieron que, para certificación del hecho, pintase cada uno en particular y sin comunicarse para nada, las imágenes que ambos veían. Hizose así, y los dos trasladaron al lienzo las mismas imágenes con idénticos rasgos.

la Santa; pues todo el mundo ha tenido empeño en adquirir algún recuerdo con que poder mostrar el amor y devoción hacia lo ínclita Reformadora del Carmelo.

Ciento treinta y cuatro años habían transcurrido desde que en 1616 se efectuó el último de los descubrimientos del cuerpo de la Santa hasta aquí mencionados. Al cabo de dicho tiempo, movidos del amor y devoción hacia la Madre Teresa, los piadosos Reyes Fernando VI y María Borbón de Portugal, determinaron dejar la corte para ir en persona á venerar en Alba las reliquias de la insigne Doctora. Con el fin de tener abierto el sepulcro á la llegada de los Reyes, adelantóse el Rmo. Fr. Nicolás de Jesús María, General de la Orden, y el Excmo. Señor Duque de Huesca. En 15 de Octubre del 1750, en presencia de personas muy calificadas se extrajo de la urna de piedra la caja de madera, donde se encerraba el sagrado depósito, y abriéndose «Hallóse el Santo cuerpo incorrupto, faltándole el pié derecho, que se venera en Roma en nuestro convento de Santa María de la Escala; la mano izquierda, que está en Lisboa; el brazo izquierdo y corazón, que separados se veneran en dos preciosos relicarios de este mismo convento de la Encarnación; un pedazo de la mandíbula superior de la parte derecha, que está en nuestro colegio de S. Pancracio en Roma, el ojo izquierdo, algunas costillas, algunos pedazos de carne y huesos que le habían sacado, y están repartidos por la Cristiandad. Todo lo demás del cuerpo se conserva con piel, carne y huesos. La cabeza está dividida del busto, porque le sacaron la mayor parte del cuello; se conserva, empero, entera con piel y carne; y aun en el ojo derecho se distinguen con claridad la niña ó pupila, y las pestañas. Lo más admirable es, que el brazo derecho está tan flexible, como si estuvie-

ra vivo: conócese que á pedazos y con fuerza le han arrancado la mano, y solo con parte de algunos tendones le ha quedado el hueso de medio muy blanco y hermoso. Asimismo en el pié izquierdo se divisan con toda distinción los dedos y sus uñas. Estaba el santo cuerpo cubierto con un lienzo sutil de holanda, y encima de él un paño de seda sutil encarnada» (1).

El haber enfermado Doña María de Borbón en el Escorial fué causa de que los Reyes suspendieran el viaje intentado, por lo que hubieron de tomarse providencias para volver á encerrar el santo cuerpo en la manera y forma que antes se encontraba, como se hizo el 29 de Octubre del referido año. La última vez que se descubrió el sagrado sepulcro, con el fin que ahora diremos, fué en 1760, ciento setenta y ocho después del glorioso tránsito de la Santa. Habiendo expuesto el Duque de Alba á Fernando VI, cómo los restos de la Madre Teresa se encontraban en caja de madera, materia bien pobre para la que tan estimadísimo tesoro merecía, determinaron los piadosos Reyes costear otra más preciosa, fabricada con todas las riquezas del arte. Cuando la preciosa urna de plata estaba para darse por terminada, vino la parca á cortar el hilo de la vida así del Rey como de la Reina.

Sucedió á Fernando VI en la corona su hermano Carlos III, el cual, respetando la voluntad del difunto Monarca, aprobó todo lo hecho en honor de la Santa, y designó el 15 de Octubre de 1760 para que los venerandos restos fuesen trasladados á la nueva urna. Llegado este día, los vecinos de Alba y otros innumerables devotos, que habían acudido á las fiestas, pidieron con mucha instancia les dejasen ver las sagradas reliquias. Con el fin de satisfacer sus piadosos deseos tuviéronlas

(1) *Año Teresiano*, t. VII. p. 28.

expuestas á la veneración pública por la parte de dentro del coro bajo. Durante las siete horas que allí permanecieron, tuvieron los PP. Carmelitas bastante que hacer con tocar al santo cuerpo cruces, medallas y otros objetos de devoción que á porfía les presentaban los fieles. Señaladas seis religiosas para ejecutar la traslación, fué conducido del coro bajo al camarín alto, y colocado sobre un colchoncito de raso liso carmesí, y su correspondiente almohada, vistiéronle de monja con hábito precioso, colgándola un collar en forma de toisón con tantos corazones de plata cuantas eran sus amantes hijas, las Carmelitas de Santa Ana de Madrid, quienes hacían tal obsequio. Todo así dispuesto, metióse dentro de la urna el Instrumento que refiere, y atestigua las traslaciones y descubrimientos del santo cuerpo efectuados hasta el 1750, y cerróse con cuatro llaves, una de las cuales quedó en poder del Rmo. P. General, otra guardó la Priora del monasterio, y las otras dos recogiólas el Excmo. Duque de Alba.

El triduo que con motivo de tan fausto acontecimiento se celebró, no pudo ser más solemne. «El concurso de gentes, dice el autor del *Año Teresiano*, fué de los más copiosos que acaso se habría visto en Castilla la Vieja. Todos tres días asistió á la función el Señor Obispo de Salamanca, nuestro Difinitorio General, el Cabildo Eclesiástico, el Corregidor con sus Capitulares en forma de Villa, y un número casi innumerable de personas, con muchos sujetos de especial distinción, que así de Salamanca como de aquellas cercanías habían venido á engrandecer esta concurrencia. Asistieron los músicos de la catedral de Salamanca, y no faltó ningún requisito de cuantos se pudieron discurrir para solemnizar esta Dedicación con la magnificencia que da de sí el país.»





CAPÍTULO VII.

Del prodigio de la formación de los panecitos de Santa Teresa en Méjico, corriendo la mitad del siglo XVII.—Sana milagrosamente una religiosa carmelita con el polvo del Sepulcro de la Santa.—Caso singular que aconteció en la guerra de la Independencia con motivo de la entrada de los franceses en Alcalá de Henares.

CONOCIDA es la piadosa costumbre que hay entre los fieles de recibir con veneración ciertos panecillos benditos, en donde se encuentra estampada la efigie de algún insigne santo. Muy célebres son los panecillos de S. Nicolás de Tolentino, por los muchos milagros con ellos obrados. También el amor y devoción de los fieles hacia la Madre Teresa han hecho que se formen con diversos sellos y efigies panecillos de tan esclarecida Santa. Es sobremanera prodigioso lo que con ellos aconteció en Méjico, corriendo la mitad del siglo XVII; y no me atreviera á estamparlo aquí, si no lo encontrara digno de crédito por reunir las condiciones que la buena crítica exige respecto al testimonio de los hombres.

El año de 1648 enfermó Juan Pérez de Rivera con tal complicación de humores, que llegó á quedar tullido de piés y manos en tanto extremo, que ni un bocado podía llevarse á la boca. Su esposa Doña María, hermana del Sr. Dean, D. Juan de Pobleta, con quien vivía, no cesaba de encomendar al Señor el trabajo de su marido, haciendo diligencias por otra parte para ver de encontrar remedio contra la enfermedad. Tenía el Sr. Dean, persona de reconocida virtud y talento, una parienta religiosa Carmelita en el convento de Regina Celi, llamada Andrea de la Santísima Trinidad, devotísima de Santa Teresa. Esta monja, confiando en que mediante los mencionados panecillos había su deudo de encontrar la salud, que en vano buscaba usando de otras medicinas, molió algunos de ellos, y, reducidos á polvo, envióselos á Doña María con encargo de que en todo cuanto tomase el enfermo echase de aquellos polvos. Hízolo así la buena mujer, poniendo en la vasija donde estaba el cocimiento que los médicos tenían recetado, cuanta harina pudo abarcar con los tres dedos. Llegada la hora en que era menester suministrar dicho cocimiento, descubrió la alcarraza, y halló que en la superficie del liquido sobrenadaba un panecito redondo con el sello de Jesús. El hallazgo no produjo en Doña María grande impresión, porque imaginó que algún curioso habría echado en la vasija el panecillo encontrado. Preguntados, sin embargo, los domésticos, todos se excusaron, dando por razón que en casa no se encontraban sino los polvos enviados por la monja. Entonces Juan Pérez comenzó á sospechar si el misterioso panecillo se habría formado de la harina echada en el agua. Así se lo manifestó á su esposa, que lo tomó á risa, y dijo que le comiese, fuera lo que quisiera. Dióle un pedacito ¡y.... cosa admirable! desde aquel instante fué tal la mejoría del enfermo, que á los tres

días, libre del tullimiento, pudo comer por su mano, escribir y tenerse en pié.

Tornó Doña María á poner de los polvos en la alcarraza, tomando esta segunda vez la precaución de colocarla en donde nadie la viese, y bien cubierta con un lienzo atado á la boca. Al cabo de algunas horas, hubo de descubrirla, y aquí fué su sorpresa al encontrar sobrenadando otro panecito con la imagen de Santa Teresa y un Jesús. Ya no era posible dudar del prodigio, porque si bien es verdad que las tales efigies eran las correspondientes á los sellos que para formar los panecillos se usaban, ningún sello, ni panecito guardaban en casa, que pudiera dar ocasión á fundadas sospechas. Atónita Doña María con la novedad, comunicó á su hermano lo ocurrido, el cual muy prudente y avisado, recibiólo con reserva. Instado por ambos consortes, presenció á otro día la misma diligencia de echar los polvos referidos en la alcarraza, que él cuidó antes de examinar, y de poner á buen recaudo. Pasadas algunas horas, fué descubierta, y vieron con asombro reproducido el prodigio. Desde luego pudiera Juan Pérez dar fe del hecho, pues era escribano real, mas con el fin de alejar sospechas, hizo venir á otro escribano, delante del cual repitióse la maravilla, y de ello dió testimonio muy por menudo. El suceso fuese continuando, saliendo unas veces estampado el Espíritu Santo sólo, y otras el Espíritu Santo, con el versillo *Misericordias Domini in æternum cantabo*. Había ocasiones en que el panecito se quedaba sumergido en el fondo de la vasija, y la harina que después de formado sobraba, rodeábale á modo de aureola que le hermo seab a.

Llegada la noticia del prodigio á oídos del Capitán D. Juan Chavaría Valera, á quien la familia del Dean estaba muy obligada, pidió uno de los panecitos forma-

dos en la alcarraza. Deseando complacerle, buscáronse los polvos de otras veces, mas ninguno hallaron por estar todos gastados. Afligióse Juan Pérez por no poder servir al amigo, pero Doña María que guardaba un panecillo de los que hacía la M. Andrea, molióle en un almirez, y vació la harina resultante en la célebre alcarraza. Descubierta al cabo de una hora, encontróse el panecito, formado del mismo tamaño y con el mismo sello que tenía el molido. Ocurrióseles echar los polvos de dos panecillos, y formáronse de ellos otros dos, cada cual con sus sellos y señales propias. Más de una vez de la harina de dos panecillos, resultaron tres, y hasta cuatro, como aconteció el 19 de Octubre de 1673 en presencia del escribano, y de varios sacerdotes.

Deseando el P. Fr. Diego de Jesús ver como se realizaba el prodigio, fué á casa del señor Dean, y á sus ruegos echó Doña María los polvos en la alcarraza. Púsose de rodillas, y estuvo observando como se recogían en el fondo de la vasija, apareciendo luego formado el prodigioso panecito, á la manera que desvanecida la nube, déjase ver la luna que tras ella se oculta.

Un día en que el señor Dean había celebrado misa cantada en honor de la Santa en el convento de Regina Celi, dieron á su sobrinito Nicolás de Rivera, un panecito del sello grande de Jesús. Vuelto éste á casa, y sabiendo que se trataba de moler dos panecitos, rogó á su tío fuese uno el que él tenía. El señor Dean, juzgándolo impertinencia pueril, no hizo caso, y el muchacho retiróse malcontento, llorando porque no había conseguido su pretensión. Mientras tanto Doña María molió dos panecitos escojidos por su hermano, y echados los polvos en la alcarraza, al cabo de más de una hora volviéronse á formar como de ordinario sucedía. Sacados del agua, formóse á poco rato de la harina sobrante otro tercer panecito del mismo tamaño y

forma que el del niño Nicolás. Para más asegurarse el señor Dean, hizo venir á toda prisa al sobrino, y preguntándole por el panecillo, sacóle éste al punto de la bolsa, donde le traía envuelto en un papel, y pudo observar el tío que era en todo semejante al formado en la alcarraza.

Otro caso especial aconteció por el mes de Octubre de 1671. Habiéndose formado dos panecitos cerca de la una del día, colocados en una salvilla, púsolos el señor Dean á secar sobre el ara del oratorio, que cerró con llave, y fué á visperas. De vuelta en casa, entró en el oratorio, y, registrando las salvillas, encontrólas en la posición que las había dejado, pero los panecitos no estaban dentro. Pocos días después volvió á poner en las dichas salvillas, que colocó también sobre el ara del altar, otros dos panecitos, y, yéndoles á buscar, tampoco los halló. Espantado de la novedad, dejó las salvillas vacías á un lado del altar y, mirándolas al cabo de tres días, encontró en ellas los desaparecidos panecitos.

Todo lo dicho hasta aquí acerca de la maravillosa formación de los panecillos, está extractado de una relación, enviada desde Méjico por D. Juan de la Barrera á la Madre Luisa de la Santísima Trinidad, Priora del monasterio de Alba. Y para concluir traeré el milagro de que dicho señor fué testigo, tal cual él mismo le refiere.

«Una esclava mía casada, dice, tenía un niño de edad de dos meses aun no cumplidos. Traíalo en los brazos un mancebo de hasta diez y seis ó diez y siete años; y subiendo con él una escalera de piedra, perdió ambos piés en un escalón, y dando su cuerpo sobre los otros, le cupo al niño un golpe en el canto de una losa por encima de la sién y la oreja derecha; llegué á toda diligencia á ayudar á levantarla, porque no podía con el embarazo del niño, al cual cogiendo en los bra-

zos, según le ví los movimientos de ojos y rostro, tuve por sin duda que espiraba. Viendo semejante suceso, me fuí con él á una imagen de la Santa, dándole voces, y cogiendo el panecito que tengo se le puse en la cabeza en la parte donde ví que el golpe le había levantado una hinchazón tan alta, como un grueso dedo; y al punto empezó á serenarse el niño, y abriendo los ojos, empezó á llorar á la madre que había llegado afligida al suceso; hícele que le diese el pecho, y al punto le tomó con tanto aliento, como si tal trabajo no hubiese pasado, quitándosele instantáneamente la hinchazón que el golpe le había levantado, sin quedarle cardenal, ni otra señal alguna. Aunque le ví en este estado con grande consuelo mío, y creyendo haber sido evidente milagro de la Santa, con todo quedé receloso de que habiendo sido tan fiero el golpe, y en tan tierno sujeto, no le hubiese quedado el casco lastimado: y así haciendo yo llamar á un cirujano, y dándole relación de todo el suceso, y mostrándole la escalera, y losa donde había sido el golpe, le reconoció toda la cabeza y le halló sin daño, ni lesión alguna, y admirado dijo: que, según yo le decía haber sucedido, no era cosa que naturalmente podía haber sucedido, sin que el niño dejase de haber muerto; de donde entendía ser evidente milagro de la Santa» (1).

Hasta con el polvo del sepulcro, donde primero estuvo enterrada la Santa, se han hecho repetidos milagros, aunque sólo referiré uno, publicado por el Arzobispo de Génova en 4 de Mayo de 1702.

María Vitoria de Santa Teresa, religiosa Carmelita de unos veinte y siete años de edad, además de ciertos vértigos ó vahídos que le daban, padecía de una parálisis que comenzando por el dedo pequeño de la mano

(1) Año Ter. t. IV. p. 378.

derecha, habiase extendido por todo el brazo y costado. Los dichos vahidos eran de tal naturaleza, que la dejaron privada de la vista. Los médicos no sabían que hacer con ella. Desde últimos de Octubre del 1700 hasta el 23 de Enero del año siguiente, habíanla sacado la enorme cantidad de diez ó doce libras de sangre, encontrándose al fin de este tiempo con síntomas más alarmantes; y tanto, que los facultativos pensaron moriría de algún ataque apoplético. La enferma religiosa, viéndose desahuciada de los médicos, acudió á la intercesión de Santa Teresa, y pidió con instancia le diesen un poco de polvo de una efigie, formada de la tierra extraída del dicho sepulcro. Recibiólo con grandísima devoción y confianza, y de repente recobró la vista, movió la cabeza y desaparecieron todos los males. Para que mejor se conociese haber sido milagro, apareció desde luego más llena de carnes, y con color más sano del que antes de caer enferma tenía.

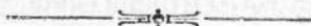
Pondré fin á este capítulo con el caso ocurrido en tiempo de la Francesada en el monasterio de Carmelitas Descalzas de Alcalá de Henares.

El día dos de Diciembre de 1808 con motivo de la entrada de los franceses en dicha población, hubieron de abandonar sus conventos las comunidades religiosas, á fin de no ser por aquellos atropelladas. Las Carmelitas fueron las últimas en salir de su amado convento. Llegado el momento, con el apresuramiento y turbación propios de las circunstancias, ni siquiera se les ocurrió el poner á salvo las reliquias que se guardaban en la celda llamada de la Santa, donde también había una preciosa escultura representando á la Madre Teresa en ademán de escribir. La Prelada del monasterio, Isidora de la Santísima Trinidad, viéndose en la precisión de salir precipitada, dejando todo aquello abandonado, entróse en dicha celda, y animada de gran

confianza, dijo, dirigiéndose á la mencionada imagen: Madre mía, cuando vivías en este mundo fuiste amantísima de la virtud de la obediencia, y nunca os cansásteis de recomendarla á vuestras hijas. Ahora nos vamos, y vos aquí quedáis; y por el oficio de prelada que tengo, os encargo que no os dejéis ver de los franceses. Tal dijo la candorosa priora en aquellos momentos de angustia y desconcierto, y la verdad es que le valió, según después manifestó el suceso.

Apoderados los franceses de Alcalá, todo lo invadieron. Entrando en el monasterio de las Carmelitas, fuéronse corriendo á la celda de la Santa, con intento de forzar la puerta ó hacerla pedazos con un hacha. Por más golpes que dieron, no pudieron hacer saltar la cerradura, y viendo que eran inútiles sus esfuerzos, acudieron los invasores á una ventana de la dicha celda. Quisieron deshacerla á balazos, pero después de infinitos disparos, y fatigados lo increíble, nada consiguieron. Empeñados todavía en penetrar en la celda, que por ninguna vía podían abrir, entraron en la de la priora, contigua á la de la Santa. Comenzaron á perforar el tabique que las separaba, y ya no les faltaba mas que como el canto de un duro, cuando cansados de tanto trabajar en vano, desistieron de su intento, y se fueron. Lo más admirable fué, que junto á la ventana de la priora habíase quedado olvidada la llave de la celda de la Santa, y con haber entrado en aquella tantos franceses, á ninguno se le ocurrió el probarla.

Cuando tornaron las pobres monjas á su convento, y vieron la llave donde estaba, y supieron el empeño de los franceses por penetrar en la celda de las reliquias, no pudieron menos de reconocer el dedo de Dios, y lo mucho que les habia favorecido la Santa Fundadora, celosísima del cumplimiento de la obediencia.





CAPÍTULO VIII.

*De los escritos de la Santa.—El libro de su Vida.—
El Camino de Perfección.—Conceptos del amor de Dios,
—Exclamaciones ó meditaciones del alma á su Dios.—
El Castillo interior ó las Moradas.—Cómo nuestra
Madre era ayudada maravillosamente de Dios para
escribir dicha obra.—El libro de las Fundaciones.—
Las cartas.—Poesía escogida,*

UNA de las cosas que más han enaltecido el nombre de Santa Teresa, han sido sus admirables y nunca bien ponderados escritos. Ellos le han merecido justamente el honorífico título de Mística Doctora, y por ellos vivirá eternamente en la memoria de las generaciones venideras. ¡Qué gracia en el decir! ¡qué pureza de doctrina! ¡cuánta claridad y sencillez en exponerla y cómo cautiva el corazón! Con la sublimidad de sus celestiales conceptos, lo mismo asombra al sabio, que regala al ignorante, y presta luz y aliento al descaminado y flaco. Á todos hace amable la virtud, y asequible la oración y trato

con Dios. Y como sus palabras salían de pecho abrasado en amor divino, avivan la llama de la caridad en quien las lee, y deshaciendo el hielo de la tibieza, enfervorizan el espíritu, y engendran hastío á las cosas de la tierra. Por eso hombres gravísimos dijeron de Teresa, que no era simple escritora y santa, sino voz del Espíritu Santo que clama en el desierto de este mundo, llamando á todos á las bodas del Cordero, y al deleitoso lecho de Salamón.

Cúmplenos dar en este capítulo noticia breve de tan admirables escritos, diciendo cuándo y por qué los compuso la Madre Teresa; qué es lo que en cada uno de ellos trata; y dónde se encuentran al presente la mayor parte de sus estimadísimos autógrafos.

No haremos aquí mención del libro novelesco que con la intervención del hermanito Rodrigo escribió allá en sus primeros años, imitando los de caballerías á cuya lectura, con desdoro de su cándida alma, había-se aficionado en demasía. Queríala el Señor escritora, no de cuentos y de fábulas, sino de conceptos más sublimes, y dignos de mayor estima. Aprovechóle, sin embargo, la dicha lectura de libros frívolos, en sí más nociva que provechosa, para poder escribir después, según frase de Fr. Luis de León, con elegancia desafeitada, que deleita en extremo.

El primer libro que, siendo ya religiosa, brotó de la pluma de Teresa, fué la relación de su Vida, llamado por ella misma: *Libro de las misericordias de Dios*. Tiene dicho escrito muchos puntos de contacto con el de las *Confesiones de S. Agustín*; porque en él la Mística Doctora, así como en el suyo el humildísimo Obispo de Hipona, pondera sobremanera sus pecados; cuenta con tanta sencillez como verdad las extraordinarias mercedes recibidas, y no pudiendo contener la llama del amor que arde en su pecho, desata la len-

gua en alabanzas del Señor. ¿Quién le podrá leer, si quiera sea con mediana atención, que no saque de él grandísimo provecho para su alma, y cobre especial cariño á la inclita Reformadora del Carmelo? Dos veces le escribió, y ambas por indicación de sus confesores, los cuales á la vez que se proponían en ello examinar con detenimiento el espíritu de aquella alma privilegiada, deseaban también que todo el mundo se aprovechara de la celestial doctrina que en dicho libro había de derramar, aprendida no en cátedras de filosofía y teología, sino en la escuela del Espíritu Santo.

Comenzóle la primera vez por mandado del P. Dominico Fr. Pedro Ibáñez el 1560 ó 1561, y le acabó, estando en Toledo en casa de Doña Luisa de la Cerda, por Junio del 1562. Ninguna otra noticia se tiene del mencionado escrito, é ignórase al presente dónde se pueda encontrar. Movióse á escribirle segunda vez, por habérselo ordenado el Mtro. Fr. García de Toledo, y por tener entendido que tal era la voluntad de Dios. Redactóle esta segunda vez con distinción de capítulos, y algunas adiciones, en especial lo perteneciente á la fundación de S. José de Ávila. Y por la relación que hace de algunos sucesos se deduce que no debió de terminarle acaso hasta el 1566. Enviado al V. Ávila, á instancias de la Santa, volvió á manos de la misma el 1563 con la censura favorable de que ya tiene noticia el lector. Poco después de la fundación de Pastrana, hallábase en poder de la Inquisición, por haberle delatado la princesa de Évoli, desechada de que nuestra Madre no accediera á sus exigencias. El Cardenal Quiroga le dió á examinar á Fr. Hernando del Castillo, y leyóle también él mismo, quedando sumamente complacido de la sana y edificante doctrina que contenía. El 1575 emitió el P. Báñez su censura favorable al dicho libro, pero tuviéronle guardado en la Inquisición

hasta que yendo la V. Ana de Jesús en 1586 á la fundación de Madrid, le sacó de su poder, para entregarle al M. León, encargado de revisar así éste como otros escritos de la Santa, con el fin de darlos á la imprenta. Consérvase autógrafo en el Escorial, y gracias á la diligencia y celo del Sr. Lafuente le encontramos al presente reproducido por la foto-litografía, pudiendo admirar los amantes de la Madre Teresa, sin necesidad de acudir al original, los rasgos de su inspirada pluma.

Quien guste de sinceridad y llaneza, y de naturalidad encantadora, lea y relea este escrito, donde tan bien se trasparenta el alma gigante y humilde de la Madre Teresa. No ha faltado, sin embargo, un desdichado escritor que mal avenido con la virtud y belleza moral, y alardeando de crítico imparcial, se haya atrevido á infamar el buen nombre de la Santa, presentando al público, de repugnante manera y del todo contrahecha la gran figura del Carmelo.

Casi al mismo tiempo que su Vida, escribió la Santa otro libro no menos admirable que el precedente, intitulado: *Camino de Perfección*, ó por otro nombre, *del Pater Noster*; porque declarando en él la oración Dominical, sin salir de ella, encamina á sus religiosas á la cumbre de la perfección.

Ya en el libro de las *Misericordias de Dios* había apuntado la Santa Madre acertadísimos documentos para el aprovechamiento espiritual de las almas. Mas no parecía conveniente que en vida de la autora se divulgase lo que tocaba á visiones y revelaciones, y el P. Báñez le indicó que pusiera en tratado aparte las cosas de oración, de tal modo que las religiosas, cualquiera que fuese el camino por donde Dios las llevase, encontraran en él luz y guía para no errar. Teniendo de esto noticia las fervorosas Carmelitas de S. José de Ávila, importunaron á la Santa Fundadora para que

les dejase escrito lo que en materia de espíritu les pudiera servir de grandísima utilidad, y tan bien aprendido tenía ella por experiencia propia.

Accediendo la cariñosa Madre á los ruegos de sus amadas hijas, compuso el *Camino de Perfección* en 1562, siendo Priora del monasterio de S. José de Ávila, y le volvió á escribir con más esmero en 1569, hallándose en Toledo, y cuando ya tenía fundados otros varios conventos. Como en él se dirige á sus monjas, pónelas primero delante el fin de su vocación y llamamiento á la Descalcez Carmelitana, que consiste en seguir con toda perfección los consejos evangélicos, ocupadas de continuo en hacer fuerza al Señor con oraciones y penitencias, para que dé luz y aliento á sus ministros, dedicados á defender la Religión Católica, y á llevar al buen camino á las extraviadas almas. Trata después de remover los obstáculos que impiden el abrazar la vida perfecta, y con suavidad encantadora arrastra los corazones en pos de la virtud, haciéndola tan amable, que no hay voluntad tan rebelde y obstinada, que no se ablande al calor del fuego de amor divino que respiran todas las páginas.

Y aunque dicho libro fué escrito principalmente para las religiosas, no por eso deja de ser de grandísimo provecho para todas las almas cristianas; porque á cada uno en su estado le es dado practicar la virtud con la ayuda de la gracia, la cual de ordinario solo se alcanza mediante la oración. Cómo se ha de hacer ésta con fruto, enséñalo admirablemente la Santa, acomodándose en sus advertencias y consejos á las diversas índoles y espíritu particular de cada uno.

El primer original de tan precioso libro, ó sea el proto autógrafo, consérvase en el Escorial, y es el que debido á los sacrificios y desvelos del dignísimo Don Francisco Herrero, puede el público disfrutar repro-

ducido exactamente por el arte de la foto-litografía, con los mismos trazos y enmiendas de la Santa. El segundo original venérase en las Carmelitas Descalzas de Valladolid (1).

Hacia el 1566 escribía la Santa lo que no ella, sino otros han titulado: *Conceptos del amor de Dios sobre algunas palabras de los Cantares de Salomón*. El comentar é interpretar la Sagrada Escritura, por mujeres sobre todo, cuando el Protestantismo con su libre examen hacía tantos extragos, era materia bien delicada por cierto; y quizá fuera esto lo que movió al gravísimo P. Yanguas á mandar recoger y quemar dicho escrito. Obedeció puntualmente la humildísima Madre, mas pudo llegar hasta nosotros una copia que cierta monja había sacado furtivamente, y puesto á disposición de la Duquesa de Alba, Doña María Enríquez de Toledo, la cual copia fué aprobada por el P. Báñez, estando en Valladolid, á 10 de Junio de 1575.

En este escrito, tomando la Santa por tema algunos palabras de los Cantares, va discurrendo por la paz y delicias de que goza el alma en los diversos grados de oración sobrenatural á que el Señor la levanta.

Otro opusculito tenemos que en lo tierno y afectuoso se da la mano con el anterior. Intitúlase: *Exclamaciones ó meditaciones del alma á su Dios*, y le escribió la Santa, según el parecer de Fr. Luis de León, hacia el año 1569. Compónese de algunas meditaciones

(1) El Sr. Herrero ha tenido el feliz pensamiento de poner á la par del Traslado del original del Escorial, el de Valladolid. Con esto tenemos juntos los dos originales, y el lector se recrea y deleita, advirtiendo las diferencias entre uno y otro. Además, da curiosas noticias de varias copias de este libro corregidas por la Santa, y de sus principales variantes. Al original de Valladolid es al que de ordinario han seguido en las varias impresiones que se han hecho de las obras de la Mística Doctora.

sueltas, coloquios tiernísimos con su amado, desahogos de un alma herida de amor divino, y todo él puede considerarse como un himno de alabanzas, y tributo de sincero agradecimiento á las bondades del Señor. De cuando en cuando prorrumpe en sentidas quejas al considerar las ofensas que de continuo se hacen á un Dios tan amable, que tiene sus delicias en conversar con los hombres, y comunicarles á manos llenas los tesoros inagotables de su gracia.

El Libro más notable de la Santa por la elegancia del estilo, corrección del lenguaje, riqueza de imágenes, elevación de ideas y profundidad de pensamientos, es sin duda alguna el *Castillo interior ó las Moradas*. El motivo que nuestra Madre tuvo para escribir dicha obra, manifiéstale bien claramente el dignísimo Obispo de Tarazona en la relación enviada á Fr. Luis de León, cuando éste se disponía á componer la Vida de la Santa.

Era el año de 1577. La Descalcez Carmelitana en este tiempo hallábase en grandísimo aprieto; y la Santa en cumplimiento de las disposiciones del Capítulo General de Placencia, habíase retirado al monasterio de Toledo. Estando aquí, mandáronla escribir alguna cosa de oración para sus monjas; mas tenía el natural tan desfallecido, y tan flaca la cabeza de la multitud de negocios, á que por fuerza había de atender, que le parecía imposible hacer cosa de provecho. Insistieron sin embargo el Dr. Valázquez, su confesor, y el P. Gracián en que escribiese; y como nuestra Madre era esclava de la obediencia, con la confianza puesta en Dios, resolvió tomar la pluma.

Determinada á escribir, y discurrendo acerca del argumento que había de escoger para dar comienzo á la obra, á tiempo que andaba con grandísimos deseos de ver la hermosura de un alma en gracia, plugo al

Señor favorecerla con una visión admirable, mediante la cual, á la vez que satisfacía los piadosos deseos de su Sierva, proporcionábale materia abundante y oportuna para el libro que había de escribir. «Víspera de la Santísima Trinidad, dice el P. Yepes, pensando (la Santa) qué motivo tomaría para este tratado, Dios que dispone las cosas en sus oportunidades, cumplióle este su deseo, y dió el motivo para el libro. Mostróle un globo hermosísimo de cristal á manera de castillo con siete moradas, y en la séptima que estaba en el centro, al Rey de la gloria, con grandísimo resplandor, que ilustraba y hermozeaba todas aquellas moradas hasta la cerca; y tanta más luz participaban cuanto más se acercaban al centro. No pasaba esta luz de la cerca, y fuera de ella todo era tinieblas y inmundicias, sapos, víboras y otros animales ponzoñosos. Estando ella admirada de esta hermosura, que con la gracia de Dios mora en las almas, súbitamente desapareció la luz, y, sin ausentarse el Rey de la gloria de aquella morada, el cristal se cubrió de oscuridad, y quedó feo como carbón, y con un hedor insufrible; y las cosas ponzoñosas, que estaban fuera de la cerca, con licencia de entrar en el castillo. Y se la dió á entender que en tal estado quedaba el alma que está en pecado mortal. Esta visión quisiera esta Santa Madre que vieran todos los hombres, porque le parecía que ninguno de los mortales que viese aquella hermosura y resplandor de la gracia que se pierde por el pecado, y se muda súbitamente en estado de tanta fealdad y miseria, sería posible atreverse á ofender á Dios...., Tomó de aquí motivo para escribir el libro de oración que la mandaron; porque entendió por aquellas siete moradas del castillo, siete grados de oración, por los cuales entramos dentro de nosotros mismos; entonces llegamos al centro del castillo y séptima morada donde está Dios,

y nos unimos con él por unión perfecta, cual en esta vida se puede tener, participando de su luz y amor» (1).

Comenzando, pues, la Santa por hacer exactísima descripción del alma que se encuentra en pecado mortal, pintando con vivos colores las miserias propias de tan triste estado, va siguiéndola paso á paso desde que, rotas las cadenas de la culpa que la detenían fuera de la cerca, se determina á entrar en el castillo, hasta que, mediante el ejercicio heróico de las virtudes, y la negación más completa de sí misma, penetra en la última morada, donde reside el Rey de la gloria. Y para que con más acierto pudiera desenvolver el pensamiento, poníala el Señor en los diversos grados de oración, según que los iba escribiendo. Satisfecha la Santa de su obra, ó mejor, de la obra de Dios, porque el reconocer el mérito donde le hay, no está reñido con la humildad, escribía á uno de sus confesores, refiriéndose en sentido metafórico al libro de las *Moradas*: «Sábese cierto que está en poder del mesmo (del Cardenal Quiroga) aquella joya (el libro de su Vida) y an la loa mucho, y así, hasta que se canse de ella no la dará, que él dijo se la miraba de propósito; que si viniese acá el Sr. Carrillo, dice, que vería otra que, á lo que se puede entender, le hace muchas ventajas; porque no trata de cosa, sino de lo que es Él, y con más delicados esmaltes y labores, porque dice que no sabía tanto el platero que la hizo entonces, y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá. Hizose por mandado del Vidriero (Su Majestad) y parécese bien, á lo que dicen» (2).

(1) Vid. de S. Ter. t. II p. 9.

(2) Carta CLXXI.

Dió principio la Santa á esta obra en 2 de Junio de 1577, continuóla en Segovia y Medina, y la acabó en Ávila, vispera de S. Andrés del mismo año. De la asistencia especial de Dios que para escribirla tuvo, hay varios testimonios. Hacíalo de ordinario después de comulgar. Estando una noche en Toledo trabajando en ella, entró á darle un recado María del Nacimiento, á tiempo que la Santa había comenzado un cuaderno. Quitándose los anteojos para oír el recado, antes de abajar las manos, quedóse arrobada en aquella postura por algunas horas. María del Nacimiento, que no la perdió de vista, mientras permaneció en aquel dichoso arrobamiento, observó con asombro cómo el papel que antes estaba en blanco, vuelta ya en sí la Santa de aquel extasis sublime, tenía escrito de su misma letra; y para que la dicha religiosa que estaba presente no advirtiese el prodigio, arrojó al descuido el cuadernillo en una arquilla.

De Segovia depone Ana de la Encarnación en esta forma: «Una noche escribiendo las Moradas, vi desde la puerta de su celda, á donde estaba esperando si quería algo, que tenía el rostro con una luz muy clara, y esto le duró, y vi por tiempo de una hora, que sería hasta las doce de la noche, que se dejó de escribir, y al punto que dejó el cuaderno se le quitó el resplandor, y parecía que estaba á oscuras, para como estaba con el resplandor; y cuando escribía iba con tanta priesa, y sin detenerse á borrar ni enmendar, que bien parecía ser cosa milagrosa. Yo estaba con mucho cuidado mirando lo que pasaba, y así ví que acabada de escribir la Santa, se hincó de rodillas, y extendió los brazos en cruz, y se estuvo así en oración con los brazos tendidos, sin menearse, ni temblar, más de tres horas, que sería hasta las tres, que fué cuando se levantó, y

· VIDA DE S^{TA} TERESA DE JESUS ·



*Escribe las Moradas
con ayuda del Cielo.*

se fué á reposar; y esto no lo he dicho á nadie hasta ahora» (1).

Con tales poderosas ayudas, bien podía la obra de Teresa salir rica, bella, primorosa, y la más sublime de cuantas brotaron de su fecunda pluma. Venérase el original de tan inestimable escrito en las Carmelitas de Sevilla, ricamente encuadernado con tapas de plata, adornadas de hermosísimos esmaltes, debido á la piedad y munificencia de Doña Juana de Mendoza, que, siendo aun novicia, le hizo poner en la manera dicha.

Otro de los libros que escribió la Santa, es el de las *Fundaciones* de los monasterios de monjas, y de los dos primeros de frailes, el cual viene á ser como la continuación y complemento del de su *Vida*. En él entreteje diestramente con la historia, altísimos conceptos, oportunos avisos, y provechosísimos documentos para la vida religiosa. Estando en S. José de Ávila, antes de salir á otras fundaciones, escribió por indicación de Fr. García de Toledo la de dicho monasterio, la cual incorporó al libro de su *Vida*. Por ordenación del P. Ripalda, hizo la historia de la de Medina y siguientes, hasta la de Segovia exclusive. Después de esto, como le pareciese imposible concertar nada de provecho por la poca salud de que gozaba, y la multitud de negocios á que había de atender, dijole Su Majestad: *Hija, la obediencia da fuerzas*; y movida de tan amoroso aviso, púsose á continuar el relato de las fundaciones, y llegó hasta las hechas en 1573. En Toledo, de vuelta de Sevilla, añadió por mandamiento del P. Gracián las de cuatro monasterios más, y acabó de cerrar dicho libro de las *Fundaciones* con la de Burgos, cuando ya le restaban pocos días de vida. Consérvase también autógrafo en el Escorial, y así como el Camino de Perfección,

(1) Escrit. de S. Ter. t. II. p. 389.

y la Vida, ha sido reproducido por medio de la fotolitografía.

Como la Regla de S. Alberto, que la Santa se había propuesto seguir, estaba dada para hombres, y no para mujeres, la Santa, sin apartarse del espíritu de la misma, autorizada en 1562 por el Papa Pio IV, formó las Leyes ó Constituciones para sus hijas de S. José de Ávila, las cuales Constituciones sirvieron después, con aprobación del Rmo. Rubeo, para los demás monasterios de Carmelitas Descalzas: En el Capítulo de Alcalá, celebrado en 1581, fueron de nuevo redactadas con algunas modificaciones propuestas por la celosa Fundadora, cuando ya tenía más experiencia. Cuidó de imprimirlas el P. Gracián con una carta á la Santa Madre, y las envió á los conventos; pero nunca formó este escrito parte de la colección de sus obras. La M. Jerónima de la Encarnación, sobrina del Excmo. Quiroga, y Priora de Medina dice se las comunicó Dios en la oración, y que así lo clamaba la insigne Alberta Bautista, confidentísima hija de la Santa. Los Prelados de la Orden las han tenido siempre en tal veneración, que jamás se han atrevido á tocarlas. Y la V. M. Ana de Jesús dice en su deposición: «que las aprobó Sisto V en 5 de Junio de 1590, y que á él y á los Cardenales de la Congregación les pareció se debían confirmar, diciendo no habían visto Constituciones de Religión más concertadas y bien ordenadas. Y quiso el Pontífice que no sólo firmase el Breve el Cardenal Regente, sino todos los de la Congregación, diciendo que cosa de tan gran servicio de Dios y bien de la Iglesia, convenía la aprobasen, y firmasen todos.» Conservóse el libro original de las Constituciones hasta principios de este siglo en poder de las religiosas de Medina del Campo, de donde fueron trasladadas al archivo de la Orden en Madrid, ignorándose al presente su paradero.

Atendiendo siempre nuestra Madre solícita al mejor gobierno de las religiosas, compuso poco antes de morir el *Modo de visitar los conventos*. Dicho escrito, sembrado de oportunos avisos y sabias advertencias, sirve de luz y guía para que los que han de visitar los monasterios de Carmelitas Descalzas, lo hagan con fruto. El original se encuentra en el Real monasterio de San Lorenzo, y también ha sido fotografiado á expensas del Sr. Herrero.

Al final del *Camino de Perfección* corren impresos sesenta y ocho *Avisos* sueltos de la Madre Teresa, encerrando cada uno de ellos en breves palabras algún pensamiento ó sentencia de gran provecho para los que tratan de perfección. En tanto estimaba la Santa estos *Avisos* que se los mandó á D. Teutonio de Braganza, para que, juntos con el *Camino de Perfección*, los hiciera imprimir. Así lo están en la edición de Évora de 1583, en la que hizo el P. Gracián en Salamanca en la imprenta de Foquel año de 1585, y en otra tercera edición que por encargo del Patriarca D. Juan de Rivera publicó en Valencia al año siguiente el librero Pedro de Huete.

También guardaba la Santa un cuaderno reservado, donde tenía apuntadas algunas mercedes extraordinarias, y varias relaciones de cosas que tocaban á su conciencia, no incluidas en el libro de la Vida, el cual dejó encerrado con el siguiente sobrescrito: *Son cosas de mi conciencia, nadie las vea, aunque yo muera, sino dense á mi confesor, el P. Fr. Hierónimo Gracián.*

Más de cuatrocientas cartas se conservan impresas de la Santa, teniendo que lamentar la pérdida de otras muchas que habrán desaparecido para siempre. La primera de que tenemos noticia, encuéntrase dirigida á D. Lorenzo de Cepeda con fecha 31 de Diciembre de 1561, y no es creíble que hasta entonces ninguna otra

carta escribiera. Comenzado el periodo de las fundaciones, fué forzoso mantener correspondencia continua con todo género de personas, llegándose á lamentar más de una vez de tan enojosa tarea. Cuando la necesidad lo pedía, con la misma libertad se dirigía al rey, que á la más humilde de sus monjas. Como ella era el alma de la Descalcez, de todos los conventos acudían con quejas y consultas, á que había de contestar con la prudencia y tino que la caracterizaban. Las cartas dirigidas á los parientes y amigos en ocasión de algún contratiempo y desgracia, contienen doctrina de tanto consuelo y provecho, que quien las lea, no puede menos de encontrar alivio en sus penas.

Como modelo de cartas donde la Santa muestra su grandísima discreción y prudencia, y el irresistible poder de sus peculiares insinuaciones, copiaremos la que en cierta ocasión escribió á Doña María de Mendoza en Valladolid. Parece que dicha señora deseaba meter monjas en las Carmelitas á dos doncellas, una de las cuales tenía el defecto de ser tuerta, y la otra no satisfacía del todo por sus cualidades. Había nuestra Madre de mirar por el bien de sus hijas, y hacía-sele recio no complacer á quien en manera alguna quisiera disgustar. Puesta en tal compromiso, toma la pluma, y después de hacer relación de los males que la aquejaban, comienza por decir: «Ahora, porque de todas maneras padezca, me escribe la madre priora de esa casa de V. S. que quiere V. S. se tome en ella una monja y que está V. S. disgustada, que se lo han dicho, porque yo no la he querido tomar, que le envíe licencia para recibirla, y otra que tray el P. Ripaldá. Pensado he que la han engañado. Darmehía pena si fuese verdad; pues V. S. me puede reñir y mandar; y no puedo yo creer que si no es por librarse V. S. de ellos, esté de mí disgustada, sin decírmelo, sino que

por esto V. S. lo muestra. Si esto fuese así, daríame mucho consuelo, que con esos padres de la Compañía yo me sé avenir, que no tomarían ellos á nadie que no conviniese á su Orden, por hacerme merced. Si V. S. lo quiere mandar determinadamente, no hay para que hablar más en ello; que está claro, en esa casa y en todas puede V. S. mandar, y ha de ser obedecida de mí. Enviaré á pedir la licencia al padre visitador, ó al padre general, porque es contra nuestras constituciones tomar con el defecto que tiene, y no podré yo dar la licencia contra ellas, sin el uno de ellos, y ellas aprenderán bien á leer latín, porque está mandado no se reciba ninguna sin saberlo.

Por descargo de mi conciencia no puedo dejar de decir á V. S. lo que en este caso yo hiciera, después de haberlo encomendado al Señor. Dejo aparte, como digo, el quererlo V. S. que, por no enojarla, á todo me he de disponer, y no hablaré en ello más. Solo suplico á V. S. que lo mire bien, y quiera más para su casa; que cuando V. S. no vea le esté muy bien le ha de pesar. Á ser casa de muchas, puédesse mejor sobrellevar cualquier falta; más adonde son tan pocas, de razón habían de ser escogidas; y siempre he visto á V. S. con esa intencion; tanto, que para todos cabos hallo monjas, y á esa casa no he osado enviar ninguna, porque deseaba fuese tal, que tan cabal como para ahí la quisiera, no la he hallado. Y así por mi parecer ninguna de esas dos ahí se recibiera, porque ni santidad, ni valor, ni tan sobrada discreción, ni talentos yo no los veo, para que la casa gane. ¿Pues si ha de perder para qué quiere V. S. que se tomen? Para remediarlas hartos monasterios hay, y donde, como digo, por ser muchas, se sobrellevan mejor las cosas; que ahí la que se tomase, cada una había de ser para ser priora, y cualquier oficio que se la ofreciese.

Por amor de nuestro Señor, que V. S. lo mire bien y vea que siempre se ha de mirar más al bien comun, que al particular; y que pues están allí encerradas, y han de hacer vida unas con otras, y llevar sus faltas con otros trabajos de la Orden, (y éste es el mayor cuando no aciertan,) que V. S. las favorezca en esto, como en todo nos hace merced. Libremelo V. S. á mí, si manda; que como digo, yo me avendré con ellos. Si es que todavía V. S. lo quiere, hase de hacer lo que V. S. manda, como he dicho, y á cargo de V. S. será, si no sueediere bien. Esa que dice el P. Ripalda no me parece mal para otra parte. Para ahí están á los principios; que se ha de mirar no desdorar la casa. Ordénelo el Señor como más sea para su gloria, y dé á V. S. luz para que haga lo que conviene, y guardénosla muchos años, como yo le suplico; que de esto no me descuido, aunque más mala estoy..... Escríbame V. S. (digo, que lo mande V. S.) lo que en todo es servida que haga, que creo con dejarlo en la conciencia de V. S. aseguraré la mía, y no pienso hago poco en esto, que en todas nuestras casas no se hallará monja con tan notable falta, ni yo la tomara por cosa. Paréceme mortificación continua para las demás, por andar siempre tan juntas; y como se quieren tanto, siempre las hará lástima» (1).

Ignoro el partido que, leida la dicha carta, tomó la piadosa señora; pero bien podemos asegurar que quedaría rendida y vencida, como lo habían quedado otros muchos que en cuestiones análogas habían tenido que habérselas con la Santa. Bien decía el P. Manso, obispo que fué de Calahorra, que más quería argüir con cuantos teólogos había, que no con la M. Teresa.

Y para muestra de cómo solía escribir cuando se

(1) Car. XXVII.

dirigía á álguien necesitado de consuelo por haber perdido algún ser querido, ahí van las sigientes líneas que son el mejor bálsamo para curar dolores y penas del corazón. «La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced, y la dé fuerzas espirituales y corporales para llevar tan gran golpe, como ha sido este trabajo; que á no ser dado de mano tan piadosa y justa, no supiera con qué consolar á vuestra merced, según á mi me ha lastimado. Mas como entiendo cuán verdaderamente nos ama este gran Dios, y se que vuestra merced tiene ya bien entendido la miseria y poca estabilidad de esta miserable vida, espero en su Majestad dará á vuestra merced más y más luz, para que entienda la merced que hace nuestro Señor á quien saca de ella, conociéndole; en especial pudiendo estar cierta, según nuestra fé, que esta alma santa está á donde recibirá el premio conforme á los muchos trabajos que en esta vida ha tenido, llevados con tanta paciencia. Esto he yo suplicado á nuestro Señor, y muy de veras, y hecho que lo hagan estas hermanas, y que dé á vuestra merced consuelo y salud, para que comience á pelear de nuevo en este miserable mundo. No me parece ahora tiempo para alargarme más, si no es con nuestro Señor, en suplicarle consuele á vuestra merced; que las criaturas valen poco para semejante pena; cuanto más tan ruines como yo. Su Majestad lo haga como poderoso, y sea compañía de vuestra merced de aquí adelante, de manera que no eche menos la muy buena que ha perdido» (1).

Era la Santa Madre enemiguísima de la melancolía, y con el fin de alegrar á sus hijas, acostumbraba á componer devotas coplas que las religiosas cantaban en la

(1) Cart. CCXCII. No se ha podido averiguar todavía á que persona fué dirigida.

recreación, dando con este entretenimiento conveniente expansión al ánimo, y del cual acontecía salir con más vivos deseos de servir y amar al Esposo de sus inocentes almas.

De todos es conocida y admirada, no precisamente por el mérito artístico, sino por los profundos pensamientos que encierra, la *Letrilla* que nuestra Madre llevaba de registro en su breviario, y dice así:

Nada te turbe —Nada te espante
Todo se pasa —Dios no se muda;
La paciencia —Todo lo alcanza
Quien á Dios tiene—Nada le falta
Solo Dios basta.

Encuétrase dicha *Letrilla* traducida en casi todos los idiomas de Europa; y el Ilmo. Sr. D. José Javier Rodríguez de Arellano, Arzobispo de Burgos, la comentó en veinte y seis sermones. Corren además muchas glosas en verso de la misma *Letrilla*.

Considerando cuán recio es el vivir, porque la vida priva al alma de la vista y gozo continuo de su amado, compuso los siguientes versos, brotados de un pecho encendido en llamas de amor divino, y que manifiestan bien claramente la honda pena que afligía su corazón, por no verse unida al Sumo Bien, sin peligro de nunca perderle.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

GLOSA.



Aquesta divina unión,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón;
Mas causa en mi tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros,
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida,
Me causa un dolor tan fiero
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga,
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo el vivir,
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte
Vida no seas molesta,
Mira que sólo me resta,

Para ganarte, perderte;
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza, estando viva:
Muerte no seas esquivia:
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puede yo darle
A mi Dios que vive en mí,
Si no es perderte á tí,
Para mejor á Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á Él sólo es al que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener?
Sino, muerte padecer,
La mayor que nunca ví:
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece,
Á quien la muerte padece
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
Á mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:

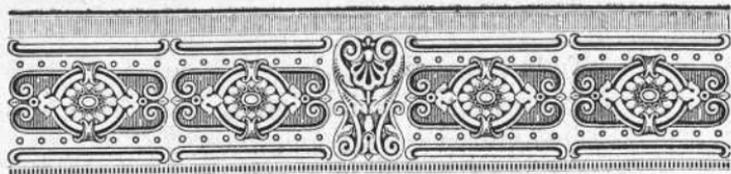
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios y dáme la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está
Oh, mi Dios, cuando será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero.





CAPÍTULO IX.

Encmiendan á Fr Luis de León que revise, y ordene los munuscritos de la Santa, con el fin de darlos á la imprenta.—Juicio de este sabio Agustino acerca de los escritos de la Mística Doctora.—Parecer sobre los mismos de los Auditores de la Rota.—Elogio del Pontífice Gregorio XV en la Bula de canonización.—Conviértese un hereje que trataba de escribir contra la Santa.—Es aclamada Teresa Mística Doctora.



A dejamos dicho como en los años 1583, 85 y 86 junto con los Avisos se imprimió, bien que con muchas incorrecciones, el Camino de Perfección. Poco tiempo después de fundado el monasterio de Carmelitas Descalzas de Madrid, la V. Ana de Jesús cuidó de recoger los originales de los escritos de Santa Teresa, con el fin de hacer una edición de todas sus obras. Antes de darlos á la imprenta, el Consejo Real á petición de la Orden, encargó la revisión de los dichos originales al esclarecido Fr. Luis de León. «Encomendósele este trabajo, dice la V. Ana, no tanto como á Comisario del Consejo, para que los

censurase, como á hombre de tan grande autoridad, para la corrección de los traslados por sus originales. Tal corrector se debía á tan grandes obras. Ni le pareció á este gran Maestro en la Iglesia de Dios que le servía menos en esta ocupación, que en todos los escritos que nos dió y comentarios que hizo á la Escritura, siendo tan grandes los unos y los otros» (1).

Y para que se vea bien claramente cuán equivocados han andado algunos escritores al suponer que el célebre escriturario fué quien corrió con la primera edición de las obras de Santa Teresa, y que es digno de censura por algunos defectos que en ella se notaron, pondré aquí las palabras textuales de la V. Ana de Jesús, conocedora mejor que nadie de lo que había en el asunto. «Los libros, dice, que se imprimieron de la Santa, se sacaron de los originales de su propia letra, y yo con licencia de los prelados los junté, que estaban en diferentes partes, para darlos al Maestro Fr. Luis de León, que fué á quien los remitió el Consejo Real; y *él sin mudar palabra de lo que halló escrito de nuestra Madre Teresa, dió la Censura, y hizo el Prólogo á los tres que andan impresos*» (2).

Cerca de un año empleó el célebre agustino en la revisión de los tres libros *Vida, Camino de Perfección, y Las Moradas*, devolviéndolos al cabo de este tiempo al Consejo con su censura de aprobación, fechada en 8 de Septiembre del 1587. Confesó Fr. Luis que cuando disponía los libros para la impresión, sentía el olor de las reliquias de la Santa Madre, y cierto consuelo interior muy particular, por lo cual entendió que asistía allí. Al año siguiente salieron á luz en Salamanca con una dedicatoria del P. Provincial Fr. Nicolás de Jesús

(1) Vid. de la V. Ana de Jesús, pag. 288.

(2) Id. 284.

Doria á la Emperatriz. Van precedidos de una carta á la Priora Ana de Jesús y demás Carmelitas Descalzas de Madrid, donde el gravísimo Maestro León hace el elogio más acabado de los escritos de la Santa. «No es menos clara, dice, ni menos milagrosa la segunda (imagen) que dice, que son las escrituras y libros; en los cuales sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo me admiro de nuevo; y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regia la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos, que hallan los que leen estos libros, dos son, á mi parecer, los que con más eficacia hacen. Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud. Y otro encenderlos en el amor della, y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen á Dios delante los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan: y en lo otro no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras, pegan al alma fuego del cielo, que le abrasa y deshace. Y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime ni precie, dejándola no sola-

mente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y si se puede decir así, tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan» (1).

Los Auditores de la Rota, en el parecer que presentaron á Paulo V, acerca de la vida, milagros y libros de la Santa, refiriéndose á estos últimos, exprésanse así: «Los cuales (libros) leídos por gravísimos teólogos de todas las Órdenes, admiran la sabiduría de la bienaventurada Teresa, y se espantan de la fácil declaración de los místicos recibos, y juzgan por raro género de sabiduría que lo que los Padres dijeron oscuramente en sus libros sobre mística teología, una Virgen la haya reducido á método tan claro y elegante. Y juntamente, convencidos por la experiencia de la divina luz, y píos afectos que de estos libros sacan, la predicán por Maestra de espiritual doctrina dada de Dios. Así lo comprueban ochenta y cinco testigos, casi todos gravísimos y doctísimos, los cuales unánimemente afirman que la doctrina de estos libros no es de hombre, y mucho menos de mujer sin letras, sino de Dios» (2).

Más explícita está, si cabe, la Sagrada Rota cuando dice: «Y que estuviese dotado de sabiduría, ó sea del sublime conocimiento de las cosas divinas y humanas para poder enseñar á los demás, danlo á conocer suficientemente los cuatro libros que dejó escritos (*Vida, Camino de Perfección, Moradas y Fundaciones*) los cuales, traducidos del castellano á otras lenguas, andan

(1) Escrit. de S. Ter. t. I. p. 19.

(2) Crón. L. V c. XL. n. 2.

en manos de los diversos Estados que conocen la Iglesia de Dios. La doctrina de estos libros es comunmente aprobada y alabada por todos, como verdadera y católica. Los cuales (testigos) sin exceptuar ninguno, no solamente aprueban la doctrina de dichos libros, como santa y católica, y hacen de ella grandes elogios, sino lo que es más, algunos de ellos la juzgan y reputan como infusa; enseñada por Dios mediante la oración y continuo trato que la Santa tenía con su Majestad.... Y muchos testigos añaden que á causa de la dicha ciencia, comunicada por Dios á esta Virgen, es con razón pintada con una paloma sobre su cabeza; debajo de la cual figura confesó ella misma se le había aparecido el Espíritu Santo en cierta Vigilia de Pentecostés» (1)

Y por si lo dicho no bastara, ahí están las autorizadísimas palabras de Gregorio XV en su Bula de Canonización, donde hablando de los escritos de la Santa dice: «Demás de todas las misericordias de la divina largueza, con que el Esposo Soberano quiso adornar á su Amada como de preciosísimas joyas, enriquecióla también con larga mano de otras muchas gracias, iluminando su entendimiento, para que no sólo dejase en la Iglesia de Dios ejemplos de buenas obras que imitar, sinó que también escribiese libros de mística teología, llenos de piedad, de los cuales sacan los fieles abundantísimo fruto, y son movidos con su lectura al deseo de las cosas de arriba» (2).

Curioso es el caso que aconteció con un hereje que pretendía escribir contra la Santa. Cuéntale D. Duarte de Braganza en carta escrita á su hermano el Duque desde Saberva, población de Alemania, con fecha 3 de

(1) Act. S. Ter. n. 1428.

(2) Act. S. Ter. n. 1394.

Marzo de 1639: «Estando para firmar esta carta, le dice, se me acordaron dos cosas que acontecieron los días pasados en Breen en el ducado de Witemberg, ciudad muy nombrada en Alemania, de donde salen los mayores y más sutiles herejes que hay aquí. Era rector de ella, había muchos años, uno de estos que tenía dado en que entender con sus libros á todos los letrados de estas partes. Oyendo decir mucho de Santa Teresa, envió á buscar un libro de su vida para confutarle. Escribió tres años sobre ella, quemando en un mes los que en otros escribía. Resolvióse al fin que no era posible, sino que aquella Santa seguía el verdadero camino de la salvación, y quemó todos los libros. Dejó el oficio y todo lo demás, y en Breen se convirtió el día de la Purificación pasado, en que le ví comulgar con tanta devoción y lágrimas, que se veía era grande la fé que tenía. Vive como quien se quiere vengar del tiempo perdido. Escribe ahora sobre las Epístolas de S. Pablo, refutando lo que sobre ellas tenía perseverantemente escrito: dicen que es grande obra» (1).

Traducidas las obras de la Santa al francés, italiano, inglés, alemán, flamenco y latín, extendiéronse por todo el orbe católico. Los sabios reconocieron su incomparable mérito, tocáronse los efectos admirables de tan celestial doctrina, y una aclamación general y espontánea se levantó en toda España, aclamándola Maestra de espíritu, y Doctora de Mística Teología, llegando á pintarla en algunos cuadros con las insignias de doctor, cosa en mujeres nunca vista ni oída.

(1) Crón. L. V. c. XL. n. 12.





CAPÍTULO X.

*Simpatías que siempre ha merecido Santa Teresa.—
Pruebas de veneración y cariño que los Reyes de España le han tributado.—Votánla por patrona las Cortes de Felipe III.—Procura lo mismo Felipe IV.—Breve de Urbano VIII acerca del compatronato de la Santa.—Las Cortes de Cádiz.—El tercer centenario de la inclita Doctora.—Oda del P. Conrado Muñios á Santa Teresa.*

GNTE otras prerogativas de que por especial favor del cielo goza la mística Doctora, hay una muy singular que consiste en el imperio que ejerce sobre los corazones, atrayendo hacia sí con dulce encanto los afectos de las almas nobles y generosas. En esta Virgen del Carmelo osténtase la virtud con todos sus atractivos y bellezas, y su rara santidad, esmaltada con el brillo del talento, la han hecho digna de la veneración y respeto de los hombres grandes. Limitándonos ahora á las particulares muestras de afecto, dadas por nuestros Católicos Reyes, podemos decir que casi todos ellos han puesto empeño en honrar y enaltecer el nombre de Teresa de Jesús.

Nada diremos del gran Felipe II, quien, además de ayudar á la incita Reformadora, despachando siempre favorables las peticiones que ésta le hiciera, buscó, movido de piedad y devoción, los libros originales de la misma, y quiso mostrar el grandísimo aprecio que de ellos hacía, colocándolos en la biblioteca del Escorial en medio de los manuscritos de obras de S. Agustín y S. Juan Crisóstomo. Él fué también quien, conmovido á la vista de los milagrosos pañitos teñidos en sangre, brotada del incorrupto cuerpo de la Santa, interesóse en gran manera para que el Nuncio comenzara las informaciones requeridas, y fuese luego beatificada.

Felipe III y la Reina Doña Margarita no se mostraron menos solícitos en promover las glorias de la Madre Teresa. En 1602 escribió aquel con mucha instancia al Sumo Pontífice para que activase la causa de beatificación de la Santa; y cuando ya tuvo el consuelo de verla en los altares, quiso que el Reino, reunido en Cortes, la votase por Patrona, y al efecto se redactó por las mismas, el siguiente decreto: «Este Reino en particular está roconocido de las mercedes que nuestro Señor le ha hecho por haberle dado en estos tiempos esta tan santa y prodigiosa mujer, nacida y criada en Castilla, que tanto ha honrado esta nación, á quién las más remotas y extranjeras estiman y reverencian, teniendo noticia della, así por sus hijos y hijas, como por sus libros y admirable doctrina, y preciándose este Reino de que en él diese principio esta bienaventurada Santa á una reformatión tan ilustre de hombres y mujeres, y fuese la primera que comenzase en España este nuevo modo de vida, y della se derivase por tantas partes del mundo con tan grande aumento de la Religión Cristiana y servicio de la Santa Iglesia. Y teniendo así mismo consideración á lo mucho que trabajó, fundando tantos conventos de Religiosos, con que dejó ilustra-

dos estos Reinos, honrando con su presencia; y fundando por su persona en las nobles ciudades de Burgos, Toledo, Sevilla, Ávila, Salamanca, Soria, Segovia, Valladolid, Palencia, y en las villas de Medina del Campo, Alba, Malagón, Villanueva de la Jara, Beas, Duruelo, Pastrana y otros lugares; y habiendo hecho en vida obras tan heróicas, en tan grande utilidad destes Reinos, cuando partió su alma santísima á recibir el premio de sus trabajos, y la palma de su pureza, dejó enriquecida á España con el precioso tesoro de su virginal cuerpo, cuya incorrupción da testimonio de la estima que Dios hace de su esposa, confirmándose con tan prodigiosos milagros como cada día se ven, en los que con fe y devoción visitan su santo sepulcro, que está en la villa de Alba; y asimismo atendiendo al singular favor con que nuestro muy Santo Padre Paulo Papa V. ha honrado á la Santa y á estos Reinos, dando licencia para que sea venerada como santa propia, rezando y diciendo misa desta gloriosa Virgen en toda España todos los eclesiásticos, así seculares como regulares. Y considerando particularmente que el motivo que esta Santa bienaventurada tuvo para la gloriosa empresa de la Reformation y fundación que hizo de su Orden de religiosos y religiosas, fué para que ayudasen á la Iglesia con su doctrina, oraciones y penitencias (como se hacen en esta sagrada Religión) contra las herejias y falsedades de Lutero; y que por el celo que tuvo de las almas que por sus errores se perdian la concedió Dios á ella, después de su muerte, que fuese particular Patrona y Abogada en las causas de la Iglesia contra los herejes. Y deseando que Dios nuestro Señor conserve estos católicos y cristianísimos Reinos en la integridad y pureza de la fe que constantemente han profesado, pareciéndole que á esta gloriosa Santa le corren particulares obligaciones de mirar por ellos, como hija na-

tural, nacida y criada en ellos, y de ampararlos y defenderlos con su intercesión en el cielo, como la procuró con sus oraciones, cuando vivió en la tierra. En reconocimiento de tan singulares mercedes (de que da á Dios infinitas gracias) la reciben estos Reinos por su Patrona y particular Abogada é intercesora, para obligarla con este voluntario servicio á que particularmente mire por los buenos sucesos y acrecentamientos espirituales y temporales de España; y señaladamente alcance de nuestro Señor conserve estos Reinos en su santa fe católica; y con su intercesión los defienda y ampare de las herejías como lo espera.

Y para que conste deste Decreto, y haya perpetua memoria de como para su defensa reciben estos Reinos por tal Patrona á la gloriosísima Santa, para invocarla perpetuamente en sus necesidades, y pedir á Dios mercedes y misericordia por su intercesión, el Reino mandó se asiente la petición... En la villa de Madrid á 30 días del mes de Noviembre de 1617.—Don Juan de Henestrosa.—Rafael Cornejo» (1).

Apesar del dicho Decreto, el cual era la expresión de los sentimientos de casi todos los españoles, el Arzobispo de Sevilla, D. Pedro Baca de Castro, y otros varios Prelados, juzgando quedaba desairado el Apóstol Santiago con el nombramiento de Santa Teresa para Patrona de España, opusieron tenazmente á su cumplimiento, alegando por razón principal que la insigne Reformadora no estaba aún canonizada. El Rey, no queriendo fuese causa de disturbios y reyertas lo que sólo era prueba de agradecimiento y devoción, mandó suspender la ejecución del Decreto, aguardando ocasión más propicia para el logro de sus esperanzas.

Abundando Felipe IV en los mismos deseos que su

(1) Papel suelto, impreso en Sevilla año de 1618.

piadoso padre, y finamente agradecido á los favores recibidos por intercesión de la Santa en Flandes y en el Brasil, como ya estuviese canonizada, escribió al Presidente de Castilla D. Francisco de Contreras, encargándole interpusiera toda su influencia, á fin de que el Reino reunido en Cortes la admitiese por Patrona juntamente con el Apóstol Santiago. Así lo cumplió el diligente Contreras, y el Decreto salió á voluntad del Rey, quien suplicó al Pontífice por medio de su embajador en Roma se dignase confirmarle. Accediendo Urbano VIII á los deseos de S. Majestad expidió en 21 de Julio de 1627 el Breve cuyo final dice así: «Y estatuímos, y con precepto mandamos, que de aquí adelante para siempre jamás todas las personas de los dichos Reinos, así seglares y eclesiásticos como regulares, tengan y reputen á la dicha Santa Teresa por tal Patrona con todos y cada uno de los privilegios, gracias é indultos competentes á tales Patronos, ó que de otra manera se acostumbra concederse; y que así lo deben observar aquellos á quienes toca sin perjuicio ó minoración alguna del Patronato de Santiago Apóstol en todos los Reinos de España» (1).

Grandísima fué la alegría que tuvieron los Carmelitas con la noticia de este Breve confirmatorio, que el Rey cuidó de enviar á los Prelados y Cabildos de los Reinos de Castilla y otras ciudades, añadiendo por su parte: «Os mando la recibáis por tal Patrona, y que en las necesidades que se ofrecieren la invoquéis por tal, pues de tan grande Santa, tan favorecida de nuestro Señor, y que tan de veras debe asistir á su patria, podemos esperar alcanzará para ella felices sucesos.»

Del testimonio que á continuación transcribimos constan las ciudades y cabildos que pusieron en ejecu-

(1) Vid. de S. Ter. por Jul. de Áv. p. 378.

ción el Breve de su Santidad, conforme lo pedía el Rey. «Certifico yo Juan de Zarate, Secretario del Rey nuestro Señor, y Oficial Mayor en la Secretaría de su Patronazgo Real, que habiendo escrito su Majestad á los Prelados y Cabildos de las Iglesias de estos Reynos de la Corona de Castilla, y algunas de las ciudades de ellos, que en conformidad del Breve de su Santidad, admitiesen por Patrona á Santa Teresa de Jesús, han respondido, le han aceptado y puesto en ejecución los Prelados, Cabildos y ciudades siguientes: El Señor Arzobispo de Burgos, el Obispo de Palencia, el Obispo de Astorga, el Obispo de Salamanca, el Obispo de Ciudad-Rodrigo, el Gobernador del Obispado de Oviedo, el Abad de Alcalá la Real, el Obispo de Guadix, el Deán y Cabildo de la Iglesia Catedral de Sigüenza, el Deán y Cabildo de la Iglesia Catedral de Palencia, el Deán y Cabildo de la Iglesia Catedral de Segovia, el Deán y Cabildo de la Iglesia Catedral de Valladolid, el Deán y Cabildo de la Iglesia Catedral de la Calzada, el Cabildo de la Iglesia Colegial de Tudela, el Cabildo de la Iglesia Colegial de Úbeda, la ciudad de Toledo, la ciudad de Segovia, la ciudad de Plasencia, la ciudad de Murcia, la ciudad de Cuenca, la ciudad de Badajoz, la ciudad de Oviedo, la ciudad de Palencia, la ciudad de Ciudad-Rodrigo, la ciudad de Soria, la ciudad de Coria, la ciudad de Toro, la ciudad de Xerez, la ciudad de Écija, la ciudad de Trujillo, la ciudad de Lorca, la ciudad de Vitoria y la ciudad de Toledo, como parece por las cartas originales que quedan en la dicha Secretaría; y para que de ello conste, de pedimento del Procurador General de los Carmelitas Descalzos, di la presente firmada de mi nombre, y sellada con el Sello secreto de su Majestad» (1).

(1) Año Ter. t. II. p. 149.

«Además de las ciudades referidas, continua el Año Teresiano, reconocieron el Patronato de la Santa, Sevilla en nombre de su Reyno, Ávila, Valladolid, Córdoba, Málaga, Granada, Andujar, Jaén, Ciudad-Real, Lucena, Tortosa, Antequera, y otras muchas que no menciona el Testimonio trasladado; todas las cuales manifestaron el reverente y finísimo afecto, que profesaban á la gran Teresa, en las expresiones de repetidas fiestas, octavas de sermones y otros solemnísimos cultos que para desahogo de su fervorosa religiosidad, supo inventar la devoción de tantos pueblos.»

Apesar de lo hecho hasta aquí en favor del Patronato de Santa Teresa, la Metropolitana de Compostela con algunas otras Iglesias que se le agregaron, imaginando que el admitir el compatronato redundaba en mengua de las glorias del Apóstol Santiago, pusieron empeño en echar por tierra lo acordado. Uno de los que más contradijeron fué el célebre Quevedo en un Memorial que presentó al Rey, en el cual intenta probar que el Patronato de la Monarquía Española se debe única y exclusivamente al hijo del Zebedeo, y que se le haría agravio si de tal Patronato se hiciese participante á Santa Teresa.

Á estos reparos contestaron victoriosamente los Carmelitas. Viendo entonces los canónigos de Santiago que del Rey no tenían que esperar nada en su favor, acudieron á Roma. Citada la Religión, dijo que no era parte; hizose lo mismo con el embajador, el cual como no hubiese recibido aviso alguno de Felipe IV, no pudo salir á la defensa (1). Los canónigos por medio de sus

(1) Las cartas que al intento escribió el Rey, ó llegaron tarde, ó lo que es más probable, según dice la Crónica, detuviéronlas en el camino. De haber llegado á tiempo, difícilmente hubieran obtenido los canónigos la revocación del Breve.

agentes en Roma, hallándose sin opositores, pudieron hacer valer las razones que les pareció conveniente alegar, y alcanzaron del mismo Urbano VIII la revocación del Breve que diera en favor del Patronato de Santa Teresa.

Había entonces alguna tirantez entre las Córtes de Roma y España; y Felipe IV, aunque se creyó desairado con la última determinación del Pontífice, tomó el partido prudente de no insistir en la demanda, porque no se atribuyese su modo de obrar á fines torcidos, ó menos respetuosos á la Silla Apostólica.

Su Santidad, sin embargo, aunque revocó el mencionado Breve, dió facultad para que las ciudades é Iglesias, cada una en particular, pudiera recibir por Patrona á la Santa. De esta manera la admitieron como á tal Ávila, Salamanca, Córdoba, Écija, Málaga, Antequera, Vélez, Baeza, y los reinos de Méjico y Nápoles.

Curioso es el caso que ocurrió en Brunet, pueblo de la Lombardía año de 1630. Vióse dicho lugar amenazado de terrible peste, y propusieron los regidores el tomar á un santo por patrón á fin de que el Señor los librara de semejante mal. Todos pusieron los ojos en la ínclita Teresa, y vinieron en votarla por Patrona, excepto uno de ellos el cual dijo, que teniendo tantos santos italianos, á qué venia el elegir una santa forastera y española. La verdad es que la peste no entró en el lugar, sino es en la casa del regidor que había hecho la oposición, y así él como toda su familia perecieron, quedando los demás muy contentos de haberse acordado de la Santa para nombrarla Patrona» (1).

Todavía Carlos II en su codicilio protestó haber deseado toda su vida que se llevase á efecto el compatronato de Santa Teresa, con encargo á sus sucesos-

(1) Crón. L. XIII, c. VI n. 10.

res de que lo dispusieran, á fin de alcanzar grandes bienes por su intercesión.

Por último, reunidas las Cortes de Cádiz en 1812, los Carmelitas de dicha ciudad presentaron un Memorial, abogando por el compatronato de su esclarecida Fundadora en España. La comisión especial eclesiástica, encargada de examinarle, dió su dictamen favorable á la asamblea, y leído en la sesión del 23 de Junio fué aprobada sin discusión, en virtud de lo cual expidióse el Decreto al tenor siguiente: «Las Cortes generales y extraordinarias, teniendo en consideración que las Córtes de los años 1617 y 1626 eligieron por Patrona Abogada de esta nación, después del Apóstol Santiago, á Santa Teresa de Jesús, para invocarla en todas sus necesidades, y deseando dar un nuevo testimonio así de la devoción constante de nuestros pueblos á esta insigne española, como la confianza que tiene en su patrocinio, decretan: Que desde luego tengan todo su efecto el Patronato de Santa Teresa de Jesús á favor de las Españas, decretado por las Córtes de 1617 y 1618; y que se encargue á los muy reverendos Arzobispos y reverendos Obispos y á los Prelados de cuerpos y territorios exentos dispongan acerca de la solemnidad del rito de Santa Teresa lo que corresponde en virtud de este Patronato.»

La poca confianza que las Córtes de Cádiz merecieron de parte de los católicos, no inficionados con la levadura del liberalismo, que en más de una ocasión respiraron los diputados en sus deliberaciones, y el haber saltado, sobre todo, por encima de la revocación que Urbano VIII dió del Breve del 1627, hizo que el Decreto transcrito quedara sin ejecución, y tan sólo consignado en el Diario de Sesiones.

Desde entonces acá, si nada se ha hecho ni dicho en favor del referido compatronato, en cambio bien

reciente tenemos la prueba más clara del amor y devoción que los buenos españoles profesan á la ínclita Doctora. Refiérense á las dos inolvidables romerías á la cuna y sepulcro de la Santa, llevadas á cabo por los meses de Agosto y Octubre del 1877. Ambas fueron numerosísimas, y rivalizaron en manifestaciones de piedad y entusiasmo religiosos. Distinguióse la primera por la iniciación de un pensamiento verdaderamente grandioso y de suma trascendencia. Convocados por los dignísimos Prelados de Oviedo, Ávila, Salamanca y Eumenia (Baja California) cuantos sacerdotes formaban parte de la peregrinación, los cuales no bajarían de quinientos, acordóse fundar, y de hecho quedó fundada la *Hermandad Universal Teresiana* con el triple objeto de propagar la devoción y culto de la Santa, procurar la imitación de sus virtudes, y hacer lo posible porque sus admirables y provechosos escritos lleguen á conocimiento de todos. Como el plan propuesto era vastísimo, para mejor realizarle, dividióse la esfera de acción en tres grandes secciones que habían de tener asiento en Ávila, Tortosa y Salamanca. Encargóse la primera de lo que toca al culto, la segunda, de la imitación de las virtudes, y la tercera de lo que hace á los escritos.

Anhelando la sección de Salamanca hacer patente el vivo interés que se tomaba en el desempeño de la parte á ella encomendada, y viendo aproximarse el venturoso 15 de Octubre de 1881, en que se había de celebrar el tercer centenario del tránsito de nuestra Heroína, acordó abrir al mundo católico bajo los auspicios del dignísimo Prelado de la Diócesis, un certamen literario y artístico, el cual á la vez que contribuyera á dar esplendor y solemnidad á la fiesta, tuviese por objeto cantar las glorias de la Santa, vul-

garizar sus escritos, y hacer estudio particular acerca del espíritu que en vida la animaba.

Cuán fecundo haya sido dicho certamen manifiéstalo bien claramente el crecido número de trabajos científicos, literarios y artísticos, que fueron á él presentados, varios de los cuales han visto ya la luz pública.

En la parte religiosa nada dejaron que desear las fiestas celebradas. Iniciadas en cierta manera por la Santidad de León XIII con la concesión de indulgencia plenaria á los peregrinos que confesados y comulgados visitasen el sepulcro de la Santa, fueron coronadas por el mismo Pontífice con un obsequio á la mística Doctora consistente en un magnífico cáliz de oro, que con muestras de devoción y sincero afecto entregó á los peregrinos españoles, con encargo de que le depositaran en el monasterio de Alba, para que en él se ofreciese en las principales festividades la sangre del inmaculado Cordero.

Tampoco es para callada la valiosa ofrenda que con motivo del tercer centenario hicieron varias señoras de la más distinguida nobleza de Bélgica. Es una preciosa joya, maravilla del arte, un medallón cuyo centro ocupa un gran corazón de oro transverberado. En la parte superior campea el escudo pontificio, ricamente esmaltado, sirviendo como de pedestal á la tiara, adornada de vistosos rubíes y esmeraldas, y á derecha é izquierda los del cardenal Arzobispo de Malinas y sus cinco sufraganeos. Al pié del medallón, y sostenido por dos cadenillas, cuelga un tarjetón en forma de pergamino arrollado, en el cual se leen estas palabras: *Sancta Teresia, ut integra et catholica in Regno Belgico fides servetur intercedere digneris*. Santa Teresa, para que os dignéis interceder, á fin de que en el Reino Belga se mantenga la fe íntegra y católica.

CONCLUSIÓN.



El monasterio de S. José de Ávila, fundado por Santa Teresa á costa de trabajos y contradicciones sin cuento, fué el granito de mostaza de la Reforma Carmelitana, el cual nacido y desarrollado al calor del celo y caridad de la esclarecida Virgen Castellana, creció hasta hacerse árbol corpulento. Extendiéronse en breve sus lozanas ramas por Europa, África y América, dando por do quiera abundantes y sazonados frutos. Los conventos de ambos sexos que antes del 1790 contaba la observantísima Religión del Carmelo en ambos mundos, no se pueden contar. Estalló en este tiempo la revolución sangrienta, y las corporaciones religiosas de las Ordenes existentes en Francia y Bélgica, quedaron aniquiladas. Inoculado el virus revolucionario, así en España como en América, ha dado, en todo lo que va de este siglo, frutos dignos de perpetuo llanto. Las comunidades de religiosas, antes tan florecientes, desaparecieron, los monasterios de monjas vinieron á menos, y faltó poco para que la grandiosa obra de la insigne Reformadora quedara entregada al olvido. Del tronco de aquel frondoso árbol de la Descalcez Carmelitana, tronchado sin piedad por las furias de la revolución, y de otros que experimentaron la misma desgracia, comienzan á brotar algunos renuevos, que son la esperanza de días mejores. Acudamos confiados á la poderosa intercesión de nuestra amada Santa, para que el Señor haya piedad de nues-

tra degenerada patria, envidia en otro tiempo de todas las naciones, y hoy empobrecida y humillada.

Inclita Virgen, te diremos también nosotros ahora con las Córtes de Felipe III al votarte por Patrona, mira que te corre particular obligación de mirar por este Reino y de ampararle y defenderle con tu intercesión en los cielos, ya que en él has nacido y te has criado. Mucho pusiste en vida con tus fervientes oraciones á fin de que este nuestro suelo se mantuviese libre de la herejía protestante; ahora que gozas del Sumo Bien apetecido, libre de tantas miserias como nos rodean, pide constantemente al Señor que en él renazcan el celo y piedad de nuestros mayores, único camino por donde puede venir la felicidad á España.

Como coronamiento y fin de mi modesta obra, creo recibirá gustoso el lector trascriba á continuación la *Oda á Santa Teresa* de mi hermano en Religión el P. Conrado Muiños Saenz, única poesía castellana premiada en el certamen á que nos hemos referido.





Á Santa Teresa de Jesús.



ODA.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera.
(SANTA TERESA.)

DULCÍSIMO León, vate cristiano,
De la eterna mansión cantor sublime,
Poeta en cuyo acento soberano
Se oye el clamor del corazón humano
Que, entre cadenas, por lo patria gime:
Ven, dulce vate; de tu lira de oro
Vibre las cuerdas mi convulsa mano,
Y un himno arranque férvido y sonoro
Que los espacios llene;
Tu canto en él conmovedor resuene
Que en la nocturna calma
Derramaba á torrentes poesía
Al contemplar del cielo la armonía
Entre sublimes éxtasis del alma.

Libre de las imágenes groseras,
Porque las alas de mi fe no abrumen,
Cruza de luz incógnitas esferas
Tras tí volando mi ardoroso numen:
Pláceme ver del horizonte extenso,
Con el aplauso universal, inmenso,
Cual nunca, nunca le escuchó la historia,
Voces subir y cánticos de gloria,
Himnos de bendición, ondas de incienso;
Mientras allá en la cumbre,
Bañada en mares de celeste lumbre,
Bajo dosel espléndido de grana,
Bella contemplo, candorosa y pura
Descollar la magnífica figura
De la extática virgen castellana.

—
¡Cuán bella está!... los ángeles del cielo
En torno vuelan con grandioso giro
Y siembran de las flores del Carmelo
La deslumbrante alfombra de zafiro:
Con pura exaltación, del dulce Amado
En los tendidos brazos se abandona;
Él mostrando la plácida sonrisa
Con ósculo de amor la galardona
Y le ciñe de santa la corona
Y el laurel de sagrada poetisa.

—
Amor, divino amor, centro del alma,
Plácido puerto á do las velas tiende
Cuando las olas encrespadas hiende
Tras largo reluchar buscando calma:
Tú el corazón llenaste de Teresa,
Tú en infinito incendio le abrasaste,
Y á ese trono de luz la sublimaste,
Con tu eterna señal en la alma impresa.

Amar su historia fué: de inmensa hoguera
 La llama sus entrañas consumía:
 No del mundo la sombra pasajera
 Fascinó su brillante fantasía:
 De pecho varonil, de alma gigante,
 El universo entero
 No era á su noble aspiración bastante.

Ah!... ¿qué es del mundo la fugaz belleza,
 El halago traidor de las pasiones,
 La gloria, la riqueza,
 El placer, el amor... las ilusiones?...
 ¡Mundo! ilusoria imagen tentadora
 Que arrastra á los cobardes corazones,
 Vana deidad que el insensato adora,
 Pero yerta deidad galvanizada,
 Frio cadáver de glacial mirada,
 Velando cuidadoso
 Bajo el manto de púrpura ostentoso
 Polvo, ceniza, podredumbre... nada!

De Dios sólo el amor puro y ardiente
 Tan grande corazón llenar podía:
 Sólo de amor la inagotable fuente
 Saciarse la sed que el pecho le encendía:
 La buscó, la encontró, voló á su lado
 Cual la blanca paloma
 Á su nido feliz las alas mueve,
 Cual cándida azucena
 Tiende á la luz pétalos de nieve.

El claustro silencioso
 Le ofreció los fecundos manantiales,
 Y abrazada á su Esposo
 De su dulce licor bebió á raudales:

Santa mansión, pacífico retiro
Do se oye sólo el lánguido suspiro
Que exhalan corazones virginales;
Plácida soledad do nunca llega
El clamor angustioso de la lucha
Á que la humana sociedad se entrega,
Donde la voz del Redentor se escucha
Suavisima y tranquila,
Do la acorde del órgano, que oscila
Por la bóveda humilde y solitaria,
El alma puede remontar el vuelo
Y á la región purísima del cielo
En las alas subir de la plegaria.

—
Vedla! sumida en éxtasis profundo:
Orla de luz sobre sus sienes brilla,
Reflejo de su pecho pudibundo
Arde vivo carmín en su mejilla:
En cruz las manos, la mirada tierna
Lejos, muy lejos del oscuro mundo,
Clavada en la región de luz eterna,
Postrada la rodilla...
Yace su cuerpo aquí; su pecho late:
Del fuego comprimido
Dentro se oye el bramido;
Por la ignota región de los misterios
Su espíritu navega,
Vuela, traspasa las cerúleas nubes,
Y entre coros de innúmeros querubes
Allá en deliquio celestial se anega.

—
De diáfano vapor entre el celaje
El vago espacio hiende
Radiante serafín, raudo descende
Agitando su espléndido plumaje;

Con el harpón flamígero que vibra
 De la arrobada virgen
 El corazón traspasa
 Una vez y otra vez; su seno abrasa,
 Entre luz celestial se desvanece,
 Y al recio impulso del divino fuego
 Teresa desfallece...

¡Teresa de Jesús, humilde Esposa
 De tu divino Dueño regalada,
 Cándido lirio, perfumada rosa
 Al jardín de los cielos trasplantada,
 Déjame, deja que tus glorias cante,
 Que tu sublime corazón admire,
 Que de ese fuego intenso y penetrante
 Por una chispa conseguir suspire:
 Dulce es tener el corazón herido
 Si es el amor divino quien le hiere;
 Que es el amor atmósfera del alma,
 Con él vive feliz y sin él muere:
 Tú lo dijiste, tú mujer bendita:
 Entre el horror de la mansión maldita,
 Aun en la eterna, inextinguible hoguera,
 El jefe inmundo de la grey precita
 No sería infeliz si amar pudiera!

Y de esa pura llama
 La mágica influencia,
 En tu vida, en tus obras se derrama
 Y anima y da color á tu existencia:
 Ora tu pecho inflama
 En sacrosanto celo,
 Y se miran doquier en torno tuyo
 Reflorece las rosas del Carmelo;
 Ora de esfuerzo varonil te llena,

Y en medio del peligro y los trabajos
Te admira el mundo impávida y serena:
Con eficacia suma
Ella guiaba tu divina pluma,
Raudal de ciencia derramó en tu mente,
Y en los acentos que inspiró á tu lira
Tu herido pecho palpar se siente
Y el aroma del cielo se respira.

Y de la tierra en la prisión oscura
Su vivo ardor purificó tu alma,
Cual los metales el crisol depura.
Y te dió de los mártires la palma
Que ansiaste en la niñez cándida y pura.
PADECER ó MORIR, fué tu divisa:
Dios te otorgó el vivir para tormento,
Para que mártir fueras
Con martirio de amor, profundo y lento.

¡Oh que es terrible, congojosa muerte
Al pobre corazón enamorado
Entre cadenas arrastrar su suerte
Ausente de su Amado:
Verle quizás que en lontananza asoma,
Y sentir de sus ojos los reflejos,
Y oír su acento, y aspirar su aroma,
Y al lanzarse en pos dél, ver con desvío
Su hermosa faz desaparecer de lejos,
Y estrechar en los brazos el vacío!...

Alma inocente, para amar nacida,
Vive feliz: rompiste tus cadenas;
No más te turba el ánima afligida
La mansión de las lágrimas y penas,
El valle del dolor que llaman vida,

Largo destierro del mortal doliente,
Honda prisión de envenenado ambiente,
Mar borrascoso donde el alma boga,
Arenoso desierto
Sólo de espinas por doquier cubierto,
Donde abrasa la sed y el polvo ahoga.

Vive, vive feliz, que esa es la vida,
De dicha llena, de placer fecunda,
En el torrente del amor te inunda,
En serafín ardiente convertida:
Desde el trono inmortal que la luz baña,
Donde tu vivo espíritu recreas,
Deja que diga con la Madre España:
¡Teresa de Jesús bendita seas!





ÍNDICE.



PRÓLOGO. 1

LIBRO PRIMERO.



	Pág.
CAPÍTULO I. Nacimiento de la Santa.—Cuáles fueron sus padres, —Inclinación de Teresa á la piedad desde la niñez.—Sale con su hermano Rodrigo en busca del martirio.—Muerta Doña Beatriz, toma por madre á la Reina de los Angeles.	1
CAP. II. Pernicioso efecto que produjo en Teresa la lectura de libros de caballerías.—Daño que le ocasionó la amistad de una parienta poco recatada.—Llévala su padre D. Alonso al monasterio de nuestra Señora de Gracia.—Recobra allí Teresa la paz del alma.	8
CAP. III. Saludable cambio que experimentó Teresa en el monasterio de Gracia.—Cuánto le aprovechó un tío suyo.—Comienza la Santa á pensar sériamente en la salvación de su alma, y favorécela el Señor con la vocación religiosa.—Lucha que se levantó en su interior.—Cómo vino á entrar en el monasterio de la Encarnación.	14
CAP. IV. Noviciado de Teresa.—Hace la profesión con grande alegría.—Enferma la Santa, y su padre D. Alonso llévala á curar á Bezadas.—Lee en casa del tío de Ortigosa la tercera parte del Abecedario de Osuna, y comienza á tener oración sobrenatural.—Cómo por su medio vino á convertirse un clérigo que traía mala vida.—Cae en un parasismo que le dura cuatro días.	

	Pág.
—Deplórase el descuido de las familias en acudir á tiempo con los últimos Sacramentos.—Vuelve Teresa en sí, y cuenta lo que ha visto.	21
CAP. V. Cómo quedó Teresa del parasismo.—Recobra la salud por intercesión de S. José.—Inculca la devoción á este Santo.—Deja la oración mental con pretexto de humildad.—Aparecese Cristo atado á la columna, y muéstrale cuánto le desagradaban las conversaciones que traía con seculares.	31
CAP. VI. Asiste Teresa á D. Alonso en su última enfermedad.—Torna á la oración abandonada.—Lucha terrible que se levantó en su corazón.—Qué se ha de pensar de los pecados que ella tanto pondera.—Constancia y fortaleza de la Santa en acudir á la oración en medio de las sequedades y tristezas de espíritu que hubo de experimentar por espacio de unos veinte años.	41
CAP. VII. Efecto prodigioso que en la Santa produjo la vista de un devoto crucifijo.—Lee Teresa las Confesiones de S. Agustín.—Muévase á contricción, y recibe auxilio especial para no caer en las faltas que solía.—Cuánto aprovechó en la humildad.—Por qué causa era muy amiga de imágenes.	49
CAP. VIII. Comunica el Señor á la Santa oración sobrenatural.—Temores que esto le ocasiona.—Consulta su modo de oración y regalos que recibía con Francisco de Salcedo y el Maestro Daza.—Angustias y sentimiento de Teresa.—Confésase con un P. de la Compañía de Jesús.—Aprueba su espíritu S. Francisco de Borja.—Penitencias en que se ejercitaba.	54
CAP. IX. Toma la Santa por director espiritual á otro P. de la Compañía, el cual la pone en mayor perfección.—Parecer de varios letrados acerca del espíritu de Teresa.—Trabajos que con este motivo hubo de padecer.—Háblale el Señor y queda asegurada.—Comienza á tener varias especies de visiones.—Razones para erer que ni eran producidas por el demonio, ni tampoco obra de la propia imaginación.	62
CAP. X. Contradicción que padeció la Santa de parte de los buenos.—Ordénala un confesor que se santigüe en las visiones, y dé higas.—Toma el Señor la cruz que traía Teresa, y se la entrega transformada en cuatro preciosos diamantes.—Siente la llaga del amor divino.—Efectos que éste causa.—Traspasa un serafín con dardo encendido el corazón de Teresa. . . .	75
CAP. XI. Atormentan los demonios á la Santa.—Prodigiosa virtud del agua bendita.—Heróica caridad de Teresa con un pecador.—Ningún caso hace del poder de los demonios.—Comu-	

	Pág.
nica su espíritu con San Pedro de Alcántara.—Cómo quedaba el alma de la Santa cuando el Señor retiraba su gracia.	80
CAP. XII. Muestra el Señor á la Santa en una visión el infierno, y dale á probar algo de sus penas.—El voto Teresiano.—Cómo nació el pensamiento de la Reforma Carmelitana.—Principios de la fundación del primer monasterio de Descalzas.—Consulta nuestra Madre el negocio de dicha fundación con San Pedro de Alcántara y S. Beltrán.	89
CAP. XIII. Trata la Santa de comprar casa para el monasterio.—Dichos de los de la ciudad.—Consultan el negocio con el P. Ibáñez.—Manda el confesor á Teresa que no entienda en la fundación.	98
CAP. XIV. Dá el confesor licencia á Teresa para que de nuevo entienda en la fundación.—Providencial socorro que le vino para la obra por mediación de S. José.—Favorécenla con su visita Santa Clara y la Virgen Santísima.—Repréndela agríamente un predicador.—Vuelve el Señor la vida á un sobrinito de la Santa.	105
CAP. XV. Parte la Santa de Ávila á Toledo con el fin de consolar á Doña Luisa de la Cerda.—Hace mucho provecho en casa de dicha señora con su edificante conversación y buen ejemplo.—Alcanza con sus oraciones el mejoramiento de una persona religiosa.—Visítala María de Jesús, y determinase á fundar sin renta.—Sale de Toledo por mandado del Señor, y llega á Ávila en ocasión oportuna.	115
CAP. XVI. Terrible tentación que experimentó la Santa el mismo día de la primera misa.—Alborótanse las monjas de la Encarnación, y envía la Prelada un mandamiento para que se presente Teresa.—Grandísima contradicción que se levantó contra el nuevo monasterio de parte de la ciudad.—Cómo se fué apaciguando.—Alcanza nuestra Madre licencia del Provincial para salir de la Encarnación, y entra triunfante en su caro monasterio de S. José.	125
CAP. XVII. Comienza la Santa á gobernar el monasterio de San José, y dá ejemplo de virtud heroica.—Prueba de varias maneras la obediencia de sus hijas.—Prémialas el Señor la grande confianza que en él tenían.—Fervor de las primeras Carmelitas Descalzas.	137
CAP. XVIII. Refiérense las visiones, revelaciones y otras mercedes sobrenaturales con que el Señor favoreció á su Sierva	

	Pág.
Teresa en los cinco años que estuvo en San José de Ávila, antes de emprender otras fundaciones.	145

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I. Grandísima pena de la Santa por la condenación de las almas.—Cuánto envidiaba á los que se dedicaban á la conversión de las mismas.—Dícele el Señor que verá grandes cosas.—Habla el General de la Orden con la Madre Teresa, y complacido de su virtud, concédele facultad para fundar otros monasterios de monjas.—Alcanza también la Santa el consentimiento para dos casas de la Primitiva Observancia.	159
CAP. II. Determina la Santa fundar en Medina del Campo.—Llega á dicha Villa vispera de la Asunción, y dícese á otro día la primera misa.—Tentación que sobrevino á nuestra Madre.—Cuánto sentía el ver en lugar tan miserable al Santísimo Sacramento.—Dáles habitación en su casa un comerciante.—Visita á las Carmelitas Doña Elena de Quiroga, y promete costear una capilla.—Trasládase al nuevo monasterio, y comienza la celosa Fundadora á sentar los fundamentos de la observancia religiosa.	166
CAP. III. Habla la Santa con el Prior de Santa Ana y con Fr. Juan de la Cruz, y persuádeles á que abracen la Reforma.—Ofrece D. Bernardino casa y huerta para monasterio de monjas en Valladolid.—Parte nuestra Madre para Alcalá de Henares, y pone en concierto á las Carmelitas de dicha población.—Visita en Madrid el monasterio de Descalzas de San Francisco.—Fundación de Malagón.—El P. Juan de Ávila lee el libro de la vida de la Santa.	179
CAP. IV. Tiene la Santa noticia de la muerte de D. Bernardino, y sabe por revelación que su alma se hallaba en el Purgatorio.—Ofrécenle casa en Duruelo para dar comienzo á la Reforma entre los religiosos.—Descripción que hace de la casa ofrecida.—Da cuenta al Prior de Santa Ana y á Fr. Juan de la Cruz de la proporción que tenían para fundar.—Sale á toda prisa de Medina para Valladolid, y aquí ve fuera de pena el alma de D. Bernardino.—Dónde vino á quedar la fundación de dicha ciudad.	190
CAP. V. Negocia nuestra Madre la licencia para la fundación de Duruelo.—Ofrécese una fundación de monjas en Toledo.—	

De camino para Ávila visita en Duruelo á los primeros Padres de la Reforma.—Parte para Toledo, y hace noche en el Tiemblo.—Dificultades que se presentan en la fundación de dicha ciudad.—Cómo el Señor se valió de un pobre estudiante para que la Santa encontrara casa.—Extremo de pobreza á que se vieron las Carmelitas reducidas.—Compran con la ayuda de Alonso Ramirez buena casa.—Habla la Santa con elogio de la observancia de sus hijas.	199
CAP. VI. Cómo la Santa salió de Toledo por aviso del Señor para la fundación de Pastrana.—Encuéntrase providencialmente en Madrid con dos ermitaños, los cuales determinan abrazar la Descalcez Carmelitana.—Cuánto tuvo que padecer nuestra Madre en Pastrana á causa de las exigencias y poca cordura de la Princesa de Évoli.	217
CAP. VII. Contento de la Santa al saber que su hermano Don Lorenzo tenía determinado venir de América.—Fundación de Salamanca.—La noche de Ánimas.—Trabajos de las Carmelitas en la primera casa.	224
CAP. VIII. De los principios que tuvo el monasterio de Alba de Tormes, y cómo se llegó á fundar con la ayuda de Teresa de Laiz y Francisco Velázquez.—Torna la Santa á Salamanca.—Sana el Señor por las oraciones de la Madre Teresa á Doña María de Artiaga, y á una hija de los Condes de Monte Rey.	232
CAP. IX. De las señaladísimas mercedes que recibió la Santa en la casa de Salamanca año de 1571.—Acude nuestra Madre á Medina, y defiende á sus hijas contra las pretensiones de los deudos de una novicia.—Disgustado el Provincial, envíala á Ávila.—Visítala el P. Fernández, y queda complacido de su virtud y prudencia.—Vuelve á Medina con el cargo de Prelada.—Es nombrada Priora del monasterio de la Encarnación.	238
CAP. X. Estado en que se encontraba el monasterio de la Encarnación cuando la Santa fué nombrada Prelada de él.—Alborótanse las monjas con motivo de dicho nombramiento.—Comienza nuestra Madre á ejercer su oficio, y con su virtud y acertado gobierno experimenta en breve el monasterio notable aprovechamiento.—Enfermedades que padeció en el primer año de priora en la Encarnación.	246
CAP. XI. Desposorio místico.—Conocimiento especial que el Señor comunicó á su Sierva acerca del misterio de la Santísi-	

	Pág.
ma Trinidad.—Matrimonio espiritual.—Efectos admirables que las dichas mercedes causaron en el alma de Teresa. . . .	257
CAP. XII. Carta de la Santa á Felipe II.—Cuenta Julián de Ávila lo que aconteció en el viaje que nuestra Madre hizo á Salamanca.—Trasládanse las monjas á la nueva casa.—Desavenencias con Pedro de la Vanda.	270
CAP. XIII. Fundación de Segovia.—Trasládanse las monjas de Pastrana á dicha ciudad.—Estando en Segovia nuestra Madre consuela á Isabel de los Ángeles, que moría en Salamanca.—Favorece el Señor á su Sierva con la visita de S. Alberto y Santo Domingo.	278
CAP. XIV. Vocación de Casilda de Padilla.—Escribe la Santa á D. Teutonio de Braganza dándole cuenta de algunas fundaciones que se le ofrecían.—Catalina Godínez y la fundación de Veas.—Profecía de la Madre Teresa en Almodóvar.—Favórcela S. José en el paso de Sierra Morena.	290
CAP. XV. Principios de la fundación de Caravaca.—Vocación del P. Gracián á la Descalcez Carmelitana.—Ordena dicho Padre á la Santa que vaya á fundar en Sevilla.—Promesa especial que ésta hizo de obedecerle.—Trabajos de nuestra Madre en el viaje á Sevilla.—Aprietos en que se vió estando ya en dicha ciudad.—Vocación de Beatriz.—Compran las Carmelitas casa con la ayuda de D. Lorenzo.—Acábase la fundación de Caravaca.—Vense las religiosas acusadas á la Inquisición.	302
CAP. XVI. Origen de las desavenencias que mediaron entre Calzados y Descalzos.—Pasa el P. Gracián de Castilla á Andalucía, y es nombrado Visitador Apostólico.—Carta del P. Vargas al Rey en favor de los Reformados.—Carta de nuestra Madre al Rmo. Rubeo.—Otra de la misma á Felipe II.—Capítulo General de Placencia.—Comisiona el Nuncio al P. Gracián para la visita de Calzados y Descalzos.—Aflicción de la Santa por los disturbios que ocasiona la visita del convento de Sevilla.—Viene de Italia el P. Fr. Jerónimo Tostado.—Contradicciones que para la Reforma prevee la celosa Fundadora.	321
CAP. XVII. Muere el Nuncio Hormaneto.—Sucédele el Ilustrísimo Segá, destavorable á los Descalzos.—El monasterio de San José de Ávila da la obediencia á la Orden.—Tratan las de la Encarnación de elegir por Priora á la Santa.—Encarcelamiento de S. Juan de la Cruz.—Arroja el demonio á nuestra Madre por la escalera.—Habla con el nuevo Nuncio el P. Roca.—La pro-	

visión Real.—Peligra la Reforma.—Trabajos de las monjas de Sevilla.—Admirable carta que les escribió la Santa.—Consuela el Señor á la atribulada Fundadora.	336
CAP. XVIII. Esperanzas de los Descalzos.—El perro misterioso.—Acuerdo de la Junta resolviendo la separación de Provincia.—Parte el P. Roca á negociar en Roma la dicha separación.—Recibe la Santa del Señor cuatro avisos enderezados á consolidar la obra de la Reforma.—Viaje que nuestra Madre emprende por mandato del P. Salazar.—Sana milagrosamente Ana de San Bartolomé.—Como dicha religiosa aprendió á escribir, y sirvió de amanuense á la Santa.—No consigue la celosa Fundadora acomodar en casa propia á sus hijas de Salamanca.—Parte á Malagón.	351
CAP. XIX. Fundación de Villanueva de la Jara.—Cómo en un año de suma escasez proveyó el Señor del conveniente sustento á las monjas de dicho monasterio.—Cumplimiento de una profecía de la Santa.—Habla con nuestra Madre el Cardenal Quiroga, y elogia el libro de su Vida.—Muerte dichosa de D. Lorenzo.—Siéntese la Santa quebrantada de fuerzas, y con pocos ánimos para las fundaciones de Palencia y Burgos.—Aliéntala su Majestad.—Fundación de Palencia.	364
CAP. XX. Cómo los Descalzos consiguieron del Papa el formar Provincia aparte.—Alegria que este acontecimiento causó á la Madre Teresa.—Cuán aprovechada se encontraba el alma de la Santa después de tantos trabajos.—Fundación de Soria.—Acude nuestra Madre al monasterio de S. José de Ávila, y ataja los abusos que comenzaban á introducirse.—Fundación de Granada.	380
CAP. XXI. Principios de la fundación de Burgos.—Trabajos de la Santa en el viaje á esta ciudad.—Niega el Arzobispo la licencia para la fundación.—Cuánto hubieron de padecer por este motivo las pobres Carmelitas.—Fructuosa visita que nuestra Madre hizo á los monasterios de religiosas.—Inundación del 24 de Mayo.—Trata la Santa de su partida.	394
CAP. XXII. Presúmese que la esclarecida Fundadora tenía noticia del año en que había de morir.—Es insultada en Valladolid por un abogado—Fervorosa plática con que se despidió de sus hijas.—Recibe en Medina del Campo orden para que vaya á Alba.—Trabajos del viaje.—Llega á dicha Villa exhausta de fuerzas.—Últimos días de la Santa.—Muere á impulsos del amor.—Bellísima descripción de la Madre Teresa.	409

LIBRO TERCERO.

	Pág.
CAPÍTULO I. Cómo quedó el cuerpo de la Santa después de muerta.—Maravillosa fragancia que despedía.—Prodigiosas curaciones que tuvieron lugar antes de ser enterrado.—Cómo colocaron los sagrados restos al pié del arco del coro bajo.—Refiérense dos apariciones de la Santa.—Perciben las religiosas el buen olor al través de la sepultura.—Descúbrese el sepulcro en 1583, y encuéntrase el bendito cuerpo intacto é incorrupto.—Corta el P. Gracián la mano izquierda para llevarla á Ávila.	423
CAP. II. Es trasladado el cuerpo de la Santa al monasterio de S. José de Ávila.—Visitale el Ilmo. Yepes, y refiere el estado maravilloso en que le encontró.—Cómo se ingenió una lega para dar noticia á la Duquesa de la traslación verificada.—Manda S. Santidad sean devueltas al monasterio de Alba las sagradas reliquias.—Es colocado en 1588 en más pública y honorífica sepultura.—Cómo en 1594 se tiñeron varios lienzos en sangre que brotó del incorrupto cuerpo.—Ordena en 1604 el Rmo. P. General sea fuertemente cerrada el arca que contenía los venerable restos de la Santa.	433
CAP. III. De algunos milagros obrados por intercesión de la Madre Teresa antes de ser beatificada.	443
CAP. IV. Primeros pasos que da el Obispo de Salamanca para la beatificación de Santa Teresa.—Manda el Nuncio, á petición del Rey, hacer informaciones en toda España acerca de sus virtudes y milagros.—Acuden de diversas partes á Roma, suplicando la pronta canonización de la Madre Teresa.—Cómo se recibió en España la noticia de la beatificación.—La resurrección de dos muertos por intercesión de la Santa.—Es llevado á Roma el pié derecho de la Santa.—Canonízala Gregorio XV.	454
CAP. V. De como una hermana lega extrajo del cuerpo de la Santa su admirable corazón.—De la milagrosa herida causada en él por el dardo encendido del Serafín.—Concede el Papa á los Carmelitas que puedan rezar de la transverberación de la Madre Teresa.—De algunas cosas maravillosas que se han notado en el dicho corazón.—Curación milagrosa por medio de una imagen de esta reliquia.—Relación de las Carmelitas de	

	Pág.
Alba acerca de las maravillosas espinas del corazón de la Santa.—Observaciones que se han hecho sobre las mismas. . .	467
CAP. VI. De cómo fué llevada la mano izquierda de la Santa á Lisboa, y del milagro que allí tuvo lugar.—Dáse noticia de otras varias reliquias de la Madre Teresa.—De los varios descubrimientos que se han hecho del incorrupto cuerpo.	475
CAP. VII. Del Prodigio de la formación de los panecitos de Santa Teresa en Méjico, corriendo la mitad del siglo XVII.—Sana milagrosamente una religiosa carmelita con el polvo del sepulcro de la Santa.—Caso singular que aconteció en la guerra de la Independencia con motivo de la entrada de los franceses en Alcalá de Henares.	481
CAP. VIII. De los escritos de la Santa.—El libro de su Vida.—El camino de Perfección.—Conceptos del amor de Dios.—Exclamaciones ó meditaciones del alma á su Dios.—El Castillo interior ó las Moradas.—Cómo nuestra Madre era ayudada maravillosamente de Dios para escribir dicha obra.—El libro de las Fundaciones.—Las cartas.—Poesía escogida.	489
CAP. IX. Encomiendan á Fr. Luis de León que revise, y ordene los manuscritos de la Santa, con el fin de darlos á la imprenta.—Juicio de este sabio Agustino acerca de los escritos de la Mística Doctora.—Parecer sobre los mismos de los Auditores de la Rota.—Elogio del Pontífice XV en la Bula de Canonización.—Conviértese un hereje que trataba de escribir contra la Santa.—Es aclamada Teresa Mística Doctora. . .	510
CAP. X. Simpatías que siempre ha merecido Santa Teresa.—Pruebas de veneración y cariño que los Reyes de España le han tributado.—Vótanla por patrona las Cortes de Felipe III.—Procura lo mismo Felipe IV.—Breve de Urbano VII acerca del compatronato de la Santa.—Las Cortes de Cádiz.—El tercer centenario de la ínclita Doctora.—Oda del P. Conrado Muiños á Santa Teresa.	519



PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS.



	<u>Pág.</u>
1. Retrato de Santa Teresa de Jesús.	
2. Sale de casa en busca del martirio.	2
3. Sana por intercesión de San José.	34
4. Visión de Cristo atado á la columna.	38
5. La cruz maravillosa.	77
6. Resucita su sobrino Gonzalo.	112
7. Visita la casa de Duruelo.	202
8. Dichosa muerte de la Santa.	418
9. Escribe las Moradas con ayuda del Cielo.	408
10. El corazón con las espinas.	474



RELIGIÓN Y CIENCIA.

Contestación á la «Historia del Conflicto entre la Religión y la Ciencia de Juan Guillermo Draper» por Fr. Tomás Cámara, de la Orden de San Agustín, Obispo de Tranópolis y Auxiliar de Toledo, 3.^a edición.

Excusado parecerá todo encarecimiento acerca de la utilidad é importancia de esta obra: los puntos más agitados actualmente acerca de las relaciones entre la Religión y la Ciencia, trátanse en ella cumplidamente. El éxito, además, de sus dos primeras ediciones ha sido asombroso. Los Prelados la recomendaron, Su Santidad la bendijo y el público la ha recibido con aplauso agotándola en poco tiempo. Esta edición está aumentada con algunas interesantes notas, y va recomendada por la justa fama y la autoridad de que goza el Ilmo. P. Cámara.—Encuadernada en tela, 6 pesetas. Idem id. con planchas doradas, 6 y media idem.

VIDA Y ESCRITOS DEL BEATO ALONSO DE OROZCO de la Orden de San Agustín. Predicador de Felipe II, por el P. Fr. Tomás Cámara, de la misma Orden. Correspondiente de la R. Academia de la Historia.

Un tomo en 4.^o de más de 600 páginas de magnífica edición, con el retrato del Beato abierto en acero por el Sr. Maura, véndese en las Librerías Católicas al precio de 6 pesetas.

ECCLESIASTICÆ HISTORIÆ BREVIARIUM, auctore *Joanne Laurentio Berti*, augustiniano; continuatum usque ad annum MDCCCLXXXIX, á P. M.

Fr. Thyrso Lopez, Legionensi, Ord. Erem. S. Aug.
Editio novissima recognita, emendata. Vallisoleti,
Typis D. Leonardi Miñon. MDCCLXXXIX

Rico arsenal de datos históricos, escrito en fluido
y elegante estilo, de texto en varios Seminarios.

Dos tomos en 4.º al precio de 8 pts. rust. y 10 idem
en pasta.

LA CIUDAD DE DIOS

*Revista religiosa, científica y literaria: dedicada al
Gran Padre San Agustín.*

Se publica en Madrid en cuadernos quincenales de
80 páginas con variedad de artículos religiosos, cientí-
ficos y literarios.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.—Por un año: En España
12,50 pts.—Europa y Estados Unidos, 20 fr.—Filipi-
nas, Méjico y América del Sur, 5 pesos.

Se suscribe en todas las librerías católicas y en la
Administración sita en el Escorial.

CURSUS THEOLOGICUS.

DE RELIGIONE, ECCLESIA AC DE LOCIS THEOLOGICIS

AUCTORE

P. PETRO FERNÁNDEZ ET FERNÁNDEZ

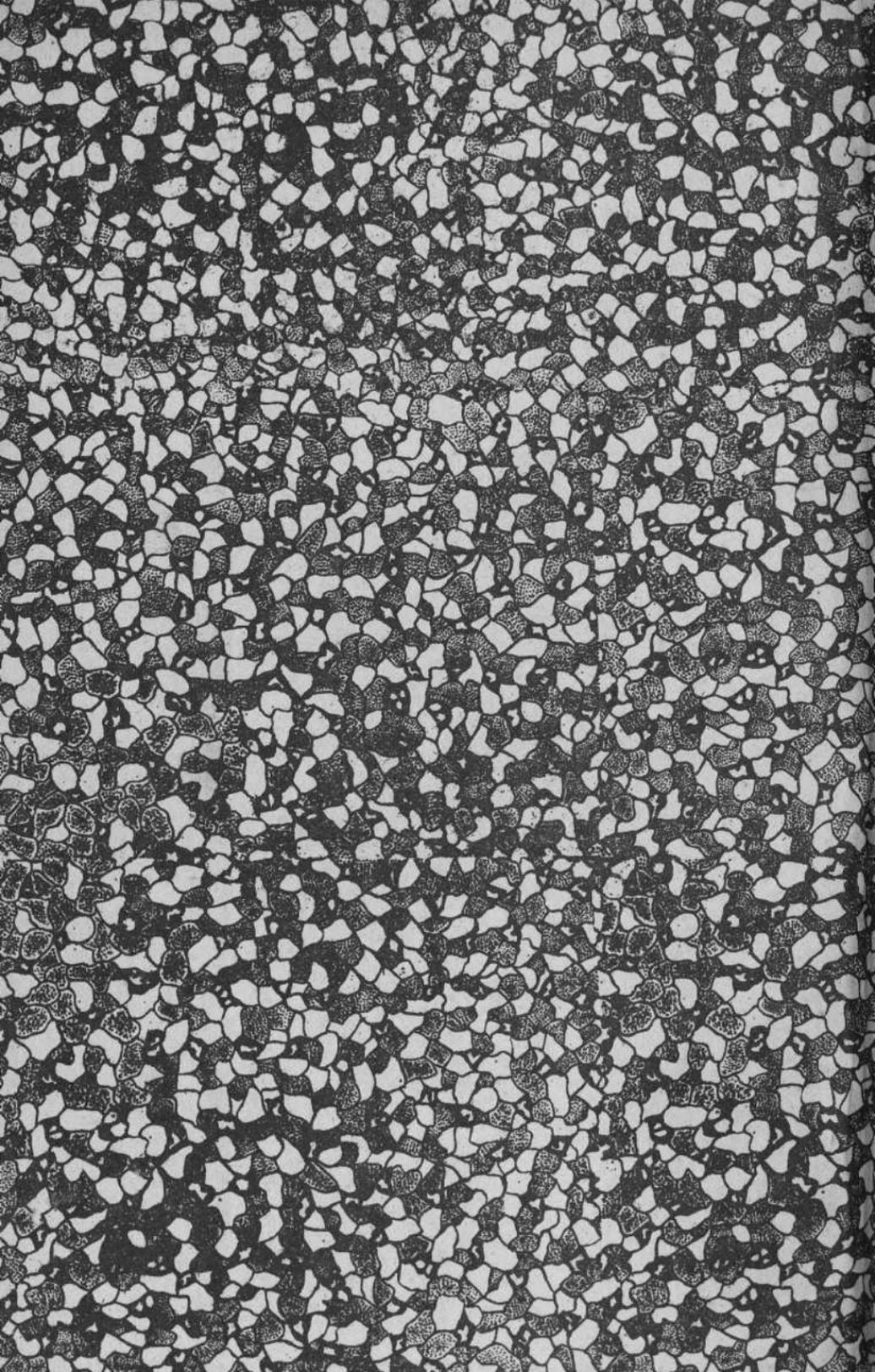
AUGUSTINIANO

S. THEOL. PROFESSORE.

Un tomo en 4.º mayor, de VIII-864 páginas, en
buen papel y esmerada impresión.—Precio 15 pesetas.

Se halla de venta en Madrid, en la *Biblioteca de la
Sociedad Editorial de San Francisco de Sales*, Bolsa,
10, y en las librerías de G. del Amo, y E. Hernández,
Paz, 6; en provincias, en las librerías católicas.

3^a-



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	175	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	1	Precio de adquisición. »
Tabla.....	5	Valoración actual.....	»



175.

MORALE

VIDA DE

LA

VERDE

DE

L. MEXIA ENRIQUETA

1884-1885